



Universidad Nacional de San Martín
Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales
Doctorado en Antropología Social

**ANCLADOS. TIEMPO E IDENTIDAD EN LA
FORMACIÓN DE LOS SUBOFICIALES DE LA ARMADA
ARGENTINA TRAS LA REFUNDACIÓN
DEMOCRÁTICA.**

María Jazmín Ohanian

Tesis de Doctorado presentada a la Carrera de Antropología Social, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctora en Antropología Social.

Directora: Rosana Guber

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Diciembre 2022

Ohanian, María Jazmín

Anclados. Tiempo e identidad en la formación de los suboficiales de la Armada Argentina tras la refundación democrática / María Jazmín Ohanian; directora; Rosana Guber. San Martín: Universidad Nacional de San Martín, 2022. - p.322 Ilustración de capítulos por Hugo Gómez.

Tesis de Doctorado en Antropología Social, UNSAM, IDAES., Antropología Social, 2022.

1. Temporalidad. 2. Pasado reciente. 3. Democratización. 4. Fuerzas Armadas. 5. ESMA – Tesis.

I Guber, Rosana (Director). II Universidad Nacional de San Martín, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales. III Doctorado.

RESUMEN

Autora: María Jazmín Ohanian

Directora: Rosana Guber

Resumen de la Tesis de Doctorado presentada al Doctorado en Antropología Social, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctora en Antropología Social.

En esta tesis argumento que la “democratización de las Fuerzas Armadas” iniciada en 1983 convirtió al período dictatorial sucedido entre 1976 y 1983, que la literatura de las ciencias sociales y las humanidades denomina “pasado reciente”, en el presente de los suboficiales navales. Fue la conducción militar de la Armada Argentina, junto al poder político, quienes decidieron refundar a la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), instituto centenario de formación del personal subalterno técnico, bélico y naval. Lo hicieron, primero, cambiándole el nombre por Escuela de Suboficiales de la Armada; luego se modificaron los programas de estudio al acortar la carga horaria militar, y se produjo la disminución al extremo de la frecuencia de navegaciones. También se consolidó el silenciamiento de la experiencia bélica de la guerra de Malvinas en los contenidos educativos y fue relocalizada en 2007 a la Base Naval Puerto Belgrano, sur de la provincia de Buenos Aires y a casi 700 km de distancia de la Capital Federal. Esto se hizo con el argumento de que, sólo así, los nuevos suboficiales, ahora “democráticos”, dejarían de cargar la “pesada mochila ensangrentada” de los años setentas. Esta tesis sostiene que, en consecuencia, las generaciones egresadas de la nueva escuela viven una falta de registro de su propia historicidad y se constituyen como identidades desarraigadas con un pasado que los condiciona pero al que desconocen.

Estas medidas privaron a los “aspirantes” de su historia, pero en esta tesis argumento que, paradójica e inexorablemente, esa sustracción del tiempo pasado los ancla en él. Muestro que la refundación que se intentó llevar a cabo se concentró, precisamente, en el tiempo. Los efectos inciden en su formación, en las bases navales que habitan, en las dependencias militares donde aprenden y en los buques a los que ya (casi) no abordan. Lo que la refundación trató de reparar de la experiencia dictatorial, se transformó en la privación de contemporaneidad democrática.

El objetivo de esta tesis es mostrar cómo esto sucedió mediante una investigación etnográfica basada en trabajo de campo prolongado en la Base Naval Puerto Belgrano y en un viaje de adiestramiento en el buque de guerra ARA La Argentina. En este proceso se evidencia que el alejamiento de mar, junto a la desactivación política de las Fuerzas Armadas, entendidas ahora como “democráticas”, sustrajeron a la ESMA como cuna de un linaje técnico, naval y militar y, por lo tanto, eliminaron el sentido de continuidad temporal que los integrantes de ese linaje tienen de sí mismos, es decir, la identidad naval militar de los suboficiales de la Armada Argentina.

Palabras-clave: 1. Tiempo. 2. Identidad. 3. Pasado reciente. 4. ESMA. 5. Suboficiales de la Armada Argentina.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Diciembre 2022

ABSTRACT

Author: María Jazmín Ohanian
Thesis advisor: Dra. Rosana Guber

Abstract of the doctoral thesis submitted in partial fulfilment for the requirements for the degree of Doctor in Social Anthropology, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales of the Universidad Nacional de San Martín (UNSAM)

In this thesis I argue that the "democratization of the Armed Forces" initiated in 1983 turned the dictatorial period between 1976 and 1983, denominated "recent past" by the literature of social sciences and humanities, the present of non-commissioned naval officers. It was the military leadership of the Argentine Navy, together with the political and civil power, the ones who decided to refound the Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), the century institute that trained its technical and naval subaltern personnel. They did it, first, by changing its name to Escuela de Suboficiales de la Armada; modifying the study programs by cutting the schedule of military classes, reducing to the extreme the frequency of sailings, silencing the Malvinas war experience in the academic contents and relocating the school in 2007 to the Puerto Belgrano Naval Base, in the south of the province of Buenos Aires and almost 700 km away from the Capital City of Buenos Aires. This was done with the argument that, only by doing so, the new NCOs, who were now "democratic", would stop carrying the "heavy bloody backpack" of the seventies. This thesis argues that, as a consequence, the generations graduating from the new school experience a lack of record of their own historicity and constitute themselves as unrooted identities with a past that conditions them and yet they are unaware of it.

These measures detached the "aspirants" from their history, but in this thesis I argue that, paradoxically and inexorably, that subtraction of past anchors them in it. I show that the attempted refoundation was concentrated precisely in time. The effects have an impact on their training, on the naval bases they inhabit, on the military facilities where they learn and on the ships they (almost) no longer board. What the refoundation tried to repair from the dictatorial experience, was transformed into the denial of democratic contemporaneity.

The aim of this thesis is to show how this happened through an ethnographic research based on prolonged fieldwork at Puerto Belgrano Naval Base and on a training sea experience on the ARA La Argentina warship. In this process, it becomes evident that the displacement from the sea, together with the political deactivation of the Armed Forces, now understood as "democratic", removed ESMA as the cradle of a technical, naval and military lineage and, therefore, eliminated the sense of temporal continuity that the members of that lineage have of themselves, that is, the military naval identity of the non-commissioned officers of the Argentine Navy.

Key-words: 1. Time. 2. Identity. 3. Recent past. 4. ESMA. 5. Non-Commissioned Officers of the Argentine Navy

City of Buenos Aires, December 2022

Para Julia, quien vino a revolucionarlo todo con amor.

No hay nada que no pueda hacer por tí, estando juntas todo marcha bien.

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis lleva mi firma pero son muchas las personas que la hicieron posible. Desde lo institucional, quiero agradecer al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) por permitirme dedicar mi vida profesional a aprender y a investigar. A la Universidad Nacional de General de San Martín, y a sus docentes del Doctorado de Antropología Social, les agradezco por acompañarme en mi formación intelectual. Le agradezco especialmente a Romina Giler y a Manu Castañeira por siempre dar una mano en todas las cuestiones administrativas y facilitar mucho la vida en la institución.

También quiero agradecer a todas las autoridades de la Armada Argentina que permitieron la realización de esta investigación y que posibilitaron mi estadía en la Base Naval Puerto Belgrano. En especial, al Contraalmirante (R) Fernando Miglione quien facilitó todas las veces mi acceso a la Escuela de Suboficiales de la Armada y al Almirante (entonces Vicealmirante) Julio Horacio Guardia por autorizarme a formar parte de la tripulación del destructor ARA La Argentina y permitirme vivir una aventura etnográfica para conocer cómo se vive en un buque de guerra en el medio del mar.

Esta investigación no hubiese sido posible sin la cálida predisposición de suboficiales de la Armada Argentina que me dejaron entrar en sus rutinas cotidianas con infinitas rondas de mate, asados familiares y mucha generosidad para explicarme qué es eso de ser suboficial. Quiero agradecerles particularmente a Teresa López, Graciela Rivero, Cristian Moyano y Teodoro Ozaeta por la paciencia con la que me enseñaron sus vidas en tierra y en el mar. Gracias por dejarme ser parte de su familia naval.

Gracias también a los suboficiales de la Armada (R) que compartieron conmigo tiempo muy valioso para explicarme sus experiencias navales durante la guerra de Malvinas. En especial quiero agradecerles a los Veteranos de Guerra Miguel Arias, Daniel Atencio, René Ávila, Luis Carballo, Juan Luis Carrera, Hugo Córdoba, Marcos Faccio, Enrique Fernández, Domingo Lamas, Jorge Lenzi, Arturo Raúl Manzone, Raúl Martínez, Teodoro Tomás Ozaeta, Víctor Pez, Ángel Ramírez, José Rivadeneira, Jorge Rojas, Rodolfo Rojas, Carlos Alberto Spinelli, Horacio Tejada y Hugo Zárate. También a sus familias que siempre me hicieron sentir “como en casa”.

Mi agradecimiento también es para todos los suboficiales, oficiales y civiles de la base naval y de Punta Alta que me mostraron aspectos que consideraron significativos de su vida profesional. Gracias a Tomás Iribarren, Luciano Izarra, Luis Tonelli, Quique y Olimpia, Mara Caldentey, Walter Jesus Villafañe, Diego Metelsky, José Alejandro Tavachi, Flavio Ávila, Marcelo Libero, Sergio Ferarri, Carlos Gabriel López, Carlos Alberto Recio, Miguel Caviglia, Silvia Figueroa, Lorena Martinez, Ricardo Orue, Ayelén Basualdo, Gustavo Ticozzi, Carlos Recio, Rodolfo Berazay Martinez, Silvia Aldrighetti y Mirian Prinna.

Un agradecimiento muy especial es para mi directora de beca doctoral CONICET y de tesis, Rosana Guber. Gracias a ella pude atravesar el desafío de convertir mis cuadernos de campo en una problematización teórica con cuerpo de etnografía. Sus constantes lecturas, correcciones y comentarios fueron una fuente inacabable de reflexión. Son incontables los encuentros donde me escuchó y me preguntó sobre esas cosas que hubiesen pasado

inadvertidas en mi proceso de investigación. La seriedad y el compromiso científico con las que ella trabaja día a día, son cualidades de las que intento aprender. Su desafío constante y su orientación profesional permanente son un empuje que me estimula a “poner los pies en el barro y dejarlos ahí”. Gracias maestra.

De la mano de Guber pude conocer al equipo de “Mar de Guerra” con quienes comparto el entusiasmo por aprender qué hay detrás, por arriba, por debajo y al costado del mar y de la guerra de Malvinas. Quiero agradecerle a Alejandra Barrutia, Hernando Flórez, María Cecilia García Sotomayor, Laura Panizo y a Héctor Tessey por las lecturas constantes y las reflexiones que siempre abrieron nuevas preguntas de investigación. A ellos también les agradezco acercarme a bibliografía, fuentes y saberes que me eran impensados antes de conocerlos. A Héctor también le agradezco su constante trabajo de traducción militar y la permanente ayuda para ir “unas millas más allá”.

Quiero agradecer también a quienes aportaron comentarios, observaciones, sugerencias, y reflexiones en diversos encuentros, reuniones, congresos y seminarios que constantemente nutrieron mi trabajo con mucha crítica y entusiasmo. Entre ellos destaco a Diana Milstein, Laura Zapata, Julieta Verdenelli, Claudia Girola, Lucia de Abrantes, Alejandra Conconi, Ana Padawer, Gabriel Noel, Rolando Silla, Victoria Castilla, Luis Ferreira, Gustavo Ludueña, Esteban Rozo y Florencia Paz Landeira. A Ana Guglielmucci quiero agradecerle especialmente por toda la generosidad con la que siempre me incentivó a no perder la curiosidad.

Al equipo de Cosas Cotidianas (cultura material) del IDES le agradezco las constantes, genuinas y productivas devoluciones a mis manojos de notas que ayudaron a que mis ideas se ordenaran y que lograran cierta coherencia analítica. Gracias a Lorena Natalia Schiava D'Albano, Lucía Blasco, Noelia López, Yanina Faccio, Martina Cassiau y a María Florencia Blanco Esmoris.

Les agradezco a mis colegas del Centro de Investigaciones Sociales (CIS-CONICET/IDES) quienes desde la cotidianidad de la oficina del primer piso nunca dejaron de darme ánimos para afrontar las aventuras del proceso de investigación. Gracias a María Florencia Blanco Esmoris, Mercedes Rojas Machado, Shirly Said, Débora Kantor, Federico Rodrigo, Joaquín Sticotti, Julieta Lamposana, Lucila Dallaglio, Malena Corte, Bárbara Galarza, Martín Oliva, Sebastián Benítez y Vanesa Lerner por eso. A Noelia López y a Luana Ferroni les agradezco la paciencia y las “idas y vueltas” constantes de escritos, revisiones y lecturas cruzadas sobre las páginas de esta tesis. A Gabriela Roizen le agradezco especialmente ayudarme a entender cómo ser becaria y mamá y no enloquecer en el proceso.

A mi colega y compañera de aventuras, María Florencia Blanco Esmoris le agradezco las lecturas pacientes de innumerables borradores y los comentarios generosos que ayudaron a que este texto “suelte amarras” y salga a navegar. Su acompañamiento inquebrantable, el aliento ilimitado, las rondas de café y los encuentros interminables fueron un empuje indescriptible para esta aventura doctoral. Le agradezco haber compartido conmigo su pasión por el trabajo y la energía creativa con la que inunda todo proyecto, texto, equipo y tarea que encara. Es un privilegio que estas páginas hayan pasado por sus manos. Gracias wisi por ser mi familia del west.

Aunque esta tesis no los incluya en cuestiones teóricas y analíticas, quiero agradecerle a toda esa gente apasionada, incondicional y hermosa que me acompañó y desbordó mis días de amor. Entre ellos están Flor Aletta, Gaby Betelu, Marto Suarez, Ana Morales, Mery Sasso, Lay Ohanian y Fede Viso. Gracias por mantenerme el corazón contento. A Toqui Behar le agradezco especialmente por haber jugado con tanto amor con Julia mientras yo buscaba palabras para escribir esta tesis doctoral.

A mi papá le agradezco enseñarme el respeto por el trabajo.

A mi mamá le agradezco por creer siempre en mí y por decirme innumerable cantidad de veces, “lo estás haciendo muy bien”. Gracias ma por tanto amor.

Y mi último agradecimiento es para Fernando, mi marido. Su apoyo me permitió navegar, durante mi investigación, todo tipo de mares que hubiesen sido imposibles de afrontar tan airoosamente sin él. Por eso, y por mucho más, muchas gracias bombón.

LISTADO DE ILUSTRACIONES

1. Plano de la Base Naval Puerto Belgrano
2. Ilustración de un buque destructor
2. Dibujo del perfil del destructor ARA La Argentina
3. Dibujo con detalle de la ubicación de los distintos “mundos” técnicos suboficiales en las cubiertas de un buque destructor
4. Dibujo del Puente de Mando desde el exterior
5. Dibujo panorámico y con zoom del panel de control del Puente de Mando
6. Fotografía de un “distintivo de superficie”
7. Insignias en los uniformes de suboficiales de la Armada
8. Insignias en los uniformes de oficiales de la Armada
9. Símbolos de cada especialidad del escalafón naval que llevan los suboficiales en su uniforme
10. Perfil del buque tipo destructor, como el ARA La Argentina, con la señalización de sus cubiertas
11. Sollado de cabos
12. Dibujo de los cañones de la ARA La Argentina
13. Dibujo de un ejercicio en los gomones de la ARA La Argentina
14. Fotografía del “orden cerrado”
15. Fotografía de la actual Plaza de Armas Almirante Brown que incluye el reloj y el mástil originarios de la Escuela de Mecánica de la Armada
16. Plano de la distribución de los asistentes al acto del “Día del Aspirante” en la Plaza de Armas Almirante Brown de la Escuela de Suboficiales de la Armada
17. Fotografía de la entrega del estandarte de la Promoción 19° de la Escuela de Mecánica de la Armada
18. Fotografía de la dotación de la ESSA en la Plaza de Armas Almirante Brown durante la conmemoración de la guerra de Malvinas

19. Fotografía del Parque Centenario de la Base Naval Puerto Belgrano con oficiales y suboficiales formándose antes del inicio del acto por la conmemoración de la guerra de Malvinas
20. Fotografía del “Cenotafio Malvinas” del Parque Centenario de la Base Naval Puerto Belgrano con ofrendas florales
21. Fotografía de la cocina de la Asociación de Veteranos de la Base Naval Puerto Belgrano
22. Dibujo sobre la “falta de disciplina” y el fallido ataque sorpresa en Malvinas

LISTADO DE SIGLAS

AE	Escalafón Aeronáuticos
AN	Escalafón Arsenales
ARA	Armada Argentina
BNPB	Base Naval Puerto Belgrano
CIC	Centro de Información de Combate
CONADEP	Comisión Nacional de Desaparición de Personas
	Comando de Alistamiento y Adiestramiento
COAAN	Naval
CUAS	Cursos de aplicación de ascenso
ENM	Escuela Naval Militar
ES	Ejército Argentino
ESMA	Escuela de Mecánica de la Armada
ESOA	Escuela de Oficiales de la Armada
ESSA	Escuela de Suboficiales de la Armada
ESTT	Escuela de Técnicas y Tácticas
FAA	Fuerza Aérea Argentina
FFAA	Fuerzas Armadas Argentinas
GAMU	Gabinete de música
IM	Escalafón Infante de Marina
PSP	Período Selectivo Preliminar
R	Retirados
TIN	Tarjeta de Identificación Naval
TOAS	Teatro de Operaciones del Atlántico Sur
VGM	Veteranos de la Guerra de Malvinas

INDICE

Introducción	14
I – La ESMA como un problema temporal.....	14
II - Hacer campo y volver diferente.....	20
III – Trasladarse al mar.....	25
IV– Los “puros”. Suboficiales navales de la Armada Argentina.....	33
V – Navegar incomodidades propias y ajenas.....	39
VI – Organización de la tesis.....	43
Capítulo 1	
Habilidades	47
1.1. Cruzar “la planchada”.....	48
1.2 Aprender con calma.....	56
1.3 Las “pinchadas”.....	63
1.4 Habilidades situadas.....	69
1.5 Saberes coordinados.....	79
1.6 Recapitulación. “Todo lo que pasa, pasa en el buque”.....	88
Capítulo 2	
Jerarquías	90
2.1 Complementarias, opuestas y segmentarias.....	91
2.2 “La jerarquía está siempre a bordo”.....	99
2.3 Uniformes.....	105
2.4 Espacios.....	111
2.5 La incorporación de la mujer suboficial.....	120
2.6 Recapitulación. "Es tu casa en el medio del mar".....	128
Capítulo 3	
Cuidados	132
3.1 Rol de combate.....	134
3.2 Rol control averías.....	148
3.3 Rol operativo.....	153
3.4 El ARA San Juan.....	159
3.5 Recapitulación. “La vida de todos depende de eso”.....	164

Capítulo 4	
Escuela	167
4.1 El inicio: postulantes y aspirantes.....	168
4.2 Las aulas y sus ritmos.....	173
4.3 Motivaciones de ingreso.....	177
4.4 Planes de estudio.....	182
4.5 El “orden cerrado”.....	188
4.6 Cuerpos en sincronía.....	197
4.7 Recapitulación. “Los navales son todos uno sólo”.....	205
Capítulo 5	
Linajes	208
5.1 El largo camino del desalojo.....	209
5.2 La “mochila”.....	214
5.3 Mudando objetos.....	222
5.4 Los “guardianes de corazón”.....	229
5.5 Aspirantes de la ESMA y de la ESSA.....	239
5.6 Recapitulando. “Parecen no darse cuenta que nos preparamos para la guerra”.....	244
Capítulo 6	
Guerra	247
6.1 Puestos de combate.....	248
6.2 El Belgrano.....	254
6.3 La conmemoración institucional.....	258
6.4 El encuentro íntimo de los veteranos.....	267
6.5 Suboficiales instructores y veteranos.....	277
6.6. Recapitulación. “Hicimos lo que técnicamente nos preparamos para hacer”.....	285
Conclusiones	
Anclados	288
Referencias bibliográficas	300
Anexos	312

INTRODUCCIÓN

I – La ESMA como un problema temporal

Esta tesis se pregunta por las consecuencias que viven los suboficiales de la Armada Argentina en su formación ante la aplicación de políticas públicas del Ministerio de Defensa que priorizan el “pasado reciente”. Se trata de una comunidad que ha sido particularmente exotizada, dentro y fuera de su propia institución, porque la gran mayoría de quienes están en actividad han sido alumnos de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), una de las siglas más populares en el imaginario social argentino que tan sólo con mencionarla desata una ola de ideas, imágenes, sensaciones y emociones bastante compartidas. Tal es así que, aun estando en la base naval nacional más importante e inmersa en el mundo militar naval, yo me congelé al pronunciarla en el día uno de mi trabajo de campo doctoral.

La primera vez que ingresé a la Escuela de Suboficiales de la Armada (ESSA), la institución educativa heredera de la ESMA, me recibió su Director quien con mucha amabilidad me invitó a su oficina, me ofreció café, me hizo un recorrido por las instalaciones y conversó conmigo muy pacientemente por más de 45 minutos. Lo primero que me preguntó fue cómo llegué a interesarme en la educación de los suboficiales y mi respuesta fue una desprolija y contracturada descripción sobre mi tesis de maestría acerca de la honorabilidad de los ex alumnos de la ESMA (Ohanian, 2017). Mis nervios bloquearon cualquier posibilidad de explicar, con más de dos adjetivos, qué me había llevado ese día a estar en su oficina. Me dije que era mi primera vez en una base naval, mi primera conversación con un militar uniformado, mi primera reunión cara a cara con una autoridad de la Armada y lo dejé ahí. Lo atribuí ingenuamente más a mi nueva experiencia de campo que a la palabra ESMA en sí misma. Él me escuchó, me miró de arriba abajo, me ofreció cálidamente otro café y me preguntó: ¿vos qué ESMA estás investigando? ¿La de los setenta o la escuela?

A medida que fui conociendo y entregándome al campo, entendí que esa pregunta era central para los navales y, en su defecto, lo debía ser también para mí. No tanto por tener que elegir investigar una o la otra, sino porque ambas estaban relacionadas. La cuestión era, justamente, entender qué tipo de relación tenían para los navales sin caer en prejuicios desde mi sentido común civil, terrestre y académico.

En Argentina a fines de la década del noventa sucedió un crecimiento exponencial de la producción científica y cultural sobre las Fuerzas Armadas: se han escrito libros, artículos y notas periodísticas con militares como protagonistas; se han filmado documentales y películas y se han realizado un sinnúmero de actividades académicas donde las Fuerzas Armadas son la palabra clave en cuestión. Sin embargo, lo que pocos de ellos muestran o consideran es al militar siendo militar por fuera de los crímenes cometidos en el período de la última dictadura militar (1976-1983) inaugurando localmente un campo de estudio académico llamado “pasado reciente”. Es así que desde el ámbito civil, al igual que en el estatal, se conformó una mirada que dejó de ser exclusivamente una temporalidad analítica para instituirse como recorte, enfoque y sujeto de investigación todo junto a la vez. Este recorte temporal estableció un límite concreto para pensar a las Fuerzas Armadas en general, y a los militares de la ESMA en particular hasta convertirlo en un otro distante que está imposibilitado de ser estudiado y, por lo tanto, comprendido y conocido como grupo humano y social: no hemos desarrollado hipótesis ni argumentos para conocer a los integrantes de una de las instituciones nacionales más antiguas por fuera del período de la última dictadura militar. Es, en la actualidad, un grupo humano que no conocemos. Existe un desconocimiento total y una creciente indiferencia analítica sobre el comportamiento de los suboficiales de la Armada y su vida social.

La “ESMA de los setenta” se convirtió en categoría analítica y en objeto de estudios para las ciencias sociales enfocando diversas cuestiones tales como los debates sobre qué hacer con el predio en la transición democrática (Brodsky, 2005; Carnovale, 2006; Pastoriza, 2005; Vezzetti, 2004), los procesos de transformación de la ESMA en sitio de memoria (Besse y Escolar, 2019; Da Silva Catela, 2014; Guglielmucci, 2013; Larralde Armas, 2022; Lorenz, 2010), las noticias en los medios de comunicación (Feld, 2009; Feld y Franco, 2015) y las prácticas clandestinas en el predio (Calveiro, 1998; Messina y González Tizón, 2022; Franco y Feld, 2022; Martyniuk, 2004). Sin embargo, los sentidos y experiencias de los suboficiales que allí se formaron –antes, durante o después de ese “pasado reciente”- muestran una noción polisémica que ilumina una heterogeneidad de enfoques temporales que allí se esconden.

Nació como sigla en 1911 en referencia al nombre de la institución educativa destinada a formar el personal subalterno técnico de la Armada Argentina (ARA). Pero también remite al espacio de 14 hectáreas en la zona norte de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires donde estuvo ubicada; es el nombre de la escuela y del predio a la vez. En ese mismo terreno fue donde, durante la última dictadura militar, algunos de sus edificios

funcionaron como lugar de reclusión ilegal de los hombres y mujeres que fueron secuestrados, torturados y asesinados convirtiendo a la ESMA en lo que luego se ubicó en la serie de los “Centros Clandestinos de Detención”. En el presente también es un sitio de memoria aunque formalmente se la denomine “Espacio Memoria y Derechos Humanos (Ex ESMA)”. A la complejidad histórica, política y social del término que remite a una escuela, un predio, un centro clandestino y a un sitio de memoria se le sumó un “ex”.

En este escrito navego en las experiencias de hombres y mujeres suboficiales de la Armada Argentina formados en la Escuela de Mecánica de la Armada y en la Escuela de Suboficiales de la Armada para comprender su tensa, conflictiva y resistida temporalidad. Esto es así porque dentro de las Fuerzas Armadas son los y las suboficiales quienes vivieron desde la década del noventa, pero profundizado en los 2000, los cambios institucionales más sustanciales y estructurales dentro de su formación. La primera ESMA, aquella donde se formaban los suboficiales de la ARA, cambió su denominación en 2001 y su ubicación en 2007: se llama Escuela de Suboficiales de la Armada Argentina y está ubicada en la Base Naval Puerto Belgrano (BNPB) en el sur de la Provincia de Buenos Aires. Aunque parezcan exclusivamente cambios espaciales, la producción del tiempo también estuvo involucrada en estas modificaciones.

El caso de los suboficiales navales es institucionalmente singular porque esta alteración educativa no sucedió con la Escuela de Oficiales de la Armada ni con Liceo Naval (ambos espacios donde se forman los oficiales de la Armada) ni tampoco sucedió con las escuelas de suboficiales de la Fuerza Aérea y el Ejército. Solamente sucedió con la Escuela de Mecánica de la Armada. Como muestro en esta tesis, el Poder Ejecutivo Nacional y el Ministerio de Defensa mudaron su escuela, le cambiaron el nombre, modificaron sus programas de estudio, borraron su logo de los manuales educativos, silenciaron su experiencia bélica en Malvinas y convirtieron su historia material – literalmente- en escombros. Por eso la ESMA hilvana esta tesis. No como categoría de análisis ni como objeto de estudio, sino como problema político, institucional, moral y en especial como problema temporal. En esta tesis me propongo recuperar, describir e interpretar la temporalidad propia de los suboficiales navales de la Armada y me pregunto, en especial, por las consecuencias que viven en su vida cotidiana ante la aplicación de políticas públicas que priorizan el “pasado reciente”. ¿Cómo afectó el devenir político de la ESMA a los suboficiales de la Armada Argentina 20 años después de su re-locación, renombramiento y re-fundación?

La atención analítica sobre el tiempo se convirtió en el punto central de esta investigación porque durante el trabajo de campo noté que abundaban los esfuerzos por generar una ruptura institucional con la ESMA. El antropólogo alemán-polaco Johannes Fabian (2014) evidenció, en sus análisis, la imposición de temporalidades como una producción de alteridad. Identificó construcciones temporales en la escritura científica antropológica con efectos en la creación de una distancia como práctica etnocéntrica entre quien investiga y quien es investigado. Explicó que el trabajo de campo y su posterior producción escrita ubica a los sujetos de estudio, y a la experiencia de investigación, en un “otro tiempo” que suprime la simultaneidad del encuentro etnográfico. Es lo que Fabian llamó la “constitución de una negación de contemporaneidad” (2014:11).

El hecho de compartir el tiempo que requiere la interacción exige que los etnógrafos reconozcan a las personas que estudian como sus contemporáneos. Sin embargo -aquí es donde surge la contradicción- cuando los mismos etnógrafos representan sus conocimientos en la enseñanza y la escritura lo hacen en términos de un discurso que sitúa sistemáticamente a aquellos de los que se habla en un tiempo distinto al de quien habla (Fabian, 2006: 143. Mi traducción).

Aunque su hallazgo haya estado enfocado al análisis de la propia disciplina antropológica, la pregunta sobre cómo la aplicación de una temporalidad ajena genera distancia es central en esta investigación.

El antropólogo catalán Eliseu Camós Carbonell elaboró dos premisas básicas para que el tiempo sea una herramienta conceptual en el campo antropológico: “el tiempo es una construcción cultural y culturas diferentes conceptualizan el tiempo de formas diferentes” (2004:9). Significa que cada comunidad o grupo humano puede ser singularizada analíticamente por su conceptualización del paso y la medición del tiempo. Pero aunque parece simple de formular, la antropóloga mexicana Gabriela Vargas Cetina (2007:42) manifiesta que existen ciertos límites propios de la disciplina antropológica evidenciados en la dificultad de entender a las variadas nociones temporales por fuera de nuestras convicciones y categorías culturalmente adquiridas sobre cómo organizar y ordenar el tiempo. Se trata de un etnocentrismo temporal difícil de elucidar.

El camino recorrido por la antropología¹ sobre cómo los seres humanos vivimos, concebimos y construimos la propia temporalidad se inicia con el surgimiento de la misma disciplina y con casos etnográficos de locaciones diversas bajo preguntas analíticas

¹ Para conocer cómo el tiempo ha sido abordado en las etnografías clásicas, recomiendo la lectura de Carbonell (2004) y de Munn (1992).

disímiles. Se pueden rastrear descripciones de los nuer que contaban con un tiempo estructural y otro ecológico (Evans-Pritchard, 1977), de los trobriandeses que ordenaban los intercambios y los tiempos de devolución en el kula vinculado al momento del cultivo y la cosecha del ñame (Malinowski, 1977 [1935]), en los múltiples calendarios balineses (Geertz, 2003) y en las variaciones estacionales en las sociedades esquimales (Mauss, 2007). Aunque no era el objetivo central de sus etnografías, la descripción de instituciones y de prácticas cotidianas ha incluido una reflexión sobre la existencia de tiempos particulares. En esta tesis, inspirada en los aportes creativos de los estudios mencionados, planteo preguntas diferentes a las que estamos acostumbrados a leer y a formular sobre las Fuerzas Armadas en general y sobre los suboficiales de la ESMA en particular. El objetivo específico es dar cuenta de la vida social del suboficial naval siendo en su propio tiempo (Munn, 1992) en tensión con las indicaciones institucionales al producir su propia temporalidad en la materialidad de su historia, en sus ritmos corporales, en sus vínculos sociales, en las ceremonias conmemorativas y en cada navegación. ¿Cómo se hace inteligible la singular temporalidad en la vida suboficial? ¿Cómo se articula materialmente el tiempo? Todas son posibles entradas a pensar el tiempo como categoría de análisis.

La temporalidad, esto es, la noción e interpretación del tiempo, organiza la vida en sociedad. Existen, en cada cultura, ideas distintas sobre cómo se mide, se vive y se organiza el paso del tiempo; pudiendo ser lineal o circular, con calendarios relacionados a la agricultura o al movimiento de los astros; o en el caso de las Fuerzas Armadas, en la vida en la tierra, en el aire o en el mar. El tiempo como experiencia se naturaliza en nuestra socialización. Esto no significa que no exista el aprendizaje sino que no suele aparecer explícito. La antropóloga estadounidense Nancy Munn (1992:116) plantea que el análisis del tiempo es complejo de desarrollar porque conceptualiza algo tan simple y ordinario en apariencia, que se vivencia como algo enteramente transparente en la vida cotidiana. Tal es así que propone dilucidar al tiempo en las prácticas cotidianas, allí donde aparecen acciones que forman parte del proceso de construcción de un tiempo particular.

Una de las herramientas más sensibles para desgranarlo es con una descripción densa (Geertz, 2003) que enfoque las acciones que dejan huellas sobre la organización del tiempo de los sujetos. La duración de las actividades, los períodos en los que se realizan, las épocas señaladas como significativas, los cronogramas colectivos, calendarios oficiales. No es ingenua esa organización temporal. Munn entiende que el tiempo debe ser estudiado como una práctica de ejercicio de poder porque el control de los instrumentos temporales como los calendarios, las conmemoraciones y las rutinas, implica un control más amplio

sobre el ser social que tiene que ver con la gobernabilidad a través de la irrupción en el tiempo (en el cuerpo) de las personas (Munn, 1992:109).

El antropólogo haitiano Michel Rolph Trouillot (2015) comparte este mismo enfoque para aplicarlo a la producción de historia. En su obra *Silencing the past*, presenta los procesos y condiciones desiguales de producción (2015:25) que tienen los sujetos para participar en la creación de narrativas que acaparan el pasado haciendo hincapié en cómo los silencios entran en ese mismo proceso. La capacidad de establecer un relato como único y oficial es un ejercicio de poder que silencia a sujetos con pasados no institucionalizados. Trouillot (2015) muestra como en el mismo movimiento, la producción desigual (en el presente) del tiempo pasado obtura la posibilidad de reconocer experiencias que han sido negadas en los relatos hegemónicos coloniales (y colonialistas) como las revoluciones de esclavos. Es en el tiempo presente cuando se “produce” ese pasado.

El antropólogo estadounidense Henry Rutz (1992:1) también comparte el enfoque de Munn y Trouillot y define al tiempo como un proceso, un instrumento y un ejercicio de poder. Aunque existe una pluralidad de tiempos sociales, la estandarización de un tiempo hegemónico se produce con relojes, calendarios, cronogramas, códigos normativos y actos comunicativos que funcionan como “tecnologías” para objetivar y apropiarse el tiempo del otro. Esa apropiación o estandarización afecta a la identidad de los sujetos porque, según lo plantea Rutz, el tiempo está internalizado como parte del “yo” (1992:3; mi traducción). Este mismo peligro sobre las consecuencias del ejercicio de poder también fue notado por la antropóloga estadounidense Katherine Verdery, quien advirtió en sus estudios sobre la población rumana, que “la captura del tiempo ha llevado a erosionar esas mismas relaciones de sociabilidad que los [sujetos] consideran condición de lo que significa ser una persona” (1992:55; mi traducción). Tanto para Rutz (1999) como para Verdery (1992) el tiempo, y sus apropiaciones, tiene efectos concretos en la conformación de la identidad. En esta tesis retomo estas cuestiones y muestro cómo la refundación democrática iniciada en 1983 impuso un tiempo que afecta la trayectoria de formación y adiestramiento de los militares llena de ritmos, sincronías, regularidad y tonos que reflejan la grupalidad y que hacen al tiempo social (Durkheim, 1968).

El ángulo argumental de esta tesis es pensar la propia temporalidad de los suboficiales de la Armada como un sistema de clasificación que funciona como ordenador de toda la experiencia militar. Por eso me amarro al tiempo y me pregunto en qué acciones concretas se produce. Aquí presento al suboficial *siendo suboficial* de la Armada en su propia temporalidad para comprender cómo vive su presente, elabora su pasado y genera

expectativas sobre su futuro. La propuesta de esta tesis es habilitar preguntas sobre la temporalidad suboficial para aprender empíricamente algo novedoso sobre la vida militar y para entender los efectos que las políticas públicas del “pasado reciente” han tenido sobre la población originaria de la ESMA, sus estudiantes.

II - Hacer campo y volver diferente

Los interrogantes y objetivos de esta investigación son pensados en y desde la etnografía. Esto significa que no desarrollé preguntas y luego fui a buscar respuestas, sino que desde la creación del mismo campo de investigación fui generándome preguntas junto a los suboficiales que orientaron cada paso de la indagación. El trabajo de campo etnográfico, con todas las actividades que éste involucra, es el enfoque que guía esta investigación. La premisa de esta perspectiva de conocimiento es aprehender la realidad en términos que no nos son propios (Guber, 2005) y conocer y teorizar los fenómenos sociales desde el punto de vista de sus protagonistas. En ese sentido, Guber profundiza cómo se trabaja analíticamente ese punto de vista:

(...) lejos de ser una traducción mecánica, es una conclusión interpretativa del investigador sobre la base de su trabajo de campo, y el trabajo de campo no es el espacio de “recolección de datos” sino el escenario donde el investigador pone en interlocución sus categorías teóricas y prácticas de académico y de ciudadano con las categorías y prácticas nativas (Guber, 2013:59).

Quienes practicamos la etnografía, no consideramos al dato como una “cosa” accesible durante la investigación. El campo no existe y éste lo construimos con los sujetos que luego se convierten en los actores de nuestra investigación pero que son indivisibles de la relación social y del tiempo compartido que crea vínculos. Es, como explica el antropólogo británico Tim Ingold, “zarpar hacia un mundo todavía no formado” (2017:151). Los antropólogos nos vinculamos con personas para poder comprender los sentidos que ellos generan y comparten en su vida social. Es un tipo de relación social muy especial que, en el mejor de los casos, se basa en un “compromiso a largo plazo y abierto, atención generosa, de profundidad relacional y sensibilidad al contexto” (Ingold, 2017:144). Pero antes del trabajo de campo no nos conocemos. Ni ellos a nosotros, ni nosotros a ellos. Junto a ellos recorreremos un camino sin mapa previo pero sabiendo que el objetivo es dar cuenta de “situaciones que tratan de personas haciendo cosas” (Quirós,

2011:33). Con quienes hacemos trabajo de campo generamos un vínculo que nos permite quebrar nuestro sentido común y que también nos altera².

Una investigación etnográfica requiere la existencia de relaciones sociales que creen un campo que habilite, en el mejor de los casos, el desarrollo de una pregunta que permita pensar algo diferente sobre cómo vivimos los humanos en sociedad. Es una forma muy particular de producir conocimiento. Siguiendo la propuesta de Bronislaw Malinowski, fundador del trabajo de campo, es una inmersión en la vida cotidiana de los “nativos” con un apego a los detalles donde escuchar, mirar, hacer, preguntar y compartir es la clave para experimentar una forma de vida que no es la propia. Documentar los imponderables y encontrar el sentido a las fichas escritas durante el trabajo de campo es, según Malinowski (1987), una perspectiva que permite comprender el mundo desde una diversidad. La etnografía describe cómo la vida de la gente sucede y no cómo debería ser. Tampoco se trata de clasificar o juzgar sino de entender los procesos sociales de un grupo de seres humanos que viven sus vidas. Lo que hacemos es, como lo plantea la antropóloga argentina Julieta Quirós (2018:186), acompañar y vivir fragmentos de la vida social en su propio discurrir. La etnografía, como enfoque, es una apuesta al valor analítico de la descripción de la perspectiva nativa para conocer otros mundos sociales y para crear puentes y conexiones inesperadas con las lógicas de la propia vida social y entender así cómo funciona el mundo.

Uno de los objetivos de esta tesis es pensar a los suboficiales etnográficamente como una comunidad con lenguajes, valores, normas, linajes y temporalidades propias. Para aprenderla y describirla, este trabajo se basó en relaciones humanas concretas que respondieron a la ayuda recibida desde la oficina de Relaciones Públicas de la Escuela de Suboficiales de la Armada y a la amabilidad de muchos hombres y mujeres suboficiales de la Base Naval Puerto Belgrano que me acompañaron en este recorrido, dándome detalles sobre sus especialidades y vivencias profesionales dentro de la Armada, como también sobre la rutina y lo peculiar de la vida a bordo. Esta investigación doctoral fue posible gracias a la autorización de las autoridades de la Armada Argentina³ que permitieron mi (casi) libre circulación por la base naval y una libertad (bastante) extendida para conversar

² Agradezco el comentario de la colega Noelia López sobre cómo la alteridad nos altera.

³ Mi experiencia de campo se nutrió de la investigación colectiva “Mar de Guerra” dirigida por Rosana Guber en la cual un grupo de investigadores nos preguntamos cómo vivieron la Guerra de Malvinas los oficiales, suboficiales y conscriptos de la Armada Argentina que participaron a bordo de los buques y submarinos, pilotearon los aviones navales y desembarcaron en las costas anfibias (Guber, 2022). Gracias al reconocimiento que su trabajo tiene en las Fuerzas Armadas y por el espíritu serio del proyecto, ella logró un acceso muy irrestricto a los espacios militares. Esa apertura fue la que habilitó mis estancias en la base naval y gracias a la cual pude experimentar compartir trabajo de campo con ella y con otros integrantes del equipo.

con suboficiales y oficiales en actividad. A diferencia de lo que el sentido común podría indicar sobre la inaccesibilidad de compartir momentos en dependencias militares o de una actitud negativa frente a mi presencia, quiero destacar que la predisposición y curiosidad fueron moneda corriente en los encuentros con oficiales y suboficiales, sean subalternos o superiores.

El trabajo de campo intensivo abarcó tres ciclos anuales que se iniciaron a mediados del año 2017⁴. El tiempo transcurrido en la Base Naval Puerto Belgrano fue fundamental para aproximarme al mundo naval bélico y para aprender nociones técnicas y militares propias de un lenguaje sumamente ajeno a mi formación universitaria. Allí he podido estar fundamentalmente en la Escuela de Suboficiales de la Armada y en el Centro de Veteranos de la Base Naval Puerto Belgrano.

Los suboficiales que conocí, algunos en actividad y otros ya retirados de la carrera militar (R), compartieron conmigo sus vivencias navegando en los buques de la Armada y me llevaron a sus espacios de trabajo, a sus casas, a sus lugares favoritos en Punta Alta (ciudad vecina “pegada” a la base naval) y fui con ellos a recitales, misas y asados. Participé de actos militares conmemorativos, realicé entrevistas (formales y estructuradas, de esas que no nos gustan a los antropólogos) a suboficiales retirados, algunos de ellos Veteranos de la Guerra de Malvinas (VGM). La gran mayoría de los encuentros se realizaron en diversas dependencias al interior de la Base Naval Puerto Belgrano. Es difícil cuantificarlos porque el enfoque etnográfico imposibilita separar “el encuentro” de “la vida misma compartida”. Pero he conocido y conversado con suboficiales en actividad, con suboficiales retirados que actualmente se desempeñan como instructores de la Escuela de Suboficiales de la Armada, con suboficiales veteranos de la guerra de Malvinas y también con sus familias. A su vez, he podido compartir muchos cafés con oficiales con cargos de dirección en la ESSA.

La selección de mis interlocutores fue siguiendo criterios de oportunidad y conexión personal, donde algunas de las personas que conocí me referían a otros suboficiales. A lo largo de la investigación desarrollé un fuerte vínculo con dos suboficiales, Teresa López y Graciela Rivero, quienes conversaron conmigo personal y telefónicamente una infinidad de veces. Ellas me presentaron con el resto del grupo y me habilitaron la conversación confiada con la gran mayoría de los suboficiales que conocí. A

⁴ En el 2013 inicié un estudio sobre las memorias de los ex alumnos de la ESMA (Ohanian, 2017). La actual investigación sostiene una continuidad con aquella al compartir interés en conocer la formación suboficial y los propios sentidos del pasado de quienes allí se formaron.

medida que nuestra relación fue creciendo, oficiaron de traductoras del mundo militar en relación a códigos, lenguajes, sentidos y tecnicismos. El afecto recíproco creció hasta el punto de adoptarme como la única civil en su propia familia naval.

Cada una de las experiencias fueron registradas en mis cuadernos de campo, escritos a los que volví innumerable cantidad de veces durante la escritura de esta tesis. En algunas ocasiones, gracias a la autorización de los suboficiales, pude grabar o anotar en simultáneo a la situación vivida por la cantidad de detalle técnico descrito, pero en la mayoría de las ocasiones el cuaderno y la birome en mano dificultaban la interacción y el contacto visual por lo que el registro de esas jornadas era escrito a posteriori apelando a mi memoria y perdiendo quizás valiosos detalles, los cuales elegí no priorizar para poder “estar ahí” sin la preocupación de que serían olvidados.

El análisis de fuentes secundarias (documentos, leyes y periódicos nacionales) también me habilitó abordar y reconstruir mediáticamente situaciones y hostilidades que no he podido experimentar durante el trabajo de campo, ya sea porque sucedieron en el pasado o por la imposibilidad de acceder a los protagonistas prestando especial atención a las declaraciones de integrantes de las Fuerzas Armadas. A su vez, tuve acceso a una gran cantidad de ejemplares impresos de la revista *Gaceta Marinera*, medio de comunicación oficial de la Armada Argentina, donde plasman mensualmente noticias históricas y de actualidad sobre el mundo naval.

Uno de los esfuerzos a la hora de presentar esta investigación lo concentro en la forma y en el criterio de escritura. En esta tesis etnográfica es fundamental poder discriminar entre la palabra de los suboficiales, la de los autores que acompañan este texto y la mía. El uso de las comillas lo utilizo para citar las expresiones de los actores que protagonizaron los procesos analizados y para citas textuales de autores. Los fragmentos de mi registro de campo están citados textualmente haciendo referencia a la fecha o están incluidos a través de la descripción de la situación de campo. El mismo criterio de citas y comillado lo sostengo con los fragmentos de conversaciones sostenidas. Hago uso textual de mis notas de campo para invitar al lector a trasladarse a la intimidad del momento registrado para dar cuenta de la situación vivida, lo más vívida posible. El uso de fotografías y de ilustraciones sigue el mismo criterio. Cuidando de no publicar en este texto información sensible y resguardada por el secreto militar, en algunos casos la descripción y las ilustraciones se limitarán a los detalles necesarios para dar cuenta de la situación “en general” sin arriesgar la confianza provista por quienes me autorizaron a ingresar a lugares restringidos. Por eso no abundan las fotografías propias sino que opté

por ilustraciones de escenas, espacios y mapas realizados en conjunto con el dibujante Hugo Gómez.

La redacción de estas páginas vivió temporalidades biográficas muy ajenas a las que estaba acostumbrada en procesos de escritura anteriores. El 20 de marzo del 2020, el Presidente de la Nación anunció el inicio del Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO) producto de la propagación del virus SARS-CoV-2 que generó contagios masivos de la enfermedad conocida como coronavirus. Este aislamiento, primero en la historia de nuestras vidas y de la nación, prohibió la circulación de personas en el espacio público exceptuando las salidas por necesidades primarias como hacer compras de comestibles, medicamentos, la asistencia de personas mayores o trabajadores de las llamados “trabajos esenciales”. Esto significó tener que aislarse en los hogares para prevenir contagios y disminuir así la fuerza del virus. La incertidumbre sobre qué estaba pasando y qué pasaría después era abismal. Esta disposición, una vez mermada la cantidad de casos y ante la aparición de vacunas que disminuía fuertemente los casos de muerte o enfermedad grave, hizo lugar al Distanciamiento Social, Preventivo y Obligatorio (DISPO), indicación que regulaba la circulación pero la permitía con mayores excepciones. El aislamiento y la distancia duraron más de dos años modificando los hábitos sociales en general, y en particular, los de trabajo y escritura para quienes estábamos abocados a eso. Nuestras casas se convirtieron en los espacios de trabajo exclusivos y los encuentros con colegas y con directores de tesis que siempre enriquecen la propia reflexión pasaron de ser cotidianos y presenciales a ser esporádicos y por la plataforma virtual “zoom”. Casi la totalidad del proceso de escritura de esta tesis fue en el contexto aislado y distanciado del COVID.

Esa fue una excepción dramática en la propia temporalidad (y en las ajenas también). Pero esa no fue la única alteración ni la más importante de mi tiempo biográfico de escritura de tesis. En septiembre del 2021 nació Julia, mi hija. El año de mayor trabajo de escritura yo estaba embarazada; y el año de re escritura y de finalización de la tesis, fue (es) mi primer año como mamá. Los momentos de trabajo, lectura y escritura estuvieron totalmente supeditados a los momentos de cuidado y de crianza de ella. El ritmo lo puso Julia. Esta tesis está totalmente imbuida de mi nueva temporalidad; más acotada pero con mayor sensibilidad. Mis tiempos, al igual que el de los suboficiales navales, estaban en constante producción y modificación. Espero haber podido contagiar con mi nueva percepción del tiempo a las páginas que siguen.

El trabajo de campo también tuvo períodos distintivos y distinguibles unos de otros. La mayor intensidad la viví durante el 2018 porque realicé tres viajes a la base naval

aumentando la cantidad de días en cada instancia hasta poder permanecer 10 días de corrido en las instalaciones navales. La evidencia material de dicha intensidad es que tres de mis cuatro cuadernos de campo son del 2018. Pero todo cambió en marzo del 2019 cuando me autorizaron a integrar la tripulación del buque ARA La Argentina (D-11) para vivir 4 días de navegación en el mar argentino a puro adiestramiento. El haberme puesto el uniforme de navegación y haber zarpado en un buque de guerra hizo que la relación con los suboficiales pasara una prueba ya que fue evidencia, para ellos, que mi trabajo “iba en serio”. Embarcarme también generó un guiño con los navales porque, tal como me lo repitieron muchas veces, “ambos habíamos estado en el mar”.

La participación en ejercicios de abandono, de combate y de operaciones junto con el recorrido de los espacios habitados mayoritariamente por suboficiales (salas de máquinas, motores, turbinas) me permitieron visualizar la tarea técnica y subalterna en su hábitat natural: el mar.

En esos días mi trabajo tomó otra textura. Fue como si el mar le hubiese dado una profundidad que no tenía y de repente, todo el trabajo de campo anterior se había transformado. Se volvió significativo de otra manera. Entendí cosas que no sabía que no entendía. Navegar con los suboficiales y vivir el tiempo de mar me permitió abrir mi percepción. Los lenguajes, las jerarquías, los ritmos, los cuerpos; la organización social que tanto había visto en tierra, la estaba observando en acto por primera vez en su lugar natural. Todo lo anterior cobró un sentido diferente. Había una temporalidad naval, suboficial y militar que se mostraba en cada acción, en cada ejercicio, en cada movimiento. Estando en el buque entendí que era una comunidad con ritmo propio. Eran tiempos adiestrados que habían sido aprendidos en tierra pero pensados para habitar el mar. El mar fue fundamental. Me permitió sumergirme en su propia temporalidad y percibir la centralidad que tenía en su identidad como militares y navales. Y que el agua me llegue al final del trabajo de campo y no al inicio me permitió volver sobre mis notas y recorrer un camino analítico que, aunque me tomó más tiempo de procesar, me refrescó como la brisa del mar. En el próximo apartado describo desde mis notas de campo cómo sucedió esa alteración que tanto necesitaba vivenciar.

III – Trasladarse al mar

Después de un viaje en micro de 9 horas desde Retiro llegué a la estación de buses de Punta Alta a eso de las 7:30hs de un martes frío de marzo. Tomás Irribarren, uno de los pocos civiles que trabaja en la Escuela de Suboficiales de la Armada (ESSA) me fue a

buscar a la terminal para llevarme al “Hotel Puerto Belgrano” donde me hospedo cada vez que realizo trabajo de campo en la base naval. Lo hizo parecer tan cotidiano que casi pasó desapercibido el gesto amistoso que ese momento incluía. En su coche y camino al hotel hablamos de novedades de nuestras vidas privadas, de los cambios en la jefatura de la ARA, del año electoral, de su familia y de mi escritura. La entrada a la base fue veloz por el horario de ingreso de casi todo el cuerpo de la Armada y por la Tarjeta de Identificación Naval (TIN) que él tiene por trabajar allí adentro; no hace falta frenar el auto ya que basta con desacelerar y mostrar la TIN por la ventanilla. Nos despedimos en la puerta del hotel sabiendo que nos íbamos a ver más tarde en la escuela, tal cual lo habíamos previsto en las semanas anteriores.

La actual Escuela de Suboficiales de la Armada se encuentra ubicada en la Base Naval Puerto Belgrano, en el Partido de Coronel Rosales, vecina de Punta Alta (los separa, literalmente, las vías del tren) y a 24km de la ciudad de Bahía Blanca⁵. Su historia comienza en 1896 de la mano del entrerriano Capitán de Navío Félix Dufourq y del ingeniero italiano Luis Luiggi para realizar ahí el Arsenal Naval (hoy, zona restringida) y su planificación para asentar la Flota de Mar en el sur de la Provincia de Buenos Aires por su cualidad defensiva geográfica y constiuirse como “la razón de ser de la Base Naval Puerto Belgrano” (Triadó, 1991:97). En la actualidad cuenta con la Flota de Mar, la Base de Infantería de Marina, el Arsenal Naval, los Dique Seco de Carena N°1 y 2 donde se reparan las embarcaciones, varios talleres generales, un taller de electrónica, barrios militares de oficiales y suboficiales, el Casino de Suboficiales y otro de Oficiales, la iglesia “Stella Maris”, el Comando de Operaciones Navales, el Hospital Naval, el Hotel de Puerto Belgrano, la Casa de Señores Jefes, la sede de la revista *Gaceta Marinera*, una Biblioteca, el Museo de Infantería de Marina, la Escuela de Oficiales de la Armada y la Escuela de Suboficiales de la Armada. También cuenta con una escuela pública primaria, una imprenta, una sede del Banco Nación, gran cantidad de cajeros, un museo y 26 buques que tienen asiento en los muelles y amarres de Puerto Belgrano. Como me comentó un suboficial, “la raíz de la Armada es Puerto Belgrano”.

⁵ Catherine Lutz es una antropóloga norteamericana que realizó una investigación sobre la relación entre la población civil y militar en Fayetteville (Carolina del Norte, Estados Unidos), la ciudad vecina de la base militar *Fort Bragg*. Aunque perezcan relaciones de oposición, Lutz (2002) muestra que la línea divisoria es mucho más permeable y borrosa de lo que parece. Detalla la historia cultural de esa relación enfocando en cómo la guerra (o la preparación para) está en todos lados y vinculada a todos los aspectos de la vida social-cultural: política, religión, leyes, género, racismo, clases sociales y economía. Tanto como sucede en Puerto Belgrano, en *Fort Bragg* hay población civil que históricamente sostiene el funcionamiento de la base.

Puerto Belgrano es la base naval más grande del país. Ocupa una superficie de 186 kmts² en los cuales se ubican todas las dependencias y unidades descriptas arriba. Para este trabajo, los espacios más visitados (señalados en la ilustración N°1) fueron la Escuela de Suboficiales, el Hotel Puerto Belgrano, la Asociación de Veteranos de la Base Naval y la Zona restringida donde están apostados los buques de la Armada.

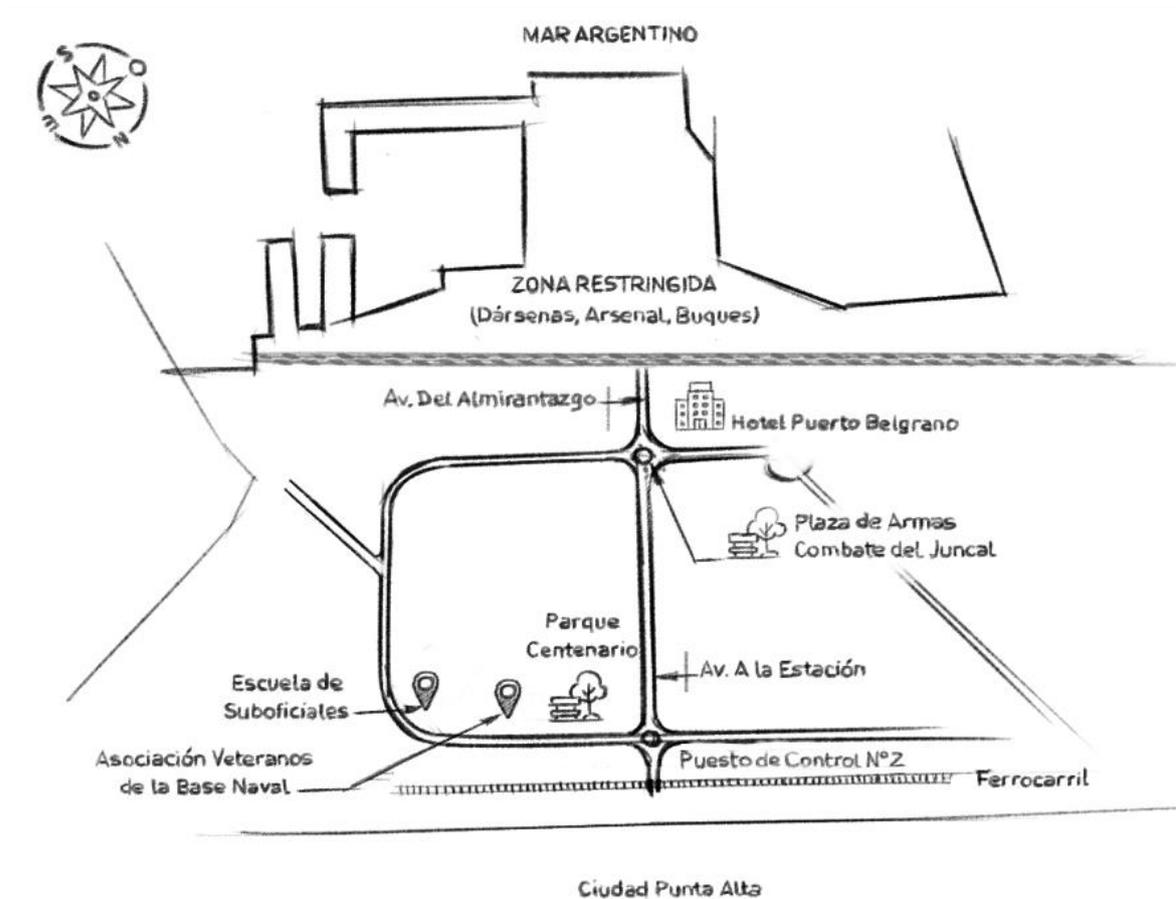


Ilustración 1. Dibujo de plano de ubicación con referencias de lugares protagonistas de esta investigación dentro la Base Naval Puerto Belgrano (Gómez, 2022).

Al intentar ingresar a la ESSA me comentaron que no tenía autorizado el pase. Ante el cambio de autoridades en la Escuela (sucede todos los años), el nuevo director no aceptó mi autorización verbal desde la Dirección de Educación de la Armada e hizo que la misma no fuera suficiente para poder lograr mi acceso. Fue la primera vez que me sucedía. En la entrada me indicaron que “necesitaba más papeles que el Director de Educación de la Armada tenía que mandarlos con sello para que autoricen mi ingreso”. Pero lo que inicialmente pareció una mala noticia se convirtió en una gran oportunidad. Era un claro imponderable de la vida etnográfica que con el tiempo aprendí a atravesar.

En la puerta del hotel me crucé con Héctor Tessey, un compañero de equipo de investigación de “Mar de Guerra” con quien realicé viajes de campo (y siempre abrió puertas invaluable para este estudio) y le comenté que no tenía planes para el día ya que tenía imposibilitado el ingreso a la ESSA. Decidió invitarme a los suyos: “venite a almorzar conmigo y los oficiales. Tengo unas reuniones con jefes nuevos de la base”. Acepté y a las 12hs ingresamos a la Escuela de Oficiales de la Armada (ESOA) para encontrarnos con el oficial encargado de coordinar algunas de nuestras actividades y de llevarnos a las distintas reuniones, porque para poder ingresar a las oficinas se requiere de un intermediario. Siempre hay un oficial que está entre quien visita y los secretarios de los oficiales. Los secretarios también son oficiales y son quienes realizan tareas cotidianas de organización: agenda, piden café y son los “porteros” de las oficinas. Por ejemplo, para saludar al Comandante de la Flota de Mar no se ingresa al lugar y se habla con él. El oficial que habilita el encuentro habla con el secretario del Comandante para que autorice el ingreso y así poder llegar al Jefe. O sea, siempre hay intermediarios entre la autoridad y el resto. Como norma institucional militar, hay que respetar siempre los tiempos de quien te recibe ya que las agendas se establecen con anticipación y rigurosidad. Esta dinámica se repite cada vez que se realiza un encuentro pautado y formal con algún oficial de mayor jerarquía.

Nuestro oficial “habilitador” en esa visita fue Ricardo Orué, un Capitán de Navío de unos 45 años que tenía a cargo la dirección académica de la ESOA. Es quien arma programas, coordina a los docentes y sigue de cerca la formación complementaria de los oficiales. Es un cargo muy jerárquico. Nos juntamos con él en la puerta de la escuela y nos comentó con mucha alegría que había logrado armar una reunión con el Comandante de la Flota de Mar, el responsable de todos los buques que están en las base navales nacionales. Es, de manera muy simplificada, quien tiene la llave de las embarcaciones (ver anexo 1). Desde que empezamos la investigación colectiva deseamos poder embarcar pero cada vez parecía más imposible. Consultamos a conocidos, a conocidos de conocidos y a la gente con quien nos íbamos encontrando si existía alguna posibilidad de embarcar pero la negativa siempre era rotunda: “¡ni nosotros salimos a navegar!”. El ánimo derrotista de la lejanía con el mar no estaba dirigido sólo a nosotros; los navales lo sufrían mucho.

El agua rara vez le llega a los suboficiales (y oficiales) de la Armada. Hay buques que no funcionan o que no tienen presupuesto asignado para comprar combustible. Son buques apostados en los puertos sin horizonte de mar que hospedan marineros que nunca navegaron aunque, como mostraré en esta tesis, las navegaciones sean parte fundamental

de la formación naval. A las salidas de instrucción en el mar se las denomina “etapas de mar” y se organizan anualmente dependiendo del dinero disponible y los buques en estado aprobado (operativos) para soltar amarras. En los últimos años se establecieron cuatro etapas de mar donde las dotaciones de los buques consolidan sus saberes aprendidos en el aula y se realizan acciones conjuntas con submarinos y dotaciones de otros buques. Pero no son suficientes para el cuerpo de suboficiales que mira el mar desde la tierra. Es un adiestramiento constante para quienes tienen “destinos operativos”, esto es, para quienes ocupan puestos en los cuales la aplicación de saberes y de principios militares se realiza para participar (o prepararse para participar) en un combate. Para los suboficiales, embarcar es vitalidad: es ejercer el rol, es estar en el agua, es poner en práctica los conocimientos y convertirlos en experiencia. Es ser-con-el-buque. Por eso los escuché tantas veces decir que “sin agua no somos nada”. Pero como veremos en esta tesis, no todas las generaciones de suboficiales viven la necesidad de agua de la misma manera.

La Flota de Mar tiene su apostadero (puertos en costas) en las distintas bases navales de la Argentina: en la Base Naval Puerto Belgrano (Bs. As) se encuentran la mayoría de los buques de la Armada –incluida la división destructores, corbetas, comando logístico y antártico y remolcadores-, mientras que en la Base Naval Mar del Plata (Bs. As) atracan los submarinos y algunas embarcaciones pertenecientes a la división de “Patrullado Marítimo” y la “Agrupación Naval Hidrográfica”. En la Base Naval Ushuaia, (Tierra del Fuego) atraca la “Agrupación de Lanchas Rápidas” y en la Base Naval Zárate (Bs. As) descansa la “Escuadrilla de Ríos”. En ellas se encuentran también las tripulaciones esperando cruzar la planchada y entregarse la buque y al agua. La BNPB es conocida por ser “la raíz de la Armada” ya que es el apostadero históricamente institucional de los buques de la Armada Argentina. Desde su construcción en 1898, las unidades de superficie se establecieron y se agruparon, cual paraje, bajo un único mando.

Al mediodía Ricardo nos llevó en su auto al Comando de la Flota de Mar (edificio donde está la oficina del Comandante y de otras autoridades de los buques) y esperamos la autorización para entrar. A los pocos minutos, ingresamos a la oficina del Comandante de la Flota y vimos que adentro también estaban los Comandantes (Jefes) de las divisiones que agrupan a cada tipo de embarcación: corbetas, destructores y otras embarcaciones pequeñas.

Cada buque forma parte de un modelo universal: hay mercantes, de logística o de guerra y también algunos funcionan como aeropuertos en el medio del mar (portaaviones). Lo que los diferencia de su función es su estructura. Por ejemplo, dentro de los buques de

guerra lo constitutivo es la existencia de armamento (artillería) para la defensa y el ataque, como son los torpedos, misiles y cañones, haciendo de esas cualidades su función y su tripulación constitutiva. Para mover un buque gigante (crucero) se requiere una tripulación mucho mayor que para uno más pequeño (corbeta). Hay embarcaciones con más autonomía (distancia recorrida sin necesidad de cargar combustible) y otros con mayor velocidad (nudos). La Armada los define como “unidades de superficie” que se distinguen de los submarinos (sumergidos) y de los aviones navales (que operan desde un portaaviones) por estar sobre el agua. Todos ellos (unidades de superficie, la fuerza de submarinos, la aviación naval y la infantería de marina) hacen al poder marítimo nacional. Pero el mar es tradicional e históricamente asunto de los navales y su flota.

Los buques tienen un nombre y apellido que los identifica (ver anexo 2) y un bautismo que los hace únicos. El rito conocido como “botadura” es cuando se iza su pabellón (bandera nacional) por primera vez y se incorpora formalmente al linaje de la familia naval. El mundo heterogéneo y singular de las unidades de superficie cuenta con un Comandante por embarcación y, dependiendo de la división, se requiere un cargo diferente de capitán -siempre un oficial- por las tareas que realiza. Dentro de los buques de guerra, la corbeta (91mts de largo) es utilizada para tareas de guerra antisubmarina por su agilidad y ligereza y requiere de una tripulación de 100 personas. Los buques ARA Espora, ARA Rosales, ARA Spiro, ARA Parker, ARA Gómez Roca y ARA Robinson son comandados por un capitán de corbeta, al igual que las embarcaciones del Comando Naval Anfibio y Logístico como el ARA Patagonia, Multipropósito ARA Hércules, Transporte ARA San Blas, Aviso ARA Teniente Oliveri, Aviso ARA Estrecho de San Carlos, Aviso ARA Puerto Argentino, Aviso ARA Islas Malvinas, Aviso ARA Francisco de Gurruchaga y el Destacamento Naval de Playa. Los destructores ARA Almirante Brown, ARA La Argentina, ARA La heroína y ARA Sarandí tienen mayor tamaño (125 mts de eslora o longitud), mayor tripulación (200), poder de fuego antiperficie y antisubmarino, y son comandados por un capitán de navío.

Los portaaviones son, literalmente, aeropuertos en el mar. Por eso se han constituido en todo el mundo como referentes del poder naval: son estratégicamente fundamentales por incluir a la aviación naval. Son gigantes, caros y tienen múltiples mundos adentro. Su función principal no es el ataque, motivo por el cual requiere ser escoltado/ayudado por otros buques (corbetas o destructores) para defenderlo, situación que lo hace blanco preferido y codiciado de ataques aéreos y navales. Su rol característico es ser una base para los aviones en el medio de mar. Por su importancia, cuando se tiene,

es el buque insignia que representa toda la flota. Allí comanda el capitán de mayor rango. El Portaviones 25 de Mayo fue el último que formó parte de la Armada Argentina hasta su desguace en 1991. Contaba con una tripulación de más de 1000 hombres y una eslora de casi 200 metros.

En la oficina del Comandante de la Flota de Mar había cuatro hombres muy prolijos de unos 45 años que nos recibieron con mucha calidez y nos ofrecieron sumarnos al encuentro para escuchar nuestra presentación, ya que a todos les generaba intriga saber qué hacíamos ahí. Siguiendo la indicación, nos sentamos en unos sillones de cuero marrón de dos cuerpos y ellos arrimaron sus sillas de madera tapizadas a nuestro sector. El Comandante era mucho más receptivo y empático de lo que yo hubiera esperado de alguien con un cargo tan jerárquico: nos sonrió durante todo el encuentro y prestó genuina atención a todo lo que contamos. Héctor comenzó con chistes de fútbol sobre Racing y, de a poco, fueron entrando en temáticas más institucionales y personales sobre vidas cruzadas en el pasado: con quién había estudiado cada uno, a quién hacía mucho no veían y anécdotas de gente en común. Mientras tanto, al resto de nosotros nos servían café y sonreíamos en lo que era un encuentro relajado. Yo les comenté sobre la “parte social”, tal como habíamos acordado con Héctor, y todos prestaron atención a mis palabras. Fue él quien aprovechó las preguntas que surgieron sobre nuestra investigación y le dijo al Comandante:

Y ahora llega el momento difícil, que espero no lo tome como falta de respeto o de consideración. Nosotros sabemos la situación que está viviendo la Armada y lo complicado que es soltar amarras, pero tengo que pedirle algo que estoy seguro que me va a decir que no. Pero lo tengo que intentar: ¿Existe alguna posibilidad de embarcar? (Hector Tessey, marzo 2019).

El silencio del Comandante duró cinco segundos, pero cada segundo lo vivimos como una eternidad. Este pedido lo hicimos constantemente, pero nunca habíamos conocido al Comandante de la Flota, así que lo trasmitíamos a través de las autoridades que íbamos conociendo, y siempre la respuesta era la misma: no hay ninguna posibilidad porque los buques no están navegando. En esos cinco segundos miró su reloj, miró al Comandante de la división de corbetas, sonrió al resto de los Comandantes y dijo con una sonrisa generosa: “¡pensé que me ibas a pedir un millón de pesos! Voy a cumplir el sueño de tu vida. A las 14hs sale un buque, ¿se animan?”. Esa respuesta totalmente impensada por nosotros se nos apareció inconmensurable, inesperada, imposible. Esa era mi primera y única posibilidad para experimentar la vida a bordo. Era “ahora o nunca”, un literal golpe

de suerte. Nos miramos con Héctor y ambos teníamos una expresión de alegría que no nos entraba en la cara. Al unísono respondimos que sí y ante la risa del resto de los Comandantes, el Comandante de la Flota dijo:

¡No se lo esperaban! que lindo sorprenderlos así, creo que era más fácil pedirme un millón de pesos, pero si se animan los podemos embarcar en el destructor “La Argentina” que sale ahora, en una hora y media. Miren que no tocamos puerto hasta el viernes. ¿Pueden? (Almirante Julio Horacio Guardia, marzo 2019).

Le consultó al Comandante de las corbetas si había lugar para tres personas, quien respondió con una sonrisa que “en algún lugar los metemos seguro”. Héctor cambió su postura corporal y mencionó que ni él ni la directora del equipo podían embarcar porque tenían compromisos en Buenos Aires el jueves. Todos los hombres de esa reunión me miraron para ver la reacción y respuesta: “Yo estoy adentro, ¿qué necesitan para embarcarme?” Celebraron mi afirmación con entusiasmo y llamaron a un suboficial que estaba afuera de la oficina para que me sume en el listado de la tripulación, saque una fotocopia de mi documento de identidad y registre un teléfono de contacto por emergencias. Me felicitaron por la iniciativa y explicaron que ninguno de ellos iba a embarcar y que el Comandante de la división de corbetas iba a ir en *la*⁶ Spiro, buque con quien se iba a compartir parte de la navegación por tener ejercicios en conjunto y que seguramente iba a pasarse, en algún momento, a *la* Argentina. Me dieron un abrazo como si nos conociéramos de toda la vida y me desearon una gran navegación. “¡Nos vemos cuando toques puerto!”. Luego de la reunión con los comandantes, comenzó una veloz preparación para poder estar a las 14hs en el puerto con mi equipaje listo (ya eran las 13hs). Finalmente iba a embarcar. Era la primera vez en mi trabajo de campo -y en mi vida- que iba a pasar días y noches en un buque de guerra navegando en el mar.

El límite de mi investigación ya no estaba en la tierra y no era exclusivamente la Escuela de Suboficiales, sino que el horizonte de mar se me presentaba como una fuerza que abría preguntas, situaciones, sentidos y experiencias. Esa ruptura radical es el motor de esta investigación ya que, estando embarcada, comprendí que para entender la vida social del suboficial naval es requisito situarse en el elemento esencial que lo compone: el buque. Es un interés significativo en esta tesis entender cómo se desarrolla la relación entre el

⁶Aunque un buque sea un sustantivo masculino que se acompaña del artículo “el”, durante el trabajo de campo comprendí que se habla de “el” buque –en general e institucionalmente- pero al referirse individual y personalmente- a la embarcación, puede cambiar el género de su determinante y aplicar el artículo femenino como sucede con *la* Santísima y *la* Hércules. Esto sucede también con las embarcaciones de la Marina Real Británica donde el artículo que se utiliza para nombrar al buque es femenino (*she*).

suboficial, el buque y el mar y cuáles son las prácticas sociales, técnicas y corporales que se activan durante la navegación. Por eso esta tesis está constantemente salpicada con el agua de mar desde la experiencia de los suboficiales con abundantes descripciones que muestran su propia temporalidad: rupturas, continuidades, ritmos, pasados y aprendizaje de técnicas particulares que constituyen a las relaciones humanas que allí se ponen en juego.

IV– Los “puros”. Suboficiales navales de la Armada Argentina

Las Fuerzas Armadas Argentinas son una institución del Estado Nacional y tienen la misión de defender la soberanía nacional. Se especializan en tres componentes según el dominio de cada ambiente: la Fuerza Aérea (FAA) capacita a sus integrantes para patrullar, conquistar y defender el aire, el Ejército (EA) lo hace desde la tierra y la Armada (ARA) se zambulle al mar. Todas tienen la misma columna vertebral sostenida por la estructura militar donde la cadena de mando es universalmente constitutiva.

Cada componente vive su profesión dependiendo del medio y de la comunidad de saberes que aprenden a habitar: los “navales” o “marinos”, como se llaman a sí mismos, son los custodios del agua; ése es su hábitat natural y remarcan su existencia y su importancia referidas a este entorno precisamente porque “su mar” cubre una superficie de 1.750.140 km² y la costa marítima mide en total 4.725 km. Los marinos *son* con el mar y éste puede ser inmenso, incontrolable, desconocido, peligroso, imprevisible, indomable y bélico. Tal es así que, según los investigadores australianos John Reeve y David Stevens, el tercer participante de una guerra naval es el “mar cruel, el cual no responde a ningún ser humano” (2003:31, mi traducción). Los suboficiales y los oficiales de la Armada se preparan para navegarlo en unidades de combate/sistemas de armas sean éstos un buque, un avión o un submarino.

Las vinculaciones interpersonales propias de todo el ambiente naval-militar están normadas por posiciones jerárquicas (Otamendi, 2012:100). A mayor jerarquía, mayor cargo y mayor responsabilidad. La carrera profesional militar argentina, a diferencia de la tropa voluntaria o el servicio militar obligatorio, suspendido en la actualidad, está conformada por dos escalafones distintos -respetando la verticalidad estructural, ver anexo 3- que clasifican a todos sus miembros en “oficiales” (en orden descendente: almirante, vicealmirante, contraalmirante, capitán de navío, capitán de fragata, capitán de corbeta, teniente de navío, teniente de fragata, teniente de corbeta y guardiamarina) y en “suboficiales” (en orden descendente: suboficial mayor, suboficial principal, suboficial primero, suboficial segundo, cabo principal, cabo primero y cabo segundo). No es casual

que la nominación de la jerarquía de los oficiales esté relacionada con un tipo y tamaño de buque, sea este un navío, una fragata o una corbeta, justamente porque la organización de la Armada nace y se sostiene en el agua. Como veremos en todos los capítulos de esta tesis, la cercanía o distancia (espacial y relacional) con el Comandante es rector en el entendimiento de las jerarquías navales.

El antropólogo argentino Germán Soprano (2010, 2012, 2013, 2015, 2016) fue quien inauguró los estudios sobre los suboficiales de la Armada Argentina entendiéndolos como “burocracias subalternas del Estado nacional” retomando la distinción del politólogo estadounidense Samuel Huntington (1995) y buscando dar cuenta de algunas características formales referidas a las particularidades de su profesión militar. A mediados del siglo XX Huntington (1995) inició un debate al afirmar la existencia de una diferencia entre ambas carreras militares, considerando al oficial como un “profesional” y al suboficial como un “practicante de un oficio”. Según su análisis existen tres particularidades por las cuales un oficial es un profesional: sus conocimientos expertos necesarios para el ejercicio del monopolio legítimo en la administración de la violencia, la “responsabilidad” en el cumplimiento del servicio y el “corporativismo” por su adhesión a una organización jerárquica. Huntington (1995) marca un claro contraste sobre el oficio de los suboficiales ya que considera que no tienen ni la habilidad ni la responsabilidad de la “administración de la violencia” como sí las tienen los oficiales.

Soprano (2016) retoma este debate y se centra en la cualidad profesional de las Fuerzas Armadas para afirmar que ésta no es una característica que permita la división sino que es una cualidad compartida por oficiales y suboficiales. Para él, ambas profesiones forman parte de una “burocracia estatal moderna”:

Las Fuerzas Armadas son un componente del Estado Nacional formalmente regulado por lógicas y prácticas legal-rationales, que definen sus márgenes de autonomía y heteronomía respecto de otros actores y esferas sociales, su organización y funciones, jerarquías y disciplina, procesos de reclutamiento y formas de sociabilidad, sistemas de educación y de certificación de saberes y prácticas, el diseño y desarrollo de sus carreras profesionales con sistemas periódicos de evaluación de desempeño y promoción, sus escalas salariales y de haberes de retiro y pensiones (Soprano, 2016:233).

En sus trabajos hace explícita una jerarquización del ser suboficial desde una definición sociológica sustentada en la categoría de burocracia moderna creada por Max Weber (1992:176) para referirse a formas de dominación legal-razional donde las personas

orientan sus acciones sociales en base a ciertos rasgos típicos *weberianos* que Soprano (2016:209) encuentra en los militares. Esta categorización no es considerada automática sino que se concibe, según lo entiende el autor “invocando sentimientos del deber, honor estamental y estimación social legitimados respecto de los deberes del cargo y función”, interpretando así que la “impersonalidad de la burocracia coexiste con un espíritu de cuerpo que cohesionan a sus miembros en torno a una noción de estatus o dignidad estamental” (2016:210). En relación a la particularidad de los suboficiales, Soprano (2016:236) afirma que su cualidad distintiva es el ser subalterno, motivo por el cual los define como “burocracia estatal subalterna”. Esta definición sociológica aplica a una descripción general sobre funcionarios del Estado (que puede aplicarse también a otras esferas estatales), motivo por el cual propone inscribir a los “militares como actores sociales en el Estado y la sociedad nacional” (2013:15). En sus trabajos incita a “profundizar en perspectivas de análisis que no asuman la forma apriorística” sino que se realicen a través de la construcción de conocimiento histórico y localmente situado. Tal es el caso de las entrevistas realizadas en el 2008 a personal embarcado en el buque de la División de Patrullado Marítimo del Área Naval Atlántica en el Aviso Suboficial Castillo donde pudo relevar problemáticas particulares en relación al ser militar, incidencias sociales sobre el ingreso a la Armada, el pedido de baja, valores profesionales de la carrera y la relación de la carrera con la familia (Soprano, 2013).

Para los hombres y mujeres que conocí en la Base Naval Puerto Belgrano, ser suboficial naval es una ocupación, una vocación, un trabajo exigente, una profesión, un servicio, una formación técnica, una entrega total, una carrera, un oficio, una fuente de dinero y prestigio social, un reconocimiento de la familia y una posibilidad de conocer el mundo. Existe, en cada vida suboficial, una heterogeneidad de percepciones y de experiencias sobre qué es serlo. En este sentido, como veremos a continuación, su rol dentro de la vida militar no se agota ni se limita exclusivamente a la condición de subordinación burocrática estatal no profesional que obedece, cualidad particularmente ponderada tanto en los análisis institucionales como en los estudios académicos. Es una profesión técnica y militar cuyo objetivo es operar los sistemas de las unidades de mar. Son subalternos y son técnicos especialistas. Son los traductores de motores, sonares, radares, cables, máquinas y cualquier cosa dentro del buque que no sea una persona. Esta tesis los tiene a ellos como protagonistas con el objetivo de entender su perfil profesional para caracterizar singularidades y aspectos de la temporalidad de su mundo social.

La variedad de opciones formativas representa las especialidades técnicas y militares que conforman al cuerpo de suboficiales de la Armada Argentina. La especialidad es como el apellido, los vincula con un linaje, una historia y con un caído en la guerra de Malvinas que se formó en esa misma especialidad. Los aeronáuticos, los infantes, los arsenales y los navales cuentan con su propio programa de estudios, su aplicabilidad del saber, sus siglas características, su espacio particular en alguna de las unidades de la Armada, su distintivo en el uniforme y un apodo que los identifica rápidamente entre sus colegas⁷. Son mundos dentro de la familia naval que aseguran que todo el sistema de la Armada Argentina cobre vida.

En muchos casos, la especialidad se elige antes de conocer el buque o al avión ya que no todos los postulantes (hombres y mujeres que inician su vida en la institución haciendo dos meses de adiestramiento en el Período Selectivo Preliminar conocido como “PSP”) han tenido experiencias cercanas con los componentes de la Armada. Toman decisiones como postulantes que definirán sobre el mundo suboficial que habitarán durante la totalidad de su carrera. Esa incertidumbre de aplicación se vive aún antes de comenzar su vida como aspirante naval (cargo obtenido luego de aprobar el PSP y que los acompaña durante los dos años de su formación en la ESSA).

Los aeronáuticos (AE) son conocidos como los "alitas". No es casual que sean quienes se vinculan con la mecánica, la electricidad o las operaciones de los aviones y los helicópteros por arriba del mar. Los mecánicos arreglan, calibran e interpretan los principales instrumentos y sistemas de las aeronaves; son los traductores de cada señal mecánica que da el avión ya que su función es interpretarla, corregirla y liberar al piloto/avión de fallas. Resuelven problemas y verifican el rendimiento de la nave para que ésta pueda volver a volar. Un suboficial mecánico me dijo: “Conozco todo del avión. Es mi hijo. Cada detalle del avión lo sé, lo conozco y lo entiendo. Los tripulantes tienen que ir muy seguros y esa seguridad se la damos nosotros”. Si el mecánico está pegado al avión, los suboficiales con cargo en Operaciones están más cerca del aire en las torres de control porque son quienes leen al avión en relación a otros aviones, son los conocedores de

⁷ En su análisis sobre la formación de cadetes en el Colegio Militar de la Nación del Ejército, Máximo Badaró también logró identificar apodos entre cada una de las especialidades: “Los infantes, por ejemplo, son llamados “cuadrados”, en alusión a la supuesta falta de complejidad técnica de las actividades del arma y la supuesta carencia de desarrollo intelectual de sus integrantes. Los comunicantes, por su parte, reciben el nombre de “plantas”: al igual que los vegetales, los comunicantes pasarían todo el tiempo parados en un mismo lugar sin moverse. Los ingenieros son llamados “obreros”, en alusión a los cascos, materiales de indumentaria característica de los obreros de la construcción que ellos utilizan en sus actividades. Los intendentes, por su parte, reciben el apodo de “porotos”: la imagen generalizada sobre ellos que es ocupan su tiempo en hacer los cálculos necesarios para el abastecimiento de las tropas.” (2009:256)

procedimientos, reglamentaciones y cartas náuticas. Los suboficiales aeronáuticos son quienes hacen equipo con el avión y su piloto, por eso el signo que los identifica son dos alas desplegadas. Esta relación se conoce como "escuadrilla" (Guber, 2022b) y, en el mejor de los casos, embarca en un Portaviones, esos aeropuertos en el medio del mar que la Argentina ya no tiene. En la escuadrilla aeronaval antisubmarina, por ejemplo, hay suboficiales responsables de manejar el radar en vuelo y "ser los ojos del piloto". Y en la escuadrilla aeronáutica de helicópteros hay un suboficial que se encarga de hacer las maniobras de rescate durante el vuelo. Mientras no haya navegación, esperan en las bases aéreas su vuelta al aire arriba del mar.

El Infante de Marina (IM) es el "bicho". Es el escalafón que, tal como lo explica Tessey (2022), goza de un estado liminal entre el agua, la costa y la tierra. Son lo más "ejército" que tiene la Armada. Hay quienes manejan los vehículos (motoristas) y también hay responsables de artillería, de comunicación y electrónica. Son una rama de la Armada bastante independiente, justamente porque su ambiente es muy diverso al resto. Se transportan en buques con la tripulación sólo para llegar a la costa, su lugar natural. Los infantes son fácilmente reconocibles al distinguirse del resto por su actitud donde "las órdenes les entran por los pies", y por su fuerte y musculosa corporalidad. Le consulté a un naval cuál era la diferencia entre ellos y los infantes y me explicó que los infantes eran "machos que hacen todo corriendo, con fuerza y medio brutos". Su uniforme también se distingue del naval por ser de combate y contar con colores camuflados y con borcegués altos impermeables de color crema, similares a los que utilizan los integrantes del Ejército. Es más intimidante que elegante, a diferencia de los navales que son prolijos y poco amenazantes. Los "bichos" están acostumbrados a salir de campaña y a subsistir, por eso también se los conoce como "come víboras". Se los diferencia fácilmente también por su símbolo: dos fusiles cruzados sobre un murallón históricamente utilizado como defensa de costa.

Los arsenales (AN) son los responsables de los mecanismos y de los sistemas electrónicos y electromecánicos que hacen a las armas de la Armada. Los suboficiales son quienes operan y arreglan las piezas del armamento naval, y por eso su insignia tiene en su centro el ancla de la Armada rodeada por un engranaje que da cuenta de la tarea específica. La regulación de las balsas y de los chalecos salvavidas también depende de los arsenales. A diferencia de los infantes, considerados brutos por sus compañeros de armas, los arsenales son conocidos por su extremo nivel de obsesión por el detalle: son los últimos responsables para evitar accidentes.

En las tres especialidades descritas tenemos a los suboficiales que cuidan a los aviones que vuelan sobre el mar, a los infantes que toman por asalto la costa y a los suboficiales encargados de las armas navales y la supervivencia. Las necesidades operativas de la Armada justifican esa variedad de ambientes porque cubren la costa y el aire sobre el mar pero los navales “puros” son los del escalafón naval. Así se presentaron cada vez que les consulté por las diferentes especialidades. “Nosotros somos los puros”. Ellos tienen exclusividad para ocupar el agua. Cuentan con distintas orientaciones (ver Anexo 4) que refieren a todas las funciones necesarias para hacer cualquier operación/acción dentro del buque: moverlo, encenderlo, apagarlo, arreglarlo, administrarlo; todo.

Los suboficiales “puros” que conocí y con quienes entablé innumerables conversaciones querían que yo aprendiera sobre lo que ellos habían estudiado en tierra pero siempre pensando en el mar. Lo que más me enseñaron fue sobre esa relación que establecieron en altamar, en los distintos niveles de las cubiertas de los buques, en las guardias y en los roles de abandono adiestrados en cada una de las navegaciones donde les tocó vivir, dormir, comer y trabajar. El buque es un espacio reducido encendido las 24hs con mucha gente haciendo muchas cosas: son los suboficiales quienes cuidan los motores, sostienen la electricidad, alimentan a la tripulación, controlan los radares y hacen fluir el agua al interior del buque en todas sus temperaturas necesarias. Todas estas acciones tienen un ritmo y una espacialidad que los distingue de otros militares y de otros navegantes civiles.

Como muestro en esta tesis, el buque es el rector de la vida del suboficial naval. Allí se experimenta la organización social vital en la que todos tienen que cumplir su función, respetar la jerarquía y ayudar al otro porque se requieren constantemente para habitar el mar sea en tiempos de guerra o de paz. Es el lugar y el momento en el que los navales aprenden a convivir en un aislamiento espacial y es cuando se produce la inmersión total en un tiempo singular: el naval, subalterno y militar.

Paradójicamente el mar está a menos de 2km de la Escuela de Suboficiales pero al no haber navegación sistemática y continua por decisiones políticas y presupuestarias, a los aspirantes y suboficiales en formación, el mar les aparece como algo lejano e imposible de habitar. Los capítulos de esta tesis remiten a distintas instancias de formación suboficial pero todas reflejan el mismo problema: la distancia con el agua, su ambiente natural, tiene efectos en la esencia de su comunidad porque es constitutiva del suboficial naval. ¿Qué significa un aprendizaje técnico sobre el buque pero sin el buque en el agua? ¿Qué cambia

cuando se alejan del agua? ¿Qué se pierde? ¿Cómo se resuelve la capacitación de estos hombres y mujeres que no pueden embarcar porque no se navega? Y para esos suboficiales en formación, ¿De qué manera se experimenta esta distancia?

Las páginas que siguen están dedicadas a mostrar en detalle el mundo naval suboficial “puro”, una comunidad cuyas historias, motivaciones, aspiraciones, migraciones, códigos morales, tiempos y vida cotidiana han sido inexplorados hasta el día de hoy aunque el nombre de su instituto de formación, la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), sea reconocido en el mundo entero.

V – Navegar incomodidades propias y ajenas

La dificultad de ser investigadores en nuestra propia sociedad requiere de una vigilancia sobre nuestro sentido común mucho más firme que si estuviésemos en otra sociedad, justamente porque vivimos o estamos en contacto con esas situaciones que investigamos y nos atenemos a reglas morales propias, nacionales y profesionales. Prestar atención a la propia moral dentro de la antropología en particular y de las ciencias sociales en general aparece como una reflexión necesaria ya que no estamos eximidos de que dicha asociación sistemática sobre qué autor citar, dónde publicar y sobre qué grupo humano investigar limiten nuestros horizontes de investigación y prioricen “el grado de compromiso” (Balbi 2016:66) que sostenemos moral y políticamente con nuestros interlocutores por sobre las preguntas de investigación o la experiencia de trabajo de campo. Estos sentidos comunes morales pueden ser discutidos y desnaturalizados a través de un extrañamiento analítico de nuestra propia disciplina, entendiéndola como producto cultural.

Así, es posible pensar a la antropología social argentina como una forma de interacción entre sus miembros con historia, códigos, lenguaje, héroes, símbolos y sentidos comunes establecidos; al igual que una cultura. La antropóloga argentina Rosana Guber (2007, 2008, 2010) reflexiona sobre la construcción de un perfil de “antropólogos-ciudadanos comprometidos” en Argentina entre 1960 y 1975 para alertar sobre la naturalización de una “pretensión de proximidad” que constituyó al compromiso como símbolo y corazón de la antropología social. Esta proximidad basada en la co-ciudadanía y en el involucramiento personal con la transformación social, tal como explica Guber (2010), es una construcción que debe analizarse histórica y situacionalmente para poder pensar, en concreto, qué pasa en cada vínculo y en cada momento, ya que compartir ciudadanía no es un dato en sí mismo. Y el compromiso no es garantía de comprensión. La

pregunta analítica es cómo se juega esa co-ciudadanía en cada trabajo de campo y en cada relación.

En relación a los estudios sobre los integrantes de las Fuerzas de Seguridad, la antropóloga Sabina Frederic alerta sobre una “mirada reprobatoria frente a los estudios que toman por objeto las prácticas policiales (...) por miedo a convertirse en sujetos contaminados por los que supuestamente eran nuestros enemigos” (2014:35). Pero el estudio con integrantes de Gendarmería (Frederic 2014, 2018; Escolar 2017; Renoldi 2013) y con integrantes de la Policía (Tiscornia y Olivera, 1990; Sain 1998; Ugolini 2014; Bover, 2021; Galvani 2017; Calandrón 2014; Garriga Zucal y Maglia 2018; Sirimarco 2009) le permitió a las ciencias sociales y humanidades generar preguntas relacionadas con el género⁸, la educación, los museos, la violencia, el secreto, la vida cotidiana y la sexualidad. Todavía queda pendiente generar ese movimiento colectivo en relación a las Fuerzas Armadas, quienes mayoritariamente se investigan sociológica y antropológicamente por temáticas relativas a las violaciones a los Derechos Humanos durante la última dictadura militar, alimentando una “lógica binaria” (Soprano, 2010:17) que oscurece todo tipo de conocimiento sobre este grupo social. Se evidencia una ausencia de congresos, equipos, agendas de investigación y una limitada población de investigadores de ciencias sociales en Argentina que “no siempre dialogan entre sí” (Soprano, 2010:1) destinados a desarrollar discusiones académicas sobre los militares que enriquecerían los conocimientos de sus singularidades.

En el caso del estudio con y sobre las Fuerzas Armadas, se establece un límite clave moral (Ohanian, 2019) que no permite producir conocimiento y alimenta un dilema incómodo en los términos equivocados: no se trata de justificarlos sino de comprenderlos. Yo intenté evitarme este malestar o “pequeña incomodidad” (Epele y Guber, 2019:2). Cuando comencé el trabajo en la base naval quería analizar la formación técnica suboficial pero el campo me requirió volver a la ESMA y volverla central en esta propuesta porque es un problema por todo lo que condensa (y provoca) su mención.

Me entregé al trabajo de campo y el desafío ya no estuvo en justificar mi sentido del bien y del mal, sino en aprender a plantear problemas antropológicos desde la perspectiva de un grupo de militares de la ESMA y la ESSA que eligieron compartir tiempo conmigo para mostrarme sus espacios, explicarme su lenguaje, enseñarme sus reglas e invitarme a conocer una forma particular de habitar y construir su propio mundo

⁸ La antropóloga argentina Laura Masson (2010, 2020).se ha abocado a la investigación de la incorporación de las mujeres en las Fuerzas Armadas

social. Preguntarse sobre sus formas de ver el mundo permite construir una mirada analítica distinta que habilite a profundizar nuestros estudios sobre las Fuerzas Armadas, el Estado y nuestra historia política nacional.

Aunque la guerra de Malvinas⁹ ha ganado terreno analítico en las ciencias sociales¹⁰, el estudio de las Fuerzas Armadas todavía no se ha consolidado dentro del campo de investigación antropológica en Argentina¹¹. A pesar de eso, es importante destacar que existen estudios que tienen a distintos grupos de militares como protagonistas de sus análisis etnográficos. Rosana Guber es pionera en este campo de indagación, estudia a los integrantes de las Fuerzas Armadas desde mediados de la década del 80. Su obra es extensa y muestra un recorrido analítico fiel y leal al trabajo de campo dándole un protagonismo genuino a las personas con quienes investiga, sean soldados conscriptos (2009), pilotos de la Fuerza Aérea (2007, 2014a, 2014b, 2020) o pilotos de la Armada Argentina (2022b). En su obra sobre los pilotos A4B de la Fuerza Aérea que combatieron en Malvinas vuelve central el concepto de experiencia y lo refiere al “saber acumulado, un tramo vivencial y al testimonio o prueba de trayectoria” (2016:37). Explicita que nunca voló un A4B pero en sus siete años de investigación conoció gente, visitó asociaciones, escribió y recibió mails, asistió a actos, recorrió lugares y participó en muchos encuentros con pilotos de la Fuerza Aérea. Con ellos entendió que la improvisación formó parte fundamental en la guerra de Malvinas porque aparte de no contar con práctica bélica, los pilotos debían hacer su experiencia en un escenario ajeno: el aire sobre el mar. Se preguntó cómo lo vivieron y “qué experiencia hicieron al participar en ella” (2016:13) para describir y comprender la experiencia bélica en tanto experiencia humana y socioculturalmente organizada y significativa: única, específica, irrepetible y digna de recuerdo y transmisión. La autora muestra cómo esa experiencia está totalmente entrelazada a la máquina

⁹ Dentro de las ciencias sociales argentinas, de un modo general se pueden plantear y destacar la existencia de cinco grandes campos de indagación sobre la guerra de Malvinas: las experiencias de guerra desde los sujetos protagonistas (Guber, 2001, 2004, 2007, 2016, 2022; Barrutia, 2022; Flórez, 2022; Panizo, 2022; Ohanian, 2022; Tessey, 2022), los estudios históricos y de memorias (Lorenz, 2006, 2012; Menéndez, 1998; Rodríguez, 2014; Tato, 2020), los estudios sobre representaciones en medios de comunicación (Chao, 2014; Escudero, 1996; Filc, 2003), sobre la muerte (Panizo, 2011, Sotomayor, 2022) y los estudios sobre la vulnerabilidad de posguerra de quienes combatieron (Chao, 2017, 2021; Dupén, 2002; Silva, 2006).

¹⁰ En las ciencias sociales se destacan los trabajos de Guillermo O’Donell (1972), Robert Potash (1980), Alain Rouquieu (1986) y José Luis Imaz (1964) quienes abordaron la relación entre política y militares.

¹¹ Los antropólogos brasileiros Celso Castro (2009, 2016, 2019, 2021) y Piero Leirner (2005, 2009, 2020, 2021) tienen una trayectoria en los estudios etnográficos sobre la guerra y las Fuerzas Armadas en Brasil. Coordinaron juntos una publicación sobre experiencias de distintos investigadores que pesquisaron sobre la vida cotidiana de los integrantes de las Fuerzas Armadas brasileiros haciendo foco en comprender las “categorías nativas” de los propios militares y su visión del mundo (2009:8) marcando el énfasis local generalizado puesto en estudiar las intervenciones militares en política.

(aeronave) y a un animal (halcón) y particulariza así, una relación social única en las Fuerzas Armadas: el avión y el piloto.

Badaró realizó una prolongada investigación etnográfica que le permitió iluminar distintos aspectos de la vida de los jóvenes cadetes en la escuela de formación de oficiales del Ejército, el Colegio Militar de la Nación, en el marco democrático actual. Fundamentalmente su preocupación estuvo en conocer las transformaciones que la identidad del cadete ha sufrido desde el retorno de la democracia en relación a su legitimidad social y a las categorías que el Ejército desplegó en la construcción de esa incipiente identidad. Aunque compartamos preguntas sobre los efectos de las políticas públicas democráticas en la vida social militar, Badaró mantuvo la centralidad analítica en el tiempo dictatorial y cómo este permea el presente. En sus estudios profundizó en cómo se hacen presentes las memorias de la última dictadura militar (2012), en los procesos de socialización de emociones y sentimientos (2006, 2009), en la transformación de “bípedos” a “cadetes” en los rituales de investidura (2008) y sobre cómo integrar el Ejército y “su mochila” a la democracia (2013:173).

La dualidad del rol de Sabina Frederic, por ser antropóloga y haber sido funcionaria pública responsable de modificaciones educativas en el Minsiterio de Defensa, nutre esta tesis de manera significativa. En su obra *Las trampas del pasado* (2013) analiza la integración de los militares al Estado argentino democrático a partir de 1983, proceso denominado “democratización de las Fuerzas Armadas”. La autora explora la experiencia argentina de la profesionalización militar y hace un fuerte hincapié en las reformas educativas que las Fuerzas Armadas han llevado adelante en las últimas tres décadas, siendo ella responsable del diseño de algunas de esas mismas políticas públicas. En su análisis demuestra el problema que surge ante la ausencia de pensamiento analítico de parte de los actores políticos y científicos sobre los militares en el presente como si ellos fueran una consecuencia inevitable del pasado dictatorial. La pregunta guía de su libro es “¿qué hacer con los militares en un Estado democrático?” (2013:19) y dado que su investigación estuvo totalmente atravesada por su rol como subsecretaria de Formación del Ministerio de Defensa de la Nación entre 2009 y 2011, es lógico entender que formule una pregunta de gestión, de producción de políticas públicas.

El proceso de “reinscripción de los militares al Estado de derecho” lo considera controversial por la existencia de matrices interpretativos opuestos que, desde la función pública y la investigación, pudo singularizar. Uno de ellas concebía a los militares como si todavía estuvieran en 1976 e identificaba anacrónicamente, las mismas cualidades que

tenía el accionar criminal de los años setenta. Frederic indica que la denominada cultura castrense incluía “autoritarismo, intolerancia ideológica, corporativismo, certeza de ser la reserva moral de la nación y la influencia del nacionalismo católico, entre ellos” (2013:34). Muestra que esta matriz, protagonista en la perspectiva de la conducción política, planteaba que el objetivo de la democratización era frenar a la institución para “evitar que la acción criminal vuelva a suceder” (2013:34). La segunda matriz, la menos ponderada, consideraba que existía una diferencia social entre el presente y el pasado y que la obturación entre ambas temporalidades imposibilitaba pensar en el presente de los miembros de las Fuerzas Armadas. Esta forma de pensar a los militares desnudaba un problema que Frederic identifica como moral e ideológico:

Si la institución militar no era la única responsable, si con las medidas a tomar no se podría garantizar la irrepetibilidad del horror, entonces la dirección de cambio no podría ser justificada por esta visión del pasado. Dicha matriz implicaba un camino casi imposible de transitar a viva voz y en el terreno público durante el período, pues diferenciaba las culpas penales de las políticas y las morales, obligando a los militantes políticos (ahora funcionarios públicos) a interrogarse por su responsabilidad en la lucha armada y en la violencia política, algo que harían de forma muy reservada (2013:37).

Frederic (2013) argumenta que la primera matriz es la que alimenta, desde 1983, los cambios institucionales al interior de las Fuerzas Armadas con el objetivo de reparar el “horror desplegado” por las Fuerzas Armadas en el período dictatorial. El proceso de refundación democrática que la autora detalla es piedra angular de mi análisis para comprender las políticas públicas vinculadas a la temporalidad del suboficial naval.

En esta tesis describo aspectos de la vida cotidiana del suboficial de la Armada para mostrar la relación que el Estado democrático ha construido con el tiempo suboficial. Al singularizar su propia temporalidad propongo un enfoque novedoso para iluminar un aspecto de la vida militar y diálogo también con antropólogos argentinos que han estudiado a los militares, muchos de ellos sin poder soltar el recorte temporal y analítico del “pasado reciente” como rector fundamental.

VI – Organización de la tesis

El análisis sobre cómo las políticas públicas de la “democratización de las Fuerzas Armadas” afectan a la temporalidad se organiza en base a la descripción de la vida social del suboficial nutriéndose de comparaciones con casos etnográficos diversos como el de los bomberos forestales en Arizona (Desmond, 2011), los antajeños en Santiago del Estero

(Vessuri, 2011), los boxeadores de Chicago (Wacquant, 2006) y la población rural de San Ignacio (Padawer, 2014) por la riqueza conceptual que dichas elaboraciones suman a mi investigación. En cada capítulo muestro de a poco qué es ser suboficial. Por eso, al igual que sucede en un buque, cada parte es necesaria para entender la totalidad de la tesis. En los primeros tres capítulos muestro la temporalidad de la navegación desde el agua y el buque, mientras que en la segunda parte de la tesis, el tiempo de tierra es el protagonista. La tesis describe una constante tensión con el pasado hecho presente que permite ver los efectos de las políticas públicas en la temporalidad del suboficial.

En el primer capítulo “Habilidades” presento a los suboficiales de la Armada desde sus especialidades técnicas y sus espacios habitados en los buques. Describo situaciones de campo durante la navegación de adiestramiento compartida con la dotación de 230 hombres y mujeres en el Mar Argentino. No fue únicamente una primera vez para mí, sino que a través de las experiencias de las “pinchadas” y de quienes no conocíamos el buque, muestro la relación constitutiva que hay entre mar, buque y suboficial que se inicia – idealmente- en la Escuela de Suboficiales. El aprendizaje de una sincronía de habilidades complejiza con un aprendizaje sensorial del nuevo mundo a habitar, el mar. Aquí aparecen también las primeras diferencias entre la generación ESMA y la ESSA: la primera tuvo mar y la segunda no lo tiene ni como horizonte. Describo la tarea fundamental del suboficial mostrando los distintos mundos educativos que se necesitan para mover, reparar y mantener en funcionamiento a un buque. En la descripción de las tareas técnicas me pregunto sobre cómo el cambio de ambiente (tierra-mar) provoca una transformación que también es temporal. Allí se vive una aceleración del ritmo y donde el control de los tiempos cotidianos lo tiene el buque y el mar.

En el segundo capítulo “Jerarquías” aparecen las distinciones con los oficiales que reafirman la cualidad subalterna del suboficial; pero no en sentido de dominación sino de responsabilidad colectiva. Argumento que existe una distribución de tareas (y de espacios) en el mar que permite entender cómo se organiza, jerárquicamente, la vida suboficial. En ella se incluye la administración de tiempos laborales inciertos a través de las migraciones, “el loco”, ser “trocista” y la familia naval. La cuestión de género implicada en los tiempos de ascenso también es objeto de análisis.

En el tercer capítulo “Cuidados” muestro cómo el destino compartido en la navegación intensifica la reciprocidad y el cumplimiento de tareas. La conformación de un colectivo naval saludable demanda del aprendizaje del riesgo de vida y de muerte que la institución tiene. Esta cualidad requiere de tiempos muy sincronizados y adiestrados

porque cada segundo cuenta en el momento de salvar la vida (de los humanos y del buque). Haber vivido un ejercicio de combate y un incendio real me permitió entender el valor del tiempo y de la coordinación corporal necesaria para salvarse la vida. Aquí me pregunto cómo se aprende a “entregarse al buque” y su relación con el tiempo de navegación.

En el cuarto capítulo “Escuela” desembarco del buque para ingresar en la ESSA. Allí aparecen los tiempos cotidianos de los nuevos ingresantes (y futuros suboficiales de la Armada), de sus asignaturas y de sus horizontes de futuro lejanos al agua y al pasado de sus instructores. Presento el camino educativo que convierte a un civil en aspirante, y a un aspirante en cabo segundo y realizo un perfil de los motivos de ingreso de los jóvenes. Aquí presto especial atención a las modificaciones educativas realizadas en el proceso de “democratización” del militar. El ejercicio semanal del “orden cerrado” me permite acentuar que lo necesario para sobrevivir en el mar, analizado en el capítulo anterior, se aprende en la tierra a través de la disciplina y la sincronía. Describo el entrenamiento corporal y el aprendizaje de un ritmo militar necesario para la vida a bordo que se vive y se pone en escena cotidianamente. Expongo que el “aguante”, los horarios controlados y los ritmos sincronizados aprendidos en la ESSA crean formas armónicas de movimiento que son indispensables para la distribución de roles durante la navegación.

En el quinto capítulo “Linajes”, describo la mudanza de la institución educativa y analizo cómo la práctica de esconder sus restos –también el cambiarle el nombre- da cuenta de una intención institucional de perder el linaje que lo antecede. Sin embargo, en los encuentros, aulas y buques, el intercambio generacional es inevitable. El eje está puesto en pensar los ejercicios de memoria a través del resguardo y custodia de objetos que materializan una historicidad propia del suboficial. Aquí aparecen las banderas heredadas, los relojes refaccionados y los libros escondidos para estudiar el vínculo entre quienes fueron aspirantes de la ESMA y quienes hoy son aspirantes de la ESSA.

En el sexto capítulo “Guerra”, es la guerra de Malvinas la que me permite pensar cómo la única experiencia bélica, en la cual los suboficiales hicieron todo lo aprendido en la ESMA, es ocultada en programas educativos de formación suboficial. Sin embargo, las asociaciones de veteranos y los instructores veteranos que enseñan allí, generan estrategias para que “algo quede en alguien”. La conmemoración del 37° aniversario de la guerra en la Base Naval Puerto Belgrano es una situación memorial institucional que da cuenta de la tensión entre cómo recuerda la institución y cómo lo hacen los suboficiales en sus encuentros íntimos. Cómo viven el tiempo pasado y cómo eso afecta en el tiempo presente y futuro.

En las conclusiones “Anclados” detallo cómo la aplicación de la “democratización” iniciada en 1983 ancló a los suboficiales al “pasado reciente” y los privó de mar. Para esto, muestro los efectos en la temporalidad suboficial en aspectos puntuales y cotidianos como la jerarquía, la reciprocidad, la formación, las navegaciones, los linajes y las conmemoraciones de la única experiencia Argentina de guerra moderna naval. En este capítulo final, expongo cómo la democratización de las Fuerzas Armadas supuso negarle a los suboficiales compartir una contemporaneidad con el resto de la población civil y nacional. Mi trabajo busca restituir analíticamente el tiempo propiamente suboficial.

CAPÍTULO 1. HABILIDADES

“Todo lo que pasa, pasa en el buque”

(Suboficial Mayor (R) Veterano de Guerra de Malvinas Jorge Lenzi, septiembre 2018)

Conocí hombres y mujeres suboficiales que han estado embarcados en cortos períodos (20 días) y otros durante casi la totalidad de su carrera militar (26 años). Algunos nunca habían visto el mar hasta ingresar a la Armada y otros crecieron en las costas añorando el momento de navegar. Todos sonrieron cada vez que hablaron de su navegación. Para ellos, un buque es un transporte marítimo apodado como “una cáscara de nuez” que flota con estabilidad y que se traslada de un lugar a otro. Lo llaman así por la inmensidad y fuerza del mar en relación a la vulnerabilidad que se vive en su interior: frágil, movedizo, imprevisible, rítmico y único. Pero esa fragilidad no es sinónimo de debilidad, sino que se constituye como su fortaleza. Como mostraré en las próximas páginas, hay una distribución y coordinación rigurosa de tareas constitutivas para estar, permanecer y nutrir esa energía vital necesaria en el mar. Es en la navegación cuando los tripulantes hacen lo que el buque necesita gracias a las constantes acciones de aprendizaje y de enseñanza. Por eso, tal como dijo Lenzi, “todo lo que pasa, pasa en el buque”.

El objetivo de este capítulo es presentar y entender cómo funcionan sincronizadas las distintas especialidades/habilidades del mundo suboficial conformando una particular comunidad de práctica (Lave y Wagner, 1991) con su propia temporalidad. Primero muestro a la tripulación en movimiento con el buque y detallo el aprendizaje situado (Lave, 1996, Padawer, 2014) de lenguajes, de tiempos y de sentidos necesarios como habilidades (Ingold, 2002) para no “pincharse” y cumplir el rol que cada especialidad técnica le confiere a los suboficiales, en especial durante un ejercicio de abandono. A su vez describo la multiplicidad de mundos profesionales disponibles diseñado desde un buque que viven los suboficiales navales al elegir un camino técnico militar focalizando en la necesaria distribución cognitiva (Hutchins, 2001) para hacerlo navegar. En este primer capítulo comienzo a dar cuenta de la relación entre las distintas generaciones de suboficiales navales que atraviesa todos los capítulos de esta tesis: las formadas en la ESMA con experiencia de mar y las formadas en la ESSA sin mar en el horizonte.

1.1. Cruzar “la planchada”.

Fue casi de casualidad. Yo iba a realizar mi viaje de campo a la Base Naval Puerto Belgrano una semana más tarde para asistir al acto de conmemoración del “Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de las Malvinas” del 2 de abril que allí se realizaba. Contaba con autorización del Director de Estudios de la Armada para ingresar a la Escuela de Suboficiales, tal como había sucedido los últimos dos años, pero su firma nunca llegó. Una sucesión de hechos fortuitos y un exceso de generosidad de la gente con quien hice trabajo de campo me permitieron estar en el momento justo, en la silla adecuada y reunida con quien me autorizó a participar de una navegación de cuatro días en un buque de guerra.

Luego de recibir la autorización para embarcar por parte del Almirante Julio Horacio Guardia (Comandante de la Flota), tenía menos de sesenta minutos para transformar mi valija de viaje en un bolso de navegación para presentarme en el buque. En el hotel, volé a mi habitación y ni me detuve a pensar qué meter en el bolso, fue pura intuición: ropa interior, unas remeras, medias, un buzo, una toalla, jabón del hotel, desodorante, pasta de dientes y cepillo, dos cuadernos, varias biromes, el cargador del celular, un pen-drive, mi documento de identidad y un envase plástico lleno de frutas secas. Sin un orden claro y sin mucha pretensión de coherencia en los objetos me dirigí al puerto ubicado en la “zona restringida” de la base naval.

Aunque la totalidad de los territorios militares tienen protocolos de seguridad para el ingreso, la “zona restringida” tiene un control de circulación y de protección especial: allí están los Diques Secos (espacio para reparar los cascos de los barcos), los buques amarrados y el armamento resguardado. Durante mis años de trabajo de campo en la BNPB pude recorrer algunos de los que estaban allí apostados, pero todos anclados en tierra. Para quienes logramos embarcar, la “zona restringida” es el último punto en tierra antes de entregarse al mar. Una vez allí, y ya habiendo pasado los controles necesarios, apareció casi de golpe la inmensidad del destructor La Argentina frente a mis ojos (ver ilustración 2). Su dimensión me pareció titánica pero no logré identificar que su largo o eslora era casi de una cuadra y media. Carecía de parámetros para entender el tamaño del buque al cual estaba a punto de sumarme.

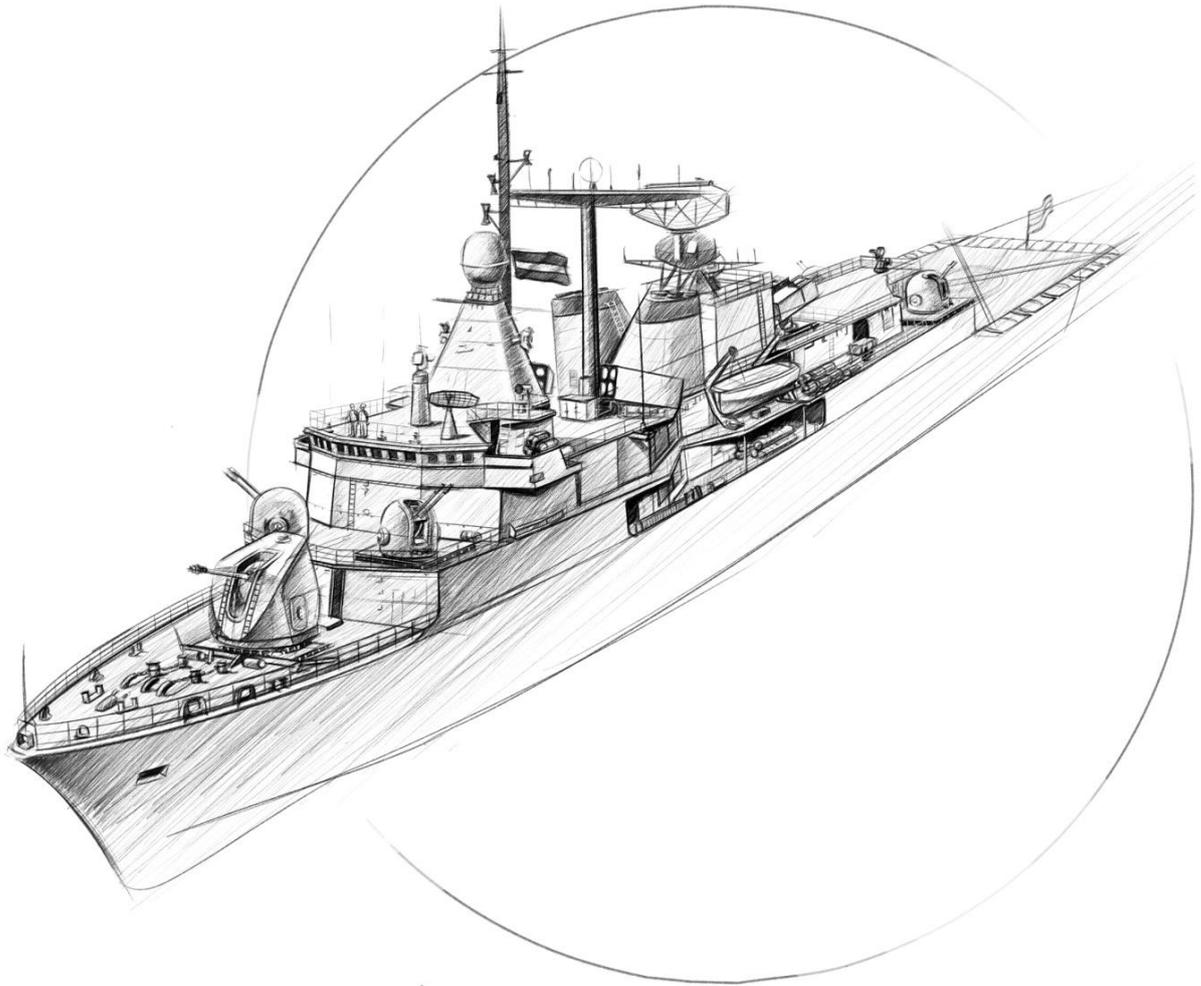


Ilustración 2: Dibujo del perfil del destructor ARA La Argentina (Gómez, 2021).

En tierra no se veía mucho movimiento de gente porque toda la tripulación ya estaba embarcada. Sólo me quedaba atravesar la “planchada”, ese puente literal que une la tierra con el buque cual pasarela sobre el agua. El piso de la planchada suele ser un enrejado con unos topes de madera cada 30cm que ayudan a caminar sin resbalarse; a los costados hay un tipo de baranda que puede ser de sogas gruesas o de unos caños de “pvc” que en su interior contiene a la cuerda gruesa. Es una baranda no del todo firme pero que ayuda al andar, sea para subir o para bajar.

La “planchada” es el último espacio antes de “estar embarcado”; es el límite, la frontera, el traspaso, la separación y la conexión. Cada vez que subí a un buque debí atravesar la planchada, pero siempre volví a cruzarla para volver a tierra no más de dos horas después. Esta era la primera vez que la atravesaba para quedar del otro lado, del lado de los embarcados, del lado del agua. Por primera vez en mi vida, vi retirar la planchada desde el lado del agua. Tal como le estaba sucediendo a los suboficiales que embarcaban

por primera vez, no sólo estaba dejando la tierra; también estaba, aún sin saberlo, despidiéndome de mis sentidos terrestres de la ubicación en tiempo y espacio.

Una vez embarcada apareció el guardia, hombre o mujer pero siempre un guardiamarina (primer rango de oficial obtenido luego de egresar de la Escuela Naval Militar¹²). Es el primer contacto con la tripulación donde solicitan la documentación necesaria y anuncian por altavoz el nombre del oficial o suboficial que tiene que presentarse en la guardia para recibir a quien está abordando el buque. Ese mismo oficial fue quien me acompañó hasta el espacio que sería mi lugar de alojamiento: la sala de enfermería. Había mucho movimiento de gente y de objetos en la cubierta principal (el piso exterior que está a la vista) y yo tenía que ingresar al interior para llegar a la sala de enfermería y conocer a quienes serían mis compañeras cotidianas de navegación. Allí estaban la Teniente de Navío Mirta Basualdo, la Teniente de Navío Silvia Figueroa (médica) y la Cabo Segundo Lidia Lomando (enfermera). Las tres me recibieron con mucha calidez y el guardia dijo que iba a compartir camarote con dos de ellas.

Mirta se presentó con mucha simpatía y explicó que estaba “de comisión”, en alusión a que su destino (lugar de trabajo) era otro buque. Estar “de comisión” tiene una durabilidad corta vinculada a la misión para la que fue invitada para luego volver a su destino original. Es una migración limitada y concreta. La habían invitado a “La Argentina” porque iban a practicar tiro. Siendo ella de la orientación “armas” dijo que “nunca se pierde la posibilidad de navegar y practicar porque son demasiado escasas las oportunidades”.

La doctora no prestó tanta atención a nuestra charla, se dedicó a ordenar sus pertenencias en una de las camas del camarote, que en realidad era la “sala de internación” del buque. Colocó sus cosas en la cucheta de abajo y a mí me tocó la de arriba, la más incómoda para alguien con poca elongación porque para subir hay que hacer fuerza de brazos hasta llevar al cuerpo hacia arriba y ayudarse con la pierna izquierda para ingresar a la “cucha”. Una vez arriba, la distancia con el techo es mínima. Estando acostada, la cabeza queda a unos 50cm del techo, lo suficiente para poder ponerse de costado pero no para sentarse o vestirse. Integrado a la pared, entre el techo y la cama, hay un “posa cosas”

¹² Creada en 1897, la Escuela Naval Militar (Ensenada, provincia de Buenos Aires) tiene el objetivo de formar a los futuros oficiales de la Armada con régimen de internado durante el ciclo de formación inicial de 5 años, cursando materias profesionales, humanísticas y de ciencias exactas los primeros 4 y, ya con el grado de Guardiamarina, en el último año realizan una Práctica Profesional Supervisada sumándose a un viaje de instrucción a bordo de la Fragata ARA Libertad.

parecido en forma y tamaño a una jabonera para colocar alguno que otro objeto pequeño de uso personal.

Para llegar a la enfermería luego de cruzar la planchada, tuve que entrar al interior del buque, bajar escaleras, interpretar carteles y, en ese mismo movimiento, comenzar a entrenar percepciones que sólo se aprenden habitando un buque en el mar. Para estar allí hacía falta aprender su idioma y ejercitar músculos y sentidos de orientación ya que es muy riesgoso ser turista: tal como aprendería en la navegación, cuando hay una emergencia no hay tiempo para pedir un mapa o indicaciones. La reacción debe ser veloz y el cuerpo reacciona utilizando todos los sentidos necesarios para saber dónde se está y hacia dónde se necesita ir.

Los seres humanos contamos con cinco sentidos que nos ayudan a codificar eso que está sucediendo a nuestro alrededor. La vista, el olfato, el oído, el gusto y el tacto parecen naturales para cada persona porque nuestra percepción del mundo, en el sentido más experiencial, depende de ellos. Quizás por culpa de la relación que tienen con mi mundo terrestre y civil cotidiano, al ingresar me sentí una extranjera total: no sólo no conocía los lenguajes navales y militares utilizados, sino que mis sentidos estaban totalmente desorbitados y desprevenidos. El antropólogo Tim Ingold (2002) pone el énfasis de su enfoque conceptual en las “*skills*” (habilidades), entendiendo a éstas como herramientas para comprender cómo los seres humanos perciben, construyen y habitan su entorno. Para él, las habilidades no son culturales ni biológicas y tampoco son innatas o adquiridas, sino que se integran al sujeto y se desarrollan mediante la incorporación a un entorno a través de una “experiencia práctica” (Ingold, 2002:291, mi traducción). Esta perspectiva del “*dwelling*” (habitar) invita a comprender al aprendizaje como una interacción social centrada en el desarrollo de capacidades prácticas (y sensoriales) vinculadas a los múltiples modos de estar y percibir distintos ambientes en vez presentarlos como una transmisión exclusivamente cognitiva de saberes previamente construidos. Desarrollar la habilidad sensorial para habitar un buque sólo se experimenta navegando. Tal es así que aquello aprendido en tierra que parece tan natural como caminar y mantener el equilibrio, en el buque necesita volver a aprenderse.

El cuerpo en tierra no necesita asistencia consciente para transportarse y mantenerse erguido porque los pies hacen todo el trabajo, pero en el buque el equilibrio interno desaparece y la responsabilidad queda en los músculos de freno que tenemos en las rodillas y en los brazos. Los pies buscan caminar en una línea recta que no existe porque el movimiento del buque es constante y por cada paso que se da hacia adelante se da uno

extra hacia el costado para balancear. O sea, se camina el doble para no caer. También se usan los brazos, no para equilibrar el andar regular sino para no golpearse con las paredes y para agarrarse de las barandas que hay en algunos lugares del buque para facilitar el movimiento. Por eso las manos están constantemente tocando metal. Hay secciones en el buque que están separadas por unas puertas de hierro pesadísimas que tienen un cierre hermético que se abre a presión: se gira una rueda tipo timonel para abrir o cerrar compartimentos. El paisaje del buque contempla puertas de hierro, barandas de metal, techos bajos, paredes angostas y escaleras muy anguladas con barandas hacia abajo y hacia arriba que no permiten pasos en falso y que dejan moretones a la altura de las canillas.

La subida y la bajada requieren coordinación con uno y con otros porque sólo entra un cuerpo en cada escalera. El orden de circulación lo pone el mismo buque dependiendo de los roles activos. El pase prioritario se tiene según el operativo y la jerarquía en función: hay que dejar pasar a quien está realizando una maniobra y quienes estamos “de receso” vemos pasar gente como en un semáforo; mientras se espera, el buque se mueve. Subir es fácil ya que es casi como cualquier escalera, salvo por el movimiento constante, pero es un paso por cada escalón y mirando hacia arriba. Bajar requiere de pasos cortos y siempre con la cola hacia los escalones: se mira hacia el buque y con los brazos hacia atrás, bien agarrados de las barandas para lograr equilibrio, seguridad y evitar así, terminar en el piso con un golpe. Los escalones son pequeños pero lo difícil es el ángulo de bajada que no es peligroso *per se*, sino que es una estimación y cálculo de riesgo que nunca en la vida lo hicimos quienes no embarcamos en buques.

El buque tiene olores muy particulares que dependen del sector en el que uno esté. El aroma a gasolina, a humedad concentrada o a sogas viejas (yute) se intensifica en algunas zonas dando una pista de orientación sobre la cercanía con las salas de combustible o la lejanía con la brisa salada del mar. Con la ayuda de la tripulación entendí que lo primero que se debe aprender al embarcar es el lenguaje espacial, y el olfato era un buen identificador para interpretar en qué sector se está: “si quieres llegar a las cubiertas exteriores, busca el aroma a sal, como de puerto”. Por si falla el olfato, para ubicarse hay que educar los sentidos y entender la lengua naval como guía singular de los puntos cardinales: proa (parte delantera), popa (parte trasera), estribor (sector derecho) y babor (sector izquierdo). También existe un vocabulario de las dimensiones de la embarcación: eslora (longitud), manga (anchura) y calado (inmersión en el agua). Y la vida a bordo se complejiza con un lenguaje visual (alfabeto naval) muy utilizado para comunicarse con otros buques y con otro sonoro (silbato marino) para transmitir maniobras a bordo y para

darle la bienvenida a autoridades. Dentro de los buques no hay un mapa físico de ubicación; hay que conocerlo recorriéndolo.

El sonido también está espacialmente atravesado: afuera se escucha el viento pero adentro suenan las máquinas, los motores, el difusor con mensajes poco nítidos, las turbinas, algo de música proveniente de la cocina, risas y gritos si hay ejercicio de abandono. A diferencia de lo que sucede en otras unidades navales como los submarinos (Flórez, 2022), en un buque no hay silencio. El Suboficial Mayor Jose Tavachi me explicó que “si no hay ruido, preocúpate porque algo no está funcionando”. En la navegación el olor, el sonido y la vista son totalmente diferentes a los que conocemos en tierra. La percepción e interpretación de olores y sonidos en el buque están vinculadas con la existencia (o no) de una situación riesgosa. Hay una alteración de lo que sucede en tierra donde de por sí la existencia de ruido puede ser signo de alarma y el silencio señal de la inexistencia de riesgo. Pero en la navegación, la “preocupación” por la falta de ruido tiene una interpretación estrechamente vinculada tanto con el ambiente (mar) como con la espacialidad (buque).

La capacidad visual, al igual que el olfato y el sonido, depende de la ubicación. En la cubierta principal se pueden ver otros buques y el horizonte cotidiano de navegación donde el cielo se junta allá a lo lejos con el mar. Pero en las cubiertas interiores la vista está destinada a pantallas, botones, sensores, lectores y mapas; se puede ver hacia abajo o al frente pero no al horizonte porque éste ya no está. Debajo de la línea de flotación se ve acero, puertas, máquinas y gente que el sol no llega a iluminar. El techo es bajo y eso hace que al buscar una lejanía la mirada se encuentre rápidamente con un límite de altura.

En el interior no hay luz natural ni relojes. La organización ambiental del tiempo en tierra pierde valor adentro del buque: la mañana no se relaciona con la luz y la salida del sol, y la noche no remite a la oscuridad y al cielo estrellado. Para ubicarse en la temporalidad propia de la navegación se requiere el aprendizaje de un ritmo, un calendario y nuevas medidas del paso del tiempo exclusivas del mundo naval militar. Tal es así que no se duerme de noche sino que se descansa cuando la guardia (momento de trabajo) lo permite sin importar la hora del reloj, y en la mañana no se inician las actividades laborales sino que sucede la “diana”, la indicación de que el desayuno está servido. Pero ese desayuno no sugiere el inicio de la jornada ya que para muchos, es la comida previa al descanso y no al revés porque el reloj del buque son las guardias y estas se organizan en relación a las operaciones de la navegación. El tiempo colectivo (y el buque en sí mismo) se organiza en “trozos”.

Los “trozos” ordenan a la navegación en distintos sentidos: es la denominación general de los espacios compartimentados dentro del buque conformados por diversos locales y, a su vez, es la forma de organizar *las vidas* de la tripulación ya que una mitad descansa y la otra está “operativa” (cumpliendo tareas) con guardias rotativas de 6hs de trabajo y 6hs de descanso, conocido como “6x6”. Este modo de vida marítimo se intenta sostener en la vida en tierra para no perder la dimensión del tiempo de mar cubriendo guardias, pero los tiempos no son los mismos ya que las dependencias cumplen horarios administrativos tradicionales (de 7 a 15hs) sin necesidad de dividirse en trozos. En tierra se duerme de noche y se amanece cuando sale el sol.

Todos los espacios dentro del buque son reducidos y se los denomina “locales”. Son los ambientes de cada especialidad. Tienen un código que los identifica y ubica espacialmente que incluye el número de la cubierta y su ubicación en la banda babor (par) o en la banda estribor (impar). La enfermería consta de 3 locales: la sala, la sala de quirófano y la sala de internación. La sala es la recepción; allí estaba el escritorio con las fichas médicas y dos sillas que, al no estar atadas a ningún lado, bailaban al ritmo del buque como las personas. Arriba del escritorio había estantes empotrados pero, a diferencia de lo que podría esperarse, adentro no había medicamentos sino mate, yerba, tazas, caramelos, café en polvo, pava eléctrica, edulcorante, azúcar, botellas de agua vacías, papeles (muchos papeles), cargadores de celulares, biblioratos y biromes rojas y azules. A ese listado le sumé mi frasco con almendras y nueces. También había galletitas y algunos turrónes. Siempre estaba cerrado salvo las excepciones de merienda cuando la enfermera habilitaba la comida y una ilimitada cantidad de mate y café.

Al ingresar a la sala había dos caminos posibles: a la derecha se presentaba una abertura (que no llega a ser puerta) que daba al quirófano, pero si en vez de doblar a la derecha, se seguía camino, aparecía la sala de internación. El quirófano incluía la camilla, dos bachas con canillas y los medicamentos organizados en cajones bajo llave a cargo de la médica (oficial). A esa sala sólo ingresé para cargar agua para la pava, salvo cuando allí hubo alguien acostado recibiendo suero o alguna intervención. Aparte de la sala y el quirófano estaba la sala de internación, espacio que usamos como habitación. Tenía una cama cucheta con dos colchones, otra al costado y en el medio una mesita reclinable. Lo más privilegiado de este espacio era que tenía un baño propio, particularidad que se entiende, como mostraré en el próximo capítulo, como un lujo total y como señal de jerarquía para cualquiera embarcado.

Este local hospeda laboralmente a una de las variadas especialidades de los suboficiales. Los enfermeros (EN) son apodados "brujos" por ser los responsables de alejar a la tripulación del sufrimiento y de la muerte con sus brebajes, sueros y pastillas. Su símbolo es la clásica, universal y fácilmente reconocible cruz. Aunque el oficial (médico) es quien prescribe medicamentos, los brujos proveen de inyecciones para evitar esa sensación de mareo ante la pérdida de horizonte que se sufre durante la navegación. Es decir, pinchan para que nadie se "pinche" y hacen magia al estabilizar un horizonte que nunca es estable. Son los "brujos" suboficiales los responsables de las actividades cotidianas de cuidado de la tripulación diferenciándose del médico oficial que es quien provee los remedios pero no los aplica.

La sala de enfermería no tiene descanso: dolores musculares, mareos, vómitos, fiebre, picazón y cualquier otra afección que la tripulación sienta en navegación. En algunos casos, las enfermeras pueden ser civiles y luego de hacer un curso de formación en la Escuela de Sanidad Naval pueden cambiar su status a suboficial enfermero. Son fundamentales para todos los ejercicios de la navegación ya que en cada uno de ellos tienen un rol. El objetivo de los "brujos" y "brujas" es que toda la tripulación siga operativa en el medio del mar y por eso hacen magia para que nadie *caiga* durante la navegación.

Todos los caminos en el buque indican cómo llegar a la enfermería, sabiamente ubicada en el medio de la circulación en la primera cubierta inferior. Llegar allí parece una acción simple, pero requiere de un sentido de ubicación que, quienes son primerizos, no tienen. Yo sabía que desde la cubierta exterior, tenía que bajar pero no cuánto. La confusión sobre el espacio fue una constante durante todo el primer día. Después fue mermando ya que encontré algunos puntos de referencia para determinar en qué cubierta del buque estaba. Preguntar a la gente también era posible, todos siempre respondían con mucha predisposición pero la tripulación tenía que estar en sus puestos o yendo hacia ellos y lo ideal era frenar su circulación lo menos posible. Aparte, percibí que tenía que desarrollar mi propio rumbo y habilidad dentro del buque al igual que los otros suboficiales que compartían conmigo el sentido de la des-orientación. Ubicarme no era sólo para no molestar sino para entender o adecuarme a un espacio único, experiencia que atraviesan todos los que embarcan por primera vez.

Perdersé forma parte del adiestramiento que todos tienen que pasar y yo no era la excepción. Existe un tiempo estimado y calculado durante el primer día para ejercitar el sentido de la ubicación. Es una percepción que se adquiere con recorridos, así que no me

esforcé en pedir ayuda sino en perderme con calma. Lo importante era no abrir la puerta del camarote del Comandante. Ese era mi límite y el de todos. Mi sector también tenía una ayuda, ya que en el buque había algunas flechas acompañadas con la cruz roja que “en teoría” ayudaban a llegar a la enfermería. El problema era que el buque y su circulación es circular y por anillos. Se puede estar siguiendo constantemente la flecha y nunca llegar a la enfermería porque esta indica el sentido de la circulación que se debe tomar para llegar más rápido, no en qué “local” del buque hay que virar hacia la izquierda para entrar a la enfermería. Hasta la interpretación de una simbología que parece tan compartida socialmente como una flecha, en el buque requiere de un aprendizaje extra porque tiene un registro singular. Y hay escaleras que bajan a las cubiertas pero llegan al primer anillo de buque y no al segundo, donde está la enfermería. En resumen, el buque hay que recorrerlo infinidad de veces, hay que perderse y entregarse en pleno movimiento en el agua, detalle que no es menor porque mientras se busca a dónde ir el cuerpo libra su propia batalla con el equilibrio norte-sur y este-oeste. Mientras la negociación de la estabilidad está en juego, desarrollar las habilidades para no perderse en un buque de guerra es fundamental porque los roles necesitan que todos estén donde deben estar para lograr una correcta sincronía de tiempos. El peligro siempre es inminente. Cada segundo perdido es un riesgo para la supervivencia del buque y la tripulación.

1.2 Aprender con calma

Aparentemente ya habían pasado dos horas desde la zarpada cuando dieron la señal, por unos pequeños altoparlantes que se ubican en todos los locales, de “ejercicio de abandono”. El sonido no era muy claro y se escuchaba una fritura, pero primero sonó un pitillo y después se escucharon unas palabras confusas. La Cabo Primero enfermera Lidia Lomanto me tradujo el sonido:

Esa es la forma de comunicación dentro del buque. Todo se anuncia por ahí. Ahora tenemos ejercicio de abandono. No te asustes. Esto lo enseñamos antes de embarcar y todos saben qué tienen que hacer. No pierdas la calma y seguí las indicaciones para llegar a tu bote de abandono. Acordate que es el N°2 (Marzo 2019).

Para llegar al bote salvavidas N°2 desde la enfermería, había que subir y salir a cubierta, dos indicaciones que son simples para quien conoce la circulación en un buque; claramente no era mi caso. Después de subir y bajar varias veces, durante los siguientes días de navegación logré ubicarme pero las primeras horas fue muy difícil entender dónde

estaba en términos de altura (niveles de cubierta), en relación al agua (si estaba por debajo o por arriba de la línea de mar) y si la enfermería estaba a babor o a estribor. Bajé pisos de más y subí escaleras extra todo ese primer día. Y durante los ejercicios, momento en el cual la tripulación entera se pone en movimiento, todo era más difícil. Demasiada gente para moverse por espacios tan reducidos y con tan poco tiempo.

La idea de los ejercicios es justamente practicar ese dominio del espacio en el menor tiempo posible, ya que un buque puede llegar a hundirse fatalmente en menos de treinta minutos por fallas de sistema o por el ataque enemigo. Y eso significa que toda la tripulación debe estar ubicada en sus botes respectivos antes que esto suceda. Los botes están siempre en la cubierta principal, en el piso más alto del buque, en el exterior. Son cilindros blancos que se “abren” para convertirse en botes salvavidas. Con un poco de imaginación y referencia de películas, un visitante no habituado a los objetos navales puede darse cuenta de que eso podría “convertirse” en un bote salvavidas cuando toque el agua. Para llegar a ellos, había que subir y salir; esas eran mis coordenadas y mi brújula. No tenía que bajar ni tenía que buscar en los costados alguna puerta al exterior. No todas las puertas conectaban con el afuera y no todas las escaleras salen a la cubierta, por eso para llegar a los botes tenía que ir para arriba y para afuera pero con cuidado. No era la única que estaba perdida: se notaba en la expresión de los y las más jóvenes (veinte años aproximadamente) que tampoco se habían fijado en cómo salir del buque. Aunque hacía pocas horas estábamos ahí, era imperativo saber cómo hacerlo rápido y a salvo, porque estábamos en un buque de guerra en el medio del mar.

Me equivoqué de escalera un par de veces siguiendo a las personas no adecuadas y llegué al exterior pero un piso más abajo. Cada cubierta (nivel) se conecta con las otras pero hay que saber qué escalera utilizar ya que las que están en el exterior sólo son utilizadas para desembarcar, embarcar o en emergencias pero no para “ahorrar tiempo”. Se debe usar las escaleras interiores porque hay una manera correcta de moverse en el buque, ordenada, estandarizada, y compartida por los que están embarcados. Después de varias vueltas, llegué a la escalera y al nivel correcto. Mientras más abajo del buque se esté (debajo de la línea de flotación) más difícil es salir por el tiempo necesario para llegar a las cubiertas exteriores y a los botes salvavidas. Por eso, son los habitantes de las cubiertas inferiores – los suboficiales- quienes más adiestrados tienen que estar para saber recorrer el camino más veloz entre su local y el exterior.

Aunque para mi percepción habían pasado horas, en pocos minutos recorrí gran parte del buque buscando el bote salvavidas hasta hallarlo. La marea de gente y su

velocidad llevaba a caminar más rápido, a no frenar por cada golpe en la pantorrilla y a no mirar hacia atrás porque ese es un movimiento corporal que retrasa la circulación, que puede generar accidentes al andar y provocar con eso, una demora extra para llegar a los salvavidas.

Cuando encontré los botes salvavidas, tuve que consultar por el N°2. Ya había bastantes personas alrededor y uno de ellos tenía una lista donde iba marcando quiénes ya habían llegado para saber quiénes faltaban. A esos hombres fui preguntándoles por el número de cada bote que, como me explicarían, tenía una coherencia: los pares a estribor e impares a babor, entendiendo que el N°2 debía ser el primero del lado derecho. Esas listas de distribución de gente por salvavidas es un sistema de control humano sobre la totalidad de la tripulación (ya dividida en tierra) en los botes salvavidas. No es lo mismo sumarse a cualquier bote porque cada uno tiene asignada una cantidad de gente que necesita estar presente antes de realizar el abandono. Si se permanece en el equivocado se pone en riesgo al equipo de abandono correcto porque estaría esperando la llegada de alguien que nunca llegará. No todos tienen que saber dónde están los demás, pero el equipo de cada bote tiene la responsabilidad de registrar y averiguar quién y dónde está la persona que falta. Cada bote es responsable de su tripulación específica de emergencia. Éramos veinte por grupo, así que resultaba una tarea practicable controlar esa cantidad de humanos, sobre todo porque la distribución de personas por botes se hace siguiendo un criterio de guardias: el que no está de guardia (turnos de trabajo de 6hs) sabe quién le tomó la guardia y esto permite saber dónde está el que no está. El objetivo es que nadie quede atrás en caso de tener que abandonar el buque por motivos reales.

Fue impactante ver la seriedad que conllevó el ejercicio. No hubo marcas de un ritmo “como si” estuviésemos haciendo un abandono. Aunque en la navegación se realizan simulaciones constantemente, la acción desarrollada se implementaba con mucha rigurosidad y profesionalismo. Había velocidad en los movimientos, salvavidas y mochilas de rancho. Después me enteré que la situación se denomina “rol de abandono” o “zafarrancho de abandono” y eso hace que se tomen “posiciones de salvamento”. En algunos casos, dependiendo el rol, antes de ir al bote salvavidas se tiene que estar en otro lugar porque el buque designa tareas que hay que seguir para cada operación/situación y no hay margen de error. Todos tienen que saber qué hacer y dónde estar. O por lo menos no parecía haber dudas de los experimentados ni paciencia para con los que no lo son por los gritos de velocidad que exigían los que tenían “más bandas” (mayor jerarquía) a los que casi no las tenían (menor jerarquía).

Cuando se completó el número de veinte y estábamos todos presentes, el oficial que tenía la lista gritó que el bote estaba completo y comenzó a inspeccionar quiénes tenían todos los elementos necesarios para el abandono que permiten sobrevivir en alta mar: salvavidas puesto y mochila que debía incluir fotos de afectos, una linterna, una navaja, agua, medias y chocolates. Yo no tenía ninguno de los elementos; el oficial indicó que ante el abandono del buque me iba a morir de hambre y ahogada. No revisó el contenido de las mochilas pero insistió en que “una bien armada te salva la vida” y que “no es joda prepararla antes” ya que cuando suena la alarma no hay tiempo para pensar, sólo se puede actuar. Por suerte el oficial no vio la mochila precaria que armé antes de embarcar donde no existió ningún tipo de previsión o de organización ante un posible riesgo. Le expliqué mi situación y me dijo que es importante que me consiga un salvavidas porque hay que estar siempre listo para lo peor y para “eso” necesitaba prepararme, sea civil o militar. El ejercicio no había sido una clase teórica sobre cómo abandonar un buque; había sido una demostración experiencial y situada de todas las tareas necesarias a ejecutar rápidamente cuando el riesgo obliga a correr a los botes salvavidas y se recuerda, sin dudas, que se está en una unidad de combate y no en un buque mercante, un crucero de vacaciones o de pesca comercial.

Había rigurosidad y responsabilidad en donde “todos hacían lo que tenían que hacer”. Lo que sucedía en el buque era el desarrollo de una competencia adquirida a través de la práctica junto a navegantes más experimentados cuyas actuaciones necesariamente influían en la de quienes tenían sus primeas navegaciones. Las tareas técnicas y prácticas son “actividades socialmente integradas” (Ingold, 2002:325, mi traducción). Esto significa que el aprendizaje no se da de manera aislada e individual, sino que están constituidas por la presencia de distintas generaciones que conforman una comunidad en el mar. Por eso las navegaciones forman parte del proceso de adiestramiento constante de personal de cuadro de la Armada (hombres y mujeres que ya egresaron de las escuelas de formación con grado adquirido) y a su vez son momentos de instrucción y formación obligatorios para cadetes (alumno-futuro-oficial) de la Escuela Naval Militar.

La antropóloga estadounidense Jean Lave junto al investigador Martin Packer (2011:21) explican que el aprendizaje es una actividad situada que no puede ser identificado exclusivamente en un nivel individual, ni en las tareas asignadas, ni en las herramientas externas, ni en el medio, sino que reside en las relaciones entre ellas. Aprender es participar en respuestas a conflictos nunca experimentados, en negociaciones entre tiempos y urgencias con escenarios cambiantes y creando, en ese mismo movimiento,

vínculos novedosos y comunidades particulares. El mar para los suboficiales de la Armada no es un entorno que acompaña la acción humana, no es un escenario ni tampoco un lugar donde suceden las interacciones sociales. Es el mundo al cual hay que aprender a habitar y la comunidad de práctica (Lave y Wegner, 1991:35) es la condición intrínseca para desarrollar las habilidades necesarias para hacerlo y darle sentido.

Pensar en el aprendizaje situado, tal cual lo expresa Lave, invita a deconstruir una acción que puede ser entendida como relacional en términos duales (aprendiz/maestro) y reconociendo sus coordenadas espacio temporales, su carácter intersubjetivo y contextual de producción (Padawer, 2020: 17) para comenzar a pensarla en los complejos términos colectivos del mundo social:

El mundo no consiste en un conjunto de recién llegados que se incorporan solos a espacios problemáticos deshabitados. Las personas en actividad por lo general se ayudan mutuamente a participar de maneras cambiantes en un mundo cambiante y están bien dotadas para hacerlo. Por lo tanto, al describir y analizar la participación de las personas en la acción práctica en el mundo, se está analizando la participación de las personas en el aprendizaje (Lave, 1996:17).

La acción práctica en el mundo es, para los suboficiales, el de la navegación. Eso lo aprendí estando en el buque con ellos. Luego de hacer el primer ejercicio, entendí la importancia de participar en el propio aprendizaje como estrategia para habitar el buque: conocerlo, aprender a caminarlo y no perder tiempo en equivocarse de cubiertas ya que cada segundo de demora es un riesgo de vida para quien está perdido y para el resto de la tripulación que debe asegurarse que la gran mayoría de sus habitantes lleguen a salvo a su bote. El ejercicio y adiestramiento permanente es el recuerdo constante de que se forma parte de una comunidad naval y militar.

Nos liberaron luego de ese ejercicio y cada tripulante volvió a su puesto. Yo esperé unos minutos en la cubierta hasta que la entrada al interior se descongestionó para regresar a la enfermería. Mientras, los suboficiales caminaban, subían y bajaban, pero no conversaban entre sí. Tenían dos opciones: volvían a su guardia (puesto de trabajo) o regresaban a su tiempo de descanso lo cual les permitía ir a sus lugares de alojamiento (s ollados o camarotes) para dejar su mochila de zafarrancho y dirigirse a los espacios comunes de ocio como la cocina o las “cámaras” donde, después vería, hay televisores, mesas y clima de descanso. O como lo llamaría el “mayordomo” (encargado del departamento de abastecimiento), “lugar de camaradería”. Yo volví a la enfermería: esa acción incluyó ingresar al interior a través de una compuerta de hierro, bajar una escalera,

caminar hacia el sentido incorrecto dos veces hasta identificar la cruz roja que me indicaba que estaba yendo a popa en vez de a proa. La distancia era corta, pero estar perdida dentro del buque hace que el tiempo y las distancias se amplifiquen. La circulación era fluida ya que casi todos estaban donde tenían que estar y eso liberaba la calle interna del buque.

Con el salvavidas prestado puesto, escuché otro comunicado por los altavoces. Esa fritura parecía disminuir ante cada anuncio pero en realidad era el oído que se iba adiestrando a la información que, por partes, se recibía en un volumen fuerte pero confuso. Deduje que era otro ejercicio pero no entendí de qué. La “bruja” enfermera me tradujo cuándo quedarme en el local, cuándo ir al hangar, cuándo preocuparme en serio de lo que estaba pasando y también cómo utilizar el salvavidas que no se presta y no es necesario llevarlo puesto dentro del buque (nadie lo hace) pero había que tenerlo bien cerca porque una emergencia no avisa y el salvavidas salva vidas. Mi traductora durante la navegación insistió en la importancia de tenerlo cerca: “cada vez que suene la alarma, agarra el salvavidas y camina bien rápido al punto de encuentro: los botes (cuando es abandono) y el hangar (cuando es combate u otra situación de riesgo)”. El anunciado era un ejercicio de combate en el que nos habían disparado y que, quienes no teníamos rol para dicho momento, -un tercio aproximadamente de la tripulación- teníamos que esperar en el hangar del buque y hacia allí fuimos.

Cuando entré al hangar, al ver a tanta tripulación junta en un mismo lugar me di cuenta (situación que dejó de asombrarme al poco tiempo) que era la única vestida de civil, justamente porque era la única civil. El resto, sin importar rango, orientación o jerarquía estaban con el mismo peinado (las mujeres), el mismo corte de pelo (los hombres) y vestidos igual. Salvo el Comandante que en su gorra indicaba que era el Comandante y vestía una campera que no era la del overol azul sino una de invierno negra. Entre los tripulantes había divisiones constantes en los roles, en la comida, en los horarios, en las tareas de guardia, en los tonos de voz, en el orden de quién comienza a comer y quién pasa primero por la puerta... tal como mostraré en el siguiente capítulo, ese mundo es el más jerárquico que conocí. Pero en el uniforme eran todos iguales menos yo. Claramente yo no estaba siguiendo los códigos sociales básicos del vestirse porque no contaba con la comprensión ni con la cualidad más importante para formar parte de ese colectivo: no tenía rol ni jerarquía militar haciendo del uniforme una prenda sin sentido. Esta carencia de conocimiento tenía un efecto visual discriminatorio instantáneo: cada vez que ingresaba a una sala o local se notaba en menos de un segundo que era “extranjera”. No se sabía de

dónde era ni por qué estaba allí, pero todos todo el tiempo notaban que no pertenecía a ninguna Fuerza Armada.

El hangar es el espacio donde se guardan y reparan los helicópteros que, por algún motivo, deben permanecer o detenerse en el buque por eso está ubicado en la popa de la cubierta principal. Es un “estacionamiento” que tiene una sección sin techo y otra con; ambas están comunicadas con una puerta. Cuando ingresé, me pareció gigante y con una cantidad indescriptible de tubos, mangueras, recipientes, vigas, marcas en el piso y códigos en las paredes. Allí había municiones (la “Santa Bárbara”) y la reserva de combustible. Esos eran espacios vedados, ya que sólo los encargados de la munición y combustible tenían acceso por el peligro y el riesgo de explosión que conlleva un error cerca de ellos. Había una restricción para toda la tripulación, totalidad que sí me incluía. Los que esperaban que finalice el ejercicio estaban bastante relajados, sentados, conversando, algunos mostrándose fotos en el celular.

Me senté en una viga que estaba bastante cerca del exterior del buque para esperar el desenlace de la situación. No se llegaba a ver lo que pasaba afuera pero me gustaba saber que estaba cerca de la puerta de salida por cualquier cosa. Los navales estaban en rondas según la especialidad y también se diferenciaban los integrantes de la dotación del buque (los locales) y otros de comisión (los visitantes). Yo todavía era reconocida como “la de *La Gaceta*” (revista de la Armada) por la visible dificultad que atravesaban los tripulantes para ubicarme en una tarea dentro del buque. De alguna manera, conformaba el grupo inexistente de “comisión pero civil”; no venía de ningún otro buque y no podía conversar con ellos sobre los temas que estaba escuchando: munición, francos, guardias, raciones de agua y otras cuestiones técnicas que no llegué a identificar. Había cuatro suboficiales que tenían auriculares gigantes, y eran quienes trabajaban con la munición y como se estaba desarrollando un ejercicio de combate, tenían que mantener comunicación con el Centro de Información de Combate (CIC).

Una de ellas me comentó que no sabía qué tenía que hacer porque nadie le había indicado y encima, tal como me pasaba a mí, era su primera navegación. Había cursos para hacer antes de navegar - cursos de pre-embarque - pero ella no los había hecho porque no pensó que eran tan importantes para este momento ya que “no estamos en guerra”. Los cursos de pre-embarque, que pensé obligatorios, se realizan luego de recibir la notificación de que el nuevo destino es en una unidad de superficie. Estas capacitaciones incluyen clases teórico prácticas sobre armamento, secciones del buque, rol de control averías, cómo cubrir siniestros, seguridad e higiene a bordo, rol de abandono y supervivencia en el mar.

Todas actividades fundamentales para desarrollar en el tiempo establecido y evitar así, mayores peligros.

Esa fue la primera conversación donde percibí un entusiasmo laboral reducido con la tarea: no estaba ahí por la vocación, la vida militar o el mar. Ella había elegido la Armada porque le daba un trabajo estable y porque tenía mejores prestaciones sociales que la Policía Aeroportuaria, mientras que Gendarmería no le gustaba porque era muy peligroso. Le pregunté si le entusiasmaba estar embarcada y su rostro pareció derretirse en un gesto de “me da igual”. No sería la última cabo segundo con quien tendría estos intercambios donde mi supuesto de entusiasmo por “soltar amarras” se convertiría en otra cuestión de mi sentido común a derribar. No era en este caso una expresión de rutinización de la vida naval porque quienes más millas navegadas tenían eran quienes mostraban más alegría y excitación por dejar la tierra y volver a navegar. Tuvimos unos minutos de charla sobre su aburrimiento hasta que el Segundo Comandante indicó que el ejercicio había finalizado y que debíamos volver a nuestros puestos. En la sala de enfermería vería pasar a varias de ellas mostrándome la heterogeneidad de modos y expectativas de ser suboficial de la Armada y cómo las distintas generaciones se relacionan ante la diferencia.

1.3 Las “pinchadas”

Luego de algunos ejercicios, la “bruja” me preguntó si había comido algo desde el embarco y me di cuenta que ni siquiera había tomado agua. Muy seria dijo que tenía que tomar mucho líquido y nunca tener el estómago vacío, “aunque tu sentido común te indique que es mejor no consumir nada, no le hagas caso, no hagas como las chicas que están ahí haciendo fila”. Para ejemplificarlo, les pidió a las mujeres que esperaban afuera de la enfermería que levanten la mano si alguna había comido algo y nadie la levantó.

¿Ves? Esto se aprende en los cursos de pre-embarque donde se pasa la experiencia de una tripulación a otra, pero como ahora casi no se navega, no hay mucho para contar. Y las cabo segundo que salen por primera vez tampoco escuchan. Es como un trabajo más, pero en realidad no lo es. Hay que aprender a estar en un buque (Cabo Primero Lidia Lomanto. Marzo 2019).

Se rió, porque ella tenía esa manera de enseñarme a estar en el agua desde su lugar, su experiencia, sus aprendizajes. Al cortar las navegaciones, se perdió el lugar de transferencia y de creación de experiencias. Lo que decía era serio pero su sonrisa contagiosa tenía una suavidad que se parecía a una maestra amorosa enseñándole a los más

pequeños a hacer algo correctamente. Estaba hablando de falta de experiencia y poco interés en generarla, transformando una labor naval y militar en un “trabajo más”. Durante toda la navegación, los suboficiales (y los oficiales también) tomaron mucho tiempo de sus tareas para enseñarme lo que hacían y cómo lo hacían. Y en cada conversación, tal como mostraré en el capítulo 3, me ilustraban los límites entre la vida y al muerte, alguna cuestión relativa a la navegación y a la importancia de considerar con mucha seriedad los ejercicios no tanto como simulación sino como adiestramiento que aumenta las posibilidades de sobrevivir cuando el peligro se hace presente.

En la enfermería había una propia despensa porque los suboficiales de la cocina no siempre podían darles turronec o alguna medialuna o galletita por cada vez que se perdían un desayuno. Estaba con llave pero me mostró dónde la escondían para que pudiera tomar lo que quisiera cuando quisiera. No sé si alguna vez supo mi nombre pero me había dado la llave a un tesoro de turronec, mate cocido y alguna que otra galletita de vainilla. Sacó unos bizcochos de su alacena personal y me pidió que, antes que se llenara la sala de internación, consiguiera un poco de agua para tomarnos unos mates cocidos porque “el buque no nos dejó frenar desde que salimos”.

Una cabo primero peluquera se sumó a nuestra merienda en la enfermería. Con sonrisa y mucha confianza con la bruja, saludó con un abrazo y bromeó sobre mis rulos: “cuando quieras, pasate y te transformo en militar”. Risas, muchas risas. Entre ellas hablaron de guardias que les tocaban y mencionaron a alguna que otra cabo segundo que era muy “débil” porque no se recuperaba rápidamente de los malestares y que seguro la iban a bajar pronto de las navegaciones porque “no tiene madera para el mar”. El Encargado de Apoyo General, un hombre muy simpático y enérgico, se incorporó a nuestra ronda y saludó a la peluquera con cariño. Luego entendería que ambos forman parte de la misma especialidad, aunque uno sea subalterno del otro ya que el encargado es el mayor cargo posible para un suboficial. Los suboficiales de Apoyo General (AG) son conocidos como "servicio" y llevan una "S" en su hombro. Su carrera en la ESSA dura un año a diferencia del resto que dura dos. Ellos prestan asistencia al cuerpo de la Armada en el sentido más práctico: los peluqueros (PE) cortan el pelo, los conductores (CD) manejan los vehículos en tierra y los cocineros (CC) son los dueños de la cocina siendo este el reloj diario de la tripulación mientras se navega porque marcan cuándo se desayuna, cuándo se almuerza y cuándo se cena, tres momentos fundamentales en la rutina de guardias. También son con quienes hay que negociar para recibir turronec extra o mate caliente estando en el mar. Por último, los camareros (CM) son los que transportan y sirven el

alimento en las distintas cámaras y comedores dentro del buque. Este escalafón, tal como lo es el informático, es muy aprovechado en destinos de tierra porque todas las dependencias de la Armada tienen comedores que requieren de suboficiales que sirvan las comidas a diferencia del resto de las especialidades que, como mostraré en el próximo apartado, necesitan de un buque para cumplir su función operativa.

Mientras, la fila por fuera de la enfermería crecía. Ya había siete mujeres de unos veinte y tantos años esperando para entrar con sus cuerpos apoyados en la pared y unos rostros bastante amarillos. Eran las “pinchadas”, gente afectada por el mareo generado por el movimiento del buque. Era constante y aunque no se parecía a lo que muestran las películas, el malestar era una sensación de pérdida total de equilibrio que subía desde el estómago y llegaba hasta la cabeza. Cuando yo me “pinché” en medio de la cena del primer día de navegación frente a un plato de milanesa con ensalada, el mundo se me desajustó: no había manera de ordenar la visión que ya no acompañaba el movimiento del buque sino que había decidido emprender su propio rumbo. Era la pérdida del sentido de gravedad con todo el cuerpo, el suelo aparecía como una promesa y no como el sostén del andar. La “bruja” me dio las mismas tres indicaciones que le dio a todas las cabo segundo que visitaban enfermería: “come, subí a cubierta y después te doy una inyección”. Cumplí esos tres pasos y me refugié en mi cucha hasta volver a encontrar mi vínculo con la fuerza de gravedad, relación que recuperé recién al otro día. La noticia de cómo “la civil de *La gaceta*” se pinchó y se recuperó en una noche se esparció rápidamente entre toda la tripulación generando gestos de cuidado y fundamentalmente, muchos comentarios de aceptación: “ahora sos uno de los nuestros”.

Al igual que me había sucedido a mí, las preguntas que la “bruja” le hacía a las mujeres muy jóvenes (no superaban los veinticinco años) que vivían sus primeras navegaciones y se acercaban buscando auxilio, eran siempre las mismas: “¿es tu primera navegación? ¿Comiste? ¿Tomaste algo para el mareo?”. De esas tres preguntas, siempre se escuchaban las mismas respuestas: “sí, es mi primera navegación” (eran cabos segundos recién salidos del aula de la ESSA); “no, no comí porque me siento mal”; y “no, no tomé nada para el mareo”. Eran cabos segundo que nunca habían navegado y algunas habían tomado pastilla contra el mareo pero dudaban de cuándo lo habían hecho. Las palabras de la bruja también se repetían: “coman”, “descansen”, “si pueden salgan a cubierta exterior para ver el mar”. Todas las chicas que pasaron por enfermería ese día dijeron que no les gustaba navegar y que querían volver a tierra. Pero antes que esto ocurriera, pasarían varios días en la sala de enfermería.

La doctora, a diferencia de la enfermera, podía dar medicamentos y eso comenzó a suceder sin recreo. Primero la bruja (suboficial) evaluaba la gravedad de la situación y decidía si la intervención de la doctora (oficial) era necesaria. Aunque a medida que fueron pasando los días la cantidad de gente que pedía medicamento era casi mínima considerando el total de la tripulación, había un “staff estable” de tres cabos segundas que anunciaban “me siento mal” cada par de horas. Pero la enfermería también recibía otro tipo de padecimientos: dolor muscular en la pierna, dolor de muelas y un dolor “atrás del hígado”. Las consultas duraban segundos ya que lo que le solicitaban a la doctora era algún medicamento “para seguir la navegación”. Entraban, saludaban, daban el dolor, se tocaban la parte del cuerpo que les dolía, recibían el medicamento, lo tomaban, negociaban “pedir turno” con la vuelta a puerto y se iban. Algunos volvían en 8hs por otra dosis, otras a las 4hs indicando que seguían mareadas y una de ellas quedó postrada en la camilla adherida a un suero que, tal como dirían sus compañeras de especialidad, solo la alejaba de sus tareas obligando a otros a sustituirla.

El problema con las “pinchadas” que no se recuperaban era que sus guardias acababan de terminar y que si no aprovechaban las otras seis horas que tenían por delante de descanso hasta su próxima guardia, no estarían disponibles para cumplir su rol. Noté que no estaba muy bien visto enfermarse durante la navegación. Los otros cabos dijeron que “sea como sea, tenes que laburar”. Este no es un requisito impuesto por la institución o los reglamentos sino que los mismos compañeros de navegación lo están requiriendo porque cada rol es necesario para volver a puerto. No hay sustitutos ni roles que no requieran ser llevados a cabo.

En mi primera mañana en el buque, como consecuencia de mi “pinchada”, me perdí el desayuno. El movimiento del buque fue relajante con un efecto mecedor. Era continuo pero desde la primera cubierta inferior no pude notar si el movimiento era con desplazamiento, si estábamos anclados o si eran las olas las que nos movían. Durante el día –y estando en posición vertical (parada)- ese bamboleo es mareador, pero en posición horizontal fue lo que necesitaba. Me sumé a las tareas del inicio de la jornada: cepillado de dientes, cambio de ropa, tender la cama y cuaderno en mano. En la sala de enfermería ya estaba la bruja quien se burló de mi cara de dormida y por el horario del despertar: “¿qué pasó? ¿Te perdiste la diana?” Luego me explicaron que el “toque de Diana” es una pieza militar que indica el inicio de la jornada, es el despertador de la tropa y la tripulación. En tierra se anuncia con trompetas, pero en el buque suena a través de los altoparlantes a las 7 de la mañana. No es obligatorio abandonar la cama ya que los momentos de sueño no con

compartidos, pero la “diana” indica el inicio del alba en un lugar donde la aparición del sol la percibe muy poca gente. La doctora me comentó que los próximos días tendríamos que “arrancar” con la tripulación para no perdernos el desayuno. La bruja trajo agua caliente, limpió unas tazas que tenía atrás de los biblioratos y nos sirvió un café instantáneo con galletitas dulces.

Mientras desayunábamos, entre ellas conversaban sobre las novedades de la noche: al ser las únicas responsables de la salud de toda la tripulación, todos sabían dónde dormía la enfermera y la doctora, por si existía algún requerimiento en relación a cualquier malestar. Ninguna había recibido avisos de dolores durante la noche, pero la enfermera no contaba con que esa satisfacción durase mucho más: “Van a empezar a caer como moscas. Esta es una de las primeras navegaciones que tiene la camada de cabos segundo del año pasado. Seguro que es su primer destino. No nos van a dejar dormir”. Todavía sin terminar el café, llegaron a la sala tres chicas sosteniéndose con la pared y pidiendo “algo para sacarme este mareo”. Las tres ya habían estado el día anterior y eran escoltadas por una cuarta que también había estado allí pero que se sentía “como nueva”. Mientras la doctora conversaba con las tres cabo segundo la enfermera me pidió ayuda para hacerles un té. Ya sin tanto cariño, la bruja suboficial se los dijo bien claro:

Tienen que comer. Aunque les dé asco, tienen que comer. El estómago vacío no les va a permitir tener fuerza para el trabajo. No se olviden que están aca para trabajar y no para descansar. Esto va a su foja de evaluación directo, piensen en su carrera. Se supone que fueron a la escuela para esto (Cabo Primero Lidia Lomanto. Marzo 2019).

Suponer es un verbo que esconde la falta de certeza sobre algo. El “se supone” en su expresión fue clave. Aunque lo anoté en mi cuaderno, en el momento no me pareció tan central ya que era un sentido común compartido: yo también suponía lo mismo. Pero ese sentido común escondía una gran verdad: había muchos cabo segundo que se suponía que se habían anotado en la Armada para navegar. Ya no era obvio que los suboficiales de la Armada iniciaran la carrera militar para navegar como tampoco era obvio que iban a poder hacerlo. Ese suponer incluía la falta de una gran cantidad de indicios sobre lo que era *versus* lo que debía ser un suboficial de la Armada que se me empezaba a develar en la misma navegación; todos relacionados con la lejana relación con el ambiente natural de su comunidad de prácticas: el mar.

En una investigación etnográfica sobre procesos de identificación de la población rural en el municipio de San Ignacio del sudoeste misionero, la antropóloga Ana Padawer (2014) aborda las relaciones de las experiencias formativas cotidianas inter-generacionales considerando las transformaciones del espacio social rural. Identifica que la participación en las actividades de reproducción social en el grupo doméstico es entendida como un proceso que implica tanto la construcción de sucesores por parte de los adultos, como la apropiación generacional de saberes por parte de las jóvenes en los colectivos que ofician de referencia (2014:61). Aunque los ambientes y las poblaciones son bien distantes, las nuevas generaciones de suboficiales, al igual que le sucedía a la población rural misionera de San Ignacio, estaban viviendo procesos de cambios en su espacio social que conllevaban consecuencias en los modos de apropiarse de experiencias de sus antepasados y convertirse en sucesores. Ante el “no hay más monte” declarado por parte de uno de los hombres mayores de la comunidad misionera, Padawer muestra el esfuerzo en continuar actividades de reproducción social (2014:62) tal como muchos suboficiales formados en la ESMA pusieron mucha energía en aprovechar cada interacción en el agua para continuar generando experiencias de vida suboficial sabiendo que “casi no se navega”.

Había muchos suboficiales jóvenes en La Argentina que nunca habían zarpado pero ya habían tenido como destino un buque que permaneció anclado todo el año naval. Esta situación se repite, en especial, en muchos cabos segundos y cabos primeros que han visto los buques por dentro, pero no han dejado el puerto. Es una realidad naturalizada donde el buque no se mueve, pero la tripulación se acomoda a las guardias y al encierro del buque, solo por un rato. Hacen como si estuviesen navegando con la fundamental diferencia de que casi la totalidad de la tripulación abandona el buque a la tarde para volver a cenar, bañarse y dormir en su casa. A bordo quedan los necesarios para cumplir con los requisitos mínimos del buque, y hacer guardias nocturnas que cumplen con los roles de “control de averías”. El gasto mínimo necesario para mantener el buque encendido pero dormido; así se ahorra electricidad, agua, comida y el combustible necesario para sostener todo eso andando. Ese achique de tiempo de mar, de aislamiento en la navegación, de creación de vínculos navales que podría entenderse en términos de presupuesto conlleva una falta de experiencia de agua en los más jóvenes egresados de la Escuela de Suboficiales. Y esa carencia se nota en las actividades dentro del buque, en lo desorientados que están en relación a la circulación, en la paciencia de los instructores al enseñar y en las pinchadas que visitaron la sala de enfermería. Formarse para ser “gente de mar” sin experiencia ni tiempo de mar a la vista.

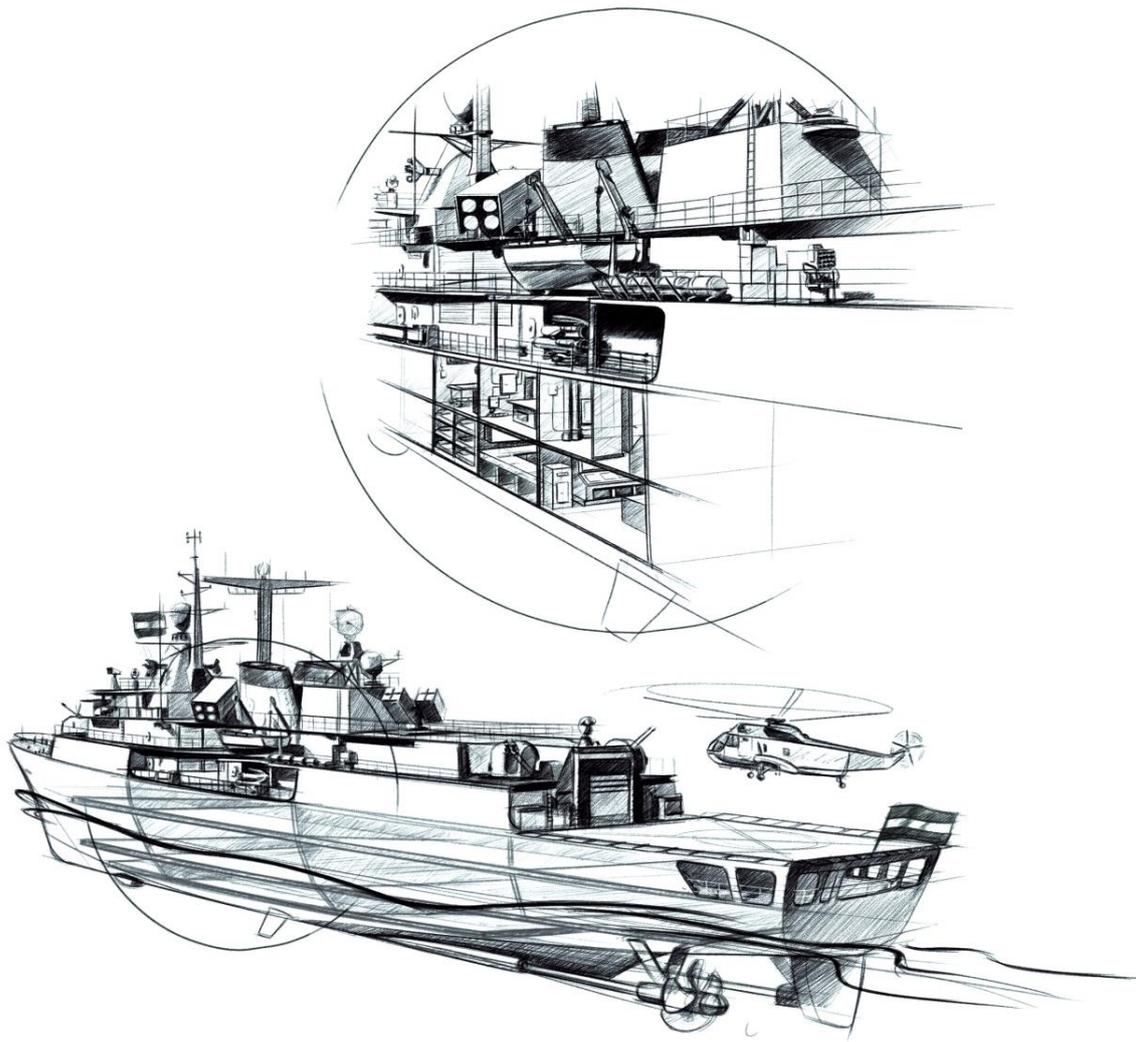
1.4 Habilidades situadas

Un buque necesita de una multiplicidad de personas con especialidades diferenciadas para cumplir sus operaciones durante la navegación, sea ésta de adiestramiento o en combate: hay que moverlo, timonearlo, mantenerlo con electricidad, aire y agua potable, defenderlo ante posibles ataques, comunicarlo con el mundo exterior y a su vez, atender a la tripulación para que pueda comer y dormir. Cada *expertise* se desarrolla en un espacio concreto del buque (ver ilustración 3), cuenta con su propio programa de estudios en la Escuela de Suboficiales, su aplicabilidad del saber, sus siglas características, su distintivo en el uniforme y un apodo que las identifica rápidamente entre sus colegas. Para quienes logran habitar un buque, las especialidades son mundos diferentes con “pequeños pueblos”:

En el caso de una aeronave, en algo tan chico, donde son tan pocos los que intervienen, verlo volar es como hacer nacer a un hijo. En el mar, para nosotros, es distinto. Yo navegué en *la Hercules*. **Es una ciudad, un mundo diferente, con pequeños pueblos y cada pueblito tiene su propia forma de ser. Su propia idiosincrasia.** No es lo mismo ser y habitar en el submundo del cañón, que era el mío en la proa. Uno vive esa forma de ser y de convivir que no es la misma la del artillero, con su idioma y sus cosas, que la del maquinista. El maquinista tiene su hábitat en el centro del barco y está siempre abajo, en la catacumba. Su forma de vida es diferente. Es vida de barco de combate, ese es el puesto que nos tocaba. No sale nunca de ahí salvo que haya alguna emergencia o tenga que salir porque esté vomitando y no da más, pero si no vive adentro. Después tienes a la gente de mar que tiene otra forma de vida. La gente de mar está siempre afuera, su vida es estar afuera. Ellos trabajan en la cubierta del barco, en las velas, arriba. Su vida es otra, diferente. **Hay ciertas formas de vida dentro de una misma vida que es el barco** (Capitán de Fragata (R) VGM Arturo Raúl Manzone, Suboficial Cabo Primero durante la guerra de Malvinas¹³. Octubre de 2018, mi énfasis).

En los cuatro días de navegación fui autorizada por el Comandante a conocer las distintas vidas suboficiales acompañada y guiada por sus 220 habitantes originarios: 180 suboficiales y 20 oficiales de la Armada Argentina.

¹³ Existe una posibilidad de modificar el status de suboficial a oficial: “Los Cabos Principales que hayan reunido determinadas condiciones y requisitos, pueden realizar en la Escuela Naval Militar (ESNM) un curso de un año de duración denominado CASO (Curso Ascenso Suboficial a Oficial), alcanzando la jerarquía de Teniente de Fragata” (González Rojas, 2013:25).



CUBIERTAS	LOCALES
SUPERIOR	- PUENTE DE MANDO
PRINCIPAL	- EXTERIOR - HANGAR - SANTA BÁRBARA - SALÓN Y CAMAROTE DEL COMANDANTE - CENTRO DE INFORMACIÓN DE COMBATE (CIC) - COMEDOR OFICIALES
INTERMEDIA	- CAMAROTES OFICIALES JEFES - SALA DE ENFERMERÍA - COCINA
BAJA	- COMEDOR SUBOFICIALES - SOLLADO SUBOFICIALES - LOCAL DE ADMINISTRACIÓN - LOCAL DE INFORMÁTICA - PAÑOL / DEPÓSITO - SALA DE CONTROL DE MÁQUINAS - TALLER DE ELECTRÓNICA - TALLER MÁQUINAS
FONDO	- SALA DE MÁQUINAS (MOTORES, GENERADORES, TANQUES DE COMBUSTIBLES Y TURBINAS)

Ilustración 3: Dibujo con detalle de la ubicación de distintos “mundos” técnicos suboficiales en las cubiertas de un buque destructor (Gómez, 2021).

Las decisiones sobre cualquier movimiento que el buque realiza son el resultado de una cadena de saberes distribuidos y coordinados a lo largo y a lo ancho del buque. Estas decisiones se ejecutan en todas las cubiertas pero, gracias al procesamiento de información realizada en el CIC, se originan en el Puente de Mando donde se hacen muchas cosas a la vez porque desde allí se gobierna toda la navegación. Es la central, en términos de información y decisión, de todo lo que sucede en el buque. Tiene la cualidad de ser la única “pecera”, ya que es el lugar desde donde se puede ver el exterior (ver ilustración 4). La mayor visualización del buque, del horizonte y del mar se aprecia desde esta área; un mar distante que no vislumbra orillas y genera una extraña sensación de soledad, pero que desde la tierra aparece deshabitado y prohibitivo para la Armada Argentina.

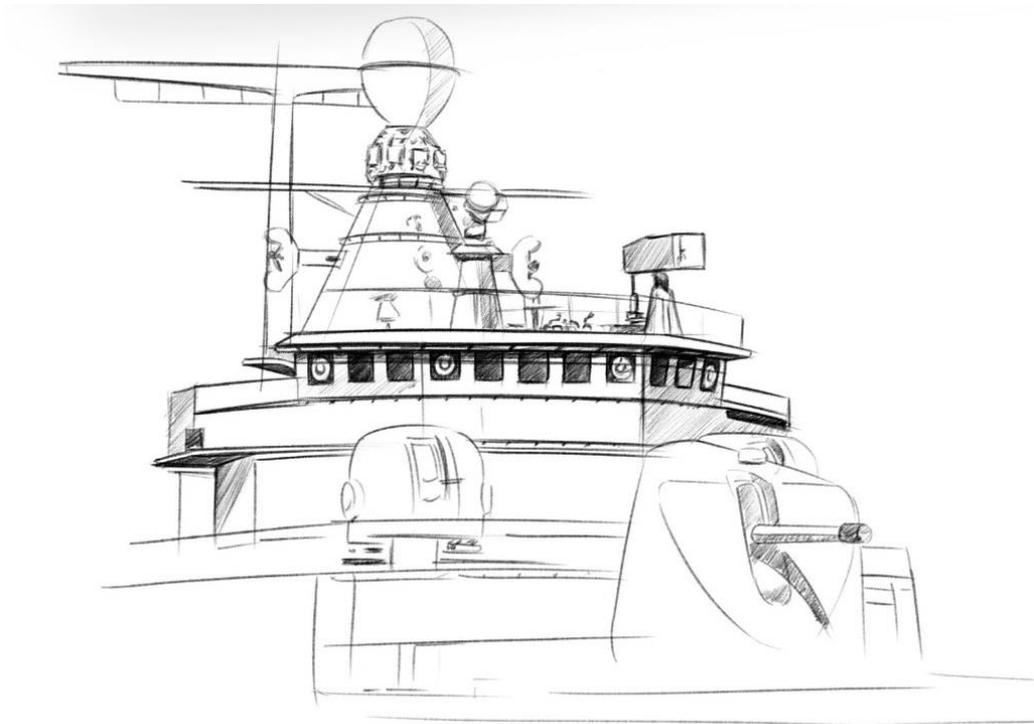


Ilustración 4: Dibujo del Puente de Mando desde el exterior (Gómez, 2022)

El ingreso al puente se realiza utilizando las escaleras interiores pero al estar en la cubierta superior y ante la necesidad de aprovechar la mayor visión posible, también cuenta con salidas laterales a babor y a estribor, ampliando así el radio de visión del exterior del Comandante y de los oficiales al mando. En esta área sólo ingresan tripulantes invitados a hacerlo o quienes cumplen allí su rol cotidiano; no es un lugar de paso ni apto para curiosos. Es jerárquico y está espacialmente custodiado por ser vecino del camarote del capitán ubicado y recluso en soledad – la mayor parte del tiempo- al lado.

Aún con esa exclusividad, en el puente habitan unas 25/30 personas. Siempre hay gente y mucho movimiento, preguntas, maniobras, mediciones de viento, de distancias y de profundidad. Hay oficiales calculando trayectorias y usando varias de las ventanas como pizarras para hacer ejercicios de escalas. Los números se multiplican por todos lados. Calculan, preguntan, deciden, indican. En este lugar, los ruidos protagonistas son las indicaciones de los oficiales, el diálogo entre los suboficiales comunicantes y, en caso de estar en movimiento, el ruido del mar. Allí también está, casi siempre, el jefe de máquinas y otras jerarquías de la navegación. Están serios y siempre hay alguien mirando el mar con binoculares.

No es casual que el sillón de mando del Comandante esté ubicado aquí, elevado para permitirle a quien allí se siente observar todo lo que sucede dentro del puente y a su vez, el exterior del buque. Ese lugar también puede utilizarlo quien se desempeñe como oficial de guardia de mando ante la ausencia del Comandante y del Segundo Comandante. Esto no significa que el Comandante entrega su rol, sino que delega en un oficial las tareas rutinarias de la tripulación. Cuando el Comandante se hace presente, adquiere el mando de acción automáticamente y cuando se retira, le indica a su oficial de mando que "hace entrega del mando". La mayor parte del tiempo es el Segundo Comandante quien está a cargo del puente. Es fundamental establecer quién está a cargo del puente de mando porque, en ese momento, es quien lleva adelante el control de la navegación y de las tareas operativas. No hay tiempo para dudar quién es la voz de mando en ninguna de las operaciones porque la confusión puede generar accidentes o fracasos en el ataque o la defensa en un combate naval. Las maniobras riesgosas (atracar en puerto) y los operativos que requieren de mucha precisión (cargar combustible de otro buque) siempre encuentran al Comandante en su sillón.

Cuando la conocí, el área estaba muy ordenada y visualmente fue impactante por lo que difería del resto de los locales del buque. Había luces en el techo, carteles de salida de emergencia y no había nada por fuera de todos los aparatos de medición que eran notablemente los protagonistas de esta área. Los controles de navegación, comunicación, potencia de turbinas y armamento se canalizan en el puente, en un panel de maniobras elevado que consta de tres bloques lleno de botones cuadrados y redondos de distintos colores y tamaños, palancas, pantallas, radios y relojes que habilitan medir y controlar los sistemas y funciones de todo el buque como puede verse en la ilustración N°5. Hay pantallas de radar que indican la posición del barco, compases digitales, medición de velocidad, GPS y varios botones de alarma. Cada centímetro de ese panel requiere de un

saber técnico particular e incluye una especialidad suboficial trabajando en ello, aunque no estén físicamente en el mismo espacio. En el panel de control se pueden visualizar todas las relaciones entre el mundo suboficial y el oficial.

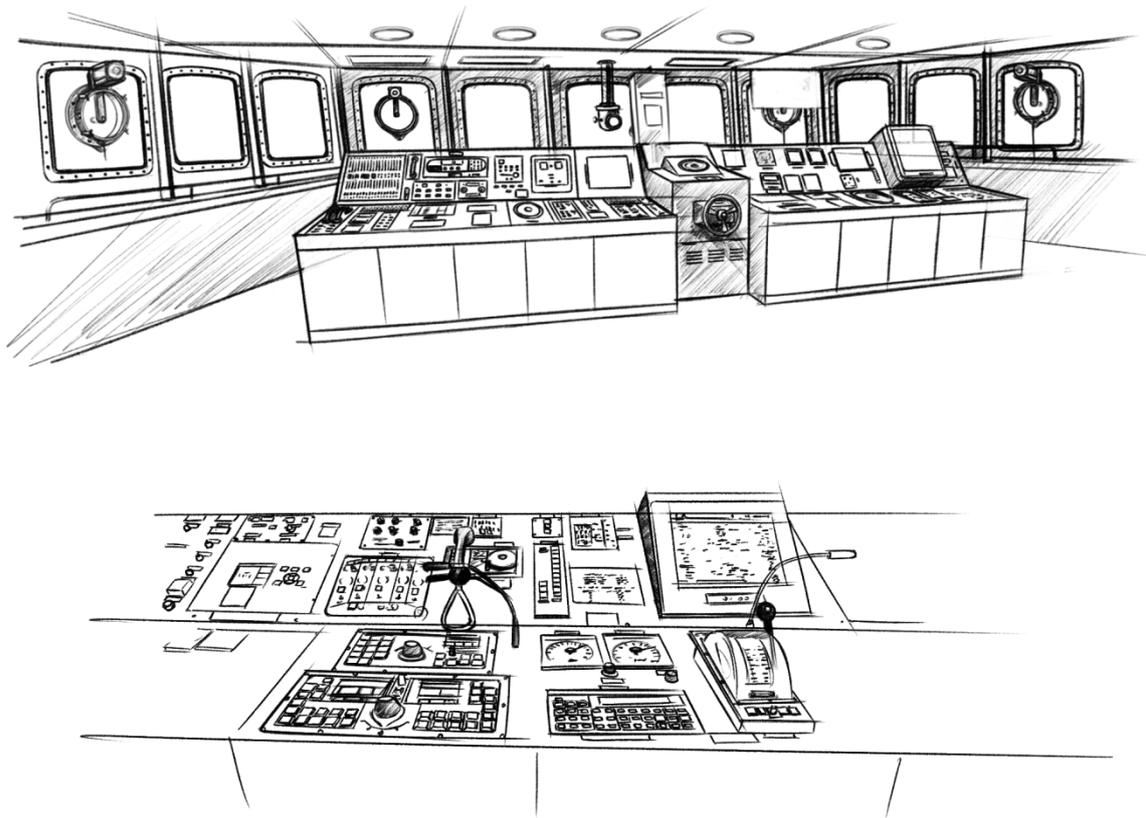


Ilustración 5. Dibujo panorámico y con zoom del panel de control del Puente de Mando (Gómez, 2022).

En el Puente de Mando abundan oficiales principiantes y experimentados. Ellos son los jefes de cada departamento y son quienes informan a quien esté a cargo del puente toda la información recibida porque allí se procesan todos los datos generados por el resto de los equipos-personas que habitan dentro y fuera del buque: se reciben comunicaciones del Centro de Información de Combate (CIC), de la sala de máquinas (lugar donde se mide y se analiza el estado de las turbinas y los motores), del puerto y de otras embarcaciones. Pero aunque son una minoría absoluta, en el puente también hay suboficiales con roles fundamentales: timonean y comunican.

El responsable del timón (literalmente “quien mueve el timón”) es un suboficial de especialidad Mar (MA), conocido en el mundo naval como “chafa” y es el que, aparte del Comandante, tiene su propio asiento en el puente. Está siempre en silencio y muy concentrado. A los “chafa” se los distingue por llevar una rueda de timón en su uniforme, elemento fundamental para conducir la dirección de un buque. No sólo timonean; también realizan todos los trabajos de marinería en la cubierta exterior. De alguna manera, son los que están constantemente pegados al mar. Conocen todo sobre el casco y la cubierta del buque y son expertos en confección de nudos marineros, en la lectura del estado del mar y del viento y en las maniobras de fondeo, traspaso de combustible y remolque. Son rudos, fuertes y con la piel curtida por vivir bajo el sol. Conocen muy bien los sistemas de gobierno del buque: hélice, timón, amarres y ancla. Para el imaginario civil, son los antiguos y clásicos marineros.

En el puente también hay suboficiales comunicantes (CO). Ellos están en todas las cubiertas porque son quienes aseguran el diálogo entre todos los habitantes del buque, pero uno de sus roles determinantes se encuentra cerca de los oficiales de la Plana Mayor porque cuando se navega, llevan y traen mensajes entre el adentro (buque) y el afuera (mundo). Se los identifica por los auriculares gigantes que usan y por un distintivo redondo con rayos hacia afuera presente en su uniforme. De alguna manera ejemplifican su rol al ser los responsables de realizar las emisiones radioeléctricas necesarias para comunicar a la tripulación en navegación con el resto del mundo. Operan y mantienen el material electrónico de comunicaciones y manejan los distintos lenguajes navales como el código morse acústico, el uso de banderolas y la realización de destellos de luz. También son ellos los responsables de registrar a mano en el cuaderno de navegación todas las indicaciones formales y los distintos operativos realizados desde el puente.

En la cubierta principal los comunicantes participaron de ejercicios de comunicación durante la navegación: a través de luces y el uso de “banderolas”, una tripulación le informó a otra, en el mar, su dirección, función y rol. Los suboficiales son quienes realizaron esas comunicaciones. Las banderolas son banderas de colores, forman parte de un abecedario náutico con formas y colores universalmente establecidos para que todas las tripulaciones se puedan entender. Según la situación, izan o muestran la bandera correspondiente. Participé del ejercicio en conjunto con otra embarcación (Corbeta ARA Spiro) y fue asombroso ver cómo, desde la cubierta exterior del otro buque, se pasaban mensajes y surgía una alegría en la cubierta al empezar a entender qué era eso que estaba pasando; era como un dictado de luces o banderas. Un suboficial de la Spiro levantaba una

bandera de color, luego otra y otra hasta finalizar la comunicación, mientras que la suboficial de La Argentina iba anotando en un cuaderno las letras que cada bandera representaba. Como siempre, un oficial supervisaba y dirigía el ejercicio. Al finalizar, la cabo segundo leyó a quienes estábamos admirando ese diálogo lo que dijo *la Spiro*: “buenos vientos”.

Aprender a hablar con los diversos lenguajes navales es una de las tantas carreras de formación militar. Aunque los códigos se memoricen y se practiquen en aulas, el mar es un mundo aparte: dos suboficiales con quienes hablé luego del ejercicio vivieron con entusiasmo y fascinación la importancia de su rol al codificar mensajes dentro de un colectivo que también está cumpliendo su rol técnico. Hay una jerarquización de cada rol porque todos son necesarios; navegando con ellos entendí que estar subordinado no significa carecer de importancia. Nada es secundario en un buque y todos los saberes aprendidos en las aulas de la Escuela de Suboficiales se hacen experiencia con la práctica constante en el mar.

Durante la navegación no suelen verse cambios de ropa salvo cuando la llegada de una autoridad requiere del uniforme de gala, aquellas prendas blancas protagonistas de actos protocolares y de saludos. Es una señal de respeto propia de la institución diferenciar el uniforme para recibir, en el medio del mar, a un Comandante. En nuestro caso no sólo hubo cambio de uniforme, sino un cambio de ritmo y sonido en la vida al interior de la ciudadela, esa calle interna que conecta todos los locales del buque, que se permeó de corridas y ruido de taquillas cerrándose a gran velocidad. Me asomé desde la cubierta exterior para ver qué ocasionaba semejante ruido y me encontré con los músicos, con su traje blanco elegante y alguna que otra trompeta para dar cuenta, a toda voz, que algo estaba sucediendo.

Los músicos (MU) visten una lira en su hombro, el instrumento que porta Apolo, uno de los dioses del Olimpo más venerados en la mitología griega. Aunque ese instrumento ya no se utilice, los músicos son los responsables de los saludos musicales efectuados en las celebraciones y en los rituales embarcados. Su saber técnico no participa del funcionamiento operativo del buque, pero son quienes aportan el lenguaje sonoro tradicional a la tripulación marcando ocasiones especiales o recibimientos protocolares con sus instrumentos. Por eso son conocidos como los “chupa bronce”. Tal como me lo explicó un suboficial músico embarcado, ellos son quienes llevan “alegría y color” en la navegación y en los actos protocolares de la Armada. Sus instrumentos están cerca de la

cubierta exterior junto con su uniforme de gala, pero durante la navegación cumplen roles que no tienen que ver con la música sino con lo que el buque necesita.

Con los sonidos de una marcha que no reconocí recibimos al Comandante de la división de corbetas y al Comandante de la Corbeta Espora en la cubierta principal. En ese momento entendí que el buque estaba siendo abordado por autoridades que habían viajado en el otro buque – con el cual nos estábamos comunicando - que había zarpado junto a nosotros. Una lancha pequeña que los trasportó hasta La Argentina. Al ingresar fueron saludados por la Plana Mayor (Comandante, segundo Comandante y oficiales mayores) y los invitaron al Puente de Mando para hacer y evaluar juntos ejercicios de coordinación de navegación entre ambos buques.

Considerando cómo había crecido la población del Puente de Mando, decidí que era momento de dejar ese ambiente y bajar una cubierta para conocer al “cerebro del buque” junto al resto de los suboficiales que allí desempeñaban sus tareas. Si el puente de comando permite ver el horizonte y el movimiento del mar, el Centro de Información de Combate (CIC) es el lugar que posibilita entender y hacer visible todo lo que el horizonte no muestra; por eso se lo conoce como el “cerebro del buque”. Ubicado debajo del puente de mando, los suboficiales y oficiales que aquí desempeñan su rol, procesan todos los datos generados por los sistemas de medición fundamentales para identificar posibles situaciones de combate y coordinar los movimientos del buque para afrontarlas.

Es un lugar del buque plagado de radares, monitores, consolas, computadoras y sonares donde los suboficiales realizan cálculos y estimaciones sobre las cartas náuticas para sistematizar, ordenar, agrupar y jerarquizar toda la información de manera inmediata. Debe estar oscura para discriminar el movimiento del radar y de los distintos sistemas de medición; la única iluminación tenue que allí existe es generada por el reflejo que las pantallas circulares emiten, motivo por el cual se tardan varios minutos en acostumbrar al ojo de dicho contraste de luz (afuera) y de oscuridad (adentro). Por la cantidad de equipos sensibles que allí se operan y por la necesidad de vitalidad de quienes lo operan, el espacio –bastante reducido- es fresco y calmo. Salvo dos o tres oficiales que observan el panorama general, todos los suboficiales que allí hacen guardia están sentados y comunicados entre sí con auriculares. Cuando hablan, casi no se los escucha. A diferencia del puente donde los oficiales dan indicaciones gritando a quienes las ejecutan, y del interior del buque donde los ruidos de las máquinas son constantes, en el CIC el silencio es fundamental por la necesidad de escucha atenta a los equipos que identifican movimientos a través del sonar. “Un CIC tranquilo es un CIC adiestrado” (Alfonso Flores Suboficial principal Operaciones

Generales). En el CIC hay silencio porque abrevia el tiempo de comunicación, de orden y de ejecución, tres situaciones que –en rol de combate o de abandono- generan mayor expectativa de supervivencia y reduce el peligro. Aquí se vive con mucha intensidad que se adiestran para tiempos de guerra. Cada segundo es fundamental para realizar un ataque o defenderse de ser atacado, por eso, la velocidad de respuesta ante una orden se practica en todos los ejercicios. El tiempo, en el CIC y en el resto de los “trozos del buque”, se convierte en objeto de aprendizaje.

Una vez procesada la información por todas las partes que hacen al CIC, se envía al Puente de Mando con sugerencias de acción para que, desde la pecera, el Comandante tome decisiones tácticas sobre la navegación y las operaciones militares, sean estas de defensa o de ataque. Los informes se realizan constantemente y pueden aumentar su ritmo a pedido del Comandante. La navegación es tarea del puente mientras que la guerra, sea antiaérea, antisubmarina, antiperficie o antielectrónica, es tarea del CIC.

Los suboficiales son la población mayoritaria del cerebro del buque, lugar donde sólo entra personal autorizado. Aquí trabajan coordinadamente los suboficiales de las especialidades Operaciones (OP), algunas orientaciones de los Mecánicos de Sistemas (MW) y los de Servicios hidrográficos (SH) donde cada uno cumple su rol técnico y militar vinculado a una tarea y a una singularidad naval. A los operaciones se los conoce como “perfumados” por asesorar al Comandante y por habitar el mundo jerárquico del CIC; son considerados el “cerebro” del buque. El distintivo de su uniforme es un círculo que representa una pantalla de radar (el artefacto que utilizan) y tres rayos que salen de esa imagen relacionados con las emisiones electromagnéticas que los operaciones “leen” para determinar si eso que aparece en la pantalla es amigo o enemigo, si está abajo o arriba de la superficie del agua. Son quienes manejan, arreglan y entienden a los equipos radares/sonares pero también son los que lo interpretan. Ellos se agrupan entre quienes organizan el equipo y quienes organizan las operaciones (generales-GN), para detectar la distancia con otros buques y la tierra. Por su *expertise*, se convierten en los ojos del barco por arriba del agua. Los suboficiales de la especialidad “operaciones generales” son quienes leen y miden lo que sucede a lo lejos a través de la codificación de la información, que aparece representada en una pantalla, provista por la antena del buque (que emite ondas electromagnéticas y rebota contra otro “objeto en la superficie”). También hay operaciones sonaristas (SO) que identifican la propagación del sonido debajo del mar para ubicar submarinos, interpretando la información que el sonar devuelve sobre las distancias.

El radar y el sonar son como linternas en la oscuridad. Uno mira arriba del agua y el otro por debajo.

Los operacioneros son quienes manejan y leen los aparatos de medición, pero los responsables del funcionamiento de los sistemas que permiten la navegación son los Mecánicos de Sistemas (MW), un mundo en sí mismo. Ellos gestionan y reparan los sistemas del radar (RD), del sonar (SR), de las radiocomunicaciones (RC), del control tiro (CT), de computación (CP), de artillería (AA) y de armas submarinas (AS). Su distintivo en el hombro del uniforme contiene casi todos esos elementos: cañones, granadas, rayos, engranajes y en el centro, unas ondas que remiten a la pantalla radar utilizada para la detección de otras unidades. Siempre llevan consigo una linterna y, cuando están en función, suelen estar armando, separando y volviendo a armar los aparatos fundamentales del buque. Los Mecánicos de Sistemas habitan distintos espacios del buque pero suelen estar con mayor detenimiento en el CIC, a diferencia de los encargados de las armas que circulan casi exclusivamente entre los distintos locales de armamento en las cubiertas inferiores del buque. En todas las cubiertas y locales existía una imponente coordinación entre los mundos gracias a una clara y coherente distribución de tareas y un fuerte sentido de responsabilidad.

Los suboficiales informáticos (IN) suelen moverse junto a los mecánicos de sistemas. Ellos tampoco tienen un espacio particular, sino que son visitantes en locales ajenos: son habitúes de la oficina de los “chupatintas” y del CIC y de cualquier local que precise su *expertise*. Llevan un distintivo representado por las distintas tecnologías utilizadas para resguardar información: entrecruzadas hay una tarjeta, un disco duro de computadora, un libro y un rayo como señal de comunicación. Asisten técnicamente al equipo de personas donde estén destinados. No sólo almacenan información también gestionan y reparan los medios informáticos de la embarcación o, si están en tierra, de las oficinas. Son quienes mantienen los sistemas de *software* y *hardware* necesarios en las unidades navales. Tienen pocos destinos embarcados ya que se los requiere en muchas dependencias en tierra.

En una esquina del CIC también están los suboficiales de Servicios hidrográficos (SH); custodios climáticos y cartográficos de la navegación. Entre el balizamiento (BA), la hidrografía (HI), la meteorología (ME) y la oceanografía (OC), este grupo de suboficiales lee el estado del agua y del viento y provee datos fundamentales para trazar rumbos, definir operaciones embarcados y establecer horarios de cada acción para una navegación segura. Centralizan información climática sobre cambios o situaciones imprevistas que puedan

atentar contra el rumbo de la navegación. Ellos conocen el temperamento del mar. Por eso su distintivo gráfico es el ícono de la rosa náutica de los vientos sobre un fondo de rayas que emulan las crestas de las olas de la superficie del agua.

El orden administrativo de todos lo que sucede en el buque lo llevan adelante los furrieles (FU) conocidos como "chupatintas" y su distintivo lo grafica muy bien: dos plumas entrecruzadas al ancla de la Armada remiten al rol de "escriba" de los suboficiales que eligen esta especialidad. Los repuestos necesarios para reparar los sistemas y artefactos se encuentran en el taller de máquinas, y es tarea conjunta de los suboficiales maquinistas y de los "chupatintas" tener los elementos necesarios para arreglar la mayor cantidad posible de averías sin necesidad de volver a puerto. Este control forma parte de uno de los elementos que deben ser registrados, solicitados y stockeados antes de cada navegación. Los furrieles están bien cerca de los oficiales escribiendo indicaciones, reglamentos, órdenes, procedimientos, agendas y demás cuestiones administrativas reguladas por los oficiales. Eso requiere que están siempre pegados a los jefes. Una de las tareas más comunes de un chupatintas durante la navegación es ser "maestre de víveres" por ocuparse del abastecimiento de los víveres y de los elementos de repuesto para la unidad y su tripulación. No deciden la lista de compras pero la confeccionan y chequean que no falte nada. Dentro del buque, tienen su propio local de contaduría en la primera cubierta inferior pero también se los puede ubicar dando vueltas por la cámara de oficiales registrando novedades administrativas de la navegación. Ellos pueden aplicar su saber en un escritorio en tierra en las dependencias de la Armada. Por eso son una de las pocas especialidades que, en la actualidad, no sufre profesionalmente la falta de navegación.

1.5 Saberes coordinados

Luego de un desayuno improvisado la primera mañana en la sala de enfermería, fui a la segunda cubierta inferior para conocer su protagónica sala de control de máquinas. El departamento de máquinas está siempre encendido porque de este equipo de "grasas" y "chispas" depende el funcionamiento de todos los sistemas y servicios de la navegación. Es un local con paneles, consolas, máquinas, botones, palancas y pantallas. Allí hay hombres y mujeres encargados de darle energía y potencia a la navegación donde conviven los maquinistas y los electricistas. Este mundo es dirigido por un oficial y cuenta con tres divisiones – electricidad, control de averías y propulsión- cuyos jefes también son oficiales; sus encargados y trabajadores son suboficiales.

Los electricistas (EL) son los "chispas", energía vital del rayo que los representa en su uniforme. Son los que posibilitan toda la acción en el buque porque con su rayo, los suboficiales mantienen la corriente encendida y operan los sistemas, cables y voltios para hacer que el buque se mueva, esté iluminado, purifique aire y agua, se geolocalice, se comunique con el exterior y conserve la temperatura al interior de cada compartimento. Su "entrega y manejo de energía" durante la navegación hace que el buque pueda ser vivido como "estar en una casa" con casi todas las comodidades eléctricas. Todos los "chispas" que conocí me hicieron sentir su protagonismo dentro del buque: sin ellos, el buque no es nada. Un suboficial me lo ilustró con mucho orgullo: "Dios creó la luz y a los electricistas para mantenerla. Todo el barco depende de nosotros: la cocina, la turbina, los motores, la enfermería. Lo primero que se dice es "prendan generadores!". Sin electricidad no hay movimiento, ni artillería, ni agua. Por cercanía técnica, los "chispas" están pegados a los maquinistas, mirando muy de cerca que los "grasas" tengan potencia para trabajar.

Los "grasas" son los maquinistas (MQ). Se autoproclaman como el motor del buque y sus uniformes están siempre con restos de los materiales y líquidos con los que trabajan. Su insignia es una hélice, mecanismo utilizado en las embarcaciones modernas para desplazarse porque son responsables del movimiento del buque. Hay quienes se encargan de la lucha contra incendios, de la aplicación de las normas de seguridad relacionadas al combustible, la munición, los explosivos, los misiles y las minas. Los maquinistas "control de averías" son los médicos del buque y los enemigos naturales de cualquier rotura. Por eso tienen un rol fundamental en las operaciones de Guerra Química, Biológica y Nuclear; saben tratar materiales, máquinas y personas para evitar que la avería se convierta en una catástrofe. Si el buque se escora (inclina hacia alguna de las bandas) son ellos quienes realizan una maniobra con el líquido para ayudar a enderezarlo y que permanezca adrizado (en equilibrio).

La propulsión asegura el desplazamiento del buque dándole la potencia de navegación a través del cuidado y control de las turbinas y los generadores diesel que le dan energía para mantener encendido el buque. Los suboficiales encargados de los motores y las turbinas los mantienen, los operan y los reparan. Y de ellos dependen los sistemas que necesitan motores para funcionar: calderas, plantas destiladores, sistemas de frío y aire acondicionado. Todas estas particularidades de los maquinistas los ubican bien abajo en el buque, en la profundidad de la última cubierta, pegados a los sistemas que lo propulsan (ver ilustración 3). El ruido allí es ensordecedor. Salvo las maniobras de navegación, todo lo demás pasa por la sala de máquinas las 24hs. Aunque su protagonismo se exacerbe

cuando algún sistema se avería, los “grasas” y los “chispas” integran todos los sistemas y funciones del buque. Es muy difícil imaginar un maquinista sin buque, y por lo tanto sin mar.

La ronda de mate es protagonista en todos los locales donde abundan suboficiales. Y allí me sumé, en la sala de control de máquinas, a una conversación con once hombres, de los cuales diez eran suboficiales “chispas” y “grasas”. La gran mayoría tenían menos de veinticinco años y, tal como me lo comentarían ellos, con poca navegación. En este local, a diferencia de lo que viví escuchando a las “pinchadas”, existía una tristeza por la lejanía que los cabos segundos y primeros maquinistas acusaban con el mar. No estaban imposibilitados de trabajar en destinos en tierra firme, pero en esa ronda de mates comprendí que su lugar en el mundo era en las cubiertas inferiores de las unidades de superficie, estuvieran atracadas en el puerto o, en el mejor de los casos, navegando en el mar.

La sala de máquinas tiene un panel de comunicación con la sala de turbinas y con el puente de mando. Un suboficial allí “enchufado” me comentó que en esa sala todos tienen que saber lo que pasa. Las máquinas y la electricidad marcan la vida del buque, y por eso allí también tienen control del buque en sentido práctico. Desde estos botones pueden apagar cualquier sistema si es que la emergencia lo requiere, o también apagar algún local o “trozo” del buque. El jefe tiene la posibilidad de evaluar pasos a seguir ante cualquier falla. Los suboficiales registran las fallas, las graban y anotan todo en el cuaderno de viaje. Si aparece una falla se le comunica al Comandante para que evalúe cómo seguir; si no está, lo hace el Segundo; si no está, lo hace el Jefe de Máquinas.

Uno de los suboficiales de la ronda de mate era el especialista en turbinas y había “logrado” embarcar porque uno de los objetivos de la navegación era probar una turbina Olimpus a la que él mismo había metido mano. Reforzó la situación sobre la falta de experiencia en las nuevas generaciones porque “es casi una cuestión de suerte embarcar”. Me invitó a ver “sus turbinas” y allí fuimos: con auriculares (“sordinas”) prestados muy necesarios porque el ruido ensordece –literalmente hablando-. Salimos de la sala de control máquinas y bajamos una cubierta. Al bajar los primeros metros, el sonido se hizo abrumador, anunciando que estábamos entrando al mundo de las turbinas, esos motores muy potentes que permiten el desplazamiento. En ese espacio gigante las reinas eran cuatro turbinas, dos Time (5500 caballos de fuerza¹⁴) y dos Olimpus (28.000 caballos de fuerza).

¹⁴ Unidad utilizada para medir la potencia de maquinarias de presión, vapor y eléctricas.

Luego de explicarme con lujo de detalles el trabajo que realizó sobre las turbinas para repararlas, volvimos a la sala de máquinas donde el mate seguía circulando. Entonces se animaron a expresar sus dudas acerca de quién era yo. Uno de los cabos, el más joven, desmintió la hipótesis que circulaba en las cubiertas de que yo era de *la Gaceta* porque me había visto en la Escuela de Suboficiales con algunos veteranos de Malvinas pero nunca con cámara de fotos ni acompañada por el fotógrafo de la revista.

Aprovechó la confusión y me preguntó si era hija de algún veterano porque nunca había visto investigando o trabajando a civiles dentro de la ESSA que no formen parte de la misma. Por primera vez en la navegación, expliqué de qué se trataba mi trabajo sobre las experiencias de los suboficiales navales embarcados en abril de 1982. Ante mi respuesta, dos de los suboficiales comentaron que tenían familiares veteranos y comenzamos a hablar un poco sobre cómo habían vivido la guerra y compartimos distintos hallazgos y cuestiones que nos habían llamado la atención. El resto permaneció en silencio. Los cabos (y el oficial) me explicaron que es una pena que las anécdotas queden en las casas de los veteranos y que no lleguen a las aulas.

Me hubiese encantado aprender de las experiencias de los suboficiales en Malvinas, que nos cuenten cómo había sido su sala de máquinas, que sé yo, **te da curiosidad cómo siendo tan jóvenes se hicieron de semejante prueba**. En general nos dan charlas especiales sobrevivientes del Belgrano en las conmemoraciones, pero “clase” nunca tuvimos. Los que tenemos la suerte de navegar con suboficiales mayores les preguntamos cómo fue ser tripulante con los combatientes, cómo recibieron las experiencias, cómo era la rutina pero ellos tampoco sabían mucho. Antes tampoco se hablaba porque algunos veteranos tenían miedo de hablar, todavía hay mucho silencio. En las clases a veces, si el instructor es veterano, le pedimos que nos cuente, pero a veces ni te enterás de quién es tu instructor (Cabo Primero León Ramirez. Marzo 2019, mi énfasis).

El aula y el buque aparecían como dos espacios ideales para aprender de la experiencia de quienes, siendo de su misma especialidad, combatieron en la única guerra internacional que la Argentina protagonizó en la era moderna. Cómo fue poner en práctica todo el adiestramiento en un rol de combate de más de sesenta días era “la semejante prueba” que los jóvenes sin experiencia bélica y con escasas millas en el mar estaban pretendiendo aprender. Esa acción práctica compartida con los veteranos era la que los suboficiales jóvenes estaban reclamando, sea en el aula como en el mar.

Ya con el mate bastante lavado, compartí con los “grasas” y los “chispas” algunas de las cosas que había aprendido sobre la vida del suboficial durante la Guerra de

Malvinas. Una de las cosas que más me había impactado era la ausencia total de testimonios públicos de veteranos suboficiales. Había leído mucho de oficiales y de concriptos¹⁵ pero nada de suboficiales. Ése era un dato sobre cómo la institución lo relegaba de su propia historia. Movimiento que -luego entendería- tenía una relación similar al corte de linaje con la ESMA, tal como mostraré en los últimos capítulos. De alguna manera, Malvinas y la ESMA aparecían como quiebres públicamente silenciados pero fuertemente sufridos del mundo suboficial.

Para los suboficiales con quienes dialogué en la sala de máquinas, la ambigüedad de estar formándose en una Fuerza Armada en la cual se ocultaba la experiencia de guerra aparecía como un enigma que no lograban resolver. Esta privación y negación de un tiempo de guerra (pasado y en un posible futuro) lo pude ver en la falta de navegación y en la escasa puesta en ritmo de esa comunidad de prácticas navales y militares que parecía olvidar que su función primordial en tiempos de paz es estar siempre preparada para la guerra.

Esa también fue una preocupación que compartió conmigo el Segundo Comandante en una de las noches en la cubierta que pasamos hablando y mirando el cielo. Conversamos sobre el mar como conexión entre la antigüedad y el presente, como fuente de inspiración y como deseo de no dejarlo nunca. Me explicó que “el mar tiene su propio tiempo y es el buque quien se adapta a su ánimo y parecer, dejando a la tripulación a merced de lo que el mar dispone”. Pero también me indicó que no sólo cambia el tiempo del mar; también cambian los tiempos institucionales y los navegantes. “El Segundo”, como se lo suele designar, distinguió a dos generaciones de navales que formaban parte de la tripulación:

De 28-30 años para abajo buscan laburo y el resto estamos por amor al mar. Antes, a los 10 años en las Fuerzas Armadas te dabas cuenta. **Aprendías a ser marino embarcado, ahora los suboficiales no navegan, entonces no conocen si tienen o no la vocación. El navegante está preparado para habitar el mar.** Lo sacás del buque y se pierde (Capitán de Corbeta Miguel Caviglia. Marzo 2019; mi énfasis).

Tuve oportunidad de conversar con el Segundo en varias ocasiones sobre su parecer acerca de las generaciones y qué las diferenciaba. El mar aparecía siempre como protagonista porque, aunque haya roles y muchas formas de vivir la Armada, los suboficiales que están ahí por el mar necesitan cumplir su rol en el agua. Justamente

¹⁵ Los concriptos, también conocidos como “colimbas”, son los hombres de entre 18 y 21 años de edad que realizaron la instrucción militar obligatoria. Fue suspendida en 1994. Para un análisis sobre la participación de los “colimbas” en la guerra de Malvinas, ver Guber (2009).

porque en una embarcación, ninguno de los mundos técnicos funciona por sí solo (ilustración 3). De alguna manera, el buque operaba como un tipo de “brújula”, un instrumento de orientación que regulaba la vida suboficial. Los mundos en su interior condicionan, establecen y moldean relaciones sociales que habilitan la constitución de una camaradería como forma de relacionarse con los otros habitantes.

Eduardo Di Deus, antropólogo brasileño, investigó para su tesis doctoral la práctica de los trabajadores de las plantaciones de caucho en San Pablo, Brasil. Aprendió, junto a ellos, cómo sostener un cuchillo, cómo realizar los cortes y cómo llevar el ritmo de trabajo en el día a día. Uno de sus hallazgos se encuentra en la relación que mantienen los “caucheros” con los árboles, vínculo mediado por una serie de objetos técnicos que el antropólogo los presenta no como “acto mecánico sino como una articulación de otros ritmos y escalas” (Di Deus, 2017:143, mi traducción). Explica que la acción del sangrado del árbol no es una actividad aislada sino que forma parte de un complejo aprendizaje de habilidades que no se agotan en la correcta utilización del cuchillo para realizar el corte sino que requieren de una práctica técnica y social en un ambiente particular (Di Deus, 2017:27, mi traducción). Siguiendo esta idea, para los suboficiales el ambiente particular (mar), la técnica para habitarlo y las relaciones interpersonales de camaradería son fenómenos indisolubles.

Los buques son lugares confinados que fuerzan a una estrecha asociación entre sus tripulantes por su necesidad de ser autosuficiente. En navegación la ayuda externa no suele estar disponible. Ello engendra un sentimiento mayor de comunidad que no existe en otras fuerzas militares (Bóveda, 2016:71). Es una particularidad del mundo naval que, para que los procesos de navegación sucedan exitosamente, es necesaria la intervención de todos los miembros del equipo a través del uso interrelacionado de las habilidades (Otamendi, 2012:97). Esa convivencia crea un colectivo donde el sentimiento de pertenencia se vincula a la habilidad técnica y militar aprendida para habitar ese mundo. Se navega gracias a esa comunidad donde, como mostraré en el capítulo 3, cada uno tiene responsabilidad en el destino de todos.

Muchos suboficiales me han explicado sus experiencias embarcados haciendo referencia a que forman parte de una “cultura militar” difícil de explicar para quien no la integra, por no compartir una idiosincrasia y una forma de interpretarla. Esto es hablar de una cultura, concepto que en antropología ha sido acuñado desde mediados del siglo XIX y que se continúa utilizando hasta hoy, aún por fuera de los ámbitos de la investigación social. El especialista en el mundo naval Jorge Rafael Bóveda define explica que la

“cultura militar”, para quienes habitan un buque de guerra, es una suerte de amalgama normativa y social que mantiene unida a la organización y expresa los valores e ideales que los miembros de una organización comparten hasta crear un orden social (Bóveda, 2016: 23). Sin embargo, encuentro en el concepto de cultura ciertas limitaciones analíticas en relación al paso del tiempo y a la interacción social que el concepto de comunidad me permite evitar.

El antropólogo sudafricano Adam Kuper realizó un análisis sobre los usos y las conceptualizaciones de la noción de cultura en la disciplina antropológica y rastreó las influencias en las distintas tradiciones para discutir con visiones del determinismo cultural. Kuper (2000: XI, mi traducción) sostiene que el concepto de cultura cuenta con problemas epistemológicos que no pueden evitarse “refindando definiciones” o “caminando en puntas de pie”. El limitante analítico más importante, para el autor, es que “la cultura deja de ser algo que hay que describir, interpretar, y tal vez explicar, para ser tratada como una fuente de explicación en sí misma” (Kuper, 2000:XI) y que, esta perspectiva no puede dar cuenta cabal de los procesos y la diversidad de explicaciones de por qué las personas actúan como actúan y se comportan como cada grupo humano lo hace. No significa que la cultura no exista, en especial considerando que para los sujetos sí existe como tal, sino que su uso analítico es el que oscurece los posibles sentidos que puedan escapar al homogéneo y ahistórico análisis cultural. El uso del concepto de cultura limita así, posibles análisis que trascienden la mirada de la vida social como producto estandarizado o regulado sin tomar en cuenta procesos sociales de interacción en un tiempo concreto y prestando atención a las motivaciones que “llevan a la gente modificar su forma de actuar” (Kuper, 2000:XI). El foco en el tiempo es fundamental para pensar en procesos y no en productos.

Lo mismo sucede con el concepto de identidad. El riesgo de reificarla (Brubaker y Cooper, 2001) y de hacer un uso acrítico del concepto (a la vez nativo, a la vez analítico) requiere de una descripción sobre los procesos, límites y mecanismos que se ponen en juego en las interacciones de la vida social; haciendo de la identidad una conceptualización dinámica y temporal de un grupo de sujetos singular. La heterogénea identidad militar, al igual que la noción de grupos étnicos analizada por el antropólogo noruego Frederik Barth (1976) es una categoría de adscripción que organiza la interacción entre individuos, utilizada por los propios actores. Por eso en esta tesis me refiero a los suboficiales como una comunidad con una identidad particular (naval, técnica y subalterna) y no como una cultura aislada.

Una comunidad es un grupo humano que hace que el acto de uno sea inteligible ante los demás compartiendo lenguaje, valores, jerarquías, experiencias, ambientes y saberes. El antropólogo británico Anthony Cohen (1985:12) analiza el concepto de comunidad y distingue que implica simultáneamente la similitud y la diferencia: los miembros tienen algo en común entre sí que, a la vez, los distingue de manera significativa de otros grupos. Estas son fronteras que se producen en la interacción entre sus miembros situada en un tiempo y en un espacio, haciendo de la comunidad un proceso en constante formación, a diferencia del concepto de cultura entendido como un producto ahistórico o sin tiempo (Hall, 2010). La comunidad es un colectivo al que se pertenece porque se constituye como un “sistema de valores, normas y códigos morales que proporciona a sus miembros un sentido de identidad dentro de un conjunto limitado de miembros” (Cohen, 1985:11. Mi traducción). Ser suboficial no es suficiente para incorporarse a esta comunidad a diferencia de lo podría ser formar parte de la cultura institucional de la Armada. Existen atributos, actitudes y valores morales involucrados en esa “entrega al buque”, que se requieren para formarte parte de la comunidad suboficial, aquella que añora el mar y se adiestra constantemente para habitarlo.

Cohen refiere a que “es el ámbito en el que las personas adquieren su experiencia más fundamental y más sustancial de la vida social fuera de los confines del hogar. La comunidad, por tanto, es el lugar donde se aprende y se sigue practicando cómo ser social” (1985:15). Por eso mi propuesta es presentarlos desde lo que es significativo en su propia experiencia de habilidades técnicas, corporales, de navegación y de combate para incorporarse a esa comunidad.

A su vez, presentar la vida de los suboficiales a bordo de los buques como una comunidad de práctica (Ingold, 2002) propone pensar la acción colectiva no tanto en relación a una cultura compartida sino vinculada al aprendizaje de habilidades. Bajo esta noción, entender la experiencia suboficial de navegación deja de ser exclusiva para quienes comparten la “cultura militar” y permite enfocarse en las habilidades que la constituyen para pensar a los humanos no en términos de lo que “son” sino de lo que “hacen”. Eso que hacemos los humanos mientras nos involucramos con el mundo, lo aprendemos haciendo.

Este sistema complejo y detallado de discriminación de especialidades y de tareas es lo que el antropólogo y navegante estadounidense Edwin Hutchins llama “distribución cognitiva” (2001); una organización de saberes que encuentra como particular de las condiciones de la vida en el mar. En su estudio sobre cómo se distribuyen las tareas de la navegación y su relación a la contribución del desarrollo de las competencias de cada

tripulante, Hutchins demuestra que, aunque la diferenciación de tareas y roles sean individuales, “gran parte del aprendizaje de la habilidad para navegar se produce durante la interacción social [porque] las tareas de la navegación las realizan juntas personas que poseen distintos niveles de competencia” (2001: 50). En una navegación cada miembro es responsable y especialista en una función determinada por su experiencia, su cargo jerárquico militar y su carrera técnica. Hay una coordinación entre cada uno de los integrantes de esa comunidad naval y militar que es requisito para que el buque viva:

Los analistas suelen dar por sentado que en las tareas basadas en la cooperación, los conocimientos están repartidos entre los individuos de una forma exhaustiva y mutuamente excluyente, de tal modo que la suma de los conocimientos de los individuos es igual al total requerido y la superposición de los conocimientos es escasa o inexistente. Esto no contempla el tema de los antecedentes de los participantes y sólo da por sentado que cada uno de ellos ha sido entrenado para desempeñar su trabajo. Esta pauta de distribución de conocimientos es muy poco frecuente. Más a menudo los conocimientos se comparten en gran medida, y el conocimiento de la tarea que tienen los más expertos incluye la totalidad de los conocimientos de los menos experimentados (Hutchins, 2001:63-64).

La interacción en situación, tal como la presenta Hutchins (2001), incluye los antecedentes generados por experiencias pasadas de quienes vivieron tiempos de mar. Al igual que lo planteado por Padawer (2014), las relaciones inter-generacionales no sólo permiten la cooperación de gente con y sin experiencia, sino que también habilita la conformación de una comunidad de práctica que necesita de cada uno de sus miembros para sobrevivir en el mar. En un artículo publicado en la *Revista del Centro Naval*, el Capitán de Fragata Alberto Gianola Otamendi explica que el proceso de instrucción a bordo es una modalidad de antaño que beneficia la transferencia directa, intergeneracional, presencial y personalizada de conocimientos y habilidades por instructores experimentados a aprendices, reclutas y cadetes *in situ*, inmersos en el propio ambiente profesional (2012:92). Tal situación que acentúa la identificación con la unidad de superficie en la cual se dio dicha situación de aprendizaje, plasmada en la referencia constante sobre su primer destino embarcado. Quienes contaban con navegaciones en su trayectoria profesional siempre se presentaron en nuestras charlas en relación a su primera embarcación afirmando, por ejemplo, “soy de la dotación de *la Hércules*”, aunque esto hubiera sucedido veinte años atrás. La incorporación a la comunidad se vive desde la primera navegación porque el buque, al igual que lo describió Malinowski, es objeto de admiración que tiene su propia individualidad:

Un navío, sea de corteza o de madera, de hierro o de acero, vive en la vida de sus tripulantes y es para un marino algo más que un trozo de materia modelada. Para los indígenas, no menos que para los marinos blancos, el navío está envuelto en una atmósfera de leyenda que han forjado la tradición y su experiencia personal. Es objeto de culto y de admiración, una cosa viva que tiene su propia individualidad (Malinowski, 1987: 117).

Los suboficiales navales me fueron mostrando que sus experiencias en los primeros destinos embarcados¹⁶ es lo que, en el mejor de los casos, los transforma en “hombres y mujeres de mar”.

1.6. Recapitulación. “Todo lo que pasa, pasa en el buque”.

La relación de los suboficiales navales con el agua y con el resto de la tripulación está mediada por un buque y por un aprendizaje técnico. Son los traductores de motores, sonares, radares, cables, máquinas y cualquier cosa dentro del buque que no sea una persona. Ejercen una capacidad técnica y operacional porque no sólo conocen el local del buque que habitan sino que saben hacerlo operativo. Son quienes encienden técnicamente al buque como si éste fuese una ciudad o una casa gigante en el medio del agua con una superficie de 120 metros de largo y unos 50 metros de ancho con una profundidad de unos 6 metros por debajo del agua. Mover y mantener activa semejante ciudad requiere del trabajo de más de 200 personas: todos los habitantes tienen un rol en mantenerlo encendido; todos los habitantes encaran acciones concretas en tiempos sincronizados para darle vida a esa ciudad flotante.

En la navegación hay una aceleración del ritmo vivido en tierra que todos deben afrontar desde su rol y su “trozo” vinculado con un saber: si es orientación “mar”, estará en la cubierta superior al exterior de las embarcaciones recibiendo los vientos y las gotas del agua. Si es “maquinista” su lugar estará en la segunda cubierta inferior, por debajo de la línea de flotación y lejos de la brisa marina. Por eso existe una compleja variedad de especialidades en la carrera naval del suboficial que se encienden para habitar la multiplicidad de mundos en un buque que, como mostraré en el capítulo siguiente, están jerárquicamente ordenados.

¹⁶ El antropólogo Bechelany (2019) realizó un estudio etnográfico entre los Panará, un grupo indígena que habita en el sur de la Amazonia para analizar las habilidades y las relaciones técnicas puestas en práctica en el ejercicio de la caza focalizando la constitución del cazador como tal en relación con su armamento por ser mediador entre la acción de cazar y la presa. Al igual que le sucede a los suboficiales navales con su primer destino embarcado, para los Panará “un hombre se convierte en cazador con un arma en la mano (Bechelany, 2019:7, mi traducción)”.

Tal distribución espacial de saberes genera un sistema particular con una multiplicidad de experiencias sobre cómo se vive, se circula, se trabaja y se aprende a habitar en una “cáscara de nuez flotando en el mar”. El aprendizaje sensorial es fundamental para guiarse allí porque los sentidos de tierra poco pueden ayudar estando embarcado. A bordo, el quien tiene mayor antigüedad en la Armada le enseña a quien tiene menos, cuestiones técnicas, de supervivencia o indicaciones para no “pincharse”; es en el mar y durante la misma experiencia de navegación donde se comparten todo tipo de habilidades necesarias para convertirse en “hombres o mujeres de mar”. Pero para eso, se necesitan buques navegando, aulas que alimenten la ambición de mar, instructores convencidos de un horizonte naval y, por sobre todas las cosas, aprendices deseosos de soltar amarras.

El aprendizaje es una constante porque hay una forma particular técnica, social y sensorial de habitar cada uno de los buques. Quienes egresan de la Escuela de Suboficiales son “personas entrenadas que no tienen experiencia” (Hutchins, 2001:59), que requieren de práctica y de una interacción social intensa con quienes sí cuentan con millas navegadas en el mar. Integrar una tripulación es una experiencia excepcional de formación y transformación donde observan, anotan, ejecutan y se equivocan sobre qué deben hacer, cuándo y cómo. La concepción y organización del tiempo también se aprende: los horarios laborales de guardias 6x6 no culminan con un regreso al hogar, la percepción del día y la noche no se asocia con el sol y la luna, la coordinación de tareas es instantánea y no se sabe cuándo se regresa a tierra. La experiencia del hacer no se trasmite. Se vive. Por eso, como pronunció el Suboficial Mayor Lenzi, “todo lo que pasa, pasa en el buque”.

En este capítulo analicé cómo se aprende técnica y sensorialmente a habitar un buque y cómo funcionan sincronizadas las distintas especialidades/habilidades del mundo suboficial para hacerlo operativo. A su vez comencé a mostrar la complicada relación generacional que atraviesa la institución de suboficiales formados en la ESMA con experiencia de mar y aquellos egresados de la ESSA sin horizonte claro y futuro de mar. Este tiempo de habilidades se complejizará en el próximo capítulo al sumarle la distribución jerárquica.

CAPÍTULO 2. JERARQUÍAS

“El buque es lo más importante que tenemos los suboficiales. Es identificarse con la unidad. Es tuya, la cuidas, ahí llevas la bandera argentina. Es tu casa en el medio del mar. Transitas las aguas juntos, con la tripulación y el buque”
(Suboficial Primero (R) Teresa Susana López, noviembre 2019)

La vida en el mar es compartida y organizada en base a las tareas y a la jerarquía que cada tripulante tiene que ejercer para “volver juntos a tierra”. Estando en el agua no me fue fácil reconocer los espacios ni las funciones ni las “bandas” (nombre con el que se conoce a las rayas amarillas que tienen los militares en sus uniformes que indican su jerarquía. Ver ilustración 7) para entender esa organización y el lugar que los suboficiales ocupaban en ella. Pero, tal como me recomendaron incontable cantidad de veces, me entregué al buque y me dejé llevar.

En este capítulo la atención está en comprender los aspectos jerárquicos de la vida naval de los suboficiales y cómo este sistema (Radcliffe-Brown, 1986) justifica su distribución exclusivamente gracias al tiempo de navegación. En los apartados que siguen, mi análisis de la interacción social en las unidades de superficie en el mar se enfoca en la observación de una cotidianeidad que requiere de la participación total de la tripulación para no “irse a pique”. Inicio mostrando que las jerarquías relacionales (Dumont, 1970; Vessuri, 2011) se justifican por la *métier* particular y singular de formarse para la guerra en el mar. Todos tienen una jerarquía y todos deben conocer la de aquellos que tienen al lado para entender qué posición ocupan en la estructura social (Evans-Pritchard, 1977; Radcliffe-Brown, 1986) y saber cómo actuar al respecto. No hay nada librado al azar; por cada cargo hay un rol, una función y una responsabilidad que se aprende mientras se hace la carrera suboficial. Las cualidades que presenta este sistema clasificatorio de sus miembros se basa en entender que la organización que distingue entre quién ordena y quién ejecuta habilita una reacción instantánea en el preciso momento en que se necesita. Se trata de achicar tiempos en una “cáscara de nuez flotando en el mar”.

Analizo también cómo se materializa esa clasificación (Durkheim y Mauss, 1996) a través de una distribución clara de uniformes (Weiner y Schneider, 1989) y de espacios que cada jerarquía viste y ocupa en la navegación. La organización de los lugares para

dormir y comer se constituye en base a la distancia estructural (Evans-Pritchard, 1977) que los miembros establecen respecto a cada escalafón y a cada grado, haciendo del buque una estructura con coherencia social para sus miembros que genera sentido en la vida suboficial y oficial. La totalidad de la estructura naval está organizada por aspectos de las relaciones sociales que se manifiestan y concretan en las interacciones durante la navegación. La familia naval, la vestimenta, la disciplina, las guardias, los espacios y las promociones dentro de la Armada Argentina se construyen desde lo que se necesita para habitar un buque en el mar. Y la forma de habitar eficientemente un buque en el mar es la jerarquía.

Por eso, finalizo planteando el problema de los ascensos de las mujeres en relación al tiempo de navegación, entendiendo a la desigualdad de género como un sistema cambiante que “comprende, por un lado, los roles y relaciones de los hombres y mujeres y, por el otro, sus valores e ideas respecto de la masculinidad y de la femeneidad” (Stølen, 2004:32). El énfasis está en el análisis de caso de cuatro mujeres suboficiales que, aun habiendo sido contemporáneas a cambios legislativos en relación al género en las Fuerzas Armadas, vivieron una imposibilidad de ascenso por carecer de tiempo suficiente en el mar.

2.1 Complementarias, opuestas y segmentarias.

La Armada está formada por sistemas de armas (buques, aviones, submarinos y helicópteros) y por hombres y mujeres que entienden, arreglan, asesoran y utilizan esos sistemas para la defensa de la soberanía nacional desde el espacio marítimo. Los roles de cada integrante (oficiales, suboficiales y tropa voluntaria¹⁷) se entienden dentro de esquemas verticales donde las relaciones de subordinación y el ejercicio del mando son los pilares del funcionamiento técnico y militar en estrecha relación con la organización interna de un buque de guerra. Tal es así que, por reglamento y tradición, son los oficiales de superficie (de especialidad naval) quienes alcanzan, en casi la totalidad de los casos, el grado de Almirantes y llegan a la conducción de la fuerza (Bóveda, 2016:36).

El Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas (el Presidente de la Nación) es el único que, en el orden democrático vigente desde el 10/12/1983, no tiene superior y es quien está solo en la punta de esta estructura, igual que el Comandante, recluido en

¹⁷ La tropa voluntaria es la agrupación de hombres y mujeres que realizan el Servicio Militar Voluntario en cualquiera de las tres Fuerzas Armadas. En la Armada Argentina, luego de aprobar el curso de instrucción, logran el cargo de “Marinero” con un contrato de dos años con posibilidad de renovarlo.

soledad en su camarote en la cubierta superior. Salvo el Comandante en su buque y el Comandante en Jefe en su despacho en la Casa Rosada, sede del Poder Ejecutivo Nacional, todos reciben órdenes de un escalafón superior. Las vinculaciones interpersonales propias de todo el ambiente naval militar están normadas por posiciones jerárquicas (Otamendi, 2012:100) que, en especial durante la navegación, muestran que dicha relación no se sustenta en la dominación sino en la distribución de responsabilidades complementarias que hacen posible que una “cáscara de nuez” en medio del agua, tenga éxito.

El antropólogo Louis Dumont explica que la jerarquía “es un principio de gradación de los elementos de un conjunto con referencia al conjunto” (1970:85) remarcando que la estructura jerárquica ordena y cuenta con reglas establecidas porque genera una distribución de sus miembros organizándolos en rangos, status y diversos ejercicios de poder. Es, según el autor, una “autoridad sistemáticamente graduada” (1979:84). Aunque el sistema social sea el que muestra la organización, Dumont destaca que lo que hay que estudiar para comprender la jerarquía en un determinado lugar, es la interacción entre los sujetos.

La jerarquía no es una estratificación social, un sistema de ranking o una inequidad de status. Es una atribución de valor que acompaña cualquier diferenciación, es una articulación de valores fundamentales en la ideología social, es heurístico, cotidiano, consciente. Distinguir es jerarquizar. No puede ser el todo sin el otro (Dumont, 1970:390).

El autor refiere a que la jerarquía no tiene carácter fijo y que excede la cuantificación de sus miembros en rankings u ordenamientos fijos que se traducen en una “inequidad de status”. En vez, la jerarquía existe en cuanto valor de la interacción social de todos los miembros, cualidad que organiza la vida cotidiana y que es, a la vez, producto de esa interacción. En la Armada, la complementariedad estructural se sostiene en la necesaria coordinación de tareas que requiere de oficiales y de suboficiales haciendo eso que hacen. El cuerpo de la Armada está conducido por los oficiales, pero sostenido por los suboficiales. Al igual que lo plantea Dumont, en la distinción naval de roles y de responsabilidades hay jerarquización. El oficial se encarga de comandar a sus subalternos y de organizar las estructuras que lidera en cada uno de los destinos militares, mientras el suboficial los mantiene operativos. En tierra y en el mar, independientemente del rango y del departamento, el oficial siempre tiene gente por debajo en la estructura militar haciendo de la dirección de sus subalternos una de sus características principales. Ahora

bien, aunque el suboficial sea subalterno, esto no lo convierte en súbdito sometido sino en alguien que está sujeto a la autoridad.

La antropóloga argentina Hebe Vessuri (2011) muestra, en su trabajo sobre Antajé (localidad de Santiago del Estero; Argentina), cómo el principio rector de la igualdad y la jerarquía organiza a todos los elementos otorgándoles unidad sin dejar de reconocer las contradicciones internas. Su análisis de la estructura social rural le permite pensar a la dominación y a la subordinación como una realidad social compleja de rasgos y procesos interrelacionados y en movimiento (2011:11). Por eso, en su trabajo, muestra la base relacional de las jerarquías dejando de lado una lectura fija, monolítica y eterna de las relaciones de poder tomando como institución rectora a la finca y la organización social que surge de ella.

El análisis en profundidad de las implicaciones de estas afirmaciones invita al abandono de cierto prejuicio en el registro etnográfico respecto a definiciones simples como sería el clasificar a la sociedad como igualitaria o estratificada. La realidad es más compleja (Vessuri, 2011:170).

El buque, como la finca, puede verse, por un lado, como una institución donde quienes sostienen la autoridad ejercen el poder sobre los que no lo tienen, pero por el otro, se puede pensar como un sistema que permite a quienes son subordinados, formar parte de una relación que articula la cooperación de todos sus miembros por igual para “no irse a pique” y volver a puerto.

Allí se constituyen vínculos cotidianos y conductas pensadas, organizadas y ordenadas para y en un sistema particular. Pensar la relación de subordinación como mecánica o que determina todos los elementos de interacción social es perder de vista, como dice Vessuri (2011), la complejidad de la realidad. Esta perspectiva genera una distorsión entre cómo los suboficiales navales viven la jerarquía y cómo creemos o suponemos que deberían vivirla desde un sentido común basado en una oposición reduccionista entre quién tiene el poder y sobre quién se ejerce. Mi trabajo de campo embarcado permite pensar en un enfoque diferente donde la cuestión de la jerarquía no es un asunto de resistencia, desigualdad y dominación, sino que habilita a preguntarse cómo, desde los propios términos navales, se articula, se aprende y se navega la particular y singular relación jerárquica entre oficiales y suboficiales que genera una estructura específica que debe ser comprendida por todos sus miembros para poder funcionar en un buque de guerra en el medio del mar.

La estructura, en el uso coloquial de la palabra, hace referencia a un orden de partes que están relacionadas en un conjunto. Puede ser la estructura de un texto que le da forma a un conjunto de palabras o a la estructura de una canción que indica cuándo finaliza una estrofa y cuando comienza la otra. Una estructura, en términos concretos y sin importar su contenido, presenta una de entre muchas formas de relacionar, construir conjunto y darle sentido a eso que se agrupa. De igual manera, los antropólogos que han pensado en la vida social como una estructura social, plantean que las relaciones humanas se dan entre grupos que se mantienen invariables independientemente de los individuos (Evans-Pritchard, 1977; Radcliffe-Brown, 1986) porque son las relaciones sistémicas y estructurales las que ordenan el comportamiento y los lazos sociales entre sus miembros. En su estudio sobre los Nuer del entonces Sudán Anglo-Egipcio, E.E. Evans-Pritchard (1977) presentaba a la organización social como un sistema de oposiciones en el cual la segmentación aseguraba el orden interno gracias a un entendimiento de la “distancia estructural” que establece los roles y los lazos vinculares de cada unidad en relación con el todo. Dicha relación entre los distintos segmentos operaba situacionalmente. Evans-Pritchard suma una mirada procesual y relacional sobre la estructura social.

Las relaciones sociales son un entramado construido por sus miembros. No es azaroso sino regulado por las normas del sistema donde todos saben “que se espera que se comporte de acuerdo a esas normas y se justifica esperando que otras personas hagan lo mismo” (Radcliffe-Brown, 1986:18-19). Sin quitarle potestad a sus miembros, ni darle todo el poder a la estructura como algo “más allá o más acá” de las acciones de los individuos, la navegación se sostiene gracias a un principio de ordenamiento social jerárquico estructurado y graduado con una clara regulación de las relaciones humanas intergrupales y una división de trabajo entre sus miembros según el grupo al cual se pertenece, similar al sistema de castas en la India (Dumont, 1970)¹⁸. Por eso, dentro de los mundos de la navegación hay notables distinciones espaciales, cotidianas y estructurales.

Todos los órganos responsables de la conducción de la Armada Argentina están comandados por oficiales (ver Anexo 5). El Estado Mayor General de la Armada (EMGA) está comandado por un oficial (Contraalmirante), pero son suboficiales quienes manejan su coche y preparan sus almuerzos. La Dirección General de Planes, Programas y Presupuesto de la Armada, el Tribunal Administrativo de la Investigación así como

¹⁸ Existe una distinción entre la estructura de castas y la militar: la jerarquía india en el sistema de castas no se basa en el ejercicio del poder ni de la autoridad sino que la perspectiva religiosa impone una clasificación de los seres de acuerdo al grado de dignidad (Dumont, 1970:85).

todas las dependencias de la Subjefatura del Estado Mayor de la Armada y del Comando de Adiestramiento y Alistamiento de la Armada cuentan con oficiales a la cabeza y con suboficiales furrieles realizando los informes administrativos. Los jefes de las bases navales también son oficiales, pero son los suboficiales quienes cumplen guardias armados en los perímetros para proteger la jurisdicción militar. Toda la información técnica con la que cuentan los oficiales en sus dependencias en cada base naval está confeccionada por suboficiales. El director del Hospital Militar es oficial, así como sus médicos, pero los enfermeros que allí atienden son suboficiales. La Dirección General de Educación de la Armada (DGEA) también está a cargo de un oficial (capitán de navío) que es el responsable de todas las instituciones educativas de las FFAA (dirigidas por oficiales). Sin embargo todos sus departamentos están colmados de suboficiales que realizan las comunicaciones externas e internas, y con músicos que armonizan los himnos en cada conmemoración.

La Escuela de Suboficiales de la Armada también obedece esta misma estructura. El director es oficial (capitán de navío) al igual que sus colaboradores más cercanos. El director de estudios (también un oficial) es quien decide materias, horarios y prácticas educativas, mientras que todos los instructores militares que enseñan en sus aulas son suboficiales. Y aunque no estén a cargo de las decisiones “determinantes y trascendentes”, son ellos y ellas los que entrenan, disciplinan, acompañan y vigilan a los aspirantes de la Armada.

El suboficial se encuentra ejecutando lo que el jefe decide, pero es quien le provee datos, evaluaciones, *expertise* e información a los oficiales para que tomen las decisiones. El oficial es “Jefe” y el suboficial es “Encargado”; ambos se necesitan para trabajar. El Suboficial Mayor (R) VGM Teodoro Tomás Ozaeta me lo explicó de la siguiente manera:

El Suboficial representa el elemento ejecutante y clave en la organización de las Unidades de la Armada Argentina. No le compete la toma de decisiones determinantes y trascendentes (tarea que realiza el oficial), pero por ser él quien está más involucrado con la situación o actividad, es importante en su labor diaria el asesoramiento permanente y exacto a su superior; y la contribución con sus capacidades profesionales y personales al logro de los objetivos impuesto por la superioridad (Suboficial Mayor (R) VGM Teodoro Ozaeta. Mayo 2018).

Las “decisiones determinantes y trascendentes” son las que definen el destino de la tripulación por eso recaen en quienes están a cargo de diseñarlas, evaluarlas y resolverlas. El suboficial, tal como lo explicó Ozaeta es quien le provee datos sobre la situación

porque es el especialista técnico y será quien luego ejecute la orden enunciada por el oficial. La cartilla naval editada por la Armada Argentina en 1971 (manual que todavía circula mano en mano entre los suboficiales) explicita la organización básica de las unidades de la siguiente manera:

El Comandante o Jefe de una Unidad de la Armada, es la máxima autoridad de la misma y a él compete su conducción y apresto para la acción. Su tarea sería irrealizable de no contar con el total y eficiente apoyo de todos y cada uno de sus subordinados. Su colaborador inmediato es el Segundo Comandante o Subjefe y es quien coordina la acción de sus subordinados en la ejecución de las órdenes recibidas, así mismo es el encargado de establecer y controlar el régimen interno. Para una mejor conducción y administración, las Unidades están organizadas en Departamentos, que a su vez se subdividen en Cargos, éstos, a efectos del control del material, están integrados por Subcargos, mientras que el personal está agrupado en Divisiones. La jefatura de los Departamentos, Cargos y Divisiones, es ejercida por Personal Superior (oficiales). El Subcargo será asignado al Suboficial Superior o Subalterno más “antiguo” en cada caso, el que será responsable ante su Jefe de Cargo, de la administración y uso del material (ARA, 1971:68).

El tiempo de experiencia en la Armada también es un valor que ordena y jerarquiza: el más “antiguo” (quien tiene mayor antigüedad) le enseña al “moderno” (quien tiene menos) cuestiones técnicas y de sociabilidad. La distribución de cargos, sea en tierra como en el mar, responde siempre al mismo esquema de jerarquía y de antigüedad de sus miembros para reducir tiempos de aprendizaje cada vez que un naval ingresa a un nuevo espacio de trabajo. Las marcas de autoridad del oficial sobre los suboficiales no se agotan en la distinción entre las tareas que realizan. Tampoco se justifican únicamente por una relación de complementariedad, sino por una de superioridad: el salario es mayor, la conducción se ejerce sobre más cantidad de personal, tiene prioridad de atención en el Hospital Naval, es el primero en sentarse y el primeros en levantarse de una mesa; también es el primero en atravesar una puerta y se lo anuncia cada vez que ingresa a un buque. La vida cotidiana militar está repleta de rituales que accionan, construyen y refuerzan la jerarquía.

El comedor de los oficiales tiene más cubiertos que el comedor de los suboficiales. En las oficinas de los oficiales se invita un café siempre a temperatura perfecta, mientras que en las oficinas de los suboficiales se suma al visitante a las rondas de mate. Los oficiales y los suboficiales no comen juntos, ni comparten oficinas, ni usan los mismos baños; tampoco desfilan en la misma sección y, tal como mostraré más adelante, no

duermen en el mismo espacio del buque. Cuentan con distintas carreras, escuelas¹⁹, historias, uniformes, linajes, lemas y objetivos.

Siempre tuve claro que mi trabajo era con los suboficiales, pero estando embarcada en La Argentina, el Segundo Comandante me recomendó pensar el contrapunto con los oficiales porque aunque siempre se marque la cualidad de superioridad, en la práctica –y en especial durante la navegación - se complementan. La jerarquía atraviesa esa experiencia y aunque sea la protagonista de la diferencia, él encontraba que la distinción estaba en dónde cada tripulante ponía su atención: el suboficial se enfoca en una tarea y se vuelve especialista, detallista y obsesivo de eso con lo que trabaja, sea un motor, un circuito eléctrico o un radar. En cambio el oficial tiene una “atención múltiple” en la que debe coordinar el trabajo de distintos tripulantes para dirigir una maniobra en el Puente de Mando o para dirigir las acciones de los navales que realizan el “control de averías”. Por eso la organización del trabajo es fundamental para la navegación. Cada uno debe hacer lo que tiene que hacer:

El momento del mando y la conducción es EL momento. No se cuestiona la orden que da el superior [porque], una orden bien dada es bien cumplida. Tiene que haber convencimiento de quien ordena y de quien acciona. El Comandante es el responsable de la tripulación +1, el buque. Por eso, no lo vas a ver caminando los pasillos de la ciudadela o tomando mate en la cocina. Su lugar está en su camarote y, en algunas ocasiones y roles, en el Puente de Mando. El que camina soy yo, el Segundo. Yo conozco a la tripulación, dialogo con mis oficiales más cercanos y me cercioro que todo esté funcionando como debe. Eso es importante para todos quienes tenemos un rol en la toma de decisiones, y eso incluye fundamentalmente a los suboficiales porque son quienes ejecutan y saben (Capitán de Corbeta Miguel Caviglia. Abril 2019).

Esa distinción entre suboficiales y oficiales lo noté en todos los ejercicios en los que participé y donde no había tiempo para discutir opciones o buscar consenso. La autoridad tiene que ser total para que el caos no embarque y se conserven las vidas de todos los que estamos en el mar (incluido el buque). Para que los mundos funcionen se necesita establecer con claridad el rol que cada uno ocupa en la estructura jerárquica del propio buque. Por eso el Comandante “no baja” de su camarote de las cubiertas superiores, sino que contempla toda la situación para poder tomar mejores decisiones. Esa distinción de roles no descansa en una distribución aleatoria o autoritaria de liderazgos, más bien se

¹⁹ Los cadetes navales (futuros oficiales) se forman en la provincia de Buenos Aires, en el Partido de Ensenada a orillas del Río Santiago, en la Escuela Naval Militar.

dispone en función de lo que un buque necesita para estar navegando en el medio del mar. Y los suboficiales aprenden su rol (técnico y jerárquico) durante toda su vida militar.

La carrera del suboficial requiere formación continua por más de 30 años para llegar al cargo superior. Es un camino que necesita de condiciones de ascenso y de múltiples cursos que habiliten a quien se postule, a lograr el cambio de rango. Mientras se vive el Período de Selección Preliminar de la Escuela de Suboficiales, los alumnos comienzan siendo aspirantes (2 años) y egresan siendo cabos segundos (4 años)²⁰. Luego se solicita el ascenso a cabo primero, jerarquía en la que suele permanecer 4 años. Con cursos de instrucción y de capacitación se llega a ser cabo principal (5 años) para luego efectuar el “Curso Anual de Aplicación” y lograr el cargo de suboficial segundo (6 años) y suboficial primero. Luego de un curso superior de ascenso de 6 meses de duración, es posible lograr ser suboficial principal (6 años) y luego suboficial mayor (6 años).

Cualquier suboficial sin faltas puede aplicar a un ascenso en jerarquía (conocido como “cambio de bandas” por significar éstas la jerarquía en el uniforme) dentro de su especialidad. Es en la “foja de servicios” donde se formaliza la evaluación anual de desempeño profesional por parte de un superior (siempre un oficial) para decidir destinos y ascensos. Esa evaluación se realiza todos los años y alcanza a todos los miembros de la Armada. Estos legajos personales duran toda la carrera como sucede en la Administración Pública Argentina. De esta evaluación depende su futuro más cercano (destino del año próximo) y el más lejano (ascensos y retiro). No es obligatorio pedir el ascenso y por eso hay casos de generaciones más “antiguas” (mayor antigüedad en la Armada) que tienen menor rango que los “modernos” (menor antigüedad en la Armada). El tiempo vivido en la institución era sinónimo de experiencia y de ascensos en la estructura, pero desde fines de la década del 90’, algunos suboficiales me explicaron que el ascenso involucraba mayor responsabilidad pero no influía en una mejora salarial sustancial. Por eso algunos suboficiales han optado por no solicitar cambios en su jerarquía. Tal es el caso de algunos “suboficiales primero” de 50 años que comparten espacio laboral con “suboficiales principales” (de mayor rango que los “suboficiales primero”) de 45 años. Eso genera cierta tensión en el trato protocolar porque incompatibiliza la experiencia en la Armada con el rango, categorías que suelen ir coherentemente de la mano.

En la navegación (y en los departamentos en tierra) todos tienen un rol y son responsables de su tarea la cual se complementa con las tareas del resto. Eso no determina

²⁰ En el 2022, se egresaron 273 cabos segundos. Fuente: *Gaceta Marinera*

que la relación entre oficiales y suboficiales sea exclusivamente complementaria o de oposición sino que –situacionalmente- tiene un poco de ambas. Los Comandantes de los buques son oficiales que deciden sobre la totalidad del buque y su tripulación, pero tal como mostré en el capítulo anterior, las entrañas de los buques están repletas de suboficiales en contacto con los equipos militares y con los artefactos para manejarlos, repararlos y mantenerlos en funcionamiento. Todos se necesitan entre sí y esa necesidad no es sólo técnica; también es afectiva.

2.2 “La jerarquía está siempre a bordo”

Los oficiales y suboficiales dicen que forman parte de la “familia naval”. Este modo de relacionarse se nutre y nace en el mar por las condiciones de aislamiento, por la distancia de la familia de sangre y alianza, y de los lazos afectivos que quedan en tierra y que son extrañados. La rutina de la navegación forja un distanciamiento de la vida en tierra firme y a su vez genera, tal como me lo explicaron los suboficiales, una soledad que sin la familia naval sería imposible de transitar. Hijos, hijas, parejas, padres, madres y amigos quedan del otro lado de la “planchada”, haciendo de la navegación un tiempo cotidianamente aislado y también compartido. La “familia naval” es contención para la distancia que se genera entre quienes embarcan y quienes quedan en tierra, en especial, cuando existe la incertidumbre sobre la fecha de regreso. El afecto está en la vida adentro y fuera del agua. Estando en La Argentina muchos suboficiales me preguntaron si sabía cuando volvíamos a puerto porque, al no disponer de esa información, temían por los arreglos de agenda domésticos que habían hecho con sus maridos y esposas en tierra, en especial relacionados a actividades de sus hijos: horarios de la niñera, pasar a buscar a algún hijo por una actividad o llegar a tiempo a un turno médico. El desconocimiento del tiempo de regreso es una incertidumbre que los suboficiales aprenden a atravesar y que sólo se vive embarcado.

A su vez, los condicionantes de aislamiento y lejanía que la vida naval y militar conllevan, pueden hacer que un tripulante no participe de acontecimientos sociales que se viven en tierra, como el nacimiento de un hijo/hija, el fallecimiento de un ser querido, bodas de amistades y familiares y cualquier otro rito de paso que suceda por fuera del mar. La angustia o resignación que estas cuestiones generan en los suboficiales son “abrazadas” por la familia naval embarcada. El océano aleja al suboficial de la familia en tierra, pero une a quienes están en el mar.

La socióloga Mariana Galvani (2016) realizó un estudio sobre el proceso de formación profesional de los integrantes de una de las fuerzas de seguridad nacionales: la Policía Federal. En su análisis, entre otras cosas, da cuenta del lazo fraternal que une a los compañeros de trabajo como “la familia policial” y se refiere al mismo como el “vocativo que usa la institución para hablar de la relación que une a sus miembros” (2016:97). En ese sentido, la autora plantea que es una técnica para invocar una “identificación que permite a las jerarquías legitimarse en el afecto” y lo asimila al modo en que la institución militar apela a la familia militar. A su vez, en su investigación sobre el Colegio Militar del Ejército Argentino, Badaró sostiene que el uso de la “familia militar” es una metáfora en “función de lealtades obligadas” (2008:16) que le “permite a los oficiales evocar y consagrar un modelo de relaciones sociales que ubican a ejército como padre protector o tutor del conjunto de la sociedad argentina” (2006:65).

A diferencia de lo que plantean las investigaciones de Galvani (2016) y Badaró (2006), entiendo que la “familia naval” no funciona como metáfora, ni como imposición institucional para justificar una red de relaciones jerárquicas o protectoras, sino que aparece como un tipo particular de relación que nace en el mar y se extiende entre los sujetos que dejan sus lazos familiares sanguíneos y generan nuevos en una comunidad que los acoge, acompaña y cuida.

Ahora bien. La “familia naval” no vive únicamente en la navegación, porque los lazos que se generan se mantienen aún cuando el tripulante cambia de buque o de dependencia militar. El cambio de destinos que llega con “el loco” cada año también genera una inestabilidad estable en la vida del suboficial. Se conoce así al momento cercano al fin de año cuando se establece el listado de pases de toda la institución que aparece indicando, justamente, el destino de los hombres y mujeres que allí se encuentran. Si es en tierra, el suboficial ocupará una oficina en alguna de las dependencias nacionales, pero si es en el agua su especialidad le brindará la llave para formar parte de una tripulación particular por un año o más. Los cambios en los destinos suelen incluir mudanzas entre ciudades de distintas provincias del país aunque no siempre suceda. Estos cambios espaciales y geográficos pueden ser acompañados por su familia; o no; que lo sea queda a elección de quien realiza la mudanza, criterio que suele estar relacionado a la edad de los hijos y a la disposición de la pareja. A quienes tienen familia pero deciden viajar solos a sus nuevos destinos laborales, se los llama “trocistas” porque representan un trozo, un pedazo de su familia nuclear. Por eso, tienen un lugar afectivo especial dentro de la familia naval que los aloja con más prestaciones y cuidados para que no extrañen a quienes

dejaron atrás. Al igual que los “trozos” dentro del buque que alojan especialidades, en la Armada también existen “trocistas” que son alojados por la familia naval.

El “loco” también puede provocar que el suboficial tenga un destino de “comisión” o “servicio” en provincias de la Argentina donde la Armada tiene dependencias, incluido el Comando Conjunto Antártico, y en otros países trabajando con cuerpos militares nacionales e internacionales en misiones de paz o haciendo formación en el extranjero. Estar de “comisión” o de “servicio” cuenta con una temporalidad definida y más acotada pudiendo ser por períodos de meses y no de anuales. Las migraciones extranjeras son optativas y se vinculan con una excelente “foja de servicios”; no cualquiera puede representar a la Armada frente a otras unidades militares. Son esas migraciones las más buscadas por suboficiales ya que generan experiencias laborales novedosas, jerarquizan su curriculum institucional e implican un extra salarial en moneda extranjera.

El tiempo, para la carrera suboficial, es una variable incontrolable a la que cada uno aprende a entregarse cuando cumple su primer destino. Durante la navegación no sabe cuándo regresa y tampoco sabe cuánto tiempo estará en cada destino por responsabilidad del “loco”. El modo cambiante y dinámico del suboficial naval corresponde a una temporalidad incierta vinculada a la preparación para habitar un mar en guerra y no a la estabilidad administrativa de la tierra. Tal como mostré en el capítulo anterior, los que se entregan a esta dinámica están adiestrados y se convierten en “hombres y mujeres de mar” mientras que los que no, se pinchan sin interés.

En la navegación, es el buque quien organiza a todos sus habitantes según las tareas que la situación demanda. Esto significa que la vida cotidiana de la gente que vive y hace vivir al buque se acomoda y se estructura según los horarios de sus guardias. El buque ordena un tiempo que no se puede homologar a los ritmos laborales en tierra porque allí se cumple un itinerario en determinado lugar y al finalizarlo vuelve a su vida por fuera de la tarea laboral. En un buque, ese post-trabajo no existe. Se denomina “guardia de descanso” pero nunca se deja ni el espacio (buque) ni la tarea (rol), ya que el buque puede demandar en cualquier momento. De esta situación deriva el 24/7 tan característico de la Armada. Significa que se está disponible las 24hs y los 7 días de la semana.

El verbo que utilizan los navales es “requerir”. La Armada, a través de sus distintos destinos, requiere de personas para que efectúen las tareas. Y en la navegación es el buque quien requiere de hombres y mujeres para que cumplan los roles necesarios para ser una “cáscara de nuez en el agua”. Sin embargo, el rol no se cumple cuando se quiere, sino cuando el buque se lo requiere (y el Comandante lo demanda). No hay ninguna indicación

sonora o visual sobre cuándo están siendo reemplazadas las guardias. En los pasillos se nota una mayor circulación. Cuando esto sucede es porque hay recambio de gente.

Esta organización de tareas la planifican los oficiales a cargo según los operativos y los roles de cada departamento. En general, la mitad del buque descansa y la otra está activa. La rotación de guardias tiene varios sentidos: el alivio, la responsabilidad, la duplicación de cada rol ante cualquier emergencia, y hacer equipo.

Un buque es una pequeña ciudad o una casa gigante con gente que convive para poner todo en funcionamiento. Está dividido por áreas pero todos aportan y son fundamentales para que esté en condiciones. La camaradería tiene que estar en todos los que estamos navegando. **Todos somos importantes. Tienes que desarrollar una capacidad de convivir sin tener en cuenta la jerarquía a bordo. Ojo, la jerarquía está siempre a bordo** (Suboficial Mayor (R) Marcelo Oscar Libero. Abril 2019; mi énfasis).

Los “chispas” y los “grasas” cuidan de los músculos que habilitan que esa casa flotante se mueva. Los chafa la timonean, los comunicantes hacen que la información circule, los brujos cuidan a su tripulación y los chupatintas registran administrativamente cuanto sucede. Toda la tripulación la habita pero, tal como mostré en el capítulo anterior, los suboficiales de las distintas especialidades son quienes sostienen el funcionamiento. Un suboficial mayor me explicó que la distribución de tareas es similar a una casa gigante con convivencia cotidiana donde “la gente hace la casa y esa gente hace la familia naval”. Por eso, tal como explicó Libero, “todos son importantes”. Mientras más grande es el buque más gente necesita para seguir con vida. Pero esas personas no son huéspedes; deben ser hombres y mujeres responsables, disciplinados y rigurosos de las funciones que tienen que cumplir. Ahora bien: no es esta una casa cualquiera. Es una casa organizada, preparada y adiestrada jerárquica y técnicamente para la guerra. Es una casa guerrera en el mar donde, aunque parezca ambiguo, se aprende a convivir sin tener en cuenta la jerarquía pero sabiéndola siempre a bordo.

En su investigación *El cultivo de la tierra y los ritos agrícolas en las Islas Trobriand* uno de los “padres de la antropología moderna”, Bronislaw Malinowski (1977) se preguntaba acerca del mecanismo que sostenía el orden social de los trobriandeses. En este caso, el antropólogo mostraba que el núcleo institucional de la sociedad era la horticultura porque ponía en juego la integración de las aldeas a través de la reciprocidad. La magia, las redes de parentesco, los atributos de liderazgo, las amistades y las competencias se entendían gracias al cultivo de la tierra y sus ritos. Esto es, entendió que la agricultura para ellos tenía una fuerza social que no se limitaba a una cuestión económica ni de

subsistencia. Para los trobriandeses, el cultivo de las huertas dividía y marcaba el ritmo temporal de toda la comunidad. El antropólogo destacaba que los sistemas ordenados de valores que regulaban la conducta de los miembros de un grupo humano se encontraban en las instituciones sociales teniendo efectos concretos en las costumbres, las normas, el mantenimiento de relaciones sociales y la cohesión social. Eran mecanismos de regulación de la conducta humana. El buque de guerra es un caso adecuado para preguntarse cómo funciona un campo social singular (naval y militar) porque produce valores, costumbres, jerarquías y sentidos.

El Teniente General de Fragata Benjamín Rattenbach es reconocido en el mundo militar por haber presidido la comisión que elaboró en 1982-1983 el Informe Final realizado por la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades Políticas y Estratégico Militares en el Conflicto del Atlántico Sur, conocido como el “Informe Rattenbach” (Tessey, 2020). Pero aparte de haber tenido una carrera como oficial de la Armada y como evaluador interno de la guerra de Malvinas, Rattenbach también se destacó como analista de la vida militar. Su obra sobre sociología militar (1965:107) abordó diversas cuestiones propias de la organización de los miembros de las Fuerzas Armadas, siendo una de ellas la conciencia colectiva, conocida como “espíritu de grupo”, que se genera cuando un grupo de hombres se ve “obligado a convivir”:

La existencia de categorías jerárquicas en las fuerzas militares tiene como consecuencia un fenómeno sociológico interesante: **la permanente separación de las mismas en la vida diaria, excepto en el servicio**. Esta modalidad no proviene de una diferenciación social o estratificación de clases, sino de una experiencia antigua del mando militar. **Es sabido que, mientras mayor sea la familiaridad entre los hombres, menos consigue imponerse uno al otro con su autoridad de mando**; en consecuencia es mejor tenerlos separados a tal fin (Rattenbach, 1965:117. Mi énfasis).

El mar define todo en la vida naval y la disciplina jerárquicamente distribuida es parte fundamental de la arquitectura de supervivencia a bordo. Rattenbach expone que ante la convivencia constante y obligada, la atención puesta en cómo sostener la jerarquía descansa en separar a cada grado para no generar una “familiaridad” que ponga en riesgo la “imposición” de un miembro sobre otro. Por eso, como nuestro más adelante en este mismo capítulo, los espacios de esparcimiento (habitaciones y comedores) están separados. Es importante no olvidarse que, tal como lo repitieron muchos oficiales y suboficiales, “la jerarquía siempre está a bordo”. La interacción social de camaradería no se confunde con la igualdad sino que se regula también por la estructura jerárquica.

Aunque el liderazgo en todas las unidades dependa de los oficiales, lo que es claro es que ambos escalafones –oficial y suboficial- se necesitan para establecerse como un sistema adiestrado para la guerra (al igual que el Ejército y la Fuerza Aérea), y también, en el caso de los navales, para adaptarse al ambiente. En el capítulo anterior mostré a los mundos suboficiales en movimiento y profundamente vinculados con la estructura técnica del buque pero, tal como me lo explicó el Suboficial Mayor José Alejandro Tavachi, no es lo mismo ser suboficial en la tierra que serlo en el mar:

La diferencia entre estar embarcado y no embarcado es que el destino en tierra siempre está. Si se corta la luz, se puede arreglar mañana. Pero si el buque se queda sin luz, te hundís. Y en el mar todos tenemos el mismo destino. Estás todo el tiempo atento a hacer lo que tenés que hacer porque un error mínimo, el buque se va a pique. El Segundo Comandante puede cebarle mate a un cabo segundo mientras se esfuerza por arreglar un generador. Eso sólo pasa embarcado. **Ahí te conoces con los otros y hacés un vínculo que en tierra no hacés. En el mar compartís todo. La camaradería está ahí. La camaradería se genera en la escuela pero para nosotros, se vive en el mar.** Conocerte, no sólo desde lo profesional, también es fundamental porque nuestra familia es ésta, la que embarca, la que se aísla en el mar. Seguro escuchaste hablar de la familia naval. Bueno, es esto. **Si no formás parte, si no amás el trabajo, si no te interesa formar parte de la familia naval, lo mejor es que desembarques.** Y antes esto no solía pasar, pero ahora lo vemos más seguido, hombres y mujeres que están acá por otra cosa, por la plata y por la estabilidad laboral (Septiembre 2018; mi énfasis).

Aparece como cualidad fundamental para la interacción social y la creación de vínculos de camaradería el amor por el trabajo para integrarse a la familia naval. Y ese amor es una cualidad intrínseca a la vida en el mar. El tiempo compartido en la navegación se detiene en la tierra por la distribución de tareas, guardias y esperas porque termina el horario y se van a sus casas:

Para nuestra generación, el trabajo de escritorio es un retiro no voluntario. Dejar el mar es dejar nuestra profesión. Antes vivíamos 100 días de navegación como mínimo, pero ahora lo que sea, aunque sean 10 días, los aprovechamos al máximo. El adiestramiento se debe hacer en el mar porque el buque es todo para nosotros, entonces hacemos ejercicios las 24hs. El buque no descansa nunca. Quizás vos salís de tu camarote de noche y ves calma, pero el CIC está haciendo simulaciones permanentes, ese lugar no descansa nunca. Y en el Puente tenemos cadetes haciendo cálculos constantemente y con variados elementos. Tienen que aprender para poder estar listos en el momento de asumir su responsabilidad. Porque de eso se trata: de una responsabilidad colectiva (Suboficial Primero Roberto Mancini. Marzo 2019).

En tierra se puede depender de otros pero en el mar, la responsabilidad es únicamente de quienes están embarcados. Lo que se pone en juego allí es la conformación de una responsabilidad colectiva que motoriza, cual turbina, a la camaradería de la “familia naval”. Ese mismo destino compartido tiene una fuerza que genera vínculos singulares entre quienes están en el mar porque, tal como mostraré en el próximo capítulo, la vida de cada uno depende del resto.

Como en toda familia, es fundamental comprender qué rol ocupa cada integrante en la red vincular para poder efectuar una instantánea y correcta conducta social. Los uniformes y los espacios son dos lenguajes que aportan mucho a esa veloz comprensión.

2.3 Uniformes

La vida cotidiana suboficial, las conmemoraciones institucionales, la incertidumbre de las migraciones, la familia naval y muchas otras situaciones que vi y que viví estando en la Base Naval Puerto Belgrano tomaron sentido en la navegación. Una de ellas tenía que ver con el uniforme y aunque tardé bastante en entenderlo, esas prendas no indicaban sólo un estricto cuidado por la imagen y la pulcritud. Se que referían a cuestiones vitales para el buque. En todas las cubiertas y en todos los locales, la tripulación usa siempre uniforme. Ese no es un dato menor.

Usar uniforme es una forma singular de vestir, y estando embarcado es la única opción de indumentaria. Como expliqué en el apartado anterior, un aspecto particular de la vida naval es que navegando nunca se deja el espacio de trabajo (buque), pues el espacio de trabajo no difiere del espacio de residencia. Tampoco se abandonan las jerarquías ni el rol a cubrir. Por eso, el uniforme siempre viste a quienes están a bordo: en todo momento cada habitante debe ser capaz de identificar en qué lugar de la estructura se encuentra cada individuo y cuál es su rol a bordo. Aunque vestirse sea una experiencia y práctica corporal individual, el sentido de aquello con qué se viste es colectivo. Saber vestirse es una “práctica corporal contextuada” (Entwistle, 2002:16) porque incluye una situación social, un cuerpo y un sentido particular.

Para las Fuerzas Armadas, el uniforme no es únicamente un distintivo jerárquico, incluye otros componentes que remiten a su funcionalidad. El especialista en historia militar y Capitán de Navío Guillermo Andrés Oyarzábal lo explica de la siguiente manera:

Los uniformes son el resultado de motivaciones tendientes a reflejar la ideología imperante y no sólo modifican el aspecto de quienes los visten, sino que los identifica como integrantes de un grupo de características propias y definidas por la

cultura y sus valores. En el medio militar deben reunir las condiciones de funcionalidad, por su empleo en la tarea específica, y simbolismo, en tanto que por sus elementos y colores distinguen a la Nación que representan (Luqui-Lagleyze, 2010:5).

Los uniformes son prendas que reflejan motivaciones ideológicas, cuestiones técnicas, singulariza a quien lo porta como miembro de una comunidad militar con sus propias cualidades y los separa de otros grupos que visten diferente. Al ser una prenda que “distingue a la Nación que representa” quien la viste lleva consigo también la representación de la Nación frente a otras. Los colores, las insignias, las piezas que lo integran y las graduaciones plasmadas en camisas y sacos de todas las Armadas han ido cambiado desde la confección del primer uniforme naval francés establecido en el Siglo XV por Rey Luis XI de Francia. Los estilos argentinos han variado desde ese momento siendo la Armada española la principal fuente de inspiración hasta las Guerras de Independencia. Luego, “la moda afrancesada imperó en nuestras fuerzas militares y navales, aunque en estas con un dejo británico” (Luqui-Lagleyze, 2010:10). La creación del uniforme naval nacional, aún con todos sus cambios de estilo, siempre funcionó como codificador de roles, jerarquías y especialidad militar.

En la Armada hay uniformes de fajina, de gala y diario. Cumplen distintos propósitos tanto en tierra como en el buque y unifican al conjunto del personal, pues todos lo usan. Se evita así singularidades a través de la vestimenta donde también el peinado es similar y los accesorios permitidos son el anillo de bodas, el reloj de manga y los aros que no cuelgan como pueden ser las perlas. Todas estas disposiciones figuran en el Reglamento de Uniformes que se entrega cada año a quienes ingresan, como aspirantes, a la vida naval.

A los futuros suboficiales cabos segundos no se les da un uniforme ni bien se alistan en la Armada, sino que la entrega se produce en una ceremonia esécoañ donde también juran lealtad a la bandera durante su primer año como aspirantes navales de la ESSA. Allí, cada 20 de junio, son bienvenidos de manera pública (y material) a la institución militar. Antes de esta ceremonia los aspirantes no visten como suboficiales, sino sólo con un equipo de ropa blanca de fajina con calzado negro y gorro blanco. Es un dato significativo que la primera manifestación pública de reconocimiento social se materialice en la ropa²¹ porque identifica a quien lo vista con una institución naval y militar (Armada

²¹ El cambio en la vestimenta también es un hito en la vida de los cadetes del Ejército en el Colegio Militar de la Nación. Es durante la “ceremonia de investidura” cuando reciben su uniforme y una réplica del sable del

Argentina) y con un grado (aspirante naval) en particular. El uniforme es un código que permite ordenar todas las interacciones sociales, sean en el mar o en tierra.

Al igual que sucede en otras comunidades, la distinción de ropa y telas favorece a la organización y clasificación de la vida social y política. En las sociedades occidentales los reyes usan coronas, los presidentes bandas que emulan la bandera nacional y los integrantes de las fuerzas de seguridad un uniforme que los caracteriza. Advertir el rol que cada prenda confiere a quien la viste es una contribución a la interacción social: a alguien vestido como policía no se le pregunta sobre el precio de las verduras; a alguien con corona no se le saluda con un abrazo y a quien porta una banda presidencial no se lo invita a jugar un partido de cartas. Los uniformes colaboran con la autonomía de cada grupo porque diferencian, con gran claridad, las propiedades y los significados que cada status y cada rol político conceden a quien lo viste. La tela y las prendas afectan de inmediato a las interacciones sociales entre quienes las visten no por la cualidad o historia individual de cada quien la viste sino porque aseguran la pertenencia a un determinado grupo social que se conforma al vestirla. Esta cualidad, según las antropólogas estadounidense Annette Weiner y Jane Schneider (1989), se valida con el paso del tiempo y su intento de hacer de las estructuras jerárquicas, algo permanente. Es un potencial ilimitado de comunicación que se mantiene bastante estable con el paso del tiempo, en especial para las prendas que objetivan rango a quienes ejercen algún rol en estructuras de jerarquía que requieren una clara demarcación.

Por eso, aparte de ser un reconocimiento a quienes superan el primer período de formación, el uniforme es un gran indicador de información para quien sepa entender su lenguaje. A primera vista es posible identificar de qué Fuerza Armada se es, ya que el Ejército y la Fuerza Aérea cuentan con modelos y colores distintos²². Segundo, dentro del mundo de la propia Armada cada comando también tiene su propio uniforme: los navales, los infantes, los submarinistas y los aeronavales se visten diferente. Tercero, se utilizan insignias y distintivos militares que proveen datos extra sobre la biografía profesional, destacando si realizó campañas en el exterior o en la Antártida, si participó de la guerra de Malvinas o si recibió alguna condecoración honorable durante su trayectoria. Una de las

general San Martín: “A partir de ese momento, los principiantes cambian la vestimenta que utilizan en las ceremonias militares y las salidas de los días francos: dejan de lucir un traje negro o gris y comienzan a usar el uniforme del CMN y la réplica del sable. Uniforme y sable son los referentes materiales y simbólicos que permiten a los novatos presentarse como cadetes del CMN, tanto frente a sus camaradas y otros integrantes del Ejército, como al conjunto de la sociedad” (Badaro, 2008:1)

²² Para un análisis del equipo y las prendas de vestir utilizadas en el avión por los pilotos A4B de la Fuerza Aérea, ver Guber (2016)

distintinciones más vistas en las solapas de los uniformes es la silueta de un buque conocida como “distintivo de superficie” (ver ilustración 6), elemento que destaca que quien lo porta estuvo más de tres años en un destino en alguna unidad de superficie o navegó cierta cantidad de millas. Cuarto, en el uniforme se ven las jerarquías donde cada galón (denominado banda o raya) indica, para quien sepa codificarlo, el rango según el número y el espesor. Y por último, no por eso menos importante, el uniforme indica si quien lo porta es suboficial u oficial. Ese es su rol distintivo y fundamental estando en el mar.



Ilustración 6. Fotografía de un “distintivo de superficie”. (Ohanian, 2018)

Todas las relaciones humanas, tanto las casuales como las de encuentros formales, dependen de entender el rol que ocupa el otro en la estructura jerárquica. Esto no se aprecia interpretando la edad de la persona, ni el corte de pelo, ni el color del uniforme; se leen “las bandas” que se portan obligatoriamente en el uniforme. Siempre visibles, se ubican en las camisas y en las chaquetas haciendo referencia absoluta a la jerarquía de quien los viste. En la ilustración 7 se puede ver que los suboficiales superiores cuentan con rayas horizontales como las que usan los oficiales (ilustración 7) y los suboficiales subalternos (cabos) cuentan con rayas piramidales. Visualizar el rango militar de cualquier integrante de las Fuerzas Armadas es fundamental para toda interacción social. Fuera de ello, los uniformes son iguales.



Ilustración 7: Insignias en los uniformes de suboficiales de la Armada. Fuente: Armada Argentina

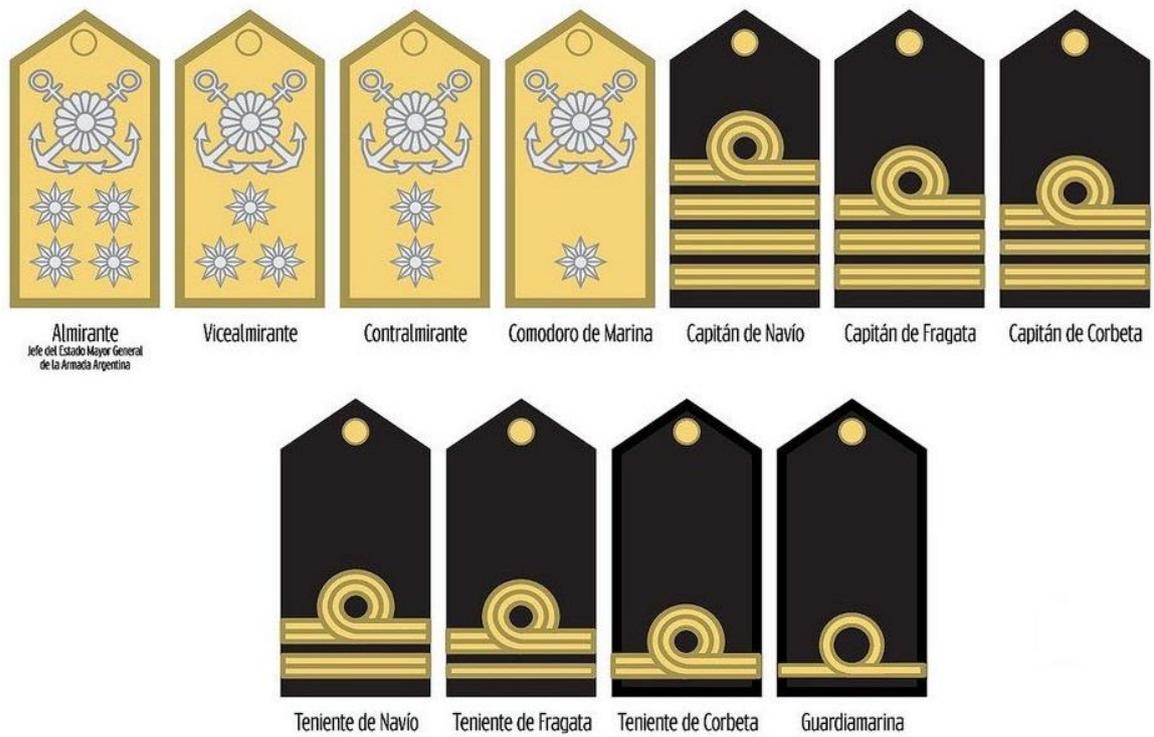


Ilustración 8: Insignias en los uniformes de oficiales de la Armada. Fuente: Armada Argentina

Las prendas de trabajo son un distintivo para diferenciar a los oficiales de los suboficiales y también para discriminar las diferencias de rango en cada escalafón. Pero el uniforme del suboficial tiene una particularidad fundamental: porta, en su saco y camisa, el emblema de su especialidad (ver ilustración 8). Al oficial sólo se lo diferencia jerárquicamente, pero al suboficial, como ya vimos en el capítulo 1, también se lo distingue por su *expertise*, su técnica, su mundo en el buque.



Ilustración 9: Símbolos de cada especialidad del escalafón naval que llevan los suboficiales en su uniforme (Suboficial Primero (R) Teresa López, 2018).

En el uniforme de navegación (azul de fajina tipo overol), las indicaciones están en el pecho, porque no se camina de costado y por el poco espacio de circulación que hay en un buque. La gente va de frente y eso habilita que lo primero que se vea sea la distinción en el frente del uniforme. El objetivo es que en un segundo, todos los habitantes puedan reconocer qué cargo tiene y que rol técnico ocupa el individuo con quien va a cruzarse y así identificar quién es el otro y qué es en términos de jerarquía y de técnica. Codificar rápidamente a quién se tiene en frente es determinante para saber cómo llevar adelante la interacción social. El uniforme permite ordenar los roles y visualizar el esquema jerárquico de la tripulación instantáneamente. Es un lenguaje para clasificar visualmente a todos sus miembros.

Los sociólogos Emile Durkheim y Marcel Mauss (1996) explican que alinear en grupos y demarcar fronteras entre personas, hechos o acontecimientos es un procedimiento que, aunque aparece como fijo y definido, es producto de la función clasificatoria elaborada por la interacción social. Esto significa que hay un trabajo, un esfuerzo y una

justificación de valor en cada una de las clasificaciones. Y según los autores, toda clasificación implica un orden jerárquico.

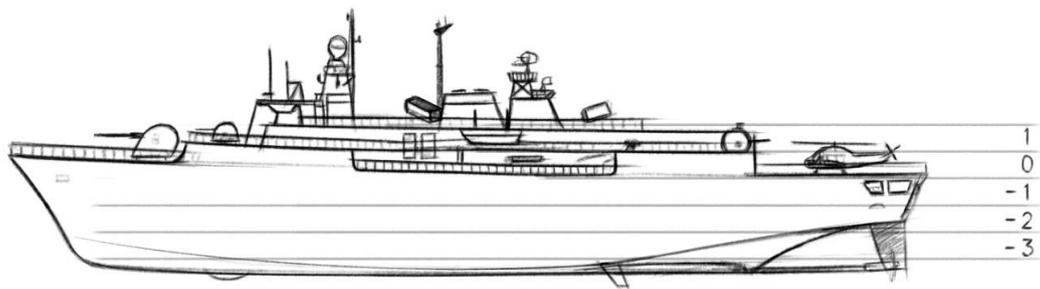
Pensar a las jerarquías como un ejercicio de clasificación y no como un ejercicio exclusivo de poder permite preguntarse sobre cómo los sujetos participan de la construcción –como proceso- de las categorías que organizan la interacción social. Justamente, las jerarquías, como categorías relacionales y situadas, son creadas, vividas y respetadas por el grupo humano que las entiende como tales por su propio sistema de reglas, valores y sanciones. Poner en protagonismo y en situación cómo los sujetos construyen, clasifican, aplican, movilizan y jerarquizan las reglas sociales (Becker, 2009:28) es pensar en categorías relacionales, dinámicas y dependientes de los grupos sociales donde adquieren valor. En esta investigación, se trata de situar a los suboficiales navegando en un buque de guerra en el mar.

2.4 Espacios

En un buque cada sitio es habitado por su grado de jerarquía y sin mezclarse, porque cada tripulante conoce el lugar que le toca ocupar. Y esto no solamente refiere a su práctica técnica/especialidad, sino también a su rango. En los locales de trabajo, los integrantes de toda la estructura jerárquica se encuentran y dialogan porque los distintos rangos son necesarios para llevar adelante la labor. Pero para dormir, comer, descansar y celebrar, las “bandas” se respetan, es decir, no se mezclan.

Todos los espacios de la vida cotidiana determinan un orden de la interacción social. No es lo mismo caminar en la calle, que hacerlo en un hospital o en una dependencia militar. Sin embargo, dado que el sistema jerárquico de la Armada se encuentra en todos los destinos navales, las cualidades y ritmos que se aprenden en los pasillos de la Escuela de Suboficiales son similares a lo que sucede en un buque en el medio del mar. Cada zona tiene su norma pero para la vida suboficial, las jerarquías ordenan todas las reglas de interacción social y esto se evidencia también en los espacios, o en palabras de Michel de Certeau (1979:129), en los distintos “lugares practicados”.

Cada lugar en el buque corresponde a una jerarquía. El Comandante, los oficiales, los suboficiales superiores y los subalternos tienen bien en claro qué espacio le corresponde a cada uno, estando en tierra o en el mar. Tal como me explicó el Suboficial Libero, “la jerarquía social está siempre a bordo”. Lo que sigue es un análisis de cómo esa jerarquía se distribuye espacialmente navegando en el mar.



CUBIERTAS

- 1 - SUPERIOR
- 0 - PRINCIPAL
- 1 - INTERMEDIA
- 2 - BAJA
- 3 - FONDO

Ilustración 10: Perfil del buque tipo destructor, como el ARA La Argentina, con la señalización de sus cubiertas (Gómez, 2021).

Luego de varios ejercicios matutinos en La Argentina, la fritura de los parlantes volvió a sonar. Por la continuidad del ritmo del buque noté que no era un ejercicio, ni tampoco una situación de emergencia. Era el inicio del almuerzo. Mis compañeros de navegación me enseñaron que las actividades colectivas más esperadas y deseadas son las comidas, denominadas “ranchos”.

Para alimentar a 230 personas, el buque contaba con una única cocina ubicada a pasitos de la enfermería, pero la cercanía no se traducía en aromas de condimentos, la mezcla de soga, humedad y combustible nunca abandonaba el lugar. La organización de las comidas responde a los mismos criterios que toda la vida a bordo: jerarquía y guardias. En los cuatro “casinos” o “cámaras” del buque se sirve el desayuno, el almuerzo y la cena de toda la tripulación. Cada escalafón de la pirámide jerárquica tiene la suya: la Cámara del Comandante, la Cámara de Oficiales, la Cámara de Suboficiales Superiores y la de los Suboficiales Subalternos o cabos. En cada lugar, no sólo varía quiénes comen; también se modifica el servicio, la comodidad y la comida.

Los casinos y los espacios para dormir son escenarios para la interacción social con códigos jerárquicos previamente establecidos, simplificando las reglas de conducta de las relaciones interpersonales entre quienes allí asisten. En los lugares de recreación era donde se notaba mayor cercanía en el trato entre los miembros por compartir rango en la

estructura militar e intereses y preocupaciones comunes. Dentro de la “familia naval”, tal como sucedía en la enfermería entre los suboficiales de Servicio que se sumaban a las meriendas informales aportando chismes, existían relaciones más cercanas que otras porque se reforzaban con el tiempo compartido en el buque, el local y los casinos. Estas interacciones jerarquizadas espacializadas las vería en cada uno de los casinos donde fui invitada a desayunar, almorzar y cenar.

El Casino de Oficiales está en la cubierta principal y, por fuera de los horarios de comida, solía estar vacío o mínimamente habitado por oficiales hablando, descansando o trabajando sobre algunos papeles. Este es su espacio de esparcimiento. Nunca había un suboficial allí sentado o descansando ya que los pocos que estaban allí eran de la especialidad Servicio y se dedicaban a servir las comidas y a cumplir su rol. Era un área muy elegante que siempre estaba impecable, donde todos los muebles estaban amurados, permaneciendo anclados al ritmo del buque. Había dos mesas ratonas de madera al ingreso con sillones muy cómodos. Más adelante había dos mesas rectangulares donde se solía comer. Y en el fondo a la esquina del cuarto, mas alejada del resto del mobiliario había otra mesa esquinera con sillones. Un lugar más exclusivo donde solían tener reuniones los oficiales superiores. La cercanía a esa mesa también hacía referencia al rol ocupado en la estructura jerárquica: a menor distancia mayor es el cargo y, a contra pelo, a mayor cercanía con la puerta de ingreso, menor el cargo. La jerarquía, para quien sabía observarla, estaba en todos los detalles de la vida militar. Esta disposición no era una indicación ni era una norma escrita en los reglamentos; era una acción coherente dentro de la organización de la vida cotidiana del buque.

En las paredes había lámparas con faroles amuradas, un cuadro del Almirante Guillermo Brown²³ y otro desplegando la belleza del destructor La Argentina en el mar. En total conté 12 sillas en una mesa y 16 en la otra. Había un televisor de 42 pulgadas con un circuito interno de conexión -un wifi propio del buque- con videos musicales, películas y series disponibles para ver. De noche el espacio se convertía en un cine porque se

²³ “Guillermo Brown nació en Foxford, Irlanda, el 22 de junio de 1777. Formado en el sacrificado arte de navegar en aguas del Atlántico Norte, llegó al país en el ambiente tumultuoso de la Revolución de Mayo, y fueron precisamente esos sucesos los que cambiaron definitivamente el curso de su vida. Nadie todavía se imaginaba que se convertiría en un ardiente defensor de los intereses de la patria que adoptaba como suya, y en el hombre destinado a escribir las páginas más gloriosas de la historia naval argentina. Cuando en 1814, las operaciones de guerra por la Independencia, hacían imperativo armar una escuadra para quebar el control realista sobre las aguas del Río de la Plata, no dudó en ponerse al servicio de la causa libertadora. Al mando de la Fragata Hércules, Brown tomó la isla Martín García, bloqueó el puerto de Montevideo y con el cerco cerrado por él, facilitó la capitulación de la ciudad. A las acciones durante la guerra por la Independencia le siguieron las operaciones corsarias, las de la guerra con el Brasil y los combates de Los Pozos, Quilmes y Juncal” (Oyarzábal, 2014:53).

desordenaban las sillas al armar un semicírculo para ver la pantalla y decidían, por mayoría simple, qué película ver. Tal como mostraré en los próximos apartados, en cada casino (lugar de descanso) la jerarquía se veía en la disposición del espacio y en los objetos que allí se encontraban. El televisor más grande estaba en el casino de oficiales.

Aunque mi investigación tiene como protagonistas a los suboficiales, para la institución militar mi rango en la vida civil (Magister) se homologa con un cargo de oficial (teniente de corbeta) y por eso, durante la navegación, los lugares de esparcimiento que me correspondían eran los de los oficiales. Eso hizo que mi circulación por los casinos de suboficiales (cabos y superiores) fuera por invitación o gracias al acompañamiento de algún tripulante que me permitió vivir en otro mundo de bandas que parecía diferir del mío.

Luego de escuchar la indicación del almuerzo, el casino de oficiales se llenó velozmente. Me senté en la misma mesa cada vez que estuve allí para comer junto a la médica, algunos cadetes y varios Jefes oficiales quienes fueron mis compañeros de turno. Allí los suboficiales del escalafón servicios sirvieron las bebidas (agua o gaseosa), un plato principal, un postre y la clásica taza de café. Durante las comidas, quienes compartían ese momento de distensión conversaban y en ese escenario uniformado, mis rulos y mi civilidad-no-*Gaceta* eran demasiado distintivos como para no romper con esa cotidianeidad.

La pregunta sobre qué hacía yo ahí no apareció frecuentemente en las comidas. Sabían que era civil, mujer y que, de alguna manera, había logrado la hazaña de navegar. Varias veces me indicaron que era más fácil embarcar en la ARA Fragata Libertad²⁴ o en el ARA Irizar (buque multipropósito que realiza la campaña Antártica), que compartir un viaje de adiestramiento en un destructor. Por eso, la gran mayoría supuso que trabajaba en la revista de la Armada *Gaceta Marinera*. El resto, quienes dejaron espacio para la duda porque nunca me habían visto sacar fotos, me preguntaron qué hacía yo ahí. Mi respuesta siempre se vinculó a la investigación “Mar de Guerra” y al interés por comprender la vida del suboficial naval embarcado durante la guerra de Malvinas en 1982. En el mejor de los casos, ese diálogo era inicial, seguido por conversaciones de los más diversos temas. En la mesa, los oficiales siempre estuvieron atentos -salvo los cadetes que no expresaron ninguna emoción/atención al escucharme- y gesticulaban con sorpresa a medida que

²⁴ Único buque escuela de la Armada Argentina. Realiza viajes anualmente con la promoción de Guardamarinas de la ENM y también representa a la Argentina en diversos eventos navales y operativos de instrucción conjuntos junto a otras embarcaciones con sistema de velas. Para mayor información, ver Tarapow (2022)

avanzaba con la descripción de la investigación: se sentaban más erguidos, se acercaban para escuchar mejor y subían las cejas con asombro. En uno de los almuerzos, el Jefe de Máquinas le consultó a un cadete sobre cómo estaba viviendo la navegación y qué le parecía mi investigación y su respuesta fue tan escueta que el oficial le solicitó mayor detalle. Pero el cadete sentenció: “Yo no hablo de política, religión, ni fútbol”. El resto de los oficiales presentes sonrieron y le dijeron que durante la navegación, a diferencia de lo que sucede en tierra, el silencio puede evitarse ya que conversar sirve para conocerse y que allí no se corría riesgo al hablar de temas que pueden resultar problemáticas. Pero el cadete no cambió su gesto y en silencio.

En aquellos almuerzos, mis compañeros de mesa hicieron de traductores en muchos sentidos, en especial lo que refería a la organización de la vida a bordo. Con ellos entendí que la lejanía espacial y social de la jerarquía estaba relacionada con la misma Escuela Naval Militar, que es como una “isla impenetrable y solitaria”. Distanciada del mundo civil, también hay suboficiales sosteniendo la cotidianeidad de la institución²⁵, como en un buque adonde cocinan, sirven, llevan la administración y mantienen encendidas las calderas. Por eso insistieron en que conociera a los suboficiales en sus propias cámaras y por fuera de los locales de trabajo; así iba a poder encontrar y visualizar todas las formas de vivir en un buque. Gracias a la autorización del Comandante pude almorzar y cenar en todos esos espacios con los cabos, los suboficiales mayores y con los oficiales en sus casinos correspondientes.

El Casino de Suboficiales Superiores y el Casino de Suboficiales Subalternos están en la segunda cubierta inferior, en la línea de flotación. La cantidad de gente que asistía a ambos espacios para desayunar, almorzar, cenar y “pasar el rato” era considerablemente mayor que las que concurrían en los espacios de oficiales. La explicación descansa en que en una tripulación, como en el organigrama general de la Armada, hay una mayoría sustancialmente suboficial. Para no abarrotar a quienes se encargaban de llevar la comida a las mesas, es decir suboficiales de la especialidad servicios, camareros y cocineros, se hacían dos turnos que se anunciaban por altoparlantes. No se tomaba lista, era una regla que permitía que todos pudieran realizar su tarea sin inconvenientes y que nadie se quedara sin comer.

La Cámara de Suboficiales Superiores, donde se relajan los suboficiales mayores, principales, primeros y segundos, era un espacio amplio impecable con mesas

²⁵ Agradezco a Marcelo Azorai la observación sobre la tarea de los suboficiales en la vida cotidiana del cadete naval.

rectangulares a una cómoda distancia entre sí. Allí también había un televisor más pequeño que la de oficiales, pero más grande que la de los cabos que nunca vi prendida. La comida era servida por suboficiales, convirtiendo a éste en un lugar sin habitantes oficiales: son suboficiales que sirven a otros suboficiales. En las paredes no había cuadros ni láminas alusivas a héroes navales; todas estaban vacías de adornos. Fui invitada a cenar a esta cámara por el suboficial de destino (el suboficial más antiguo del buque) quién, para orgullo personal, era el otro armenio de la navegación. Su rol protagonista estando en el mar era el de controlar e intentar asegurar el bienestar de todos los suboficiales a bordo. Él fue quien organizó una mesa especial en el centro de la cámara con suboficiales seleccionados para el encuentro por su experiencia de navegación, sus historias en la ESMA y por la curiosidad de conocer a la civil que no era de la Gaceta. La amabilidad y la cordialidad brotaban en cada abrazo de bienvenida que me dieron antes de la cena donde nos sirvieron jugo, un guiso de lentejas con pan caliente y un postre que los suboficiales describieron como “imperdible de la navegación”: flan con dulce de leche. Aquí no había café pero sí aparecieron las invitaciones de rondas de mate post cena.

En la Cámara de Suboficiales Mayores hay más “antiguos” que “modernos”. Para llegar a los rangos superiores que alojaba esta cámara se requiere una foja de servicios excelente, millas en el mar, la realización de cursos de ascenso y más de 15 años de servicio. A diferencia de lo que sucede en la cámara de oficiales donde todos los grados se encuentran sin que exista una distinción de generaciones y de experiencias, los suboficiales sí cuentan con esa diferencia que a su vez alimenta otra más importante: la gran mayoría pertenece a las últimas generaciones que se formaron en la ESMA. En la Base Naval, al igual que sucedía con los más “antiguos”, cualquier suboficial segundo (y de ahí para arriba) había tenido sus primeros días institucionales en la ESMA.

El Casino de Suboficiales Subalternos es el espacio donde se distienden y comen los cabos principales, primeros y segundos, con una particularidad: sus voces se escuchaban desde afuera del recinto aún con la puerta cerrada. Había risas, sonaba cumbia y las palabras repiqueteaban más fuerte que en los otros espacios. Aquí se juntaban los más “modernos” del mundo suboficial. Esto no significa que todos fueran jóvenes, sino que por su grado suelen ser los que más recientemente del presente se incorporaron a la Armada. Así, aún siendo minoría, estaban los cabos principales con más de 10 años de servicio y muchos de ellos en el mar. La gran mayoría de los “modernos” estaban viviendo su primera navegación, situación que se podía identificar al observar las “bandas” de su uniforme y al ver a sus caras de agotamiento, sus rostros pálidos por el mareo, su ojeras

por la falta de sueño, un poco de timidez y, a la vez, una gran algarabía entre quienes seleccionaban qué recital de música poner en la televisión para acompañar la cena. La discusión se planteaba entre los que pugnaban por Leo Matioli (cumbia) o Ratones Paranoicos (rock and roll). Ganó Leo y cenamos con él de fondo.

Los cabos cenaron con agua; aquí no se servían bebidas alcohólicas como en la Cámara del Comandante ni gaseosas como en el Casino de Oficiales ni jugos de fruta como en el Casino de Suboficiales Superiores. Para cenar el menú incluyó arroz con verduras y una fruta de postre. En charlas posteriores con el resto de la tripulación, entendería que no siempre el menú es el mismo en todas las cámaras aunque salga de la misma cocina. Mis compañeros de cena no sabían que yo los acompañaría, así que ni bien entré hicieron un lugar en la mesa donde estaban comiendo. Eran tres “chafas” cabos principales hombres. De toda la navegación, esta cena fue la más relajada en las que participé porque careció de protocolos y de formalidades para conmigo. Ellos me explicaron varias cuestiones que no había pensado antes. Como no sabían quién era yo y qué hacía allí, las preguntas personales fluyeron cómodamente y al escuchar que era mi primera salida al mar, consideraron que sucedía en un momento especial porque las navegaciones se estaban perdiendo; que me hubieran embarcado era una señal de “buenos vientos”, el mejor deseo de un marino a otro. Uno de los presentes mencionó que “todavía hay esperanza para nosotros si una civil puede navegar”. Sobre la navegación me preguntaron si me estaba perdiendo mucho y les comenté que ni siquiera entendía las indicaciones sobre la orientación del buque. Con risas, uno de ellos me enseñó una lección que conservo hasta hoy. Poniéndose la mano en el pecho me preguntó dónde sentía el corazón y yo le contesté, entre risas, que del lado izquierdo. Uno de ellos, respondiendo a la ironía, mencionó que también tenía “su corazoncito con la izquierda”, pero retomó la enseñanza: “al corazón se le dice ‘bobo’ y está a la izquierda. Cuando te pierdas, tocate el corazón y acordate que el bobo está a babor”. Con esa explicación corporal, no volví a perderme cuando me indicaron que debía ir a estribor o a babor.

Los tres comentaron, al igual que sucedió en otras conversaciones en el buque, que las generaciones cambiaron mucho y que para ellos el quiebre del “amor por el agua” se había dado con la mudanza de la ESMA²⁶. Casi hablando entre ellos, dijeron que “antes se formaban para el mar y ahora no saben para qué están y le tienen miedo al agua”. Como muestro en detalle en el capítulo 4, la oposición temporal estaba sostenida en la formación

²⁶ Situación que describo en el capítulo cinco.

que se recibía en la ESMA (técnica y militar) y la que se imparte en la ESSA (pensada con perfil civil). La ESMA estaba sobre el Río de la Plata y, sin embargo, estaba más cerca del mar. La distancia con el mar se intensificaba, pero llamativamente, Puerto Belgrano está sobre el mar. La distancia era identificada con la lejanía con la ESMA.

La última noche de la navegación el Comandante autorizó una despedida en cada una de las tres cámaras (a excepción de la Cámara del Comandante) donde cada escalafón ocupó su lugar y bebió su bebida preferida. La tradición marinera indica que los visitantes y comisionados tienen que regalarle a la cámara una botella de alcohol para compartirla con el buque. Me sentí avergonzada de no contar con nada para ofrendar a La Argentina, pero el Segundo le quitó pesar a la situación: “No te preocupes. La próxima vez que embarques, llevá una botella para cada cámara y listo”. Yo pasé por las tres despedidas aprovechando mi rol anfíbio: comencé por el casino de oficiales y bebí un Campari. Luego pasé por la cocina y acepté un Fernet con coca y terminé brindando con cerveza en la “toldilla de popa”²⁷ junto a los chafas con quienes había cenado la noche anterior.

Tal como sucede con las cámaras, los lugares para dormir también se diferencian por escalafón y por el lugar que ubica cada uno en el sistema jerárquico. La mayor distancia interpersonal es para el Comandante. Él duerme solo.

Dependiendo del rango que cada cual tenga, podrá disfrutar de mayor o menor privacidad en alguno de los camarotes individuales, para dos, para cuatro o para seis que hay en el buque destinado a los suboficiales mayores y a los oficiales, espacios a los que no pude ingresar. Toda área para dormir distingue femeninos de masculinos: no duermen todos juntos. Un detalle importante que aporta al confort de quien lo puede disfrutar es la posibilidad de tener baño propio. Algunos “camarotes”, habitaciones individuales o compartidas por no más de tres tripulantes, cuentan con uno pero la mayoría de la tripulación usa baños colectivos. Los cabos duermen juntos en una habitación gigante y compartida conocida como “sollado”. Como se puede ver en la ilustración 11, es un lugar por demás reducido que se ubica en las cubiertas inferiores con taquillas de metal compartidas para guardar alguna que otra cosa. Cuenta con columnas de cuchetas de tres o cuatro camas cada una y con una distancia de 50cm unas de otras; es muy estrecho el espacio entre cada cama (o litera).

²⁷ Espacio semi-cubierto ubicado en la parte trasera del buque al nivel del mar donde, de noche, se fuma, se relaja y se pesca.



Ilustración 11. Sollado de cabos (Gómez, 2022)

El suboficial encargado de los alojamientos y las cámaras es conocido como “mayordomo” y fue quien me indicó en medio de una conversación en la sala de enfermería que el Comandante me invitaba a cenar a su cámara con el Segundo, el Comandante de la división de Corbetas y su Jefe de Operaciones. Vendría a buscarme a la enfermería a las 21:30 para llevarme a la cena. Ni bien se fue, las cabos presentes estallaron en risas:

Vas a conocer al Comandante! ¿qué te vas a poner? Nunca le vi la cara, es como un misterio para nosotras. Lo conocemos de nombre pero en todos estos días nunca te lo cruzás. Está aislado, ¿sabías? Ay, qué plan divertido! Seguro vas a comer muy bien. Llevate tu cuaderno y después nos contás todo. Preguntale cuándo volvemos a puerto (Cabo Primero Lidia Lomanto. Marzo 2019).

El Comandante come en su propio comedor ubicado en el mismo sector que su cuarto. Él decide si lo hace solo o si comparte el momento con alguien que en general, ostenta cierta autoridad. Su salón incluye una mesa redonda donde entran 6 personas con sillas individuales, mantel y servilletas de tela y un suboficial camarero que lo atiende en todo momento. La cena de tres pasos incluyó *crêpes* de verdura, pollo relleno con papas al horno y flan con dulce de leche con vino, champagne y café. Cuatro hombres de la más alta jerarquía en una mesa redonda y yo. Ellos impolutos, elegantes, frescos, yo en una

expedición de campo haciendo lo posible para aparentar elegancia. Cuando ingresé, todos se pusieron de pie. Me sonrieron, se presentaron y me brindaron el respeto mayor: el Comandante indicó que primero me servirían a mí y entendí que no se sentarían hasta que yo no lo hiciera. Durante la cena los temas de conversación fluyeron entre cuestiones de la vida privada hasta otras de tipo institucional, sobre todo vinculadas a la tragedia del ARA San Juan, el submarino desaparecido el 15 de noviembre de 2017, lo cual incluyó los dolores de la pérdida y de lo difícil que les resultó sostener la postura sin mostrar emociones frente a las autoridades. También hablamos sobre el problema del género a futuro²⁸ que ellos veían porque habrá Comandantes “femeninas” que no tuvieron la misma formación y adiestramiento que el “masculino”.

Al desembarcar quise conocer un poco más sobre las mujeres y la Armada. Fue así que, volviendo a mis notas de campo de diversos encuentros con mujeres que conocí durante mi trabajo en la BNPB, noté que ellas habían navegado. Sin embargo, nunca habíamos hablado de esa experiencia. A diferencia de los hombres que me exponían verbosamente cómo se vive la navegación, las mujeres guardaban detalles haciendo de esa experiencia institucional y compartida, una experiencia personal y resguardada. Gracias a muchos mates con Mirian Prinna, Silvia Aldheregi, Graciela Ribero y Teresa López pude entender sobre las dificultades que vivieron por fuera de los papeles y la presión que debieron afrontar por ser mujeres, suboficiales y antiguas. Una situación que yo había leído en distintas publicaciones académicas sobre la búsqueda de integración e incorporación²⁹ de las mujeres a las Fuerzas Armadas (Frederic, 2013; Gutiérrez, 2020; Masson, 2020; Pozzio, 2014) pasó de ser un conjunto de palabras a ser un problema concreto en biografías humanas vinculado a la jerarquía y al tiempo de mar.

2.5 La incorporación de la mujer suboficial

La Suboficial Principal (R) Silvia Aldheregi es de la especialidad Enfermería. A diferencia de mis mates habituales con suboficiales, la cita pautada con Silvia fue en un café de Punta Alta y ambas estábamos de civil. Por estar retirada, el encuentro contaba con protocolos menos rigurosos que los que me tenían acostumbrada en la base naval.

²⁸ Sabina Frederic en su estudio etnográfico sobre la democratización de las Fuerzas Armadas suma otra cuestión al problema del Comando femenino: “Una de las preocupaciones de los varones militares era cómo se las arreglarían las mujeres para construir liderazgo. Encontraban particularmente difícil que el personal subalterno masculino pudiera reconocer ese liderazgo en una mujer, probablemente porque la imitación del superior por el subalterno era uno de los rasgos del dispositivo de mando/obediencia” (Frederic, 2013: 334).

²⁹ “La incorporación, tal como la entendemos, consiste en el nivel de enrolamiento dentro de las Fuerzas, resultado de la eliminación de trabas para el ingreso, mientras que la integración supone equidad en las oportunidades para el acceso a cargos de conducción y el desarrollo de carrera” (Gutiérrez, 2020: 268).

Silvia había sido una de las primeras mujeres que ingresaron a la Armada Argentina gracias a una modificación del reglamento llevada a cabo entre 1979 y 1981, cuando se autorizó el ingreso de “femeninos” en la vida suboficial en las especialidades operaciones y enfermería. Ella fue una de las suboficiales enfermeras que participó de la adaptación del buque ARA Bahía Paraíso durante la guerra de Malvinas para que éste pudiera funcionar como un hospital en el mar. Era Cabo Principal, muy jovencita cuando el 2 de abril de 1982 les avisaron que “estaban en Guerra”. Su labor junto a un grupo de enfermeras cabo segundo destinadas en la base naval fue hacer del buque de guerra un espacio destinado a curar heridos. Debía tener sala de terapia intensiva, rayos, laboratorio, sala de internación, quirófano y capacidad para 100 cuquetas. Soldaron camas, decidieron dónde ubicar las salas, clasificaron el material, armaron los puestos de trabajo y diagramaron cómo debían ser los grupos de trabajo. La jornada comenzaba muy temprano por la mañana y terminaban entrada la noche y aunque era agotador, la adrenalina no permitía sentir el cansancio. Silvia me explicó que “el tiempo apremiaba porque no sabías qué iba a pasar el próximo día y nosotras queríamos servir”. La única fuerza que contaba personal militar femenino era la Armada. Por eso pensaron que las iban a llevar al frente de batalla en el mar. Pero cuando terminaron la modificación, las desembarcaron:

Dijeron que mujeres no iban. El día de Sanidad Naval (21/4) tuvimos que desembarcar antes que llegue el Almirante. Me clavaron un puñal al decirme que hablara con mi gente y que teníamos una hora para desembarcar. Les dije a las suboficiales que en media hora las quería vestidas en formación y sin llantos. Que podían putear y golpear la pared pero que en 30 minutos las quería lavaditas, formadas y listas para desembarcar. Todas lloramos. Nos fuimos caminando porque queríamos patear piedras. Se cambian de civil y nos vamos de franco. Pero cuando fui a entregar el sobre de todas ellas con los papeles formales al furriel que estaba de guardia, se me ríe en la cara al verme triste por el desembarco. “¿A Malvinas?, ¿a dónde creían que iban ustedes? a lavar los platos tenían que ir.” Nos dijeron que no servíamos (Suboficial Principal (R) Silvia Aldheregi. Mayo 2018).

Con mucho dolor, Silvia explicó lo difícil que fue hacer carrera después de Malvinas; para los hombres por la herida de haber sido escondidos luego de la guerra y para las mujeres por saber que aún cuando su especialidad fuera la más requerida en abril de 1982, ellas para los hombres “no servían” en el mar. Igual que le había sucedido a Silvia, las mujeres suboficiales de operaciones ingresantes en la década del 80’ que conocí anhelaban embarcarse, pero el destino no las acercaba al mar; las anclaba en la tierra. Tal

como mostré en este capítulo, mientras más tierra tenga una carrera naval, menos ascensos adquiere en la jerarquía militar.

La Suboficial Primero (R) Teresa López inició su relación con la Armada en Salta, en un pueblo alejado de la capital. Con una sobrecarga de necesidades económicas familiares apremiantes, supo que debía terminar el secundario y buscar un empleo que le permitiera sumar dinero en la economía doméstica. Hacía años que tenía empleos pero de bajos ingresos. Por eso pensó que quizás un trabajo en alguna de las fuerzas de seguridad provincial o de defensa nacional podría ser una oportunidad. Sus primeras opciones fueron la Policía de Seguridad Aeroportuaria y la Policía Penitenciaria, pero gracias a la visita de una delegación naval, Teresa se encontró con la Armada y su sueño de mar nació a primera vista.

Luego de la aprobación de los exámenes físicos y académicos correspondientes, un micro de la Armada Argentina transportó a todos los nuevos postulantes a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires desde distintas provincias de la Argentina a comienzo de 1991, exactamente, a las puertas de la Escuela de Mecánica de la Armada. Antes de llegar, los y las pasajeras tuvieron que tomar una pastilla contra el cólera porque, tal como lo explicó Teresa, había un “prejuicio” generado por el brote hacia las personas provenientes de Salta y su cercanía con Bolivia; situación que le generó a las salteñas el apodo de “coléricas”.

En los 90’, la ESMA no estaba preparada ediliciamente para albergar grupos de mujeres y de varones. Tal cual sucedió con los buques que no estaban preparados para mujeres, en la escuela existió durante muchos años una limitación estructural y material. Por eso Teresa -y su camada- sólo pudo hacer un mes de Período Selectivo Preliminar hasta que ella y el resto de las ingresantes mujeres fueron transportadas a la Base Naval Puerto Belgrano para finalizar su período de prueba y comenzar el adiestramiento como aspirantes de primero. Allí a las mujeres las destinaban en una casa exclusiva para ellas y eso generaba un problema para los hombres porque ellos estaban hacinados en un mismo lugar: “se los notaba celosos por el espacio, el trabajo y la incorporación. No fue nada fácil ser de las primeras en ingresar y ni hablar de solicitar permiso para dejar la tierra y embarcar”.

La antropóloga Kristi Anne Stølen, en su obra *La decencia de la desigualdad*, analizó los mecanismos de subordinación y explotación de las mujeres a fines de la década del 80 en una comunidad rural al norte de la provincia de Santa Fé. En su estudio argumenta que

Mientras la modificación en el comportamiento refleja respuestas a los cambios económicos, sociales y estructurales, esto no necesariamente conduce a un cambio a nivel de las ideas; los sistemas de género pueden ser adaptados o recreados más que transformados. Los cambios en el comportamiento pueden también ser estrategias para preservar elementos básicos de estilo de vida o tradiciones, sólo modificadas para adaptarse a nuevas circunstancias (2004:32).

Su análisis sobre la diferencia entre cambios normativos y cambios en las ideas muestra que las diferencias y las desigualdades de género pueden subsistir aún con reglamentaciones que busquen una igualdad. Esta “adaptación” de la desigualdad me permitió pensar los modos en que la subordinación del género se mantenía sobre el tiempo de navegación porque la máxima jerarquía que podían alcanzar por no poder navegar era suboficial primero, acortando sus posibilidades de ascenso e imposibilitando compartir puestos Mayores con los hombres. Entonces, sin embarcar no hay jerarquía superior. Las mujeres tenían que cubrir puestos en tierra para que los hombres pudieran embarcar; eso habilitaba ascensos de hombres de mar sostenidos por las mujeres en tierra. Por cuestión de género, la antigüedad dejó de ser correlativa a los ascensos. Hombres suboficiales “modernos” podían ascender por sus navegaciones y mujeres con más antigüedad no lograban el cambio de “bandas”. El buque estaba vedado para las mujeres y eso les restaba llegar a mayor jerarquía ya que sólo se asciende embarcando.

Fue así como las primeras mujeres suboficiales vivieron su carrera en la tierra pero sin perder de vista al mar. Los puestos que abundaban para ellas, aun siendo cabos segundos, fueron en las aulas de la Escuela de Mecánica de la Armada y en la Escuela de Suboficiales de la Armada como instructoras de las distintas generaciones de mujeres. No fue nada fácil ser mujer en los inicios de la Armada femenina, ya que hacían todo por separado de los hombres: deporte, comida, uniforme y custodias. Y eso lo resintieron. La segregación no era únicamente por escalafón; era también por género.

En relación a los cambios ocurridos en esa época vinculados con el rol de las mujeres, la Suboficial Mayor (R) Mirian Prinna hizo referencia a que las Fuerzas Armadas “no viven en una isla” y que en toda la sociedad y en particular en los puestos estatales las mujeres estaban cumpliendo nuevas tareas. A partir de la década del 90 se “tuvo que cambiar el sentido de la educación”, pero no sólo de la militar: también para los civiles, como era el caso del inglés obligatorio en las escuelas públicas. Las mujeres aprovecharon que durante muchos años les tocaba como destino las distintas escuelas de formación militar y se perfeccionaron en distintas tareas que involucraban el idioma y cuestiones administrativas: “éramos las más prolijas para hacer informes. Nos pedían especialmente

los suboficiales y oficiales superiores porque sabían lo bien que trabajábamos. Aprendimos a leer manuales técnicos de equipos en inglés mientras los hombres no lo podían hacer”.

Fue recién en 1990 cuando se abrieron cupos en todas las especialidades suboficiales de forma voluntaria para participar de algunas etapas de mar: existían tareas del Estado Mayor en las que no había hombres en esas especialidades. Entonces se les dio la oportunidad a las mujeres. Durante muchos años, aun habiendo autorizado el ingreso de la mujer a la Armada, los buques no estaban adaptados para la convivencia de ambos géneros, obligándolas a permanecer en tierra, justamente porque la carrera naval femenina estuvo inicialmente pensada para labores de asistencia a los hombres en cuestiones administrativas y no para navegar. Las pocas mujeres suboficiales que navegaron durante la década del 90 lo hicieron “en comisión” acompañando a algún oficial con quien trabajaban. Tal como lo explica Gutiérrez (2020:266), esta forma de embarcar era “sin asignación efectiva del destino operativo a la Suboficial en cuestión y, por lo tanto, sin que contabilizara para el ascenso.” Trasladaron el escritorio al barco en tiempo real. De golpe, pasaron a hacer “eso” que hacían en tierra pero arriba de un barco y sin el antecedente reglamentario que las habilitaría a futuros ascensos. Al no ser operativas, las suboficiales mujeres antiguas que conocí repitieron que “hacían más fuerza en tierra que en agua pero en el fondo éramos bichos de mar convertidas en bichos de tierra”.

La noción de “bicho” ha sido trabajada por Héctor Tessey quien remarcó que

Es un término genérico que perturba por su no clasificación. Esa indefinición habla de un ser que puede encontrarse en distintos ambientes, haciendo distintas cosas, y superando muy distintos desafíos. Y en esa pluralidad, hay adaptación con ingenio, hay un “arreglárselas con lo que hay” (Tessey, 2022: 213)

El “ser bichos” es una indefinición. No es casual que algunas de las mujeres suboficiales con quienes conversé se hayan referido a su situación ambiental y profesional como una ambigüedad que había que superar. Casi la totalidad de la generación de mujeres suboficiales formadas en la ESMA estaba en tierra.

Hasta que en el 2006 una modificación del reglamento militar y les permitió a las mujeres embarcar³⁰. La exclusividad masculina dejaba de estar en los papeles. Pero no es

³⁰ En el 2007 se creó el Observatorio sobre la Integración de la Mujer en las Fuerzas Armadas y se creó el Consejo de Políticas de Género para la Defensa cuyo objetivo fue el “desarrollo de propuestas para el mejoramiento de las condiciones de acceso, permanencia y progreso en la carrera militar, destinadas a erradicar los obstáculos y promover acciones tendientes a garantizar la igualdad real de oportunidades para hombres y mujeres. Está compuesto de manera diversa y amplia, asegurando la participación de mujeres

lo mismo hacerlo ley que modificar el interior de los buques para que ambos géneros puedan convivir respetando una privacidad que hacía necesaria una distinción espacial que ya existía en los institutos de formación: un sollado para mujeres y otro para hombres; lo mismo con los baños que no se comparten. La modificación de la infraestructura fue una complicación para dar cumplimiento a la nueva reglamentación de igualdad de género que no se ejecutó de un día para el otro.

A partir de esa modificación, las suboficiales mujeres podían formar parte de la dotación de un buque adquiriendo la posibilidad de ser operativas y elevando el techo de su crecimiento jerárquico: la carrera de la mujer suboficial navegando podía ascender al grado más alto y convertirse en suboficial mayor. Se inició una encuesta al personal femenino sobre si querían navegar y allí cambió la historia y la vida militar para las mujeres que, con toda la presión, el miedo y la incertidumbre, abandonaron la tierra para entregarse a su sueño de navegar como suboficial de la Armada Argentina.

En el 2007 a las suboficiales mujeres formalmente autorizadas para embarcar las sentenciaron por su edad: “Nunca vas a navegar por ser antigua”. Todas tuvieron que “batallar” para hacerse un lugar en la institución. Teresa, Graciela y Mirian se anotaron como voluntarias porque querían embarcar no como administrativas, sino con funciones operativas en el buque. Las mujeres en función tenían que hacer un plus de esfuerzo para demostrar que “también pueden”, cosa que los hombres no necesitaban. Tal como me explicaron las mujeres suboficiales, “ellos simplemente trabajan, pero nosotras tenemos que ser mejores en el puesto, pelear por un lugar en el barco”. Ellas enfrentaron un doble desafío profesional: según su especialidad tenían una labor, pero también debían trabajar en la aceptación del personal masculino.

Graciela sonreía mucho. Cuando conocí a la Suboficial Principal (R) Graciela Ribero en el 2018 en la Base Naval Puerto Belgrano, eso fue lo primero que llamó mi atención. Me recibió en su oficina de la Escuela de Técnicas y Tácticas (ETT), donde se dan cursos de formación para la orientación operaciones, para ayudarme a entender el rol suboficial dentro de la Armada pero siendo mujer. Su oficina, una de las 4 que había en el lugar, tenía dos escritorios, teléfonos antiguos, muchas cajas azules de depósito en una esquina y dos computadoras viejas, con gabinetes percutidos arriba de los escritorios y pantallas con tubo. Más tarde me diría que “se trabaja con lo que hay”. Nada de lo que vi

en esa oficina daba la sensación de estar en una oficina de la Armada. No había fotos de buques ni logos, solo las gorras de la Armada colocadas al costado de la puerta. Mi imaginario sobre el lugar estaba muy lejos de la realidad.

Graciela contó que fueron pocas las mujeres que aceptaron participar de las navegaciones, porque sabían que las iban a presionar más por ser mujeres. Cuando ella embarcó en el Destructor Sarandí fue la encargada de unidad. “Ahí había que demostrar, demostrar y demostrar. En tierra las mujeres somos más seleccionadas que los hombres, pero en la navegación había que dar todo y más”. Su deseo para las nuevas generaciones de mujeres era que fueran respetadas y evaluadas como profesionales por su desempeño y no sufrir más presiones por el hecho de “ser mujer”.

Cuando embarcó Prinna, lo hizo en el Destructor Brown y fue responsable de la división a cargo del CIC. Con el mismo espíritu de enaltecer el desempeño y no el género, su objetivo era que su “voz fuera profesionalmente escuchada” y “valorada profesionalmente a pesar de ser mujer”. Ella quería ejercer su profesión sin tener que estar defendiendo su género aunque de alguna manera, se acostumbró a “tener que pelear el doble” por una oportunidad. Hablamos un poco del ámbito civil y de cómo las mujeres siempre tenemos que “demostrar” en todos los puestos:

¿Viste? ¡No somos tan diferentes de los civiles! Yo quería ser mejor para triunfar como mujer y como profesional. Ser buena no me alcanzaba. Yo soy la única mujer con cargo mayor de la Armada. A mí me tiene que ir bien por todas las mujeres que después de mí van a intentar crecer en sus cargos profesionales (Suboficial Mayor (R) Mirian Prinna Octubre 2018).

Luego de 16 años en la Armada, Teresa también pudo cumplir su sueño y formar parte de la tripulación del ARA Almirante Brown, uno de los cuatro destructores Meko360 que integran la Flota de Mar.

En el 2008, cuando logré embarcar, fue un sueño cumplido. Es una emoción tremenda porque la primera vez que uno suelta amarras del muelle, realmente se separa de lo que es la familia. Ahí tomé conciencia de cuál es la función y la actividad del personal que está embarcado. Las primeras millas arriba de un buque te marcan para toda la carrera. El primer destino en una unidad de superficie siempre tiene un lugar en tu corazón (Suboficial Primero (R) Teresa López .Septiembre 2018).

Y aunque “las primeras millas arriba de un buque te marcan para toda la carrera”, tuvieron que pasar más de treinta años y muchas generaciones de suboficiales mujeres para

que el tiempo de navegación les permitiera lograr ascensos en su carrera militar. Muchas de ellas lograron esas primeras millas siendo antiguas y con poca posibilidad de capitalizar en jerarquía la experiencia profesional, técnica y social de habitar un buque en el mar.

La cualidad de ser mujer no surgió en muchas situaciones de la navegación. En general lo que más dividía no era el género, sino la formación “antes o después” de la ESMA. Tampoco pude advertir cuántas mujeres o qué porcentaje femenino estaba a bordo. No era una cuestión que yo tuviera en mi cabeza antes de embarcar, sino que surgió directamente de la conversación mantenida con el Comandante y su preocupación sobre la relación entre los ascensos y el género. Luego de compartir la cena con el Comandante, me resultó llamativo que casi la totalidad de oficiales en jefe fueran hombres. Y, en una ronda de mates en la cocina del buque con otros suboficiales, esa observación me valió recibir un mate extra aunque no era mi turno. Una suboficial cabo segundo se refirió a la cuestión del supuesto rendimiento diferenciado:

Tenemos las mismas oportunidades y los mismos obstáculos. La escuela es difícil, estar lejos de la familia nos cuesta a todos. Cuando somos jóvenes creo que no hay tanta diferencia entre hombres y mujeres, todos tenemos que aprender muchas cosas y reglamentos y cuestiones físicas. Aunque digan que las mujeres aguantamos menos, eso no se ve en los ejercicios. Nosotras tenemos que rendir más porque tenemos que defender el derecho de que podemos estar acá. Eso es diferente. Pero en lo concreto, no hay diferencias. Acá también vas a ver que no hay diferencias entre hombres y mujeres, hay un respeto general y una camaradería que no tiene que ver con el género (Cabo Segundo Josefina Patricios. Marzo 2019).

Es así que la cuestión sobre las competencias de las mujeres en el campo militar no fue puesta en duda. La diferencia estaba en que ellas tenían más exigencias en su rendimiento porque “tenían que defender el derecho de estar ahí”. Josefina describió como igualitaria la experiencia cotidiana laboral entre ambos géneros porque “en lo concreto” no había diferencias ni distinciones en las guardias ni en los roles. En la misma conversación, Martina Suarez sumó una complejidad familiar que para ella era una cualidad que las distinguía de los hombres a la hora de decidir navegar o de no hacerlo:

Si querés ser mamá, tenés que estar desembarcada por dos años y eso mata tu carrera. Yo elijo mi trabajo, quizás después pueda ser madre. Pero ahora elijo navegar y tomo todas las posibilidades que la carrera militar me da porque quiero ascender. Yo quiero más de mi carrera, quiero conocer más destinos, seguir capacitándome y lo que más quiero es ascender en mi carrera. Cada ascenso tiene más responsabilidad. Si me ausento por licencia de maternidad dejo un espacio muy grande vacante, mucha gente que depende de mi rol y eso es un problema. Entonces

no quiero quedarme sin embarcar. Tengo que elegir entre una responsabilidad y la otra (Cabo Segundo Martina Suarez. Marzo 2019).

Entre mate y mate, intercambiamos ideas sobre la diferencia y las elecciones que las mujeres hacemos en nuestras carreras y familias. Esa distinción que la ley supone regular pero que en realidad no sucede. La maternidad requería de un tiempo que había que quitárselo a la vida naval y esas millas eran necesarias para ascender en la carrera militar. Stølen argumenta que la “alta valoración de la decencia, la idealización del amor, el matrimonio y la maternidad, restringen a las mujeres a la esfera doméstica y obstaculizan su posibilidad de beneficiarse con nuevas oportunidades” (2004:234). En este caso, la valoración de la maternidad – o del sostenimiento afectivo de la familia nuclear- era vista como una responsabilidad de la mujer incompatible con el rol y la responsabilidad para con la familia naval.

La estrecha relación que el mar tiene para construir jerarquías se sostiene en una organización que diferencia claramente los roles y alimenta una responsabilidad colectiva en el mundo naval. Quizás por eso el ascenso en la carrera para la gran mayoría de las especialidades suboficiales requiere haber tenido como destino un buque y cierta cantidad de millas de navegación (y vacantes disponibles para adquirir el nuevo cargo). Aunque las mujeres ingresaron formalmente al mundo suboficial naval en 1979, fue recién en el 2007, es decir 38 años después, cuando lograron la autorización para navegar, lo cual imposibilitó el ascenso por todo ese tiempo de manera igualitaria con sus compañeros hombres de grado, quienes sí contaban con millas navegadas. La poca cantidad de mujeres suboficiales³¹ en cargos superiores da cuenta todavía de la estrecha relación que la jerarquía suboficial tiene con la navegación. Embarcar para ellas fue un sueño cumplido que nació en sus primeros días como aspirantes y que se materializó la primera vez que cruzaron la planchada. El mar para los suboficiales hombres y para las mujeres distingue, encariña y enaltece carreras.

2.6 Recapitulación - "Es tu casa en el medio del mar"

El cuerpo de la Armada es un sistema de organización social atravesado por jerarquías que ordenan toda experiencia y que se complementan entre sí. En un buque, hay una zona geográfica particular donde esa jerarquía se ubica y se constituye como tal; es

³¹ En un estudio realizado en el 2009 la Fuerza Aérea contaba con una representación del 15,2% de mujeres suboficiales. La Armada tenía el 7,52% y la suboficialidad femenina del Ejército era de 0,52%. Consideradas las tres armas, las mujeres representan el 8,21% de la totalidad de la suboficialidad (Arduino, 2010:102).

posible entenderla en los lugares donde duermen, donde comen y donde están posicionados sus espacios de trabajo. La vida en la navegación ordena estructuralmente a la Armada; es un ambiente particular que se diferencia de las acciones del Ejército en la tierra o de la Fuerza Aérea en el aire porque es otra forma de vida. Es un vínculo en una situación social en un entorno específico.

En todos los escenarios y dependencias de la institución, el uniforme es un excelente intérprete y presentador de jerarquías y quehaceres. Aprender a leerlo es fundamental para entender qué rol ocupan las personas que uno cruza, con las que uno interactúa y saber quiénes comandan u obedecen. Y aunque yo había leído y conversado mucho sobre la navegación militar y había visitado cuatro buques, esta era la primera vez que veía a un buque con su tripulación viva y jerárquicamente uniformada, en movimiento y en el agua, haciendo eso que hacen. Estas diferencias también se distinguen espacialmente durante la navegación: sus saberes técnicos ubican a los suboficiales cerca de la línea de flotación, son los lugares que posibilitan mecánicamente el funcionamiento del buque y también son los lugares que más dificultad tienen para abandonarlo cuando una situación de emergencia lo requiere: se tarda más en salir del buque mientras más abajo se esté. La distancia social también se observa en espacios cotidianos no laborales como los “casinos” donde comen y los “camarotes” o “sollados” donde duermen.

En tierra el suboficial vive su tarea como un empleo con preocupaciones y vínculos bien distintos de los que suceden en el buque. Durante las navegaciones se transmite un legado de práctica que se comparte de “antiguos” a “modernos”, donde la unión se da desde las tareas técnicas que cada uno debe desarrollar para que el buque navegue. Viven el sentido de pertenencia a la familia naval en los buques y, tal como lo expresaron en los casinos, la gran mayoría lo aprendieron en la ESMA.

El tiempo de mar es el que se vive como operativo. Si no se navega, no hay millas, no hay ascensos y la vida naval pierde sentido social. Aunque la ley, los buques y la instrucción aparenten ser iguales para las mujeres, la falta de navegación y los tiempos necesarios para vivir la maternidad sostienen una diferencia asimétrica entre femeninos y masculinos para el “cambio de bandas”. Al igual que el planteo de Stølen sobre las desigualdades en las relaciones de género en el mundo rural, en la vida suboficial “los hombres son los que sostienen el control de las decisiones y de las cualidades de trabajo (2004:234)” haciendo así que la estructura desigual se mantenga estable a pesar de los cambios.

Como mostré en este capítulo, el buque es la cuna de la organización naval porque condiciona, establece y moldea relaciones sociales que habilitan un tipo particular de vínculo basado en la responsabilidad colectiva y jerárquicamente ordenada y distribuida. Se vive como una casa en el medio del mar. La vida a bordo depende de la generación de una confianza colectiva en la que los lazos se hacen sólidos sólo cuando en la actuación del rol se percibe la misma determinación, y el registro de que la vida de todos depende esa responsabilidad.

La jerarquía no es una división entre quienes tienen responsabilidad y quienes no la tienen. Es compartida pero no igualitaria. El modo de trabajo y la vida cotidiana de los suboficiales nace del mar y su subalternidad no es un capricho sometedor, sino un rol necesario y calculado para la navegación. La distribución descansa en la estructura jerárquica donde los suboficiales son mayoritarios y subalternos a la vez. La organización de tareas en la navegación –y en la tierra también– sigue un orden horizontal (diversos departamentos) y vertical (conducción y subordinación). El buque es un sistema que muestra cómo estas jerarquías conviven y se complementan. La jerarquía debe ser clara porque el orden requiere una ejecución instantánea.

También mostré los tiempos cotidianos laborales inciertos en relación a las migraciones y al “loco” y a cómo esta singular estructura profesional genera lazos sociales propios del mundo naval, siendo la familia naval la encargada de acompañar a quienes dejan la tierra (y sus familias) para entregarse al buque y también a esas familias que quedan en tierra mientras el suboficial está en el mar. El “cambio de bandas” esperable en la carrera del suboficial naval se produce en un tiempo progresivo donde la cantidad de millas navegadas condiciona el quién y el cuándo viven el ascenso porque es el tiempo de mar el que se vive como operativo. Si no se navega, no hay millas, no hay ascensos y la vida naval pierde sentido social y colectivo. Aquí mostré el problema que las mujeres vivieron (y viven) por no contar tiempo de mar y quedar así, relegadas de ascensos y de roles con mayor autoridad aunque la formalidad institucional indique que la desigualdad de género ha sido saldada, la experiencia de tres mujeres suboficiales indicó motivos por los que no: la guerra es cosa de hombres, la maternidad no se resuelve en una licencia de seis meses y la salida al mar llegó demasiado tarde.

En el próximo capítulo mostraré que el valor de esa particular forma de relacionarse lo aprendí en el mismo momento que entendí que la navegación en un buque de guerra era una situación de riesgo constante donde todos tienen que proteger la vida del otro. Ante un principio de incendio en la sala de turbinas se me hizo corporalmente evidente que un

buque también es una bomba de pólvora, combustible y electricidad, donde todos los tripulantes deben cumplir su rol y cuidar a los demás porque cada segundo perdido aumenta el riesgo de muerte. Los suboficiales aprenden la importancia de la sincronía que ese cuidado recíproco y jerárquico necesita navegando juntos en el mar.

CAPÍTULO 3. CUIDADOS

“Y ahí un poco cuenta lo que vos tenés adentro en cuanto a lo que aprendiste, a la práctica, a todo eso; está ahí, no sentís miedo, eh, el miedo como que desaparece, vos sentís la responsabilidad pero no como una obligación forzada, es como algo más personal, sentir la responsabilidad tuya de que la cosa funcione porque todos estamos en la misma. La vida de todos depende de eso”.
(Suboficial Mayor (R) VGM Marcos Gutierrez)

La cubierta principal del buque es como una ciudad bulliciosa pero poco habitada que se aprende a mirar despacio. Aloja radares gigantes y cañones imponentes pero también atesora detalles sutiles y fundamentales de la navegación. De noche el silencio lo envuelve todo, solo se siente el viento, el ruido del mar y algunas pocas charlas entre los suboficiales “chafas” y los cadetes que cumplen guardia. Luego de la cena, ese fue uno de los lugares que más habité durante los cuatro días de navegación. Aunque no solía haber mucho movimiento visible –a diferencia de lo que sucedía en las fervientes cubiertas inferiores- observar los detalles y las personas que allí circulaban siempre me resultaron enriquecedores en relación a las tareas, a la inmensidad del mar, a la convivencia con otros buques y a la posibilidad de conversar con quienes estaban a cargo de la navegación bien cerca del puente de mando.

Estando allí entablé innumerables conversaciones con el Segundo Comandante Caviglia que, tal como me habían dicho antes de embarcar, era un “hombre de mar”, distinción que apareció durante todo mi trabajo de campo pero que tomó cuerpo en la navegación. Un “hombre de mar” remite a quienes prefieren estar en el agua antes que en la tierra. Lo fijo y la certidumbre que las dependencias en la tierra de la Armada sostienen los incomoda y los hace perder su sentido porque su lugar natural está en los particulares mundos de cada buque. Son navegantes que extrañan los ritmos de guardia 6x6, quienes añoran los tiempos donde la vida naval transcurría en el agua y quienes se inspiran viendo los cielos estrellados que el mar regala las noches abiertas. En la navegación fueron los que más se detuvieron a contarme con mucha dedicación sobre su vida cotidiana en cada uno de los locales del buque. Ser “hombre de mar” no distingue jerarquías: son suboficiales y oficiales. Lo que los agrupa es su necesidad de mar.

Nuestro primer encuentro fue cálido y distendido donde los temas fluyeron suavemente ya que ambos teníamos mucha curiosidad sobre el rol que el otro tenía y sobre

lo que hacía en su cotidianidad. Lo primero que mencionó fue que para su generación, a diferencia de la actual, la “entrega” por el trabajo naval era todo: “antes formar parte de una navegación era un sentimiento indescriptible, era saberse parte de algo más importante que uno y que para navegar había que dejarlo todo”. Dejar la tierra y sus vínculos para poder cruzar la planchada y también dejarlo todo allí, en el mar, para poder volver juntos a tierra. Según explicó, si se hace a medias no se avanza porque “el buque te demanda todo para poder navegar”. Con una sonrisa afectuosa y luego del tercer café compartió su lema conmigo: “hay que soltar amarras y entregarse al buque”.

En este capítulo, la atención está puesta en cómo viven un destino colectivo (“la misma suerte para todos”) como una situación de riesgo constante y colectiva que es calculada y adiestrada desde los inicios de la formación naval porque la vida de todos (y del buque) depende del funcionamiento sincrónico y rítmico de la totalidad de la unidad. “Hacer lo que hay que hacer” es, tal como me lo explicaron los suboficiales, “una forma de vida” en la que todos dependen de quien tienen al lado y esa dependencia se construye con la confianza. Esta cualidad singular de la relación entre la tripulación no es una “obligación forzada”, sino una responsabilidad que se alimenta de una confianza que se pone en juego en las situaciones de riesgo o de ayuda. La vida compartida en el mar y el tiempo sincronizado ante una acción de emergencia, son pilares para que la “entrega al buque” sea efectiva y afectiva.

El tiempo en la navegación se mide por los roles que el buque demanda y que organiza las guardias de cada suboficial porque allí no hay relojes. Tampoco se sabe cuál es la ubicación en el mar, salvo quienes están cumpliendo roles operativos vinculados a la geolocalización, comunicación o maniobras de timonel. La mayoría de los suboficiales no cuentan con esa información de ubicación porque no es su función. Confían en que quien sí tiene esa responsabilidad, lo sepa.

En la Armada, el riesgo de muerte compartido genera un vínculo colectivo entre quienes viven el aislamiento sea en una unidad de superficie o en un submarino. La tripulación se integra gracias a un registro particular de responsabilidad a través de un principio de reciprocidad (Malinowski, 1987; 1985) naval que, como describo en las próximas páginas, demanda un tiempo inmediato de devolución. Malinowski, en su estudio sobre las leyes y costumbres en la vida de las aldeas melanesias, afirma que la estructura social se rige por el principio de reciprocidad y es allí dónde hay que buscar la fuerza de la ley y el orden en la sociedad salvaje (Malinowski, 1985:21) que respalda el cumplimiento de las obligaciones. En la navegación sucede algo similar: la comunidad a bordo no

desarrolla sus relaciones de modo casual ni espontáneo sino que las habilidades (cap1), las jerarquías (cap2) y las relaciones de cuidado y reciprocidad son las que regulan el intercambio social en todos los roles sean de combate, de abandono o de adiestramiento.

La clave de esa eficacia está en entender qué situación se está llevando a cabo, ya que cada rol tiene su ritmo. Los apartados muestran y analizan cómo en el rol de combate, ante un incendio real y en un ejercicio en gomón, la solidaridad (Durkheim, 1994) y la reciprocidad (Malinowski, 1985) se demandan como dos principios vitales para la vida del suboficial naval. Para todos los que están a bordo es muy peligroso no saber qué hacer porque la vida de la tripulación depende de que todos se cuiden entre todos haciendo, instantáneamente, lo que cada uno tiene que hacer.

3.1 Rol de combate

La formación, el adiestramiento, las jerarquías y la distribución de habilidades técnicas tiene un único objetivo: la guerra naval. Quienes ingresan al cuerpo de suboficiales de la Armada lo están haciendo en una institución que nació y justifica su existencia para combatir y defender, a través de la batalla naval, el territorio nacional. Para que esto suceda, quienes cumplen destino en las unidades de superficie, ejercitan en cada navegación los distintos roles que un buque atraviesa y se adiestran para mantenerlo en condiciones con el objetivo de que siga combatiendo. Por eso aprender cómo habitarlo organiza toda la experiencia del suboficial naval. Y el rol de combate es el momento más trascendental para quien se forma para la guerra; es cuando el contacto con el enemigo, sea para atacar o para defenderse, es protagonista de la vida a bordo.

Es el examen final e implacable de toda unidad operativa. Siempre será poco lo que el hombre aprenda o practique en sus roles, pues en esa situación el margen de error admisible es nulo. Debe hacerse carne en todo hombre que la efectividad de un arma está dada por la capacidad y habilidad de su operador y que los mecanismos más complicados o perfeccionados no reemplazan a la mano experta. Un simple ejemplo de lo dicho lo obtendríamos enfrentando un experto tirador, armado con un viejo fusil y un principiante que cuente con un arma moderna y poderosa (Armada Argentina, 1971:71).

La Cartilla Naval editada por la Armada Argentina (1971) hace referencia, una y otra vez, a la importancia que tiene cada integrante en el conjunto de la institución para enfrentar la batalla. Cuando me la regalaron en la BNPB me dijeron que no me preocupara por la antigüedad del material porque “sigue siendo la Biblia de la navegación”; aunque

cambie la tecnología y los programas educativos, esta cartilla resguarda los principios fundamentales de la vida naval. En el fragmento citado, refuerza el valor de la experiencia por sobre la modernidad de los aparatos justamente porque, en rol de combate, el margen de error admisible es nulo. Este limitante está relacionado con la fragilidad de la vida en un buque de guerra por la constante variable de riesgo de muerte que sus tripulantes deben experimentar. Por los peligros inherentes a navegar en el medio del mar pero fundamentalmente porque se está, en rol de combate, ante el acecho de un enemigo que está planificando un ataque que requiere de una defensa. El combate genera emergencias que el adiestramiento en el mar necesita preparar.

La responsabilidad de la tripulación está organizada en roles que forman parte de la vida cotidiana del suboficial y otros que son de emergencia. La ubicación en la operación y la tarea a desempeñar se denomina “rol de función” (ARA, 1971:69). Controlar las turbinas es una tarea cotidiana y esencial para los suboficiales grasas (maquinistas) y eso se denomina “rol de división”. También viven cotidianamente el “rol de formación” donde se comparten, a primera hora del día, las novedades del personal de cada división. El “rol de sueño” es cuando se habilita el descanso en los sollados o cámaras donde cada suboficial descansa. Pero también existen roles donde se desarrollan acciones concretas de emergencia en los que la velocidad y la coordinación son fundamentales. El “rol de abandono” es el más radical porque requiere la decisión previa del Comandante de dejar morir al buque y salvar a la mayor cantidad posible de tripulación. En ese momento, todos los habitantes de esa “cáscara de nuez” tienen tareas: algunas son ir a los botes salvavidas, otras demandan apagar sistemas, comunicar situación a tierra, cortar combustible y electricidad para evitar mayores peligros.

Todos los roles se ejercitan en tierra en los distintos cursos de pre-embarque pero no hay aula ni simulador que prepare a un tripulante ante el temblor que produce en el cuerpo el disparo de un cañón 40mm/60 o el terror indescriptible de ver, en la cubierta exterior, cómo un avión Tracker de la aviación naval armado sobrevuela la cubierta de un buque con 130mt de eslora.

El “rol de combate” involucra a la población completa del buque, momento en el que todos deben dejar lo que están haciendo y ocupar sus puestos de combate sin excepción y sin tiempo de duda. El buque se maneja siempre con una tripulación doble: una mitad trabaja y la otra descansa, pero cuando hay combate todos se transforman en su rol y cortan guardias o descansos. El suboficial de apoyo general ubicado en la cocina cumpliendo su guardia debe dejar su tarea y desplazarse, con la mayor velocidad posible, a

su puesto de combate relacionado o al control de averías o a la asistencia de quienes están a cargo de la munición, dependiendo de que sea guerra antisumbarina, antiaérea, electrónica o de superficie.

Estos cuatro tipos de combate están definidos y cuentan con ritmos, tácticas, técnicas y adiestramientos diferenciados. La guerra antisumbarina es cuando el contacto enemigo es un submarino, la situación más temida para quienes están en el buque porque la fortaleza del submarino es la sorpresa y el silencio aprovechando su posición debajo del agua complicando su detección (Flórez, 2022). Esto hace que el ataque no suela ser advertido hasta el contacto del torpedo con el mismo buque, acotando mucho los tiempos de respuesta de defensa y de ataque al submarino. La guerra antiaérea es la que incluye a un avión o helicóptero atacando a un navío. Los buques cuentan con artillería para la defensa de estos ataques, pero si el radar no puede ubicarlo antes de que comiencen los disparos, el ataque aéreo suele dejar heridas profundas si dan en el blanco. Por ejemplo, la Armada Argentina ha recibido, durante la Guerra de Malvinas, la dureza de este ataque y ha sufrido víctimas. En los primeros minutos del 3 de mayo, la tripulación de 49 hombres del Sobral resistió el ataque de helicópteros enemigos hasta que un misil destruyó su puente de mando y causó la muerte de siete hombres y de su Comandante, el Capitán de Corbeta Sergio Raúl Gomez Roca. La guerra electrónica es la que se lleva a través del ataque a los sistemas de información de los buques; es como *hackear* el sistema operativo y comunicacional de las unidades de superficie al acceder a ellos para manipularlos. A diferencia de la guerra electrónica que no requiere contacto visual ni de fuego entre las embarcaciones, la guerra de superficie, esto es el contacto entre buque y buque, es el combate naval más clásico y antiguo pero, según me explicaron los suboficiales del CIC, es el menos efectivo. Los cuatro tipos de guerra se practican y se adiestran a bordo y a mí me tocó vivirlos el tercer día de la navegación.

El Segundo Comandante Miguel Caviglia me lo advirtió en el desayuno mientras compartíamos una taza de café: “hoy estate en la cubierta exterior después del almuerzo, te vas a sorprender”. Considerando que todas las actividades representaban para mí una novedad, mi emoción nunca pudo predecir que eso que iba a suceder en la cubierta exterior era un ejercicio de tiro de cañón contra un blanco de superficie y otro de defensa de un ataque antiaéreo.

Luego del almuerzo en el Casino de Oficiales fui con mi salvavidas a la cubierta exterior para dejarme sorprender. Allí estaban la enfermera y varias de las cabos segundos que había conocido el primer día de la navegación. Se notaba un ambiente de mucha

ansiedad por el ejercicio que estaba a punto de comenzar. Uno de los “chispas” me preguntó si sabía qué estaba pasando y le devolví al pregunta. Me dijo que lo único que sabía era que iba a haber un ejercicio de combate pero no sabía mucho más. En pocos minutos, la cubierta se comenzó a llenar con suboficiales y oficiales. Fue el momento más poblado de toda la navegación. El clima cálido y el sol del mediodía acompañaban una experiencia que sería inolvidable. Sin saber adónde mirar, me entretuve observando a la gente hasta que un oficial señaló el horizonte y gritó “ahí viene”. Con celular en mano empezó a filmar el cielo y todos los que estábamos allí miramos con mucha atención al punto que el oficial estaba filmando. Pero sólo se veía cielo. A los pocos segundos de su advertencia, se comenzó a escuchar un ruido lejano que no supe identificar, pero que llevó mi mirada hacia un punto muy distante en el cielo que se iba agrandando segundo a segundo. El ruido se intensificó hasta que un suboficial “chafa”, notablemente emocionado, gritó: “Es el motor de un Tracker!”.

Instantáneamente, en el cielo – a una distancia que me resultó imposible de medir– reconocí la silueta de un avión que se acercaba a toda velocidad hacia nosotros a muy baja altura y bien cerca del nivel del mar. Se detuvo el tiempo por lo impactante de ese movimiento y lo único que pude percibir fue cómo un avión acortaba la distancia con nosotros en fracción de segundos. En un abrir y cerrar de ojos, el avión Tracker³² estaba sobrevolando nuestras cabezas y toda la población de la cubierta exterior gritó eufórico saludando al piloto que inclinó su aeronave hacia la izquierda haciendo, lo que luego me explicarían, era un saludo fraternal. Por la cantidad de cabos segundos que se iniciaban en la navegación, abundaron los ojos abiertos sin pestañar y la boca abierta en señal de asombro total de esa experiencia trascendental. Mientras los curiosos mirábamos al avión pasar, en el CIC se estaban realizando los ejercicios correspondientes para detectar al avión, “marcarlo” y proceder al disparo de defensa. Le comenté al suboficial primero que tenía al lado que dejaba la cubierta para vivir el CIC y me recomendó, con mucha insistencia, que todavía no me vaya porque el ejercicio de defensa recién estaba comenzando.

Nuestra conversación duró 10 segundos y en ese tiempo escaso, el Tracker desapareció en el horizonte y volvió a aparecer en un ángulo bien distante del cual se había retirado. Los tiempos en el aire nada tienen que ver con los tiempos en el mar. Y mientras el piloto aparecía y desaparecía instantáneamente, nosotros estábamos fondeados estáticos

³² Su nombre técnico es Grumman Tracker S-2T. Es un avión bimotor de 13mts de largo y 22mts de envergadura. Sus funciones son el control aeronaval del mar y su especialidad es el combate antisubmarino.

en la superficie gracias al ancla depositada en la profundidad. El avión se movía, pero nosotros no. Los suboficiales que cumplían rol en la cubierta estaban atentos a las indicaciones que los oficiales daban mientras que, los curiosos, no podíamos cerrar nuestros ojos que seguían al avión que pasó nuevamente por nuestras cabezas para luego rodear al buque a muy baja superficie hasta volver a perderse en el horizonte. El punto en el cielo se fue achicando junto con el sonido de los motores que indicaban que el peligro había finalizado y que nuestra defensa había terminado. Cuando terminó el ejercicio tuve que consultar cuánto tiempo había pasado, ya que la experiencia inundó por completo mi capacidad de medirlo con mis parámetros de civil de tierra. El suboficial que estuvo al lado mío durante todo el ejercicio me consultó cuánto creía yo que había demorado en hacer todas esas acciones de ataque. Sin mucha seguridad, le comenté que creía que habían pasado 15 minutos desde que lo oímos a lo lejos. Sonrió, hizo unos segundos de silencio y me dijo: “No. Pasaron sólo 3 minutos desde que apareció en el horizonte hasta que desapareció”.

Me costó entender que en tan solo 3 minutos un avión puede sobrevolar tres veces por la cubierta de un buque desplegando su poder de fuego y haciendo que esa “ciudad preparada para vivir en el agua” corra serios peligros de ser impactada y de sufrir la muerte de sus tripulantes y un hundimiento. En esos 3 minutos – desde la visualización del avión hasta su partida – toda la tripulación debe transformar su tarea para adoptar un rol de combate instantáneo que no permite dudas, desconocimiento de las cubiertas, consultas sobre dónde está tal o cual cosa, o gente deambulando perdida por los locales del interior. El sentido que adquiere el minuto y el segundo está en relación directa con la potencialidad del peligro imposible de corporizar en las dependencias en tierra. Para esos escasos minutos toda tripulación de un buque de guerra se adiestra y corporiza una temporalidad que le es propia por ser naval y bélica, donde el riesgo de vida sucede, probablemente en menos de 3 minutos. Y eso suponiendo que el ataque lo realiza un único avión limitando sus posibilidades de contacto al disparar sus misiles. Si la cantidad de aviones que sobrevuelan y atacan crece, el tiempo de supervivencia se achica y se sobrevalora cada segundo.

La cubierta se distendió pero la cantidad de gente no disminuyó. Seguimos todos ahí viendo el cielo ante la expectativa de qué otra situación de combate podríamos vivir. Pero el ejercicio que continuó no vino del cielo, sino del mismo buque. Mi compañero de espacio, quien por su jerarquía conocía los ritmos de los ejercicios que sucederían durante toda la navegación, me dijo que me convenía acercarme hacia el centro del buque –camino

a la proa- para estar en primera fila a lo que vendría a continuación. Cuando le consulté qué mirar me dijo: “tapate los oídos lo más fuerte que puedas y te vas a dar cuenta dónde mirar”. Durante toda la navegación, los suboficiales se tomaron el tiempo para enseñarme qué hacer, qué mirar, qué escuchar y dónde ir; y este ejercicio no fue la excepción. El adiestramiento de todos los sentidos fue constante.

La defensa aérea se inició con un ataque simulado al Tracker desde el CIC. Ese movimiento no fue observable ya que se realiza en los sistemas propios del buque y se evalúa la velocidad de respuesta, la precisión de los disparos y la efectividad de toda la división que trabaja en las penumbras del CIC. Pero al finalizar la defensa, comenzó el ataque naval. Aunque la situación de combate aéreo culmina con el disparo de cañones, la simulación llegó hasta donde pudo. Por suerte para quienes estábamos navegando, para completar el ejercicio y poder adiestrarse en el uso de los cañones Bofors 40mm/70 (ver ilustración 12) hay que disparar. No vi de dónde salió, pero sentí unas vibraciones en todo el cuerpo producto de los primeros (y únicos) disparos de misiles que viví en toda vida. El sonido fue ensordecedor, el cuerpo tembló y las manos no alcanzaban para bajar las pulsaciones y para prevenir un golpe sonoro.

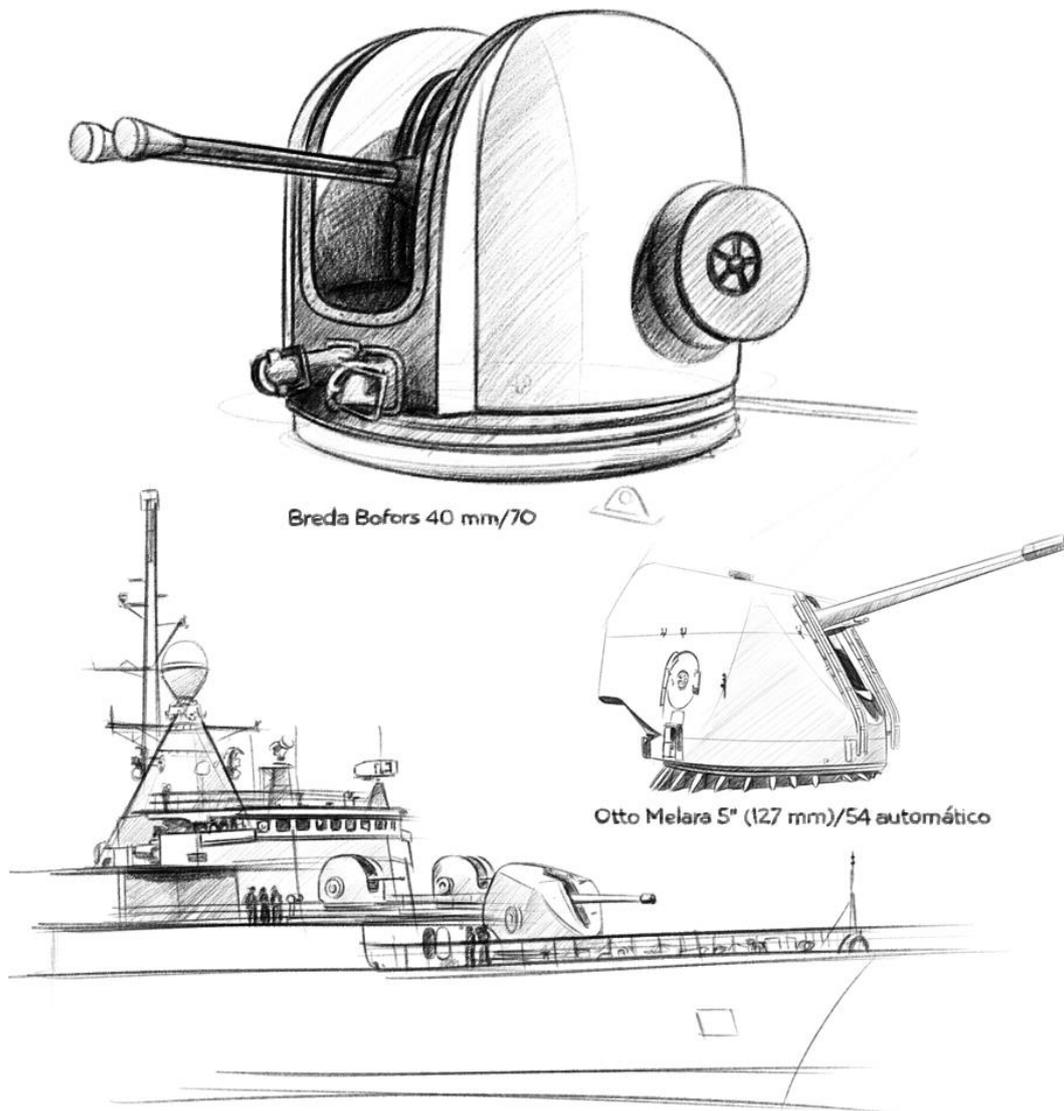


Ilustración 12: Dibujo de los cañones Bofors 40/70 y Otto Melara 5" (127 mm)/54 automático de La Argentina (Gómez, 2022).

Luego del ejercicio y de la emoción por la experiencia, cada uno volvió a sus tareas. Yo fui a la cocina con algunos cabos primeros para ayudar con la preparación de la cena y pensé que se había terminado la jornada de movimientos dentro del buque. Me equivoqué. Sin saberlo, íbamos a protagonizar la práctica de ataque de submarino para el cual no tuvimos defensa. ¡A los botes!

Un torpedo había impactado y había que abandonar el buque porque estaba entrando agua por las cubiertas inferiores. Antes de salir de la cocina para asistir a los botes salvavidas, por el altoparlante indicaron algo que no logré entender. Le consulté a los cabos cocineros qué estaba sucediendo y con mucha calma me indicaron que el buque se había “escorado” hacia el estribor, dejando inhabilitados la mitad de los botes salvavidas.

Yo los miré impactada y les pregunté qué hacíamos los que teníamos botes asignados en la manga derecha. Sonrieron y me dijeron que vaya a mi “bote alternativo”.

Ni bien salí de la cocina para buscar mi bote alternativo, noté al buque encendidísimo. Primero percibí caos, pero después de unos segundos entendí que en realidad la gente se movía muy rápido; subían y bajaban las escaleras con gran velocidad pero lo hacían con seguridad. No era caótico sino determinante. A los que estaban en movimiento no se los veía perdidos sino con una orientación. No hablaban ni había indicaciones. No se distinguían voces humanas sino ruidos de puertas, escaleras, fricciones. Quizás la gente no sabía exactamente a dónde ir pero sabían cómo averiguarlo. Nadie frenaba la circulación, ni en las escaleras ni en los pasillos. Y no iban todos para el mismo lado. Yo me asomé ante ese ritmo y supe que iba a entorpecer ese movimiento porque no tenía ni idea de dónde ni cómo acceder a mi bote alternativo. Sabía algunas cosas: que no tenía que bajar, que tenía que salir a las cubiertas exteriores y que no tenía que ir a la sección hundida. Por lo tanto, mi bote alternativo estaría sobre la izquierda y en alguno de los dos niveles de cubierta exterior. Al encontrar una escotilla al exterior (no son tan fáciles de distinguir porque algunas llevan hacia abajo al sector de máquinas), seguí a un grupo de cadetes que también se habían quedado mirando el movimiento y parecían tan perdidos como yo.

Quién ocupa cada bote es una decisión tomada en tierra, antes de embarcar, por el Jefe de Supervivencia junto a los suboficiales más antiguos de especialidad "mar". Son ellos quienes evalúan las fojas de cada tripulante para jerarquizar criterios basados en lograr sobrevivir en el mar. La realización de los cursos de supervivencia (seguridad e higiene, abandono y supervivencia, nadador de rescate o cualquier otro curso relacionado) es la primera cualidad que se mira para distribuir tripulación en los botes. Lo más importante es la distribución lo más equitativa posible para que en cada balsa haya un tripulante con cada una de las funciones de salvataje aprendidas en los cursos básicos. Luego se evalúa la experiencia en tiempos de navegación, distribuyendo a modernos con antiguos para que en cada bote se encuentre un equilibrio de millas navegadas. El criterio que sigue es el de la experiencia en el propio buque, privilegiando la relación entre quienes viven ese destino por primera vez junto a quienes tienen años en esa unidad de superficie. El resto de la población de la “cáscara de nuez” se distribuye en los botes siguiendo las guardias compartidas, para que todos sepan dónde está quien le tomó la guardia y a quién se la entregó.

O sea, distribuyen gente de tal manera que, en cada balsa, haya por lo menos uno de cada función de supervivencia, mezclando tripulantes con máximas y mínimas experiencias y los que quedan, que sean quienes le toman la guardia a alguno que esté en la balsa. Aunque en todas tiene que haber oficiales y suboficiales, no importa tanto la relación de cantidad entre ellos porque los criterios no se basan en la jerarquía sino en la capacidad de supervivencia. Todo es en base a la supervivencia.

Estando afuera buscando mi bote alternativo, el escenario era otro. Yo estaba en la cubierta exterior pero todavía no había subido. Esto significa que había más gente arriba pero nadie más abajo. Ahora sí se escuchaban conversaciones, gritos e indicaciones. Afuera había más caos sonoro que adentro. Se preguntaban por apellidos y se distinguía claramente una enumeración constante de gente. Habrían pasado unos 5 minutos desde la indicación del altoparlante pero el exterior del buque y su superpoblación lateral daba a entender que esos 5 minutos habían sido aprovechados en cada segundo. Yo estaba “impactada” con el movimiento de gente a mi alrededor y escuché un grito claro desde arriba: “La de la Gaceta!”, alguien me había reconocido. Miré hacia arriba e identifiqué a uno de los hombres de mi equipo anterior. Lo vi hacerle señas a otro que tenía al lado quien se asomó, me miró y me indicó: “tenes que subir. Estamos en el 7”. Levanté mi dedo pulgar en señal de “ok” y escuché que le dijo al hombre que tenía al lado que “ya encontramos a la civil”. Ahora ya sabía cuál era mi bote alternativo, pero tenía que llegar sin volver a entrar al interior del buque. Lo que en algún momento había parecido fácil por la cantidad de escaleras, en esa situación de abandono y de movimiento parecía imposible. El resto de los hombres y mujeres se chocaban suavemente entre sí y pasaban por espacios minúsculos para llegar a su bote y no quedar en el camino. No éramos los 231 de tripulación ya que siempre hay roles que cubrir de “control de averías” aún con la señal de abandono pero debían estar faltando unas 30 personas máximo. No eran cuerpos que obstaculizaban el paso sino que se movían en sintonía. Era una danza donde los ritmos de cada uno se movían con velocidad pero con sutileza, con determinación pero sin desesperación y con movimientos individuales totalmente coordinados entre sí.

Yo estaba cerca de la baranda que nos separaba del agua observando ese movimiento hasta que alguien me indicó que tenía que subir rápido porque sólo faltaba yo en el bote 7. Me agarró del brazo derecho, me escoltó con suavidad pero con velocidad unos 20 metros hasta una escotilla que comunicaba un nivel con el otro y me señaló hacia arriba. “No te olvides que es la 7. Andá a la 7”. Subí las escaleras, llegué a mi nivel de cubierta, pasé por entre la gente de los otros botes salvavidas y llegué a mi grupo. Como el

buque “se había inclinado hacia la derecha”, todos teníamos que evacuar por el lado izquierdo generando una “superpoblación” en los botes salvavidas y en ese corredor lleno de gente. De los 20 agrupados alrededor del bote, casi todos permanecieron inmóviles y en silencio salvo un hombre que celebró con un grito a alguien de la cubierta de abajo “Ya tenemos a la civil”. En otros botes había más gente agrupada y supuse que, dado que el bote 2 se había inundado, ahora compartíamos bote salvavidas con el grupo 7 original. O sea, éramos más en menos botes y eso podía aumentar nuestras posibilidades de supervivencia en altamar.

Todavía había gente en movimiento buscando sus botes y personas gritando apellidos. No era caótico sino dinámico y constante. La cubierta exterior estallaba de gente. El mismo hombre que me llevó gritó “Bote 7 completo” y así también lo fueron haciendo otros. “Bote 5 completo”, “Bote 3 completo”. El que llevaba el cuaderno de asistencia se acercó a mí, me dio una palmada en el hombro y me dijo que no me haga problema por perderme, que a todos les pasaba la primera vez. Anoté en mi cuaderno de campo: “Ya te vas a acostumbrar al buque.”

El movimiento de gente cesó. En la cubierta de abajo estaba el hombre que tenía a cargo la pistola de bengalas y estaba anunciando al resto del buque que iba a iniciar el “disparo” de la señal. Tal como lo muestran en muchas películas, el hombre estira sus brazos y los inclina apuntando hacia el cielo en dirección al agua. Disparó, pero lo que sea que salió no se encendió. Hizo un ruido fuerte y seco pero el disparo no funcionó. Al costado mío, uno de los jóvenes dijo “Cagamos”. Ambos se rieron y eso generó un primer “relajo” en el cuerpo de quienes estábamos ahí, como si nuestra acción hubiese terminado y ahora dependiéramos de otro. El hombre que tenía el cuaderno de los habitantes del bote salvavidas 7 se había acercado amablemente a explicarme qué estaba pasando: “A veces las bengalas se vencen y se secan y es un problema serio a resolver. Es clásico de esta nueva Armada que no navega”. El hombre con la pistola volvió a disparar hacia el cielo y esta vez sí apareció una estela de luz roja que se elevó por el cielo.

No sé si cambió de pistola o si una pistola tiene varios disparos; no pude ver ese movimiento. En vez del hombre me quedé viendo el cielo, imaginando que en un episodio real de abandono ese ruido, humo y luz son la esperanza de rescate. Imaginé la desesperación de que no funcionara y que nadie pudiera ubicarnos y pensé en todos los pequeños pasos que hacen a ese movimiento que permite sobrevivir. Aunque esos pasos sean individuales están pensados como un accionar colectivo donde todos se necesitan y dependen entre sí. La compensación por la ayuda dada y recibida es inmediata porque

todos se cuidan entre sí generando una circulación de cuidados. El dar y recibir tareas de cuidados es una obligación y un requerimiento. Es un principio de reciprocidad puesto en cada situación naval.

La forma más estudiada por Bronislaw Malinowski de reciprocidad fue en el intercambio. En su obra *Los Jardines del coral y su magia* (1977 [1935]), presenta a la horticultura como el centro institucional de la vida de los trobriandeses y analiza el sistema de intercambio de regalos como mecanismo social para regular las relaciones sociales y las de poder. En esa etnografía retoma su pregunta sobre la circulación de objetos ya inaugurado con su estudio pormenorizado del kula (1987 [1922]), circuito cerrado y regulado de intercambio intertribal de collares de concha roja y brazaletes de concha blanca que circulan por las islas. Uno de sus hallazgos fue dar cuenta de que no es exclusivamente una actividad comercial y que no resuelve una necesidad material o utilitaria de quienes realizan los intercambios, sino que la circulación de objetos es un fenómeno en el que intervienen factores mágicos y de prestigio y es una asociación que se establece para toda la vida (Malinowski, 1987:98): “una vez en el kula, siempre en el kula”. Es así que el antropólogo presenta a la reciprocidad como el mecanismo social fundamental de integración y control social que incluye la cooperación, la coordinación, la distribución de tareas y la integración de miembros de distintas aldeas.

En el sistema de reciprocidad que existe en la Armada no hay intercambio de objetos sino una relación de circulación de cuidados donde hay alguien cuida, otro que es cuidado y que debe devolver ese cuidado. Pero a diferencia del kula de Malinowski donde el tiempo de devolución es en un futuro no cercano, en las relaciones de cuidado entre la tripulación, el tiempo es inmediato. Son acciones pautadas en el presente que involucran la expectativa de devolución en el futuro inmediato. Es por eso que no cumplir con la devolución de cuidados conlleva una sanción social intrínseca y total.

Existe la variabilidad individual sobre cómo formar parte de este sistema de intercambio de cuidados. Cumplir el rol para asegurar un destino de cuidado colectivo a los tripulantes y al buque convierte al suboficial en un miembro de la comunidad y de una familia naval. La fuerza de la reciprocidad se pone en juego en cada interacción social estando en el mar. Lo fundamental en este modo de relación, al igual que sucede con los intercambios en las islas melanesias, es que todas las partes tienen que cumplir con su parte del compromiso. Y aunque esta es la ley que asegura la continuidad de la comunidad, no se encuentra escrita sino que es una obligación social de todos los miembros para garantizar el funcionamiento del sistema, sea éste en una tribu trobriandesa o en un buque de la

Armada Argentina. No cumplirlas genera un rechazo vincular intolerable; al igual que a las cabo segundas pinchadas se les recordaba que “estaban ahí para trabajar”, esta demanda o requerimiento de “hacer lo que hay que hacer” se puede ver claramente en todas las acciones durante la navegación. En esta relación hay una expectativa de obligaciones mutuas.

Al dar, se obtiene el derecho a recibir. Por eso es una relación entre distintas partes que incluye, valora y jerarquiza la dependencia que se construye con el otro quien, al formar parte de la relación, adquiere derechos y obligaciones. Este principio de reciprocidad permea toda la vida social naval del suboficial porque en guerra (y en paz también), cada uno cuida a quien tiene al lado y hace lo que tiene que hacer. Si no, el buque no avanza. Y eso asegura que la vida de toda la tripulación se asienta en la dependencia mutua de y en el cumplimiento de estas reglas recíprocas. Para que la interacción en el mar sea exitosa, los miembros respetan y reconocen la dependencia en un sistema que los vincula recíprocamente. El actuar de uno tiene consecuencias directas en el accionar del otro.

Las normas y los roles están formalizadas pero la actitud con la cual cumplirlas no está regularizada legalmente. Tampoco existe, como dice Malinowski (1987), una “obligación automática” sino que quienes forman parte de las relaciones de reciprocidad cumplen las reglas porque integran un determinado orden social en el que todos se condicionan mutuamente. El mundo social naval le requiere a sus miembros que sigan este principio porque es la condición de posibilidad colectiva. De otra forma, no se sobrevive a una emergencia en altamar. Por eso si no actúan según las normas, es preferible desembarcar que “pincharse”.

El tiempo de cuidados recíproco está constituido por el poco tiempo real que se tiene ante una situación de abandono luego de un impacto. El rol de abandono puede ser inmediato o inminente: el primero es cuando el tripulante no tiene un segundo extra para escapar del buque porque este se hunde y ya no hay nada que hacer. El abandono se debe efectuar a una velocidad total. El abandono inminente incluye un tiempo de “control de averías” para intentar mantener el buque a flote la mayor cantidad de tiempo posible, y le permite al Comandante evaluar la situación y los riesgos antes de dar la orden de abandono inmediato. Esta situación de riesgo le da más tiempo al tripulante para ayudar a un compañero o para completar la mochila de abandono con objetos de valor emocional que le permitirán vivir la situación de riesgo con mayor contención como la foto de algún

familiar. La velocidad para reacciona a ambas situaciones nunca está en duda pero el tiempo disponible para cada una de ellas es un abismo.

En el ejercicio realizado en La Argentina, luego de hacer los disparos, el hombre a cargo del bote salvavidas indicó que había que hacer el abandono en menor tiempo, que en una situación real no hay que perder tiempo ni caminar lento, hay que “ir decidido”. Por eso hay que recorrer el buque hasta conocerlo de memoria y siempre hay que saber dónde están las escotillas y los accesos a cada sector, sobre todo para salir a cubierta. Explicó que cuando hay un incendio o cualquier situación de emergencia, lo primero que se pierde es la luz al interior del buque y que, para lograr salir, hay que saberse el camino de memoria. Recomendó, mirando a los más jóvenes, que no desaprovecharan la oportunidad de recorrer el buque en sus tiempos libres, que eso puede salvarles la vida. “Navegar es una oportunidad única, no la desperdicien”. Algunos lo miraban con seriedad y aparecían algunos gestos de preocupación, las cejas inclinadas y la boca presionada. No eran rostros relajados. La vida dependía de hacer bien ese ejercicio. Más tarde anoté en mi cuaderno de campo: “RECORRER EL BUQUE PARA PODER SALIR”.

En los ejercicios no había una transmisión de conocimiento teórico, sino el aprendizaje de secuencias operativas en acción a través de la propia experiencia corporal (Mauss, 2003:407). Son saberes dentro de un cuerpo que aprendió algo, como una acumulación de experiencias que parecen acciones automáticas de un *saber experiencial*, de una confianza en el movimiento por haber repetido mil veces lo mismo para saber qué hacer en el momento justo. Para adiestrarse en el abandono y aprender de cómo responder ante los riesgos, es necesario estar en el mar.

La revisión de mochilas fue igual de exigente. El oficial a cargo abrió la suya y mostró lo que tenía: linterna, chocolate, pilas, medias de algodón, marcador (por si estás con extranjeros y tenes que indicar algo lo podes dibujar sobre cualquier superficie), agua para beber y caramelos. Preguntó si todos tenían lo mismo y nadie respondió. Me miró nuevamente y me felicitó porque había conseguido salvavidas, pero era un error grave seguir sin mochila de abandono. “Agarrá una bolsa cualquiera y meté un par de medias y una botella de agua, eso te va a salvar la vida de verdad ante un caso de emergencia. Aunque seas civil, te conviene estar preparada”. Me estaba hablando de la vida y la muerte. Yo ni había pensado en esa posibilidad por mi improvisada embarcación y por la falta de conocimientos sobre los riesgos. Pero los peligros existen (y no avisan).

La posibilidad de realizar ejercicios de adiestramiento vinculando generaciones diferentes forma parte central de la formación de los suboficiales más jóvenes, no por

posibilitar la trasmisión de saberes, sino por ser la base de un sistema que requiere de gente experimentada haciendo equipo con gente que la está generando. Hutchins lo explica de la siguiente manera:

En un sistema integrado por novatos y expertos es probable que se cometan muchos errores, pero como hay muchas personas que están al tanto de esa posibilidad y se mantienen vigilantes, es probable que la mayoría de los errores sean corregidos. Esta observación lleva a la conclusión un tanto paradójica de que cierta cantidad de errores puede en realidad ser funcional. Todo episodio de corrección de un error es un contexto de aprendizaje, no sólo para quien lo cometió, sino también para todos los que lo presenciaron (1996:72).

La capacidad de construir experiencia desde el error es un paso en el proceso de formación de los suboficiales, en especial por la falta de navegación y por los pocos momentos en los cuales los flamantes cabos segundos pueden poner a prueba lo aprendido en la seguridad de las aulas de la ESSA en la tierra firme de la base naval. El adiestramiento consiste hacer de todos los errores una posibilidad de enseñanza sobre la responsabilidad de cada uno para, como me lo explicó el Suboficial Mayor (R) VGM Jorge Lenzi, “hacer lo que hay que hacer”. En todas las situaciones vividas en la navegación las decisiones sobre la distribución de responsabilidades ya están tomadas con anterioridad en tierra. Se hace lo que alguien decidió y reglamentó que hay que hacer. No hay opciones disponibles, sino una indicación. Esto reduce el caos y la pérdida de tiempo. Las situaciones imprevistas que requieren toma de decisiones se resuelven con la pirámide jerárquica: el suboficial informa y el oficial decide.

Alguien gritó “Finalización del ejercicio” y la gente empezó a dispersarse hacia el interior mientras dejaban la cubierta cada vez más vacía. El regreso a sus puestos y roles de trabajo no era tan veloz, pero sí ordenado. Las mochilas hacían más difícil la circulación. Ese “bolso de abandono” es cargado individualmente, lo cual significa que para subir y bajar escaleras, hay un cacho-de-algo que separa los cuerpos con mayor distancia. O sea, van más lentos y ya sin urgencia de abandono.

El adiestramiento permanente recuerda la existente de riesgos. Son ejercicios sobre el tiempo de evacuación. No están navegando ni paseando. Están en un buque de guerra. La catástrofe está prevista y trabajan constantemente para prevenir el desastre a través del cuidado recíproco en cada uno de los ejercicios, los adiestramientos y las salidas al mar.

3.2 Rol control averias

La coordinación necesaria para sobrevivir un rol de combate o un principio de incendio se adiestran en el mar, pero se practican en tierra. Esta decisión descansa en aprovechar el tiempo en tierra para no llegar “hoja en blanco” a las cubiertas y a los primeros ejercicios de abandono o de lucha contra incendios. Tal como sucede con los distintos saberes del suboficial, estos se inician en las aulas de la escuela de suboficiales y en los talleres de la escuela de técnicas y tácticas navales (estt) con la esperanza de volverse experiencia luego de soltar amarras.

Los suboficiales (de todos los grados) que se sumen a las tripulaciones de la flota de mar, antes de embarcar, realizan adiestramiento en lucha contra incendios y control de averías. En ambas situaciones, no es la totalidad de la tripulación la que debe hacer algo para prevenir esa rotura o incendio, pero todos a bordo deben saber cuál es su rol y tener bien en claro qué deben hacer y dónde deben estar. Por eso, todos realizan el curso.

La división de Control de Averías, tal como lo vimos en el capítulo 1, funciona dentro del departamento de máquinas. Allí funciona la central del Control de Averías y trabajan quienes centralizan todos los datos y actividades relacionadas con las heridas del buque (posibles o sufridas) en relación al abandono, la contaminación y los incendios. Son, oficialmente, los enfermeros del buque. Por eso, hasta que el Comandante no dé la orden de abandono, son ellos quienes permanecen a bordo para poder informarle la situación (y su gravedad) minuto a minuto.

Cuando hay una emergencia, se transforman en el departamento con autoridad máxima y son quienes detentan la responsabilidad mayor. El orden de la ejecución de las indicaciones de control a averías es fundamental. La supervivencia requiere de coordinación, cooperación y entrega para tener éxito en el control de la avería. Su objetivo no está vinculado a cuestiones operativas del buque sino a mantenerlo operativo. Son ellos quienes están a cargo del control de la estabilidad y la flotabilidad de la unidad de superficie, como también de la prevención y el control de las averías que suceden durante la navegación. El adiestramiento comienza en tierra y se consolida en el mar.

Una avería es cualquier accidente, rotura, imprevisto o quiebre que afecte las propiedades principales necesarias para la navegación. Esta aclaración es pertinente ya que en un buque pueden dejar de funcionar distintos elementos que no ponen en riesgo la vida del buque y esos son resueltos por el departamento que sufre dicho desperfecto. Pero si la falla pone en riesgo a la estabilidad, la navegabilidad, la flotabilidad o cualquier otro sistema que haga peligrar la gobernabilidad del buque, es el equipo de Control Averías el

adiestrado para curar y sostener la capacidad operativa de la embarcación y evitar, así, el destino más trágico: el abandono y el hundimiento.

En la Escuela de Técnicas y Tácticas Navales el personal nuevo en el destino (mayoría cabos) adquiere conocimientos en una instancia teórica y otra práctica donde abordan cuestiones técnicas sobre cómo identificar el siniestro, distinguir situaciones de riesgo y aplicar las destrezas, elementos y normas de seguridad necesarias para aplacar el riesgo y salvar al buque. El Encargado de Programación de Cursos y Adiestramiento, Suboficial Principal Ramón Benítez explicó en una nota de *La Gaceta Marinera* que

Dentro de la unidad debe haber una organización para las emergencias en combate. Nosotros preparamos al personal en los adiestradores que simulan ser una estructura interna confinada. Todos los conceptos que adquieren en el aula los llevan a una práctica lo más real posible, y luego a bordo (19 de marzo de 2021)

A bordo de las distintas unidades se realizan simulacros de lucha contra incendios en las primeras horas de la navegación. Pero la primera práctica que sigue a la teoría se desarrolla en los buques atracados a puerto, no en los que están navegando en el mar. La decisión de esta condición refiere al riesgo porque se entiende que quienes están realizando el adiestramiento en tierra son primerizos y necesitan de un apoyo que en agua no tendrán: un equipo de bomberos.

Los simulacros son planificados por oficiales en tierra, quienes deciden el momento, la ubicación y el grado del incendio a enfrentar. Estas condiciones determinan la respuesta y el tiempo de la misma esperada para resolver la situación, justamente porque la gravedad de la misma depende de esos tres factores; no es lo mismo un principio de foco de incendio en el comedor de oficiales durante la noche que un incendio en una turbina en la sala de máquinas en horas de mayor operatividad. El riesgo aumenta y la necesidad de estar adiestrado se hace más aguda. A su vez, el tiempo de respuesta se achica y demanda una acción instantánea para salvar a la tripulación y al buque. El simulacro de incendio comienza con la activación del sistema de emergencia que comunica la situación a la totalidad de la tripulación para que cada uno vaya a donde tenga que ir y haga lo que tenga que hacer. En navegación quienes no cumplen ninguna función, aguardan en el hangar las novedades del Comandante. Pero en los ejercicios en buques atracados, el personal que no está de guardia y que no cumple tareas en el rol de control averías, desembarca y espera junto al camión de bomberos cualquier indicación del Comandante.

Quienes quedan a bordo para controlar el incendio se dividen en grupos que luego serán los responsables de llevar adelante la lucha contra incendios en el mar: control de averías, grupo de investigación (primeros en llegar), grupo de ataque (combaten el incendio), grupo de refrigeración (contener el incendio) y el grupo de logística que responde ante los pedidos de los equipos que están al frente de la lucha. Los suboficiales de enfermería son los responsables de administrar la evacuación de heridos y discriminar quiénes pueden recibir asistencia a bordo y quienes requieren desembarcar.

Cuando hay una avería en la navegación, el tiempo es fundamental. Cada segundo en el cual la emergencia no es resuelta, reduce la posibilidad de vida del buque y su tripulación. La desorientación es una de las cuestiones que provoca mayor peligro. Yo perdí mucho tiempo entrando en lugares sin salida y en otros llenos de máquinas. Muchos corrían, tal como lo hice yo, en sentido contrario a la evacuación. Estando allí entendí que no “conocer el buque” es muy peligroso. Inversamente, conocerlo y estar adiestrado, salva vidas. Conocerlo no remite únicamente a identificar dónde está ubicado cada local. Conocerlo significa poder razonar cuando se corta la luz y ante una situación de riesgo. Conocer al buque es reconocerse en él. Saber, corporalmente, dónde se está y cómo hacer para llegar al lugar al cual se tiene que llegar:

Que tengo que desplazarme y agachar la cabeza cuando toqué la puerta, porque hay una tubería o una válvula. O un grifo que me va accidentar. Tengo que agacharme. O llego acá y toque este, ah viene la puerta. Y levanto el pie para pasar. Eso es conocer, porque si no, no abandona el buque, no lo abandona (Suboficial Mayor VGM (R) Luis Cativa. Mayo 2018)³³

No abandonar el buque en el momento en que se da la orden para hacerlo es sinónimo de muerte. Un “chafa” lo graficó con claridad: “largamos amarre y dependemos unos de otros. De un misil exocet³⁴ no se escapa”. Las emergencias son variadas y cada una tiene una respuesta pre-establecida: la inundación, los daños estructurales o las roturas en el casco generadas por la acción enemiga o por desperfectos de la propia unidad. Las consecuencias dependen, enteramente, de la actividad humana para prevenir la tragedia del buque y su tripulación.

³³ Entrevista realizada por Rosana Guber

³⁴ Misil disparado desde un avión para atacar buques (conocidos como Aire-Mar) y para disparar desde un buque hacia otro buque (Mar-Mar). Gracias al ingenio de técnicos y militares argentinos durante la guerra de Malvinas, modificaron un exocet para crear el primer misil Tierra-Mar y lo denominaron Tiro Berreta. Ver: <https://gacetamarinera.com.ar/especiales/la-ingeniosa-instalacion-de-tiro-berreta-en-malvinas/>

Sonó nuevamente el altoparlante y la atención de todos aquellos con quienes estaba conversando se posó en la fritura. No entendí, pero me pareció escuchar “no es un ejercicio”. Tampoco llegué a preguntar qué habían dicho ya que una de las suboficiales que compartía mate conmigo, usando el mismo volumen de voz con el que estaba hablando, me dijo: “NO TE ASUSTES PERO ESTO NO ES UN EJERCICIO. ES UN INCENDIO REAL”.

Su tono no cambió pero el cambio corporal fue total. Su expresión se tensó, su velocidad se aceleró y su intensidad en agarrarme del brazo para apurarme fueron distintos a las de los ejercicios que habíamos realizado. Ninguno carecía de seriedad e intensidad, pero esta vez no era un simulacro. Se había iniciado un incendio en la sala de máquinas, una cubierta por debajo de nosotros. Esta emergencia del buque requirió que todos los mundos de la tripulación actuaran coordinados, cumplieran sus roles y respetaran las jerarquías para salvarle la vida al buque y a todos los que nos habíamos entregado a él. El destino de vida o de muerte compartido se hizo más notorio que nunca: había que cuidar al buque y a quienes estábamos a bordo para poder volver a puerto con vida.

Corrí a la sala de enfermería donde estaba mi salvavidas y la bruja me dijo que vaya al hangar sin detenerme y que no pierda la calma. “No pierdas la calma”, lo repitió muchas veces. Aunque su mirada estaba concentrada y preocupada a la vez, no dejaba de generarme confianza. Percibí que los que estaban a cargo se harían cargo. Mientras yo dejaba la enfermería, ella me indicó que tenía un rol a cubrir en el incendio y que “no pierdas la calma y corrí al hangar.” La doctora, que todavía estaba en la sala, me dijo que no me hiciera problema, porque ella iba a ir conmigo. Desde que sonó la alarma hasta que salimos de la enfermería habrán pasado unos treinta segundos. Pero esos segundos parecieron más acelerados, más rápidos y casi podría decir que en cada segundo entraba más tiempo del que estaba acostumbrada a vivenciar. Ante la situación de riesgo, el tiempo se condensaba y cada momento valía mucho más. El riesgo aceleraba todo. Estando en el anillo de circulación, el ritmo de los cuerpos era impactante. Este no era un ejercicio. La ritmicidad estaba estrechamente vinculada a una situación real de peligro y potencial muerte. Nunca había visto algo así: en espacios tan reducidos había velocidades multiplicadas. Algunos iban hacia arriba, otros hacia abajo, algunos hacia proa y otros hacia popa. Pero nadie estaba quieto: todos iban a algún lado porque el buque así lo indicaba. La gran mayoría íbamos en sentido al hangar a esperar noticias sobre el incendio en la sala de máquinas.

Al llegar nos encontramos con que la gran mayoría de la tripulación ya estaba ahí. Nuevamente los hombres y mujeres estaban agrupados por especialidad y se los veía relajados. Todos con sus mochilas de abandono y salvavidas puestos. En ese espacio había una división que se notaba por la postura corporal, la mirada y las conversaciones. Por un lado, había una minoría de hombres y mujeres tomados por los nervios y la desconfianza. Sus cuerpos no estaba relajados, sus rostros mostraban señas de preocupación, no hablaban entre sí y miraban constantemente a la puerta del hangar que se abría cada vez que ingresaba alguien. A veces era el Segundo Comandante para hablar con los oficiales que allí estaban y otras era personal que había concluido su rol y que debía sumarse “a los que esperábamos”. En su mayoría, ese grupo estaba integrado por los más jóvenes. Aunque la diferencia que constantemente me marcaron era generacional, se le sumaba claramente la del agua: los que habían navegado y los que no.

Las rondas de inexpertos eran visitadas por hombres que, poniéndolos en círculos, les revisaban las mochilas de abandono, les explicaban lo que estaba pasando haciendo referencia a que tenían que guardar calma y que iban a aprovechar para aprender de este rol que no era adiestramiento sino real. Esa situación se repitió con unos 5 ó 6 grupos. El hombre a cargo hablaba con los más jóvenes, ellos prestaban atención y todos vaciaban sus mochilas para ver qué elementos habían puesto. “Tienen que tomárselo en serio”, “miren a los que tienen experiencia”, “no entren en pánico”, “para esto es importante hacer los cursos de pre-embarque y no tratar de zafar”, “la vida de quien tenés al lado está en juego”.

El otro grupo, el que navega, estaba relajado corporalmente, mantenía conversaciones en ronda con otros y sólo hacía silencio cuando el Segundo Comandante ingresaba al hangar, por la posibilidad de que se dirigiera a quienes allí estábamos esperando. Eso sucedió una única vez y dijo con claridad: “Es un principio de incendio en la sala de máquinas, pero lo estamos controlando. Les vamos a avisar cuándo pueden volver a sus tareas.” Se volvió a poner su traje antiincendios y se fue del hangar. Las otras dos veces que ingresó, conversó con la doctora y con un grupo de 4 oficiales. Luego me contaron que en esas conversaciones, el Segundo los notificaba del operativo y, a su vez, pedía información sobre cómo la tripulación estaba manejando el stress del incendio.

En ambos grupos, los navegantes y los que no, la incertidumbre era compartida porque nadie sabía si el incendio iba a avanzar o si habíamos perdido una de las turbinas o si había algún herido en acción. No saber es una condición permanente en la navegación, y depende de una división de tareas y de responsabilidades. Sabe quién tiene que saber para tomar decisiones o para ejecutarlas; el resto confiamos. Algunos entienden que esta

división de roles y de saberes es la que los va a salvar y por eso no están en pánico. No se trata únicamente de saberes dispersos sino que en la Escuela Naval y en la Escuela de Suboficiales se entrena lo técnico y, sobre todo, la entrega a un tiempo colectivo, coordinado y sincronizado.

Los no navegantes estamos nerviosos, ansiosos y desconfiados de todo lo que sucede porque todavía no nos entregamos al buque, a esa división de tareas y a ese mandato de jerarquía. Durante la navegación se hace cuerpo el aprendizaje de tierra: ante un momento de peligro, hay que confiar.

La última interrupción en el Hangar del Segundo Comandante fue para avisar que el incendio ya estaba sofocado y que ahora se activaría el rol de control de averías para evaluar los daños y las posibles consecuencias de dicho incendio. El Comandante nunca apareció. Su preocupación estaba en el buque (apagar el principio de incendio) y en su tripulación (que cada cual cumpliera su rol). Los no navegantes respiramos con alivio y nuestros hombros se relajaron al escuchar sus palabras. Quienes tenían que cubrir alguna actividad en ese rol, ya sabían qué hacer. Y el resto, también. Nunca nadie queda boyando -manteniéndose a flote- en el buque. Yo fui una de las últimas en salir del hangar y pude ver el éxodo ordenado de todos los que estaban allí. Con calma y animados, todos atravesaron la puerta y volvieron al interior del buque.

La doctora esperó conmigo a que terminara la salida y volvimos a la enfermería. Me indicó que seguro ahora tendrían cola de personas con malestares ya que se acercaba la hora de la cena (nunca me había dado cuenta del paso del tiempo) y que los mareos aparecen siempre con situaciones de stress, durante el primer día y siempre antes de la cena. Me preguntó si quería ver esa situación “para anotarlo en mi cuaderno” y le dije que sí, pero que también necesitaba un poco de tiempo para procesar todo lo que había pasado. Al parecer, el stress no era compartido por todos sino por los que pasábamos por una situación de riesgo por primera vez. Se rió y me dijo que este era un buen momento para “ponerse a trabajar con calma”. Bajamos a la enfermería y ya había suboficiales jóvenes esperando.

3.3 Rol operativo

El antropólogo norteamericano Matthew Desmond (2011) realizó una investigación etnográfica sobre cómo (y por qué) los bomberos forestales se forman y se acostumbran a vivir su vida profesional en el Servicio Forestal de Estados Unidos plagada de riesgos, habiendo una cantidad cuasi ilimitada de ocupaciones disponibles mucho más seguras para

ganarse la vida. Afirma que sólo pudo comprender las complejidades de este mundo social cuando trabajó como bombero forestal en Elk River en el norte de Arizona, experiencia que hizo que su cuerpo se vuelva una nota de campo (2011:100, mi traducción). Al igual que los suboficiales de la Armada en los buques, la tarea de los bomberos forestales los obliga a vivir la mayor parte del tiempo en campamentos en el bosque aislados de sus relaciones sociales familiares y cotidianas. Es, según explica Desmond (2011:95), una profesión que requiere de un abandono de la vida cotidiana y una exigencia de estar “completamente disponibles”. Su propuesta es que, en vez de pensar el comportamiento individual de riesgo, la clave está en comprender a los colectivos y a sus sistemas de organización. En el caso de los suboficiales, la cuestión está en comprender cómo se convierten en “hombres de mar”. La cartilla Naval de la Armada Argentina lo define de la siguiente manera:

Ser hombre de mar no es una profesión común sino una vocación que impone sacrificios y renunciamentos, desechando toda tendencia de lucro, pues los marinos, hombres de mar, tienen **voluntades unidas, inflexibles y solidarias, que saben sufrir en silencio y marchar sonriendo al sacrificio**. La contemplación y el silencio hacen a la integridad de sus almas bravas y creyentes (1971:21. Mi énfasis).

Para la Armada, en 1971, la vida del marino era una vocación de entrega sacrificada, colectiva, solidaria, pobre y sufrida. Es singular y compartida a la vez. No solamente porque comparten la institución sino porque, en algún momento, están juntos flotando en el medio del mar sobre una “cáscara de nuez”. La navegación, para los suboficiales de la Armada, es el momento en el que se convierten en “hombres y mujeres de mar”. El estar juntos en el medio del mar incluye un aprendizaje y adiestramiento sobre jerarquía, roles y responsabilidades para que el destino compartido sea de vida y no de muerte. El cuidado es una acción necesaria para cubrir roles de combate ante el impacto de un torpedo, para contabilizar que no falte nadie a la hora de abandonar el buque y también para auxiliar a una compañera nadadora que le cuesta llegar a la otra balsa. Tal como vería en los ejercicios a bordo, el cuidado es recíproco: se requiere y se demanda.

Esa noche íbamos a cenar empanadas y fue la enfermera quien me comentó que en la cocina necesitaban manos para el repulgue. Ni lo dudé. Sin haber terminado mi segunda docena, un joven oficial interrumpió nuestra tarea y todos los suboficiales allí presentes lo saludaron protocolarmente. Me dijo que me había escuchado hablar de mi investigación durante el almuerzo y afirmó que “lo más cerca que podés estar del agua es en un gomón

con los nadadores y el timonel”. Pensé que era una broma pero él no se rió. Permaneció serio y me indicó que había un ejercicio ahora y que podía pedir autorización para sumarme. Pasaron tres minutos, volvió y me dijo “vamos”. Me miró con más detalle y me consultó si tenía más ropa y calzado porque me iba a mojar entera: “el mar te va a salpicar la cara y te va a mojar desde la cintura para abajo”. Por mi escueto bolso de navegación no tenía recambio de nada, pero no me importó.

Amablemente me dijo que en la cubierta me prestarían un traje y allí, enfrente de las 30 personas que estaban participando del ejercicio, me lo puse. La gran mayoría de los suboficiales miraba lo que sucedía en el mar, mientras que otros estaban realizando revisiones de sogas, salvavidas y escuchando a un oficial que daba explicaciones diversas. También allí estaba la enfermera y otros suboficiales con salvavidas y controlando medidas de seguridad. Cada uno estaba participando y observando alguna actividad relacionada con su especialidad. Una vez que esa casa flotante sale al mar, se aprovecha cada minuto y cada oportunidad para el adiestramiento.

Me preguntaron si tenía vértigo y si sabía nadar. Al dar mi ok, me mostraron que debía bajar por la “escalera de gatos” (soga, madera y nudos) y se ofrecieron a guardarme la cámara de fotos para que no se me mojara. Claro, seguía vigente el rumor de que yo era de la *Gaceta*. El ejercicio se realizaba de la banda de sotavento (costado opuesto a la parte desde donde viene el viento, conocido como barlovento) para proteger y minimizar los riesgos de quien embarca o desembarca. Para bajar esa escalera hay que dar pasos seguros y sin apuro. Me ataron y me indicaron que la seguridad me la iban a dar desde arriba, que no me iban a dejar caer. Pero que es importante prestar atención a cada paso porque una caída puede generar un golpe muy fuerte en el cuerpo al chocar contra el buque. Por eso me enseñaron con mucha didáctica cómo pasar el cuerpo del otro lado de la baranda para poder bajar al gomón. Tampoco me había dado cuenta pero, en ese momento, no estábamos avanzando sino que estábamos fondeados (maniobra conocida como anclar) para inmovilizar el buque y poder realizar los ejercicios múltiples que incluían cuatro actividades: prueba de nado, buzos revisando el casco, “chafas” aprendiendo nudos de seguridad y timoneles manejando el gomón. Las actividades se desarrollaban simultáneamente en el agua y en el buque y había un diálogo constante entre ellos.

En la cubierta había un oficial que hacía de “puente” entre ambas superficies y era quien estaba del otro lado de la baranda recibiendo a quienes subían y asistiendo a quienes bajaban. Para pasar el cuerpo del otro lado de la baranda hay técnicas, como en cada una de las actividades a desarrollar en la navegación. Primero había que poner el cuerpo en

paralelo a la baranda casi tocándola con la parte derecha de la cadera, sostenerse con las dos manos y pasar la pierna derecha del otro lado por arriba quedando sobre la baranda. Luego, pasar la segunda pierna –sin soltar la baranda- hasta quedar del otro lado, tocando ahora con la izquierda de la cadera. Los más experimentados pueden soltar la mano derecha para quedar enfrentados al mar pero mi instructor me indicó que no me suelte hasta no estar dándole la espalda la mar. Al revés que los experimentados. Una vez del otro lado, con todo el cuerpo hay que moverse hasta quedar alineado con la escalera. En ese momento se sueltan las manos, una a la vez, y se agarra la escalera. Luego sólo resta bajar escalón por escalón (40cm de largo, 15cm de ancho con intervalos de unos 30cm aproximadamente) de madera dura.

Desde arriba me fue imposible calcular cuántos metros había desde la cubierta hasta el nivel del mar, pero parecía abismal. Aunque el buque no estaba avanzando, el movimiento no se detenía porque bailábamos con las olas del mar. Esto significa que mientras alguien estaba bajando la escalera de gato, el buque entero se movía. Los brazos hacen mucha fuerza ya que son quienes sostienen el cuerpo a medida que las piernas van deslizándose hacia los niveles de abajo. Al llegar al último peldaño, el gomón estaba pegado al buque, moviéndose junto a él a la espera de que todos nos subiéramos a bordo. El rescatista (a quien identifiqué por su traje de neopren) me agarró del brazo y me ayudó a mudar mis pies del peldaño al gomón. Una vez adentro, vi la distancia que había entre el mar y la cubierta y era fabulosamente grande, aunque me dijeron que había sólo 5 mts. También pude apreciar el buque desde el mar: elegante, enorme, intimidante. Es una casa-máquina de 120mt de largo flotando en el mar que absorbe todo el movimiento del agua. La ilustración 13 ayuda a ilustrar lo irónico que es pensar que dicha máquina era apodada una “cáscara de nuez”.

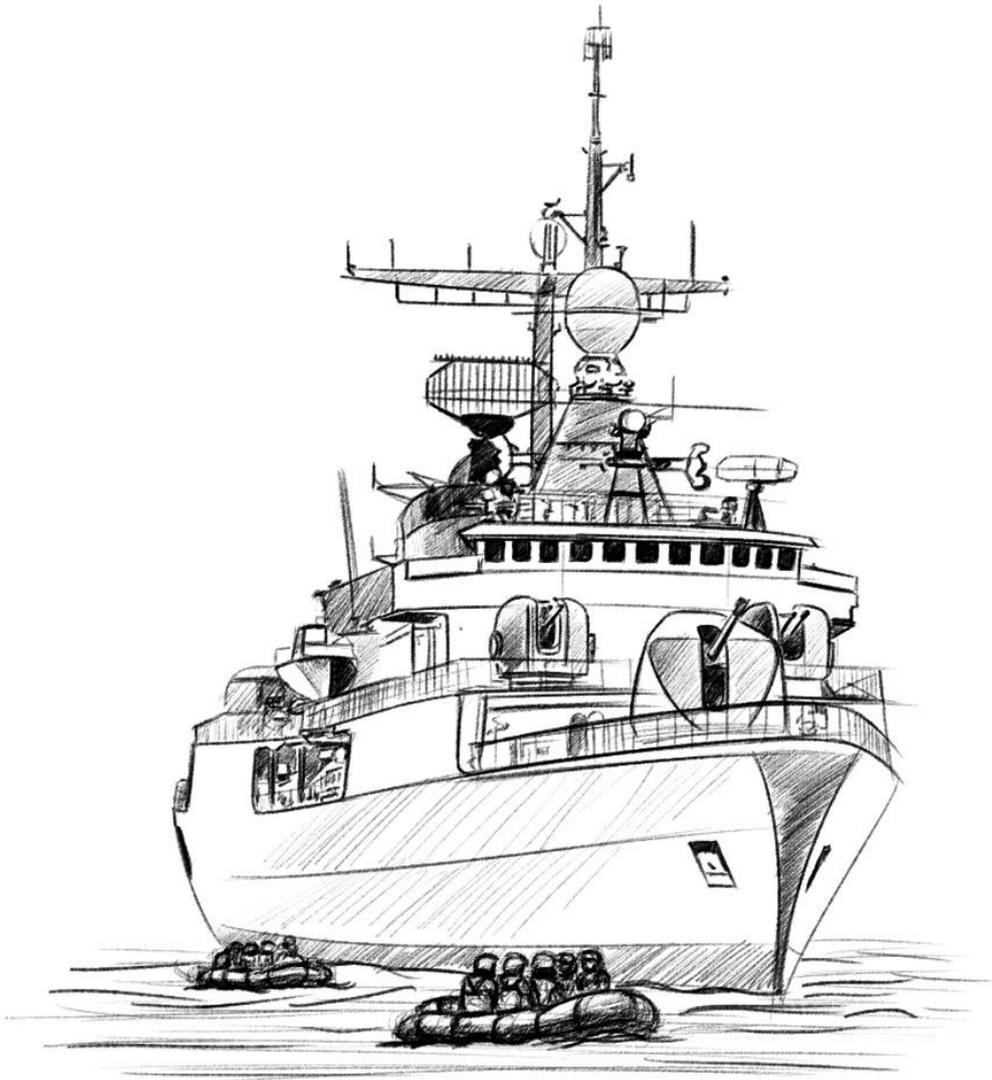


Ilustración 13. Dibujo de un ejercicio en los gomones de la ARA La Argentina (Gómez, 2022)

En el gomón había dos hombres y esperamos la llegada de una tercera mujer, una suboficial muy joven que estaba viviendo su primera vez. Se notaba por el nerviosismo en cada uno de sus pasos. Desde arriba, se escuchó un grito “si la civil pudo, vos también!”. Sus pasos comenzaron a ser más seguros hasta que logró estar casi a la altura del mar. Los suboficiales chafa con quienes había cenado habían mencionado que los egresados de la ESSA tienen cada vez más miedo al mar porque no lo conocen y eso es un problema grave que no parece tener pronta y efectiva solución.

Una vez todos en el gomón (“chafa”, civil, rescatista, y suboficial invitada) nos fuimos a navegar. El timonel tenía que practicar una maniobra para darle la vuelta al buque. Pasarle cerca y después lejos. Lo rodeamos dos veces. Luego de la segunda, desde la cubierta recibimos indicaciones con un megáfono de alejarnos para que practicasen los

nadadores de rescate. Había otro gomón que también estaba haciendo ejercicios. El Segundo Comandante desde cubierta le indicó a los dos nadadores que se tiraran al mar y que nadaran hasta el otro. El ejercicio era de resistencia (casi nunca pueden nadar en el mar abierto) pero también de coordinación: uno de los nadadores era experimentado y la otra estaba viviendo su primera etapa de mar. Como regla de cuidado, deben ir juntos sin importar la distancia que uno pueda sacarle al otro por la práctica o la mejor capacidad respiratoria. El más experimentado miraba constantemente a su compañera para no alejarse y para chequear si tenía alguna necesidad. Nadaron juntos, y cuando llegaron al otro gomón, se subieron juntos. Descansaron unos minutos y el Segundo, desde cubierta, gritó que debían volver al nuestro. Eso hicieron. La ida y vuelta pone en evaluación la capacidad corporal pero también la mental. Es cumplir la orden sabiendo que quien la da sabe que pueden hacerlo. Es confianza. Se volvieron a tirar al mar y regresaron por segunda vez a nuestro gomón. Los ayudamos a subirse y los noté agotados. El hombre felicitó a la mujer por haber logrado ambos trayectos y ella se reía, pero no podía más. Se notaba que su respiración era muy acelerada y necesitaba descansar. La colaboración entre los nadadores fue notable en todo el ejercicio que fortaleció músculos corporales y lazos sociales necesarios para que cada uno haga lo que tiene que hacer. La mutua dependencia habilita un reconocimiento de semejanza y de la dependencia de la solidaridad para mantener un orden social (Durkheim, 1994) que establece un tipo de lazos recíprocos particulares basados en la prestación y contraprestación en una relación, siendo esta naval y bélica.

Ante la falta de navegación, se implementó el aumento en la cantidad de prácticas desde el aire. Otro de los ejercicios en los que se adiestran los nadadores de rescate (pueden ser cabo segundo o cabo primero de cualquier especialidad suboficial), es la realización de clavados desde helicópteros a 8mts de altura, en los cuales en tres segundos deben tirarse al agua en vertical (para no golpear con la superficie) y rescatar a la víctima en menos de sesenta segundos. El Cabo Primero Juan Alberto Martínez, nadador rescatista egresado de la ESSA, explicó que “hay que arrojarse, no dudar, contener a la persona que esté en el agua. Estar lúcido en el momento y tener rapidez en la reacción” (*Gazeta Marinera*, Marzo, 2017). Tanto en los ejercicios desde un buque como desde un helicóptero, se aprenden los tiempos inmediatos que requiere cuidar, con rapidez, la vida del otro.

Las tareas de cuidado se vinculan mucho con un sentimiento de solidaridad. La reciprocidad demanda, de alguna manera, que todos cuiden y todos sean cuidados. En el caso de los suboficiales, durante la navegación existe una clara división de trabajo que

ubica a cada quien en una tarea correspondiente para poder sobrevivir la navegación, incluya o no situaciones de guerra³⁵.

Como yo estaba a bordo, el timonel sugirió irnos un poco más lejos para poder golpear las olas del mar y que “la de *La Gaceta* haga una nota más completa”. Y eso hicimos. Yo me hubiese quedado dando vueltas todo el día porque el asombro era total. No sólo estaba literalmente tocando (o siendo salpicada por) el mar, sino que estaba participando de un ejercicio de navegación privilegiado. Ver el buque desde el agua me amplió las dimensiones de la necesidad de funcionar coordinadamente para estar en el mar: el ambiente es determinante de la práctica porque el horizonte está muy lejos y no hay nada más ni nadie más. Es el buque, el mar, el cielo y la tripulación.

En el gomón no se habló de horas ni de cuánto faltaba para volver, sino de cantidad de guardias, de actividades y de modos del mar. Marcaron la necesidad de regresar porque el viento estaba cambiando. Era el tiempo del mar el que regulaba la actividad y no la de los humanos o la institución. Mucho menos el tiempo de “la de *La Gaceta*”

3.4 El ARA San Juan

Luego de mi experiencia en el agua devolví el traje prestado, me sequé lo mejor que pude y fui a la sala de control máquinas, espacio al que había sido invitada por el Jefe. Me sumé a la ronda de mate iniciada por los suboficiales y me preguntaron cómo venía mi investigación sobre Malvinas. Luego de tanto ejercicio de abandono realizado en las últimas 24hs, compartí con ellos mi asombro por el adiestramiento requerido para un navegar cuidado, de esos que evitan catástrofes y donde todos tienen que hacer algo. Comenté, con mucho agradecimiento, que la navegación me estaba permitiendo entender un panorama de riesgo, de roles, cuidado y responsabilidad que me resultaba desconocido, quizás por ser civil, quizás por mi vida anclada en tierra.

Los maquinistas más antiguos, quienes se habían formado en la ESMA, me comentaron que, al igual que sucede en la actual ESSA, ellos tampoco habían aprendido de la historia de Malvinas pero que al haber compartido navegaciones con quienes habían estado embarcados en la Flota de Mar en 1982, pudieron empaparse de experiencias que, de otra manera, les hubiera sido imposible de acceder. Un joven maquinista formado en la

³⁵ En su estudio sobre los pilotos de la Fuerza Aérea, Guber (2016) describe una situación de restablecimiento de combustible en el aire entre dos aviones y señala que la responsabilidad por la vida del otro parece ser el hilo conductor de la carrera. A su vez, indica que para esa acción se requiere de una estructura jerárquica pero recíproca donde la lealtad y la camaradería son conceptos nativos que los pilotos utilizan para dar cuenta de la relación concreta entre oficiales y suboficiales.

ESSA sumó a la conversación que ellos cuentan con instructores que habían combatido, pero que los aspirantes no siempre se enteran de esa particularidad. En las distintas asignaturas donde hay combatientes a la cabeza pueden, a través del aprendizaje técnico, comprender cómo fue la experiencia de la guerra.

Entre tanto hablar de Malvinas y mi búsqueda por sus imponderables, ellos relacionaron la vida a bordo durante el combate con la tarea dolorosa e incansable que debieron desarrollar por la búsqueda del submarino ARA San Juan S-42 desaparecido el 15 de noviembre del 2017 con 44 tripulantes a bordo. El 17 de noviembre de 2018, a pocos días del aniversario de su desaparición, la empresa *Ocean Infinity* contratada por la Armada Argentina halló la nave a 907 mts de profundidad, a 600km aproximadamente de Comodoro Rivadavia. En esas navegaciones de búsqueda cada guardia le preguntaba novedades a la otra, la información circulaba de boca en boca y todo se hacía con precisión. La angustia, la incertidumbre y la presión de encontrar a sus camaradas no atentaba contra el control del local, de la técnica y de la tarea a cubrir. Uno de los suboficiales más antiguos que había participado en la búsqueda relacionó la tragedia del San Juan con el hundimiento del Belgrano al expresar que suponía que la angustia que vivieron los suboficiales con rol de rescate era similar porque “había que dar todo por encontrarlos”, mientras vivían la “angustia por encontrarlos y también por volver con vida”.

En su investigación sobre los aviadores de A4Q, Guber (2016) muestra que la muerte no es un secreto para los militares ya que “merodea” su vida profesional y personal por ser un *métier* inherente a su profesión. Describe cómo los rasgos técnicos, institucionales y personales en decisiones tomadas al calor del combate que se alejan de la “impersonalidad de las órdenes fragmentarias” las hacen singulares por contener “tramas con final abierto” (2016:324). El “mal presentimiento” y los compañeros que no regresan de combates aparecen como una consecuencia posible de decisiones y, a la vez, como una cuestión personal.

El San Juan fue una cuestión personal que no sólo afectó a las tripulaciones y al cuerpo de la Armada. También a su familia naval extendida: las familias de quienes se embarcan se notificaron del riesgo de muerte que implicaba navegar. A mí me sucedió algo similar. Había naturalizado que la situación de riesgo pertenecía al pasado y que sólo sucedía en situación de combate pero la realidad era diferente: el riesgo también estaba en el presente.

En septiembre del 2018, el ministro de Defensa formó el Consejo General de Guerra integrado por el viceministro de Defensa, el jefe del Estado Mayor Conjunto y el subjefe en el marco de la Ley N°26.394 de “Justicia Militar³⁶” para investigar la responsabilidad de ocho oficiales de la cúpula de la Armada en el hundimiento del submarino ARA San Juan y la muerte de sus 44 tripulantes.

Diversos medios nacionales de comunicación (La Nación, Telam, Clarin, Infobae) informaron sobre la investigación en la cual, luego de cuatro meses de audiencias con carácter confidencial, se consideró que la tragedia estaba vinculada a una falta de cuidado por parte de la cadena de mando quienes debieron realizar reuniones de emergencia constantes para vigilar la situación y desde tierra, debieron indicarle al Comandante al mando del submarino que permaneciera en superficie al efectuar el regreso a puerto y mantener diálogo constante con tierra luego de la comunicación del 14 de noviembre del 2017. Fue cuando el submarino reportó a la base naval de Mar del Plata el ingreso de agua en las baterías, un cortocircuito y un principio de incendio.

Dentro de las diversas sanciones, el Consejo decidió destituir al entonces Jefe del Comando de la Fuerza de Submarinos en la Base Naval de Mar del Plata, máximo responsable de la división de submarinos por negligencia al haber

faltado al cuidado o descuido de la tropa y equipamiento a su cargo, al no haber ordenado ni recomendado expresamente al Comandante del ARA SAN JUAN la conveniencia de permanecer en superficie por un período limitado, manteniendo una comunicación a intervalos hasta definir un modo de acción que permitiese una navegación segura de regreso a puerto. Asimismo, no adoptar medidas en el ámbito de su Comando para convocar en forma urgente a su Estado Mayor y a otros especialistas a efectos de analizar exhaustivamente la situación y profundizar en la búsqueda de la mejor solución, a fin de brindar un apoyo eficaz a la Unidad. (Telam, 22 de Marzo 2021. Mi énfasis)

A su vez, dispuso "arresto riguroso" por 45 días del entonces Jefe del Estado Mayor de la Armada como sanción

en ocasión de haber sido informado el 16 de noviembre de 2017, -es decir un día después del siniestro- de la avería inicial y posterior pérdida de contacto del submarino ARA San Juan ser negligente en su accionar al demostrar falta de cuidado o descuido de la tripulación y equipamiento a su cargo, al haber incurrido

³⁶ Una de las modificaciones que el proceso de “democratización” llevó a cabo fue la reforma en los Códigos y Normas de la Justicia Militar. A partir de la sanción de esta Ley en el 2008, se eliminó el fuero militar y se homologó, en cuestiones penales, al ciudadano militar con el civil. Fuente: Infoleg.

en demoras y al haber transmitido al Ministerio de Defensa una información tardía e incompleta respecto de los sucesos iniciales acontecidos respecto de esa nave.

Al entonces Comandante de Adiestramiento y Alistamiento de la Armada también se lo sancionó ya que

actuando como autoridad responsable de planificar la entrada a dique de los medios navales, haber sido negligente en su accionar al evidenciar falta de cuidado o descuido de la tropa y equipamiento a su cargo, al no haber dispuesto desde el momento de su asunción en el cargo, en febrero de 2017, la entrada a dique en tiempo oportuno del submarino ARA San Juan. (Telam, 22 de Marzo 2021)

Pocos días antes de conocer las sanciones y argumentos del Consejo de Guerra, el Centro Naval³⁷ emitió un comunicado en el cual afirmaron con mucho énfasis que la responsabilidad de la navegación es del Comandante en mar y no de las autoridades en tierra ante imprevistos, averías o decisiones en combate. Sus argumentos descansaban en que el cuidado y la responsabilidad en una situación de aislamiento es una condición que sólo pueden entender quienes se entregan a la confianza de la tripulación, el buque y su Comandante:

El Comandante es una roca que permanece firme, es ante todo un reservorio de fortaleza y seguridad, una voz que transmite calma y un padre que vigila y vela por sus hijos Todos confían en él y él confía en todos; buque, tripulación y comandante son una sola cosa. Ningún buque sale a navegar si todos y cada uno no confía en las otras partes. Los marinos saben que el buque tiene ALMA. Ese buque confía en ese Comandante y en sus hombres; esos hombres confían en su Comandante y en su buque y el Comandante confía ciegamente en sus hombres y en su buque. **Ningún marino sale a navegar sin esa confianza recíproca. Es por eso que el comando en el mar reviste una complejidad y una responsabilidad que no puede entenderse sin vivirse. [...] El mar es lejanía, es aislamiento, es incomodidad, es saber cuándo se zarpa, pero no si se vuelve o cuando se arriba.** Es la incertidumbre sobre la llegada del auxilio, es la certeza absoluta que, en el mar, uno está sólo y sólo uno debe decidir. A veces el mar nos muestra su poder despiadado, a veces al mar se suma un desperfecto imprevisto, a veces sucede en el peor momento y a veces en el peor lugar. A veces todo ello ocurre junto, eso le pasó al SAN JUAN el 15 de noviembre de hace tres años. Pero a bordo había marinos, abordó había un Comandante, ellos eran un equipo con su buque, todos confiaban en todos y dieron lo máximo (18 de Marzo 2021. Mi énfasis).

³⁷ El Centro Naval fue creado el 4 de mayo de 1882, por un grupo de jóvenes Oficiales de la Armada Argentina, egresados de las primeras promociones de la Escuela Naval Militar, que buscaron con este acto jerarquizar la profesión naval (Centro Naval).

Las sanciones provistas a los altos mandos de la Armada Argentina por el siniestro y la desaparición del San Juan se sostienen en las faltas de cuidado cometidas. No es casual que el comunicado del Centro Naval profundice esta cuestión, pero haciendo referencia al cuidado y la responsabilidad que el buque demanda a su tripulación, siendo la “confianza recíproca” lo necesario para navegar. La condición de aislamiento genera un tiempo de devolución instantánea de la deuda adquirida en la reciprocidad. La “incertidumbre sobre la llegada del auxilio” demanda que el cuidado entre quienes navegan esas “cáscaras de nuez” no tenga demoras.

Todos necesitan que cada cual cumpla su rol con responsabilidad. Es una acción colectiva sostenida en relaciones de reciprocidad con una distribución de tareas, jerarquías y cuidados que están en sintonía y coordinados. La navegación es más que una suma de tareas individuales. Nadie sale solo a altamar. Nadie mueve un buque por sí mismo. Nadie pelea una guerra en soledad.

El último día de navegación, me desperté con melancolía. No quería que esa experiencia terminara; quería perderme mil veces más en las distintas cubiertas y conversar con todas las personas con quienes no había tenido tiempo de hacerlo. La mañana la pasé en la sala control de máquinas, yendo una y otra vez a ver las turbinas y los generadores post incendio. Eran sus encargados quienes insistían en “enseñarme algo más” que se habían olvidado de mostrarme. Me mostraron indicadores, botones, sistemas y todo tipo de aparatos que emitían un ruido abrumador. Pero era hora de volver a tierra. Gabriel, uno de los maquinistas, me recomendó que viviera la llegada a puerto desde el Puente para ver en detalle la danza que se manifiesta antes de atracar.

Fui al Puente de Mando y noté que estábamos próximos al puerto, que ya se divisaba en el horizonte. El ingreso al canal se hace con un remolcador por lo sensible de la maniobra: deben tener cuidado por la profundidad y los vientos que mueven al buque. Es mínimo el espacio para ingresar al canal. Por eso, hay un límite de viento que habilita el ingreso: si se excede, hay que permanecer fondeado hasta que las condiciones sean favorables para la maniobra. Hombres y mujeres hacen lo que el buque necesita para ingresar al puerto.

Dicen que la reputación de un capitán se juega en esta maniobra. Quizás por eso, el puente de mando se llenó de gente atenta, observando y en silencio. Allí estaban el Comandante, el Segundo, el Jefe de Seguridad Náutica, el Comandante de la división Corbeta, el Jefe de Máquinas y el Jefe de Defensa. Entre ellos se daban indicaciones y

quienes tenían binoculares, observaban. “¡Entendido Señor!”. Aparte de las jerarquías máximas del buque, allí había muy pocos suboficiales y algunos oficiales de menor rango. El suboficial timonel maniobrando, los oficiales (y cadetes) sacaban cálculos de viento y distancia, y los comunicantes mantenían la información actualizada entre las distintas secciones y también con el exterior. Afuera del Puente, quienes no tienen roles en esta maniobra aprovechan la llegada de las antenas para usar sus celulares y avisar el esperado arribo.

En la cubierta principal hay otro baile: son los suboficiales de mar quienes toman el control de sogas y amarres para preparar al buque antes de su arribo a puerto. Al acercarse, el buque se prepara para lograr atracar sin daños y con la mayor suavidad posible. Mientras el remolcador hace de guía y propulsor del buque, los “chafa” hacen el trabajo fino y fuerte de asegurar el buque en el puerto. Para eso hacen fuerza, mucha fuerza. Desatan y anudan las sogas. El movimiento tarda unos cuarenta minutos. Esto significa que una vez tocado el puerto, también hay ritmos establecidos sobre quién hace qué y en qué momento. El Comandante es el primero en salir. El resto de nosotros limpiamos nuestros espacios, juntamos la basura, barremos y armamos nuestro equipaje y esperamos la indicación por los parlantes de cuándo toca salir. Cuando nos indican, devolvemos los chalecos salvavidas y la frazada –junto a las sábanas usadas- a los suboficiales de servicio y volvemos a cruzar la planchada para desembarcar.

3.5 Recapitulación - "La vida de todos depende de eso"

El rol de incendio es la situación más crítica por la que una tripulación puede pasar en tiempos de paz. En altamar existe una coordinación de acciones de cuidado a la tripulación y al buque para minimizar el riesgo en aislamiento porque, tal como lo recalcaron los suboficiales, no se puede llamar a los bomberos. La catástrofe está prevista: trabajan siempre para superar el desastre, lo ejercitan para minimizarlo. Los protocolos que se inician son ejecutados para evitar el rol más fatídico que es el de abandono, donde la tarea fundamental es cuidar al buque y a quienes lo habitan. Durante un incendio se pone a prueba la disciplina y el adiestramiento del personal afectado a las tareas de extinción y también de quienes no cumplimos rol pero debemos estar listos para accionar según lo indique el Comandante.

Ante un principio de incendio en la sala de turbinas se me hizo corporalmente evidente que un buque también es una bomba de pólvora, combustible y electricidad donde

todos los tripulantes deben cumplir su rol y cuidar a los demás porque cada segundo perdido aumenta el riesgo de muerte. El riesgo de muerte inminente por estar navegando es ejercitado constantemente porque cada segundo cuenta para salvar la vida de la tripulación y del buque en situación de guerra y en incendios o cualquier otro tipo de imponderable que no sea resuelto a tiempo. Resalté que la confianza que se tienen al estar en esa “cáscara de nuez”, es la vida puesta literalmente en las manos de otra persona.

La cartilla naval de la Armada (1971:71) explica que en esos momentos las improvisaciones pueden ser peligrosas y “solo dará fruto el trabajo de equipo sereno y eficaz”, producto de los frecuentes ejercicios de adiestramiento. La “entrega al buque” no es una cuestión de creencias, sino de responsabilidad y reciprocidad estructural. Cualidades requeridas que sólo se aprenden compartiendo el aislamiento en el mar.

En este tipo de relación social donde la ejecución responsable de roles incluye una reciprocidad de cuidados aparece otra faceta del tiempo del suboficial naval. En la navegación, el tiempo está enlazado en la reciprocidad. Es aparentemente voluntaria pero quien se interese en formar parte de la familia naval no puede no hacerlo. Se trata de un código vital. “Hacés lo que tenés que hacer” porque los demás lo están demandando y requiriendo todo el tiempo: 24/7. La vida de todos depende de eso. No es la institución la que requiere de reciprocidad, sino el resto de la tripulación porque su vida está en juego. Por eso se preocupan por ubicar a todos en los botes salvavidas; por eso los rescatistas nadan juntos; por eso al hablar de Malvinas, los “grasas” me recuerdan al San Juan.

Lo esporádico de las navegaciones juega en contra de la vivencia de reclusión necesaria para aprender e incorporar esa reciprocidad inmediata requerida para estar a bordo. El aislamiento de quienes navegan –mucho, poco o nada- ejercita un conocimiento práctico, pero también una experiencia social única de cuidado con quien se comparte la navegación. Los suboficiales más antiguos egresados de la ESMA me mostraron en el buque que su preocupación estaba en que hoy las nuevas generaciones no tienen ganas de navegar y no entienden por qué hacen las cosas, justamente porque no tienen experiencia de mar. Es la “familia naval” a bordo la que demanda y requiere de una devolución instantánea de cuidado para que el destino de todos sea de vida y no de muerte.

La navegación en un buque de guerra es una situación de riesgo constante donde todos tienen que proteger la vida del otro. Las relaciones de cuidado entre los suboficiales y los oficiales tienen en su base un potencial social, porque generan deudas entre sus integrantes. Dar y recibir se entrelazan en la misma acción generando una deuda de cuidado en la navegación que descansa en un sistema basado en la confianza. Por eso

negarse a participar es negarse a formar parte de la comunidad. Es un contrato –el del cuidado- indispensable para la vida social naval militar.

En sus estudios etnográficos iniciados en las Islas Trobriand en mayo del 1915 (1977, 1986, 1987) Malinowski se interesó en explicar socialmente cómo las conductas individuales son reguladas por un sistema de normas y obligaciones que organizan a sus miembros en una red de relaciones que garantiza la continuidad social con sus propios mecanismos de integración. Si no se cumple, hay sanciones. Algo similar sucede en los mundos suboficiales donde la tarea de cada uno tiene consecuencia en las tareas y en la vida de los demás. Como “aunque te quieras bajar, no puedes”, el ambiente es fundamental para entender la singularidad de la Armada en general y de los suboficiales en particular. La tripulación se cuida así misma y cuida al buque; el buque, a su vez, se deja cuidar y cuida a toda la tripulación de los avatares de la vida en altamar.

Tal como mostré en los capítulos anteriores, en el mar, cada suboficial se ubica técnica y jerárquicamente y adquiere una responsabilidad profesional sobre el resto de la tripulación, dependiendo de la operación que el buque realiza. Son eslabones de una misma cadena donde todos dependen de todos una vez que se larga la última amarra del muelle. En este capítulo, la pregunta estuvo centrada en las prácticas de roles suboficiales mediante la distribución de responsabilidades y la reciprocidad inmediata en el cuidado. La eficiencia del buque se juega en el adiestramiento, en la entrega al protocolo, en el respeto de la jerarquía y en vivir –con mucho cuidado- el destino colectivo. Porque, como me explicó Marcos Gutierrez, “la vida de todos depende de eso”

Cada rol incluye una cantidad inmensa de actividades aprendidas en las aulas (y patios) de la Escuela de Suboficiales, pero puestas a prueba en el mar. En el próximo capítulo, mi atención estará en cómo los aspirantes aprenden a preparar su cuerpo y sus habilidades para poder “hacer lo que cada uno tiene que hacer”, aún teniendo poco tiempo destinado, irónicamente, a la preparación particularmente militar.

CAPÍTULO 4. ESCUELA

“La Armada necesita unión porque en el buque se hunden todos.
Forman parte del mismo sistema. Sobre todo los navales.
El infante está codo a codo, el piloto ataca sólo, pero los navales son todos uno sólo”.
(Suboficial Mayor (R) Claudio Bosco. Octubre 2018)

En este capítulo dejo el mar para desembarcar y volver a tierra firme. Mi ubicación ya no es el buque sino la Escuela de Suboficiales de la Armada ubicada en la Base Naval de Puerto Belgrano. Ese es el primer espacio de formación de los suboficiales; es el momento y el lugar en el cual dejan de ser civiles y comienzan su vida militar. Allí, siendo aspirantes a su primer cargo (cabo segundo) adquieren una capacidad técnica que generará una particular comunidad de habilidades. El espacio del buque que ocupa un suboficial está siempre relacionado con su especialidad: como vimos en capítulos anteriores, si es “mar” estará en la cubierta superior recibiendo los vientos y las gotas de agua; si es “maquinista” su lugar en el buque estará en la segunda cubierta inferior, por debajo de la línea de superficie y lejos de la brisa del mar. En las aulas, los pasillos y los patios de la escuela de suboficiales es donde aprenden a llevar adelante esa relación técnica, corporal y colectiva.

Aquí me pregunto cómo el postulante (luego aspirante) y futuro suboficial de la Armada comienza a vivir los tiempos singulares que ordenarán su relación con el mar y con el buque desde las aulas de la ESSA y qué pasa cuando esa relación tiene más tierra que mar. ¿De qué manera, en palabras del suboficial Bosco, se comienza a vivir la unión que caracteriza a la Armada para lograr ser “todos uno sólo”? El objetivo es describir la especificidad de la formación técnica, naval y militar necesaria para el control de un ritmo colectivo, pensada desde el buque en el mar pero aprendida en las aulas en tierra firme.

Comienzo con la descripción de los pasos educativos que convierten a un civil en un aspirante naval y muestro también que el viraje de rol “democrático” (Frederic, 2013; Soprano, 2016) que se le asigna a la institución militar tiene implicancias directas sobre el plan de estudio al escindir, tal como lo entienden los suboficiales, la práctica de la teoría, el mar de la tierra, el buque del aula. De igual manera, abordo algunos cambios vinculados a la formación de los suboficiales implicados fundamentalmente en esta escisión originada en dejar atrás la ESMA y crear la ESSA.

Luego analizo en detalle el aprendizaje de técnicas corporales (Mauss, 1979) de los aspirantes, cómo se enseña y se aprende el “aguante” necesario (Garriga Zucal, 2005) para convertirse en suboficial de la Armada. Recupero los puntos significativos de quienes enseñan la relación necesaria para lograr el cuerpo colectivo a través del “orden cerrado” y diversas coreografías. Allí aparece el entrenamiento corporal ligado al esfuerzo (Waquant, 2006) para conformar una sincronidad que habilita a los futuros cabos segundos, formar parte de un colectivo que se forma para enfrentar el riesgo de la batalla y la navegación.

4.1 El inicio: postulantes y aspirantes

La tarea de la Escuela de Suboficiales de la Armada es formar a los futuros Suboficiales de la Armada Argentina, según lo indica su página web, “en los aspectos ético morales, militar, académico y psicofísico, a fin de lograr su aptitud como marinos, técnicos, combatientes y por sobre todo como Hombres y Mujeres de Honor al servicio de la Patria”. Para poder ingresar a la escuela y formarse como “hombres y mujeres de honor” hace falta ser argentino, mayor de 18 años o contar con consentimiento por escrito del padre y de la madre, no tener más de 24 años, ser soltero/a, haber aprobado el secundario o estar cursando el último año, aprobar el examen de ingreso a la Escuela de Suboficiales y no contar con antecedentes penales, ni haber sido dado de baja de establecimientos militares. La inscripción nacional comienza en el mes de abril y permanece abierta hasta el inicio de octubre a través de las delegaciones navales ubicadas en San Juan, San Miguel de Tucumán, Salta, Rosario, Posadas, Mendoza, Mar del Plata, La Plata, Corrientes, Córdoba, Concordia, Bahía Blanca y Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Durante el año se realizan distintas actividades en las comunidades para fomentar la inscripción a la ESSA, sea en ferias laborales o en escuelas secundarias.

El primer paso para quien quiera solicitar ingreso a la Armada Argentina como suboficial es a través de la presentación de documentación en las delegaciones navales que acredite los datos biográficos excluyentes: edad, nacionalidad, estado civil y relación impoluta con la ley. Las oficinas de incorporación³⁸ reciben la documentación y comienzan a organizar la evaluación académica y de aptitud psicofísica que se realiza entre el mes de octubre y noviembre en tres etapas, dependiendo del orden de mérito de cada postulante:

³⁸ Ubicadas en la Base naval Puerto Belgrano, Destacamento naval Río Gallegos, Destacamento Naval Río Grande, Base Naval Ushuaia, Base Aeronaval Almirante Zar en Trelew, Base Aeronaval Punta Indio y la Oficina de Incorporación Zárate.

académica, médica y física. El destino final de todas las evaluaciones es la oficina de incorporación de la Escuela de Suboficiales de la Base Naval Puerto Belgrano.

Quienes aprueban la evaluación inicial comienzan a ser “postulantes” y se inician en el Período Selectivo Preliminar (PSP), formación de cinco semanas de duración con un régimen de internado (incluye comida y cobertura social) donde son nuevamente evaluados luego de llevar a cabo una extenuante y exigente preparación física y académica. El puntaje de corte y la cantidad de postulantes que pasan de una etapa a la otra depende de las necesidades operativas anuales de la Armada aunque, en general, esa necesidad no llegue a cubrirse.

Los buses llegan en febrero a la Escuela de Suboficiales de la Armada de distintos puntos del país con alrededor de 700 hombres y mujeres para iniciar el PSP. En un especial publicado en *La gaceta marinera* (2020) se los ve bajar con su bolso con la expectativa de superar el desafío que termina a inicios de marzo. Algunos visten traje, otros lo hacen de manera más informal y hay muchos que complementan su primera presentación con un corte de pelo prolijo y al ras, mientras que las mujeres asisten con el cabello recogido. Se ven distintos cuerpos, estaturas, gestos y tonos de piel. Tienen por delante 2 meses de convivencia con gente que no conocen, para aprender técnicas que nunca usaron y para poner a prueba el rendimiento físico. El tiempo en aislamiento que compartirán será fundamental para ejercitar y asimilar un nuevo tiempo colectivo, recíproco y bélico: el tiempo suboficial.

En la obra ficcional autobiográfica *El aprendiz*, el ex alumno de la ESMA Eric Fabián López se propuso “reflejar las inquietudes, aspiraciones y esperanzas de una generación de jóvenes que contribuyó a la grandeza de la Nación” (1997:3) relatando la vida de Henry, un joven que ingresa a la Escuela de Mecánica de la Armada en la década del cuarenta que toma decisiones sobre su futuro educativo en la aquella institución. A lo largo de su obra presenta sucesos, aprendizajes y normas de la vida en la escuela relatando la vida cotidiana de Henry y sus compañeros. Desde su ingreso para la inscripción hasta la finalización de su cuarto año dentro de la escuela, López (1997) narra la importancia que los alumnos le dan al uniforme, al primer “rancho”, a mantener las uñas limpias y cortas, al cumplimiento de los horarios, a guardar silencio, a respetar la prohibición de fumar y a manejar la expectativa del domingo con las visitas familiares de 14 a 17hs. También refiere a las clases de aritmética, matemática, geometría, historia, geografía, taller de herrería y mecánica, dibujo técnico, natación, idioma, y las de índole militar como el uso del fusil, las prácticas de tiro y el armado y desarmado de los fusiles Mauser. Dentro de las enseñanzas

que López (1997) relata, también incluye las reglas de convivencia dentro y fuera de la escuela como “ceder el asiento a las damas y a los superiores en vehículos públicos”. El PSP aparece como un momento fundacional para Henry, el protagonista de la historia: es allí cuando comprende que “ha comenzado para él, el largo camino de la pubertad y su continuo peregrinar hacia la adultez” (1997:21).

Casi todos los suboficiales egresados de la ESMA con quienes conversé sobre estos primeros momentos dentro de la institución, afirman que el esfuerzo y la tenacidad para superar el PSP están vinculados con la decisión y el desafío de abandonar la vida civil para formar parte del “cuerpo de aspirantes”. En una de las jornadas de trabajo de campo del 2014, pude conversar sobre el momento de ingreso a la escuela con dos ex alumnos de la Escuela de Mecánica. Ellos me contaron que en su época (década del setenta) se podía hacer con quince años y que incluyó a 8000 postulantes con espacio sólo para 900 aspirantes que eran seleccionados luego de un período de prueba de 31 días donde la exigencia corporal era extrema. Para dar textura espacial al dato comparativo sobre los 3500 de aspirantes que había en 1981, la ESMA contaba con 36 edificios, 175 aulas, 6 talleres y 6 microcines³⁹. En un momento de la charla, mientras recordaban cómo había sido y con quiénes habían realizado el ingreso, Gabriel - uno de los ex alumnos - expresó que “hay muchas cosas que uno sacrifica de su vida civil para entrar a la fuerza”, sobre todo por su carácter voluntario y por ser “chicos” en el momento del ingreso. Miguel –otro ex alumno- recordó un cambio muy importante en los primeros momentos:

Todos éramos chicos, de todas las provincias muy carenciadass. Todo había que ganárselo. Después del examen, venía la parte escrita y después agarrate porque si aprobabas todo, entrabas en el PSP a los entrenamientos duros. Ese era el primer contacto. Eso era duro, ni bien te daban el equipo con un montón de cosas, no sabías dónde ir, la ropa te quedaba chica, el casco no sabías ni cómo ponértelo, estabas perdido (Julio 2014).

Aparte de aprobar “los entrenamientos duros” del PSP de la ESMA también se evaluaba el rendimiento académico ya que no se permitían las notas inferiores a 6 ni dos aplazos seguidos. Aunque la formación del suboficial no estaba pensada en un marco de “giro democrático” o de “acercamiento al mundo civil”, los postulantes también debían afrontar evaluaciones sobre materias que no eran exclusivamente militares. Como veremos

³⁹ Comunicación personal con Mario Santucho, quien elaboró en el 2019, un informe que el Estado Nacional presentó a la UNESCO para solicitar que el predio de la ex Esma sea declarado Patrimonio de la Humanidad.

en este capítulo, la diferencia con la ESSA es justamente el tiempo destinado a cada una de ellas.

Tal como sucedía en la ESMA, en la actual escuela luego de rendir pruebas físicas y psicológicas llega el turno de la instrucción militar con la cual los instructores podrán evaluar las capacidades de cada postulante y calificar así la aptitud –presente o ausente– para ingresar al estudio de alguna especialidad e iniciar su vida en la Armada con cargo. Durante este tiempo, los postulantes viven en las facilidades de la ESSA como un internado. Estando allí no salen ni reciben visitas hasta su finalización, situación que sucede con una gran celebración en la ESSA donde se reciben a los familiares de los nuevos aspirantes. Como todas las ceremonias de la escuela, es el Director quien, frente a la Plana Mayor y la dotación de la escuela, brinda unas palabras a los presentes, en especial para los que aprobaron el PSP y son bienvenidos a la familia naval. En el 2020, fueron 468 los que lograron este paso. A ellos les indicó que la determinación y dedicación les permitiría culminar sus estudios en la ESSA y vestir los galones (bandas en su uniforme) de Cabo Segundo como primer rango militar. Dirigiéndose a los aspirantes, les indicó que

Habéis abrazado la generosa vocación de defender a nuestro país y a nuestros conciudadanos en y desde el mar. Es esta una vida de servicio, abnegación y entrega al prójimo donde **descubrirán el valor de la camaradería y el trabajo en equipo que los llevará a sentirse orgullosos de sus camaradas hasta confiarles la vida**. En esta Plaza, hoy, da inicio este derrotero profesional; esperan en el camino grandes desafíos, tanto aquellos académicos como y, por sobre todo, sucesivos retos que les harán encontrar herramientas para superarse, para hacerse mejores de lo que ustedes mismos creyeran posible, y para templar su carácter. Es nuestra tarea –agregó– formarlos como calificados profesionales para convertirlos en servidores de la Nación. Ese compromiso representa la voluntad de aprender y de adquirir nuevos conocimientos; cultiven virtudes como la fortaleza y la templanza, en las que encontrarán las respuestas cuando la adversidad parece irremontable. Apóyense en la experiencia y en el saber de sus profesores e instructores (*La Gaceta Marinera*. 6 de marzo 2020. Mi énfasis)

Al igual que los reclamos que se sucedían en las distintas cubiertas del buque hacia los más jóvenes, el Director de la ESSA les estaba advirtiendo a los aspirantes que la entrega al prójimo, el trabajo en equipo, la voluntad de aprender, la templanza y el apoyo en la experiencia son pilares de la vida suboficial. Hasta desarrollar vínculos de orgullo con sus colegas de profesión (camaradas) que les permitirán “confiarles la vida”.

Una vez aprobado el PSP, el postulante se convierte en aspirante naval, adquiere estado militar al estar incorporado oficialmente a la Armada y comienza su vida sujeta a los deberes y derechos propios de una institución militar. También comienza a recibir una mensualidad hasta su egreso como cabo segundo (entre uno y dos años) con un título

superior no universitario (técnico) o un diploma de reconocimiento. Es el Consejo de Dirección quien determina qué postulantes podrán convertirse en aspirantes para integrar el cuadro permanente de la Armada Argentina.

En la última semana los postulantes eligen la especialidad (ver anexo 4) para su carrera militar perfilándose como Naval, Infante de Marina, Aeronáutico o Arsenal. Son caminos que se abren según cada elección que se aprenden una vez incorporados a la ESSA como aspirantes. Cada uno de estos escalafones cuenta con orientaciones, dando como resultado 53 posibles caminos para ser suboficial. La ramificación de especialidades es imposible de entender a menos que se piensen desde los requerimientos de las distintas unidades de la Armada: buques, submarinos y aviones. Para cumplir sus operaciones, ya sean de adiestramiento o en combate, un buque necesita de una multiplicidad de personas con especialidades diferenciadas. Como vimos en el primer capítulo, al buque hay que moverlo, timonearlo, mantenerlo con electricidad, aire y agua potable, defenderlo ante posibles ataques, comunicarlo con el mundo exterior y a su vez, atender a la tripulación para que pueda comer y dormir. Para cada una de estas acciones, hay una orientación formativa específica.

El perfil del egreso de todas las especialidades presenta una formación común en cinco aspectos: la "formación ciudadana" compartida se basa en la adquisición de "amor, lealtad y respeto" por la patria y por la Constitución Nacional, así como también de un respeto por los derechos y de un conocimiento sobre los fundamentos legales básicos de la organización política de la Nación. Estos conocimientos se complementan con una "formación ética y moral" que incluye un desarrollo de valores y virtudes propios de la institución como el honor, la lealtad y la prudencia y "haber internalizado los conceptos de libertad, verdad y solidaridad". La "formación humanística-cultural" fomenta el conocimiento de historia y geografía nacional, el desarrollo de competencias lecto-comprensivas y un aprendizaje básico de matemática, física y química. También incluye la adquisición de conocimientos sobre higiene y seguridad. Esas serían, de alguna manera, aptitudes buscadas también por otras profesiones/carreras del mundo civil; lo que distingue a la formación del suboficial es que complementa el aprendizaje técnico de su especialidad con la "formación militar". Ésta se sostiene en tres pilares:

- conocer la organización de las FFAA,
- comprender la subordinación y el espíritu de cuerpo, y
- "haber adquirido orgullo por pertenecer a la institución, una adecuada vocación naval y de servicio".

La formación militar se completa con una “formación en marinería” y una “formación física” apta.

Existen carreras operativas (no administrativas) como máquinas o mar que sólo pueden ejercerse únicamente arriba de un buque, pero también existen otras carreras (como servicio o comunicación) que lograron encontrar una nueva funcionalidad en los edificios o en las bases de la Armada ante la falta de navegación cotidiana. Las especialidades de los suboficiales describen tareas que no aparecen en los relatos de la guerra o en el imaginario de la vida militar por parte de los civiles, porque son trabajos que no se ven en el día a día. El desafío es entender que el buque, el submarino y el avión necesitan muchas acciones técnicas y coordinadas para poder ser armas en el mar. Ese desarrollo se inicia en la tierra pero, tal como mostré en los capítulos anteriores, requiere del movimiento del mar para hacer del saber individual, una experiencia colectiva. El amplio mundo del suboficial naval se basa en esa complejidad.

Cada especialidad le abrirá la puerta o le bajará la planchada al reciente Cabo Segundo recién egresado de la ESSA a distintos espacios donde ejercer su saber en tierra o en mar. Pero toda su carrera comenzó como en una escuela con compañeros, directores, normas, libros, pizarrones, bancos y mesadas. Tal como vimos en los capítulos anteriores, cada una es un mundo de saberes, lenguajes, responsabilidades, espacios y tiempos específicos. Se conforman, desde la escuela, como grupos particulares que forman un linaje que incluye antepasados con experiencias de mar y de guerra. La *expertise* técnica es un eslabón fundamental de la cadena de herencia de las distintas generaciones formadas en la ESMA y en la ESSA. Quizás por eso, como mostraré en este capítulo, la carencia de un foco puesto en la enseñanza militar para la preparación de los futuros suboficiales fue la preocupación que más evidencié en todos los encuentros en la Escuela de Suboficiales.

4.2 Las aulas y sus ritmos

La Escuela de Suboficiales de la Armada es uno de los tantos destinos ubicados dentro de la Base Naval Puerto Belgrano. Por eso, para poder ingresar a las instalaciones educativas, primero hay que lograr la autorización del ingreso a la base. Cada destino cuenta con un puesto de control: cubículo espejado, rectangular y con guardias adentro que exigen papeles y un motivo formal para el cual se quiere ingresar. El documento de identidad es la única documentación que, quienes somos extranjeros a la institución y no formamos parte de ella, debemos presentar y dejar en consignación a cambio de una tarjeta

amarilla o verde que nos identifica como “visitante” y que se debe llevar siempre a la vista. Una vez autorizado el ingreso, los guardias habilitan la apertura de la barrera que no es automática, sino que la manejan manualmente dos aspirantes: uno para la barrera de ingreso y otro para la de salida.

Durante mi trabajo pasé por ese control muchas veces y cada una de ellas fue diferente. A veces algún suboficial me esperaba en la entrada para agilizar mi autorización; otras dejaron mi nombre en un listado para permitir mi ingreso, o tuve que explicar mi motivo de visita para que me dejaran entrar. Una sola vez no logré que me levanten la barrera. Aunque la formalización y estandarización son recurrentes en la vida militar, en mi ingreso a la ESSA las situaciones fueron bastante heterogéneas. En general pude ingresar a la institución sin inconvenientes, experiencia exitosa que estuvo facilitada y justificada porque contaba con la autorización del Director de Educación General de la Armada, un dato no menor.

Una vez que se cruza la barrera de ingreso se pueden seguir dos caminos asfaltados y arbolados que contornean un césped prolijamente cortado: el de la derecha lleva a la Plaza de Armas Almirante Guillermo Brown (en homenaje al “padre” de la Armada), espacio central de la escuela porque es donde se iza el pabellón nacional de la ESSA todas las mañanas, se practican los desfiles y, cada miércoles por la tarde, se efectúan los ejercicios militares del “orden cerrado” que describiré más adelante en este mismo capítulo. Lo mismo sucedía hasta el 2004 en el predio de la ESMA, cuya plaza con el mismo nombre, era sede de los mismos sucesos. En la Plaza de Armas las autoridades pueden ver, evaluar y registrar la grupalidad, la coordinación y el ritmo del “cuerpo de aspirantes” integrado por los aspirantes navales de primer año (ANPA) y los de segundo (ANSA). Este es el único lugar donde se encuentran todos porque, en la vida cotidiana, duermen en habitaciones separadas, almuerzan por turnos y aprenden en aulas distintas

El camino que está hacia adelante ni bien se cruza la barrera de ingreso, guía hasta la entrada principal de la escuela. Las calles interiores llevan nombres de suboficiales de la Armada egresados de la ESMA de distintas jerarquías como el Suboficial Mayor Barrios Ramón, Suboficial Principal Artuyo Félix, Suboficial Heredia José, Suboficial Primero Barrionuevo Robustiano, Suboficial Primero Juárez Víctor, Suboficial Primero López Cristóbal, Suboficial Segundo Fleitas Matías, Suboficial Segundo Lobo Roberto, Suboficial Segundo Ojeda Antonio y Cabo Primero Cisterna Jorge. Cada uno de ellos pertenecientes a distintas generaciones, aunque en el nombre de las calles no se identifique

ni su promoción ni el motivo de nominar una calle en su honor. Es un conocimiento exclusivo para quienes conocen la historia de la institución.

En el predio de la ESSA, pero por fuera de la edificación principal, también se encuentran los depósitos generales, el GAMU (gabinete de música), los comedores de oficiales y suboficiales y el CUAS (Cursos de aplicación). No pude ingresar a los depósitos, pero sí pude almorzar en ambos comedores, presenciar un ensayo de la banda de música en el GAMU y conocer desde adentro las instalaciones del CUAS.

Para ingresar al hall principal de la ESSA, se pasa por el costado de un mástil que sostiene la bandera nacional y es custodiado por un busto de bronce del Almirante Brown. Una vez adentro, la bienvenida al espacio la da una “chalana”, embarcación menor de madera de casi tres metros de largo, que ha sido restaurada por alumnos de la misma escuela. El espacio es amplio y está flanqueado, por la derecha, por las fotos de las autoridades navales y la institución, como sucede en todas las dependencias de la Armada. Desde el hall se puede acceder a tres espacios diferenciados por sus usos y habitantes. A la derecha se encuentra el ala de los oficiales –denominada “ala norte”- donde se ubican los despachos y oficinas de los Jefes de los departamentos y del Director y Vice director de la escuela. En esta ala también se ubica la sala de reuniones de los docentes civiles y la cocina que es manejada por suboficiales. Allí trabajan quienes estructuran a la institución siendo este el sector más jerárquico del lugar. Antes de cruzar las puertas que comunican con este espacio, hay un cartel arriba que augura la exclusividad de esta área: “Prohibido el ingreso de aspirantes”.

La escalera que lleva a los pisos superiores es la que funciona como separador del “ala sur” y el “ala norte”. Al sur se encuentran los suboficiales y los civiles que no son docentes. En sus oficinas tienen escritorios, sillas, fotos de buques enmarcadas en la pared, manuales de máquinas arriba de armarios, alguno que otro cartel alusivo a un equipo de fútbol y en sus computadores pueden verse protectores de pantalla de buques en el mar. Aquí circula el mate en todas las oficinas y, en ciertos momentos del día, se escucha música proveniente de alguna radio analógica. También circula un “kiosco móvil” con galletitas, *snacks* y propuestas caseras para “acompañar el mate”. Desde las 7:30 hasta las 14hs el movimiento es constante en ambas alas. Los pasillos están transitados y el ritmo comienza a bajar a partir de las 12hs cuando se empieza a servir el almuerzo y baja la intensidad y ritmo de quienes allí trabajan.

En el primer piso se encuentran las aulas de la escuela. El espacio recibidor de la escalera es la biblioteca. Todas las aulas están conectadas por un pasillo custodiado por un

joven aspirante que lleva una cinta de tela azul con una “G” sentado en un banco tipo escuela. Me explicó una suboficial que él es el “guardia”, un alumno con buenas calificaciones que controla la disciplina en el recreo y que los aspirantes estén todos en el aula una vez que suene el timbre. El guardia es el que pone orden. Aún en tiempo de clase está sentado en el pasillo en un banco de aula. No habla con nadie. Cuando yo pasé junto a dos suboficiales al lado suyo, lo saludé pero él ni me miró. Vio a la suboficial con mayor jerarquía, se paró firme y le hizo el saludo militar. El uniforme fue la señal de jerarquía una vez más.

Con la autorización del Director de la ESSA, en el 2017 pude asistir a una clase de “Historia Naval”. Aunque pasé por la puerta varias veces, esa fue la única experiencia en la que pude ingresar a un aula, sentarme en una silla al fondo, utilizar un banco y tomar nota de las hazañas de Hipólito Bouchard y del Almirante Brown en la “guerra del corso”, presentadas por el docente civil a cargo. Había pocas señales que indicaran que esa era un aula de escuela militar: los estudiantes contaban con uniforme (remera blanca con bordes azules, pantalón azul, medias blancas y borceguíes negros) junto a una insignia que indicaba su apellido. En una de las paredes donde estaba ubicado el pizarrón se podía ver un cartel que explicitaba la señalización de rangos en el uniforme. Salvo la vestimenta de los habitantes y el recordatorio de cómo “leer bandas”, el aula contaba con una computadora de escritorio, una mesada de madera para el profesor, una pizarra blanca, marcadores de colores desgastados, borrador, planisferio de República Argentina, armarios, una ventana con vista al exterior y ocho bancos de plástico individuales con espacio para colocar los libros, las cartucheras y las carpetas oficina. Bastante similar a un aula escolar civil.

El ritmo de la clase estuvo marcado por una exposición del profesor que retomó nociones del encuentro anterior, seguido de comentarios de una de las aspirantes que aportó detalles de la travesía de Brown que había anotado en su carpeta. El resto hizo silencio mientras escuchaba el diálogo entre el docente y la aspirante. Luego leyeron un texto del libro sobre historia naval y el docente comenzó a hacerles preguntas a los aspirantes. A los sesenta minutos de haber comenzado la clase, les pidió que realicen una actividad sobre la lectura del texto que acababan de leer entre todos. Dictó siete preguntas y a los diez minutos sonó el timbre. Nadie se movió hasta que el docente indicó que podían salir al recreo, ya que a las 16:30hs debían asistir a otra clase. Cumplir estrictamente con los horarios es uno de los aprendizajes para quienes cursan en la ESSA. El tiempo establecido para cada acción se cumple o se sanciona.

El día de los aspirantes comienza con un desayuno a las 6hs de la mañana. Antes de asistir al comedor, deben acomodar sus habitaciones y vestir su uniforme pulcro y prolijo. A las 7hs de la mañana comienzan sus clases hasta las 13hs que se presentan para el almuerzo. A las 15hs regresan a las aulas. Las clases finalizan a las 18hs y cuentan allí con un recreo de 20 minutos para comenzar el período de “estudio obligatorio” en las aulas de 18:20 a 20hs, sin supervisión de docentes. A las 20hs se sirve la cena y a las 22hs se apagan las luces para dormir. Esta rutina se repite de lunes a viernes, siendo el sábado el día permitido para salir de franco a aquellos que tengan hospedaje fuera de la base naval, debiendo retornar a la misma el domingo por la noche. Los aspirantes viven en la escuela un cronograma de vida muy estricto para prepararlos para los tiempos de guardia que deberán cumplir estando embarcados. La rigurosidad del orden en el pasillo y los horarios estrictos para cada actividad preparan a los aspirantes para cumplir los distintos roles de la navegación en un buque de guerra.

El comedor donde desayunan, almuerzan y cenan está en la planta baja de la institución. Cuenta con siete mesas rectangulares de casi tres metros de largo que son mixtas: aspirantes hombres y mujeres de 1° y de 2° año cuentan con la libertad para sentarse donde quieran. Hay dos televisores y dos mesas de ping pong: una para 1° y otra para 2° año. No medí el espacio del comedor pero aprecié que era grande (entraban unas 300 personas). A diferencia del comedor donde se practica lo mixto en un espacio amplio y cómodo, las habitaciones de los aspirantes se dividen por género y son pequeñas y poco confortables. Aunque estaban sin gente, no ingresé a ninguna de ellas para respetar la privacidad de sus ocupantes. Desde afuera pude ver colchones apoyados en la ventana, algunas toallas colgadas y un desorden visual. El suboficial que me acompañó en el recorrido me indicó que los huéspedes de esas habitaciones tendrían una sanción por semejante caos. Y la sanción, seguramente sería perder su tiempo libre.

4.3 Motivaciones de ingreso

La oficina de incorporación de la Base Naval Puerto Belgrano se ubica al costado del puesto de control de la ESSA. Es la primera oficina y allí tenía destino, junto a otros dos suboficiales, el Suboficial Mayor Cristian Moyano. Tuve oportunidad de sumarme a las rondas de mate en pocas ocasiones, pero todas fueron significativas porque iluminaron aspectos de la vida del suboficial que permanecían desconocidas para mí. Siempre me recibieron con sonrisas, agua caliente y conversaciones que aportaron incontables texturas

a la presente tesis en relación al vínculo de la actual escuela con la ESMA y en cuanto a detalles sobre quienes se inscriben hoy para hacer carrera suboficial.

Moyano es de Mendoza. Su “enganche” con la vida suboficial fue durante el servicio militar obligatorio que contaba con dos años de duración a diferencia del servicio prestado en otras fuerzas con duración de un año. Con picardía me comentó que no quería estudiar, que era muy “vago” y que pensó que era un buen momento para tomar decisiones significativas ya que sus opciones eran “ser delincuente o cambiar mi vida”. Por eso supuso que en una institución militar “iba a andar bien”. Su padre era marino y por eso la Armada no le pareció una institución u opción extraña sino cercana y conocida. En 1990, a los 17 años, ingresó a la ESMA y remarcó que allí se “forjó como marino” y “se convirtió en hombre” al amoldarse estrictamente a las normas y a los reglamentos. Me explicó que su determinación para anotarse a la Armada tenía más de probarse así mismo que de un deber patriótico, que aprendió después. Recordó con nostalgia que su familia le dijo que no iba a durar ni un día en la ESMA por el alto nivel de exigencia física y de estudio, pero con orgullo “se demostró que podía”.

La motivación de Moyano es una entre tantas. Los motivos de ingreso de los actuales suboficiales y de los aspirantes son heterogéneos y no muestran necesariamente una relación de motivación por generación como tampoco por distinción de clase social, aunque pude observar que mayoritariamente se inscriben hombres y mujeres provenientes de clase media baja o clase baja. Esto los diferencia de los resultados provistos por la investigación realizada sobre las motivaciones de los cadetes para ingresar al Colegio Militar de la Nación, institución donde se forma a los oficiales del Ejército, en busca de “un futuro estable” (Badaró, 2009:93). Los aspirantes presentaron un variado abanico de explicaciones para ingresar a la ESSA y a la ESMA: conocí gente de distintas promociones que se sumaron a la Armada para “aprender un oficio”, “superarse”, “salir de la pobreza”, “la elegancia del uniforme”, la “exigencia deportiva”, la “Patria”, “amor por los barcos”, “aventura”, “vivir al lado de la base”, “salida laboral”, “tenía un vecino veterano y me llamó la atención su experiencia”. Se pueden encontrar aquí explicaciones que refieren a la estabilidad laboral, pero también aparecen cuestiones sobre mundos cercanos y conocidos, vecinos de la base, trabajos anhelados, crecimiento personal y búsqueda de experiencias significativas.

Tampoco encontré una generalizada insistencia familiar que indique que un alto porcentaje de suboficiales tienen un familiar militar; tampoco escuché gran cantidad de decisiones basadas en cuestiones patrióticas. Quiénes sí mencionaron a su familia, se

refirieron a algún pariente que estaba en la ARA, lo veían navegar o desarrollar actividades por fuera de la rutina de cualquier trabajo, o la mencionaban al comentar que se anotaron “para que mi viejo esté orgulloso”. Lo que sí apareció de manera recurrente en las conversaciones entre suboficiales de la ESMA y de la ESSA es la opción de anotarse en la Policía Aeroportuaria, el Servicio Federal Penitenciario o en la Gendarmería como opción antes de decidirse por la Armada, mientras que el resto de las FFAA (Ejército y Fuerza Aérea) no aparecían como posible elección. El dato cuantitativo de las motivaciones de ingreso todavía no existe para el estudio de los suboficiales de la Armada.

Aunque los motivos de ingreso no parezcan tener cambios sustantivos según las diferentes generaciones de suboficiales, existe un cambio fundamental en la cantidad de hombres y mujeres que, en los últimos años, han decidido integrar la institución militar. A mediados de la década de 1980 comenzó una caída drástica de ingresantes.

Luego del retorno de la democracia en 1983, la Armada y sus integrantes (así como también los del Ejército y la Fuerza Aérea) vivieron consecuencias judiciales, políticas, sociales y presupuestarias como resultado de su accionar criminal de la última dictadura militar. Durante la década del ochenta, sucedieron procesos sociales como la desmalvinización (Guber, 2009), los Juicios a las Juntas Militares (Crenzel, 2008) y los alzamientos de oficiales medios y subalternos conocidos como “carapintadas” (Badaro, 2013) cuya principal demanda en abril de 1987, según el Teniente Coronel Aldo Rico del Ejército Argentino, era evitar que fueran juzgados “más camaradas detenidos y escarnecidos sólo por haber combatido y triunfado en una guerra justa y necesaria” (1988). Ese mismo año se decretó la Ley de Obediencia Debida (Ley 23.521)⁴⁰ que acompañó a la disposición firmada el año anterior en la Ley de Punto Final (Ley 23.492)⁴¹.

⁴⁰ En su artículo 1° establece que “Se presume sin admitir prueba en contrario que quienes a la fecha de comisión del hecho revistaban como oficiales jefes, oficiales subalternos, suboficiales y personal de tropa de las Fuerzas Armadas, de seguridad, policiales y penitenciarias, no son punibles por los delitos a que se refiere el artículo 10 punto 1 de la ley N° 23.049 por haber obrado en virtud de obediencia debida. La misma presunción será aplicada a los oficiales superiores que no hubieran revistado como comandante en jefe, jefe de zona, jefe de subzona o jefe de fuerza de seguridad, policial o penitenciaria si no se resuelve judicialmente, antes de los treinta días de promulgación de esta ley, que tuvieron capacidad decisoria o participaron en la elaboración de las órdenes. En tales casos se considerará de pleno derecho que las personas mencionadas obraron en estado de coerción bajo subordinación a la autoridad superior y en cumplimiento de órdenes, sin facultad o posibilidad de inspección, oposición o resistencia a ellas en cuanto a su oportunidad y legitimidad”. Fuente: <http://www.derechos.org>

⁴¹ En su artículo 1° establece que “Se extinguirá la acción penal respecto de toda persona por su presunta participación en cualquier grado, en los delitos del artículo 10 de la Ley N° 23.049, que no estuviere prófugo, o declarado en rebeldía, o que no haya sido ordenada su citación a prestar declaración indagatoria, por tribunal competente, antes de los sesenta días corridos a partir de la fecha de promulgación de la presente ley. En las mismas condiciones se extinguirá la acción penal contra toda persona que hubiere cometido delitos vinculados a la instauración de formas violentas de acción política hasta el 10 de diciembre de 1983”. Fuente: <http://www.derechos.org>

Estos sucesos repercutieron de distintas formas en el medio castrense. Una de ellas fue la caída estrepitosa de las inscripciones para integrarse a las FFAA y una fuerte tendencia de bajas voluntarias para quienes estaban haciendo carrera militar. Entre 1983 y 1993 la Armada sufrió la baja voluntaria del 42% de sus suboficiales (Frederic, 2013:96). Los indultos del entonces Presidente Carlos Menem no ayudaron a mejorar esa tendencia. La coyuntura económica y social de la Argentina de la década del noventa generó cambios dramáticos en el mercado de trabajo, creando altos índices de desocupación en el mundo civil mientras que en las FFAA se complejizó la situación presupuestaria y se profundizó la tendencia en baja de las inscripciones. También desendió drásticamente la calidad educativa, se achicaron los cursos y se acortaron las carreras. El asesinato del soldado Omar Carrasco el 6 de marzo de 1994, mientras realizaba el Servicio Militar Obligatorio en el Grupo de Artillería 161 de Zapala (Neuquén), generó la firma del decreto que suspendió el servicio obligatorio y creó el servicio voluntario el 31 de agosto de ese mismo año.

Sumado a las dinámicas de un mercado laboral civil precario, el mundo militar ofrecía bajos salarios y una carrera muy larga de ascenso que no generaba suficiente motivación. En consecuencia y para paliar la baja inscripción, en 1998 se sancionó la Ley 24.948 de reestructuración de las Fuerzas Armadas donde se decidió disminuir la cantidad de miembros y jerarquizar la calidad para generar el fortalecimiento del accionar conjunto. Fue una ley neoliberal de reducción de personal. El envejecimiento de las unidades de superficie que comenzó en esta década fue el inicio material del “desmantelamiento de las Fuerzas Armadas” (Frederic, 2013:56).

Al desastre económico de los noventa, se le sumó la crisis del 2001 con un recambio de presidentes⁴² y de defaults que también sufrieron económicamente las FFAA. Fue en el 2004 cuando las Fuerzas Armadas y su pasado dictatorial volvieron a los medios de comunicación más importantes gracias a la anulación de los indultos y el reinicio de los Juicios por Crímenes de Lesa Humanidad. La situación se volvió tan grave que, para el año 2007, el número de inscriptos era insuficiente para colmar las expectativas de selección generando un problema mayor vinculado a los criterios de evaluación y formación:

⁴² El 20 de diciembre de 2001, el presidente electo Fernando de la Rúa, renunció a su cargo. Luego de su salida, se sucedieron cuatro presidentes (Ramón Puerta, Adolfo Rodríguez Saa, Eduardo Camaño, Eduardo Duhalde) en 11 días. Duhalde terminó con el mandato democrático iniciado por De la Rúa en 1999 y llamó a elecciones en el 2003.

La relación de al menos tres inscriptos por cada vacante se había reducido en algunos institutos de formación a una relación de uno a uno, por lo que se debió incorporar en muchos casos a jóvenes cuyo rendimiento físico y académico estaba muy por debajo de lo esperado (...). O bien enviarían a las unidades personal no idóneo o enviarían un menor número de efectivos que el establecido por el cupo presupuestario (Frederic: 2013:93).

Sabina Frederic (2013:89) argumenta que los cambios educativos decididos al interior de las FFAA se vinculan con una tendencia en decadencia de las inscripciones. Ella explica que los privilegios que incentivaban a las generaciones anteriores como los préstamos para casa propia, contactos políticos, ascenso social y una red de beneficios sociales en todo el país ya no le interesaban a las nuevas generaciones y tuvieron que pensar en incentivos nuevos para interpelar a la generación nacida en la década del noventa. Las FFAA siguieron el caso de Estados Unidos y Francia y ofrecieron credenciales educativas en forma de títulos académicos para oficiales y títulos terciarios para suboficiales con validez en el mundo civil.

Aunque la explicación institucional reivindique una salida laboral posible por fuera del ámbito militar, durante el trabajo de campo conocí muchos suboficiales que consideraron a esta modificación de titulación como una preocupación ya que requiere de una formación civil (“de aula”) que le quita tiempo a la formación militar (“de combate”) y pone en riesgo su propio *métier*. La formación de los suboficiales de la Armada Argentina en la ESSA aleja a los aspirantes de lo militar (el mar, el buque, las turbinas, los motores) y los prepara para la “vida democrática” como si ambas vidas fuesen excluyentes. El riesgo se multiplica cuando se naturaliza el anacronismo de una imagen congelada en un pasado dictatorial (1976-1983) que requiere ser modificada en el presente para desvincular lo militar del militar y para crear un “militar-ciudadano democrático”.

Para el año 2006, tal como lo describe Frederic (2013) el descenso en la cantidad de inscriptos junto a un empobrecido contexto económico-social argentino, salarios militares cercanos al salario mínimo y un intenso desprestigio de “lo militar” condicionó a la calidad de la “línea de corte” de los nuevos aspirantes ya que había menos candidatos puestos disponibles. Por eso iniciaron campañas para revertir esta situación y fomentar la inscripción pero el cambio más radical que se decidió fue, como mostraré en el próximo apartado, la modificación de los planes de estudio.

4.4 Planes de estudio

El aula es y siempre ha sido el primer lugar de aprendizaje para los aspirantes de la Armada, pero el rol de la capacitación en el mar ha sufrido modificaciones. Desde los inicios de la ESMA se sucedieron cambios en los planes de estudio, manteniendo una estabilidad en el aprendizaje técnico-práctico del mundo naval y militar, y planificando siempre cruzar la planchada y zarpar. Tanto es así que hasta la década del noventa en la formación para cabo segundo se incluía un año de instrucción obligatoria en alguna unidad de superficie.

El Capitán de Corbeta Guillermo González explica que la navegación es fundamental para “afianzar los conocimientos adquiridos” en relación a procedimientos y ejercicios, tal como mostré en los capítulos anteriores. En la nota de la *Revista de la Escuela de Suboficiales de la Armada Argentina “1897”* refiere a la importancia del adiestramiento práctico durante la formación de aspirantes:

El adiestramiento, es un gran trabajo de equipo en el que se requiere la participación de otros destinos de la Armada en apoyo a la formación de futuros profesionales. **El conocimiento teórico adquirido en el año lectivo se refuerza y cimienta su significado cuando se pone en práctica en las unidades navales.** Con estos embarcos, los aspirantes adquieren la experiencia necesaria para su futuro como profesionales, conocimientos prácticos que no se pueden obtener solamente en las aulas de esta escuela. La meta es una sola, el logro de una mejor capacitación de los futuros Suboficiales de la Armada Argentina (2014, mi énfasis).

Desde sus inicios en 1924, la formación de las distintas especialidades suboficiales en la ESMA se diferenciaba en las materias y en la duración de la instrucción en cada uno de sus planes de estudio. Tal como lo indica el Capitán de Corbeta Guillermo González, todas tenían en común la jerarquización del tiempo de mar. En la década del cuarenta existían dos caminos formativos, uno para quienes no contaban con experiencia naval ni militar y otro para quienes necesitaban únicamente un aprendizaje militar. El primero era el “Curso de alta capacidad técnica” con cinco años de duración y con asignaturas que cubrían las especialidades necesarias para la navegación militar. Luego de cuatro años en tierra y uno de navegación, se egresaba de la ESMA como cabo principal. La segunda opción formativa para quienes tenían experiencia naval pero no militar se denominaba “Curso de capacidad técnica elemental”, duraba dos años, contaba con materias sobre los sistemas de guerra y se egresaba como cabo segundo. Fue recién en la década del setenta

cuando se sumaron los cursos de servicio, de mar, de máquinas, de electricidad, de aviación y de armas con tres años, diferenciando cada especialidad desde su formación.

En el 2001 comenzó la transición educativa más radical en varios sentidos. La Escuela de Mecánica de la Armada cambió su nombre por Escuela de Suboficiales de la Armada Argentina (ESSA) y, como mostraré en el próximo capítulo, inició su traslado en el 2005 a su actual ubicación en la Base Naval Puerto Belgrano, localidad de Punta Alta, próxima a la ciudad de Bahía Blanca en el sur de la Provincia de Buenos Aires. Recién en octubre del 2007 concluyó la desafectación total de la escuela⁴³ del predio ubicado en la Avenida Libertador de la capital argentina para ser utilizado como Sitio de Memoria del Terrorismo de Estado⁴⁴. Pero no sólo se la mudó y se le cambió el nombre, sino que también se modificaron los planes de formación.

Hasta el 2007 todas las modificaciones educativas dependían de la conducción de las Fuerzas Armadas ya que contaban con autonomía total para decidir, evaluar y ejecutar la educación de sus miembros. Sumado al cambio de nombre y de locación, la formación de los suboficiales también había sufrido un cambio de mando: la educación militar comenzó a depender de civiles.

La Subsecretaría de Formación -organismo civil del Ministerio de Defensa creado en el 2007 – tenía como misión coordinar y articular las políticas de formación y capacitación del personal militar. El antropólogo Germán Soprano, miembro del equipo de Sabina Frederic en la Subsecretaría, explica que los cambios educativos en el mundo militar -con las reformas iniciadas en el 2007- tenían como objetivo pensar a la educación de los militares como propia de “funcionarios públicos y ciudadanos” (2016:38). Por ello, el esfuerzo estuvo en generar

adecuaciones en los regímenes de estudio o regímenes internos de las academias militares, es decir, en aquellas normativas que regulaban las actividades o las formas de sociabilidad cotidiana de los cadetes, pues los objetivos de la reforma demandaban también cambios en el ordenamiento diario de las tareas, en la administración responsable del tiempo (Soprano, 2016:40).

⁴³ La Legislatura aprobó las Leyes N°392/00 y 961/02, por medio de las cuales se revocaba la cesión de los terrenos a la Armada y el predio se establecía como sede del Instituto Espacio para la Memoria. Fuente: Secretaría de Derechos Humanos de la Nación.

⁴⁴ La Ley Nacional N° 26.691 - promulgada en julio de 2011- declara Sitios de Memoria del Terrorismo de Estado a los lugares que funcionaron como centros clandestinos de detención (CCD), tortura y exterminio o donde sucedieron hechos aberrantes del accionar de la represión ilegal desarrollada en el país hasta el 10 de diciembre de 1983. Fuente: Secretaría de Derechos Humanos de la Nación.

Las adecuaciones y los cambios en las “formas de sociabilidad cotidiana” involucraban la constitución de prácticas y hábitos propios de la formación universitaria civil como grupos de lectura colectivos y tiempo libre para profundizar el estudio autónomo. A su vez, durante el 2007 se le dio prioridad a la enseñanza “de materias de aula” del área de las ciencias humanísticas y jurídicas, aumentando la cantidad de docentes civiles, reduciendo el tiempo de entrenamiento militar y, según me explicaron suboficiales instructores, “alejando a los aspirantes del motor y de la turbina”. También se reunieron las escuelas que anteriormente estaban separadas: suboficiales navales, infantes y aeronavales comenzaron a formarse juntos. Frederic explica que estas reformas educativas diseñadas y aplicadas por la Subsecretaría de la cual ella estaba a cargo, estaban “orientadas por la definición de un perfil del militar en democracia como ciudadano, funcionario y profesional, junto con el principio de integrar la formación y capacitación militar al sistema de educación civil pública” (2015:82).

Badaró, en su estudio sobre las modificaciones en la formación de cadetes en el Ejército Argentino, también hace referencia a la búsqueda de un militar democrático y ciudadano:

La promoción de la noción de “ciudadano militar” como clave de interpretación y redefinición de la figura del militar y la de los derechos humanos como referencia normativa y moral de las prácticas profesionales y sociales de los uniformados constituyeron una apuesta ambiciosa para reencarnar la profesión militar sin recurrir a las exaltaciones morales y trascendentales de la imagen del militar que impregnan las doctrinas militares tradiciones y que todavía circulan en algunos ámbitos políticos, militares y sociales (Badaro, 2013: 169).

Para la Armada, el nuevo perfil buscado del militar ciudadano ya no contaba con tanto tiempo de aprendizaje de lo bélico, ni de lo naval, ni tampoco con experiencia compartida navegando en el mar. Preocupación que Frederic observó como central para los militares ante la implementación del plan universitario ya que sentían que afectaba la “esencia de la formación militar, extraviando la singularidad o “identidad” de cada fuerza” (2013:215).

En una de mis jornadas de trabajo pude compartir una ronda de mates con suboficiales del CUAS, espacio donde se realizan los Cursos de Aplicación para ascensos. Luego de varias pavas en las cuales conversamos sobre mi investigación y sus inquietudes de cómo “una civil llegó a la ESSA”, me recomendaron hablar con el Suboficial Mayor Maciel encargado de los cursos, alertando que aunque no había vivido Malvinas, contaba

con experiencias en Haití y Chipre donde Argentina participa en las misiones de paz (Frederic, 2016) y es uno de los pocos destinos donde, según Maciel me comentó, “es lo más cerca que se puede estar de la muerte por la cercanía constante del combate”.

Cuando ingresé a su oficina, noté por el uniforme que Maciel era infante. Se presentó por su apellido y me invitó a tomar asiento para poder conversar sobre cómo un suboficial de la Armada se forma en la actualidad. Lo primero que me dijo fue que “las generaciones actuales no están preparadas para el combate”. Ante mi pedido de comparación con su generación, le consulté por qué creía que esta generación (ESSA) no estaba preparada pero la suya sí.

Los suboficiales más jóvenes son caprichosos, y **sólo toman esto como una salida laboral, un trabajo más carente de pasión y vocación**. Por eso se niegan a seguir formándose. Antes todos sabíamos que estamos al servicio de la Armada y de la Patria, y aunque no estemos en combate tenemos que estar preparados para defenderla. No tienen resistencia a la frustración. Y están de servicio, pero no lo entienden. **Nosotros tenemos que transmitir, pero para eso es necesario que haya otro que quiera recibir esos saberes, ese conocimiento, esa experiencia. No que quiera zafar, (sino) que quiera formar parte del cuerpo y vincularse y formarse para poder estar ahí para el otro cuando lo necesite**. En los ejercicios intentar lograr eso. Se tiran de buques (12 mts) y tienen que subir a una balsa en oscuridad con la ayuda de los compañeros que también están en el agua. Necesitan uno de otro. La camaradería se forma así, no siendo individualista... salvándose con un oficio para después irse de la Armada (Suboficial Mayor Maciel. Octubre 2017; mi énfasis).

En sus palabras de comparación aparecía la falta actual de pasión, de vocación, de conciencia sobre la misión de combate, del reconocimiento del vínculo colectivo necesario para navegar y, en especial, la falta de “otro que quiera recibir la experiencia” transformando la vida del suboficial en un “oficio para después irse”. Su explicación invita a pensar que la aplicación de la técnica aprendida para el buque no es lo mismo que para la vida civil aunque se las equipare con tecnicaturas.

Continuamos hablando sobre sus percepciones y Maciel sentenció que la Armada ya no es lo que era y que mucho tenían que ver estos cambios que buscan formar técnicos con habilidades y títulos habilitantes en el mundo civil. El problema que él más evidenciaba se remitía a hacer un militar “menos militar”. Encontrar gente valiosa que quisiera estar al servicio de la Armada se hacía cada vez más difícil. Aparecía así un inconveniente orgánico: los cambios en los planes de estudio en la ESSA dan por sentado que la aplicación del saber es homologable con el mundo que está por fuera de lo militar,

desconociendo solidaridades propias del mundo naval. Los suboficiales perciben esta modificación como un intento de volver más civil al militar, borrando o diluyendo lo militar de los militares. La sensación de estar viviendo una “desmilitarización” (Frederic, 2013:23) era recurrente entre los suboficiales más antiguos egresados de la ESMA quienes entendían que muchas de las decisiones que se tomaban sobre su adiestramiento y formación militar se basaban en miradas anacrónicas y en prejuicios del mundo civil.

El problema de mantener en un manto de desconocimiento la vida particular de los integrantes de las Fuerzas Armadas fue una de las preocupaciones que Morris Janowitz, sociólogo estadounidense que contribuyó significativamente a la creación de la sociología militar, desarrolló en su obra más canónica; *El soldado profesional*. Allí advirtió sobre el peligro que el aislamiento social podía generar con los integrantes de las Fuerzas Armadas. A su vez refiere a la importancia de dejar “ciertas envejecidas y oscuras concepciones de la estructura militar” (1967:17) para incluirlos tanto en los estudios de las ciencias sociales como en las evaluaciones de la política no como un “apéndice más o menos extraño, [sino] como una creación de la sociedad contemporánea” (Janowitz, 1967:18). El historiador británico John Keegan compartía con Janowitz la decisión de estudiar a los militares desde su singularidad para poder así caracterizarlos y comprenderlos, no como una alteridad sino como un grupo de humanos con una actividad que los diferencia del resto. Para Keegan, el combate es lo que marca esa diferencia:

Los militares no son como los demás hombres: es la lección que he aprendido de toda una vida en el seno del mundo militar. Y la lección me ha enseñado a considerar con extrema suspicacia las teorías y modelos sobre la guerra que tratan de equipararla con cualquier otra actividad humana. Indudablemente, la guerra, como han demostrado los teóricos, está relacionada con la economía, la diplomacia y la política; pero esta relación no significa identidad ni similitud. La guerra es totalmente distinta de la diplomacia y de la política porque tienen que hacerla hombres cuyos valores y cuya capacidad no son los de los políticos y los diplomáticos. Son valores de un mundo muy distinto, un mundo muy antiguo que existe en sintonía con el mundo cotidiano, pero que no forma parte de él (Keegan, 2013:11).

Para Keegan y para Janowitz, el conocimiento de las particularidades del mundo militar permiten romper con la distancia que genera la alteridad y entender cuáles son las cualidades, en el presente, que distinguen a los hombres y mujeres que eligen prepararse para el combate. Este es un saber particular sobre qué valores singularizan las tareas de las Fuerzas Armadas según la propia percepción del militar.

En mi segunda visita a la Base Naval (mayo 2018) pude conversar con un oficial Veterano de la Guerra de Malvinas quien amablemente se ofreció para explicarme los orígenes de la construcción de la ESSA. Él había estado ahí desde el primer día de la edificación. A medida que la conversación fue poniéndose cada vez más descriptiva, pude percibir por la pasión en su tono y por lo delicado de las palabras seleccionadas para hablar de la escuela, su deseo de referirse a la educación, pero sentenció que “se está perdiendo el rumbo” de la formación. Inmediatamente fue a su propia historia personal en la ESMA (había sido suboficial casi toda su vida profesional hasta realizar el curso CASO que les permite convertirse en oficiales) y mencionó que las lecciones más importantes que había recibido en su vida, las había aprendido en su formación inicial. Me contó varias historias vividas como aspirante a sus 16 años en las cuales resaltó que “la templanza” fue lo que más lo hizo madurar y prepararlo para el combate, cualidad que le sigue pareciendo fundamental en la formación militar:

Ahora son arcilla dura de moldear. **Se supone que primero son combatientes no técnicos civiles.** Después pensemos en el conocimiento integrado pero antes hay que enseñarles templanza. Esa cualidad tan difícil de lograr y tan necesaria para el combate. Es no volverse loco. Hacer lo que hay que hacer. Aprender de las frustraciones y volver a intentarlo. Fracasar y fracasar y fracasar. Ahora no, los pibes no tienen resistencia a la frustración. (...) Acá estamos al servicio de la Armada y de la Patria, y aunque no estemos en combate tenemos que estar preparados para defenderla. Y los de hoy no lo toman como vocación de servicio, sino como un trabajo más (Octubre 2018. Mi énfasis).

Lo que el jefe me estaba resaltando una y otra vez era que el suboficial debe respetar su razón de ser: la guerra. De no ser así, la carrera de las armas se torna un trabajo más, donde se le dedica unas horas y espera su sueldo. No se establecería así una clara diferencia con una profesión civil. Otro suboficial me indicó que existen tres principios básicos para cumplir correctamente con la tarea y la función militar: “Ser en paz lo que se será en la guerra; pensar, sentir y actuar como en situación de combate; y servir y defender a su unidad e institución.” Sin embargo, los cambios en los planes de estudio de la formación suboficial insisten en alejar lo militar del militar.

Los suboficiales viven este distanciamiento en el aumento de “materias de aulas”, en la falta de navegación, en la preparación para el desarrollo laboral pensado para el mundo civil y, como veremos en el próximo apartado, en la falta de entrega corporal individual al 110% pero necesariamente colectiva. Esa transformación corporal aprendida en tierra, tal como mostré en los capítulos anteriores, es la requerida para habitar el mar.

Dar cuenta de esa conversión necesaria para habitar el mar es el objetivo de las próximas páginas.

4.5 El “orden cerrado”

Este apartado se focaliza en la incorporación de técnicas corporales (Mauss, 1979) de los futuros cabos segundos como instancia fundamental de socialización naval. De alguna manera, es poner a los suboficiales, al igual que sucede con el buque, “a son de mar”. El cuerpo de un civil se transforma en el cuerpo de un militar cuando comienza a desarrollar habilidades como formas habituales y socialmente adquiridas de mover el cuerpo a través de la imitación⁴⁵ de “actos que han resultado certeros y que ha visto realizar con éxito por las personas en quien tiene confianza y que tienen autoridad sobre él” (Mauss, 1979: 340). Poner un buque “a son de mar” es una tarea que requiere velocidad y sincronidad durante la navegación ante la inclemencia del mar: en pocos segundos y bajo la orden del Comandante, se tienen que atar, asegurar e inmovilizar todos los elementos del barco para que, cuando pegue la ola, no se vaya todo por la borda.

El antropólogo francés Marcel Mauss fue pionero en los estudios sobre distintos modos culturales de ser con el cuerpo. Afirmó que las técnicas aprendidas sobre cómo moverlo dependen de una musculatura individual, pero la puesta en función de esos movimientos requiere de un sistema colectivo porque es allí donde adquiere sentido en un determinado contexto social. Su concepto de técnica corporal (1979:337) remite a la “forma en que los hombres, sociedad por sociedad, hacen uso de su cuerpo en una forma tradicional”. Su propia experiencia como sargento le aportó casos descriptivos para pensar las distintas formas, posturas y modos de andar en la vida cotidiana de cada grupo social, y de marchar en la vida militar. Cada una de estas técnicas corporales tiene una forma, una educación y una tradición. Para Mauss (1979:345), el adiestramiento del andar y del movimiento es la búsqueda y la adquisición de una técnica corporal concreta. Para los suboficiales de la Armada Argentina, el cuerpo es objeto de aprendizaje en el “orden cerrado” semanal.

Los miércoles a la tarde siempre fueron el mejor momento para estar en la Escuela de Suboficiales ya que de 15 a 17hs sucedía el “orden cerrado” en la “Plaza de Armas

⁴⁵ Las investigaciones que se centran en la cualidad de imitación del desarrollo de una habilidad corporal como el aprendizaje del box (Wacquant, 2006), la capoeira (Downey, 2008) o el adiestramiento de los bomberos forestales en Estados Unidos (Desmond, 2011) son un contrapunto para otras miradas etnográficas que sostienen que no existe una división tajante entre el conocimiento verbal y el corporal (Battezzati, 2020, Carozzi, 2011) y que dicha dicotomía empobrece el entendimiento de la danza y la performance.

Almirante Brown”. Desde el inicio del ciclo lectivo, esos son el “momento militar” de los aspirantes, ya que el “orden cerrado” es la instrucción dedicada a la enseñanza del control sobre el cuerpo y sus movimientos. El objetivo es que los aspirantes aprendan a formar una unidad que se mueva y se desplace de manera sincronizada (ver ilustración 14). Para esto aprenden distintos ritmos de movimiento que serán utilizados en situaciones de combate, pero también en situaciones de paz como desfiles, saludos, navegación y formaciones.

Las prácticas militares específicas de cada especialidad son diferenciadas una vez terminado el ciclo inicial de la ESSA ya que un naval, un infante y un aeronáutico, una vez salidos de la Escuela como cabos segundos, realizan adiestramiento con sus compañeros de armas y de ambiente; el infante lo hace en la costa, el aeronáutico con los aviones y el naval en los buques. Pero la importancia del “orden cerrado” radica en la búsqueda de la cualidad colectiva, justamente para lograr la unidad de los aspirantes a través de hacer “cuerpo” la obediencia y la subordinación a la “voz de mando”, sin importar la especialidad. Todos juntos. Allí practican coreografías y ejercicios corporales con sincronización no sólo de acciones de su propio cuerpo, sino con los cuerpos de los demás. El protagonista del “orden cerrado” es el cuerpo.



Ilustración 14: Fotografía del “orden cerrado”. (Ohanian, 2018)

Sea un saludo o una marcha, todos los movimientos deben respetar un ritmo colectivo, una jerarquía y un rol particular. La postura, la respiración y el equilibrio del cuerpo están totalmente involucrados en estas acciones y, aunque a los civiles nos suene alejado, la conversión militar requiere hacer cuerpo esos aprendizajes. Se trata de aprender nuevas posturas, ritmos de respiración colectivos y formas de lograr el equilibrio individualmente, anhelo tan soñado cuando se está embarcado.

La clave que se busca los miércoles a la tarde en la Plaza de Armas Almirante Brown descansa en la acción colectiva armónica. Los navales en particular saben que, tal como me explicó el Suboficial Hernán, en un buque se hunden todos juntos y si no se logra la acción colectiva, el buque no arranca.

El sociólogo francés Loic Wacquant (2006:18) realizó trabajo de campo en el Woodlawn Boys Club, un gimnasio de boxeo de un barrio del ghetto negro de Chicago. Se entrenó entre tres y seis veces por semana, cuerpo a cuerpo con aprendices, aficionados y profesionales del box. En su estudio sobre la socialización de los jóvenes boxeadores a través del aprendizaje de una nueva relación con el cuerpo propio y el de los demás, Wacquant explica que,

A una práctica esencialmente corporal y poco codificada cuya lógica no puede entenderse sino con la acción corresponde un modo de inculcación implícito, práctico y colectivo. La transmisión del pugilismo se efectúa de forma gestual, visual y mimética, sobre la base de una manipulación regulada del cuerpo que somatiza un saber que los socios del club poseen y exhiben en cada nivel de su jerarquía tácita. El Noble Arte representa la paradoja de un deporte ultraindividual cuyo aprendizaje es fundamentalmente colectivo (2006:98).

Todos los miércoles que pude asistir al “orden cerrado”, los suboficiales me enseñaron a mirar los movimientos en esa práctica “esencialmente corporal” y a observar cómo, a través de éstos, se conformaban los grupos, los roles y los liderazgos. Así entendí que el esfuerzo del aspirante, tal como lo plantea Wacquant, es individual pero necesariamente colectivo. Están separados por año, no por especialidad ni por género. Por un sector de la Plaza se desplaza la masa de aspirantes de primero y luego, en menor cantidad, los aspirantes de segundo. También entendí que, dependiendo del momento de formación, adquieren enseñanzas más o menos sincronizadas. Algunos deben aprender a cantar y a marchar al mismo ritmo, siguiendo el compás de su sección sin sumarse al compás vecino. Otros hacen flexiones o corren a toda velocidad. En la misma plaza también ensaya la banda tocando distintos himnos y marchas una y otra y otra vez. A

medida que aumenta el tiempo vivido en la ESSA se complejizan y sincronizan los saberes corporales. Todos los ejercicios suceden en un mismo espacio pero que aparecen, para ellos, claramente diferenciados. Yo me sentí mareada sólo de verlos... y estaba en tierra firme.

El esquema de enseñanza del “orden cerrado”, como todo en la Armada, también es claramente jerárquico. Hay seis instructores y seis colaboradores, todos ellos suboficiales con distintos rangos. Los instructores son quienes dan órdenes colectivas y marcan los tiempos de las actividades, mientras que los colaboradores (suboficiales de mayor jerarquía) funcionan como evaluadores de los ejercicios; miran y se involucran únicamente cuando el instructor lo pide. Los grupos de aspirantes de primero y de segundo son manejados por los dragoneantes de segundo año, los aspirantes con mejor calificación en todos sus cursos del año anterior. Son ellos quienes corrigen y comandan a los aspirantes de primero. Ser dragoneante, tal como lo explicaré en el capítulo siguiente, es un premio de “honor total”. Las mujeres dragoneantes fueron las que más me impresionaron por su insistencia de agite: ¡Dale! ¡Dale! ¡Dale! ¡Dale!

Los suboficiales colaboradores destinados al cuerpo de aspirantes seguían el detalle de cada uno de los jóvenes que habitaba la plaza. No se veía la prolijidad que suele buscarse durante las formaciones habituales justamente porque este es el momento de aprendizaje, lejos de la mirada de los oficiales y de los suboficiales superiores. Los miércoles a la tarde eran de los jóvenes que aspiraban a ser cabos segundos, aprendiendo a usar sus cuerpos. Los instructores pedían más velocidad, más compromiso, más entrega. Los aspirantes escuchaban y sus cuerpos se movían rápidamente, aunque no era suficiente. Y a la inversa de lo que buscan los programas educativos alentados desde el Ministerio, el instructor Suboficial Primero Sergio Ferrari, Sergio gritó infinita cantidad de veces durante los entrenamientos que “siempre tienen que dar más, dar el 110% que los diferencia de los civiles”.

Luego de la jornada de trabajo de uno de los miércoles, pude tener un encuentro con el Suboficial Primero Sergio Ferrari, instructor del “orden cerrado”, y conversar sobre distintas cuestiones del adiestramiento militar. Una de las prácticas que más me había llamado la atención era el grito constante. Durante la navegación y en las distintas actividades en las que pude participar no había escuchado gritos, ni tonos de voz elevados; ni siquiera durante el incendio en la sala de máquinas. Entonces le pregunté por el grito a los aspirantes.

El grito te estresa. Si vos tenés un lugar límite vos vas a reaccionar, pero no podés reaccionar cuando estás en una situación de caos y perder el control. No podés perder el control nunca. No les grito porque les quiero hacer daño; es para que repriman esa reacción, porque **en combate o en un buque eso es la muerte**. Tenés que dominarte. Aprender a dominar tus reacciones. El control de vos depende de vos. **Un hombre sin control es un hombre perdido** (Suboficial Primero Sergio Ferrari. Octubre 2018)”.

El grito era un sonido de cuidado, una enseñanza de templanza, de cómo conocer los propios límites para no ser un “hombre perdido”. Pero los miércoles por la tarde no alcanzaban para esto. “Eso” que se busca es minimizar el tiempo de reacción ya que, como vimos en el capítulo 3, ante una emergencia o rol de combate cada segundo perdido pone en riesgo a la tripulación y al buque. El tiempo en la plaza de armas se aprende, se marca y se moldea con el cuerpo. Durante la práctica, no existe el momento ocioso. Durante los ejercicios, los aspirantes comienzan a percibir de manera singular cada segundo y cada minuto lleno de indicaciones, ritmos, posiciones y movimientos. Es, al igual que sucede con los boxeadores de Harlem, un “tiempo ocupado” que se aprende con el tiempo:

El control práctico del tiempo es una dimensión fundamental del aprendizaje correcto del oficio de boxeador. «Lleva tiempo», «Tómate tu tiempo», «Persevera, lo conseguirás con el tiempo», «No te precipites» son expresiones que se oyen continuamente en la sala, independientemente del nivel del boxeador, y que contribuyen a hacer que todos aprendan a dosificar su inversión física y espiritual en la duración específica de la lucha. Esta inversión corporal en el tiempo, el lento proceso de incorporación de la técnica pugilística y de somatización de sus principios básicos es la que marca la frontera entre los practicantes ocasionales y los boxeadores habituales y la que impide el paso inmediato de una categoría a otra (Wacquant, 2006:132).

“Lleva tiempo” dice Wacquant. Aprender el control práctico del tiempo es un proceso que tiene al cuerpo como protagonista. Hay en los boxeadores, así como en los suboficiales, un tiempo necesario para aprender a usar el cuerpo; años de trabajo para lograr la sincronía colectiva. El “orden cerrado” es una ejercitación lenta pero intensiva, semanal pero fundamental para pasar de categoría, dejar de ser aspirante a un cargo y egresar como cabo segundo. Quienes hacen experiencia corporal de esa ejercitación y logran la hazaña de ejercerla en la navegación, entienden que esa frontera, a la que también se refiere Wacquant, es la que separa a quienes se pinchan de los que no. Dominar el cuerpo individual para sumarse a uno colectivo y navegar en una “cáscara de nuez”, requiere tiempo. El adiestramiento de los aspirantes genera la inmersión total del cuerpo en

un tiempo particular. Es, como diría el sociólogo francés Pierre Bourdieu, “una relación integral del tiempo” (1980:76, mi traducción).

En todo momento se escuchan indicaciones sobre qué hacer con el cuerpo en la marcha: “giro”, “descansen”, “media vuelta”, “frente maaaaar”. Mientras observábamos los ejercicios, un suboficial a cargo del cuerpo de aspirantes me comentó que

es muy escueto el tiempo que tenemos de lo militar, por el estudio. La dedicación de la parte militar debería ser todas las tardes, pero tienen una licenciatura en el medio. Los tiempos libres los comprimimos en lo militar. **Tenemos unos excelentes técnicos pero ¿y lo militar?** (Septiembre 2018. Mi énfasis).

Su explicación sobre el uso de los tiempos de formación evidencia una relación tensa entre las exigencias de estudio que la tecnicatura le requiere a los aspirantes para egresar y el entrenamiento netamente militar generado por los cambios en los programas educativos expuesto en el apartado anterior. El perfil técnico buscado con la formación “ciudadana” es justamente alejar el perfil de “lo militar”. Eso que “idealmente debería suceder todos los días”, sucede únicamente las tardes de los miércoles. Una vez más aparece la tensión y las consecuencias de “civilizar al militar”. Los aprendizajes corporales no se destinan exclusivamente a los desfiles militares o a los actos protocolares; forman parte de la vida cotidiana en el sentido más cotidiano posible. Cómo caminar, cómo saludar, cómo estar de pie, cómo cantar y cómo ser con el otro se aprende en los ejercicios de formación del “orden cerrado”, pero la práctica misma, esa que hace que el saber se convierta en habilidad, se ejecuta todos los días. Y esa habilidad sincronizada, colectiva y subordinada no es un capricho; es el corazón de la vida militar en general y del “espíritu de buque” embarcado en particular.

Los aspirantes son los más jóvenes dentro de la familia militar y sus cuerpos son muy heterogéneos: los hay grandes, pequeños, altos, musculosos, delgados, diestros y torpes. Viendo semejante heterogeneidad en la Plaza, uno de los suboficiales a cargo de los aspirantes me comentó que le gustaba ver el paso del tiempo en aquellos cuerpos a medida que fortalecían sus músculos, porque “son chiquitos pero de golpe se ven gigantes”. El proceso repercute de igual manera en el cuerpo de las mujeres y de los hombres. No hay distinción de género en ese entrenamiento, ni en esa exigencia muscular. El control de las nuevas habilidades es un criterio para diferenciar en qué momento de la formación está cada aspirante. Dependiendo de cómo controle la sincronización, el equilibrio y los ritmos, un marino puede advertir en qué etapa de la vida militar está cada quien. Uno de los

suboficiales que ofició de traductor (literal) en una de las jornadas que pude ver el “orden cerrado” me indicó:

Los diferencio automáticamente al mirarlos. No por sus caras. No me preguntes apellidos. Ahora, yo le veo la cara y sé quién es y dónde está. No me preguntes quién es quién. **Los que son más armónicos son los de segundo, es un movimiento confiado porque tienen más cancha. Los de primero son más rígidos porque son inseguros.** Das una arenga [jerga utilizada para nombrar los discursos en tono elevado recurrentes para levantar los ánimos de la tropa], quizás un salto arriba para despabilar. Y quizás vos decís, lo están cagando a baile, pero en realidad le estás despejando la cabeza, porque tienen que seguir haciendo lo mismo una y otra vez (Septiembre 2018. Mi énfasis).

La repetición⁴⁶ es una de las técnicas de aprendizaje seleccionadas para tal fin. Los aspirantes “tienen que seguir haciendo lo mismo” para lograr que los cuerpos se muevan como deben moverse. No aprenden en un aula los movimientos de las piernas, ni miran tutoriales sobre cómo levantar el brazo para hacer el saludo militar a un superior: lo ven y lo ejecutan en su vida cotidiana constantemente (observan y participan), aunque lo ensayen sólo los miércoles por la tarde. También importa aclarar que no es un proceso individual, aunque el cuerpo de cada uno sí lo sea. Es un aprendizaje que requiere de otros porque sincronizar solo no tiene sentido. Lo que se necesita es ver a otros y ser con otros articuladamente.

En su estudio sobre el comportamiento de los novatos en contextos de aprendizaje, Urs Fuhrer afirma que son dos las cuestiones fundamentales que caracterizan a quienes se involucran en una nueva vida social: el conocimiento es a través de la intervención y es el novato quien debe aprender los parámetros de evaluación de los expertos para catalogar sus acciones como “razonables” (2001:218) en un determinado contexto. En la Plaza de Armas, los aspirantes de primer año observan a los de segundo y reciben constantemente indicaciones sobre cómo están realizando los ejercicios. La educación militar se complejiza con la imitación. En el caso del cuerpo, se da una constante observación e imitación sobre cómo mover cada músculo y generar posturas colectivas. Es hacer de un movimiento social, uno individual. Los movimientos no son enseñados a través de las palabras, sino que se ejecutan corporalmente. Como mostré en los capítulos anteriores, la sincronización es necesaria para navegar, en especial, en un mar en situación de guerra.

⁴⁶ “A partir de la observación y la repetición de secuencias similares de movimientos el iniciado aprende a responder adecuadamente a ciertos estímulos, ya sea auditivos o cinéticos, sin que el proceso que une el estímulo y la reacción llegue a la conciencia” (Carozzi, 2009:136).

En el “orden cerrado” practican posiciones planificadas con tiempos bien definidos. Siempre se realizan reuniones previas con los encargados de cuerpo (suboficiales mayores) para definir las actividades y los objetivos del día, habiendo evaluado qué habilidad deben practicar los aspirantes. Cada posición y ejercicio tienen que ver con aumentar la exigencia de los aspirantes a medida que avanza el año. Esta exigencia se practica, tal como me indicó un encargado de cuerpo, “a cara de perro”, entonces, con firmeza y rigidez en las indicaciones, en los tonos y en las formas de dar órdenes. A medida que disminuye la relación jerárquica, también disminuye la rigidez hasta llegar al vínculo entre el dragoneante (aspirante) con sus compañeros: las indicaciones son menos duras. Un suboficial del cuerpo de aspirantes me señaló que la rigidez “es una de las vías militares de generar respeto y obediencia”, pero que siempre hay que vincularla con el liderazgo y el sentido de pertenencia:

La reacción de ellos tiene que ser obedecerte, después tratar de entender. Si a vos te dicen: Si vamos allá probablemente no vuelvas, un ciudadano común te dice Andá vos. Lo que formás acá es un grupo humano que dice "Vamos todos". Y yo que estoy al frente voy a ir también con vos. **Lo más importante es formar un grupo homogéneo que tiene todo tipo de gente, pero que tiene que funcionar como un grupo.** Tenés que formarlo y hacer el sentido de pertenencia. ¿El sentido de pertenencia en la Armada lo hacés con qué? Me cago de frío bajo el agua, un miércoles. Yo tengo 34 años de servicio y ellos me ven acá. Ahí está la diferencia, ven al encargado que está ahí con ellos, no está al costado en un techito. Está abajo del agua. Y ellos lo ven, entonces ellos ya tienen un respeto con vos. Tenés que ganarte la confianza, el respeto y que te sigan a vos. Pero no que te sigan porque les lavaste la cabeza, les pusiste un shampoo y vamos. Ellos tienen que entender que tus acciones son las que van a hacer que los sigas” (Suboficial Mayor José Alejandro Tavachi. Septiembre 2018. Mi énfasis).

El sentido de la obediencia tan característico de los roles de subordinación tiene un sentido y no es automático, se aprende. El suboficial Tavachi –con 34 años de servicio– jerarquizó que el sentido de pertenencia necesario para formar un grupo homogéneo se construye a través de la práctica y no con las palabras, “el shampoo” o las doctrinas. Es “estar ahí, bajo el agua”. La orden y la autoridad tienen un tono especial en el “orden cerrado”. En la plaza se escuchan los pasos de los aspirantes marcando el ritmo, la banda de música afinando instrumentos, y arriba de todo eso con una claridad apabullante, la “voz de mando”. Una suboficial me comentó que, en sus épocas de aspirante en la ESMA, ese también había sido un gran desafío: ubicar la voz de mando entre otras voces y cumplir con la indicación dada. No sólo se aprende a escucharla, sino que también se aprende a

pronunciarla. No es un grito, sino una subida del tono de la voz, hacerla más intensa, con más textura. Clara, profunda y sólida.

Al cuerpo se lo ejercita a través de la imitación y el entendimiento de las órdenes de la voz de mando que indica con un lenguaje muy normativo sobre qué hay que hacer, ya que la práctica corporal también se dirige a través de la palabra (Battezzati, 2020). Todos los movimientos y ritmos de la marcha responden a una voz de mando. Esta voz, comandada por alguien que tiene el rol de “encargado de la sección”, es la que da las indicaciones que deben ser ejecutadas por los cuerpos. Con pocas palabras, la voz de mando logra que todos los cuerpos presentes se adecúen a una única indicación. Son cuerpos con conducta. Durante la observación, todo parece un único movimiento donde los pies, las manos, el torso, la cabeza y las piernas parecieran automáticos. Tuve que pedirle una “receta” con “ingredientes” a los suboficiales para poder entender qué era todo eso que estaba pasando durante el “orden cerrado”, situación que luego se ve escenificada en los actos protocolares, sean éstos ceremonias de aniversario, izado y arriado del pabellón/bandera o saludo a una autoridad cuando embarca y cuando ingresa a un espacio abierto o cerrado.

Hay momentos donde los aspirantes aprenden a realizar las posiciones de las formaciones (distribución de las personas en un determinado momento y a distancia reglamentaria) y hay otros donde se aprenden los desplazamientos. Cada aspirante, futuro cabo segundo, aprende el lenguaje de la formación y cumple un rol corporal. Una formación tiene frente (distancia entre flanco y flanco), flanco (es el costado izquierdo o derecho) y profundidad (desde la unidad/persona que va a la cabeza hasta el último). Hay filas o líneas (uno al lado del otro), columnas (uno atrás del otro) y bloques (columnas con profundidad). No hay “huecos” en las secciones. Nunca. Cada formación se realiza dependiendo de la necesidad operativa, pero los cuerpos tienen que aprender a *ser* en todos los roles porque las acciones militares no cuentan con tiempo suficiente para tener que explicarle a las tripulaciones, como si fuese la primera vez, qué debe hacer cada uno. Un cuerpo no adiestrado es un cuerpo que corta la circulación y pone en riesgo a todos los que están a bordo, como el mío cuando embarqué. El aprendizaje es un sistema de protección. No es casual que durante la navegación los buques también practiquen formaciones de guerra para potenciar lo que individualmente son, para protegerse y ser un colectivo. Aunque se muevan a ritmos distintos en cada aprendizaje, la exigencia física necesaria para sincronizar saludos, marchas, carreras y momento de escucha es impactante.

4.6 Cuerpos en sincronía

Para quienes somos civiles, pensar en saludar probablemente tampoco remita a un uso particular del cuerpo, sino más bien a una expresión gestual con la cara; mayor o menor sonrisa, alguno que otro guiño con los ojos, elevación de cejas y hasta se puede llegar al abrazo. Es bastante personal y, claramente, el cómo lo hacemos depende del vínculo que tenemos con quien estamos saludando. Puede acompañarse con algo de contacto físico pero no hay nada establecido; en el mejor de los casos se percibe cómo la otra persona prefiere ser saludada.

Todo el tiempo, en todos lados, hay un militar haciendo “un saludo” a otro militar. No confundir saludar con “el saludo”. Los civiles también nos saludamos constantemente, pero lo hacemos sin ningún tipo de protocolo (a excepción del mundo post COVID-19 adonde tuvimos que aprender) y hasta me atrevo a decir que cada uno tiene su manera de saludar.

Pero para los militares es un movimiento que se da y que se recibe: uno es saludado o inicia el saludo. Depende, una vez más, de la posición en la jerarquía qué rol se adapta durante un saludo. No es un criterio subjetivo; el subalterno siempre debe saludar formalmente a su superior y éste puede o no contestarlo. No hace falta conocer a la otra persona para saludarla. Se trata de un gesto de respeto institucional que se cumple fácilmente con saber leer “las bandas” del uniforme. Así se distingue quién es subalterno de quién. Pero aprender a leer las bandas del uniforme también es una habilidad que requiere mucha práctica y atención en la vida de quien aspira a ser cabo segundo en la Escuela de Suboficiales de la Armada.

Con el aprendizaje de la vida militar y su recargada etiqueta, el iniciado aprende pronto a decodificar esas marcas como símbolos de rangos jerárquicos en relación a él mismo. Por eso, la venia refleja un conocimiento institucional adquirido en el pasado, que requiere el paso previo por sus líneas para comprender, interpretar y ratificar la jerarquía (Guber, 2009:116).

El saludo, también conocido como “hacer la venia”, se realiza en la vida cotidiana cuando alguien se cruza con otro mientras circula, cuando ingresa a un lugar con otros militares y en las celebraciones. Todo depende del grado militar con el que uno es reconocido por el resto de los presentes, ya que eso va a determinar si se va a ser saludado o si se debe saludar. El saludo puede ser individual o colectivo. En una formación se saluda al unísono a quien comanda la situación, sea éste el Comandante del buque o el Director de

la Escuela de Suboficiales de la Armada. El saludo individual sucede cuando un aspirante baja por la escalera central de la ESSA y se cruza con un cabo segundo o cualquier militar de rango superior. La lección más importante es aprender que el saludo se inicia siempre por el subalterno. Puede haber errores en la ejecución, que serán considerados por el poco tiempo de aprendizaje, pero la falta de reconocimiento de la jerarquía (no hacer el saludo) siempre es objeto de mayores apercibimientos. Uno de los problemas con los que se enfrentó la población de la ESSA conmigo fue no conocer mi jerarquía, ya que yo no tenía bandas visibles y eso los paralizaba corporalmente cada vez que yo ingresaba a un espacio. Mi desconocimiento inicial de este protocolo fundamental y mi torpeza al no saber qué hacer cuando me hacían la venia tampoco ayudaba a saldar la situación.

Quien ocupe el rol subordinado en la situación de saludo debe levantar la mano derecha (palma mirando hacia abajo), con el codo a la altura de los hombros, y tocar la gorra a la altura de la sien con el dedo mayor. El resto de los dedos tienen que estar pegados entre sí, mientras que el otro brazo (el izquierdo) está pegado al cuerpo. La mirada no sigue al superior, sino que es “Vista al frente”. Y esta postura se sostiene hasta recibir el saludo de vuelta del superior. Una vez recibida la “venia”, el saludador subalterno baja la mano derecha con rapidez y firmeza hasta llevar el brazo pegado al cuerpo. Luego puede seguir con lo que estaba haciendo antes de saludar. Pero hasta no recibir el saludo del superior, el subalterno permanece en espera con posición “Firme”.

Es por eso que el saludo formal incluye el aprendizaje corporal de la posición de “Atención” o “Firmes” que se practica infinita cantidad de veces los miércoles por la tarde. Con mucha rapidez, los cuerpos pasan de estar relajados a una posición de solidez en todo sentido. Es una atención corporal que tensiona casi todos los miembros. Lo vi muchas veces en distintas situaciones y siempre me impresionó lo veloz del movimiento y lo aparentemente automático. Pero viendo el “orden cerrado” puedo dar de fe que ese movimiento no tiene nada de automático y sí mucho de práctica y error. En el único lugar en el que no se hace la venia al superior, por lo menos en tiempos de paz, es bajando y subiendo escaleras en el buque.

Cuando se está en formación, los elementos (personas) pueden estar en “posición descanso” (relajado) hasta que la voz de mando indique “Atención, Firmes”. Esta es una posición de alerta que debe ser ejecutada colectivamente. En un segundo, el talón del pie izquierdo se alinea y se pega al talón del pie derecho, el cuerpo permanece erguido e imperceptiblemente inclinado hacia adelante, los brazos levemente arqueados al costado del cuerpo con los codos mirando hacia afuera, las manos pegadas a los muslos, la cabeza

con la mirada hacia adelante y la barbilla a unos 45° del cuello. Firmes. Luego, la espera y el silencio hasta recibir una nueva orden de la voz de mando.

Aunque parezca ser una posición relajada, “el descanso” también tiene su indicación sobre cómo poner el cuerpo para suavizarlo. No es una decisión individual. Ninguna decisión corporal lo es. Para “descansar” se adelanta 5 cm (aproximadamente) el pie izquierdo y aunque la mirada sigue estando hacia adelante (vista al frente), se percibe un relajamiento en la tensión general del cuerpo, como si los hombros bajaran unos centímetros. También hay un movimiento con los brazos y las manos donde se nota que descansan con el cuerpo. Las piernas se abren a la altura de la cadera.

En el saludo colectivo, que incluye la posición de firmes y la de descanso, el tiempo se frena con el cuerpo. Hay una sincronización de pausa, rigidez y de finalización del movimiento. Es como una figura blanca en un pentagrama, es un silencio en el medio de mucho sonido. Pero ese silencio guarda, “antes y después”, una armonía de ritmos que se generan con el cuerpo. En la vida militar no sólo hay que identificar la voz de mando; también hay que aprender a fluir con el ritmo corporal del resto, aprender a *ser* cuerpo a través de la escucha.

Uno de los ejercicios que protagonizan el “orden cerrado” es la marcha. Cualquier civil como yo o como quien lea este texto pensaría que marchar es caminar prolijo. Pero es mucho más que eso. Postura, ritmo y unidad. Tres facetas que transforman una acción humana cotidiana en una enseñanza militar. El ritmo lo encuentran siguiendo la voz de mando. Esa voz que puede estar al frente, detrás de ellos o al costado es la que indica qué hacer en cada momento. Se escuchan las indicaciones de grupos que ya desfilaron y están más adelante dentro del perímetro de la Plaza. Mientras, la banda suena.

Vos tenes que armar tu equipo. Eso define todo. No sólo en combate, sino en la vida militar. Vos trabajás bajo presión. **Imaginate en el mar, con situación adversa. ¿Qué hago? ¿Me voy? No podés. Lo que te importa es lo que te toca hacer, tu rol. En la coordinación es cuando se puede todo.** De afuera es un caos. Pero fijate que está todo organizado según la unidad (Cabo Principal Ramírez. Septiembre 2018. Mi énfasis).

La particularidad del ambiente aparecía una y otra vez para los suboficiales que me acompañaban los miércoles en el “orden cerrado”. Viendo los ejercicios de marcha y la exigencia de sincronía que la voz de mando les exigía a los aspirantes, Ramírez hizo referencia a la necesidad de la coordinación por el riesgo de vivir una situación adversa en el mar. Tal como mostré en el capítulo anterior, un principio de incendio en la sala de

máquinas requirió cuerpos y roles ordenados para que el riesgo no fuera mayor. Este orden en la navegación comienza con la unificación de los cuerpos individuales, hacer equipo o, mejor dicho, ser una unidad.

El movimiento de desfile es tan unificado que se escucha el sonido de las pisadas, alguno que otro miércoles, bastante uniforme. Son movimientos que se aprenden y se enseñan desde comienzos del siglo XX, eliminando las alternativas individuales y jerarquizando la cohesión colectiva y corporal. El antropólogo británico Paul Connerton explica que esa sucesión de prácticas corporales, como

(...) nadar o escribir a máquina o bailar, requiere para su ejecución adecuada una cadena completa de actos interconectados, y en los primeros ejercicios de la acción, la voluntad consciente tiene que elegir entre un número de alternativas erróneas; pero el hábito eventualmente logra que cada evento precipite la realización de su sucesor apropiado sin que una alternativa parezca ofrecerse y sin referencia a la voluntad consciente (1989:101. Mi traducción).

Todos los que integran una formación tienen un rol. Por ejemplo, durante la marcha el más alto de la sección es quien tiene las piernas más largas y funciona “como un mástil”: es el eje de toda la sección. Esta condición de corporalidad es la que lo obliga a estar formado en la punta de la formación ya que hace menos esfuerzo para recorrer más distancia con un solo paso y le permite no perder la línea del desfile por tener mejor ángulo para rotar cuando llega a la esquina de la plaza. A ese movimiento de la marcha en el cual, cuando llegan a la esquina, hacen un giro colectivo y coordinado para rodearla se lo llama “pivotear”⁴⁷. Mientras, el encargado de la sección grita con firmeza la indicación y marca el paso con sus pies: “Vista al frenteeeee. Vista izquierda maaaaar. Vista al freente. Frente maaaaaaar”.

Y a los pocos segundos vuelve a gritar: “Banda y cuerpo de aspirantes, de frentee. Maaaaaaar. Frentee izquierda maaaaaaar”

Cada oración motiva un movimiento de postura mientras marchan. Siempre están involucradas las piernas, la cabeza y el torso. O se desplazan derecho o doblan, pero durante la marcha siempre hay movimiento. Antes de doblar las piernas, deben doblar la cabeza –al unísono– para marcar hacia dónde irá el cuerpo. Se escucha el grito de “Vista al frenteeeee” en distintos lugares porque doblan cuando llegan a la esquina de la Plaza, haciendo que los miembros de cada sección giren la cabeza al unísono, pero sus cuerpos

⁴⁷ También se utiliza esta noción para describir el movimiento que realiza el/la bailarín/a en el tango (Carozzi, 2009) y en el baile clásico.

esperan al momento y espacio adecuado. Algunos grupos van más a ritmo que otros, se desplazan más o menos coordinados, pero todos están ahí aprendiendo a formar parte de un colectivo. El momento más difícil es el giro; lo deben hacer prolijamente, mientras obedecen muchas otras indicaciones a la vez.

La enseñanza corporal militar tiene particularidades que la singularizan de otras prácticas como las deportivas o las de la danza en, por lo menos, cuatro aspectos: no hay lugar para la improvisación individual; cada participante tiene un rol según la situación; todo lo aprendido se pone en práctica en la vida cotidiana; y la imitación y repetición requieren de novatos y de expertos. El objetivo buscado es una acción colectiva con una temporalidad específica, ya que todos los movimientos militares de los navales tienen un ritmo común que se diferencia de los del Ejército y de la Fuerza Aérea. En la Armada, los aspirantes corren siempre. La sincronización del buque abarca la suma de todas las acciones individuales de su tripulación que, si van a ritmos diferentes, corren riesgo de encallar. Ese ritmo colectivo lo ordena la “voz de mando”. Y al igual que el entrenador en Box, el encargado se convierte en un “cronómetro de carne y hueso” (Wacquant, 2006:109). Quien no cumple con la orden en el tiempo establecido vive una sanción pública para castigar su distracción. Todos deben moverse como un solo hombre.

En ese mar de aspirantes veo cuando uno de ellos pierde el paso y le llaman la atención. El suboficial que estaba conmigo me explicó la importancia de cumplir a la “voz de mando” durante las prácticas porque “ellos tienen que desfilar y tienen que aprender a seguir la indicación. Yo tengo que poder dar una orden y que mi gente la cumpla. No hay espacio para dudas ni quejas. Hay que obedecer para hacer todos lo mismo.”

Lo que parece una indicación simple como es “desfilar”, se transforma en una acción fundamental para la vida del suboficial. Hay algo de esa corporeidad que es relevante para el colectivo social y que permite pensar el movimiento, como sucede en la danza, en tanto lenguaje (Carozzi, 2011:16). “Hacer todos lo mismo” es una indicación muy difícil de entender para el mundo civil. Al menos lo fue para mí. Ese hacer se percibe en el sonido y en las líneas que dibujan los cuerpos en movimiento. Ante una indicación, empiezan a correr a toda velocidad. Se escucha el ritmo más veloz de los pies golpeando el suelo: el sonido es prolijo sólo si van al mismo ritmo. Pero los miércoles, en general, se escucha chapoteado, signo de que falta más trabajo para llegar a la unión, no como ideal normativo sin sentido, sino como la cualidad que se busca para la situación que corporiza su profesión: el combate. Y no cualquier combate. Para los suboficiales navales, el objetivo es el combate en el mar.

Cuando ya tenés una función, la tenés que cumplir. No podés frenar todo para pedir un criterio propio. En olas de 9 mts no podés parar a cuestionar lo que está pasando. El que da indicaciones sabe que los que lo siguen, tienen que cumplir. Con la lluvia tienen que practicar, porque en el barco hay agua. Este es el día en que les forjás un poco el carácter. Yo pedí que se queden un poco en plaza de armas con lluvia, yo estoy con ellos. **El mar no te da respiro. Hay que estar listos para funcionar todos juntos. En el barco todos cumplimos una función, es un relojito. Todo tiene una función. El barco está pensado así, para que cada uno haga lo que tiene que hacer. Y este es el entrenamiento para que aprendan a actuar y obedecer al encargado. Todos al mismo ritmo**” (Suboficial Mayor Jorge Alejandro Tavachi. Septiembre 2018. Mi énfasis).

La búsqueda de lo colectivo, como cualidad distintiva de la vida del suboficial naval, se inicia en el aprendizaje de un ritmo corporal. Aprender a ser y a hacer “todos al mismo ritmo” porque, tal como me lo explicaron infinidad de veces, “el mar no te da respiro”. El cuidado y la reciprocidad, según lo mostré en el capítulo anterior, pueden ser cuestiones de vida o de muerte. Por eso es necesario que el buque sea “un relojito” y esa sincronía corporal se aprende, se ensaya y se imita en el “orden cerrado”.

En el patio hay giros a la derecha, a la izquierda y medio giros. De la cadera para arriba toda las marchas son similares: torso rígido, brazos estirados que acompañan el andar, vista al frente (salvo indicación de la voz de mando) y hombros firmes. Pero las piernas hacen otro juego. Este es uno de los inconvenientes que los aspirantes viven durante el entrenamiento semanal: la una partición entre la coordinación de las piernas y la del resto del cuerpo. El movimiento que los pies y los talones ejecutan es casi imposible de describir. El andar incluye un manejo suave de un pie pero intenso del otro. Uno marca el ritmo firme en el piso y el otro se levanta con suavidad para marcar el paso. Suave y firme a la vez. Todas las veces que lo observé en celebraciones, me pareció una combinación mágica y especial: mientras el derecho se levanta con suavidad cuál bailarín, el izquierdo queda anclado en el piso dando seguridad e intensidad al andar y, de alguna manera, siendo el pie que impulsa al otro. Es un trabajo en equipo de los dos pies. Cuando el que se levantó vuelve al piso, lo hace fuerte y firme. Pero cuando se levanta, es suave y ligero, como si no pesara. Hay algo con la punta del pie que también es distintivo, medio inclinado hacia adelante, con un grado distinto del caminar corriente.

La coordinación de todos estos movimientos se acompaña con un intenso entrenamiento físico de resistencia y de fuerza durante el mismo orden cerrado. Los aspirantes también realizan en esas dos horas de entrenamiento ejercicios de rebote

(repique en el piso cortito), salto arriba (salto lo más alto posible), “frente carrera mar” (correr a velocidad máxima derecho “sin importar nada de lo que haya enfrente”) y flexiones. Conversando con uno de los encargados de los aspirantes, me comentó que él recordaba mucho sus entrenamientos en la ESMA y que podía sentirse identificado con los aspirantes que corrían a toda velocidad en la plaza:

Te digo lo que se les está pasando por la mente: los odio, odiás al encargado, al suboficial de cuerpo, a todos. Después se van a dar cuenta qué es lo que te permite todo esto. El aprendizaje, el sacrificio. Las otras fuerzas también se preparan, pero la Armada es la más fuerte, es una condición necesaria para estar todos en el medio del agua (Suboficial Mayor Mariano Forlan. Septiembre 2018).”

El aprendizaje buscado es la responsabilidad recíproca, cualidad y valor explicado en el capítulo anterior. Los suboficiales instructores dejaron claro que los aspirantes siempre tienen que estar pensando en el combate naval, en la necesidad de entender que el cumplimiento de los roles es fundamental para sobrevivir, porque no hay tiempo para pensar. Se busca un cuerpo con un movimiento que requiere estar atento al cuerpo propio y a los cuerpos ajenos. El “orden cerrado” los adiestra corporal y grupalmente a enfrentarse a la adversidad, situación que deberán atravesar ni bien finalicen sus dos años en la Escuela de Suboficiales y estrenen su primer cargo como cabos segundos en los destinos de la Armada, sean en tierra o acaso en el mar.

La conversación con el suboficial se vio interrumpida por un incremento en gritos y el ruido ensordecedor de cientos de cuerpos que se acoplaban al correr juntos a toda velocidad. Sin pensarlo, hice silencio para ver y escuchar, sin intermediarios, la primera arenga militar de mi vida.

¡Aspirantes! Llevamos unos minutos en la actividad, mandé alrededor mío carrera mar y todavía nadie está dando más del 50%. No es capaz de dar el 100% en esta actividad. No tiene ganas, no tiene voluntad. Aspirantes. No se acostumbren a hacer las cosas a medias. El soldado trabaja y hace todo al 100 y cuando está cansado y no comió y no durmió porque estuvo haciendo guardia, ahí es cuando se pone el chip de combatiente y da ese plus. Ese 110. Lo que no puede hacer el resto. Los civiles van a comer mejor y así con viento a favor no van a llegar a un 100. Nosotros no! No tenemos ese derecho. Cuando las cosas son adversas sacamos ese plus. Eso que demuestra que somos militares que estamos hechos para defender a nuestro país. De ahí es de donde somos más fuertes. Y ustedes con un poco de agua en el piso, con una leve lluvia ya están en el 40% y no ponen ni el 100% que tiene que tener un aspirante. **¡No especulen! ¡En la vida no se especula! ¡El que especula no llega a nada! Tengo que ver al aspirante dándolo todo.**

Entregándolo todo. ¡Carrera Maaaaar! ¡Vuelen vuelen!” (Suboficial Primero Sergio Ferrari. Octubre 2018. Mi énfasis).

“Darlo todo” en oposición a la especulación refiere a un tiempo preciso para evitar riesgos. Por eso el instructor le demanda a los aspirantes que “vuelen”, término coloquial que exige una velocidad al máximo, al 100% de las capacidades⁴⁸. Hay que “entregarlo todo”. El sacrificio, en este caso, corporal que deben atravesar los aspirantes cada miércoles por la tarde es una cualidad buscada que se considera vital para el adiestramiento en el mar. Es, según los suboficiales con quienes hablé, lo que los caracteriza de las otras dos fuerzas armadas. Es una norma, un código moral y una prueba de carácter que los aspirantes aprenden en la tierra para luego ponerse a prueba en el mar. Wacquant señala que las conductas de sacrificio formalizan “relaciones adecuadas hacia y entre sus miembros” (2006:139), situación que demanda un aprendizaje voluntario corporal pero también moral. El compromiso de sacrificio es “al mismo tiempo, un medio y un fin” (Wacquant, 2006:140). Es total. Requiere una fidelidad colectiva que no se ponga en duda. La grupalidad necesita una entrega al buque con roles claros, jerarquías establecidas, cuidados recíprocos y una tradición de sacrificio para dar el 110%. Estos aspectos se aprenden en la escuela, se adiestran en el mar y se requieren en la guerra. La validez de estos valores grupales se aprende corporalmente en el “orden cerrado” de cada miércoles por la tarde, pero se ejercitan en cada interacción social institucional. Son la base de la vida suboficial.

El antropólogo argentino José Antonio Garriga Zucal (2005) analiza la existencia de distintos parámetros corporales (y masculinos) en un grupo de simpatizantes de fútbol para dar cuenta de distintas representaciones legítimas y usos particulares al interior de ese grupo social. Esta identificación permite situar y situarse dentro o fuera del mapa social de la “hinchada” (2005:202). Entiende así que los cuerpos (y sus valoraciones sociales) se constituyen como fronteras para marcar los límites de la pertenencia social. En su caso, el modelo corporal de los “miembros de la banda” se asocia con hombres gordos, grandes, peludos, desaliñados (2005:206). Aún con la distancia entre esos cuerpos de hinchada y los cuerpos esbeltos militares, ambos se identifican con la singular acción y actitud del “aguante” que incluye resistencia y sacrificio como práctica habitual. Garriga explica que los gordos de la hinchada,

⁴⁸ Así igualmente, en la Escuela Naval Militar donde se forman los oficiales de la Armada, es habitual escuchar que en 1° año los cadetes “vuelen”: hacen todo corriendo. Recién podrán caminar a partir de 2° año.

poseen una concepción de su cuerpo como resistente; el cuerpo soporta el dolor producto de las prácticas violentas y, también, afronta la desmesura de consumos prohibidos o socialmente estigmatizados. Estas dos características demuestran cómo el cuerpo de los hinchas se define según sus preferencias, usos y representaciones corporales que posibilitan demostrar resistencia” (2005:210).

Son cuerpos que soportan dolores, experiencia que es enseñada a los novatos a vivir el “aguante” necesario para formar parte, sea de una “hinchada de futbol” o del cuerpo de la Armada. Estas “técnicas del aguante” (Garriga Zucal, 2005:211) se aprenden en entrenamientos donde los miembros se golpean repetidamente para evaluar cuánto dolor soporta el novato y saber así, si ese cuerpo –masculino- puede ser incluido en el grupo. Tolerar el dolor y aprender a generar esa violencia forma parte del aprendizaje de una técnica corporal. En el caso de los suboficiales, las “técnicas del aguante” y el sacrificio son cualidades que se aprenden pensando siempre en la navegación de un mar con horizonte de guerra. Es entrenar un “aguante colectivo”.

El “orden cerrado” es un momento fundamental para desarrollar esa habilidad corporalmente individual, pero que debe ser sincronizada colectivamente. Tanto los movimientos como las formaciones serán puestos en práctica en toda la vida militar aún sin haber estado ni cerca del combate. Es un lenguaje corporal, una conducta rítmica colectiva fundamental que unifica. Los aspirantes lo aprenden semanalmente en el Patio de Armas, pero lo ejecutan en distintas situaciones cotidianas de la escuela donde no están solos: con ellos también forman los suboficiales mayores y la plana mayor (oficial) en la escuela. Todos en el destino, diariamente, forman juntos al igual que sucede en todos los buques de la Armada en las distintas etapas de mar cuando la tripulación inicia la navegación, conmemora fechas navales o saluda a las autoridades a punto de embarcar. Lo que sucede en la Escuela no es una teatralización o una simulación de una vida militar “democrática” imaginaria, sino la base del aprendizaje de todas las cualidades necesarias para navegar y lograr que el destino compartido sea de vida y no de muerte.

4.7 Recapitulación – “Los navales son todos uno sólo”

En este capítulo di cuenta del inicio del recorrido educativo que navega un postulante a aspirante que finalice como cabo segundo desde las especialidades técnicas requeridas por un buque. A su vez, expliqué que las particularidades de la comunidad naval no son definidas *per se* ni dependen de una lógica civil o de una oposición entre democracia y autoritarismo. La formación del suboficial no consiste en aplicar

entrenamiento militar a un aprendizaje técnico, ni en enseñarle a un militar sobre distintas técnicas; es la unión entre ambas cualidades la que define su quehacer. Es un saber técnico militar.

A su vez, mostré que contrariamente a la idea del sentido común que indica que los militares reivindican el pasado dictatorial con lo cual distancian y exotizan más esa profesión, los aspirantes y suboficiales formados en democracia presentan una heterogénea matriz de sentidos para el ingreso a la escuela. Lo mismo sucede con quienes eligen formar parte del cuerpo de suboficiales, no siendo mayoría los “hijos de militares” sino “los vecinos de la base”. Esto suma un principio sobre la adscripción al mundo militar más relacionado con una cuestión geográfica que con una hereditaria. Elegir formarse como suboficial no responde a los límites de la tradición, sino que incluye una serie de disposiciones sociales y geográficas más amplias

Expuse cómo desde el primer día los postulantes de la Armada, hombres y mujeres, aprenden una forma de hacer singular: saberes técnicos, identificación de jerarquías, lenguaje y “el darlo todo”. Pero la formación no es únicamente el aprendizaje de un saber, sino que también comprende la trasmisión de valores necesarios para formar un colectivo sincronizado, responsable y recíproco estructurado en la distinción de roles y jerarquías. Es una formación pensada desde y para la vida en el buque. El tiempo vivido en la Escuela de Suboficiales sostiene en las aulas, como puede, el ritmo necesario para que al salir a navegar, el destino compartido sea exitoso y puedan regresar.

La pregunta sobre la formación de los suboficiales les preocupa a los mismos suboficiales, porque intuyen que los dilemas militares se resuelven, institucionalmente, con respuestas desde el mundo civil, mundo que todavía los congela en su pasado dictatorial y que no se detiene en conocerlos desde su *métier* militar. El perfil del militar en democracia (Frederic, 2015, Soprano, 2016, Badaro, 2013) da por sentado que la aplicación del saber del suboficial es homologable con el mundo por fuera de lo militar, desconociendo solidaridades propias o formas vitales de aplicarlo, porque no incluyen al buque. Pensar la aplicación de la técnica aprendida para la navegación en un mar con horizonte de guerra no es lo mismo que la vida civil donde la comunidad mantiene otros códigos, lenguajes y valores. Eso explica el motivo por el cual el aprendizaje de saberes sobre el motor o la turbina para los marinos no es fácilmente trasladable al mundo civil; la Armada no es una instrucción carente de sentido ni de ambientes ni de escenarios bélicos. No es versátil ni autoritario; es específicamente militar y caprichosamente naval. Por eso cobra sentido que para los suboficiales de la ESMA que forman futuros suboficiales de la ESSA, perder al

buque y al mar como horizonte, y desviar el foco de la enseñanza práctica sean su principal preocupación.

La Escuela, al igual que el buque en navegación o la sala de box de Wacquant (2006), no es únicamente un espacio de aprendizaje técnico y corporal, sino que se establece como un lugar donde se viven los primeros procesos de interacción social vinculados al tiempo, sea en relación a la jerarquía o a la reciprocidad. Aprenden a regular una singular y suboficial noción del tiempo. La socialización en la Escuela supera los límites del aula y de la Plaza de Armas porque allí se educan los sentidos, la percepción, el “aguante”, las técnicas y los movimientos corporales para vivir, en la navegación, un “estado de urgencia permanente” 24/7.

El aguante es un quiebre que se aprende: hay que vencer el cansancio y dar el 110%. Ese aprendizaje se convierte en una habilidad técnica y corporalmente militar fundamental para habitar una “cáscara de nuez en el medio del mar”. Como mostré en capítulos anteriores, la eficiencia del cuerpo y del buque se juegan en el adiestramiento, en la coreografía, en la entrega al protocolo, en el cuidado de la familia naval, en el respeto de la jerarquía y en vivir el destino colectivo.

El aprendizaje corporal es una transformación que afecta al cuerpo individual y produce la sincronía de un colectivo social. Los miércoles por la tarde en la Plaza de Armas de la ESSA, los aspirantes miran, copian y espían a otros cuerpos en acción para aprender un ritmo común y ser parte de ese “cuerpo de aspirantes”. Mostré al cuerpo siendo tiempo. Los horarios controlados, la cadencia de las marchas, la repetición de los ejercicios, la posición de saludo y los entrenamientos del “orden cerrado” son situaciones que educan a sus cuerpos para ser un engranaje. Se busca la conformación de un grupo particular donde “todos sean uno sólo”

El sentido de ese engranaje es el de un buque de guerra navegando en el mar. Cuando los programas educativos “civilizan” al militar, no sólo pierden la formación militar. Se modifica la estructura del tiempo y se crean “los nuevos tiempos” que pierden un aprendizaje relacional, sincrónico y colectivo. Como mostraré en el próximo capítulo, esa resignificación del tiempo ya no requiere el conocimiento de su pasado de guerra y de mar. El análisis se concentrará en el control sobre el pasado naval, en especial sobre el linaje suboficial de la ESMA y de quienes allí se formaron y combatieron en Malvinas.

CAPÍTULO 5. LINAJES

Los aspirantes parecen no darse cuenta pero nos preparamos para la guerra. Aunque ahora cumplamos roles administrativos, tenemos que estar listos. Es cierto que no tenemos hipótesis de conflicto pero siempre pueden llamarnos de otras Fuerzas como apoyo, como pasó en Kuwait. No podemos decir que no. Antes lo teníamos claro. Pero ahora se lo repetimos siempre a los que están en la escuela: están formándose como militares.
(Suboficial Mayor (R) Marcelo Oscar Líbero. Octubre 2018)

El antes y el ahora apareció como moneda corriente en todas las conversaciones que tuve con suboficiales. Podía ser para comparar el esporádico calendario de navegación actual con las navegaciones constantes que se vivían veinte años atrás, o para marcar que ahora existe un excesivo uso del celular en los destinos mientras que antes había momentos indicados para escribir cartas a sus seres queridos. Pero la recurrencia a comparar el “ahora” y el “antes” era por dos motivos principales: la falta de entusiasmo de los más jóvenes en convertirse en “hombres de mar” y en la distancia entre quienes “antes” sabían que estaban formándose como militares y los aspirantes “de ahora” a quienes hay que repetirles que se forman para la guerra. Ese antes daba cuenta de una generación formada en la ESMA, aquella escuela de formación tan emblemática para todos los hombres y mujeres que allí iniciaron su camino suboficial, por su exigencia técnica y, sobre todo, militar. El recorte temporal contrastaba un pasado lleno de mar y preparación militar con un presente abrumado por la tierra y sin demasiado horizonte de familia naval a futuro, lo cual resultaba bastante paradójal y doloroso para los hombres y mujeres de mar. Para los suboficiales fue determinante perder su temporalidad naval y militar.

En la actualidad, la gran mayoría de los instructores (docentes militares) de la ESSA fueron formados en la ESMA y son la generación bisagra entre dos comunidades distintas: una marina y otra terrestre; una militar y la otra “medio-militar-medio-civil”. Todos son parte de un mismo linaje suboficial, pero para reconocerse como tal es imprescindible saberse como integrantes de un grupo con historia propia.

El eje de este capítulo está puesto en pensar cómo los suboficiales de la Armada viven, construyen y materializan su relación singular con sus antepasados y su linaje de la ESMA ante las indicaciones institucionales de cómo hacerlo. Aquí aparecen las mudanzas de su espacio de formación, las banderas heredadas, los relojes refaccionados y los libros escondidos para pensar el vínculo entre quienes fueron aspirantes de la ESMA y quienes

hoy son aspirantes de la ESSA. ¿Cómo viven los actuales aspirantes la relación con su linaje suboficial? ¿Qué relación institucional se establece entre la ESMA y la ESSA? ¿Cuáles son las estrategias de los suboficiales para sostener la continuidad frente a decretos y mudanzas que se orientan la discontinuidad?

Para responder estas preguntas presento el desalojo espacial que vivió el instituto de formación de los suboficiales al mudarse del predio de la ESMA. El foco está puesto en declaraciones propias de las máximas autoridades de la Armada Argentina (oficiales) y del entonces Presidente de la Nación, quienes tomaron la decisión de “sacarse una mochila pesada” al cambiar la escuela de locación y de nombre. Muestro que ante la ruptura institucional, aparecen algunas estrategias de los propios suboficiales formados en la ESMA para rescatar materialmente (Appadurai, 1991; Miller, 2008; Marcoux, 2001) algo de ella y construir una relación generacional.

Y luego, con la descripción de la celebración del Día del Aspirante en la Escuela de Suboficiales de la Armada, analizo el “soplo mágico” a través del resguardo y entrega del estandarte de la Promoción 19° de suboficiales de la ESMA. Muestro cómo ciertos objetos inalienables (Weiner, 1992) entregados en custodia a las nuevas generaciones pueden ser analizados como un puente entre la ESMA y la ESSA. También doy cuenta de la brecha generacional existente entre los alumnos de la ESMA y de la ESSA, de los esfuerzos por sostener una continuidad donde todo parece ruptura, y de una creciente distancia entre el espacio de la experiencia y el horizonte de expectativas (Koselleck, 1993). Aquí vez muestro a los suboficiales y aspirantes *siendo* en la institución a través de la puesta en escena de un conjunto de saberes y de habilidades militares aprendidas en todas las etapas de formación que desplegué en los capítulos anteriores.

En el capítulo anterior vimos cómo la modificación de los planes de estudio transformó una formación enfocada en los tiempos de mar a una que no precisa del agua ni de los buques, ya que en el presente se busca más un técnico habilitado para moverse en el mundo civil que un militar especialista adiestrado para combatir en una guerra naval. En este capítulo, la modificación está puesta sobre el control del linaje y de los antepasados de la institución, incluyendo el ocultamiento de todo lo relacionado con la “mochila pesada” y “ensangrentada” que la Armada quiso dejar de cargar.

5.1 El largo camino del desalojo

El 15 de diciembre de 1983, a sólo cinco días de asumir la presidencia, Raúl Alfonsín firmó el Decreto 187/83 para crear la Comisión Nacional de Desaparición de

Personas (CONADEP) con el objetivo de esclarecer los hechos relacionados con los crímenes cometidos durante el último período dictatorial. Esta comisión entró en funciones oficialmente el 4 de enero de 1984 y fue recién a fines de ese año cuando se estableció la nomenclatura fija para denominar a los espacios utilizados con fines represivos, que tendría más tarde, una importante productividad política y jurídica: los “centros clandestinos de detención”⁴⁹.

La primera visita oficial de esta comisión al predio donde funcionaba la ESMA fue el 9 de marzo de 1984 para realizar una inspección y reunir datos sobre el espacio que había sido denunciado en el exterior desde 1977 por los pocos sobrevivientes que lograron exiliarse luego de ser detenidos allí. La investigación desarrollada por la CONADEP fue presentada al Presidente de la Nación y fue utilizada como fundamento para el Juicio a las Juntas Militares⁵⁰ realizado en 1985. Mientras tanto, los diversos organismos de derechos humanos intensificaron la exigencia de información y el reclamo de justicia sobre los crímenes que habían sucedido durante la última dictadura militar en el predio de la ESMA, espacio que durante la década del 80 siguió siendo utilizado para la formación de suboficiales de la Armada.

Hasta ese momento, no se había formalizado ninguna legislación con el objetivo de mudar la institución educativa del predio ubicado en Avenida Libertador en el barrio capitalino de Nuñez. Pasaron los años, y fue en enero de 1998 cuando el entonces presidente Carlos Menem (1989-1999) firmó el decreto 8/98 que incluía la demolición de los edificios del predio de la ESMA y la mudanza de los institutos educativos a la Base Naval Puerto Belgrano:

CONSIDERANDO:

Que atento el proceso de reestructuración integral de la ARMADA ARGENTINA, se han realizado diversos estudios tendientes a profundizar la racionalización de sus elementos, como paso previo a la evolución de su orgánica.

Que esos estudios indican la necesidad de homogeneizar criterios en la enseñanza académica y operacional.

Que la ARMADA ARGENTINA, profundizando el proceso de cambio y reestructuración en curso, prevé la reubicación de la ESCUELA DE MECANICA, dando máxima prioridad a lo operativo y a la concentración del esfuerzo principal en la BASE NAVAL DE PUERTO BELGRANO.

Que en virtud de lo expuesto, resulta entonces apropiado, trasladar las instalaciones de la ESCUELA DE MECANICA DE LA ARMADA de la Ciudad de BUENOS AIRES, a la BASE NAVAL DE PUERTO BELGRANO, Provincia de Buenos Aires.

⁴⁹ Para ver más, recomiendo el análisis de Calveiro (1998).

⁵⁰ Para ver más, recomiendo el análisis de Crenzel (2008).

Que el contacto con los medios operativos, escuelas, especializadas, talleres y arsenales de la BASE NAVAL DE PUERTO BELGRANO, contribuirá a actualizar y facilitar el ciclo de instrucción y adiestramiento de los aspirantes.

Que el cambio de instalaciones sobredimensionadas, antiguas y desactualizadas, con alto costo de mantenimiento y baja eficacia educativa por construcciones más aptas y modernas, generará importantes ahorros de operación y funcionamiento.

Que el traslado de la ESCUELA DE MECANICA DE LA ARMADA tiene un valor simbólico innegable, sustentado en el afán por dejar atrás las antinomias y asumir las lecciones de la historia reciente, expresando plenamente la voluntad de conciliación de los argentinos.

Que destinar al uso público los terrenos que actualmente ocupa dicha instalación militar y erigir en dicho aspecto libre un símbolo de la unión nacional como único propósito, representa un compromiso ético de convivencia democrática y respeto a la ley.

Por ello.

EL PRESIDENTE DE LA NACION ARGENTINA DECRETA:

Artículo 1º-Trasládase las instalaciones de la ESCUELA DE MECANICA DE LA ARMADA de la Ciudad de Buenos Aires, a la BASE NAVAL DE PUERTO BELGRANO, Provincia de BUENOS AIRES. en las condiciones que se determinan en el presente.

Art. 2º-Instrúyese al MINISTERIO DE DEFENSA para que una vez cumplimentados los extremos presupuestarios necesarios, proceda a la desafectación del inmueble actualmente sede de la ESCUELA DE MECANICA DE LA ARMADA y disponga que la ARMADA ARGENTINA efectúe el traslado de los bienes útiles y la construcción de la nueva Escuela de Suboficiales de la Armada [...] ⁵¹.

Este fragmento del decreto marca cuestiones relevantes sobre lo que impulsó – legalmente- el primer intento de traslado de la ESMA. Comienza por considerar que hubo una reestructuración integral de la Armada que requería de una homogeneización en los criterios de enseñanza que ameritaba concentrar su esfuerzo en la BNPB por sus condiciones naturales (cercanía al mar y medios operativos) y materiales (talleres modernos). La primera explicación sobre por qué es “apropiado” trasladar las instalaciones educativas descansa en una justificación sobre cómo se verán favorecidos los ciclos de instrucción y adiestramiento. Pareciera ser que lo que está motivando esta modificación del lugar de enseñanza creado en 1924 tiene fines educativos, modernizadores y superadores de una instalación “antigua y desactualizada”. El problema –o la ambigüedad- de la interpretación del decreto surge con las últimas consideraciones donde el traslado aparece justificado por su “valor simbólico innegable” al “dejar atrás las antinomias” y lograr así una “conciliación de los argentinos” y hacer de ese predio un “símbolo de la unión nacional”. Entonces, ¿tiene un valor simbólico innegable (pasado) o es una estrategia para potenciar la educación suboficial (futuro)? El pasado de la ESMA se decretaba como fundamento problemático para la futura formación de los suboficiales de la Armada.

⁵¹ Fragmento del Decreto 8/98. “Escuela de Mecanica de la Armada: Trasládase a la Base Naval de Puerto Belgrano”. Boletín Oficial: 9/01/1998

Con un traje gris y el peinado engominado que lo caracterizó durante la década del 90, el entonces presidente dio una conferencia de prensa en la Casa Rosada con un tono calmo para anunciar el decreto. En el escritorio había varias hojas que manipuló mientras hacía su comunicación; también jugó con su anillo mientras miraba a los presentes. No leyó su declaración, sino que explicó los motivos del decreto con algunas pausas:

(...) Lo que tiene mucha trascendencia e importancia es el traslado de la Escuela de Mecánica de la Armada a la Base General Belgrano. Es decir, que la ESMA que está actualmente en la avenida Libertador **va a ser trasladada a un lugar más adecuado para su funcionamiento**, que es en Puerto Belgrano. En ese mismo lugar se va a crear un espacio verde, con un monumento o un símbolo a la unidad nacional (Mi énfasis).

A su vez, afirmó que

(...) el lugar va a permanecer, **no podemos llevarnos la tierra y lo único que se hace es trasladar la ESMA**. El lugar va a continuar ahí y podrán rendir homenaje, cosa que no pueden hacer ahora muchos de los familiares de quienes fueron víctimas de ese proceso que ustedes saben. (Mi énfasis)

Por la confianza con la que sentenciaba que “lo único que se hace” era trasladar la ESMA, se notaba que nunca había pensado en las consecuencias educativas que ese traslado tendría para los suboficiales y alumnos de la escuela. Ante la firma del decreto 8/98, el ex alumno de la ESMA Eric Fabián López (1998) denunciaba con dolor poético que la escuela se enfrentaba a la pérdida de toda la riqueza de su “histórico patrimonio educativo” que demolerían con el predio. Los logros obtenidos y las almas de los fallecidos también eran víctimas del decreto:

(...) **El enorme reloj detendrá las agujas del tiempo educacional**, relegando al olvido la sinfonía marcial de los sonos graves y cristalinos de tambores y clarines. (...) **El majestuoso mástil marinero, junto con el busto del gran Almirante, caerá bajo la inhumana piqueta del olvido. La incomparable enseña celeste y blanca será arriada del tope del pico**. Las almas de Calastreme, Eyora, De Loqui, Muscardi, Eguren, Álvarez y los discípulos que emigraron al reino del Señor, comprobarán con profunda y asombrosa tristeza, **la destrucción de los logros obtenidos durante más de una centuria** (1998:44. Mi énfasis)

López (1998) reafirma la importancia de ciertos objetos que también enaltecieron otros suboficiales en relación a la mudanza: el enorme reloj, el busto del gran Almirante y el mástil marinero de la Plaza de Armas Almirante Brown. Como mostraré más adelante en este mismo capítulo, antes del desalojo final, todos ellos fueron rescatados del predio de la

ESMA y están resguardados en el actual predio de la ESSA para evitar así, la destrucción de “los logros obtenidos”. Esto es, evitar perder el vínculo con la historia suboficial originada en la ESMA y continuada en la actual ESSA.

Pero el decreto no se pudo ejecutar y la mudanza quedó suspendida. Ante la denuncia de los organismos de derechos humanos⁵² y la presentación de un amparo para anular el decreto de demolición, fue recién en octubre de ese mismo año que el Juez Federal Ernesto Marinelli dispuso la anulación del decreto presidencial, para resguardar el espacio por ser “patrimonio cultural y por tener valor probatorio en los desarrollos judiciales”. En febrero del 2001, la Corte Suprema de Justicia ratificó la inconstitucionalidad del decreto al hacer lugar a un recurso de amparo de Graciela Palacio de Lois y Laura Bonaparte de Bruschtein (ambas familiares de desaparecidos). El fallo sostuvo que la demolición les impediría “conocer el destino de sus familiares desaparecidos y, en caso de haber fallecido, las circunstancias que determinaron el hecho, así como el lugar donde se encuentran sus restos” (Diario Página/12. 24/12/1998) El fallo anulaba la demolición pero no disponía frenos a una mudanza de las instituciones educativas, situación que comenzado el año 2000 volvería con nuevas leyes y decisiones.

Las negociaciones y las demandas comenzaron durante la gestión de Fernando De la Rúa como Jefe de Gobierno (1996-1999), pero fue en el 2000 cuando la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires aprobó la Ley 392/2000, en la cual se revocaba

(...) la cesión efectuada al entonces Ministerio de Marina, con relación al predio de la Avenida del Libertador 8151-8461. En su artículo segundo dispuso destinar los edificios donde funcionó la Escuela de Mecánica de la Armada a la instalación del denominado Museo de la Memoria.

A su vez, durante el 2002 se sancionó otra ley relacionada con la ESMA: en diciembre, la Legislatura de la Ciudad aprobó la Ley 961 que creó el Instituto Espacio para la Memoria como ente autárquico destinado

al resguardo y la transmisión de la memoria e historia de los hechos ocurridos durante el terrorismo de Estado de los años '70 e inicios de los '80 hasta la recuperación del estado de derecho, así como los antecedentes, etapas posteriores y consecuencias.

⁵² Para conocer en detalle el recorrido de las discusiones desarrolladas en la Legislatura de la Ciudad durante la década del 90 en relación al debate sobre qué hacer con el predio donde funcionó la ESMA, recomiendo la lectura de Guglielmucci (2013).

En su artículo décimo, la ley indicaba que el Instituto tendría su sede definitiva en el predio de la ESMA. Pero aunque la ley que formalizaba el uso del predio para usos civiles ya estaba aprobada, todavía faltaba un largo camino para desalojar a los alumnos de su escuela.

5.2 La “mochila”

En febrero del 2004 el gobierno del entonces Presidente Néstor Kirchner (2003-2007)⁵³ anunció la decisión de desalojar a la Armada del predio donde todavía funcionaba la escuela de suboficiales, para destinar ese espacio a la creación del museo. La ESMA adquirió estatalmente su cualidad de “ex” al pasar de ser un predio nacional exclusivo para la formación militar a ser un predio de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires con planes de conversión en un Museo de la Memoria. Durante el trabajo de campo comprendí que no fue simple para los ex alumnos⁵⁴ de la Escuela de Mecánica de la Armada recibir la noticia y vivir el traslado y sus consecuencias.

Las negociaciones entre la Armada y el gobierno Nacional sobre el uso del predio donde se ubicaba la ESMA y el destino de las instituciones educativas que en ella se desarrollaban son poco conocidas. Aunque ya se había firmado el decreto de cesión del predio, la fecha para comenzar la ejecución era confusa. Los medios de comunicación informaron que las conversaciones se iniciaron en el mes de marzo del 2004, teniendo como trascendido principal que el Museo de la Memoria iba a funcionar en el Casino de Oficiales y que el resto del predio iba a seguir siendo utilizado por escuelas militares. Lo he hablado varias veces con suboficiales allí formados y no tienen muy claro cómo, según ellos, se desarrolló “tan rápida la entrega” del predio. Para los aspirantes y suboficiales de la Armada, la noticia se confirmó el 3 de marzo del 2004 en el acto por el aniversario de la muerte del Almirante Guillermo Brown.

La ceremonia del aniversario del 2004 se desarrolló en la Plaza de Armas del Edificio Libertad, sede de la Armada Argentina ubicada en el barrio céntrico de Retiro de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. No es, en general, un acto que demande mucha atención de la opinión pública y mucho menos de los medios de comunicación, pero este acto fue diferente. Las palabras del entonces Jefe de la Armada, el Almirante Jorge Omar

⁵³ También en su gobierno se declaró la nulidad de las leyes de punto final y obediencia debida a través de la Ley 25.779 en agosto del 2003.

⁵⁴ Se autodenominan “ex alumnos” quienes fueron aspirantes de la Escuela de Mecánica de la Armada sin importar si egresaron de la misma con cargo militar (cabo segundo) o si pidieron la baja antes. Es un término nativo que iguala a quienes pasaron por sus aulas, a diferencia de la categoría de “aspirante” que suelen utilizarla para quienes continuaron con la carrera militar.

Godoy (2003-2011)⁵⁵, marcaron un antes y un después en los suboficiales ya que luego de hacerse pública la posibilidad de la transferencia de potestad del predio de la ESMA, Godoy expresó y fundamentó su acuerdo con la cesión:

El Presidente, nuestro Comandante en Jefe, **nos ha ordenado la cesión de un inmueble que forma parte de nuestra historia y en la que se formaron miles de jóvenes** provenientes de las diferentes latitudes del país (...) Sabemos hoy, por la acción de la justicia, que aquel lugar que por su elevado destino debió mantenerse al exclusivo servicio de la formación profesional de nuestros suboficiales, **fue utilizado para la ejecución de hechos calificados como aberrantes y agraviantes de la dignidad humana, la ética y la ley, para acabar convirtiéndose en un símbolo de barbarie e irracionalidad.** (Diario Clarin, 3/3/2004, Mi énfasis)

El imaginario popular argentino remite al discurso del entonces presidente Néstor Kirchner como el más simbólico para nominar a la ESMA y sus representaciones como centro clandestino, pero para los suboficiales, la declaración del Almirante Godoy al decir que la ESMA “acabó convirtiéndose en un símbolo de barbarie e irracionalidad” fue superlativa. Con esa oración dio prioridad al uso criminal por encima de la historia de 124 años de la institución educativa. Pero no fue ésta su única definición.

El 22 de marzo se realizó el acto oficial por el inicio del año naval desarrollado en la Base Naval Puerto Belgrano donde el Almirante Godoy volvió a hacer declaraciones. Según narra el diario porteño *La Nación*, fue acompañado por 16 almirantes y la plana mayor del Ministerio de Defensa, sin la presencia de oficiales retirados. Una vez más sus palabras fueron recogidas por los medios de comunicación. Leyó un discurso que según fuentes periodísticas no duró más de veinticinco minutos. Sus palabras destinadas a más de 900 oficiales y a unos 3.000 suboficiales reforzaron muchas ideas que ya habían sido pronunciadas el 3 de marzo en las cuales se había referido a la cesión del predio, al valor de las personas por sobre el edificio, a la “cohesión institucional” y a la necesidad de jerarquizar el presente por sobre el pasado:

El actual personal ha sufrido y sufre un inmerecido escarnio por causas imputables a quienes mal dirigieron y controlaron, desde la conducción política y operativa, el empleo de la fuerza del Estado. (...) **No se puede pensar en el porvenir ni construir en el presente permaneciendo prisionero del pasado. La Armada debe, pues, proyectarse al futuro y trabajar con fervor en la consecución de sus metas**, que son las del país. (...) Hoy, frente a la necesidad de que algunos de

⁵⁵ Su pase a retiro se produjo el 22 de diciembre de 2011 tras una acusación de realizar espionaje interno estando a cargo de la base naval Almirante Zar en Trelew (Diario Clarin: 22/12/11).

nuestros institutos trasladen su sede, quienes en ellos aprenden y enseñan deben continuar, sin distracciones, con el mismo empeño sus tareas. **La esencia no está en las infraestructuras, sino en los modelos educativos y en quienes los desenvuelven.** (Diario La Nación, 23/3/2004, mi énfasis)

En sus palabras, Godoy estaba expresando la preeminencia simbólica de la institución educativa por sobre el espacio y los objetos, ya que según él, allí no era donde estaba “la esencia”. Su declaración sin embargo, contradecía los cambios que se sucedieron luego, justamente sobre el modelo educativo de la formación suboficial que alejaría al aspirante de su misión militar.

En su declaración las infraestructuras (y los objetos) quedaron relegadas como si éstas no fueran parte del modelo educativo o no tuviesen valor para quienes lo desenvuelven. Esa concepción generó un conflicto entre la institución y los suboficiales para definir dónde y cómo se construye y se mantiene la historia de su institución. Tanto es así que, como mostraré en el próximo capítulo, son los instructores suboficiales veteranos de la guerra de Malvinas quienes desarrollan clases paralelas a los programas (modelo educativo) para hablar y enseñar eso que se perdió con el traslado de la escuela (infraestructura).

En relación a las palabras ya pronunciadas el 3 de marzo del mismo año, Godoy endureció sus declaraciones sobre la cesión del predio y el traslado de los institutos que funcionaban en la ESMA. El discurso comenzó con grandes intensidades políticas, pero antes de finalizar dedicó algunos minutos a detallar los proyectos de la Armada para los años siguientes que incluían la construcción de patrulleros de alta mar y de embarcaciones, la reparación de dos submarinos, la firma de acuerdos provinciales para intensificar las misiones de paz y otros objetivos propios de su plan de trabajo. En una conferencia de prensa posterior al acto, el entonces Ministro de Defensa José Pampuro, también hizo hincapié en la importancia de mirar al futuro por sobre el pasado de la ESMA, al afirmar que

La Armada hace tiempo que trabajaba en la idea de que **esta mochila tan pesada y terrible tenía que sacársela de encima.** Esto apunta al futuro, al definitivo reencuentro de los argentinos (Diario La Nación 4/4/2004, mi énfasis).

Esa “mochila tan pesada y terrible” que Pampuro mencionó refiere al uso represivo que, durante la última dictadura militar, las autoridades navales desarrollaron en el predio donde estaba ubicada la ESMA. Existe en su declaración una necesidad de abandonar el tiempo abandonando el lugar donde estos actos se cometieron. Creó una relación directa

que naturaliza la espacialidad con los crímenes. Puso el eje de la mudanza en un “reencuentro con los argentinos” y no en un análisis sobre el modelo educativo. La permanencia del pasado dictatorial es presentada por las autoridades como un peso que “debe sacarse de encima”, limitando el ejercicio de reflexión sobre la historia y de construcción de las memorias. Esta manera institucional en la cual Pampuro y Godoy reconocían la preeminencia del pasado dictatorial también estuvo presente en la campaña del “Proyecto Armada” analizada por Frederic en el cual la estrategia era

producir un mensaje que destacara la especificidad de la Armada como un proyecto de vida encarado por las nuevas generaciones [que] también buscaba **dejar atrás ese pasado omnipresente que rememoraban los juicios contra los perpetradores de homicidios, secuestros y desapariciones forzadas, robos de niños y torturas, y la expropiación de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA)** con el consiguiente traslado de la Escuela de Suboficiales a Puerto Belgrano, y su transformación en un “espacio de memoria” (Frederic, 2013:115. Mi énfasis).

El “Proyecto Armada” promueve el ingreso a la institución compartiendo con el público los objetivos y requisitos para formar parte de la Escuela Naval Militar y la Escuela de Suboficiales de la Armada a través de charlas en escuelas y delegaciones navales nacionales. Una de las actividades más importantes que se realizan anualmente desde el 2006 es la difusión en medios de comunicación radiales, televisivos y gráficos. En Corrientes, por ejemplo, en el portal de noticias “*el Litoral*” se presentó como “un plan de vida, donde quien se suma adquiere una formación de ciudadano soldado, con principios y visión de progreso, con estabilidad laboral”. El “Proyecto Armada” es una campaña que mira hacia el futuro porque busca la incorporación de nuevos integrantes, pero para hacerlo también mira y construye un pasado particular.

Desistir de cargar la “mochila⁵⁶ tan pesada y terrible” y “dejar atrás ese pasado omnipresente” mostraba la decisión de separar históricamente a la ESMA de lo que vendría después. Los proyectos de reestructuración de la Armada y en los decretos y declaraciones vinculados al traslado evidenciaban la insistencia en aislar a los suboficiales de su pasado en la ESMA. La firma del “Acta de entrega parcial del predio de la ESMA” por parte de las autoridades de la Armada a los representantes de la Comisión Bipartita el

⁵⁶ La denominación del pasado como “mochila” estuvo presente en la investigación de Badaró sobre la formación de oficiales del Ejército (2013:173) como una “mochila que no les pertenece y que están obligados a cargar”. En el estudio realizado por la Subsecretaría de Formación a 1159 integrantes de las tres Fuerzas Armadas apareció con frecuencia la expresión de “cargar una mochila que no es nuestra” (Frederic, Masson y Soprano, 2015:71) como descrédito institucional (Frederic, 2013:38).

28 de diciembre de 2004 fue el punto sin retorno. El acta incluyó la mudanza de todos los institutos educativos que funcionaban en el predio de la ESMA para “dejar atrás ese pasado omnipresente”. La Escuela de Suboficiales de la Armada, la Dirección de Educación Naval, la Escuela de Guerra Naval, el Centro de Estudios Estratégicos, el Liceo Naval “Almirante Brown”, la Escuela Nacional Fluvial “Comodoro Somellera” y la Escuela Nacional de Náutica “Manuel Belgrano” fueron todas desalojadas de su espacio original⁵⁷.

A decir verdad, esa mochila ya había comenzado a dejar de cargarse el 12 de febrero del 2001, momento en el cual la Escuela de Mecánica de la Armada cambió su nombre por Escuela de Suboficiales de la Armada. La palabra “mecánica”, categoría que daba cuenta de la especificidad técnica de los suboficiales, dejó de estar en el título de la institución. La información institucional de la web de la ESSA indica que esta modificación fue por cuestiones de “evolución”, sin mencionar a la “mochila pesada” omnipresente que hasta mediados del 2004 parecía definir todo:

La permanente evolución de la ciencia y la tecnología dio lugar al surgimiento de nuevas exigencias que fueron satisfechas a partir de la adecuación de planes de estudio y programas, e incorporando nuevos Escalafones y Orientaciones que, sumado a la reestructuración administrativa institucional, generó la necesidad de un cambio de denominación.

Las declaraciones de Godoy ya enunciaban una actualización educativa y la búsqueda de mejoras tecnológicas pero como cuestiones secundarias para la justificación del traslado. Quizás la modernización era una posibilidad incierta; mientras que lo único certero era el traslado. Y como vimos en capítulos anteriores, esta actualización nunca pasó del papel. La “mochila pesada” y ese “pasado omnipresente” dejaron de estar en la escena como narrativa principal de los cambios institucionales y comenzó a tomar protagonismo explicativo la modernización técnica como una planificación que miraba al futuro pero que nunca llegó. Pero la búsqueda narrativa de una ambigüedad fue constante. El viernes 17 de noviembre del 2006 se realizó el acto de inauguración de la Escuela de Suboficiales de la Armada en Puerto Belgrano y fueron las palabras del entonces presidente de la Nación Néstor Kirchner las que pusieron foco en generar un “nuevo

⁵⁷ La Escuela de Infantería de Marina (ESIM) funcionó en Mar del Plata hasta el 2001 cuando mudó sus instalaciones al predio de la ESMA. En el 2005 dejó de funcionar como institución y la especialidad de Infantería de Marina comenzó a instruirse en los pocos cursos que se dictaban en la Escuela de Suboficiales de la Armada en la Base Naval Puerto Belgrano hasta completar su inauguración formal a fines del 2006.

comienzo” mezclando ambas motivaciones: dejar una “mochila ensangrentada” y avanzar tecnológicamente en la formación suboficial.

Este nuevo edificio de la sede de la Escuela de Suboficiales de la Armada constituye un medio material adecuado, moderno y planeado para la realización específica de procesos pedagógicos. **Los procesos educativos tienen historia y los edificios donde se desarrollan también.** Todos sabemos, toda la Argentina conoce que la antigua sede de la Escuela de Mecánica de la Armada en la ciudad de Buenos Aires fue utilizada durante la última dictadura militar como uno de los centros más significativos de concentración de tortura y asesinato de seres humanos, que hoy lamentablemente figuran en lista de desaparecidos. La cesión de aquel predio para un proyecto de museo destinado a la verdad, la memoria y la justicia respecto de aquellos tiempos, de aquellos procesos que produjeron saltos siniestros, generó y aceleró la construcción de esta nueva sede. **Esta inauguración constituye entonces simbólicamente un comienzo. Pero no son los muros los que definen la historia, el presente y el porvenir, mirar de frente al pasado y al futuro, proyectar un nuevo destino, son responsabilidades de la autoridad política, pero también de los hombres de la institución armada, específicamente de la naval y sobre todo de esta renovada escuela.**

Los jóvenes militares, los de esta unidad y los de todos los destinos, **la nueva generación de nuestros militares, debe concebirse a sí misma como el futuro de las instituciones armadas.** Son el futuro, no el pasado. En una mano la Constitución Nacional y en la otra las armas que la patria les da para que la defiendan. **No deben por ello cargar con la mochila ensangrentada de la que otros son responsables,** muchos de los cuales se encuentran hoy en situación de ser juzgados para que la impunidad termine de una vez en nuestro país y deje paso a la justicia.

(...) **Esta inauguración de la Escuela de Suboficiales de la Armada puede inscribirse en un proceso de renacimiento,** no sólo por el cambio de nombre y lugar, puede constituirse en un renacer también porque esta escuela se inscribe en el siglo XXI y nace con una perspectiva de futuro mucho más amplia y distinta a la de anteriores generaciones. Tenemos por delante un horizonte más complejo, con nuevos desafíos pero también con nuevas posibilidades de progreso individual y colectivo”. (Mi énfasis)

Para el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, la mayor autoridad de las tres fuerzas, la inauguración de la escuela daba inicio a un “proceso de renacimiento” que necesitaba un cambio de nombre y de locación. En una oración quedó claro, sin ambigüedad posible, que las decisiones tomadas no estaban pensadas para una mejora técnica o militar de quienes allí se formarían sino para refundar, renacer y reafirmar que el presente iba a cortar con el pasado. Y que los jóvenes aspirantes de la nueva escuela no tendrían la necesidad (ni la posibilidad) de mirar hacia ese pasado porque allí sólo encontrarán una “mochila ensangrentada” de la que otros son responsables. Para la máxima autoridad, “los muros no definen la historia”, aunque algunos muros sean todavía medios

probatorios legales y sean tan poderosos que haya que dejarlos y mudarse a más de 670km de distancia para proyectar el futuro de la nueva generación sin “mochilas” en sus espaldas. El renacimiento institucional que demanda el Comandante en Jefe requiere un desconocimiento y una ruptura con la historia.

Los actos conmemorativos suelen ser momentos donde la historia se cuele en las palabras alusivas y donde los muros, los espacios y las mudanzas vuelven a ser referidas. Uno de esos escenarios sucedió en octubre del 2018, cuando tuve la oportunidad de asistir a la ceremonia de conmemoración del 121° aniversario de la creación de la primera escuela de formación suboficial que se desarrolló en la Plaza de Armas Almirante Brown de la Escuela de Suboficiales en la BNPB. En ese acto, como en todas las celebraciones desarrolladas en la ESSA, había una mayoría suboficial. Las palabras alusivas leídas por su Director fueron un recorrido histórico que inició con la decisión de los marinos de la década de 1880 de profesionalizar a los hombres de mar, primero como civiles y luego como mecánicos y foguistas de la Armada. Recorrió las distintas ubicaciones de la escuela hasta llegar a la inauguración de la actual sede en la Base Naval Puerto Belgrano, el 17 de noviembre del 2006. Para finalizar, reafirmó una idea sostenida públicamente por otros oficiales en la que le restan importancia a la última mudanza de la Escuela de Suboficiales:

En un nuevo aniversario de creación de nuestra escuela, reafirmamos nuestra obligación hacia el servicio naval con el convencimiento de que **no son los muros los que determinan la historia**, sino las visiones, el buen juicio y la voluntad de los hombres que las convierten en realidad tangible (Octubre 2018. Mi énfasis).

Una vez más, los muros y la mudanza parecían no tener nada que ver con la historia suboficial. Sin embargo, aparecían una y otra y otra vez en discursos, decretos y rondas de mates suboficiales.

A su vez, en 2021, en el marco del 122° aniversario de la creación de la Escuela, la *Gaceta Marinera* realizó un especial sobre la historia de la institución en la cual la mudanza se explicó en términos de cantidad de población:

La población escolar se quintuplicó en 5 décadas: de 400 alumnos pasó a tener casi 2.000 a fines del siglo pasado. Por eso, en 1998 se planteó la necesidad de trasladar la escuela a la Base Naval Puerto Belgrano y aunar en un solo establecimiento toda la formación de suboficiales.

En la revista institucional, en la web de la escuela, en las declaraciones de oficiales, ministros de defensa y en las palabras del Presidente de la Nación, se oscilaba entre darle poco valor a la mudanza y plantear que era el “renacimiento simbólico” de la formación suboficial. También se enunciaba que la motivación de los cambios era un crecimiento en la población, una necesidad de fortalecer la capacidad técnica, una cuestión de nominación por las orientaciones allí enseñadas o en relación a una mochila “pesada” o “ensangrentada” que se necesitaba para dejar atrás. De igual manera, los muros y los edificios aparecían con historia y en otras afirmaban que nada tenían que ver los edificios con la gente. Por momentos la historia dictatorial del predio de la ESMA era el centro de las motivaciones de la mudanza y en otras, parecía no tener absolutamente nada que ver. Esta ambigüedad presente en todas las declaraciones está emparentada con la dificultad institucional de hablar del pasado de la ESMA, situación que empantana tanto a la Armada que se termina anclando a la formación suboficial con ese espacio represivo del cual parecen nunca haber podido salir. Apareció en los últimos veinte años y sigue apareciendo una y otra vez el problema puesto en relación al espacio y no a los sujetos que le dieron sentido a ese espacio, sea este educativo o dictatorial.

El sociólogo estadounidense Charles Tilly (2006:13) afirma que identificar un lugar con cualidades particulares no sucede naturalmente sino que se establece una conexión entre las personas y el lugar que tiene un tiempo y una subjetividad concreta. La valoración de un espacio es producto de la interacción humana. El peligro de la naturalización de un significado es desconocer cómo y por qué ese lugar se estableció con esas cualidades y ante qué prácticas sociales se produjo como tal. El espacio aparece así ya no como un lugar donde suceden cosas, se entretienen relaciones sociales o donde se suceden procesos dinámicos y cambiantes que le dan sentido, sino como un producto acabado de una interacción que estableció la frontera simbólica, el límite interpretativo y el significado exclusivo y temporal de ese lugar. Desde el punto de vista de las autoridades de la Armada, la ESMA dejó de ser el acrónimo de la escuela de formación suboficial y una categoría neutral, para ser una “mochila ensangrentada” que se necesita dejar atrás. Las elecciones narrativas para referirse al pasado son formas significativas que dan cuenta de un discurso moral en relación a la ESMA y a la búsqueda permanente de una ruptura con ella.

Esta moralidad es la que define y redefine temporalidades propias de un pueblo para incluir (o no) historias o narraciones que permitan a un pasado vivir en el presente. Guber (1994) explica que “un pueblo 'sin historia' no es un pueblo 'sin pasado’” sino que es el resultado selectivo de continuidades las que permiten trazar una historia y un linaje a

cada población. Parafraseando a Eric Hobsbawm (1983), la antropóloga indica que la producción del pasado vive “toda una re-invencción” (Guber, 1994). La mudanza, el cambio de nombre y las modificaciones en los programas educativos generaron una “refundación suboficial” dejando atrás restos materiales y afectos personales. Se vive así un efecto de pérdida buscado institucionalmente que se expresa también en la dificultad de dar cuenta del linaje suboficial. Pero aunque el objetivo fue la ruptura, en los suboficiales formados en la ESMA existen sentimientos de afecto que persisten sobre la escuela, sus objetos y su pasado. La energía puesta en continuar con el linaje suboficial buscar también generar un futuro.

5.3 Mudando objetos

Descontando los planes del gobierno, la entrega de las 14 hectáreas del predio (la totalidad, salvo el campo de deportes que sigue bajo la órbita institucional de la Armada) se finalizó el 30 de septiembre del 2007. El vallado que separaba el sector ya entregado del que todavía estaba en uso con funciones educativas dejó de existir. Las puertas del predio donde funcionó la ESMA quedaron abiertas al público a partir del 3 de octubre de ese mismo año, día en el cual la Armada finalizó la evacuación total. Una noticia del diario *La Nación* lo titula claramente: “Ayer, la ESMA dejó de pertenecer definitivamente a la Armada. Ayer, empezó el proceso para convertir este sitio histórico en un lugar que pertenece a todos, al pueblo de la Nación Argentina” (1/10/2007).

En muchas conversaciones que mantuve con suboficiales que vivieron la mudanza aparecía la misma sensación de despojo y abandono general de quienes cumplían funciones en la ESMA. Uno de ellos formó parte del equipo que recibió en la base naval a los aspirantes que se estaban formando en ese momento y me indicó que

De la ESMA se fueron de noche. Todo mal organizado, parecía que no había ninguna planificación como si hubiese pasado todo de un día para el otro, sin terminar los espacios para recibir todos los materiales y a los aspirantes. Y no te olvides de la gente, pensá en todo el personal que tuvo que cambiar su vida de golpe. Nosotros estamos acostumbrados a la migración por los destinos militares pero los civiles no, ellos tuvieron que venirse para acá o perder su trabajo. No tenían tantas opciones (Octubre 2019)”.

La complicación que vivieron los instructores (sean civiles o militares) también estuvo en la infraestructura. El dictado de clases se realizó en “zonas prestadas” porque no se había terminado a tiempo la adecuación del edificio para ser utilizado como espacio de

formación suboficial. En un inicio, el espacio habitacional (barracas militares provisionales) se construyó en el “ex Centro de Incorporación y Formación de Conscriptos de Marinería” conocido por los navales como el “Campo Sarmiento”, predio arbolado lindante con la estructura en proceso devenida en escuela. Los suboficiales que vivieron ese cambio me remarcaron que las barracas tenían terminaciones precarias en las que ingresaba el frío constantemente. El esqueleto de la “futura escuela” ya estaba realizado y las obras para su terminación comenzaron en el 1999 pero no se finalizaron para su inauguración en el 2006. Tal es así que, como me contó un suboficial que participó de las obras, “para poder ingresar, los primeros días la escuela, había que pasar por un camino hecho de baldosas sobre el barro”.

No sólo fue complicada la instalación edilicia de los aspirantes y la mudanza de los docentes sino que también generaron conflicto algunos elementos educativos provenientes de la ESMA tales como manuales, libros y materiales membretados con el logo de la Escuela de Mecánica de la Armada.

En una ronda de mates en el CUAS, un suboficial primero formado en la ESMA me preguntó si podíamos hablar de mi investigación anterior porque me había *googleado* y le había llamado la atención. Esta era la primera vez que en la Base Naval Puerto Belgrano alguien me confirmaba que había buscado quién era yo y, en especial, qué estaba haciendo allí. Cuando comencé a contarle sobre el trabajo con los ex alumnos de la ESMA me preguntó qué había percibido de ellos en relación a la mudanza de la escuela y en el trato de los oficiales a cargo de la toma de decisiones. Le conté sobre las acusaciones de traición (Ohanian, 2017) y que me había llamado mucho la atención que la única escuela de formación que sufrió cambios radicales era la de los suboficiales de la Armada, tanto de infantería como la de los navales. El resto de las fuerzas no habían aplicado las mismas medidas para “democratizar” mudando instituciones y cambios en el nombre. En la ronda había también otros suboficiales primeros y segundos que prestaban atención. Todos se habían formado en la ESMA. El más antiguo de la ronda dijo que le resultaba interesante lo que había estudiado porque, siendo yo civil, le parecía casi imposible que “alguien que no fue a la ESMA pueda entender lo que vivimos”. Le pedí que cuente qué había vivido él y qué percepción tenía de lo sucedido sin especificar muy bien si estábamos hablando de la mudanza, del uso criminal del predio o de las decisiones institucionales tomadas al interior de la Armada. Con mucha calma dijo que

A nosotros nos cagaron con lo que hicieron en la ESMA. Disculpa mi forma de hablar pero me pone mal pensar en esto. Tienen que ir todos presos pero **no hacía falta llevarse puesta la institución. Nunca se volvió de esa situación, es como si nunca hubiese terminado. Para mí, eso explica la pésima situación que vivimos en la Armada; no hay presupuesto, no hay vocación y nadie respeta el oficio**, ni siquiera los pibes que se anotan para ser suboficiales. La educación también cambió mucho, ahora no hay ganas de aprender y yo me acuerdo que cuando éramos pibes todos estábamos ahí para superarnos, pero **ahora sólo quieren ganar plata y cumplir horario de oficina, ¡como si esto fuese una oficina!** (Octubre 2018. Mi énfasis).”

La acusación de “llevarse puesta la institución” se repitió en diversos encuentros, locaciones y con distintos suboficiales y todos remitían de manera coloquial al haber vivido los efectos de las decisiones institucionales navales sobre cómo lidiar con el pasado dictatorial como un atropello o un choque. Esto significa que aunque están de acuerdo con los avances judiciales sobre los crímenes cometidos la última dictadura militar (“tienen que ir todos presos”), entienden que la institución fue avasallada y que no superó el golpe recibido. La clave que el suboficial sumó fue temporal y superlativa porque indicó que “nunca se volvió de esa situación, como si nunca hubiese terminado”. Tal es así que las consecuencias del uso criminal del predio las pudo enumerar en diversas cuestiones cotidianas y profesionales del ser suboficial. La causa de estos problemas no era el uso criminal del predio de la escuela en sí mismo, sino la imposibilidad de “volver de esa situación”. En otras palabras, el problema para la formación y el desarrollo profesional del suboficial no era la dictadura sino lo que hicieron después con ella.

El pasado se hacía más presente que nunca en este enojo suboficial que describió como una “pésima situación” que tenía consecuencias directas en las navegaciones por la falta de presupuesto, de vocación y de ganas de aprender, la reducción de las etapas de mar y del interés de quienes zarpan por primera vez porque nadie “respeta el oficio”. Constantemente afirmaron los más “antiguos” que ser suboficial naval ya no requiere de una “entrega al buque” justamente porque, tal como lo sentenció el suboficial, es “como si fuese una oficina”. Y los tiempos de oficina son radicalmente opuestos a los tiempos de mar. En tierra se cumple un horario de 8 a 17hs y se abandona la labor para regresar a casa haciendo totalmente innecesario todas las cualidades descriptas en la primera sección de esta tesis. En una oficina, la reciprocidad, el cuidado, la sincronía, la familia y la entrega no se requieren para sobrevivir. Distinto es en un buque donde el 24/7 y la entrega son requisito para navegar. De alguna manera, “llevarse puesta la institución” era sacarla del mar y sentenciarla a la tierra.

El mate siguió circulando y el resto de los suboficiales movían la cabeza aprobando lo que el suboficial primero estaba compartiendo. Uno de ellos indicó que era una pena que se haya “ocultado la historia de la institución porque se escondió todo”. En el momento supuse que hablaba de cuestiones narrativas de esa historia como una de las consecuencias del cambio de nombre de la institución. Le consulté sobre esto y dijo que no, que él se estaba refiriendo a los libros:

Viste el depósito que está camino al CAMU? Bueno, ese lugar gigante está lleno de pilas de libros con el logo de la ESMA... **están ahí tirados, arruinándose, juntando polvo y bien escondidos. Yo creo que los metieron ahí para que no se asocie el logo de la ESMA con la actual ESSA y la Armada** (Octubre 2018. Mi énfasis).

Mis ojos deben haberse abierto mucho porque ni bien terminé de explicarme sobre los libros me dijo, con mucha firmeza, que “ni se te ocurra pedirme que te lleve”. Es más, me comentó que quizás cometía un error al contarme esto, justamente por el esfuerzo puesto en esconderlos, pero creía que era una mala decisión porque el material, aún teniendo el logo de la ESMA, era excelente y se podría seguir usando.

Está lleno de libros de matemática, geografía, historia, conducta y cocina. Yo me voy llevando de a poco bastantes libros porque son muy buenos. Y no soy el único. Justo ayer saqué uno de cocina con recetas para mi mujer. Aluciné cuando vi que tenía enseñanzas sobre cómo poner la mesa, usar los cubiertos y tips del buen comer. Son cosas que no se enseñan ahora, pero estaría buenísimo que se vuelvan a enseñar (Octubre 2018).

La relación entre la ESMA y la ESSA buscaba evitarse también desde su materialidad. Un libro con el membrete de la Escuela de Mecánica en la segunda página lo convertía en material de descarte o que necesitaba un escondite. Ese logo y esa palabra tienen valores, emociones y sensibilidades que para la institución, requieren ocultarse. Pero para las autoridades y para los suboficiales allí formados, la relación entre ambas instituciones provoca reacciones bien diferenciadas. Cuando la decisión institucional fue la de esconder los libros membretados en el mismo predio de la ESSA, algunos suboficiales en silencio los rescatan. No son sólo libros lo que materializa la relación. También hay otros objetos que se exhiben pero sin decir, anunciar o reparar que son originarios de la ESMA. Claro, ninguno tiene el membrete que grafica el linaje suboficial.

Tal como describí en el capítulo anterior, las paredes del hall de la Escuela de Suboficiales están escoltadas por distintas fotografías de autoridades, de aspirantes con

mejores promedios incluidos en el cuadro de honor y de buques en el mar. Pero en la entrada, antes de cruzar la puerta de ingreso, la bienvenida la da un objeto en particular: un busto de bronce del Almirante Guillermo Brown. Lo había visto muchas veces en esa entrada y no me detuve a pensar su origen ya que su rostro y su nombre aparecen en muchos espacios de la base naval. En esa charla en el CUAS fue cuando me enteré que ese busto había sido traído de la ESMA y había sido restaurado por aspirantes de la ESSA. Quise conocer cómo había sido el traslado o quiénes habían participado de la restauración sea en la cuestión práctica o en la decisión de apostararlo allí, pero los mismos suboficiales me indicaron que rastrear la fuente o los protagonistas sería imposible porque “nadie quiere tener nada que ver con esa movida”. Otro recorrido de objetos que no pude historizar fue el traslado del mástil y del reloj (puesto a punto por aspirantes) instalados en el actual Patio de Armas de la ESSA (ver ilustración 15) pero ubicado originalmente en el Patio de Armas de la ESMA.



Ilustración 15: Fotografía de la actual Plaza de Armas Almirante Brown que incluye el reloj y el mástil originarios de la ESMA (Iribarren, 2018)

La materialidad participa en la producción de relaciones sociales. Es por eso que el vínculo que las personas generan con ciertos objetos en un tiempo determinado puede permitir entender o pensar algo sobre alguna dimensión de la vida social. El valor de un objeto, sea para esconderlo o para mudarlo y refaccionarlo es subjetivo y situacional. Existe una potencia analítica en incluir la relación de las personas con los objetos desde una perspectiva etnográfica. El antropólogo indio Arjun Appadurai invita a jerarquizar

analíticamente a los objetos y a situarlos junto a las relaciones sociales que le dan dinámica y movimiento por lo que propone “seguir a las cosas mismas ya que sus significados están inscritos en sus formas, usos y trayectorias” (1991:19). Prestar atención a los objetos que los sujetos valoran, destacan, guardan, esconden o descartan puede iluminar situaciones y experiencias que de otro modo quedarían sin registrar. El antropólogo británico Daniel Miller sostiene que esa atención es posible gracias a la etnografía ya que permite enfocar un análisis sobre los objetos sin desvincularlos de los mundos sociales que le dan sentido al no asumir criterios a priori de lo que los objetos significan para los propios sujetos (1998). Entonces, ¿qué objetos eligen las instituciones para mostrar/ocultar su propia historia? ¿Cómo y quiénes los seleccionan? ¿Bajo qué condiciones algo se convierte en significativo?

El objeto habilita a pensar en algo diferente en relación a su uso, valor, función y nominación. Incluye temporalidades específicas con herencias, ancestros y linajes que condicionan, establecen y moldean prácticas. No son la ilustración de una relación social, sino que la conforman. Hay creatividad, heterogeneidad y mucha dinámica en las acciones de las que son objeto: se intercambian, resguardan, usan, producen, arreglan, desechan, comparten y también se descartan. Esconder un manual de cocina por tener el membrete de la ESMA no tiene una pizca de natural ni de sentido común, y refaccionar un reloj o un busto de bronce mientras se oculta su ideólogo tampoco. Estos objetos forman parte de procesos y son a la vez, producto de los mismos. El reloj es un elemento de la continuidad temporal suboficial.

El mástil de ambas plazas, los libros escondidos o el reloj sin una aparente historia puede permitirnos visibilizar un modo particular de estar en el mundo, y en el caso de los objetos de la ESMA, pensar una relación particular con las formas de ocultar una historia, una continuidad que tiene efectos negativos sobre el linaje suboficial. La destrucción o el ocultamiento no significan la destrucción del valor. Lo que hacen es controlar la circulación pero no el significado del mismo. Hay valor en la censura, en la energía puesta en esconder o deshacerse de cosas. Esos objetos podrían haberse quedado con el resto de los que dejaron en la ESMA. Existió una decisión de no dejarlos atrás, no tanto o no sólo por el valor que tenían en sí mismos. La acción de mudarlos encerraba la decisión de conservarlos aún cuando los aspirantes desconocieran su origen. Son cosas que han elegido, por algún motivo desconocido, mudar de la ESMA.

El antropólogo canadiense Jean Sebastian Marcoux explora etnográficamente la relación entre memoria, cultura material y movilidad y analiza eso que la gente lleva

consigo cuando se muda preguntándose por qué importan, cómo llegan a importar y cómo se disponen en el nuevo espacio (2001:70, mi traducción). Su hipótesis es que los cambios que ciertos objetos experimentan en el re-ordenamiento espacial de su locación están en el centro de la constitución de la memoria de las relaciones sociales y de las vivencias vividas en la locación previa al desplazamiento. En las mudanzas se pone en juego la memoria de eso que se deja y de aquello que se lleva. Y con los objetos esa relación con el pasado se transforma, se altera y se renueva.

Explica también que mudar esos objetos (y no otros o todos) permite “reorganizar las relaciones y los recuerdos devolviéndolos a la conciencia, haciéndolos explícitos y para decidir cuáles se refuerzan y cuáles se abandonan o se dejan en suspenso” (Marcoux, 2001:83). El desplazamiento es una opción para volver a empezar pero también para materializar una memoria sobre lo que se fue y lo que se dejó atrás. Existe una clasificación sobre qué mudar que le confirió un valor renovado a eso mudado. Aunque la institución elija romper con todo vínculo que relacione a la ESMA con la ESSA; todos los días, toda su población saluda al busto del Almirante Brown, iza la bandera nacional y revisa la hora en objetos a los que se le ha invertido tiempo anónimo en conservar y que salieron del Patio de Armas de aquella mochila que tanto se quiere “dejar de cargar”.

Encuentro en esta búsqueda de ruptura institucional con el pasado una diferencia de lo que Badaró (2009) afirmó sobre las memorias institucionales del Ejército Argentino. Su investigación etnográfica en el Colegio Militar de la Nación muestra que existe una “narrativa institucional sobre este pasado que funcionaba en forma efectiva a la hora de construir y transmitir un relato relativamente sólido y homogéneo” (2009:299) que se constituye como una “dimensión central en la construcción de identidades militares de los cadetes” (2009:300). En la ESSA la ruptura es tal que no hay hall de glorias, ni monolitos con víctimas de la subversión, ni evocación de militares muertos, ni placas conmemorativas sobre los sucesos de la última dictadura militar.

La relación dialéctica entre memoria y objetos (Kwint, 1994) sucede porque los sujetos producen sobre los objetos narraciones del pasado y a su vez, estas narrativas le dan sentido a los objetos seleccionados como memoriales. La bandera saludada todas las mañanas por el personal de la ESSA está sobre un mástil del cual se desconoce su historia pero que, como objeto material, da cuenta de un linaje con la ESMA. Esta situación muestra que el pasado no existe independientemente del presente (Trouillot, 2015:15, mi traducción) como tampoco el colectivo que recuerda ni, a su vez, la relevancia que surge del hecho mismo: algunos sucesos se instituyen y otras experiencias se silencian. El

control de las tradiciones (Appadurai, 1981) del pasado está en el presente porque la selección, la trasmisión y los sentidos de la historia son fruto de las relaciones de poder (Trouillot, 2015).

El cambio de nombre, el escondite de libros con el membrete de la ESMA, el traslado desordenado de la institución educativa y la mudanza de objetos privados de su historia de origen como el reloj, el busto de Brown y el mástil son acciones generadoras de rupturas, de desprendimiento, de quiebres y de ocultamiento de un linaje suboficial. Hay un esfuerzo puesto en evitar la conexión entre la ESMA y la ESSA: es una práctica restauradora.

La acción de quitar esos linajes tiene como consecuencia la pérdida de experiencias, situación que viven las nuevas generaciones que aprovechan cada encuentro con suboficiales formados en la ESMA para preguntarles cómo era ser aspirante y cómo fue hacer carrera con horizontes de navegación. La experiencia existe únicamente cuando hay una temporalidad que antecede y habilita a hacer de eso que sucedió, algo propio. Justamente porque forma parte de la historia de la comunidad pero los suboficiales formados en la ESMA no saben qué sucederá con su experiencia aunque tienen mucho para transmitir sobre un pasado que las autoridades de la Armada no promueven desplegar. Aunque existe esa discontinuidad institucional entre quienes fueron aspirantes de la ESMA y quienes son de la ESSA, en las aulas de la escuela y en las celebraciones del “Día del Aspirante” suceden “soplos mágicos” que valen la pena custodiar para que ambos no pierdan su lugar en el mundo naval, militar y social.

5.4 Los “guardianes de corazón”

El 21 de septiembre del 2018 se celebró el Día del Aspirante Naval en la Escuela de Suboficiales de la Armada. Para una institución que se sostiene en una clara distribución de cargos y jerarquías, el aspirante, tal como mostré en el capítulo anterior, es un ser especial porque todavía no tiene ninguno; es quien aspira a tenerlos. Vive su primera fase de socialización en la escuela aprendiendo reglas, rangos, lenguajes, espacios y tiempos propios de la institución a la que se integra gradualmente. Durante su experiencia de internado de dos años en la escuela, ejercita todo lo que institucionalmente se espera de un cabo segundo, primer cargo dentro del escalafón de la Armada que lo habilita a vivir su primera experiencia laboral concreta o, como dicen los marinos, su primer “destino”, sus “primeras bandas” (signo de su cargo en su uniforme) y la apertura de un posible horizonte de mar. Siendo cabo segundo vive un bautismo administrativo y formal: se inicia en las

fojas militares de calificación y, dependiendo de su orientación y evaluación, puede dejar la tierra y embarcar⁵⁸.

Para quienes son aspirantes, esta fecha de celebración es trascendental ya que se los honra aún sin tener cargo y sin haber tenido una experiencia profesional. Para quienes hace mucho fueron aspirantes y ya dejaron de pertenecer a la Armada, es una fecha donde recuerdan los orígenes de su formación, ese momento de juventud y de asombro por el mundo naval. Pero para quienes todavía tienen cargo militar, es casi un día más: su vida cotidiana está llena de aniversarios y efemérides que celebran batallas, nacimientos, fallecimientos, fechas patrias, cumpleaños de bases militares y varias coyunturas propias del mundo militar. Aún siendo todos suboficiales, lo que es significativo para unos, no lo es para otros.

La ceremonia del Día del Aspirante se celebra todos los años en la Plaza del Almirante Brown. También allí se realizan los actos que celebran las efemérides vinculadas a la escuela y al mundo militar. A diferencia de lo que sucede en las formaciones cotidianas donde los aspirantes habitan la Plaza, en las ceremonias los hombres y las mujeres de la Armada visten su uniforme de gala y el espacio, como veremos en la descripción que sigue, se *convierte* en un buque gigante que hospeda a los aspirantes junto a los suboficiales y oficiales que están destinados en la ESSA. Pero esta conversión no es casual porque el buque y la coreografía necesaria para poder habitarlo una vez egresados de la escuela, requiere de hacer experiencia un tipo particular de aprendizaje que se cultiva en estas ceremonias: la coordinación colectiva y el respeto por la jerarquía.

Mi lugar para presenciar el acto fue junto a 6 mujeres de entre 60 y 75 años, en el sector de invitados⁵⁹. Para la celebración habían convocado a desfilan a los suboficiales retirados de la promoción 19, 20 y 21, egresados de la Escuela de Mecánica de la Armada en los años 1968, 1969 y 1970 respectivamente. Por eso supuse, y luego confirmaría, que mis vecinas de sector eran esposas de los *desfilantes*. Cuando me ubiqué en mi lugar, a las 9:50, el cuerpo de aspirantes ya estaba formado en la Plaza: ellos son siempre los primeros en estar listos ya que, por jerarquía, un subalterno siempre espera a su superior, nunca al revés. Su formación se organizó en secciones de unos 25 a 50 hombres y mujeres

⁵⁸ Esta es una diferencia con los cadetes (estudiantes Oficiales) ya que su instrucción inicial incluye la navegación.

⁵⁹ En los actos siguientes ya estaría ubicada con el plantel civil de la ESSA y no con los invitados. Fue como un ascenso para mí ser considerada parte de la institución porque, en ese único momento, dejaba de ser extranjera y podía experimentar los eventos junto a los integrantes de la ESSA.

dependiendo de su año y especialidad. La sección es una de las formas establecidas para organizar grupalmente a los miembros de las FFAA, luego le sigue en mayor tamaño la compañía y luego al batallón.

Tal como lo ejercitan los aspirantes en el “orden cerrado” de los miércoles, en cada sección había un aspirante que controlaba y corregía con gritos la distancia entre cada cuerpo y revisaba la limpieza del uniforme, el brillo del calzado, los cordones bien atados y la postura corporal. Ellos son elegidos por orden de mérito como los líderes de su sección. A los pocos minutos aparecieron por grupos y caminando, lentamente y sin firmeza, la plana mayor (oficiales) de la Escuela de Suboficiales junto a los suboficiales mayores (la jerarquía más alta de suboficiales) quienes se ubicaron al costado del atril mientras silenciaban sus celulares, se arreglaban la ropa acomodándose la corbata y la solapa del saco.

Cuando hay actos militares navales, la distribución de la población en la Plaza (ver ilustración 16) se rige con las mismas lógicas espaciales que organizan un buque: la centralidad y jerarquía están en el Comandante y en el caso de la ESSA, en el Director. El resto de los habitantes se ubican en relación a su vínculo con la autoridad mayor. El espacio, para un extranjero de la institución, no remite particularmente a una centralidad objetiva, sino que está marcada por quiénes y cómo ocupan ese espacio. En un buque, el Comandante está en proa y en altura, y es claramente el espacio más jerárquico. En la Plaza, el Director es quien marca, cual puente de mando, la centralidad del lugar, convirtiéndose en la referencia espacial (y jerárquica) del resto de la población.

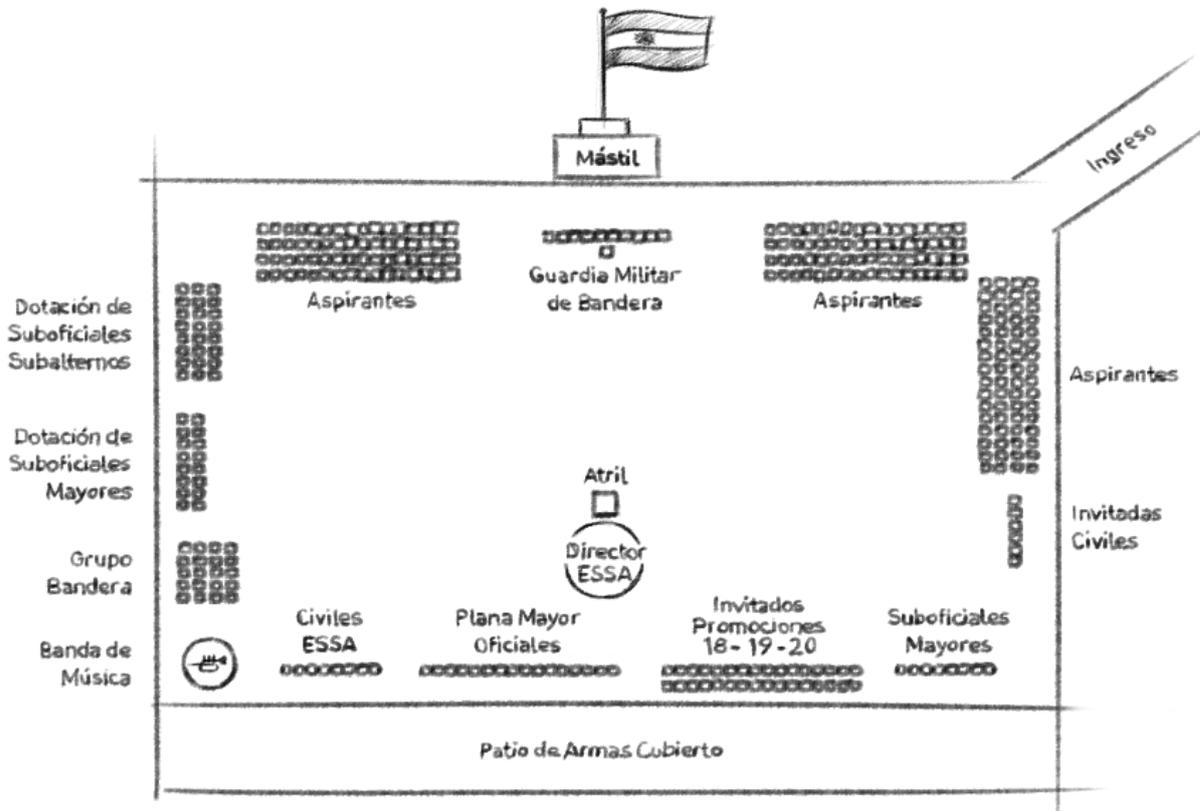


Ilustración 16: Plano de la distribución de los asistentes al acto del “Día del Aspirante” en la Plaza de Armas Almirante Brown de la ESSA (Gómez, 2022).

Los oficiales siempre están juntos y al estar en la cima de la pirámide jerárquica, se ubican siempre detrás del Director (también oficial) y frente a la bandera para tenerla siempre en su campo de visión sin necesidad de alterar el cuerpo o la cabeza. Por ser homenajeados, quienes habían sido aspirantes de la ESMA tenían su espacio privilegiado entre los oficiales y los suboficiales de mayor rango de la ESSA. Los civiles, en su mayoría docentes que forman parte del equipo de la escuela, también tuvieron un lugar privilegiado pero no por su lugar en la cadena de mando militar sino por la autoridad que detentan frente a sus alumnos. Siguiendo el orden de distancia para con el Director, en un esquina aparecía el “equipo bandera”, que reúne a los abanderados de cada año de aspirantes y los responsables (oficiales) de comandar la bandera de ceremonia, que es distinta a la que se iza todas la mañanas. Luego, y cada vez más alejados del Director pero más cercanos a los aspirantes, se encontraban los suboficiales que tienen como destino la escuela. Ellos, internamente, también se ordenan por jerarquía descendente: en la primera fila están los más “antiguos” (de mayor rango y más viejos) y detrás los más “modernos” (más jóvenes y de menor rango).

De espaldas a la bandera pero mirando fijamente al Director, estaban los aspirantes de segundo año de la ESSA. Entre ellos se ubica siempre la guardia militar de la bandera, sección que tiene a su cargo custodiar (con armas) la bandera nacional izada todas las mañanas. Y en el último costado, bien al final de la cadena de mando, estaban los aspirantes de primer año y nosotras, las invitadas civiles al evento. Similar a una ciudad moderna espacialmente centrada en las actividades que regulan el poder, la Plaza de Armas Almirante Guillermo Brown también da cuenta de cómo y en quiénes se distribuye la autoridad y el ejercicio de la jerarquía.

Con los suboficiales ya formados, ingresó a la Plaza de Armas el Suboficial Principal Veterano de Guerra de Malvinas (VGM) Augusto Mario Colase, uno de los invitados especiales a participar del desfile por ser Presidente del Centro de Ex-Alumnos de la Escuela de Mecánica⁶⁰. Detrás de Colase, entraron las promociones de suboficiales retirados que desfilaron hasta su posición al lado del atril. Ese grupo de entre treinta y cuarenta hombres caminaron en desorden pero rígidos, la mayoría vistió de traje y algunos contaban con insignias distinguibles por ser VGM. Pude reconocer a varios de ellos, del acto aniversario al cual asistí en 2013 en su asociación al comenzar mi trabajo de campo. Los primeros llevaban banderas nacionales y las de sus respectivas promociones, y por atrás desfilaba el resto de los hombres que habían podido asistir al acto. Durante el desfile de inicio para ingresar a la Plaza –unos 50mts y sin música- y antes de ubicarse en su espacio protagónico cerca del Director, los suboficiales retirados saludaron a los suboficiales mayores con sonrisas y con palmadas en el hombro en algunos casos; mostraban que se conocían y que, entre algunos de ellos, había confianza. Seguramente unos habían sido instructores de otros ya que es una relación habitual intergeneracional. A las 10:10hs ingresó el Director de la ESSA, Capitán de Navío Luis Mariano Giorgi, quien fue el último en llegar. Su ingreso fue en silencio y duró unos diez segundos mientras el resto de la población de la Plaza de Armas sostenía sus cuerpos firmes y sus miradas hacia el director.

El Jefe de ceremonia gritó sin necesitar micrófono:

- ¡Fiiiiiiiiirmes! Al Señor Director de la Escuela de Suboficiales de la Armada, Capitán de Navío de Infantería de Marina Luis Mariano Giorgi, vista dereeeecha.

⁶⁰ Asociación civil que agrupa a los hombres y mujeres que pasaron por las sulas de la ESMA. Para conocer más sobre esta asociación, ver Ohanian (2017)

Debo haber sido la única que le dio libertad a los ojos para observar semejante coordinación de acción de más de mil personas ya que los habitantes de la plaza observaron sin demoras al Director. Ante el saludo del Director que dio inicio a la ceremonia, todos los presentes gritaron al unísono:

- Bueeeenoos Diiiiiaaaaas Seeeeñooooooooo Directooooor.

La indicación de “vista al frente” llegó acompañada por una solicitud de autorización del oficial de ceremonia para dar inicio formal al acto. Las trompetas sonaron y los cuerpos respondieron automáticamente: la palma de la mano izquierda pegada a la cadera mientras que la mano derecha tocaba con dos dedos la sien o el costado de la gorra con un ángulo particular de 45° perpendicular al suelo, los hombros firmes y el torso con una leve inclinación hacia adelante haciendo de la respuesta al saludo, una acción coreográfica. Estando firmes se izó el pabellón (subir la bandera nacional) y la banda de la ESSA interpretó el Himno Nacional que fue entonado a los gritos por toda la población de la Plaza. Al finalizar, se dieron cuatro órdenes consecutivas que fueron respondidas corporalmente:

- ¡Frente! ¡Firme! ¡Saludo! ¡Descansen!

Ya había asistido a varios actos militares pero era mi primera ceremonia con aspirantes y en el patio de su escuela. Mi asombro ante la coreografía corporal junto a objetos y sonidos institucionalmente nacionales me recordó a mi época escolar, veinticinco años atrás, en los actos donde nos agrupábamos por años, entonábamos el Himno Nacional y debíamos guardar distancia de un metro con quien teníamos adelante. Era un momento bastante caótico y fallido por la dificultad de responder a las indicaciones protocolares. En mi vida civil, luego del colegio, nunca más participé de actos con tanta regulación corporal institucionalizada. Mi salto temporal fue desde el patio de mi escuela primaria hasta el Patio de Armas de la Escuela de Suboficiales donde, en pocos segundos, se desarrolló con prolijidad una situación que demanda una elegante coordinación de mucha gente que mantiene una rigurosidad con el orden y la jerarquía. Y aunque, tal como mostré en el capítulo anterior, los miércoles a la tarde no alcanza, la coreografía corporal y el respeto por la jerarquía se cumplen en su totalidad.

Antes de proseguir con el orador de la ceremonia, el Director -sin micrófono de por medio- “requirió” el lema de la Escuela que fue respondido por el cuerpo de aspirantes con

un largo y efusivo “lealtaaaaaaad y eficienciaaaaa”. A continuación, el ex–aspirante⁶¹ Miguel Balladares, integrante de la Promoción 19, tomó la palabra y el micrófono:

Son contadas las ocasiones en que la vida nos presenta un acontecimiento que pueda conmovernos vivamente. Esta sin dudas es una de ellas. Más aun, me atrevo a asegurar que cada uno de los integrantes de nuestra promoción ha sentido una sensación muy especial al llegar hoy aquí para recordar los 50 años del egreso de la Escuela de Mecánica. Y **hoy estamos aquí para revivir nuestra historia común.** La escuela no es sólo su edificio, no fueron solamente los instructores y profesores, no fue solamente lo que aprendimos de las especialidades y de la vida naval. La escuela no es solamente la multitud de recuerdos mil veces rememorados. **La escuela es para nosotros ese soplo mágico difícil de explicar. Porque la escuela no es algo que pasó sino que sigue siendo y que en todos nosotros, sus ex alumnos, está muy adentro de nuestro corazón (...)** Señor director: hoy la promoción 19 dice presente. Agradecer no es cumplir protocolos, sino manifestar el corazón en las palabras y aquí hablaré con el corazón. **En el día de la fecha, nuestro estandarte de promoción ha sido confiado a la custodia de la Escuela de Suboficiales de la Armada. Constituye un testimonio destinado a resaltar el lazo afectivo que nos une a la escuela.** Este estandarte expresa el profundo sentimiento que comenzó a gestarse hace 50 años y hoy continúa presente en nuestro corazón. Muchas gracias. (Septiembre 2018. Mi énfasis)

Al final del discurso hubo silencio total y ningún aplauso. En las celebraciones militares no hay muestras individuales de emoción ni para expresar acuerdo ni desacuerdo. Se sigue una indicación formalizada a través de protocolos reglamentados que indican qué tiene que estar haciendo cada uno en cada momento del acto. Cuando están formados, el silencio es la norma y no la excepción, motivo por el cual yo tuve que restringir mi deseo de aplaudir al ex-aspirante Balladares luego de sus palabras. En todo momento los cuerpos de los presentes continuaron en la misma posición. Las esposas de los egresados de la ESMA tomaron fotografías y una de ellas se secó lágrimas de emoción mientras Balladares mencionaba, desde el corazón, su deseo de “revivir la historia en común” de la actual Escuela de Suboficiales con la antigua Escuela de Mecánica de la Armada. Ese vínculo lo presentó como un “soplo mágico difícil de explicar” que se contagia de generación en generación para que *siga siendo* y se materializó en la entrega del estandarte de promoción (ver imagen 17) en su cincuentenario en la Plaza de Brown con el cuerpo de aspirantes, los suboficiales, los oficiales y el pabellón nacional de testigo.

⁶¹ A veces se presentan con su cargo mayor, como veteranos de Malvinas o cómo ex aspirantes o ex alumnos de la ESMA. Esto sucede con los que ya están retirados de la Armada. En esta ocasión, el orador del evento lo presentó como “ex aspirante”.



Ilustración 17: Fotografía de la entrega del estandarte de la Promoción 19° de la ESMA (Iribarren, 2018).

Las palabras de Balladares eran una expresión de cariño que venían de su corazón y fueron también una invitación para que las nuevas generaciones se conviertan en guardianas del pasado de la institución. El guardián es quien tiene un acceso privilegiado a algo valioso; puede ser un objeto, un secreto o un conocimiento que no debe circular por fuera de la comunidad y que se debe proteger. El estandarte materializaba un objeto central en la celebración del Día del Aspirante donde la entrega y el resguardo aparecían como acciones de valor.

La antropóloga estadounidense Annette Weiner (1992) propone profundizar el conocimiento sobre ese tipo de posesiones que se intentan mantener por fuera de la circulación, a las que llama “inalienables”. La promoción 19 no regala su estandarte sino que se lo entrega a la generación siguiente para que la custodie y la proteja. Según la antropóloga, resguardar esos objetos habilita el ejercicio de una autoridad sobre el valor porque permite al dueño crear símbolos sobre el pasado, motivo por el cual se realizan enormes esfuerzos y se generan recursos para custodiar las “posesiones sagradas”. Weiner (1992:11) argumenta que es por eso que las posesiones inalienables son poderosas: son la representación de cómo las identidades sociales se reconstituyen a través del tiempo, ya que legitiman las relaciones sociales y sus antecedentes cosmológicos aún con toda la fuerza que el cambio y la pérdida generan en el mundo social. En este caso, para los alumnos de la ESMA presentes en el acto, los aspirantes de la ESSA se iniciaban como guardianes del “soplo mágico” y como protectores del pasado de todas las generaciones de suboficiales desde su creación en 1897 que valía la pena custodiar.

No es casual que el objeto entregado sea una bandera. En las escuelas de formación militar cada promoción diseña su propia bandera insignia que es única: es el estandarte que guía y aúna a ese grupo humano en particular, porque no se repiten ni se copian. En un hall de ingreso a la ESSA, se pueden ver colgados los distintos estandartes de las promociones egresadas de la escuela, y en algunos museos militares también se exhiben estandartes de mediados del siglo XX. Nunca circulan sin su guardia, y deben estar protegidos en alguna dependencia militar o en alguna agrupación facultada institucionalmente para hacerlo. Son objetos que valen y adquieren valor entre quienes habitan las distintas comunidades militares: se identifican por un lema, una combinación de colores y una imagen.

La decisión de confiarles la custodia del estandarte de la promoción 19 de la ESMA a la Escuela de Suboficiales es un acto institucional formal y recurrente en las celebraciones navales y militares donde cada promoción que celebra su 50° aniversario hace entrega de su estandarte. Pero también es, tal como expresa Balladares, un acto de corazón entre aspirantes.

La bandera y los estandartes son objetos protagonistas en la vida del naval. Los 20 de junio de cada año, la Armada celebra tres eventos en simultáneo donde se entregan las espadas a los suboficiales superiores que ascendieron de rango como distintivo de mando, los aspirantes reciben su uniforme que los identifica como integrantes de la Armada y en la misma Plaza de Armas Almirante Guillermo Brown, juran y prometen lealtad a la bandera nacional, que para los navales se denomina “pabellón nacional”. Estos eventos, a diferencia de los protagonizados únicamente por la población de la escuela (civil, militar y docentes), donde su director es la jerarquía, cuenta con invitados especiales de otras divisiones y de otras latitudes. Encabeza el Director General de Educación de la Armada y puede también asistir el Subsecretario de Formación del Ministerio de Defensa o el intendente del Partido de Coronel Rosales junto a diversas autoridades de la Base Naval: el Comandante de la Infantería de Marina, el Comandante de la Flota de Mar, el Jefe de Mantenimiento y Arsenales, y el Jefe de la Base Naval Puerto Belgrano.

El pabellón nacional también forma parte de rituales cotidianos en los destinos militares en tierra ya que se iza al amanecer de cada día y se arría en el ocaso. En las navegaciones, el buque lleva siempre el pabellón izado porque identifica la nacionalidad de la tripulación y de la embarcación. El derecho internacional acredita la relación del buque con su Estado Nacional gracias al pabellón izado en popa. Una suboficial me explicó la particularidad del pabellón y de la bandera de guerra:

El pabellón es lo más importante que tiene el buque. Se bendice el día que se iza la bandera por primera vez y esa será la bandera de guerra; es el pabellón de guerra que sólo se usa para el primer izamiento y después se guarda, en el buque, en un cofre con llave. **No se lava ni se toca, sería deshonoroso porque no es un trapo. Es sagrada y es la Argentina.** Ese pabellón se arría cuando se firma la rendición o la victoria, es el objeto que muestra al resto de las naciones que uno está en guerra. Si no se está en combate, se utiliza el otro pabellón. El de guerra tiene unos bordes dorados. El cofre que está en los buques que navegaron en Malvinas, conserva el pabellón en su interior. (Septiembre 2018. Mi énfasis)

Ya lo dijo Brown en el combate de Quilmes de 1826: “Es preferible irse a pique [antes] que rendir el pabellón”⁶². La bandera para los navales aparecía como lo más importante que tiene un buque a custodiar porque es “sagrada y es la Argentina”, no en términos metafóricos sino institucionales: la bandera para los suboficiales es la Nación. Indica el estado de guerra o de paz, de victoria o de derrota y también su nacionalidad. Y los pabellones que participaron de combates en Malvinas, tienen un lugar de resguardo especial. La bandera en un buque es pura identidad.

Una vez entregado el estandarte de la promoción 19°, el Director de la ESSA se acercó al atril, tomó el micrófono y leyó su discurso en el que resaltó como objetivo del encuentro entre sus actuales alumnos y la generación heredera de los valores de la institución, propiciar la comunicación entre suboficiales y aspirantes:

Esta ceremonia, alto en las actividades rutinarias, procura exteriorizar la importancia que para este instituto de formación tienen sus ex alumnos. La solemnidad de este momento y el posterior encuentro, presenta la comunicación entre ex aspirantes y actuales alumnos y de esa manera **facilitar la transferencia de valores, conocimientos, experiencias y poner en evidencia el cariño que aún, con el paso del tiempo, los ex alumnos expresan hacia su escuela y a través de ella, a la institución toda.** (...) Suboficiales retirados, en actividad y aspirantes llevan consigo el mismo sello de valores y tradiciones navales transmitidas por generaciones de suboficiales desde 1897. Su presencia en esta plaza de armas es un **vivo ejemplo de compromiso y afecto hacia nuestra centenaria institución.** Ex alumnos de las promociones 19, 20 y 21, estimados suboficiales su entrañable escuela los recibe nuevamente y les agradece profundamente su presencia (Septiembre 2018. Mi énfasis).

Para la promoción 19 de aspirantes de la ESMA, entregar su estandarte fue poner en evidencia el cariño que tienen para con su escuela. Para el Director de la escuela, se

⁶² Frase grabada en las paredes exteriores del ingreso de la “Casa Amarilla” (ver anexo 6), réplica de la casa del Almirante Guillermo Brown, héroe de la tradición naval argentina, situada en el barrio porteño de la Boca sobre la Avenida Almirante Brown. Allí funciona la sede de Instituto Browniano y el Departamento de Estudios Históricos Navales de la Armada Argentina.

hacía necesario el encuentro para “facilitar la transferencia” y para compartir “valores, conocimientos y experiencias” entre ex alumnos y aspirantes que, aún habiéndose formado en escuelas diferentes desde 1897, “llevan consigo el mismo sello de valores y tradiciones”.

Luego de las palabras del Director y con la banda entonando marchas militares, comenzaron a desfilar todos los aspirantes guiados por la bandera y por el “grupo bandera”. Las secciones de primer y segundo año de aspirantes rodearon toda la Plaza, saludaron a la plana mayor y a los ex alumnos de las tres promociones invitadas y volvieron a sus puestos originales. Firmes. La banda tocó la Marcha de la Armada y la población de la plaza la entonó a los gritos. El oficial de ceremonia pidió autorización al Director de la ESSA para finalizar el acto y todo terminó. Se retiró el Director de la Plaza y cuando ya no estaba en el horizonte de visión, todos los cuerpos se relajaron. El acto duró en total 30 minutos. Pero durante el despliegue de ese acontecimiento pude observar diversas situaciones en relación a la jerarquía, a la coordinación colectiva, a la construcción de una historia y a la relación entre aspirantes de la ESMA y de la ESSA en tierra que, tal como mostré en capítulos anteriores, es tan necesaria en el mar.

5.5 Aspirantes de la ESMA y de la ESSA

Al finalizar la ceremonia, algunos suboficiales que trabajaban en la Escuela de Suboficiales con quienes tengo relación me invitaron al convite donde se continuaría la celebración. Esta era dentro del Casino de Oficiales de la ESSA, espacio destinado cotidianamente al descanso de los oficiales dentro de la escuela, pero que ese día estaba habitado, como excepción, por suboficiales. En la reunión había muy pocos Jefes (oficiales) y el Director de la Escuela (oficial) estuvo unos minutos y se retiró. Era un evento suboficial que incluía a quienes se formaron en la ESMA y a quienes lo estaban haciendo en la ESSA.

Los suboficiales invitados de las distintas promociones formados en la ESMA se encontraron con los actuales aspirantes de la ESSA, con jóvenes suboficiales en los inicios de su carrera y con suboficiales mayores con quienes compartieron algún destino mientras estaban en actividad. Salvo los aspirantes de la ESSA, era un encuentro entre distintas generaciones formadas en la ESMA: algunos en situación de retiro (fácilmente identificables por estar vestidos de civil) y otros siendo suboficiales en actividad (vistiendo sus uniformes reglamentarios), aunque no estaban todos presentes ya que la gran mayoría regresó a sus actividades cotidianas luego del evento en la Plaza de Brown. El grupo de

aspirantes invitados al convite (unos treinta hombres y mujeres) no era la totalidad de la escuela; era un número reducido y seleccionado por orden de mérito para conocer a quienes se habían formado en la ESMA. La participación aparecía como un premio, un beneficio, una instancia única relacionada con su rendimiento físico, académico y militar como alumnos, para ser incipientes herederos de la transmisión de ese “soplo mágico”.

Yo no conocía a los asistentes al convite, pero con el paso de mis experiencias de campo aprendí a traducir los uniformes, las insignias y las “bandas” en los hombros de los sacos como indicadores de autoridad, especialidad y grado militar. Por eso pude advertir la casi exclusividad de suboficiales en el acto. Esto sucede únicamente con los militares en actividad (tanto oficiales como suboficiales) porque una vez retirados de la fuerza, no pueden utilizar el uniforme ni las bandas correspondientes a su último cargo obtenido ya que se presentan a los actos vestidos de civil.

En el salón me reencontré con las esposas de los ex alumnos (mis colegas de sector), y conversamos sobre el retiro de sus maridos y sobre lo nerviosos que estaban con esta invitación, porque “para ellos es muy importante su escuela”, “querían venir con el uniforme pero no se puede”, “les gusta mucho que les den importancia y puedan hablar con los más jóvenes porque los tiempos cambiaron”. Mi curiosidad estaba enfocada en entender en qué sentido los tiempos habían cambiado, pero aunque intenté conversar con ellas al respecto de las frases regaladas, la conversación fluyó hacia cómo habían decidido su peinado y lo difícil de resistir al viento estando tan cerca del mar.

Pero por fuera de mi grupo de señoras, se veía un intercambio entre distintas generaciones ya que los presentes no estaban agrupados por promoción (edad) ni por especialidad (*expertise*): en una misma ronda había hombres y mujeres instructores, retirados, aspirantes y suboficiales en servicio, quienes conversaban sobre el pasado y el presente de la Armada, es decir, sobre los tiempos cambiantes de formación y de carrera. Decidí alejarme de la conversación sobre peinados ni bien identifiqué a la aspirante de primer año que ofició como abanderada durante el acto y le pregunté cómo había logrado semejante éxito. Con voz baja, y sin entender muy bien quién era yo por mi ausencia de uniforme y la imposibilidad de que sea veterana o esposa de veterano por mi edad, dijo que ser abanderada de primer año de la ESSA se logra “con mucho esfuerzo, dedicación al estudio y mucha responsabilidad”. El orgullo que la aspirante expresó cuando le pregunté cómo había logrado su rol fue compartido por el dragoneante de primero al sumar que también “hace falta actitud militar”. El dragoneante es un rol que destaca a quien por sus aptitudes militares y académicas, durante el año lectivo, tiene autoridad por sobre el resto

de los aspirantes de su mismo año y lleva un distintivo que lo singulariza. Para quien porta ese distintivo, la responsabilidad es mayor.

La primera referencia sobre la “actitud militar” que encontré en mi sentido común se caracterizaba por gritos, subordinación, sacrificio y mucha preparación física. Pero el trabajo de campo, en especial las experiencias descritas en los capítulos anteriores, me permitieron entender que esa actitud tenía mucho más que ver con la responsabilidad de “hacer lo que hay que hacer”, la complementariedad, el cuidado recíproco y la preparación corporal sincronizada, no tanto desde lo individual sino desde lo colectivo.

Un ex alumno de la ESMA se sumó a nuestra conversación y compartió algunos recuerdos de su época como aspirante. Comenzaron a hablar entre ellos sobre el miedo que les daban los desfiles porque “si ahí la cagabas, te mataban” por ser el único momento en el cual los aspirantes eran observados por todas las jerarquías de la escuela. Hablaron también sobre el momento de baño como el más angustiante para la gran mayoría de los que estudiaban en la ESMA, donde casi 200 jóvenes debían esperar su turno para poder bañarse en menos de tres minutos.

Ahí estaban las duchas. Hacíamos cola, entraban un grupo de unos 12, tenían 3 minutos para todo. Te controlaban a la mañana que estés limpio. Te supervisaban. Pobre esos chicos... acá formados para esperar su turno. Hacía frío todo el tiempo y encima estaba mal regulada y en la ducha te quemabas el culo. Era terrible (Septiembre 2019).

Los aspirantes de la ESSA miraban y escuchaban con mucha atención los cambios de vida ente ambas instituciones. Le comentaron al ex alumno que las duchas no quemaban y que, al estar separada la población femenina de la masculina, no eran tantos lo que se bañaban al mismo tiempo y eso les daba mayor libertad para estar bajo la ducha.

Se nos incorporaron más aspirantes a la conversación y les pregunté qué les había parecido el encuentro con los suboficiales de promociones anteriores. Uno de ellos me indicó que como eran de especialidades diferentes no les preguntaba sobre sus tareas específicas vinculadas a la técnica, sino que quería saber cómo era ser alumno en la época de la ESMA: si existía la exigencia en los exámenes, si la relación con los instructores eran rigurosa como les mencionan hoy, si sufrían la severidad rutinaria, si extrañaban a sus familias, cuáles eran sus sueños de carrera y qué recordaban de sus primeros destinos. En una enumeración de preguntas sobre el pasado suboficial, ese aspirante de primer año me había sintetizado sus preocupaciones y expectativas sobre su propia carrera militar

(presente y futura) haciendo relaciones concretas con las experiencias de los aspirantes de la ESMA. Un suboficial retirado convertido en instructor comentó que para él era muy importante compartir su experiencia en la Armada con los jóvenes:

Nosotros tenemos una experiencia de seguir en la Armada viste, de seguir de este lado, como yo digo, yo soy personal docente ahora. Estamos acá porque fuimos lo que fuimos, por eso estamos, eh, para dar clase de lo que sabemos. Y tenemos suerte también, me gusta retransmitir todo a los chicos que entran ahora, contando constantemente experiencias de los momentos que vivimos para que aprendan cosas. De maniobras, cosas que uno pasa, cómo se hace una guardia, cómo se hace un abandono, todo eso se lo voy transmitiendo permanentemente (Septiembre 2019).

La importancia de la transmisión fue constante. El encuentro entre aspirantes y suboficiales de distintas instituciones (ESMA y ESSA) estaba protagonizado por compartir cómo cada uno vivía su rol en la Armada. En el caso de los suboficiales que hoy son instructores (personal docente), su deseo de “compartir experiencias para que aprendan cosas” no se agotaba en el saber técnico que manejan y enseñan en el aula sino también en cuestiones más cotidianas sobre la labor suboficial. Su objetivo también estaba en conectar su pasado con el presente de los aspirantes con quienes comparten actos y aulas y construir así una relación de continuidad dentro de la comunidad.

El historiador alemán Reinhart Koselleck (1993) sostiene que la historia de las sociedades no puede ser pensada sin puntos en común o como narraciones divorciadas entre sí mismas porque existen cambios y continuidades de las experiencias vividas que conectan personas de distintas generaciones. En su propuesta teórica sobre cómo pensar la historia y su tiempo desarrolla la noción de experiencia (pasado) y expectativa (futuro) como un puente que nace de ambas orillas. Son conceptos que relacionan dinámicas sociales temporalmente diferentes pero constitutivas entre sí porque el “pasado presente” es el espacio de elaboración de experiencias ya vividas desde donde se crean horizontes de expectativas sobre el devenir del “futuro” en construcción. Es así que para Koselleck (1993) la experiencia son acontecimientos incorporados al presente que se transmiten por generaciones o instituciones mientras que la expectativa apunta a un futuro deseado, esperado y diseñado desde el presente, pero todavía no experimentado. Al contemplar la pluralidad de experiencias y de sujetos, los horizontes y proyectos de expectativa son cambiantes y dependen de “los hallazgos de la experiencia” (Koselleck, 2001:16). Este “pasado presente” donde los aspirantes del pasado compartían sus experiencias con los

aspirantes del presente se repetía en cada intercambio de anécdotas y en cada entrega de estandartes.

Ninguna narración sobre el pasado constituye al hecho sucedido; son, en realidad, selecciones realizadas desde un “campo de significación cuyo sentido pertenece al presente del narrador” (Guber, 2000:85). Estas selecciones sobre cómo y qué se recuerda, transmitidas discursiva y materialmente, son formas específicas que, tal como lo plantea Guber (2000), remiten a significados, valores y registros de sujetos en situaciones sociales concretas. La temporalidad aquí es fundamental no sólo porque se produce el pasado (Trouillot, 2015) sino porque esa producción de experiencia condensa criterios sobre el tiempo presente y el futuro más amplios. Es pensar cómo el pasado se integra al presente y genera prácticas concretas de “historización” en sus diversos usos (Guber, 1996). Sean estos para generar puentes de continuidad o quiebres en el propio linaje de la comunidad.

El “soplo mágico” sostenía la genealogía de una comunidad de aspirantes en el tiempo y generaba una curiosidad en las generaciones actuales de la ESSA que, para los suboficiales de la ESMA, valía la pena custodiar. En el encuentro, los aspirantes querían conocer a la ESMA y recibieron el estandarte de la promoción 19° para custodiar la genealogía educativa de los suboficiales. En esas rondas de conversaciones intergeneracionales se encontraba la experiencia del pasado con la expectativa sobre el futuro.

Sin embargo, el cambio de nombre, la mudanza y la modificación en los programas educativos impulsaron una ruptura con la historia de la institución. Como mostré en el apartado anterior, para las autoridades civiles y militares que tomaron decisiones institucionales, dejar de cargar una “mochila pesada” implicaba una discontinuidad con lo anterior, un renacimiento, un cambio en todos los aspectos posibles que relacionen la “nueva” escuela con la “vieja”. Lo interesante es que para los sujetos protagonistas, los suboficiales, esa ruptura es incoherente e imposible porque ellos son la prueba de esa relación donde la continuidad no es institucional sino colectiva y social. El antropólogo colombiano Esteban Rozo (2018) analizó etnográficamente las políticas de conversión religiosa en la Amazonía Colombiana y se enfocó en la comparación entre las narrativas misioneras y las indígenas para mostrar cómo los significados que ambos grupos le asignaban a la evangelización no puede ser pensando como una ruptura total sino como una articulación que, con razones diferentes, presenta y hace hincapié en una continuidad. Rozo (2018:288, mi traducción) sostiene que los indígenas de la Amazonía colombiana “reconocen un proceso de transformación” donde el quiebre con el pasado fue buscado por

la conversión religiosa pero que, para las sociedades indígenas, no sucedió una ruptura total.

Prestar atención a cómo los suboficiales sostienen la historia más allá de la institución constituye una posibilidad de iluminar relaciones y articulaciones aún no pensadas entre el pasado, el presente y el futuro de los suboficiales de la Armada y de la institución misma porque integrar una institución total (Goffman, 2007) no homogeneiza los sentidos ni las vivencias de los sujetos que la componen. Ambas escuelas y sus aspirantes generan distintos modos de vincularse con la formación técnica-militar siendo todas experiencias significativas para quienes pasaron por sus aulas. Tal como lo indican los suboficiales formados en la ESMA que hoy se desempeñan como instructores en la ESSA, la relación enseñanza-aprendizaje que sucede en el aula y en la navegación es un puente que da continuidad al linaje suboficial.

El “soplo mágico” está en las aulas, en los buques, en actos institucionales y en acciones concretas de sujetos concretos que resguardan y restauran objetos de la ESMA y se convierten en guardianes de un pasado aún cuando este incluya cargar “mochilas pesadas” y ser un “símbolo de barbarie e irracionalidad”.

5.6 Recapitulando – “Parecen no darse cuenta que nos preparamos para la guerra”

La propuesta de este capítulo fue pensar las formas en que los suboficiales formados en la ESMA sostienen en el presente para vincularse con su propio pasado educativo a través de objetos, banderas y conmemoraciones con los aspirantes de la ESSA,

La ceremonia del “Día del Aspirante” fue donde el “soplo mágico”, esa corriente que transporta la experiencia y la relación con el pasado, se hizo presente en las conversaciones entre aspirantes y suboficiales y se materializó con la entrega del estandarte de la 19° promoción.

Como mostré en este capítulo las acciones de rescate de un reloj, mástiles, bustos y banderas junto a su valoración como reliquias no remiten a “lo que queda del pasado” o una preservación del mismo, sino a resistir un presente distanciado de la historia de sus experiencias institucionales. Quienes se formaron en la ESMA realizan todo tipo de ejercicios de memoria donde ésta no es estática ni hace algo por sí misma. Es una práctica de reconstrucción permanente que se sostiene en un presente en conflicto con el pasado institucional, o como lo llamaron las autoridades civiles y militares, con esa “mochila pesada” que se intenta esconder junto a objetos mudados, que nadie dice haber mudado.

Sin embargo, dada la convivencia espacial y cotidiana entre suboficiales de ambas instituciones, la comparación con la ESMA es recurrente y significativa.

Son algunos instructores anónimos (junto a algunos aspirantes) quienes reconstruyen material y narrativamente sus propias historicidades para preservar orígenes, defender su presente y soñar con conservar su linaje a futuro contrariando lo que las autoridades reglamentaron, decretaron y discursivamente sostuvieron sobre un único pasado que pesa pero que no se deja pasar. La generación de suboficiales formados en la ESMA que todavía están en actividad, cada vez que tienen la oportunidad de relacionarse con algún suboficial formado en la ESSA intenta hacer de ese encuentro, uno de transmisión y de enseñanza donde poder compartir parte de su legado.

La ruptura con el pasado de la ESMA es un proceso elaborado y decidido por individuos concretos que tiene efectos directos y negativos sobre la capacidad de evocación del linaje suboficial. La propuesta institucional de “dejar de cargar la mochila ensangrentada” confronta con el sentido que los mismos suboficiales le dan al predio con el cual buscan mantener una relación en el tiempo a través de bustos de Brown, mástiles, anécdotas y relojes refaccionados. Es un principio de conservación con el que buscan que sus experiencias trasciendan a los sujetos protagonistas. Lo que se observa es que el Estado busca ruptura, mientras que los sujetos defienden una continuidad.

Existe, en el trabajo etnográfico de Rozo (2018) una pregunta similar a la sostenida por esta investigación sobre cómo la temporalidad impuesta desde la autoridad o la dominación es vivida, valorada y puesta a prueba por los protagonistas de ese tiempo. El linaje con los antepasados suboficiales se mantiene entre generaciones, generando lazos sociales particulares que recuperan objetos, experiencias, aulas, navegaciones y mástiles para sostener, aún con todo el peso de la autoridad puesto en la ruptura, como un “soplo mágico”, la continuidad. Resguardar ese “soplo mágico” requiere esfuerzo de la comunidad de suboficiales; pero sostenerlo y transmitirlo sin horizonte de mar a futuro demanda mucho más empuje, impulso y trabajo. La búsqueda de ruptura total con esa ESMA se “llevó puesto” a todo el mundo suboficial: el espacio, los programas y la capacidad institucional de reflexionar sobre su propia temporalidad. Es un período oficialmente reticente a ser recordado.

Una concepción sobre la ESMA y su historia es la de los suboficiales que se formaron allí, para quienes este predio, sus edificios y objetos cotidianos hoy portan un nuevo valor al haber sido despojados de ellos. Con base en la materialidad de su propia experiencia, los suboficiales jerarquizan ciertos objetos y construyen a través de ellos un

vínculo significativo y particular sobre su pasado. Un suboficial sin linaje puede desconocer el perfil y la historia de quien lo antecede creando dos mundos sin aparente conexión. Pierde así el hilo total de su historia de antepasados, siendo imposible situarse en una temporalidad amplia, institucional, compleja y heterogénea. Las genealogías explican de dónde provienen los sujetos, provee de una historia de relaciones con otros grupos, de lealtades, de códigos de interacción, de ancestros comunes. Y en especial genera una sensación de continuidad colectiva y de permanencia en el tiempo. Compartir al ancestro es establecer una relación de parentesco, y no hacerlo es desarmar la familia naval. Si los cabos segundos egresados de la ESSA no comparten antepasados comunes con el resto de la comunidad suboficial, ¿a qué familia pertenecen? Se estimula así, con cada nueva generación, la creación de lazos problemáticos para con el resto de los integrantes que, como vimos en capítulos anteriores, requieren de vínculos de cuidado, reciprocidad y responsabilidad para soltar anclas y hacerse a la mar.

Junto a la historia, el predio, el nombre, el plan de estudio técnico y militar y el adiestramiento en el mar, también se perdió la intención institucional de transmitir las experiencias de la actuación naval sucedidas durante la Guerra de Malvinas. Como veremos en el próximo capítulo, fueron logros de una formación exitosa en la Escuela de Mecánica de la Armada para la batalla naval y por eso son motivo de orgullo para todo suboficial. La ESMA también estorba la producción de historia de las experiencias suboficiales en Malvinas.

CAPÍTULO 6. GUERRA

“Hicimos lo que técnicamente nos preparamos para hacer”
(Suboficial Mayor (R) VGM Daniel Atencio, Cabo Primero en 1982.
Octubre de 2018).

El recorrido de esta tesis mostró que los tiempos instantáneos, sincronizados, colectivos, de cuidado y corporales que requieren ritmos diseñados para habitar el mar son aprendidos cotidianamente en tierra pero puestos en valor en la navegación. El objetivo de la formación continua en ambos ambientes es prepararlos para la guerra naval, evento protagonista del presente capítulo.

Fue recién en abril de 1982 cuando toda la preparación bélica se puso a prueba en el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur (TOAS)⁶³ ubicado en torno a un archipiélago de casi 12.000 km² compuesto por dos islas principales, Soledad y Gran Malvina, separadas por el Estrecho de San Carlos y centenares de otras más pequeñas a su alrededor. El archipiélago de las Malvinas está a 1.980 km de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 670 km de Río Gallegos, capital de la provincia de Santa Cruz, y a 11.000 km de Londres, capital del Reino Unido. Por su condición ambiental, el mar era el escenario donde la Armada y sus buques desarrollaron su *expertise* bélica profesional.

Durante las navegaciones y el adiestramiento previo al conflicto de Malvinas, los suboficiales navales aprendieron cómo atravesar la planchada y ejercitar la templanza, respetar la jerarquía, comprender los lenguajes, alimentar la confianza, sincronizar los cuerpos y agudizar los sentidos. La práctica los ejercitó para saber qué hacer en cada momento sin perder la calma porque conocían las cubiertas, el armamento, los roles, las condiciones de clausura y los “trozos” del buque donde estaban destinados. Como vimos en capítulos anteriores de esta tesis, esa instrucción a bordo no es individual sino colectiva: cada suboficial tiene su responsabilidad en el destino de todos porque realiza un trabajo técnico en equipo con pequeños mundos dentro de un mismo buque pero en el que ninguno funciona solo y donde todos comparten el mismo riesgo.

No obstante, aún luego de poner en práctica lo aprendido en las aulas de la ESMA y lo adiestrado en las etapas de mar, las experiencias exitosas de los suboficiales navales, así

⁶³ “Un teatro de guerra es aquella zona terrestre, marítima y espacio aéreo que está o puede estar implicada en las operaciones de guerra. El teatro de operaciones es la porción de un teatro de guerra necesaria para operaciones militares y para el gobierno concomitante de ésta” (Mayorga, 1998:128).

como los libros con membretes de la ESMA analizados en el capítulo anterior, no forman parte del acervo histórico a transmitir al interior de la Armada Argentina. En las siguientes páginas examino cómo es abordada esa experiencia del pasado para la institución y para los suboficiales veteranos de la guerra de Malvinas.

Este capítulo se detiene en tres momentos. Primero describo cómo durante la guerra de Malvinas los suboficiales de la Armada Argentina pusieron en juego todo lo aprendido y generaron experiencias invaluable para su vida militar. Luego, muestro cómo esas experiencias quedaron relegadas a recuerdos individuales de quienes allí combatieron a través de una serie de encuentros compartidos con la Asociación de Veteranos de la Base Naval Puerto Belgrano y del acto aniversario del 2019 donde se celebró la conmemoración del 37° aniversario de la guerra. Estas son situaciones memoriales institucionales (Savage, 1994) e íntimas que me permiten dar cuenta de las diferencias conmemorativas (Gillis, 1994) entre cómo recuerda la institución y cómo lo hacen los suboficiales. El objetivo es pensar las acciones que despliegan los sujetos al construir una relación singular con el pasado (Tonkin, McDonald y Chapman, 1989). Y para culminar, analizo cómo las vivencias de la única guerra naval moderna protagonizada por la Armada Argentina se excluyen de los programas educativos de la ESSA, pero se continúan gracias a los veteranos de guerra que trabajan como instructores de su saber técnico para que “algo quede en alguien”. Al igual que en los capítulos anteriores donde mostré la intención de quiebre institucional con el pasado, son los suboficiales quienes al compartir sus experiencias técnicas y humanas con los jóvenes aspirantes arman y rearman tramas de continuidad y de unión.

6.1 Puestos de combate

De acuerdo a los suboficiales, un navío es una ciudad con su propia idiosincrasia sostenida por los y las particulares habitantes de cada *pueblito y sus formas de ser*. Esta comunidad embarcada cumple sus roles con disciplina y jerarquía, porque para moverse en el agua se necesita de muchas personas organizadas. Y para combatir a un enemigo marítimo los buques no andan solos en sus mundos: se escoltan (acompañan) unos a otros en una única Flota de Mar. Durante la guerra de Malvinas, el poder naval se organizó en distintas Fuerzas de Tareas (nombre de la organización que toma el operativo dirigido por el Comandante) que incluían a las múltiples unidades de la Flota de Mar donde convivieron oficiales, suboficiales y conscriptos. En 1982 la Armada Argentina contaba

con un portaaviones, un crucero, seis destructores y tres corbetas; cada uno de ellos estaba habitado por su tripulación.

Las agrupaciones de buques se modificaron según la necesidad de la Armada en cada momento, generando una variabilidad coyuntural de Fuerzas de Tareas⁶⁴. Los suboficiales Veteranos de la Guerra de Malvinas (VGM) me explicaron que la guerra en el mar tuvo tres períodos claves que organizaron la rutina de cada tripulación de las unidades de superficie: la Operación Rosario del 2 de abril de 1982, la defensa de las Islas entre mediados de abril y el 2 de mayo y, por último, la orden de navegar por las costas de la Patagonia argentina entre el 2 de mayo y el 14 de junio, luego del hundimiento del Belgrano.

Los buques que participaron de la Operación Rosario abandonaron puerto a fines de marzo de 1982. En los muelles no había familias para despedir a las tripulaciones, como cuando se suceden las etapas de mar de adiestramiento. El Suboficial Mayor VGM (R) Raúl Martínez formó parte de la tripulación de 300 hombres de *la Santísima Trinidad*, siendo “operaciones radarista”. Su especialidad requiere estar siempre embarcado por ser “los ojos del buque”, y se sintió orgulloso cuando me explicó que esos ojos le permitieron “ver a 300 millas” de distancia de *la Santísima* durante el conflicto. Fue recién el 29 de marzo cuando la tripulación escuchó por los difusores que el destino de la navegación eran las Islas Malvinas. Para dar inicio a la Operación Rosario, por la noche del 1° de abril se desprendieron pequeñas embarcaciones con los comandos anfibios, quienes fueron protagonistas de la recuperación. Raúl me describió el movimiento en esas horas de mucha adrenalina donde cada uno cumplió su rol. Pero bajó la mirada al decirme que a él le “tocó ver las islas desde la cubierta porque nunca pude bajar a tocarlas”; debía ser los ojos del buque y su rol lo requería siempre embarcado.

La Santísima no fue la única unidad de superficie que a fines de marzo comenzó movimientos preliminares de navegación hacia Malvinas. El San Antonio, buque de desembarco de vehículos anfibios que iba sobrecargado de gente, con una tripulación de 124 hombres y materiales, muy por encima de los valores logísticos que solía utilizar en sus navegaciones corrientes, ya que incluía la tropa del Batallón de Vehículos Anfibios, la tropa de combate del Batallón de Infantería 2 y vehículos y materiales de los Infantes de Marina. Hugo Alberto Córdoba, con 26 años y siendo Cabo Primero, conductor del vehículo anfibio N°12, recibió la directiva de poner en condiciones a los vehículos anfibios

⁶⁴ Para conocer en detalle las operaciones navales de combate se recomienda ver Camogli (2011).

sin saber para qué operativo. Esto no era nada fuera de lo común para él y una semana antes del 2 de abril de 1982 embarcaron en el San Antonio con rumbo al sur haciendo ejercicios de adiestramiento. O eso creyeron. El 1° de abril de 1982 a las 17hs aproximadamente Hugo recuerda que fueron informados por el Almirante Carlos Busser, jefe de la Operación Rosario⁶⁵, que su misión era desembarcar en las Islas Malvinas y tomarlas por asalto: “luego de varias recomendaciones de nuestro Almirante, nos fuimos a nuestros lugares y festejamos que por fin entraríamos en combate, el cual habíamos preparado”.

La incertidumbre sobre el destino de la navegación no era nueva para los suboficiales de las distintas unidades de mar. Tampoco el frío, la lluvia, la neblina y las olas fuertes. No era un dato tan significativo saber adónde iban durante las navegaciones ya que lo importante era salir a navegar y cumplir la misión que, en general, era advertida por un oficial una vez a bordo. Aunque el secreto absoluto sobre el plan de recuperación de las islas es un dato muy relevante para abordar la temática, los suboficiales con quienes conversé al respecto no intuyeron esa incertidumbre como una cualitativamente distinta de aquéllas a las que estaban tan acostumbrados. La tripulación de *la Hércules* también se notificó del destino estando en alta mar. A fines de marzo de 1982, navegaban en la cercanía de Mar del Plata, pero recibieron la orden de regresar a puerto dos días antes del fin de la navegación. Manzone recordó que “estaban chochos” porque siempre volvían pasada la fecha, pero nunca antes. Sin celebrar con mucho entusiasmo el regreso sorpresivo, me explicó que todo le parecía muy raro:

Fue la única vez que vi entrar al barco directo a cargar combustible sin remolcador; metió el barco de una. Nos dieron franco hasta ese día a las 23hs. Tuvimos que buscar elementos para uso común, jabón, crema de afeitar, maquinita, algo de abrigo, cigarrillos y golosinas. Nos dijeron que zarpábamos y que nos íbamos a navegar al sur, pero ni idea de que íbamos para allá. Pensamos que nos íbamos para Ushuaia. Zarpamos lo más bien. Después en ese viaje, empezamos a pensar qué íbamos a hacer. No se hablaba de guerra, era todo muy secreto. Y bueno, todas esas conjeturas ya cuando supimos más adelante que íbamos con el Py, el Cabo San Antonio... acá hay algo raro, no es joda. Veíamos que estaba lleno de gente en los buques, pero no entendíamos mucho, hasta que empezamos a intuir que algo pasaba. Y cuando fondeamos sale el Segundo [Comandante], nos ordena formación en cubierta y dice que íbamos para el sur, a Malvinas (Capitán de Fragata (R) VGM Arturo Raúl Manzone, Suboficial Cabo Primero durante la guerra de Malvinas. Octubre de 2018).

⁶⁵ Para mayor información sobre esta operación, ver Busser (1984).

El rol de Manzone en el buque consistía en controlar el sistema hidráulico del cañón: si dicho sistema no funcionaba, el tiro no iba a salir, y si era atacado, se hundía porque no se podían defender. La experiencia más cercana al combate que vivieron en el buque fue durante el desembarco desde el ARA Cabo San Antonio, ya que su tarea era proteger la costa para garantizar la incursión de los grupos comandos embarcados y el arribo del Ejército por avión. El 2 de abril en la Hércules comenzaron a recibir disparos desde las islas, de francotiradores ubicados en el faro y la aeronave de transporte de la Fuerza Aérea, un C-130 Hércules con tropa del Ejército, no podía aterrizar mientras se les agotaba el combustible. El gobernador británico Rex Hunt seguía resistiendo en la isla y la orden que recibieron los navales argentinos fue “entrar en combate para batir el faro”.

La orden de fuego de los cañones tiene tres pitadas (sonido que se escucha en todas las cubiertas): en la primera se carga la munición de combate; en la segunda se espoleta (lunfardo artillero para explicar la activación de un dispositivo que prepara la detonación de un proyectil) y una vez que “sube el tiro”, automáticamente se carga y queda listo para disparar cuando, finalmente, llegue la tercera pitada. Pero antes de llegar a ella (indicación sonora dada desde el Puente de Mando que da la autorización del disparo) ese 2 de abril, el Gobernador británico pidió “Parlamento” (cese del fuego) y se culminó la Operación Rosario como una acción incruenta en la que no debía haber bajas enemigas⁶⁶. La tercera pitada nunca sonó y desde la sala de control del cañón se aseguró la cancelación del tiro apretando un botón rojo que inhabilita una posible orden desde el Centro de Información de Combate (CIC), ya que desde allí se libera el disparo. Ante la pausa de combate, Manzone advirtió que “había un tiro atracado y espoleteado en el cañón” que debía ser retirado para permitir que otro futuro tiro se realizara. El encargado del cañón es responsable de ese procedimiento, así que él tuvo que ocuparse. Y, aunque mi imaginación buscó escenas de películas sobre cómo se realiza esa operación, él me brindó detalles importantes en relación al tiempo, la técnica, la coordinación y el control:

Tuve que ir a sacar el tiro. Lo bajamos... hay que abrir el cierre a mano, y cuando lo abrís tiene una palanca que hace de pivote [punta de una pieza donde se inserta otra fija o que pueda girar], pega y lo saca para atrás. El tema es que tengas suerte que no se haya quedado clavado, porque el tiro cuando entra, entra exacto y tiene un aro de cobre de forzamiento que se clava en las estrías del cañón para que cuando salga el disparo, toda la propulsión que le da los gases de la expansión de la pólvora salga

⁶⁶ Argentina sufrió la muerte del Capitán de Fragata (Post Mortem) Pedro Edgardo Giachino en la toma de la Casa del Gobernador, y del Cabo Principal (Post Mortem) Patricio Alfredo Guanca durante la toma de Gritviken, en Georgias del Sur, a bordo del ARA Guerrico.

para adelante y no para atrás. Para que tenga todo el empuje posible, si no perdés presión. ¿Entendés? Cuando vos querés sacar el tiro que esté clavado, lo más normal que pase es que no salga el tiro y que se rompa el culote. Y si se rompe, estás en problemas. Hay que sacarlo pegándole por adelante, por la boca del cañón o dispararlo, y ninguna de las dos cosas se podían hacer. Ahí estuvimos con eso... transpirando arriba hasta que lo logramos sacar. Son horas, no sé cuánto tiempo estuvimos ahí. Cuando sacamos el tiro, el brazo de carga hay que bajarlo. Debe pesar unos 20 kilos. Y bueno, lo sacamos del brazo de carga con extremado cuidado. Lo depositamos en la proa con un chinguillo abajo [armazón de madera con red], se lo ató al escoben [hueco por donde sale el ancla] y se llevó ahí hasta que estuvimos en alta mar y lo fondeamos. No se puede volver a usar porque ya está espoleteado. Lo dejamos ahí porque si explotaba, perdés la proa, pero no te hunde el barco. Navegás igual (Capitán de Fragata (R) VGM Arturo Raúl Manzone, Suboficial Cabo Primero durante la guerra de Malvinas. Octubre 2018).

Había pasado un posible disparo y un desarme de tiro. Dentro de la explicación puede verse que no hay palabras destinadas al contacto o a qué pasó con los francotiradores, sino más bien un detalle absoluto de la habilidad que tuvieron que ejercitar para impedir que el buque se hundiera: evitar el riesgo y convivir con un “tiro espoleteado”. En esa situación, son las cualidades detalladas por casi todos los suboficiales lo que les permite aplicar su conocimiento técnico: “hacer lo que hay que hacer”, cumplir el rol y no perder la calma, tal cual lo habían practicado durante el adiestramiento. Aunque ahora el enemigo era real.

Una vez concluida la toma de las islas, las unidades de la Flota de Mar volvieron escalonadamente a Puerto Belgrano para reparar averías, abastecerse de municiones, alimentos, combustible, ropa y tripulación para llevar de regreso a Malvinas. En esos días, los acontecimientos se habían precipitado y las noticias de negociaciones, mediaciones diplomáticas y las zarpadas de buques británicos se confundían alterando los ánimos de los familiares de quienes estaban en el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur. El mismo 2 de abril la Primer Ministra de Gran Bretaña, Margaret Thatcher, anunció el envío de la *Royal Task Force* hacia el Atlántico Sur; al día siguiente, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aprobó la Resolución 502, reclamando el retiro de las tropas argentinas del territorio insular. El 5 de abril la Comunidad Económica Europea sancionó a la Argentina y el 12 de abril los británicos establecieron el bloqueo aeronaval alrededor de Malvinas con la Zona de Exclusión marítima de 200 millas (aproximadamente 320km).

Mientras tanto, la conducción de la Armada integrada por oficiales superiores delineaba planes sobre las futuras operaciones de la Flota de Mar, considerando que las unidades de la *Task Force* incluían 121 buques: 2 Portaaviones (Hermes e Invencible), 7

destructoros, 15 fragatas, 6 submarinos (5 de ellos nucleares), unidades de patrulla, buques hospitales, de asalto y de desembarco, buques logísticos de reabastecimiento petrolero y de transporte y un nutrido grupo aéreo con aviones Harriers, Sea Harriers y helicópteros.

Durante el mes de abril los suboficiales no se alejaron nunca de sus buques; fue prioritario ajustar los sistemas operativos y escalar la intensidad de las actividades de adiestramiento tales como práctica de tiro, guerra electrónica, lanzamiento de misiles, simulacros de acciones y una ejercitación con aviones de la Fuerza Aérea. Aún con operaciones de adiestramiento, el rol de combate fue permanente. Los suboficiales llevaron su fusil constantemente y los “trozos” estaban compartimentados, es decir, cada sección quedaba *sellada* y los hombres quedaban *anclados* a su puesto. Hasta que no se levantara la restricción del combate o que, al menos, hubiera una pausa del mismo, las puertas permanecían cerradas y la circulación al interior estaba regulada. Por seguridad, tal como vimos en el capítulo 1, popa queda separada de proa y el 100% del personal intervenía cumpliendo su rol, porque cada uno de ellos es fundamental. El buque quedaba “cerrado” hasta que se efectuara un cambio de plan, situación que podía durar días u horas y que dependía de la decisión del Comandante. Es importante destacar que “rol de combate” no se traduce al buque disparando o recibiendo disparos: es una posición de alerta, de resguardo, de vigilancia. Aunque no se viera al enemigo, los suboficiales a bordo ya estaban en situación combate.

Como mostré en el tercer capítulo, durante la navegación hay puestos de guardia, de combate y de salvamento. El rol de combate es el único momento en el que el Comandante anula los turnos y dispone de la totalidad de la tripulación que permanece en el local donde deben *ser* su función. La pausa de combate es un momento de “*impasse* entre la guerra y la paz, entre la adrenalina pura y el estar totalmente alienado”, y tal como me lo explicó Manzone, es el momento donde surgían conversaciones y se afianzaban vínculos de contención entre los suboficiales de distinto rango. Es la chicharra de combate la que anuncia el contacto con el enemigo. Ante el acostumbramiento del adiestramiento y de vivir en un rol de combate pero sin combate visible, el sonido de la chicharra es, en palabras de Manzone,

un *switch* de adrenalina que te cambia todo. Vos podías estar hablando de la familia, llorar por las novias... hasta ahí, pero escuchabas esa sirena y te transformabas. **Tenías que estar en tu puesto. Y toda tu vida, tu función era lo que te tocaba hacer. Lo demás se te borraba.** Vos tenías de pronto dibujada en vos, tu función. Yo era técnico hidráulico. Yo tenía todo el sistema del cañón, qué

debía funcionar, qué debía hacer ahí. Todo lo tenía ahí. **Podían pasar las horas y no sabías el tiempo, perdías esa noción.** También perdías la noción del otro. **Simplemente eras tu función, tu misión.** Y eso debía salir porque si no, no salían las otras cosas. Y ahí, cuenta lo que vos tenés adentro en cuanto a lo que aprendiste, a la práctica, a todo eso. Está ahí. No sentís miedo, el miedo desaparece. **Vos sentís la responsabilidad, no como obligación forzada, [sino] como la responsabilidad de que las cosas funcionen porque el resto depende de tu trabajo** (Capitán de Fragata (R) VGM Arturo Raúl Manzone, Suboficial Cabo Primero durante la guerra de Malvinas. Octubre de 2018. Mi énfasis).

El adiestramiento es fundamental porque todos eran profesionales navales pero sin experiencia en combate real. Por eso afianzar los conocimientos les fue tan fundamental a quienes navegaron en el Atlántico Sur: allí pusieron en práctica lo aprendido en su formación constante sobre saberes técnicos y en la instrucción de supervivencia para que “cuando largamos amarre, volvamos todos”. Es el músculo para superar el riesgo individual y colectivamente. Para ellos, un buque es un transporte marítimo apodado como “una cáscara de nuez” por la inmensidad del mar y por la vulnerabilidad que se vive en su interior: frágil, movediza, imprevisible y única. Pero esa fragilidad no es sinónimo de debilidad, sino que se constituye como su fortaleza vincular entre sus habitantes: toda la tripulación que la navega sabe que si no cumple su rol con responsabilidad cuasi obsesiva, “el mar se los lleva puestos”. Por eso, para la experiencia suboficial y también para todos los navales, el hundimiento del Belgrano fue un evento trascendental.

6.2 El Belgrano

A las 16:01hs del 2 de mayo de 1982, el ARA Crucero General Belgrano cumplía sus funciones de patrullaje en el Atlántico Sur al este de la isla de los Estados y al sur de las Islas Malvinas. En su interior, su tripulación de 1093 hombres integrada por 56 oficiales, 572 suboficiales, 55 marineros, 408 conscriptos y 2 civiles cumplía sus roles en las distintas cubiertas del buque mientras se daban los cambios de guardia correspondientes a las 16hs. Afuera el viento soplaba a 120 km, las olas medían 12 metros, la temperatura era de -10°C y el submarino nuclear británico HMS Conqueror ya los tenía en la mira desde el día anterior.

El primer torpedo lo recibió debajo de la línea de flotación, en la sala de máquinas de popa, destruyendo las cubiertas inferiores, áreas habitadas en su mayoría por suboficiales. Por esa razón, de los 323 tripulantes fallecidos del Belgrano, 188 (60%) eran suboficiales. El impacto perforó cuatro cubiertas y generó para quienes estaban allí un inmediato y terrible escenario de muerte con gases, hierros retorcidos y fuego (Bonzo,

2004:205). Sólo existieron unos segundos mínimos entre una emergencia y la otra. Seguidamente comenzaron los ruidos de las explosiones, el humo denso y la oscuridad total. A los pocos segundos otro impacto se sintió en la proa del crucero de 185 metros de largo, 18m de ancho y 37m de alto, permitiendo el ingreso de 9.500 toneladas de agua (9.500.000.000 litros). El Belgrano quedó sin propulsión, sin energía eléctrica y sin proa. Los sistemas de comunicación dejaron de funcionar, y el modo elegido por el Segundo Comandante para organizar a la tripulación fue utilizar un megáfono a través del cual notificó cada orden para lograr que pusieran en práctica todos los ejercicios de supervivencia que habían realizado en tiempos de paz y, conseguir así, que la mayor cantidad de hombres a bordo cumplieran sus roles y salvaran sus vidas (Bonzo, 2004:179). Mientras la gran mayoría de los tripulantes buscaba su mochila de abandono, ayudaba a compañeros heridos y se dirigía sin demoras a sus pre-asignados botes salvavidas, un grupo de suboficiales dirigido por un oficial cumplía su función de intentar reparar las averías para preservar al crucero. Pero este inició una escora (inclinación) que en menos de 60 minutos, completó su hundimiento. Al evaluar lo irreversible de la situación y ante la imposibilidad de protegerlo, a las 16.23hs el Comandante CN Héctor Bonzo dio la orden de abandono.

Los Suboficiales Mayores (R) VGM Horacio Tejada y Carlos Alberto Spinelli (Cabos Segundos en 1982) formaron parte de la tripulación del Belgrano. Cuando los conocí se movían juntos y los noté muy cómodos: se reían entre ellos, se escuchaban y terminaban historias que el otro había comenzado a contar. Nos juntamos a conversar en la Escuela de Suboficiales de la Armada (ESSA), donde ambos eran instructores, y Tejada me explicó el motivo de esa unión: “yo soy artillero y él munición”. Son las dos caras de la misma moneda o, dicho más formalmente, comparten la especialidad Armas. También habían compartido muchos años como parte de los 700/800 hombres incluidos en la dotación permanente del Belgrano, por su gran equipamiento en piezas de artillería. “Imaginate una ciudad sobre el mar. Ese buque era un sentimiento de la Armada”.

El crucero era una “ciudad sobre el mar” por su gran tamaño (185 metros de eslora), por su abultada tripulación, por sus más de veinte cañones y piezas de artillería y por la cantidad de mundos que vivían allí dentro. Sofisticado y superpoblado. En 1982 salió al mar el 21 de abril desde Ushuaia con una tripulación de 1093 hombres y todos los días fueron de instrucción intensa en los distintos tipos de roles vividos en una navegación en un buque de guerra: de combate, de siniestro y de abandono. Se puntualizó en la importancia de conocer todas sus cubiertas y confiar en el resto de la tripulación porque, tal

como me lo explicaron Tejada y Spinelli, “todos sabían qué hacer; tu obligación en la Marina es saber”.

Pero después del ataque no se sabía, no se veía y no se respiraba. Tejada y Spinelli me indicaron que era un “infierno de fuego, humo, corridas y explosiones”. Todo había quedado a oscuras y las cubiertas y escaleras se habían transformado en pasadizos que sólo eran familiares para sus habitantes, quienes tenían la capacidad de deambular por ese espacio sin ver. El personal designado y adiestrado específicamente para contrarrestar los efectos de cualquier daño o rotura producto de un incendio, colisión, explosión u otra secuela de guerra, se denomina “control de averías”. Su función es fundamentalmente curar al buque para que no pierda su operatividad hasta que el Comandante dé la indicación de abandono. Ellos fueron los protagonistas de las acciones desarrolladas los minutos posteriores al impacto, mientras que el resto de la tripulación debía acudir a sus posiciones de abandono a esperar instrucciones del Comandante.

Fueron más de 30 minutos de constantes rupturas, de explosiones en cubierta y del desprendimiento de una parte de la proa, hasta que finalmente la embarcación se desarmó, se escoró (inclinación que toma un buque hacia babor o estribor, perdiendo su eje vertical) y se hundió. En la descripción de Tejada y Spinelli entendí la importancia de la oración que los suboficiales me habían repetido tantas veces: “Tenés que conocer tan bien a tu buque como para poder salir sin mirar”. La coordinación de todas las funciones era fundamental. Ese mecanismo colectivo se puso a prueba cuando sintieron el impacto:

Después analizando todo, nos salió bien, buscamos el lugar del viento, porque estamos instruidos para hacer eso. **Todo lo aprendemos mientras hacemos ejercicios durante el año naval. Lo que nunca pensamos es que íbamos a llegar a usarlo verdaderamente, hasta que llega un día y se tuvo que usar.** En ese plano, pienso que el entrenamiento estaba a 100x100 en todo sentido. Entre todos nos dábamos seguridad. Y así andábamos dando vuelta hasta que nos metimos todos dentro de la balsa (Suboficial Mayor (R) VGM Carlos Alberto Spinelli. Septiembre de 2018. Mi énfasis).

Adiestramiento y unidad. Siempre vestidos, con el salvavidas y la mochila de abandono lista. Ante el golpe de los torpedos, acciones corporizadas de saberes adiestrados. En un mismo movimiento recuperaron su mochila de abandono, salieron de su *trozo* del buque para buscar al resto de su unidad y subirse a los botes de abandono. Rápido, instantáneo, automático.

En 40 minutos, 770 hombres abordaron botes de emergencia y salvaron sus vidas mientras que 323 quedaron como “custodios en el mar” (nunca volvieron a tierra). El 100% del personal muerto por las explosiones (272) estaba ubicado debajo de la línea de flotación en las cubiertas inferiores, el pedazo del buque más estratégico porque garantiza su funcionamiento operativo: allí está la sala de máquinas, la de electricidad, la de motores y la propulsión. El 58% de los que cumplían funciones en esos espacios y que fallecieron por el impacto, es decir, 188 hombres eran suboficiales de la Armada Argentina.

Fue el lunes 3 de mayo, cerca del mediodía, cuando los hombres del Belgrano en algunas de las balsas divisaron al primero de los cuatro buques que protagonizaron la operación de rescate que llegaría a extenderse durante 6 días. A partir de ese momento, comenzó un trabajo intenso y constante del personal de salud y de las tripulaciones de los buques rescatistas para encontrar todas las balsas, asistir a los heridos, darles comida caliente, compartirles ropa seca y darles sus propios espacios de descanso para que pudieran recostarse y sentir el alivio de estar a salvo. Aún teniendo un 30% de su dotación hombres que habían llegado en comisión para la campaña de Malvinas, de sus 1093 tripulantes 770 lograron salvar sus vidas y fueron rescatados de sus balsas por el ARA Piedrabuena (273), el ARA Gurruchaga (363), el ARA Bahía Paraíso (70) y el ARA Bouchard (64).

Al día siguiente del hundimiento del Belgrano, el Comandante del Teatro de Operaciones, Vicealmirante Juan Lombardo, le ordenó a la Flota de Mar navegar en la cercanía de la costa patagónica para evitar el ataque de los submarinos nucleares. A su vez reorganizó las Fuerzas de Tareas y diagramó las regiones de sus operaciones con las unidades de superficie alejadas de la zona de las islas: “el TOAS quedó prácticamente ciego” (Mayorga, 1996:312). Aunque la indicación era esperar situaciones favorables donde efectuar ataques sorpresivos, los suboficiales embarcados en la Flota de Mar comenzaron un ciclo de navegaciones con reabastecimientos tediosos, incertidumbre sobre los futuros ataques de la flota enemiga y, por sobre todas las cosas, viendo la costa continental demasiado cerca, cada vez más lejos de Malvinas donde otros componentes de la Armada, junto a la Fuerza Aérea y al Ejército, continuaban los combates y resistían los ataques británicos.

El 14 de junio de 1982 se dio la orden del cese al fuego y se firmó la capitulación⁶⁷ argentina. Los buques que todavía estaban navegando volvieron a puerto y los hombres

⁶⁷ El diccionario de la Real Academia Española lo define como el “convenio en que se estipula la rendición de un ejército”. Fuente: www.rae.es

embarcados regresaron a tierra. El Suboficial Mayor (R) VGM Rodolfo Rojas me explicó que tuvieron 24hs de licencia para ver a sus familias. Luego tuvieron que volver a la BNPB para “poner la cabeza en el trabajo”. Guillermo Ni Coló expresó el dilema de vivir la guerra siendo tan joven: “yo sabía que sería difícil ser el militar ideal que soñaba. Mi aspiración era hacer algo importante, lo máximo, pero para un militar, lo máximo es la guerra. Yo no lo encontré al final, sino al principio de mi carrera (Herrscher, 2012:325)”.

En las islas Malvinas, los suboficiales de la Armada fueron puestos a prueba. Sus saberes, sus aprendizajes, su adiestramiento en tiempo de paz se convirtió en práctica de guerra. La expresión “probado en combate” es una muestra la “consagración (o no) de la experiencia” (Guber, 2016:405).

Algunos suboficiales siguieron con sus carreras y otros abandonaron al poco tiempo de regresar de Malvinas por diversos motivos. Muchos formaron y se involucraron con las asociaciones de veteranos de cada localidad y provincia de origen o se nuclearon por la unidad de superficie en la que estuvieron destinados durante el combate. Una mínima cantidad de suboficiales, una vez adquirido el retiro, se sumaron a los equipos docentes de la Escuela de Suboficiales como instructores de su especialidad. Pero, como veremos en los apartados que siguen, qué hacer con su experiencia bélica no representó tanto un problema para ellos, como sí lo fue para la institución.

6.3 La conmemoración institucional

Uno de los motivos de mi último viaje a la base naval era para observar cómo se transformaba al acercarse el “Día del Veterano y de los Caídos en la guerra de Malvinas”⁶⁸. Pero, una vez más, el campo no seguiría mis supuestos, sino que me mostraría un camino diferente. Previo al 2 de abril, los encargados de mantenimiento cortaron el pasto de los destinos más cercanos al ingreso, barrieron los caminos de acceso con mayor intensidad y pintaron secciones del memorial de la entrada para corregir detalles del paso del tiempo. Uno de los suboficiales de la ESSA me comentó que “estaban maquillando a la base” para los invitados. En realidad, la base no lucía distinta. Había detalles concretos de limpieza más cuidada en algunos sectores y aparecieron banderas argentinas que sólo bordeaban la calle principal llamada Avenida de la Estación.

Ese 2 de abril del 2019 amanecí, como todas las mañanas que estuve en la base, en el Hotel Naval Puerto Belgrano. Sin darme cuenta que era un día no laboral, bajé a

⁶⁸ Día nacional no laboral (feriado) sancionado por la Ley 25.370 en noviembre del 2000 para conmemorar anualmente el aniversario del desembarco de las Fuerzas Armadas en las Islas Malvinas.

desayunar como si fuese un día más. Al llegar al comedor fue cuando entendí que los horarios estaban cambiados y que recién servirían el café matutino pasadas las 8hs y no a las 6:30hs como supuse. Uno de los trabajadores del hotel me ofreció desayunar con él en la cocina “para que no saliera con el estómago vacío a un día de trabajo”. Ahí compartimos un mate cocido con unas tostadas y le comenté al pasar que me había olvidado que ese día era feriado. Me respondió que “era un buen día para descansar” sin hacer ninguna relación al motivo del asueto nacional. Le consulté si tenía pensado asistir a alguno de los actos que se desarrollaban en la base y en Punta Alta y me dijo que nunca asistía porque “eran demasiado fríos y políticos”. Una vez más, mi supuesto de encontrarme a una base naval con habitantes movilizadas comunitariamente no era más que un supuesto. Los encuentros afectivos, el recuerdo sentido y la calidez por Malvinas estarían en las mesas familiares y en los asados de los veteranos.

Las instituciones cuentan con una serie de calendarios, ceremonias y prácticas al servicio del recuerdo colectivo (Connerton, 1989, mi traducción). En este caso, la Base Naval de Puerto Belgrano ofrecía a sus habitantes militares distintos actos para conmemorar un aniversario de la Guerra de Malvinas. El primero fue a las 8hs de la mañana en la Escuela de Suboficiales de la Armada. Caminé hacia el ingreso de la Escuela; había mucho silencio y escaso movimiento de gente. No había, en el tramo que recorrí, un recordatorio o una señal institucional sobre qué estaba sucediendo ese día. Cuando ingresé a la escuela, tampoco noté cambios visuales que evidenciaran una distinción de la vida cotidiana de los aspirantes, suboficiales y oficiales que comenzaron a reunirse a las 7:30hs en la Plaza de Armas Almirante Brown. Al haber asistido a otras ceremonias institucionales en la base, en comparación, parecía que esta no se distinguía del Día del Aspirante o del aniversario de la creación de la Escuela de Mecánica.

La ceremonia, como todas las acciones dentro de la Armada, tenía una “orden ejecutiva formal” que indicaba a quién estaba dirigida, el objeto de la misma, la fecha y las medidas de coordinación necesarias para llevarla a cabo, distinguiendo las tareas de cada departamento involucrado. Este es un papel que cuenta con firmas, sellos personales e institucionales que vinculan a quien emite y a quien recibe la orden. Para esta ceremonia, la orden ejecutiva incluyó un cronograma que indicaba que para las 7:30hs, el personal y el cuerpo de aspirantes debían estar formados y recién 20 minutos más tarde, debía hacerlo la Plana Mayor. Como vimos en capítulos anteriores la secuencia de arribos responde a la lógica jerárquica donde el aspirante siempre espera al personal de cuadro, y éstos esperan la llegada de la Plana Mayor.

A las 7:35hs me sumé a una Plaza de Armas ordenada como en el resto de los eventos militares que presencié. En la celebración de la ESSA no había invitados civiles, sino que era un acto exclusivo para quienes desarrollaban sus tareas en la escuela. La distribución de la población era la misma que en eventos protocolares descriptos, salvo que esta vez yo estaba junto al personal civil de la escuela detrás de los invitados de honor: los 16 veteranos de Malvinas que cumplían funciones educativas en la escuela. Estaban de traje y portaban sus medallas de condecoración entregadas por el Congreso de la Nación en 1992. Aunque no todos llevaban la misma cantidad de distinciones, había dos que se veían en las solapas izquierdas de todos los sacos: una medalla circular plateada de unos 3cm de diámetro con la silueta de las Islas Malvinas en el centro y el fondo de la bandera argentina (la del Congreso) y otra condecoración de la recuperación de las islas con la misma medida pero con los colores de la bandera nacional pintadas sobre la silueta de las islas. Algunas estaban acompañadas de cintas que emulaban la bandera nacional y otras con una franja azul y otra blanca. Unos pocos también llevaban alguna distinción de la asociación de veteranos a la que pertenecían.

Como nos conocíamos de viajes anteriores, un grupo pequeño de veteranos se acercó a saludarme y me agradecieron que estuviera ahí “acompañándolos en este día especial”, aunque les había llamado la atención ver en el acto “a la civil que conocieron hace meses y a quien le enseñaron sus experiencias de Malvinas”. Estaban emocionados. El momento de conversación informal se cortó a las 7:55hs cuando se escuchó la indicación que el Director de la ESSA estaba por ingresar al evento y, con esto, todos debíamos cambiar la posición.

A las 8hs el encargado de la ceremonia pidió permiso para iniciar el acto. Toda la población de la plaza saludó a la bandera nacional e ingresó la Bandera de Guerra con la Sección Escolta de la ESSA, mientras eran recibidos por la banda de música. Cuando las banderas llegaron a su lugar, la banda entonó las primeras estrofas del Himno de la Armada y la Marcha de Malvinas, acompañados por los aspirantes, que cantaron a los gritos, y los instructores y demás población de la ESSA, que cantaron sin gritar pero todos mirando hacia la bandera (ver ilustración 18). El capellán naval, figura con funciones religiosas en la Armada, fue el primero en tomar la voz y sin leer pronunció palabras en honor “a los caídos que dieron su vida por la Patria” y pidió que “Dios acompañe a los caídos y a los sobrevivientes”. Bendijo los arreglos florales que luego se depositarían en el memorial de la escuela y le cedió el lugar de oratoria a un Suboficial Primero que aludió a las acciones militares y patrióticas del 2 de abril. Pidió honrar por su “entrega eterna” a los

suboficiales caídos y mencionó como héroe, con nombre y apellido, a Patricio Alfredo Guanca suboficial fallecido a bordo de la corbeta ARA “Guerrico” durante la toma de Grytviken.



Ilustración 18: Fotografía de la dotación de la ESSA en la Plaza de Armas Almirante Brown durante la conmemoración de la guerra de Malvinas. Se puede observar el reloj y el mástil de la ESMA (Iribarren, 2019)

Las autoridades de la ESSA presentaron respeto, junto a los instructores veteranos, a los caídos de la Guerra de Malvinas con distintas ofrendas florales que colocaron en un pequeño cenotafio ubicado en un extremo de la plaza. Una era de la "Escuela de Suboficiales de la Armada" y la otra, de igual tamaño, estaba firmada por "Tus compañeros de batalla". En este acto la centralidad de homenajes fue hacia quienes murieron en la guerra y el espacio de memoria elegido fue aquel cenotafio. Tal como lo plantea Gillis (1994:11), “las conmemoraciones prefieren la muerte frente a los vivos”. En las palabras y en los actos, los vivos quedaron relegados a ser quienes daban testimonio sobre las acciones de los hombres que no volvieron del frente. El suboficial veterano se ubicaba en la frontera entre quienes vivieron la experiencia pero no la pueden contar y quienes no la vivieron. Por esa condición son testigos y protagonistas del hecho a recordar.

Luego de ofrendar volvieron a sus lugares para ver la retirada de la Bandera de Guerra con su respectiva escolta. El orador principal de la ceremonia dio por finalizado el

acto y los cuerpos cambiaron a la postura de descanso. Sin moverse, abandonaron la firmeza. El director y el sub director de la ESSA saludaron uno por uno a todos los veteranos con una venia militar en señal de respeto, les estrecharon la mano firmemente y les agradecieron por haber ido. Una vez que el director salió de la plaza, los presentes dejaron la formación.

A las 8:30hs el acto en la ESSA ya había finalizado y todos los que allí tenían destino, contaban con el día libre. A diferencia de los aspirantes, que debían permanecer en la escuela, todos los suboficiales gozaban de libertad para elegir qué hacer ese día. Casi la totalidad fue a sus oficinas a retirar sus pertenencias y, tal como me había indicado el trabajador del hotel, aprovecharon para irse a descansar. Yo fui una de las pocas que siguió el día en el otro acto de conmemoración, el acto central de la Base Naval Puerto Belgrano.

La ceremonia principal tuvo lugar en el Parque Centenario de la base naval, a pocos metros del ingreso al predio, facilitando el acceso libre de la población que estaba habilitada. Es un espacio verde abierto de unas tres ó cuatro hectáreas de extensión que en su interior incluye árboles que lo delimitan de otros destinos de la base y una estructura que emula una muralla con la inscripción "Base Naval Pto Belgrano" de unos 3 metros de altura con un mástil de buque en su centro con la bandera nacional siempre izada. La particularidad de este parque es que aquí se asienta el "Cenotafio de Malvinas" de la base naval.

Un cenotafio es un monumento funerario sin restos humanos a los que esté dedicado. A diferencia del construido en el patio de la ESSA ubicado en un costado y con poca visibilidad, este objeto memorial dedicado a quienes perdieron la vida en Malvinas es imponente. Es una estructura semi circular de unos 2 metros de altura escoltada por banderas nacionales. En el centro hay una estructura piramidal de unos 3 metros de altura que cuenta en su interior con el emblema de la Armada Argentina: el ancla, el sol y el gorro frigio. En su base, hay una llama que permanece encendida sin ninguna inscripción y en la punta de la pirámide se eleva la silueta de las Islas Malvinas en dorado. Sus paredes contienen pocas inscripciones: "Héroes nacionales", "A sus veteranos del Conflicto Malvinas" y "Armada Argentina". Pero las placas más significativas para quienes lo visitan son las que nombran a cada uno de los caídos.

El primer cenotafio ubicado por fuera de dependencias militares en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires se construyó en la Plaza San Martín, frente a la Torre de los Ingleses, en el corazón del barrio céntrico de Retiro. Fue en junio de 1990 cuando el entonces Presidente de la Nación, Carlos Saúl Menem inauguró el "Monumento a los

Caídos en la Guerra de Malvinas e islas del Atlántico Sur”, un muro con planchas de mármol con los nombres y apellidos de quienes perdieron la vida en la guerra. Ese lugar se convirtió en un espacio donde “todas las partes relacionadas con Malvinas pudieran conmemorar, velar y recordar la guerra y los muertos”. (Guber, 2009:194). La elección de compartir y transitar Malvinas desde el homenaje memorial a sus caídos construye un “manto de acuerdo” sobre el pasado que no genera disputas. En su estudio sobre la emancipación negra en relación al monumento de la guerra civil estadounidense, Kirk Savage (1994) da cuenta de lo que sucede cuando el pasado en cuestión forma parte de una historia convulsionada, disputada y poco estandarizada. El historiador expresa que los monumentos públicos y las conmemoraciones habilitan, en el mismo paisaje que se habita, la imposición de una memoria permanente y común al ser un “ancla del recuerdo colectivo” (Savage, 1994:130). El cenotafio de los caídos en la Base Naval Puerto Belgrano funciona de una manera similar, no por la existencia de distintas historias institucionales, sino porque logra condensar en los muertos de la guerra, toda la fuerza de unificación y de homenaje en la que todos están de acuerdo.



Ilustración 19: Fotografía del Parque Centenario de la Base Naval Puerto Belgrano con oficiales y suboficiales formándose antes del inicio del acto por la conmemoración de la guerra de Malvinas (Ohanian, 2019).



Ilustración 20: fotografía del “Cenotafio Malvinas” del Parque Centenario de la Base Naval Puerto Belgrano con ofrendas florales (Ohanian, 2019).

A la ceremonia del 2 de abril fueron invitados la “Asociación de Veteranos de la Base Naval” junto a la “Asociación Última Tripulación del ARA Belgrano” y el “Centro de Veteranos y Familiares de Caídos en Malvinas” de la ciudad de Punta Alta. Las autoridades presentes de la Armada fueron los que presidieron la ceremonia. La persona de más alto rango presente fue el Comandante de la Flota de Mar. Salvo la ESSA que ya había tenido su acto por la mañana, el resto de los oficiales y los suboficiales de los destinos de la base estaban requeridos de participar en el acto. Esto significa que la totalidad de los habitantes de la base, salvando a los que trabajan en la institución educativa, estaban en el Parque Centenario (ver ilustración 19). Era un mar de uniformes. Fueron llegando de manera más desordenada y mantuvieron una postura corporal relajada hasta que se les pidió lo contrario. Por las bandas en su uniforme, era posible entender que el orden de los presentes era jerárquico: los oficiales estaban primeros y los suboficiales después. Cada uno de ellos estaba ubicado en la posición correspondiente a su jerarquía.

Los civiles bordeábamos el parque y veíamos el acto desde más lejos, pero la sincronía y la unidad de los movimientos no necesitaba verse de cerca. Se apreciaba a la

distancia. Casi todos los presentes eran mujeres con niños y hombres mayores con sus esposas. En algunos casos eran familiares de algún militar que estaba en el acto y en otros, eran militares retirados que vivían la conmemoración institucional como la propia. El clima civil era muy distendido, con reposeras, mates y niños jugando. El día soleado ayudaba a que el clima relajado sea protagonista. Era notable la diferencia de orden y desorden entre nosotros, los civiles, y ellos, los militares.

El acto comenzó a las 11hs tal cual había sucedido en la ESSA, con el ingreso de la Bandera de Guerra y la entonación del Himno Nacional. Las palabras comenzaron a cargo del Ministro de Defensa quien envió un mensaje escrito en el cual saludó al personal militar presente y expresó que los combatientes son “patrimonio sagrado de nuestra memoria”. Duró pocos minutos y remarcó la responsabilidad institucional de recordar a quienes combatieron y “entregaron su vida” en las islas. Luego tomó la palabra el Capitán de Navío VGM Alejandro Francisco Padilla y le rindió homenaje “a aquellos hombres que participaron de esta gesta heroica”.

Elizabeth Tonkin, Maryon McDonald y Malcolm Chapman (1998) se preguntan sobre cómo se definen las instituciones en relación a su historia. Analizan cómo los límites y las fronteras de los relatos históricos son producto de una selección en el proceso de explicar y definir las cualidades propias de quienes integran la institución. Nombrar, limitar, reproducir, olvidar y clasificar la historia tiene implicancias en la vida de sus miembros. El registro y jerarquización de un evento frente a otro que se vuelve más o menos significativo es una acción de selección y diseño en el presente que convierte al pasado en algo concreto, en “lo que pasó”. El pasado es, para los autores (Tonkin, McDonald y Chapman, 1998), un tiempo construido que puede no ser el propio de quienes lo protagonizaron porque está en diálogo con consideraciones políticas, más que personales. En este caso, ambos discursos privilegiaron en sus palabras alusivas dos cualidades centrales como recursos conmemorativos que sostiene la institución. El ministro remarcó la tarea constante de recordar a quienes combatieron, por ser “patrimonio”; el oficial eligió resaltar el carácter heroico de Malvinas.

Esa memoria colectiva es compartida por gente que quizás nunca se conoció pero que está unida porque comparte una historia institucionalizada en común que depende de las acciones de conmemoración y transmisión. La acción de conmemorar unifica a quienes se relacionan de la misma manera con el pasado. Hay un esfuerzo en generar, mantener y comunicar esa particular relación con el pasado y no otra. La selección actúa sobre qué recordar pero también lo hace sobre quiénes. En las ceremonias institucionales la

objetivación de protagonistas ilumina rasgos a resaltar pero, a su vez, oscurece sujetos de quienes se desconoce su accionar (Gillis, 1994). En la Plaza Centenario se normalizaba una actitud de veneración hacia los fallecidos con una visión heroica de Malvinas, cualidad memorial que comenzó a gestarse a un año del inicio de la guerra.

La primera conmemoración de Malvinas sucedió el 2 de abril de 1983. Guber (2009:84) plantea cuatro puntos que las asociaciones civiles, los familiares de los muertos en la guerra y la gestión estatal debieron resolver para llevar adelante el acto. El primero remitía a qué conmemorar, el segundo sobre quiénes serían los protagonistas, el tercero sobre el carácter público o privado, y el último sobre el momento de la ceremonia. Siguen siendo cuestiones sin cerrar.

Las conmemoraciones pueden generar diversos efectos: distanciar o acercar un pasado, iluminar acciones u oscurecerlas, resaltar a los sujetos o anonimizarlos. No hay nada de natural en un acto de conmemoración. Ni tampoco hay nada pre establecido. Son cadenas de decisiones por sujetos en contextos sociopolíticos e históricos diferentes que eligen marcas, objetos, palabras, acciones y lugares para poner en escena una relación con el pasado. No el pasado en sí mismo, si no una manera particular de relacionarse con él.

La ceremonia en la Plaza Centenario de la base naval continuó con la colocación de ofrendas florales (ver ilustración 20) y, a diferencia del acto al cual había asistido un par de horas antes, se hizo un minuto de silencio. La Bandera de Guerra se despidió mientras se entonaban las Marchas de la Armada y la de Malvinas, nuevamente cantada con gran intensidad. Los cuerpos se relajaron y comprendí que todo había terminado. Me acerqué a un grupo de veteranos que conocía de viajes anteriores para saludarlos y nos tomamos algunas fotografías junto al cenotafio. Luego me invitaron a almorzar en la sede de su asociación que se encuentra en la misma base naval, para continuar con la conmemoración en un “modo familiar”. El Suboficial Mayor (R) VGM Miguel Arias me dijo que “hasta acá llega la institución. Así terminan los actos”. Les pregunté qué les parecían los eventos institucionales y me dijeron que Malvinas siempre fue “algo íntimo, a puertas adentro de cada familia” y que por eso no iba a notar nada emotivo tampoco en Punta Alta, del otro lado de los puestos de control. Antes de partir al almuerzo, un suboficial veterano se sumó para compartir su punto de vista sobre la conmemoración:

Tiene un valor familiar, privado. En Punta Alta se vive como un feriado cualquiera pero adentro de las casas se siente la pérdida de alguien cercano durante la guerra. Todos en sus casas están sufriendo, pero no lo mostramos porque esa fue la

indicación cuando volvimos. Y no sé, nos quedó eso. (Suboficial Mayor (R) VGM Hugo Córdoba. Abril 2019)

Miguel remarcó que la decisión de la Armada al regreso de las islas tuvo consecuencias en sus propias decisiones sobre cómo recordar la experiencia vivida. Ocultar el sufrimiento no indica no sentirlo, sino no hacerlo notorio. De alguna manera, esa decisión hizo que la posguerra experiencial, la vivida por los suboficiales, fuese íntima y no pública, “en sus casas”. Allí, en el lugar de lo íntimo, los encuentros no cuentan con actos espectaculares, ni cenotafios ni grandes alocuciones. Son situaciones informales y privadas donde no importan las representaciones autorizadas o legitimadas institucionalmente para construir historia o visiones compartidas del pasado. En esos encuentros el valor estaba en acompañarse. La producción de memorias no es solemne y no se da como objetivo, como medio o como problema sino que sucede con una energía emotiva singular entre copas de vino, asados y porciones de pizza.

6.4 El encuentro íntimo de los veteranos

Conocí a los “Veteranos de la Base” de casualidad, situación poco esperada al trabajar con una institución que aparenta tener todo organizado y regulado. En una de mis visitas a la biblioteca de la Base Naval en octubre del 2018 para trabajar con fuentes documentales, compartí mates con la encargada del lugar y conversamos sobre la vida cotidiana laboral dentro de una base y su acostumbramiento a ser civil en un mundo militar. Le consulté, con cierta timidez, si conocía militares que hubieran estado en la base durante la guerra de Malvinas y, automáticamente, me habló de “los veteranos de la base”. Sin saber a qué se refería, le respondí que había visitado a los hombres del “Centro de Veteranos de Guerra y Familiares de caídos en Malvinas” de Punta Alta que, en su gran mayoría, eran todos conscriptos y no suboficiales. Con mucho respeto, me indicó que esos “son los veteranos del otro lado de las vías” y que ella se refería “a los de acá”. Yo no sabía que existían y nadie en la base los había mencionado. Me indicó que era una agrupación integrada únicamente por militares de carrera de la Armada y que casi todos eran suboficiales. Sin saberlo, la Asociación de Veteranos estaba a menos de 150 metros del ingreso de la Escuela de Suboficiales de la Armada, espacio habitual de mis viajes a la base. Hizo unas llamadas y me organizó un encuentro para el día siguiente.

Era demasiado cerca del Hotel de Puerto Belgrano y de la escuela como para no verla. No estaba de camino y no era visualmente distinguible desde las rutas que yo tomaba

durante mis recorridos pero la cercanía geográfica era impactante. Estaba a menos de dos cuadras del puesto de ingreso de la escuela. Desde la ESSA teníamos que salir, cruzar la calle exterior, caminar una diagonal, pasar por enfrente del “edificio de comunicaciones” y, al costado de las vías, apostado en la antigua estación de tren, estaba el mástil con la bandera izada y un cartel con la indicación “Asociación Veteranos BNPB”. Al llegar, mirando la construcción desde afuera, la suboficial con quien fui me indicó que tampoco los conocía y que “eso era raro” porque ella estaba “muy al tanto” de los espacios dentro de la base por la cantidad de años que la tuvo como destino.

Ingresamos a la Asociación y en el hall de entrada no había nadie. El espacio estaba lleno de objetos, todos vinculados con Malvinas. Algunos de ellos eran cuadros de fotografías claramente distinguibles de las islas en 1982 por los uniformados y la geografía del lugar y otros eran piezas conmemorativas de la guerra. Colgados en la pared y apoyados en vitrinas había medallas de distintas provincias argentinas con la inscripción “a nuestros héroes de Malvinas”, banderines de municipios de Buenos Aires con la figura de las islas, cuadros con saludos institucionales, fotografías de siluetas de buques, de Malvinas y de suboficiales caídos junto a su biografía, notas periodísticas enmarcadas, mapas de las islas con el detalle de los combates, banderas argentinas donadas por otros centros nacionales de veteranos, platos decorativos con la insignia de algún buque y varias figuras de Cristo.

Saludamos en voz alta pero no apareció nadie. Con timidez, pasamos a la sala contigua que parecía un living de casa con sillones, cuadros y escritorio. Desde ahí, vimos el pasillo que conectaba con la cocina y apareció un hombre hablando por teléfono. Nos pidió que esperemos un segundo que “ya estaba con nosotras”, pero que había fallecido un veterano y estaba intentando organizar “los honores fúnebres”. Dijo: “aca somos todos veteranos y nos cuidamos”. Nos quedamos en el hall celeste de la entrada y aguardamos a que termine su comunicación. Yo me dediqué a ver las fotos, los carteles y las insignias que había en esa habitación. Cuando Jorge Rojas (el presidente de la asociación) terminó la comunicación telefónica, me saludó y se presentó formalmente dándome un apretón de manos: nombre, cargo con el que combatió en Malvinas y buque en el que estuvo destinado en abril de 1982. Nos invitó a la cocina (ilustración 21) para presentarnos al resto de los veteranos. Ahí estaban Pez, Ángel, Miguel y José. Todos nos saludaron con mucha amabilidad y se presentaron indicando sus rangos y especialidades ya que, al estar retirados, no eran visiblemente reconocibles. Mientras contaban quién había fallecido y

qué harían luego, compartimos la primera de una innumerable cantidad de rondas de mates.

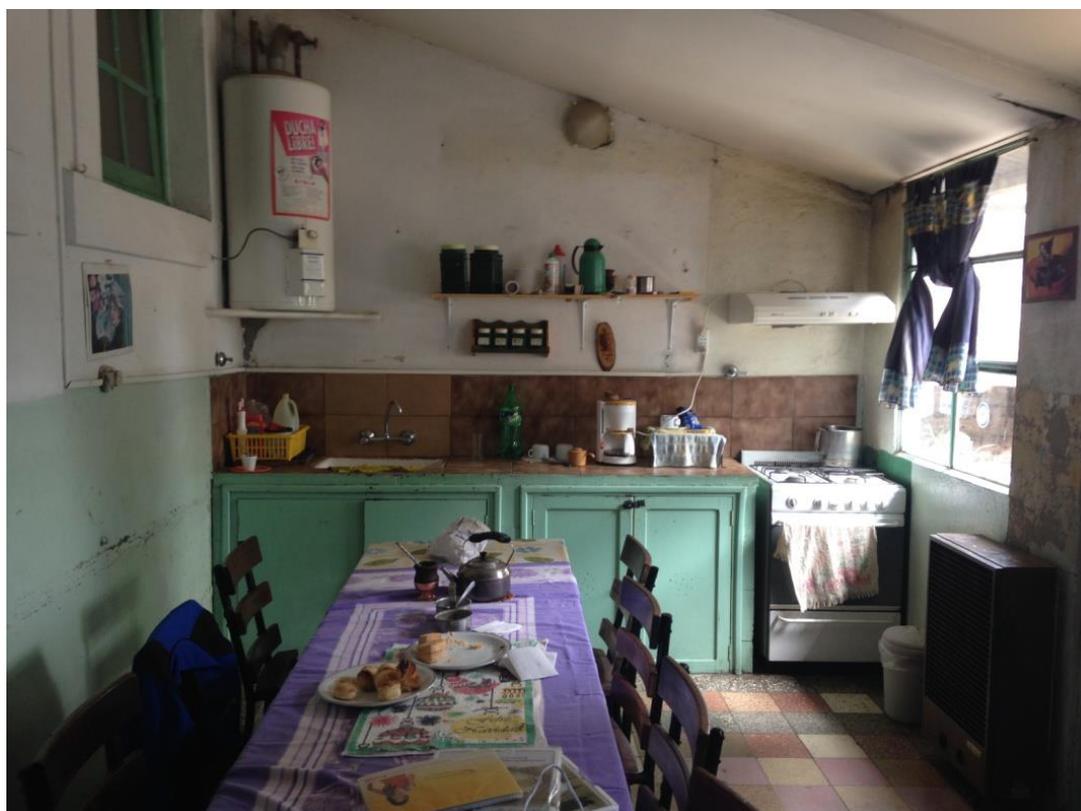


Ilustración 21: Fotografía de la cocina de la Asociación de Veteranos de la Base Naval Puerto Belgrano. (Ohanian, 2018)

La primera conversación que tuve con ellos en la cocina de la sede expliqué el motivo de mi interés en conocerlos y compartir con ellos una tarde de conversación. Repetí muchas veces que yo estaba conociendo suboficiales navales y que mi investigación anterior había sido sobre la ESMA, y sonrieron. La gran mayoría de los que allí estaban, se habían formado en la Escuela de Mecánica y comenzaron a preguntarse entre ellos sobre compañeros de promoción y sobre instructores particularmente “estrictos” de cada época. Me preguntaron cómo quería llevar adelante “la actividad” y que yo disponía del espacio para elegir cómo y qué hacer. Les comenté que no hacía falta trasladarnos a ningún lado y que, si no les molestaba, podíamos quedarnos en la cocina tomando mate para conversar sobre sus experiencias en Malvinas. Ese fue el puntapié para renovar la yerba del mate y para iniciar la ronda de historias que se prolongaría por varios días más.

Aunque no existió un criterio definido ni unificado sobre cómo contar sus experiencias, en esa ronda de mates cada uno comenzó hablando de su primer destino hasta

mencionar en qué unidad de superficie lo encontró el 2 de abril de 1982. Luego llegaban detalles de alguna actuación, no de la totalidad de su experiencia sino de una situación en particular de la cual elegían rescatar un rasgo o faceta de lo que cada uno había vivido durante aquellos 74 días de combate. Mencionaron cómo el sonido de los aviones daba miedo y pensaban en sus hijos, cómo fue creciendo la relación con los “colimbas” o conscriptos, los rezos colectivos después del hundimiento del Belgrano, las estrategias de supervivencia para afrontar las guardias en permanente rol de combate, las decisiones sobre qué hacer con los “compañeros muertos”. También resaltaron la transformación de la mochila de abandono en un objeto sagrado lleno de medias secas, chocolates y agua potable. Por esa relación construida en base a mate, charlas y asados familiares compartidos en mis viajes de campo iniciales, quise compartir con ellos en el 2019 mi primera conmemoración “malvinera” naval.

El 1° de abril del 2019, al igual que todos los días que estuve en la base naval desde que conocí la asociación, fui a visitar a los “veteranos de la base”. Yo sabía que existía una vigilia para recibir el 2 de abril, pero no lo había hablado con ellos. En la ESSA me hicieron referencia al acto que se realizaba en la sede del Centro de Veteranos de Punta Alta y también al célebre encuentro en Rio Gallegos donde el frío no impide que casi toda la población se acerque a conmemorar el 2 de abril con una ceremonia que incluye chocolate caliente compartido con miembros de las Fuerzas Armadas. Pero nadie me había mencionado la vigilia en la propia base. Cuando llegué a la sede ese 1° de abril me encontré con mucho movimiento de personas: allí estaban los veteranos y casi todas sus esposas pelando fruta, cortando pan y abriendo latas de duraznos en almíbar. Me sumé a la ronda de trabajo y estuve con ellos varias horas tomando mates y pelando manzanas.

Nos pusimos al día en situaciones de salud que algunos estaban sufriendo y conversé de cuestiones familiares con las mujeres. Estando con ellos me explicaron que esa pila de manzanas, naranjas y bananas cortadas era para hacer una ensalada de frutas para la vigilia que harían esa noche, evento en el que recibirían a casi cien personas. Uno de los veteranos me contó que hace muchos años se reúnen para esperar el 2 de abril juntos porque la “noche en soledad es dura” y que a medida que fue pasando el tiempo comenzaron a invitar a autoridades de la Armada que, como luego me enteraría, también asisten a la vigilia que se desarrolla en la otra asociación, “la de afuera”.

El encuentro comenzó a las 21hs y se realizó en el patio de la asociación donde entraban cómodamente las casi cien personas presentes. Ingresé y fui saludando a los veteranos y a sus esposas a medida que me las fui “cruzando”. La gran mayoría estaba en

la cocina, poniendo los sandwiches y las empanadas en bandejas para que llegaran a los invitados. Quise ayudar pero me insistieron en que mi lugar era afuera con las autoridades y que aprovechara para conocer gente. Acepté sus recomendaciones y conversé con el Jefe de la Base Naval con quien ya había intercambiado algún café protocolar, pero nunca un evento en el cual conversar. Al sorprenderse de mi visita, me consultó cómo conocía a los veteranos, confirmando mi percepción sobre la falta de visibilidad que este grupo tenía dentro de la Armada. Allí me presentó al capellán de la Base como “una investigadora que quiere conocer sobre Malvinas y la Armada”. No avanzamos en la conversación sobre Malvinas, sino sobre la cantidad de gente que allí había y el capellán mencionó emocionado que había un “clima de familia”. Tenía razón. Había muchos niños y niñas y, si uno se olvidaba de los pocos uniformes presentes, nada indicaba que se trataba de un evento militar. El resto no estaba con vestimenta formal, sino de shorts y camisas.

Había veteranos que no conocía y conversé con ellos. Sin demasiado protocolo, se fueron armando rondas de hombres que pude identificar como combatientes por la edad, alguna señal en su vestimenta que daba cuenta del buque donde habían combatido, de la silueta de las islas o del nombre de la asociación provincial de la cual formaban parte. Había marcas en sus remeras, gorras y alguno que otro prendedor en sus sacos. Ninguno de ellos se presentó con su nombre, pero todos agradecieron que hubiera “alguien de la universidad” investigando Malvinas con suboficiales, porque se sentían como los grandes ausentes de las narraciones históricas de la guerra. Casi todos comentaron que durante muchos años luego de regresar, no hablaron de su experiencia porque “la Armada nos mantuvo escondidos demasiado tiempo”. Ni siquiera con sus familias. Tuve oportunidad de hablar con hijos e hijas de veteranos, quienes me comentaron que nunca habían escuchado a sus padres hablar de la guerra. En uno de los encuentros, una hija me pidió participar de la entrevista para conocer el pasado de su padre y luego me comentó que había grabado todo el encuentro para poder compartirlo con su hermana, que tampoco lo había escuchado hablar de Malvinas. Los silencios sólo se rompían cuando se reunían con otro combatiente por fuera de los encuentros institucionales, con “clima de camaradería”, para “estar con otros que te entendían y que no te veían como un loco”. Casi todas las conversaciones giraron en torno a cómo y con quiénes recordaban la guerra, en contraposición a los silencios de los primeros veinte años de posguerra.

En su investigación acerca de qué hicieron los argentinos con la guerra luego de la derrota, Rosana Guber explica que en la posguerra surgió una “reacción anti-Malvinas” generada porque “los argentinos procedieron a identificar la guerra, y por ende, a

“Malvinas” con el Proceso de Reorganización Nacional, el régimen, la dictadura, y las fuerzas armadas golpistas y antipopulares del siglo XX” (2001:112). Para la sociedad civil, “Malvinas” comenzó a recorrer un camino sinuoso entre la reivindicación soberana y un pasado vergonzoso (Guber, 2001), con la consecuencia sentida por los suboficiales de la soledad y el abandono por haber sido escondidos por la Armada que, en palabras de Guber, exilió “a sus soldados al limbo del sinsentido y de un pasado que, en el dominio público, aparecía como inexistente” (2009:149). Para todos los “veteranos de la base”, los primeros años de la posguerra estuvieron cargados de una angustia solitaria que rozaba la locura. Mencionaron con dolor que cuando regresaron pasaron a ser personas problemáticas para la institución, porque requerían visitas médicas con psiquiatras, y esa revisión que quedaba marcada en la foja de servicios imposibilitando el ascenso en la carrera militar. Esos dolores permanecieron y, en algunos casos, llevaron al suicidio. La fuerza de los encuentros era combatir aquella soledad.

A las 23:30hs cantamos el Himno Nacional y la Marcha de Malvinas a capela. Mientras, se arriaba la bandera argentina. Ambos himnos se cantaron a los gritos y casi la totalidad de quienes allí estaban conocían sus estrofas. Mano al pecho y cuerpo firme de los hombres y las mujeres presentes. Salvo los niños y yo, todos tenían esa postura militar tantas veces vista en el “orden cerrado” de los miércoles en la ESSA. Para esperar las 12hs en punto, uno de los veteranos comenzó a cantar tangos y folklore a capela y muchos lo acompañaron. Los hombres presentes miraban constantemente sus celulares para revisar la hora hasta que confirmaron que ya eran las 12hs. “Ya es 2 de abril” pronunció con claridad uno de ellos. Y durante un minuto se aplaudió sin hablar y sin hacer otra cosa. Al finalizar, uno de los veteranos gritó “Viva la Patria” y le replicaron “Viva!”, secuencia que se peitió tres veces. Luego, más aplausos. El capellán tomó la palabra y dijo que los héroes estaban con Dios y que debíamos sentirnos orgullosos de ellos que entregaron su vida para defender a la Patria. Cuando finalizó sus palabras, sirvieron la ensalada de frutas.

Aproveché para consultarles qué sucedía en la conmemoración de Punta Alta. De los hombres que estaban en la ronda conmigo, sólo uno iba a ese acto porque, según los restantes, “es muy político y no estamos cómodos”. A esa celebración, “la política”, asistieron el Comandante de la Flota de Mar, una senadora provincial, el intendente de la Municipalidad de Coronel Rosales, el presidente del Centro de Veteranos de Guerra y Familiares de Caídos en Malvinas y la Banda de Música de la Base Naval Puerto Belgrano. El veterano que se retiró de la sede de la base naval para irse al acto en Punta Alta se justificó en que allí su nieta bailarían folklore. “Si todavía siguen aca, volvemos”.

El resto nos quedamos en la sede de la Asociación, tomando mates hasta las 2hs de la mañana. Los veteranos hablaban en voz baja en rondas pequeñas y pude distinguir que se comentaban algunas cosas de Malvinas. También hablaron mucho de Racing Club y su actualidad futbolera. Conmigo ninguno habló de la guerra esa noche. Lo intenté, pero noté que era un tema íntimo. Solo hablaron entre ellos. Los invitados ya se habían retirado hacía más de una hora y sólo quedaban los veteranos, sus familias y yo.

El almuerzo del 2 de abril, luego del acto institucional, fue en la sede de la Asociación. Me pidieron que fuera más temprano porque querían presentarme con otros veteranos y contarme más cosas de Malvinas “antes de que lleguen sus familias”. Así lo hice. A medida que los suboficiales retirados fueron llegando, Jorge los invitó a la sumarse a la ronda de mates diciéndoles “contale algo de tu vivencia en Malvinas”. Uno de ellos recordó con risas que se enteraron del destino de Malvinas estando ya navegando, y que el Comandante, al informar que el rumbo serían las islas, le indicó a toda la tripulación que “quien se quiera bajar, que se baje y nade. El resto, vamos a la guerra”. Al escucharlo, la mesa de veteranos estalló de risa y sumó que luego de enterarse de la noticia, surgió mucha emoción por entrar en combate, como también el miedo que generaba la misma situación. Discutieron mucho sobre qué debieron haber hecho luego del éxito de la recuperación de las islas y mencionaron la falta de coordinación entre las tres fuerzas, haciendo referencia varias veces a que “todos querían ser protagonistas pero nadie sabía qué hacer”. Uno de ellos advirtió que el problema de logística y aprovisionamiento de materiales también fue por faltas de cooperación entre el Ejército, la Fuerza Aérea y la Armada. Ángel dijo que cuando estuvo prisionero en las islas lo vio con sus propios ojos al contar que “ahí estaban los contenedores llenos de ropa, comida, abrigo. ¡De todo! Tendrían que haberlo llevado 3 meses antes. No estuvo bien armado el apoyo logístico, un desastre de coordinación”.

En esas idas y vueltas de información, se interrumpían entre ellos para hacerse preguntas sobre dónde, con quiénes y en qué fechas habían vivido esas experiencias ya que, según me explicaron el día que los conocí, entre ellos no hablaban de Malvinas. Se dio un clima de conversación donde todos estábamos involucrados en la ronda del mate y en las preguntas. Muchos se escuchaban por primera vez.

Hasta ese momento, José no había hablado y recién después de muchas tardes compartidas me contó el detalle de su sufrida experiencia a bordo de una unidad de superficie. Dijo que habían sido “abandonados por la propia fuerza” y que “la posguerra

fue peor que la guerra”⁶⁹. El clima y el contenido de la conversación cambiaron radicalmente. Lo que antes era un intercambio relajado de descripciones acompañadas de sonrisas se volvió corporalmente duro y angustiante. La guerra les había dado experiencias profesionales que los enorgullecía compartir, pero el después no se lo habían imaginado “peor que la guerra”. Sentirse “abandonados” por una institución que, tal como vimos en los capítulos anteriores, edifica sus valores en el cuidado, la reciprocidad, la familia naval y la sincronía colectiva, parecía doler más que la guerra misma. Asimismo, la relación planteada entre el pedido de asistencia y la consecuencia de frenar ascensos ponía en duda también la relación de cuidado sostenida por las autoridades ante quienes necesitaban ayuda pero los incitaba a no pedirla.

Hugo se sumó a los comentarios y, dolido, comentó que a fin de julio cuando llegaron a Rio Gallegos, fue de noche y nadie los recibió.

Yo no sentí la humillación de haber perdido la guerra hasta que volvimos, porque todos pensamos que habíamos hecho lo que teníamos que hacer. Nos descolocó. Éramos los loquitos de la guerra. Encima nos dijeron que ‘de esto no se habla’ y nosotros obedecemos, porque eso es lo que hacemos siempre. Por eso la contención de los camaradas es tan importante. Es una manera de seguir, de ir para adelante. Es recíproca. **Para no estar solos te encontrás con otros que pasaron lo mismo que vos y dejás de ser un bicho raro. ¿A dónde vamos a ir si no? Este es nuestro terreno conocido.** (Suboficial Mayor (R) VGM Hugo Córdoba, abril 2019. Mi énfasis)

Jorge preguntó

¿Dónde está lo recíproco para nosotros? ¿qué nos dieron por haber luchado? Tuvimos un desaire con los líderes, nos dejaron solos. Después de la guerra vivimos un desencanto. Pero ojo, nosotros no tenemos resentimiento. Es una frustración porque perdimos y encima después nos escondieron. Nuestras familias se enteraron de la rendición por la tele. A algunos nos vieron desfilar cuando volvíamos, pero nadie los llamó ni les informó nada sobre nosotros. La Armada no sabía qué hacer con nosotros y decidieron abandonarnos. (Suboficial Mayor (R) VGM Jorge Rojas, abril 2019. Mi énfasis)

Malvinas fue una situación que se vivió con intensidad y profesionalismo pero la indicación que los suboficiales de la Armada recibieron fue no hablarlo, dejando la guerra únicamente como experiencia para quienes estuvieron en rol de combate. Los “escondieron

⁶⁹ Para conocer más sobre cómo fue presentada la guerra por las Fuerzas Armadas los primeros meses después del conflicto, recomiendo ver Chao (2020)

y abandonaron”⁷⁰. Un suboficial que pidió retiro a fines de la década del ochenta refirió a la cantidad de gente que no quiso o no pudo seguir en la institución luego de la negación de su experiencia. Ellos abandonaron a la Armada y la Armada los abandonó a ellos.

Lo significativo es que no se refieren a la guerra como problema en sí mismo o como de causa de baja sino que sitúan a la posguerra al interior de la Armada como causa de dolor y abandono:

La guerra quedó cerrada. Vos seguías concurriendo a las formaciones. Las veces que me han tocado vivir esos 2 de abril en silencio. Y eso quedó bloqueado, no se habló nunca más. Y después fue pasando y se olvidaron de nosotros. Esos dolores han quedado en muchos de nosotros, algunos se han suicidado. Fuimos zombies que regresamos. Me acuerdo que a mí me cerraban la puerta de golpe y yo encaraba la puerta para la calle por el ruido. Mi mujer me decía que me despertaba, me miraba y me sentaba y yo no me daba cuenta. Lo hacía dormido. Y después, bueno, el acompañamiento de la familia, qué sé yo,...porque ninguno tuvo atención en ese momento. (Suboficial Mayor (R) VGM Jose Rivadeneira. Abril 2019)

Cuando comenzaron a llegar sus esposas con las ensaladas, pidieron dejar de conversar sobre Malvinas porque querían cambiar el clima del encuentro, hacerlo más “familiar” y de respeto “por lo que vivimos allá”. Antes de levantarnos de la mesa para colaborar con el fuego y la preparación del asado, Ángel me dijo que era bienvenida a seguir hablando con ellos para que “siga conociendo el lado humano de Malvinas”, porque para ellos “contar sus vivencias y anécdotas es muy bueno. Es para que no se olvide.”

George Mosse es un historiador alemán que estudió el duelo y las memorias de las guerras. Indicó que luego de la Primera Guerra Mundial, los combatientes vivieron el dolor por las pérdidas pero también un sentimiento de orgullo por “haberse sacrificado por una noble causa” (2016: 34). Algunos de ellos buscaron darle sentido a ese “horror bélico” reivindicando la gloria de su participación en la defensa de la Nación mientras que otros quisieron “olvidar aquellos años tan pronto como fuese posible”. Conceptualiza a ambas como “narrativas de la guerra” y muestra cómo la realidad misma de la experiencia de quienes combatieron se transformó en un “mito de la experiencia de guerra que hacía verla como un evento lleno de significado” para hacerla legítima y “enmascarar la cruda realidad” (Mosse, 2016: 35). Por eso, para Mosse (2016), el mito de la guerra se consolidó junto al “culto del soldado caído”. Los veteranos de la base compartieron los sentidos que ellos le encontraron al combate, en particular haciendo referencia a la posibilidad de

⁷⁰ Para conocer más sobre el regreso de los combatientes al continente y su ocultamiento, recomiendo Gamarnik, Guembe, Agostini y Flores (2019) y Rodríguez (2015)

haber vivido la experiencia profesional para la cual se prepararon en la ESMA y en todos los destinos que antecedieron Malvinas. No había una reivindicación del “sacrificio por una noble causa” como sí aparecía en los discursos institucionales, sino un deseo de compartir lo que habían vivido sin enaltecer la experiencia bélica. La narrativa sobre el pasado que abundaba en las rondas de mate era la que llamaron, “el lado humano”: anécdotas estando embarcados, situaciones de angustia por los dolores extremos que allí padecieron y, en especial, el duelo por quienes fallecieron en la guerra.

En las distintas situaciones memoriales (conmemoración en la Asociación de Veteranos, el acto en la Base Naval y el acto en la ESSA) pude ver y registrar la existencia de una elaboración del pasado íntima y otra militar e institucional. La primera se vive en las casas con las familias, en asados o pizzerías con los compañeros veteranos, y están protagonizados por los que vivieron el evento en el pasado, quienes pueden mostrarse vulnerables por el carácter reservado de la situación. Allí solo está quien lo vivió o quien fue invitado a compartir fragmentos de esa experiencia. Mientras, la conmemoración militar forma parte de una política pública y figura en un calendario ceremonial institucional o nacional (junto a otras efemérides) en las dependencias estatales, en espacios con memoriales, con oradores destacados y jerárquicos y un público con un rol de oyente y observador. Los asistentes son invitados pasivos e impersonales que pueden regresar año tras año ya que las conmemoraciones institucionales se caracterizan también por la repetición. Al no tener rasgos o matices personales o situacionales, la experiencia colectiva es cíclica.

Ambas formas de recordar el pasado cuentan con sus propias narrativas. La íntima y personalizada responde a modos informales de expresión basados en la confianza entre los interlocutores e incluyen historias de vida, anécdotas cotidianas o puntos de vista sobre alguna situación compartida. La conmemoración pública cuenta con oradores que escriben, corrigen y evalúan las declaraciones que deberían ser aprobadas por la autoridad antes de ser pronunciadas en el acto. Si refieren al pasado, sus protagonistas son anónimos. Allí la fuerza no está en la transmisión de experiencias personales, sino en relatar historias hegemónicas. El tiempo institucional “requiere límites claros para informar cómo ese pasado debe (o debiera) ser recordado” (Gillis, 1994:5). En los encuentros íntimos son los sujetos quienes construyen en cada encuentro historias con sus recuerdos llenos de emociones amplias y paradójales que incluyen el miedo, la vergüenza, el orgullo, la risa, el deseo de seguir recordando y las ganas de olvidar. Mas que transmitirse, las historias se comparten.

Cada vez que volví a la base naval, fui a tomar mates con los veteranos. Y en cada charla, fui conociendo distintas texturas de sus experiencias en la guerra, siendo suboficiales de la Armada. Ellos me ayudaron a comprender cómo pusieron de manifiesto lo aprendido en la ESMA en la única guerra moderna que protagonizó la Argentina. Y a la vez, expresaron su disposición de contar sus vivencias para que “no se olvide”, vinculándolo con decisiones institucionales sobre qué hacer con esa experiencia que, tal como el pasado dictatorial de la ESMA, pesaba y se querían sacar de encima. Como mostraré en el próximo apartado, una de esas acciones para dejar el pasado atrás era la exclusión de Malvinas de los programas curriculares de la Escuela de Suboficiales de la Armada.

6.5 Suboficiales instructores y veteranos

En uno de los recorridos que realicé junto al Director de la Escuela de Suboficiales, me acompañó al taller de máquinas y me mostró el último ejercicio que realizaron los aspirantes: el desarme, limpieza y puesta a punto de una turbina de un avión que estaba fuera de operaciones. Le pregunté, casi al pasar, si ese avión había combatido en Malvinas y me respondió con una expresión de desilusión: “Acá no enseñamos nada de Malvinas”. Ante mi sorpresa, me acompañó a la oficina del entonces Jefe de estudios de la ESSA para ver alguno de los programas de las 52 especialidades que se instruyen allí y pueda así confirmar la ausencia de Malvinas en la formalidad de los programas.

Considerando la promulgación (2006) de la Ley de Educación Nacional N° 26.206 donde en su artículo 92 indica la inclusión de contenidos curriculares comunes sobre la “causa de recuperación de nuestras Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur”, pensé que era una obviedad buscar enseñanzas sobre la guerra en los programas educativos militares. Pero cuando le consulté al Jefe de estudios sobre la existencia de la guerra como contenido curricular y bajó la mirada, agarró algunos programas que todavía estaban sobre la mesa, los hojeó y, al pasarme algunos papeles por arriba del escritorio, me confirmó que las experiencias aprendidas durante el conflicto no figuran en los contenidos. La sensación de resignación y malestar que esa ausencia le generaba era imposible de ocultar.

Sumó luego que, aunque no estaba establecida la enseñanza y evaluación de experiencias malvineras en el trayecto inicial de formación suboficial, eran los aspirantes quienes buscaban libros e información en la biblioteca para aprender sobre el tema. La fuente principal de aprendizaje no eran los textos escritos sobre la guerra, sino los aportes de los “pocos instructores que tenemos que combatieron” y que, cada vez que pueden,

cuentan en sus clases una experiencia vinculada al contenido curricular que están enseñando.

Después de unos minutos de conversación sobre los programas y los docentes, y antes de retirarme de su oficina, me sugirió que hable con ellos: “Vos tendrías que hablar con los instructores, ellos son los que enseñan experiencias”. Dejé su oficina pensando en las paradojas de estar en la Escuela de Suboficiales de la Armada en la Base Naval Puerto Belgrano (“la raíz de la Armada”) y no contar con la experiencia Malvinas como materia o como contenido curricular articulador de asignaturas históricas y técnicas. Había un recorte de ese pasado que tenía demasiado que ver con la construcción permanente de quiebres en la vida suboficial. Sin embargo, y tal como sucedía con casi todos los suboficiales formados en la ESMA que conocí en las navegaciones y en las aulas, eran los individuos quienes pujaban para sostener una continuidad temporal.

Fue el Jefe de estudios quien provocó los encuentros con suboficiales mayores que habían combatido en Malvinas y comenzó a hacer llamadas para presentarme a quienes más me enseñarían sobre sus experiencias de guerra y serían los sujetos protagonistas de este apartado. Me entregó un listado con 23 nombres de suboficiales retirados que se desempeñaban como instructores en sus especialidades. Algunos habían comenzado su vida de instructores al iniciar su retiro y otros se tomaron un tiempo de distancia con la Armada antes de renovar su vínculo institucional.

La serie de encuentros se organizó desde la oficina de relaciones públicas de la ESSA, que envió mails a los instructores con un pedido voluntario de encuentros con “una investigadora que quiere saber sobre Malvinas”. La respuesta inicial fue muy positiva: para la primera etapa de trabajo concretaríamos ocho reuniones y en la segunda etapa podríamos citar a otros diez instructores.

A los pocos días del envío del mail, yo ya contaba con una agenda de encuentros. El primero en llegar a la oficina de Relaciones Públicas fue el Suboficial Mayor (R) VGM Raúl Martínez; él había pedido ese horario porque tenía una hora libre entre materia y materia. Subimos juntos las escaleras y entramos a la biblioteca, lugar designado por la ESSA para hacer las entrevistas. Nos sentamos con mate y termo y comenzamos a dialogar. Le conté que mi interés estaba puesto en entender cómo habían vivido la guerra de Malvinas los suboficiales de la Armada y qué habían hecho luego con esa experiencia. Sonrió y me agradeció por interesarme en los suboficiales, ya que sus experiencias nunca eran consideradas como protagonistas del conflicto. Me explicó que era radarista y que la guerra lo encontró embarcado en el Destructor Santísima Trinidad, pero que antes había

estado en el Destructor Py y en el Destructor Bouchard. Mencionó que no me creyera que el adiestramiento siempre había sido como era ahora, porque antes se navegaba mucho y eso los hacía excelentes suboficiales pues su orientación requería estar embarcado el 90% del tiempo: la lectura del radar sólo toma sentido en el agua y la navegación era “lo mejor para poner en práctica lo que habíamos aprendido”. A él le habían pedido que controlara el radar desde el Santísima Trinidad hasta que la Fuerza Aérea se hiciera cargo del aeropuerto en Puerto Argentino, motivo por el cual estuvo siempre a bordo, viendo por la ventana las Islas, sin tocarlas ni pisarlas.

Le consulté sobre sus materias y su rol como instructor y noté que se sintió más cómodo. Su cuerpo se relajó. Dictaba las materias de “Cinemática” y “Táctica”, ambas “muy difíciles de aprobar pero fundamentales para leer el radar, ya que el conocimiento de los movimientos permite mirar la dinámica de los aviones con mayor calma”. Me especificó que la calma es fundamental, porque “en combate la incertidumbre te mata”. Esa calma se logra con adiestramiento y con confianza en el resto de la tripulación. Pero que para adiestrar esa situación se requiere de navegación porque la tierra no brinda la sensación de cuidado necesario para aprender a sobrellevar la incertidumbre. Sostuvo que aunque Malvinas no estaba en ningún programa, él hablaba constantemente de su experiencia, porque “los aspirantes se enganchan, siempre están atentos a lo que aprendimos en Malvinas. Ellos muchas veces te sacan del tema que estás dando para preguntarte por la Santísima Trinidad... lo bueno es que siempre algo queda en alguien.”

Para los instructores es una buena señal que los aspirantes muestren interés por las cuestiones bélicas. No tanto por una curiosidad histórica sino porque la pregunta sobre cómo “es verdaderamente la batalla” (Keegan, 2013:14) demanda la trasmisión de una experiencia personal de alguien que se formó para la guerra, la vivió y volvió. Es la guerra en primera persona y es la posibilidad de compartir con ellos cuestiones cotidianas de cuando pusieron en práctica lo que habían aprendido en las aulas, igual que les pasaba a ellos.

Héctor Daniel Atencio es Suboficial Mayor (R) VGM pero se presentó como “maquinista turbinero” por ser esa su especialidad y su relación con la Armada. Empezó una nueva ronda de mates y sin una palabra previa, sentenció que “nadie puede decir que no estábamos preparados. Tuvimos una instrucción intensa y fuerte”. A él, la guerra de Malvinas lo encontró embarcado en el Destructor Piedrabuena. Antes de conversar sobre su experiencia en el mar, Atencio me indicó que “ahora, es todo más liviano... la instrucción es más débil, porque parece que se olvidaron que primero tienen que formarse

como militares y prepararse para la guerra”. Mencionó muchas veces que lo que le enseñaron. Lo puso de manifiesto durante todo el conflicto, y por eso, era tan importante tomarse con responsabilidad los cursos de pre-embarco y el adiestramiento:

A principio del ‘81 hice el curso de pre-embarco... ahí pude aprender sobre las secciones, cubiertas, armamento, siniestros, condiciones de clausura, abandono... todo lo que hace especial a ese buque. **Las maniobras nos las pasaban los de 1° año, que tenían más tiempo moviendo el buque.** Ahí se daba la trasmisión sin importar jerarquías. (Suboficial Mayor (R) VGM Hector Daniel Atencio. Septiembre 2018, mi énfasis)

La importancia de la trasmisión fue remarcada en toda nuestra charla. Él daba la materia “Sistemas de propulsión” en el taller de electricidad, máquinas y electrónica. Aunque Malvinas no estuviera en los programas, “siempre está de alguna manera” en el aula porque con esa experiencia pueden contagiarle a los aspirantes la importancia de estar entrenados para cualquier situación de riesgo. Sin embargo no todo depende de Malvinas, porque “el aprendizaje también depende de las ganas que ellos le pongan a su adiestramiento. Cuando se enteran que soy veterano, me preguntan cosas, pero yo siempre vuelvo a las turbinas porque eso es lo importante”.

Durante la guerra puso en práctica “todo, pero todo” lo que aprendió en su formación: técnica, uniforme, armamentos, equipos, tiempos, compañerismo. La instrucción que él siempre persigue con los aspirantes es que no se olviden que se están preparando para la guerra porque, según sus observaciones, pareciera no ser el registro central de los actuales aspirantes. Elige hablar constantemente de Malvinas con los aspirantes para hacerlos “entrar en razón de que se están formando para la guerra”, aparte de compartir con ellos el saber técnico adquirido durante sus días embarcado en la guerra. Antes de irse me dijo que para él sería muy doloroso que su experiencia en la guerra se perdiese, que “no sirva para nada”.

Juan Luis Carrera, Suboficial Mayor (R) VGM, es radarista y formó parte de la escuadrilla antisubmarina de los Trackers (como el que simuló atacarnos cuando me embarqué). Hoy enseña “acústica submarina” en el centro de adiestramiento en la Base Aeronaval Comandante Espora, a menos de 30km de la Base Naval Puerto Belgrano. Allí mantuvimos una conversación llena de detalles sobre qué significa “hacer el análisis de una señal para la detección de submarinos”. Me explicó que su función sólo sirve en un Portaaviones, pero que después del hundimiento del Belgrano su escuadrilla volvió a tierra y a él lo convocaron como operador de Tracker para hacer cruces de vigilancia entre Rio

Gallegos y las Islas Malvinas. Lo que aprendió en esos viajes no se comparaba con lo que había aprendido en el aula, por lo emocionante de la acción y la responsabilidad con la que vivió las 184hs de vuelo que completó en el avión. En aquellas horas aprendió a escuchar a los buques y a identificarlos por su sonido. Juan Luis tiene consigo desde 1978 un registro sonoro de las “huellas” que cada buque deja bajo la superficie y que permite identificarlo. Ese legado lo comparte con los suboficiales que se adiestran en el simulador ubicado en Espora, donde diseña ejercicios de práctica emulando acciones realizados en Malvinas. Antes de irse, me dijo que “no es lo mismo porque no hay ni agua, ni buque”, pero que por lo menos los suboficiales pueden escuchar los mismos sonidos que él escuchó.

El último día de trabajo de campo conocí a Teodoro Tomás Ozaeta, un Suboficial Mayor (R) VGM Infante de Marina que consideraba que las Fuerzas Armadas no capitalizaron la experiencia vivida en Malvinas. Estuvo los 74 días en las islas; 54 de esos días estuvo en posición de combate. Fue como cabo segundo (18 años) y hoy es un estudioso de Malvinas. Luego de contarme su experiencia, con mucho enojo sentenció que “hay una falta de inteligencia para aprovechar las experiencias vividas por la escasa visión a futuro que se tiene a la hora de adiestrar a los aspirantes”.

Como instructor, Teodoro elige reforzar la disciplina rígida, porque “los aprendizajes prácticos se perdieron por falta de interés o por falta de profesionalismo por parte de quienes nos condujeron en la guerra”. Le pedí algún ejemplo para comprender mejor las consecuencias de la falta de disciplina (ver ilustración 22). Me pidió una hoja del cuaderno para dibujar un esquema de ataque sorpresivo que fue arruinado porque “un cabo quiso hacer caca donde quiso y no donde estaba el baño de campaña. Entonces el enemigo se dio cuenta que evitaba hacer el camino más fácil y por eso notó que estaba por ingresar en un campo minado. ¿Qué pasó después? Nos atacaron por otro lado y tuvimos que escapar.”



Ilustración 22: Dibujo sobre la “falta de disciplina” y el fallido ataque sorpresa en Malvinas. (Ozaeta, 2018)

No era casual que Teodoro remarcara la importancia de la disciplina en relación a una falta de profesionalismo. Los conocimientos técnicos y profesionales adquiridos en la formación del suboficial están vinculados con los valores de la institución donde se anuncia, en su página web, que lo que se encontrará en la carrera son “códigos de vida asociados al Honor, la Lealtad, el Espíritu de Cuerpo y de Sacrificio”. En la información sobre “por qué ingresar” a la carrera del suboficial descripta, el honor aparece asociado al espíritu de cuerpo como también lo expresa el coronel Julio Costa Paz y Roca en su manual “Mando y obediencia” editado por el Círculo Militar de las Fuerzas Armadas. Allí afirma que el “honor es el principio fundamental que alimenta al espíritu de cuerpo necesario para integrar las Fuerzas Armadas”. En su publicación también remite a la importancia de la disciplina militar en relación al honor:

La disciplina militar –llamada con propiedad el alma de los ejércitos- es obediencia a la ley, a los reglamentos, a las órdenes del mando, pero por sobre todas las cosas es un sentimiento, un estado de conciencia que obliga a cumplir espontáneamente todos los deberes que la profesión impone, sin otro estímulo que el del propio honor (Costa Paz y Roca (1999:30).

A medida que fui avanzando con mi trabajo en la BNPB, comprendí que el honor, la lealtad, la disciplina y el espíritu de cuerpo no eran simplemente cualidades deseadas por

las autoridades de la Armada Argentina (Ohanian, 2017). Eran cualidades constitutivas de lo acontecido en Malvinas en tanto experiencia bélica que habían vivido las promociones de los retirados. La actuación de los suboficiales en 1982 puso a prueba la subordinación necesaria para la guerra que había sido adiestrada, aprendida y ejercitada en las navegaciones y en las aulas de la Escuela de Mecánica de la Armada, bajo el lema “Lealtad y Eficiencia”. Ahora los instructores intentaban enseñarla en la actual Escuela de Suboficiales. Para Teodoro y otros veteranos, la disciplina y la lealtad se asentaban en una responsabilidad colectiva y el adiestramiento pensado para la guerra.

Mientras hacía mis entrevistas, la biblioteca de la ESSA estaba poblada por bastantes aspirantes trabajando en otros sectores y en las computadoras. Había gente a nuestro alrededor aunque para mí estábamos solos. Teodoro levantó la vista y dijo: “te voy a dar un ejemplo”. Llamó a un aspirante y le pidió que se presentase. El joven dio apellido y cargo. Le dijo que no se preocupara, que sólo quería marcar un punto en la conversación que tenía que ver con la falta de aprendizaje basado en Malvinas. Bajo el uniforme militar se usa una remera blanca que durante la guerra la usaban al revés porque la costura a nivel de los hombros raspaba con el equipo y las largas caminatas. Lo mismo sucedía con las medias. Le preguntó al aspirante si lo sabía y le respondió que no. Teodoro me dijo que para una guerra hay que prepararse todos los días, haciendo cotidiano “eso” que te va a salvar de problemas durante una situación bélica. Las lastimaduras y el aprendizaje de cómo evitarlas formaban parte de esa experiencia de la guerra que no había sido incorporada.

Cuando conocí a los Suboficiales Mayores (R) VGM Carlos Alberto Spinelli y Horacio Tejada tuvimos un clima muy distendido de conversación en la Biblioteca de la ESSA. Les consulté sobre su experiencia como instructores, en especial sobre cómo vivían esa relación con los aspirantes y si, con la cercanía del 2 de abril, el ánimo de la clase se modificaba. Ambos hicieron referencia a lo importante que les resultaba compartir sus experiencias con los aspirantes, era una forma de “hacer algo” con lo que ellos habían vivido y que, cada vez que se acercaba el 2 de mayo, el recuerdo de sus compañeros de tripulación del Belgrano alimentaba el sentimiento de responsabilidad de hablar de ellos. Esto obedecía a su rol como instructores ya que, durante toda la conversación, evidenciaron, como casi todos los suboficiales veteranos con quienes me relacioné, que el adiestramiento había sido fundamental para “hacer lo que había que hacer” y para que el miedo no los paralizara. Lo que destacaron de sus vivencias fueron experiencias de maniobras, decisiones, jerarquía, cómo se hace una guardia en rol de combate,

adiestramiento. Spinelli indicó que, cuando se acerca el 2 de Mayo y las preguntas de los aspirantes se multiplican, ellos intentan “retransmitir todo a los chicos que entran ahora para que puedan aprender algo y no se queden con la tragedia, en especial sobre el rol de abandono, que para nosotros fue lo que nos salvó la vida”. En relación a esa situación, ambos remarcaron que la preparación por hundimiento se mejoró mucho en estos años porque se tomó la experiencia del Belgrano. No sólo la práctica de cómo organizar corporalmente el abandono, sino también en cuestiones materiales: la bolsa de salvamento se estandarizó y se enseña y evalúa qué deben llevar consigo.

Luis Carballo, Suboficial Mayor (R) VGM actual instructor de electricidad, también hizo referencia a los cambios materiales como consecuencia de lo aprendido en Malvinas: “Tuvimos que reparar partes de un avión usando Poxipol. ¿Qué tiene que tener nuestra valija para estos casos? Porque las herramientas y los recursos en paz son muy distintos a la urgencia de la guerra”. La experiencia de guerra, según me explicaron los suboficiales veteranos instructores, es lo que potencia el manual. Es ese aprendizaje de cómo aplicar lo teórico en un escenario de guerra real con enemigos, combates, clima adverso y la puesta en práctica de un adiestramiento. Lo que aparecía también era la insistencia de que las actuales generaciones no tienen experiencia ni de guerra, ni de navegación. Tampoco reciben institucionalmente la transmisión de las vivencias de quienes sí navegaron asiduamente y lo hicieron en circunstancias de guerra.

Esa relación de instructor desde la experiencia los diferencia de la forma y el trato del resto de los docentes sean civiles o militares, ante los aspirantes. Justamente, porque tal como lo explicaron Spinelli y Tejada, vivieron la guerra y conocen cómo es. Cuando les pedí que me describieran esa cualidad que los distingue, Tejada explicó que siente que se involucran más con los jóvenes, porque pueden hablar de la vida que les tocará en el futuro y de cómo nunca deben dejar de pensar en la guerra como escenario posible.

Bueno, esa es la vida que hace uno acá en la escuela siendo instructor, tratar de volcarle toda la experiencia que uno tuvo. Más conociendo que uno ha estado del lado de los bancos también, ¿no?, mirando al que hablaba que aunque decía cosas parecidas a las nuestras nunca había estado en guerra. (Suboficial Mayor (R) VGM Horacio Tejada. Mayo 2018)

El rol de la enseñanza técnica, dependiendo de cada especialidad, apareció en mi trabajo de campo como un resguardo donde los actuales instructores (combatientes) generan puentes de transmisión con los nuevos aspirantes. Y aunque en sus clases abunda

la dimensión técnica, los saberes que más se preocupan en transmitir están relacionados con el adiestramiento serio, la calma, la templanza, la camaradería y la disciplina rigurosa. Al no contar con currículas diseñadas para transmitir estos conocimientos basados en experiencias vividas durante el conflicto, los suboficiales veteranos dejaron entrever la responsabilidad que sienten de dejar sus saberes a las nuevas generaciones de cabos y suboficiales, quienes esperan que estén preparados para afrontar distintas situaciones de riesgo.

La experiencia de guerra, según explicaron los suboficiales veteranos instructores, es lo que potencia el manual y el aprendizaje técnico en el aula. Prepararse para la guerra es parte del proceso de formación suboficial. Es ese aprendizaje de cómo aplicar lo teórico en un escenario de guerra real con enemigos, combates, clima adverso y la puesta en práctica de un adiestramiento. Lo que aparecía también era la insistencia de que las actuales generaciones no tienen experiencia: no tienen experiencia de guerra, de navegación y tampoco reciben institucionalmente, la transmisión de las vivencias de quienes sí navegaron y lo hicieron en guerra

Aunque la guerra de Malvinas en general y la experiencia suboficial en particular no figuraban en los programas de las materias técnicas y militares, de alguna manera “estaban ahí” gracias a los instructores que compartían sus experiencias humanas y profesionales con los aspirantes a los que estaban formando. La inclusión no formal de los saberes aprendidos en la campaña genera una ruptura de transmisión entre generaciones formadas en la ESMA y las actuales en formación en la ESSA, pero son los mismos suboficiales veteranos preocupados porque “algo quede en alguien”, quienes desarrollan estrategias para hacer de su experiencia bélica una “planchada” de continuidad con el linaje suboficial.

6.6. Recapitulación - “Hicimos lo que técnicamente nos preparamos para hacer”

Este capítulo lo inicié con una descripción de la guerra de Malvinas en la cual, durante los 74 días que duró el conflicto bélico, perdieron la vida 649 hombres argentinos. El mayor porcentaje (57,5%) lo sufrió la Armada con 375 hombres de los cuales 323 eran tripulantes del Crucero ARA General Belgrano. El cargo con mayor cantidad de fallecidos (61%) en dicha fuerza fue la suboficialidad (230); en el Ejército la mayoría de los combatientes caídos (72%) eran conscriptos (140), mientras que en la Fuerza Aérea el 65%

eran oficiales (36). Sin embargo, a pesar de ser el cargo de la Armada con más muertes, el espacio de los suboficiales en los estudios sociales y militares sobre la guerra está por demás inadvertido o se subordina a los análisis sobre los oficiales y sobre el nivel táctico y estratégico de los hombres de mar. Salvo algunos textos autobiográficos (Lamas, 2022; Ni Coló, 2008) y mi propio análisis (Ohanian, 2022) no hay estudios pormenorizados que den cuenta de sus vivencias según el perfil propio de los suboficiales formados en la ESMA. Para quienes nunca estuvimos en una guerra naval ni nos adiestramos para ella, en las primeras secciones propuse una manera de vislumbrar los rostros de la batalla (Keegan, 2013:80) de los suboficiales que participaron en el conflicto del Atlántico Sur que, durante 74 días inolvidables de 1982, lo vivieron combatiendo en el mar.

Cómo se recuerdan, transmiten y comparten esas experiencias de guerra fue trabajado luego al analizar los eventos conmemorativos del 1° y el 2° de abril. Fue recién en 2019 cuando asistí por primera vez a un acto por la conmemoración de la guerra de Malvinas conocido como “Día del Veterano y los Caídos en la Guerra de Malvinas”. Pero ese día no asistí a un acto sino a tres: la vigilia del 1° de abril a la noche, el acto de conmemoración en la Escuela de Suboficiales de la Armada y el desarrollado más tarde ese mismo día en la Plaza Centenario de la Base Naval Puerto Belgrano. Y en cada uno de ellos, la producción del pasado generó narrativas muy diferentes entre sí.

Existe en los suboficiales veteranos de la Armada (y en la institución propiamente dicha) el reconocimiento de la existencia de un pasado percibido como conflictivo que se dirime entre esfuerzos por sostenerlo o por dejarlo ir. Pero el pasado no es ambiguo o conflictivo per sé, sino que está conformado por una multiplicidad de relatos que hacen parecer que existe un tiempo coherente institucional donde sucedió “lo que sucedió” junto a otros recuerdos que desentonan con esa historia y convierten a la relación entre ambos, en una cuestión ambigua. En realidad es múltiple y mantiene su coherencia dependiendo de la subjetividad de quien la narre, sea ésta institucional o íntima. La conmemoración de un tiempo pasado es el producto de eventos, sucesos, experiencias y de procesos de selección, delimitación y valoración de recuerdos, de hechos y de sujetos. Y esa clasificación tiene consecuencias en la vida de los miembros de la institución y en sus formas de percibir y concebir ese pasado en particular.

En relación a la transmisión como experiencia educativa, la institución delega la enseñanza de las experiencias suboficiales en los veteranos que combatieron y no en la formalidad de los programas. La transmisión de la experiencia suboficial recae en los sujetos que allí combatieron quienes comparten el deseo de que “algo quede en alguien” y

que sus vivencias de combate no desaparezcan. Su rol en la constitución de un legado es fundamental. Pero la ausencia de institucionalización y de formalización de dichas experiencias en los programas, sean estos técnicos o históricos, pone en peligro la capitalización de los saberes adquiridos durante los 74 días del conflicto. Esto es así, ya que cuando la ESSA deje de contar con instructores veteranos de Malvinas, en las aulas ya no se compartirán saberes para que los aspirantes conozcan la única experiencia de guerra moderna con la que cuenta la Armada

Los suboficiales lo señalaron destacando el rol significativo de aprender sobre el riesgo cuyo impacto se vislumbra en cuestiones que parecieran tan mundanas como de qué lado vestir una remera o una media. “Volver a las turbinas” es jerarquizar el aprendizaje de lo técnico más que en relatos históricos sobre la guerra justamente, porque cumplieron su rol con las turbinas, los motores, los sensores, los sonares y las máquinas en los buques, submarinos y aviones.

El deseo de los suboficiales veteranos de que su vivencia en Malvinas se convierta en parte del legado técnico, social, vital y educativo estuvo presente en cada encuentro. Esa experiencia bélica, para quienes integran las aulas de la escuela, se transformaba en una responsabilidad. Sus saberes fueron puestos a prueba y esto es lo que resaltaron todos los veteranos a la hora de darle un valor a su rol en las aulas como instructores.

La vivencia del tiempo pasado se vuelve distanciada para la institución pero íntima y cercana para quienes combatieron. El tiempo, sea éste presente, pasado o futuro, es un proceso continuo que se está poniendo en juego en cada interacción de la vida cotidiana. Aunque parece una cuestión que dirime cuestiones del pasado, en este capítulo mostré que la negación de narrativas sobre las experiencias suboficiales en el presente fomenta la desvinculación, mirando hacia al futuro, con los antepasados suboficiales. Es una distancia contruida con aquél linaje formado en la ESMA, donde, como dijo Atencio, aprendieron técnicamente todo lo que hicieron embarcados en los distintos buques de la Flota de Mar. Fueron ellos quienes tuvieron la oportunidad de ejercer su profesión en la única guerra que Argentina disputó en la modernidad. Y esta fue en el mar.

CONCLUSIONES. ANCLADOS

En noviembre del 2019 el equipo que yo integraba realizó una presentación colectiva ante oficiales superiores de la Armada sobre la investigación “Mar de Guerra”. En el auditorio de la Escuela de Oficiales de la Armada (ESOA) de Puerto Belgrano, cada uno de nosotros expuso la línea principal de su investigación todavía en curso. El encuentro culminó con las preguntas y reflexiones de los oficiales superiores presentes: capitanes de fragata, capitanes de navío, comodoros de marina y algunos almirantes. Había pasado un rato de intervenciones cuando el Contraalmirante Fabián Gerardo D’Angelo, jefe del Comando de Alistamiento y Adiestramiento Naval (COAAN), es decir, el “dueño” de los medios bélicos de todas las armas navales, tomó el micrófono. Fue para recordar que años atrás había participado de la “mesa chica” que decidió, a pedido del Poder Ejecutivo Nacional, el cambio de nombre de Escuela de Mecánica de la Armada por Escuela de Suboficiales de la Armada. Con un gesto reflexivo dijo: “quizás lo hicimos demasiado rápido, sin pensar mucho en las consecuencias que la nueva población de aspirantes sufriría por el corte”. Con ese comentario y una valentía autocrítica poco usual, D’Angelo iluminaba varios problemas: que la decisión había sido inminente, que la habían tomado los altos oficiales y que, aunque no se supiera entonces, afectaría a sus principales interesados, los aspirantes a suboficiales navales. El cambio de nombre conllevaba una relocalización, pero sobre todo un cambio de tiempo que debía ser decisivo, terminante y veloz.

Fue la conducción militar de la Armada, junto al poder político, quienes decidieron dar vuelta la página y empezar de nuevo. Pero esta decisión tuvo un impacto inesperado y muy distinto a las otras escuelas de formación militar y demás espacios utilizados como “Centros clandestinos de detención, tortura y exterminio”. El Ejército y la Fuerza Aérea también sufrieron modificaciones en sus programas de estudio, pero la ESMA de la Armada fue la única que, además, atravesó un desplazamiento geográfico y un cambio de denominación. En su nuevo destino recibió un castigo ejemplar y combinado: la negación de su pasado; la alteración de programas de estudio para convertir al “militar” en “ciudadano”, y un cambio de denominación y ubicación, además de una mengua en su presupuesto y en sus ejercicios, como le ocurrió a todas las Fuerzas. En esta tesis traté de mostrar que en la refundación de la ESMA, el “pasado reciente” argentino se convirtió en

el presente de los suboficiales, un presente que los retrotrae una y otra vez a ese pasado, restándoles contemporaneidad. El objetivo de esta tesis fue mostrar cómo esto sucedió.

Después de casi tres años como Subsecretaria de Formación en el Ministerio de Defensa, Sabina Frederic dejó su cargo como funcionaria y regresó a su función como investigadora científica en el CONICET. Para elaborar ese pasaje y los aprendizajes realizados en la función pública escribió un volumen sobre las políticas en cuyo diseño había participado. El libro se titula *Las trampas del pasado*. En el texto señalaba una limitación de aquellas medidas, porque “el sentido adquirido por la democratización de las Fuerzas Armadas ha significado también su parálisis operativa” (2013:417). Dicha parálisis producía un desmantelamiento que imposibilitó cumplir con las exigencias institucionales que a los militares se les requiere: estar listos para la guerra. Esto, sin embargo, tenía su justificación, ya que la motivación prioritaria del proceso de democratización de las Fuerzas Armadas había sido “impedir cualquier atisbo de intervención política-militar del estado, debilitando la institución junto con sus integrantes” (2013:417). La refundación democrática, entonces, no buscaba modernizar a la institución; buscaba, más bien, debilitarlas para, como fin último, evitar eventuales golpes de Estado.

Los suboficiales que conocí en estos años de investigación evidenciaban este problema al esgrimir que, para la gestión política, su función, su rol, su presente y su realidad eran incógnitas que no interesaba resolver. Percibían ese desinterés en la incapacidad operativa generada por la falta de presupuesto para reparar los buques fuera de funcionamiento y para pagar el combustible necesario para navegar. El mundo naval militar había sido alejado de su ambiente natural, el mar. Esta investigación mostró que ese alejamiento, junto a la desactivación política de las Fuerzas Armadas, entendidas ahora como “democráticas”, quitaron a la ESMA como cuna de un linaje técnico, naval y militar y, por lo tanto, eliminaron el sentido de continuidad temporal que los integrantes de ese linaje tienen de sí mismos, es decir, la identidad naval militar de los suboficiales de la Armada Argentina. Esto se hizo con el argumento de que, sólo así, los nuevos suboficiales dejarían de cargar la “pesada mochila ensangrentada” de los setentas, la mochila llamada “ESMA”. De este modo, la Escuela toda, desde su creación más que centenaria, se convirtió en sinónimo de padecimientos y muerte en el ejercicio clandestino del absoluto y total poder del Estado sobre la vida de las personas. Gran parte de las Ciencias Sociales y las Humanidades hicieron sus aportes para dar sustento a esta captura del pasado. Un libro de reciente aparición (Franco y Feld, 2022) lleva por título *ESMA* y en su contenido

identifica el nombre de la Escuela con los horrores sucedidos en su Casino de Oficiales entre 1976 y 1983, mientras que en el resto del predio y en un contexto histórico mucho más amplio, sus aspirantes efectuaban sus aprendizajes sobre circuitos eléctricos, motores y turbinas, sistemas de alarma y control de incendios.

La decisión política fue, entonces, cambiar el nombre de la Escuela, cambiar su emplazamiento y su paisaje cotidiano, eliminar sus logos y silenciar sus logros. Así nació la ESSA de Puerto Belgrano. Las autoridades civiles y militares de la Fuerza llevaron adelante el “renacimiento” de la institución formadora de suboficiales, mientras reducían la “ESMA” a la “ESMA de los setenta”. Claro que para la refundación no basta con enunciar estos cambios. Es además necesaria la presencia de formadores que sepan operar sonares, reparar motores, timonear buques, preservar los sistemas hidráulicos de un cañón y ejecutar un control instantáneo en plena navegación para sofocar cualquier tipo de avería. Y esos formadores se habían formado en los pabellones de la ESMA antes, durante y después del abominable “pasado reciente”. Más aún: eran expertos que habían tripulado la Flota de Mar, la Aviación Naval, los submarinos, el buque hospital ARA Bahía Paraíso y hasta las balsas del ARA Crucero General Belgrano en 1982. Fue al compás de las medidas políticas que connotaban al antepasado de la ESSA con lo abominable, que nació el “militar hiperreal”.

La antropóloga brasileña Alcida Rita Ramos (1992:8, mi traducción) explicó que es habitual la construcción de sujetos puros como consecuencia de la idealización de un grupo social en la literatura académica, a lo que ella llama “el indio hiperreal”. En su análisis describe que el “indio hiperreal” se encuentra cada vez más lejos de la heterogeneidad de experiencias de los sujetos sociales, mientras se acerca a la construcción de un modelo analítico que termina reemplazando a la experiencia de la gente indígena. La tarea de la etnografía pone en contacto directo al investigador con el sujeto real y concreto, y posibilita desarmar un modelo de idealización positiva o negativa donde las personas aparecen congeladas en un anacronismo carente de texturas, ambigüedades y tensiones propias de los procesos políticos y sociales. En el caso que nos ocupa, el “militar no democrático” reduce al militar y congela y anula las experiencias de cualquier otro tipo de miembro de las Fuerzas Armadas por fuera de esa idealización y da nacimiento a un “militar hiperreal” que no puede salir de la imposición temporal estatal anclada en el período dictatorial.

Mi investigación abordó esta idealización que sólo existe en el imaginario social, académico y estatal, sin presente ni pasado ni horizontes propios de sus verdaderos

protagonistas. Es que la creación de este sujeto ideal tiene en ellos consecuencias de distinto orden porque implica decisiones que se vuelven anacrónicas o extemporáneas. Así, la modificación de los programas educativos y la clausura de los horizontes de expectativas de mar tienen como último interlocutor a los aspirantes de la ESSA que integrarán, supuestamente, ese “militar hiperreal”. O al menos corren serios riesgos de integrarlo. Si las modificaciones educativas institucionales sirven para crear un militar en democracia entendido como “ciudadano, funcionario y profesional” (Frederic, 2013), es porque el objetivo es convertir un suboficial naval militar en un “ciudadano militar” (Badaró, 2013), a salvo de su tradicional sesgo dictatorial.

Esta investigación muestra que esta pretendida transformación se llevó a cabo con una operación que se concentró, precisamente, en el tiempo. Al asimilar el “pasado reciente” de la ESMA a “todo el pasado de la ESMA”, y al homologar (todo) ese pasado al “horror”, la institución formativa de suboficiales fue radicalmente exotizada en un tiempo vergonzante, causa de la necesidad imperiosa de cambiar su identidad. Ubicar a la institución y a sus miembros -alumnos e instructores- en un tiempo (cada vez más) distante y exótico tiene como resultado la creación de una alteridad radical (Fabian, 2014). Y si el tiempo de una Nación, y supuestamente de su Estado (ahora democrático), es o debiera ser un tiempo histórico común y compartido, desterrar de este tiempo a los aspirantes y a los suboficiales que se formaron allí significa desterrarlos de la Nación, pero sobre todo de nuestra contemporaneidad, es decir, de la contemporaneidad del régimen democrático.

Esta privación como ejercicio de poder que todo manejo de la temporalidad conlleva (Rutz, 1992) es habitual en los cambios de época, en los giros políticos y religiosos de la historia, especialmente en las transiciones de períodos traumáticos, como muestra la literatura sobre el final de la Segunda Guerra Mundial y los cambios acaecidos desde 1989 en el Este Europeo (Verdery 1992). En todos estos casos, muestran sus analistas, el final de un tiempo y la inauguración de otro que se enfrenta a una seria limitación: la presencia inexorable de formas sociales y políticas que vienen del pasado. Tanto los militares como los diseñadores de las políticas públicas que impulsaron la reforma del sistema educativo naval tienen sus raíces en los conflictos del período pre-democrático. Esta investigación se concentró sólo en el sector militar y por eso estas conclusiones y los capítulos precedentes se concentran en situaciones sociales formativas de los suboficiales navales.

En este mundo naval, y pese a su pretendida refundación, hay otro factor que limita seriamente la efectividad “del corte” o la ruptura con el pasado, y es que, en la navegación,

el viejo tiempo suboficial debe seguir funcionando porque son “los antiguos” los encargados de imponer el ritmo en cada guardia, cada ejercicio, cada rol a cubrir. La técnica está entretejida con lo castrense y con el pasado como un saber hacer que se filtra por los intersticios de lo total y presuntamente nuevo. Hoy como ayer, al buque hay que moverlo, orientarlo, equilibrarlo y devolverlo a la base naval. El intercambio generacional de experiencias, es decir, de saberes generados y probados en el pasado, es más atractivo y por eso tiene más fuerza que la ruptura. Son los suboficiales formados en la ESMA quienes mantienen viva la temporalidad que las políticas públicas intentan reiniciar y erradicar, porque son los expertos en procedimientos, en técnicas y sobre todo en experiencia. Necesitan la temporalidad continua con aquel pasado para hacer posible la presencia militar del hombre en el mar.

El tiempo puede ser la percepción de eventos, pero no se limita al relato o la narración de cómo algo aconteció. Hablar de temporalidad no es sólo referirse al tiempo pasado. Para esta investigación, el desafío de su comprensión fue dar cuenta de cómo la gente vive “en un tiempo” al que crea y experimenta a la vez (Munn, 1992:100). En la actualidad suboficial coexisten dos tiempos: el aprendido y adiestrado por los “antiguos” que se formaron en la ESMA con el mar como rector de la vida social; y el tiempo de los “modernos” formados en la ESSA, que desconocen a sus antepasados y cuentan con más “tiempo de servicio” en la tierra que en el mar. El primero cuenta con características propias del *métier* naval militar, mientras que el segundo presenta cualidades orientadas a la vida civil y administrativa de tierra. Para los aspirantes y los suboficiales que anhelan “entregarse al buque”, la aplicación de un tiempo civil por parte del Estado resulta confusa y desconcertante porque los ancla en un tiempo ajeno. Los jóvenes sólo conocen el nuevo tiempo, aunque sus instructores, formados en la ESMA, hagan lo posible por sostener una continuidad a través de acciones y estrategias concretas donde el tiempo militar y marítimo logre sobrevivir y permanecer por sobre el terrestre y oficinesco.

Ahora bien. Los suboficiales “civilizados” son, sin quererlo, una contraposición a la vida militar anterior porque llevan consigo, sin saberlo, al militar que se intenta borrar. Aunque desconocen la historia, cargan una “mochila” repleta de pasado que los condiciona y no les permite decidir sobre su pertenencia. Por eso siguen anclados a una historia que la institución y el poder político han instruido ignorar. Viven una falta de registro de su propia historicidad. Así, experimentan el mandato de ser sin historia, pese a contar con una trayectoria centenaria. Son identidades desarraigadas. La obturación de un “pasado reciente” sobre el presente provoca, entonces, generaciones de jóvenes suboficiales, que

carecen de linajes y raíces, con escasa adhesión a su nueva Escuela. Ese recorte temporal se refuerza con la ausencia de mar. Y a pesar de que los suboficiales de la ESSA no la conozcan, la Escuela de Mecánica de la Armada sigue siendo su antepasado, modela su tiempo militar y una identidad que, cada vez más míticamente, se nutre del mar.

Tal como vimos en los capítulos de esta tesis, existe una relación constitutiva del ambiente marítimo con la comunidad naval. La distancia que hoy experimentan los jóvenes suboficiales con el buque y con el mar tiene consecuencias profundas en su formación, en las bases navales que habitan, en las dependencias militares donde aprenden y en los buques a los que ya (casi) no abordan. Esto se debe, justamente, a que el sentido del tiempo se hace y se vive de manera constante. Los suboficiales son una comunidad con un ritmo colectivo propio que se prepara para la guerra en el mar. En esto se distinguen de otros militares y de otros navegantes. Los cuatro días que compartí con la tripulación de la ARA La Argentina en el Mar Argentino fueron mi llave para poner en sentido todo el trabajo que venía haciendo, y para concluir que la falta de navegación guardaba alguna relación con la refundación de la formación de los suboficiales, ahora ya en clave temporal, no sólo presupuestaria. El buque fue mi aldea, y como la aldea melanesia de Omarakana en la que residió el fundador de la antropología moderna, Bronislaw Malinowski entre 1914 y 1918, todos los aspectos de la vida social y cultural se relacionan y pueden visualizarse. Él lo analizó a través del intercambio ceremonial llamado Kula al que dedicó, hace un siglo, su primer texto etnográfico. Para mí esas relaciones eran experienciales y se vivían en el mar.

Tengo olor a buque. Es una mezcla de gasoil y grasa, mezclado con fritura y un no sé qué. Hoy a las 11 de la mañana desembarqué del Buque de Guerra La Argentina después de 4 días de navegación por aguas abiertas en el Mar Argentino. Cuando llegué al hotel noté que caminaba en diagonal y que pisaba más fuerte que lo común. También me molesta un poco la luz y me es raro levantar la vista y no ver mar, cielo o algún pedazo de buque. Acabo de hablar con Rosana y lo primero que se me ocurrió decirle es que viví una revolución. No pude explicarle mucho el por qué, pero ante su indicación de “describí lo que viviste”, me vine al bar del hotel sin pasar por la habitación a bañarme. ¿Por qué dije que es una revolución? En dos sentidos: por la forma de entender a los suboficiales de la Armada y por el extrañamiento de mi propia vida cotidiana desde los dos ejes que la ordenan: tiempo y espacio. No saber dónde estaba y no tener idea de qué momento del día era (salvo por los ejercicios o por la cercanía al almuerzo o a la cena) me generó una revolución: perdí el control de mi aquí y ahora. Pero ese control no lo perdí únicamente yo. Lo perdimos todos los que estábamos embarcados ya que la decisión de a dónde y cuándo la toma el Comandante (Marzo 2019).

El buque es el protagonista, el ámbito y el objetivo de las relaciones sociales que lo hacen operativo porque contiene, aloja, ordena y le da vitalidad al quehacer naval y particularmente a su segmento imprescindible, los suboficiales. Por cada navegante hay una forma de sentir y de vivir esa relación. Los suboficiales me enseñaron que un buque es una isla, un aula, una ciudad, una cárcel, una familia, una vida, un destino, una unidad de guerra, un gasto, una pila de pólvora y electricidad, un sistema de armas, una bomba de tiempo, un pedazo de la Argentina, un arma, una belleza mecánica y tecnológica, un cuerpo con cabeza y corazón, una mujer, una casa, un mundo, un héroe de Malvinas, un lugar al que no se quiere volver y que no se quiere abandonar. Cada una de estas nociones incluye, para quién la menciona, una explicación del universo naval, y confirma en el apasionamiento con que se dice, que la Armada es una familia naval bélica que tiene su lugar y su tiempo en el mar.

Quien pasa de la tierra al mar requiere de diversas asistencias físicas, técnicas, sensoriales, sociales y lingüísticas. Los novatos (faltos de mar) se apoyan en distintos tipos de traductores, los “hombres de mar”, para interpretar sonidos y olores, como se sostienen en barandas para caminar sin perder el equilibrio, y en los compañeros de rango para saber en qué “trozo” del buque están. Allí se vive una temporalidad específica impuesta por las guardias, los trozos, la diana, los roles de descanso, de abandono o de combate. La producción de una aceleración del tiempo se vive en el mar porque la necesidad es siempre inminente. Estar embarcado impone una armonía en la cual la jerarquía ordena y la responsabilidad asegura una reciprocidad inmediata que hace que el cuidado sea colectivo. “Hacer lo que hay que hacer” o el buque no se moverá, los motores no arrancarán, la falta de electricidad impedirá la circulación del agua y los sensores no detectarán la amenaza. Fue en la ESMA donde los aspirantes aprendieron el tiempo naval militar que alguna vez les permitió combatir y sobrevivir en el mar.

Las navegaciones son un momento clave de trasmisión de la experiencia porque la práctica así lo requiere. El “más antiguo” le enseña al “más moderno” cómo convertir su conocimiento técnico en una habilidad. No es solamente la aplicación de un saber; es la transformación sensorial y vincular de lo que se aprendió en tierra. Para navegar y “no pincharse” se necesita de la experiencia de otros que ya lo vivieron y saben cómo superarlo. La formación militar para la guerra naval no es mera repetición o, en el caso de los suboficiales, pura subordinación. El adiestramiento constante demanda la creación de un colectivo que entienda por qué se hace lo que hace, para que al momento de recibir un “torpedazo”, el destino sea de vida y no de muerte. En un buque “nadie se salva solo”. Por

eso el orden naval subsiste en el mar; la lógica propia del buque lo demanda y el suboficial es parte fundamental de ese engranaje. El suboficial es un constante productor de saber social y operativo, no un mero ejecutor. Reducir su destreza al conocimiento de un oficio, y su posición en el Estado al de burocracia subalterna, le quita especificidad bélica y particularmente naval.

La refundación naval que se buscó imponer con la “democratización de las Fuerzas Armadas” aplicó un nuevo orden temporal en la vida de los suboficiales donde se privilegia la formación de suboficiales técnicos sin priorizar lo militar. Ello hizo de la vida militar en el mar una cuestión sin valor, y alejó a los aspirantes y jóvenes cabos segundo del orden social que se requiere aprender para cruzar la planchada. Durante mi trabajo de campo, la navegación no aparecía en la vida cotidiana. Rara vez busqué a alguien de quien me dijera: -Está embarcado. Las campañas o “etapas de mar” no figuraban en los calendarios familiares. El mar ya no estaba en la agenda naval, y tampoco en el tiempo de espera de quien regresa de una navegación. El regreso perdió densidad porque ya no se zarpa. Y si el marino se define por estar embarcado, por una vida signada por la ausencia que requiere habitar el mar, en el pasado la identidad del navegante se configuraba en “estar lejos” de los tiempos de quienes viven en tierra. Hoy ese orden se invirtió.

Hoy predomina la lógica de tierra, con sus espacios y sus tiempos, sus prioridades y sus ámbitos de socialización, hasta tanto aparezca, como me pasó a mí, una oportunidad de embarcarse. Por consiguiente, la temporalidad de los marinos ya no tiene a lo naval militar en el corazón de su sistema. Las vidas cotidianas del marino ya no transcurren en el mar y, por lo tanto, la presencia de mar no sobrevive en tierra. Aquí sus cualidades ya no son necesarias, ni requeridas, ni tampoco valoradas. La “civilización del militar”, eufemismo para referirse a la superación de la “mochila ensangrentada”, creó a los burócratas que describe Soprano (2010, 2012, 2013, 2015, 2016), aunque la función burocrática no se considere intrínseca a su tarea. Pero los suboficiales no se ven, ni se reconocen en el ejercicio burocrático. Este es, más bien, el resultado de un proceso histórico-político de “civil-ización”.

En tierra hay otros riesgos, pero aquí cada cual se limita a cumplir un horario estatal. Los empleos por la tarde son necesarios para incrementar los ingresos y acaban confirmando la preferencia por la comodidad del hogar y la privacidad, la regularidad rutinaria, frente a las incertidumbres, las incomodidades y la compresión espacial del buque en navegación. Para los más “antiguos”, esta conexión entre el mundo laboral civil y el militar se presenta como el resultado de una falla económica y como una falta de

aspiración e inspiración dentro del mundo naval. Entregarse a la solidez de la tierra firme, más que demostrar la búsqueda de crecimiento individual, revela para ellos un fracaso institucional. Por eso, recuerdan con nostalgia al viejo suboficial de mar.

Mientras tanto, el suboficial formado en la ESSA fue modificando su horizonte de posibilidades y entendió que el mundo civil sería el lugar donde, tarde o temprano, desarrollaría las capacidades técnicas que aprendió en el mundo militar. Ya no proyecta su crecimiento en una carrera militar modelo de aquel suboficial con más de 30 años de servicio y formación ininterrumpida, sino como un integrante temporario de un puesto estatal con un sueldo básico, beneficios sociales, servicio médico y quizás una vivienda; un panorama de expectativas más efímero, más terrestre, más individual. Estos suboficiales jóvenes perciben lejana la posibilidad de un conflicto militar, y por eso enfatizan una formación donde lo civil-técnico prima sobre lo naval-militar. Por eso la guerra de Malvinas aparece para la mayoría de los actuales aspirantes o los suboficiales más jóvenes de la ESSA como parte de un lejano pasado institucional.

Sin embargo, allí está todavía el instructor, el suboficial formado en la ESMA que blande con orgullo su adiestramiento empeñoso, su sacrificio de ausencias, sus duchas cortas, su preparación física y militar extrema, su decisión de superación, precisamente porque formar un mecánico militar completo lleva su tiempo. La capacitación es constante y progresiva. El recorrido de la formación de suboficiales es humana y técnicamente vasto, heterogéneo y complejo. Por eso, las anécdotas sobre el pasado en las aulas y en los destinos, sobre todo en alta mar, son inevitables, irrefrenables. Asoman en las rondas de mate que reúnen a las generaciones, y hacen lucirse a los viejos como dueños de un capital exclusivo. “Ahora ya no es lo mismo” dicen y su auditorio entiende y asiente. Así como solían enfatizar ante mí el excelente nivel de calificación técnica que los diferenciaba de las Armadas de otras naciones. Así como enfocaban sus experiencias laborales recordando los destinos que les permitieron conocer el país desde el mar y sus costas, como sólo ellos podían hacerlo.

El orgullo de los suboficiales “antiguos” se vincula a las millas navegadas y al nivel de integración que el grupo social siempre alcanzaba en el mar. Su identidad estaba vinculada a un estilo de vida donde el 24/7 y la entrega a sus camaradas era total. Sus aspiraciones se orientaban a lograr el ascenso en la propia fuerza y obtener destinos en el exterior, privilegiados por la retribución económica, pero también por la posibilidad de recorrer el mundo y de compartir experiencias con miembros de otras fuerzas y de otras naciones. En la ESMA se formaban como militares técnicos que cumplían su rol para

incorporarse a la tripulación de cualquier buque de la Fuerza y para, así, forjar una identidad colectiva mayor y más trascendente que la individualidad.

La guerra de Malvinas también es parte del linaje a restaurar porque sus suboficiales hicieron bien su trabajo. La preocupación de los suboficiales veteranos de guerra es justamente que su experiencia bélica, coronación exitosa de su técnica naval, se desconozca y desaparezca. Aunque los programas actuales estén dedicados a formar técnicos más que militares, los instructores combatientes de Malvinas les enseñan con anécdotas, en los pasillos, los comedores, los sollados, fuera de programa y cerca de la pasión todo lo que allá aprendieron y aplicaron. El buque es, todavía, una continuidad técnica educativa a la que, como entonces, se debe mover, reparar, alimentar, defender y cuidar. Y esto sólo puede hacerse colectivamente entre las distintas pericias, destrezas y oficios de los suboficiales. Por eso, pese a las pretendidas rupturas institucionales y con la “devastación de la capacidad operativa” (Frederic, 2013:415), en la navegación predomina la continuidad. El mar y cuanto allí sucede en la “cáscara de nuez” son, todavía, el corazón de la Armada. Por eso sobreviven y desafían a la refundación. Claro que con sus dolores.

Los marinos saben que los buques tienen su historia; los tripulantes la llaman “vida”. Nacen, se los nombra y bautiza, viven experiencias que les dan un carácter singular, y algunos hasta tienen honor, renombre y prestigio. Luego se desguazan (desmontan sus partes), se hunden o son hundidos con la pompa de los cañonazos de la artillería, en el medio del mar. A veces cambian de nacionalidad y de nombre, pero no borran su historia. La línea de tiempo de un buque es progresiva, como la vida de sus tripulantes, como la vida de los suboficiales de la Armada. Cuando éstos se embarcan por primera vez para formar parte de su tripulación, quienes cuentan con millas navegadas son los encargados de presentar “cómo se vive en ese buque”. Como los humanos, ninguno es igual a los demás.

La ARA Santísima Trinidad es un destructor (D2) de 125mts de longitud que se construyó en el astillero Río Santiago, en Ensenada, Provincia de Buenos Aires, con tecnología británica. Por primera vez tocó el mar el 12 de noviembre de 1974 y arrió el pabellón nacional el 6 de noviembre de 1980. Estando todavía en construcción en el muelle del Astillero Río Santiago, en 1975 ingresó de repente a la violenta historia argentina gracias a un atentado de la organización político-militar “Montoneros” que averió gravemente el casco. Su reparación demoró unos cinco años, aunque se rumorea que nunca fue completa.

“La Santísima”, como la llaman los marinos, es un buque que nació argentino y que zarpó al Atlántico Sur como parte de la Operación Rosario que recuperó las Islas Malvinas el 2 de abril de 1982. Regresó como una heroína e hizo algunos viajes durante el conflicto y después. En 1989 pasó a “reserva” en la Base Naval Puerto Belgrano ante la imposibilidad de comprarle unos repuestos, debido al embargo impuesto por Gran Bretaña. Así comenzó a ser utilizado como “proveedor” de piezas de su “gemelo” (buque idéntico que nació en el mismo momento), el destructor ARA Hércules que acaba de terminar su vida. En el 2004 la Santísima obtuvo su baja como “unidad militar” y, por significatividad histórica y tecnológica, se propuso convertirla en un museo en el puerto santafecino de Rosario. Según fuentes periodísticas, la idea no fue bien recibida por la intendencia y se desechó. La Santísima seguía en Puerto Belgrano. En 2013 se escoró (inclinó) hasta quedar parcialmente sumergida por falta de mantenimiento. Aunque a fines de 2015 lograron reflotarla, la Santísima ya era incurable, y no podría ser utilizada como museo sin una gran inversión. En 2020, el Presidente Alberto Fernández propuso venderla como chatarra, pero un amparo judicial lo impidió.

Yo sabía algo de esta historia pero una mañana me la encontré ahí, al fondo de Puerto Belgrano.

Ya nos habían dicho que no se podía fotografiar, pero nunca nos imaginamos la tristeza de la imagen. Ni bien pasamos por donde estaba, tuvimos que frenar. Nos quedamos en silencio. Yo nunca la había visto ni tampoco sabía mucho al respecto. Era un monstruo largo oxidado y atado a su puerto. Sólo tenía la estructura y una banda de palomas que entraba y salía. Los colores variaban entre el naranja y el rojo, los tonos del óxido que se estaba comiendo al buque. Tenía la planchada baja. Era algo poético porque nadie la cruzaba. Está ahí no sé muy bien por qué. Nos quisimos acercar pero un oficial nos dijo que no podíamos estar ahí, que la Armada no quería que viéramos ese aspecto humillante de la Santísima. El buque no estaba escorado, parecía bastante derecho pero había algo de agua en su interior. Quizás acumulado de alguna lluvia o de algún cambio en el nivel del agua. No entendí nada de lo que veía. Había algo muy fuera de lugar. Héctor también miraba azorado sin saber muy bien qué decir. Le pregunté por qué estaba ahí y me dijo que no había presupuesto para hacer nada con ella. Pero ahí estaba, bien cerca del resto de los buques operativos, muriendo a la vista de todos los que ingresan a la zona restringida donde la Santísima reposa, quizás en coma, quizás ya fallecida. Un buque que por momentos parecía un muerto insepulto (Mayo 2018).

Hoy el buque sigue ahí, como si con su sola presencia estuviera denunciando cotidianamente una forma de pérdida, una pérdida de decisión para el mantenimiento del

material bélico (Frederic, 2013:415), una confusión sobre qué hacer con las cosas y las personas, y una falta de criterio sobre cómo procesar el tiempo.

Las decisiones que tomaron los oficiales de la Armada por orden del poder político para silenciar el pasado y “abandonar la mochila” de la ESMA alcanzan a los suboficiales en la negación de la contemporaneidad, en el abandono del mar y en la reconfiguración civil de su identidad militar. Pero el pasado no es sólo uno, ni se deja atrás tan fácilmente o por decreto. Así lo dice La Santísima, una herida abierta, suspendida en el tiempo que media entre la muerte y la inhumación, una metáfora de cómo la gestión del pasado moral ejerce el poder en el presente de los suboficiales, como si el tiempo suboficial de su escuela se hubiera vuelto un enemigo al que los expertos estrategas se han propuesto capturar.

Mientras tanto, en la Plaza de Armas ‘Almirante Guillermo Brown’ de la nueva Escuela de Suboficiales de la Armada Argentina, el reloj de la ESMA sigue dando las horas y marcando el ritmo diario. Un ritmo de tierra que alguna vez volverá al mar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Appadurai, Arjun (1981). "The past as a scarce resource". En *Man, New Series*, Vol. 16, No. 2, pp. 201-219
- _____ (1991). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Grijalbo.
- Arduino, Ileana (2010). "Políticas de género en las Fuerzas Armadas de la República Argentina: recorridos para su integración". En Masson, Laura, *Género y Fuerzas Armadas: algunos análisis teóricos y prácticos*. Buenos Aires: Ministerio de Defensa, Presidencia de la Nación, Fundación Friederich Ebert.
- Armada Argentina (1971). *Cartilla Naval*. Dirección General del Personal Naval.
- Badaró, Máximo (2006). "Identidad individual y valores morales en la socialización de los futuros oficiales del ejército argentino". *Avá*, [online] N° 9, pp. 60-76.
- _____ (2008). "Nuevos cadetes, nuevos ciudadanos. Análisis de un ritual de investidura en el Ejército Argentino". En *Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín*. N° 4 PAG.
- _____ (2009). *Militares o ciudadanos. La formación de los oficiales del Estado Argentino*. Buenos Aires: Editorial Prometeo.
- _____ (2012). "Memorias en el Ejército Argentino: fragmentos de un relato abierto". En *Nuevo Mundos Mundos nuevos [En línea]*, *Cuestiones del tiempo presente*. Disponible en <http://journals.openedition.org/nuevomundo/63455>
- _____ (2013) *Historias del Ejército Argentino. 1990-2010: democracia, política y sociedad*. Buenos Aires: EDHASA
- Balbi, Fernando (2016). "Moral, ética y codificación en la antropología sociocultural argentina". *Avá, Revista de Antropología Social*, Programa de Posgrado en Antropología Social, UNaM. N° 28, pp.43-71
- Barrutia, Alejandra (2022). "Entre la primera y la segunda ola. Los buques auxiliares menores durante la Guerra de Malvinas". En Guber, Rosana (Dir.), *Mar de Guerra. La Armada de la República Argentina y sus formas de habitar el Atlántico Sur en la Guerra de Malvinas, 1982*. Buenos Aires: Editorial SB, pp. 69-108
- Barth, Fredrik (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México DF: Fondo de cultura Económica.
- Battezzati, Santiago (2020). "La palabra como técnica del cuerpo: palabra y movimiento en el aprendizaje de prácticas corporales". *Revista Astrolabio nueva época*. N°24. pp. 220-242
- Bechelany, Fabiano Campelo (2019). "Hunting paths in the Amazon:technics and ontogenesis among the Panará". En Dossier "Technique, power, transformation - Environments and territories" *Revista Vibrant, Virtual Braz. Anthr.* N°16.
- Becker, Howard (2009). *Outsider: hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires; México: Siglo XXI,

- Ben-Ari, Eyal; Carreiras, Helena y Castro, Celso (2021). *Understanding the Impact of Social Research on the Military: Reflections and Critiques*. London: Routledge.
- Besse, Juan y Escolar, Cora (2019). *Políticas y lugares de la memoria. Figuras epistémicas, escrituras, inscripciones sobre el terrorismo de Estado en Argentina*. Buenos Aires: Miño Dávila.
- Bonzo, Héctor (2004). *1093 tripulantes del crucero ARA General Belgrano. Testimonio y homenaje de su Comandante*. Buenos Aires: Asociación Amigos del Crucero General Belgrano.
- Bourdieu, Pierre (1980). *The Logic of practice*. Stanford University Press.
- Bóveda, Jorge Rafael (2016). *La Armada Argentina en Malvinas. Cultura y estrategia*. [Tesis de maestría]. Instituto Universitario Naval, Unidad Académica Escuela de Guerra Naval. Maestría en Estudios Estratégicos
- Bover, Tomas (2021). *Distintos y uniformes: una etnografía en la Policía Federal Argentina*. Bernal: Editorial UNQ
- Brodsky, Marcelo (2005). *Memoria en construcción: el debate sobre la ESMA*. Buenos Aires: La marca editora.
- Brubacker, Rogers y Cooper, Frederick (2001) “Más allá de identidad”. *Revista Apuntes de Investigación del CECyP*, N° 7.
- Büsser, Carlos (1984). *Operación Rosario*. Buenos Aires: Editorial Atlántida
- Calandrón, Sabrina (2014). *Género y sexualidad en la policía bonaerense*. San Martín. UNSAM Edita.
- Calveiro, Pilar (1998). *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Colihue
- Camogli, Pablo (2011). *Batallas de Malvinas. Todos los combates de la guerra del Atlántico Sur*. Buenos Aires: Penguin Random House
- Carbonell, Eliseu (2004). *Debates acerca de la antropología del tiempo*. Barcelona: Publicacions de la Universitat de Barcelona.
- Carnovale, Vera (2006). “Memorias, espacio público y Estado: la construcción del Museo de la Memoria en Argentina”. En *Revista de Estudios AHILA de Historia Latinoamericana*. N° 2.
- Carozzi, María Julia (2009) “Una ignorancia sagrada: aprendiendo a no saber bailar tango en Buenos Aires”. En *Religião e Sociedade*, Rio de Janeiro, 29(1), pp. 126-145.
- _____ (2011). *Las palabras y los pasos. Etnografías de la danza en la ciudad*. Buenos Aires: Ediciones EPC y Editorial Gorla.
- Castro, Celso (2009) “O trote no Colégio Naval: uma visão antropológica” En *Antíteses*, Universida de Estadual de Londrina. Vol. 2, núm. 4, pp. 569-596.
- _____ (2016) “Interviewing the Brazilian military. Reflections on a research experience” en Carreiras, Helena; Castro, Celso y Frederic, Sabina (Editores) *Researching the Military*. London: Routledge.

- Castro, Celso y Lierner, Piero (2009) (Organizadores). *Antropologia dos militares. Reflexoes sobre pesquisas de campo*. Rio de Janeiro: FGV.
- Castro, Celso y Monnerat, Silvia (2019) “Por uma etnografia dos dados: a propósito de uma investigação sobre o perfil social dos militares brasileiros”. *Sociologia, Problemas e practicas*. N° 91, 9-22.
- Chao, Daniel (2014). “Régimen escópico y guerra de Malvinas: el problema de la visibilidad mediática”. *Comunicación y Medios*, pp. 19-36.
- _____ (2017). “Políticas de trabajo como dispositivo de protección social: el gobierno de los veteranos argentinos de la guerra de Malvinas”. *Papeles del CEIC. International Journal on Collective Identity Research*, vol. 2017/2, pp.1-24.
- _____ (2020). “El reino del revés. El lugar de la experiencia de guerra para las Fuerzas Armadas argentinas en el post Malvinas”. En *Cuadernos de Marte*. Año 11, N°19. Julio-Diciembre, pp. 478-509.
- _____ (2021) *¿Qué hacer con los héroes? Los veteranos de Malvinas como problema de Estado*. Buenos Aires: Editorial SB.
- Cohen, Anthony (1985). *The symbolic construction of community*. London: Routledge.
- Connerton, Paul (1989). *How Societies Remember*. Cambridge University Press.
- Costa Paz y Roca, Julio (1999). *Mando y Obediencia*. Buenos Aires: Circulo Militar.
- Crenzel, Emilio (2008). *La historia política del Nunca Más*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Da Silva Catela, Ludmila (2014). “‘Lo que merece ser recordado...’. Conflictos y tensiones en torno a los proyectos públicos sobre los usos del pasado en los sitios de memoria”, en *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, Vol. 1, N° 2, pp. 28-47.
- De Certeau, Michel (1979). *La invención de lo cotidiano: habitar, cocinar*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.
- De Imaz, Jose Luis (1964). *Los que mandan*. Buenos Aires: Eudeba.
- Desmond, Matthew (2011). “Haciéndose bombero”. En *Revista Apuntes de investigación del CECYP / Oficios y prácticas*. Año XV, N° 20. pp. 95-130.
- Di Deus, Eduardo (2017) *A dança das facas Trabalho e técnica em seringais paulistas*. [Tesis doctoral]. Universidade de Brasília.
- Downey, Greg (2008). “Scaffolding Imitation in Capoeira: Physical Education and Enculturation in an Afro-Brazilian Art”. *American Anthropologist*, 110, pp. 204-213.
- Dumont, Louis (1970). *Homo Hierarchicus. Ensayo sobre el sistema de castas*. Madrid: Editorial Aguilar.
- Dupen, Alberto (2002). *Enfoque Psicológico del Estrés Postraumático en Los Veteranos de la Guerra de las Islas Malvinas*. [Tesis doctoral]. Universidad de Flores (UFLO)
- Durkheim, Emile. (1968). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Buenos Aires: Schapire.
- _____ (1994). *De la división del trabajo social*. Barcelona: Planeta-Agostini.

- Durkheim, Émile y Mauss, Marcel (1996). "Sobre algunas formas primitivas de clasificación" en *Clasificaciones primitivas (y otros ensayos de antropología positiva)*. Barcelona: Ariel, pp 23-104.
- Entwistle, Joanne (2002) *El cuerpo y la moda. Una visión sociológica*. Barcelona: Paidós
- Epele, María y Guber, Rosana (2019) (compiladoras). *Malestar en la etnografía. Malestar en la antropología*. Buenos Aires: libros del IDES.
- Escolar, Diego (2017). *Gendarmería. Los límites de la obediencia*. Buenos aires: Editorial SB.
- Escudero, Lucrecia (1996). *Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores de la información de guerra*. Barcelona: Gedisa.
- Evans-Pritchard, Edward Evan (1977[1939]). *Los Nuer*. Madrid: Anagrama.
- Fabian, Johannes (2006). "The other revisited: Critical afterthoughts" En: *Anthropological Theory*. Vol 6; N°2
- _____ (2014). *Time and the other: how anthropology makes its object*. New York: Columbia University Press.
- Feld, Claudia, (2009). "“Aquellos ojos que contemplaron el límite”: la puesta en escena televisiva de testimonios sobre la desaparición”, en Feld, Claudia y Stites Mor, Jessica (comps.), *El pasado que miramos. Memoria e imagen ante la historia reciente*, Buenos Aires: Paidós.
- Feld, Claudia, y Franco, Marina (2015). *Democracia, hora cero. Actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2022) *ESMA. Represión y poder en el centro clandestino de detención más emblemático de la última dictadura argentina*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Filc, Judith (2003). "Textos y fronteras urbanas: palabra e identidad en la Buenos Aires contemporánea". *Revista Iberoamericana*, Vol. LXIX, Núm. 202, Enero-Marzo, pp. 183-197.
- Flórez, Hernando (2022). "Los tres silencios del San Luis. Para una etnografía del silencio", en Guber, Rosana (dir), *Mar de Guerra. La Armada de la República Argentina y sus formas de habitar el Atlántico Sur en la Guerra de Malvinas, 1982*. Buenos Aires: Editorial SB, pp. 111-144
- Frederic, Sabina. (2013). *Las trampas del pasado: Las Fuerzas Armadas y su integración al Estado democrático en Argentina*. Buenos Aires: Editorial Fondo de cultura económica.
- _____ (2014). "¿Militares, asalariados o trabajadores? Moral y emoción en un conflicto gremial de la gendarmería nacional argentina". *Dilemas Revista de Estudios del Control Social*, 8 (3), pp. 529-557.
- _____ (2016). "Explicar la eficacia de una operación de paz, buscando reconocimiento como militares. La experiencia de los cascos azules argentinos en Haití" *Revista del Museo de Antropología*. N°10 (1), pp. 117-128.

- _____ (2018). “La politización del trabajo policial en buenos aires. Gendarmes y policías locales frente al policiamiento de proximidad”. *Revista Trabajo y Sociedad*, N° 31, pp. 33-51.
- Frederic, Sabina; Masson, Laura y Soprano, German (2015). *Fuerzas Armadas en democracia. Percepciones de los militares argentinos sobre su reconocimiento*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Fuhrer, Urs (2001). “Análisis del aprendizaje situado según el ambiente de comportamiento: el caso de los novatos”. En Chaiklin, Seth y Lave, Jean, *Estudiar las prácticas. Perspectivas sobre actividad y contexto*. Madrid: Amorrortu editores, pp. 197-231.
- Galvani, Mariana (2017). *Cómo se construye un policía. La federal por dentro*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Gamarnik, Cora; Guembe, María Laura; Agostini, Vanina y Flores, María Celina (2019). “El regreso de los soldados de Malvinas: la historia de un ocultamiento”. En *Nuevo Mundo Mundos nuevos*. Pp.1-27.
- García Sotomayor, Cecilia (2022) “La post vida de Daniel Lagos. Un héroe del Crucero ARA General Belgrano en la reconfiguración del estado de Telén (La Pampa, Argentina)”, en Guber, Rosana, *Mar de Guerra. La Armada de la República Argentina y sus formas de habitar el Atlántico Sur en la Guerra de Malvinas, 1982*. Buenos Aires: Editorial SB, pp. 251-282.
- Garriga Zucal, José Antonio (2005) “Lomo de macho. Cuerpo, masculinidad y violencia de un grupo de simpatizantes del fútbol”. *Cuadernos de Antropología Social* N° 22, pp. 201–216.
- Garriga Zucal, José Antonio y Maglia, Elea (2018). “¿Qué es un policía? Un estudio sobre las representaciones del trabajo policial”. *Revista Trabajo y sociedad*, N°31, pp. 15-31.
- Geertz, Clifford (2003 [1973]). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gillis, John (1994). *Commemorations. The politics of national identity*. Princeton University Press.
- Goffman, Erving (2007). *Internados. Ensayos sobre la situación de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- González Rojas, Isidro (2013). “La reserva naval en la Armada de la República Argentina” En *Boletín del Centro Naval*. N° 835. Disponible en: <https://www.centronaval.org.ar/boletin/BCN835/835-GONZALEZ-ROJAS.pdf>
- Guber, Rosana (1994). “Hacia una antropología de la producción de la historia” *Entre pasados revista de historia*. Vol. 4, no. 6.
- _____ (1996) “Las manos de la memoria”. En *Revista Desarrollo Económico*, Vol. 36, N°. 141, pp. 423-442.
- _____ (2000). “La recuperación de la frontera perdida. La dimensión mítica en los derechos argentinos a las Islas Malvinas” En *Revista de Investigaciones Folclóricas*, N° 15, pp. 77-87.
- _____ (2001) *¿Por qué Malvinas? De la causa justa a la guerra absurda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- _____ (2005). *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires: Editorial Paidós
- _____ (2007). “Crisis de presencia, universidad y política en el nacimiento de la antropología social de Buenos Aires, Argentina”. *Revista Colombiana de Antropología*, N°43, pp. 263-298.
- _____ (2008) “Antropólogos-ciudadanos (y comprometidos) en la Argentina. Las dos caras de la “antropología social” en 1960-70”. *Journal of the World Anthropology Network*, pp. 67 – 110.
- _____ (2009). *De “chicos” a “veteranos”. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*. Buenos Aires: Antropofagia/IDES.
- _____ (2010). “El compromiso profético de los antropólogos sociales argentinos, 1960-1976”. *AVA. Revista de Antropología Social*, N°16, pp. 11-32.
- _____ (2013). *La articulación etnográfica. Descubrimiento y trabajo de campo en la investigación de Esther Hermitte*. Buenos Aires: Biblos.
- _____ (2014a) (comp.) *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo*. Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social/Miño y Dávila editors.
- _____ (2014b). “Habitar el espacio aero-marítimo. Improvisación, experimento y experiencia de un medio desconocido”. *Boletín de la Dirección de Estudios Históricos de la Fuerza Aérea Argentina*; pp. 532 – 547.
- _____ (2016). *Experiencia de halcón. Los escuadrones de la Fuerza Aérea argentina que pusieron en jaque a la flota británica en Malvinas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- _____ (2020). “A-4 en Malvinas: ¿competencia intra o inter-específica?” *En Revista Defensa Nacional*. Universidad de la Defensa Nacional (UNDEF). N°4, pp. 185-212.
- _____ (2022a) (Dir.). *Mar de Guerra. La Armada de la República Argentina y sus formas de habitar el Atlántico Sur en la Guerra de Malvinas, 1982*. Buenos Aires: Editorial SB
- _____ (2022b) “Los mares de la aviación naval” en *Mar de Guerra. La Armada de la República Argentina y sus formas de habitar el Atlántico Sur en la Guerra de Malvinas, 1982*. Buenos Aires: Editorial SB. Pp. 145-188
- Guglielmucci, Ana (2013). *La consagración de la memoria. Una etnografía acerca de la institucionalización del recuerdo sobre los crímenes del terrorismo de Estado en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Gutiérrez, Mariana (2020). “De la incorporación a la integración. La inserción profesional de las mujeres en la Armada Argentina, 2007-2019”, en Masson, Laura, *Militares argentinas: evaluación de políticas de género en el ámbito de la defensa*. Buenos Aires: Ministerio de Defensa y Universidad de la Defensa Nacional. Pp. 265-292.
- Herrscher, Roberto (2012). *Los viajes del Penélope. Las tres vidas de un velero legendario. De la exploración patagónica a la guerra de Malvinas*. Buenos Aires: Editorial Tusquets.
- Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (1983). *The invention of tradition*. Cambridge University Press

- Huntington, Samuel (1995). *El soldado y el Estado. Teoría política de las relaciones cívico-militares*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Hutchins, Edwin (2001). “El aprendizaje de la navegación”, en Chaiklin, Seth y Lave, Jean, *Estudiar las prácticas. Perspectivas sobre actividad y contexto*. Buenos Aires: Amorrortu editores. Pp 49-77
- Ingold, Tim (2002) *The Perception of the Environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Nueva York: Routledge
- _____ (2017). “¡Suficiente con la etnografía!” *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 53, N° 2, pp. 143-159.
- Janowitz, Morris (1967). *El soldado profesional*. Buenos Aires: Bibliográfica Omeba.
- Keegan, John (2013). *El rostro de la batalla*. Madrid: Turner publicaciones
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós
- Kuper, Adam (2000) *Culture. The anthropologists´account*. Harvard University Press.
- Kwint, Marius (1999). “Introduction: The physical past”, en Kwint, Marius; Breward, Christopher y Aynsley, Jeremy, *Material Memories*. Oxford: Berg.
- Lamas, Domingo (2022). *Mi historia en Monte Longdon*. Buenos Aires: Grupo Argentinidad.
- Larralde Armas, Florencia (2022). *Ex ESMA. Políticas de la Memoria en el ex centro clandestino de detención (2004-2015)*. Madrid: La Oveja Roja- Kamchatka
- Lave, Jean y Packer, Martin (2011). “Hacia una ontología social del aprendizaje”, en *Revista de Estudios Sociales*, Universidad de los Andes, Colombia. N° 40, pp. 12-22.
- Lave, Jean y Wegner, Étienne (1991) *Situated learning. Legitimate peripheral participation*. Cambridge: University Press.
- Lave, Jean (1996) “The practice of learning” En: Chaiklin, Seth y Lave, Jean, *Undersrtanding practice. Perspectives on activity and context*. Cambridge: University Press.
- Leirner, Piero (2005). “Perspectivas Antropológicas da Guerra”. *BIB*, N° 6, pp. 43-63.
- _____ (2009) “A etnografia como extensão da guerra por outros meios: notas sobre a pesquisa com militares” *Mana* 15(1), pp. 59-89.
- _____ (2020) *Mini-Manual da Hierarquia Militar: uma perspectiva antropológica*. IndePub/SC
- _____ (2021). “Muito além de um tuíte: a sinergia política dos militares e o processo de conquista do Estado”. *Antropolítica. Revista Contemporânea De Antropologia* (53).
- López, Eric Fabian (1997). *El aprendiz*. Buenos Aires: Voces populares.
- _____ (1998). *Escuela de Mecánica de la Armada*. Buenos Aires: Editorial Plus ultra.
- Lórenz, Federico (2006). *Las guerras por Malvinas. 1982-2012*. Buenos Aires: Edhasa

- _____ (2010). “La ‘ESMA’, un espacio en construcción. Estado y actores sociales en un sitio de memoria”. En: AA.VV. *Memorias urbanas en diálogo: Berlín y Buenos Aires*. Buenos Aires: Buenos Libros, pp. 157-176.
- Luqui-Lagleyze, Julio Mario (2010). *Historia de los uniformes navales argentinos. 1810-2010*. Dirección de educación Naval. Departamento de Estudios Históricos Navales. Armada Argentina.
- Lutz, Catherine (2002). *Homefront. A military city and the American 20th century*. Boston: Beacon Press
- Malinowski, Bronislaw (1977 [1935]). *El cultivo de la tierra y los ritos agrícolas en las Islas Trobriand. Los jardines del coral y su magia*. Barcelona: Labor Universitaria
- _____ (1985). *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*. Barcelona: Editorial Planeta
- _____ (1987 [1922]). *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Barcelona: Península.
- Marcoux, Jean-Sebastian (2001). “The Refurbishment of Memory”. En Miller (ed), *Home Possessions. Material Culture behind Closed Doors*. Oxford: Berg, pp. 69-86
- Martyniuk, Claudio (2004). *ESMA. Fenomenología de la desaparición*. Buenos Aires: Prometeo.
- Masson, Laura (2010). *Género y Fuerzas Armadas: algunos análisis teóricos y prácticos*. Buenos Aires: Ministerio de Defensa y Fundación Friedrich Ebert.
- _____ (2020) *Militares argentinas: evaluación de políticas de género en el ámbito de la defensa*. Buenos Aires: Universidad de la Defensa Nacional.
- Mauss, Marcel (1979). *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnos
- Mayorga, Horacio (1998). *No Vencidos*. Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Ménendez, María Isabel (1998). *La “Comunidad Imaginada” en la guerra de Malvinas*. Buenos Aires: Eudeba.
- Messina, Luciana y González Tizón, Rodrigo (2022). “Solidaridades y tensiones”, en Feld y Franco, *ESMA. Represión y poder en el centro clandestino de detención más emblemático de la última dictadura argentina*. Buenos Aires: FCE editorial.
- Miller, Daniel (2008). *The Comfort of Things*. Polity Press Cambridge.
- Moose, George (2016). *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Munn, Nancy (1992). “The Cultural Anthropology of Time: A Critical Essay”. *Annual Review of Anthropology*, Vol. 21, pp. 93-123
- Ni Coló, Guillermo (2011). *64 Días muerto. Relatos de un veterano de guerra*. Buenos Aires: Editorial Dukuen.
- O’Donell, Guillermo (1972). *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós
- Ohanian, María Jazmín (2017). *Guardianes del honor: una etnografía sobre ex alumnos de la Escuela de Mecánica de la Armada*. [Tesis de maestría]. Buenos Aires: Universidad Nacional de San Martín.

- _____ (2019). “‘Entre enemigos’: límites morales y trabajo de campo; Colegio de Graduados en Antropología”; *Publicar En Antropología y Ciencias Sociales*; N° 27; pp. 62-74
- _____ (2020). “Experiencias honorables. Memorias de ex alumnos de la Escuela de Mecánica de la Armada” En: AA.VV *Experiencias en (con)texto. Artículos seleccionados de las III Jornadas Interdisciplinarias de Jóvenes Investigadores del Instituto de Altos Estudios Sociales*. Buenos Aires: UNSAM edita. Pp. 40-58.
- _____ (2022). “La vida suboficial en un mar de guerra”. En Guber (dir) *Mar de Guerra. La Armada de la República Argentina y sus formas de habitar el Atlántico Sur en la Guerra de Malvinas, 1982*. Buenos Aires: Editorial SB, pp. 27-66.
- Otamendi, Alberto Gianola CF (2012). “El aprendizaje situado en la Armada Argentina” En *Revista de la Escuela de Guerra Naval*, N° 58, Armada Argentina.
- Oyarzábal, Guillermo Andrés (2014). “Guillermo Brown”. En Spinelli, Guillermo. *Argentina desde el mar. Introducción a la historia naval argentina 1776-1852*. Armada Argentina.
- Padawer, Ana (2014). “‘Hacer chacra’ o ‘ser de la chacra’: identidades contrastivas en el SO misionero”. En *Estudios Rurales* N°7, pp. 61-80
- _____ (2020) (compiladora). *El mundo rural y sus técnicas*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.
- Panizo, Laura (2011). *Donde están nuestros muertos: experiencias rituales de familiares de desaparecidos de la última dictadura militar en la argentina y de caídos en la guerra de Malvinas*. [Tesis doctoral]. Buenos Aires, UBA.
- _____ (2022). “Subsistencia y muerte en el mar: la caída del ARA General Belgrano”, en Guber, Rosana (Dir) *Mar de Guerra. La Armada de la República Argentina y sus formas de habitar el Atlántico Sur en la Guerra de Malvinas, 1982*. Buenos Aires: Editorial SB, pp. 225-249
- Pastoriza, Lila (2005). “La memoria como política pública: los ejes de la discusión”. En Brodsky, Marcelo, *Memoria en construcción: el debate sobre la ESMA*. Buenos Aires: La marca editora.
- Potash, Robert (1980). *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962: de Perón a Frondizi*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Pozzio, Maria (2014). “Liderazgos femeninos y políticas de equidad de género. El caso de la gestión de Nilda Garré al frente del Ministerio de Defensa (2005-2010)”. *VIII Jornadas de Sociología de la UNLP*. Ensenada.
- Quirós, Julieta (2011). *El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida)*. Buenos Aires: Antropofagia
- _____ (2018). “Por una etnografía viva. Un llamado a des-intelectualizar el “punto de vista nativo”. En Guber (comp) *Trabajo de campo en América Latina*. Tomo I. Buenos Aires: SB
- Radcliffe-Brown, Alfred Reginald (1986). *Estructura y función en la sociedad primitiva*. Barcelona: Editorial Planeta de Agostini.
- Ramos, Alcida Rita (1992). “The hyperreal indian”. *Série antropologia* 135.

- Rattenbach, Benjamín Teniente General (1965). *El sector militar de la sociedad. Principios de sociología militar*. Buenos Aires: Círculo militar
- Reeve, John y Stevens, David (ed) (2003). *The face of naval battle. The human experience of modern war at sea*. Allen&Unwin.
- Renoldi, Brígida (2013). *Carne de carátula: experiencias etnográficas de investigación, juzgamiento y narcotráfico*. Buenos Aires: Ediciones la Márgen.
- Rico, Aldo (1988). “Documento previo a la sublevación de Semana Santa elevado a su comandante de brigada”, En Greco, Jorge y González, Gustavo, *Felices Pascuas*. Buenos Aires: Planeta. Pp. 258-260
- Rouquié, Alain (1986). *Poder militar y sociedad política en la Argentina I*. Buenos Aires: Hyspamerica
- Rodríguez, Andrea (2014). *Entre la guerra y la paz: la posguerra de los excombatientes del Apostadero Naval Malvinas. Experiencias, identidades, memorias*. [Tesis Doctoral]. La Plata, UNLP.
- _____ (2015). “El regreso de los militares veteranos de guerra de Malvinas a la Armada: entre el ocultamiento, el silencio y el aislamiento. El caso de los marinos del Apostadero Naval Malvinas”. *Páginas*. N° 13, pp. 55-78
- Rozo, Esteban (2018). “Between rupture and continuity. The Politics of conversion in the Colombian Amazon”. *Social Sciences and Missions* N°31. Pp. 286-309
- Rutz, Henry (1992). *The politics of time*. Washington: American Anthropological Association.
- Sain, Marcelo (1998). *Democracia, Seguridad Pública y Policía. La reforma del sistema de seguridad y policial en la Provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires: CELS
- Savage, Kirk (1994). “The Politicis of memory” En Gillis, John, *Commemorations. The politics of national identity*. Princeton University Press. Pp. 127-149
- Silva, Miguel Ángel. (2006). “Salud de los Veteranos de Guerra de Malvinas: miradas, sentires y propuestas”. Trabajo presentado en el *VIII Ciclo Anual de Ateneo Patología Comparada*. Museo Provincial de Ciencias Naturales “F. Ameghino”, Santa Fe, 1 de diciembre 2006.
- Sirimarco, Mariana (2009). *De civil a policía. Una etnografía del proceso de incorporación a la institución policial*. Buenos Aires: Teseo.
- Soprano, Germán (2010). “Los militares como grupo social y su inscripción en el Estado y la sociedad argentina.” En: *Revista Digital Universitaria del Colegio Militar de la Nación*. Año 8, N° 22 [En línea].
- _____ (2012). “Las burocracias estatales subalternas. Un análisis sobre los procesos de formación y configuración profesional de los suboficiales de las Fuerzas Armadas Argentinas”, Trabajo presentado en el *Cuarto Congreso Uruguayo de Ciencia Política, “La Ciencia Política desde el Sur”*, Asociación Uruguaya de Ciencia Política.
- _____ (2013). “Militares” y “Marinos”. La profesión militar en las perspectivas y experiencias de oficiales y suboficiales de la Armada Argentina.” Trabajo presentado en la *Reunión de antropología del Mercosur (RAM)*.

- _____ (2015). “La producción de una etnografía durante la navegación de un buque de guerra de la Armada Argentina. Reflexiones sobre el carácter dialógico del conocimiento antropológico”. *Cuadernos de Antropología Social* N°42.
- _____ (2016). *¿Qué hacer con las Fuerzas Armadas? Educación y profesión de los militares argentinos en el siglo XXI*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Stølen, Kristi Anne (2004). *La decencia de la desigualdad. Género y poder en el campo argentino*. Buenos Aires: Antropofagia,
- Tarapow, Marcelo (2022). *Fragata Libertad. Una escuela en el mar*. Buenos Aires: Undef Libros.
- Tato, María Inés y Dalla Fontana, Luis Esteban (dir) (2020). *La cuestión Malvinas en la Argentina del siglo XX. Una historia social y cultural*. Rosario: Prohistoria.
- Tessey, Hector (2020). “El Informe Rattenbach: ¿qué, cómo y para qué?”, *Revista Defensa Nacional*. N° 4, pp. 281-314.
- _____ (2022). “Los Bichos de Malvinas: la Infantería de Marina de la Armada Argentina” en Guber, Rosana, *Mar de Guerra. La Armada de la República Argentina y sus formas de habitar el Atlántico Sur en la Guerra de Malvinas, 1982*. Buenos Aires: Editorial SB, pp. 191-222.
- Tilley, Chris et al. (Eds.) (2006). *Handbook of material culture*. London: SAGE.
- Tiscornia, Sofía y Olivera, Alicia (1990). “La construcción social de imágenes de guerra”. *Cuadernos del CELS* N°1. Pp. 1-33.
- Tonkin, Elizabeth; McDonald, Maryon and Chapman, Malcom (ed) (1989). *History and ethnicity*. London: Routledge.
- Triado, Enrique Juan Capitán de Fragata (1991). *Historia de la Base Naval Puerto Belgrano*. Buenos Aires: Centro Naval. Instituto de Publicaciones Navales.
- Trouillot, Michel-Rolph (2015). *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon Press.
- Ugolini, Agustina (2014). “Reuniendo cómplices: sociabilidad cotidiana y lazos de complicidad entre policías”; en AA.VV *De armas llevar*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- Vargas Cetina, Gabriela (2007). “Tiempo y poder: la antropología del tiempo”, *Nueva Antropología*, vol. XX, N° 67, pp.41-64.
- Verdery, Katherine (1992). “The ‘etatizacion’ of time in Ceausescu’s Romania” en Rutz, Henry, *The politics of time*. Washington: American Anthropological Association. Pp. 37-61
- Vessuri, Hebe (2011). *Igualdad y jerarquía en Antajé*. Buenos Aires: Ediciones al Margen/IDES.
- Vezzetti, Hugo (2004). “Políticas de la memoria: el museo de la “ESMA”. En: *Punto de Vista*, N°79.
- Wacquant, Loïc (2006). *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores, 2006.
- Weber, Max (1992). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Weiner, Annette y Schneider, Jane (eds) (1989). *Cloth and human experience*. Washington D.C.: Smithsonian Institution Press.

Weiner, Annette (1992). *Inalienable possessions. The paradoz of keeping-while-giving*. Los Angeles: University of California Press.

Sitios web consultados

<https://gacetamarinera.com.ar>

<https://essa.ara.mil.ar>.

<https://casarosada.gob.ar>

<https://escuelanaval.mil.ar/>

<https://centronaval.org.ar>

<https://infoleg.gob.ar>

<https://argentina.gob.ar/armada>

Leyes y Decretos

Ley 19.101. Reglamento para el personal militar (1971).

Ley 23.554. Ley de Defensa Nacional (1988).

Ley 24.948. Reestructuración de las Fuerzas Armadas (1998).

Decreto 8/98. Trasládase a la Base Naval de Puerto Belgrano (1998).

Ley 392. Se revocaba la cesión de los terrenos de la ESMA a la Armada (2000).

Ley 25.779. Declarase la nulidad de Leyes de Obediencia debida (2003).

Ley 26.206. Educación Nacional (2006).

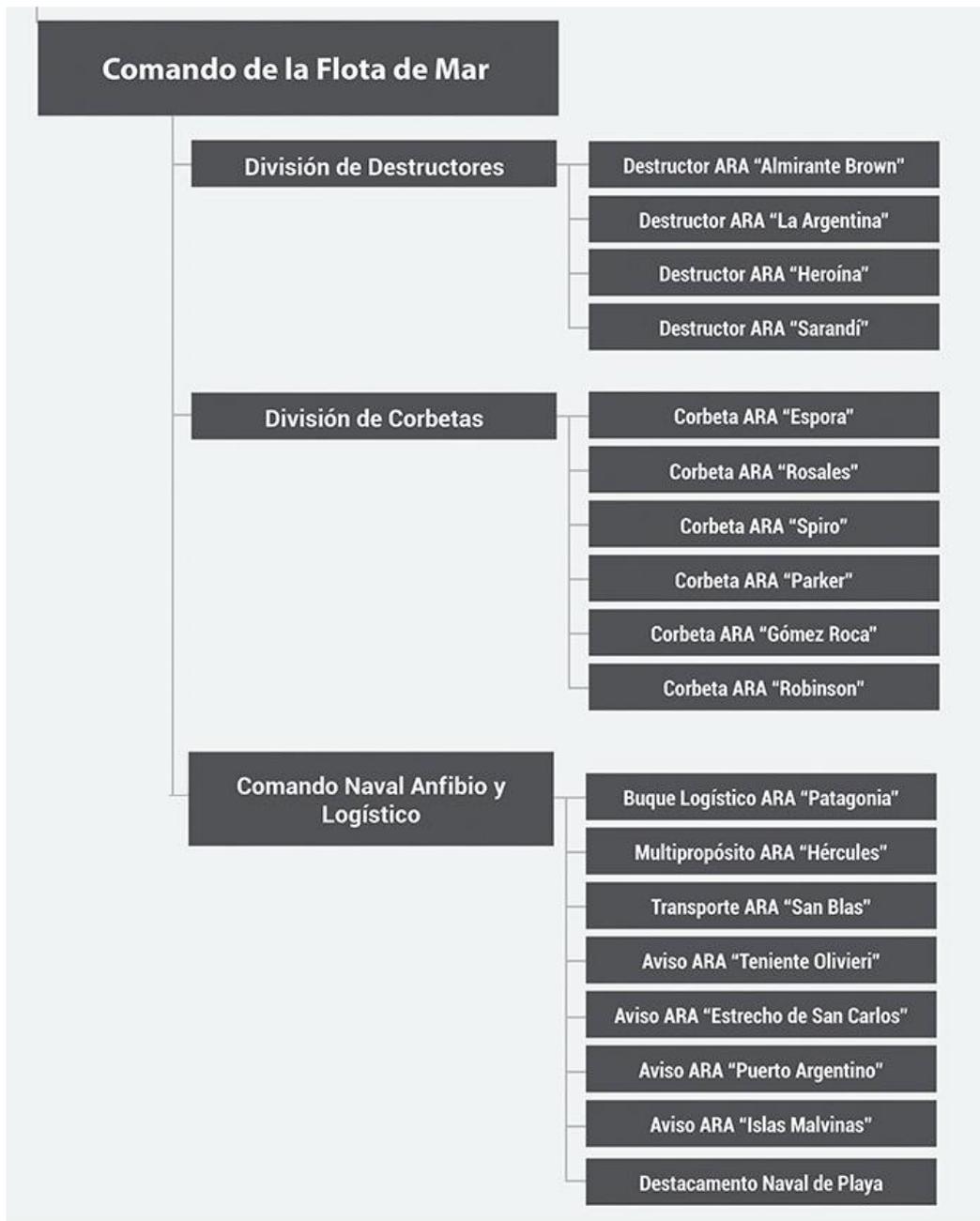
Decreto 1451. Modificación del organigrama y los objetivos en relación con el ministerio de defensa (2008).

Ley 26.395. Reforma de la Justicia Militar (2008).

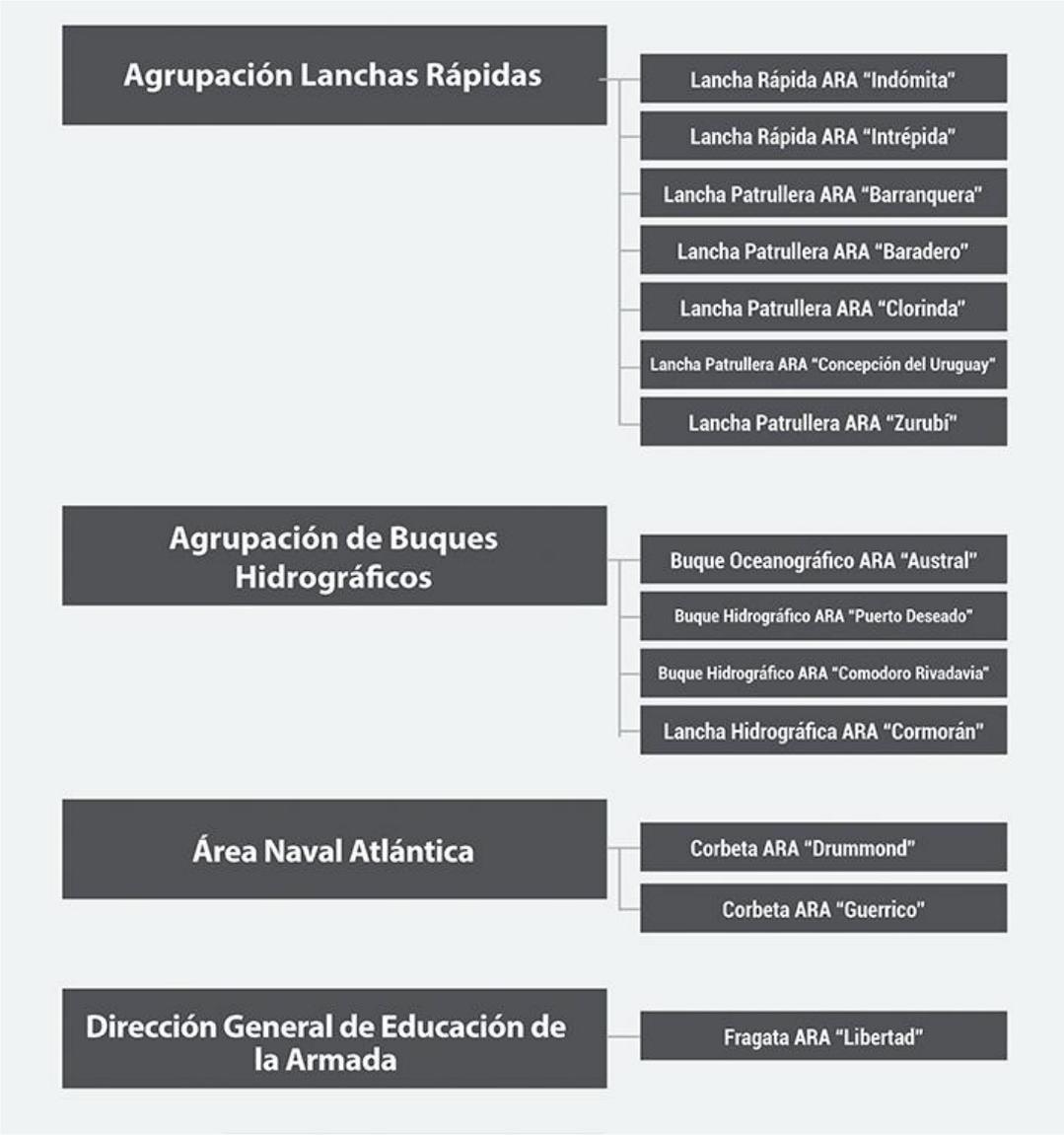
ANEXO 1. UNIDADES DE SUPERFICIE DE LA ARMADA ARGENTINA

Fuente: Armada Argentina

El poder de la Armada Argentina está conformado por las unidades de Superficie, la Fuerza de Submarinos, la Infantería de Marina y la Aviación Naval, lo que constituye el Poder Naval Integrado. Su misión es la de contribuir a la defensa nacional para salvaguardar los intereses vitales de Argentina. Defiende los espacios marítimos, fluviales e insulares del país.







ANEXO 2

Los nombres de los buques de la ARA

Fuente: Armada Argentina

Los nombres de los buques de guerra argentinos constituyen de por sí una tradición naval. Es así que los de San Martín y Brown se han utilizado doce veces para bautizar a nuestras naves, tantas como de nuestra fecha patria: 25 de Mayo. Los de Libertad e Independencia lucieron en la popa nueve veces cada uno; ocho veces la fecha del 9 de Julio y seis veces el de General Belgrano.

Esta tradición mantenida, muestra la idiosincrasia naval argentina, cuáles son sus ideales, sus fastos y sus héroes. Esa continuidad en el mantenimiento y repetición de nombres hacen perdurar, en el espacio naval y su tiempo, las tradiciones que esos nombres suponen y que han ido pasando de nobles maderas a sólidos metales, casi sin solución de continuidad.

Las normas generales actualmente en vigor para la asignación de nombres a las Unidades de la Armada fueron establecidas por Disposición Permanente N° 1/15 de la Dirección General de Organización y Doctrina de la Armada. En ella se resolvió establecer los siguientes tipos de denominaciones a las unidades de la Armada Argentina:

Buques Mayores: próceres nacionales o fechas de gran significación nacional.

Destruyores, Fragatas y Corbetas: próceres Navales de importante trayectoria, o denominaciones tradicionales de buques históricos de preponderante actuación.

Submarinos: nombres de provincias y territorios. Se preferirán aquellas cuyos nombres comiencen con la letra "S" o del litoral marítimo.

Barreminas, Cazaminas, Minadores y Unidades afectadas al minado y antiminado: nombres de provincias que no comiencen con la letra "S" o sean del litoral marítimo .

Avisos, Buques de salvamento y Remolcadores de mar: marinos o civiles que hayan prestado en general servicios valiosos a la Armada.

Buques Escuela: ideales de la nacionalidad, nombres de antiguas unidades que hayan desempeñado esas funciones o de combates navales.

Buques de Investigaciones Científicas, Hidrográficos, Oceanográficos, Balizadores: ciudades con puertos marítimos.

Transportes, Transportes de Ataque, Buques de Desembarco, Buques Tanque: accidentes geográficos, canales, estrechos, etc. en aguas argentinas, excepto antárticas.

Buques Taller, Buques Dique, Buques Hospital, Buques Logísticos, etc.: marinos o civiles que se hayan destacados por los servicios prestados en actividades afines o científicas, o hayan fallecidos en actos de servicios relacionados con las mismas.

Rompehielos, Buques Polares y Destacamentos Antárticos: accidentes geográficos, canales, estrechos, etc. en aguas antárticas argentinas, o nombres relacionados históricamente con la Antártida Argentina.

Lanchas Rápidas, Patrulleras o Torpederas de más de 200 toneladas: adjetivos calificativos que representen el espíritu aguerrido que le debe ser propio, o nombres de unidades que hayan sido protagonista en el pasado de la Institución y cuyas acepciones tengan significación trascendente.

Lanchas Patrulleras o Torpederas de menos de 200 toneladas: ciudades ribereñas del litoral fluvial o nombres de raíz indígena de la zona de operaciones.

Lanchas Hidrográficas: aves de fauna marítima argentina.

Remolcadores de Puerto y Dragas: tribus aborígenes, caciques que hayan cooperado en la organización del país, o peces de fauna marítima argentina.

Yates: estrellas y constelaciones visibles en el Hemisferio sur, o nombres anteriores de yates de actuación destacada al servicio de la Armada.

Los nombres de las viejas "naves capitanas" fragatas o bergantines, naves que actualmente están equipadas con misiles, no sólo reviven viejas glorias pasadas, sino que mantienen vivo el espíritu del buque, tradición naval argentina como la mejor, que se hace presente en toda ejercitación, tarea o faena que exija competencia o emulación y que en el combate, llegado el momento del supremo sacrificio, aportan fuerzas para afrontarlo y con valor, como lo hicieron en el pasado las dotaciones de los buques de igual nombre.

Cada buque tiene una crecida serie de tradiciones navales compartidas y, por minúscula que sea la estampa de algunos de ellos o modesta su misión, sin duda posee las propias, de las que sus sucesivas Planas Mayores y Dotaciones se enorgullecen y tratan de acrecentar.

Las tradiciones navales de los buques comienzan aún antes que éste se encuentre incorporado como tal a la Armada.

ANEXO 3

Grados de Suboficiales y Oficiales de la Armada Argentina

Fuente: Armada Argentina



ANEXO 4

Especialidades de los Suboficiales de la Armada Argentina

Fuente: Material confeccionado por la Suboficial Teresa López (2019)

ESCALAFÓN AERONÁUTICOS

AERONÁUTICOS (AE)	
	ARMAS (AM)
	AVIÓNICOS (AV)
	MECÁNICOS (MC)
	OPERACIONES (OP)
	SUPERVIVENCIA (SU)

ESCALAFÓN ARSENALES

ARSENALES (AN)	
	AERONÁUTICOS (AE)
	AUXILIARES (AU)
	ELECTRÓNICOS (EE)
	ELECTROMECÁNICOS (EM)
	AVIÓNICOS (AV)
	ARMAS (AR)
	SUPERVIVENCIA (SU)

ESCALAFÓN INFANTERÍA DE MARINA

INFANTERÍA DE MARINA (IM)	
	ARTILLERÍA (AA)
	AUXILIAR COMANDO (AC)
	COMUNICACIONES (CO)
	ELECTRÓNICO (EE)
	INFANTERÍA (II)
	MECÁNICO DE ARMAS (MS)
	MOTORISTAS (MT)

ESCALAFÓN NAVAL

COMUNICACIONES (CO)	
	Distintivo representado por: <ul style="list-style-type: none">❖ El CÍRCULO representa el globo terráqueo.❖ Los RAYOS, aluden a las emisiones radioeléctricas que permiten la comunicación entre los cinco continentes.

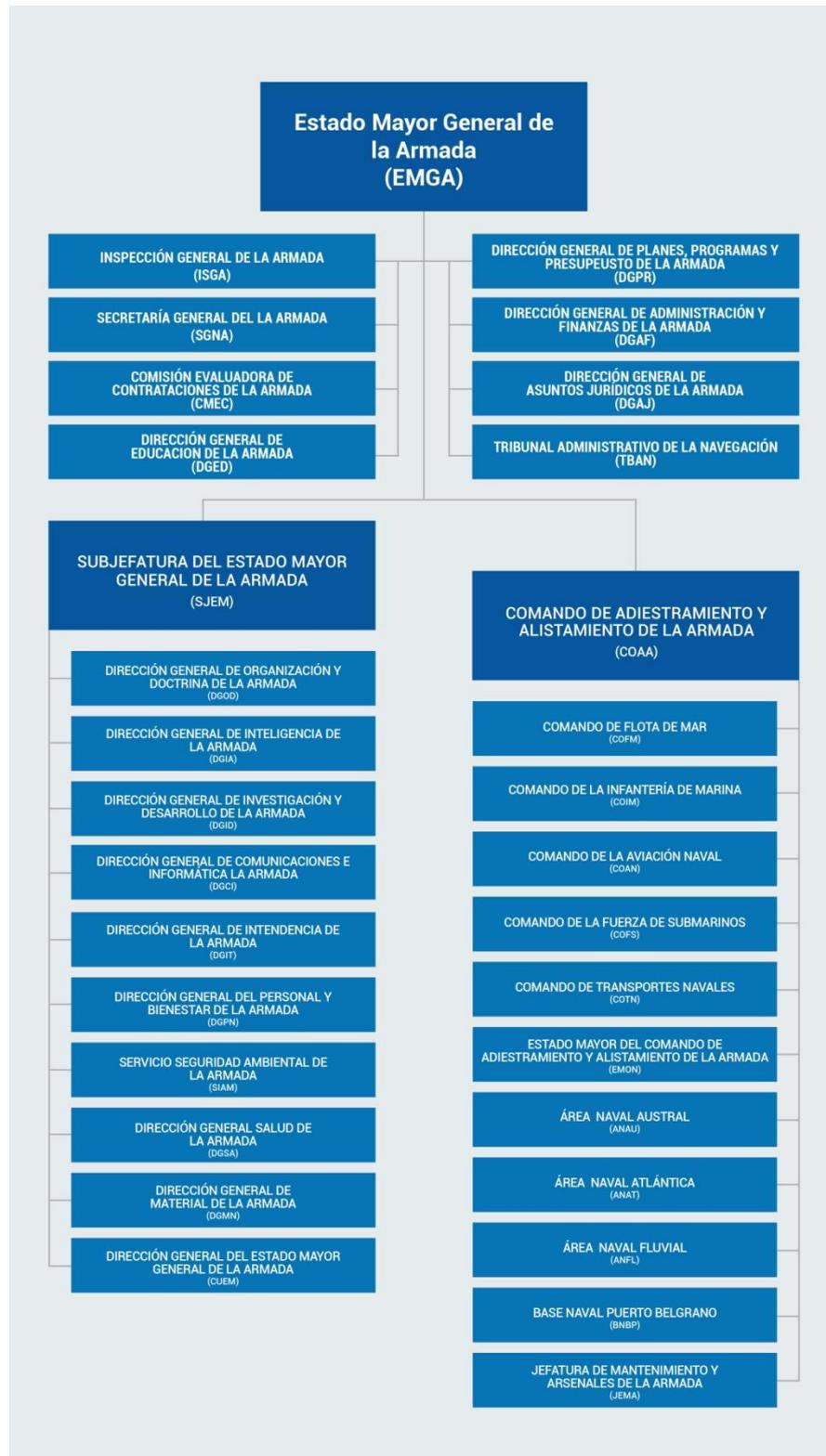
ELECTRICISTAS (EL)						
	<p>Distintivo representado por:</p> <ul style="list-style-type: none"> ❖ El rayo es una poderosa descarga natural de electricidad estática, producida durante una tormenta eléctrica, que genera un pulso electromagnético. Es uno de los pocos símbolos que ha conseguido ser reconocido a nivel mundial de manera tan unánime. Prácticamente todo el mundo relaciona el símbolo del rayo con la electricidad. 					
ENFERMEROS (EN)						
	<p>Distintivo representado por:</p> <ul style="list-style-type: none"> ❖ La CRUZ de anchas astas y simétrica (tanto en el plano vertical como horizontal), es uno de los pocos símbolos que ha conseguido ser reconocido a nivel mundial de manera tan unánime. Prácticamente todo el mundo relaciona el símbolo de la cruz con la medicina. 					
FURRIELES (FU)						
	<p>Distintivo representado por:</p> <ul style="list-style-type: none"> ❖ Dos PLUMAS CRUZADAS que simbolizan las plumas con las que se escribían en la antigüedad. ❖ El ANCLA, perteneciente a la Armada. 					
INFORMÁTICOS (IN)						
	<p>Distintivo representado por:</p> <ul style="list-style-type: none"> ❖ Una TARJETA PERFORADA o simplemente tarjeta es una lámina hecha de cartulina que contiene información en forma de perforaciones según un código binario. Estos fueron los primeros medios utilizados para ingresar información e instrucciones a una computadora en los años 1960 y 1970. ❖ La unidad de DISCO DURO o unidad de DISCO RÍGIDO es el dispositivo de almacenamiento de datos que emplea un sistema de grabación magnética para almacenar archivos digitales. ❖ Un LIBRO ❖ Una SEÑAL de Comunicaciones es una forma limitada de comunicación entre los procesos empleados y otros sistemas operativos compatibles. 					
MAQUINISTAS (MQ)						
	<table border="1"> <tr> <td>CONTROL AVERÍAS (CA)</td> <td rowspan="4"> <p>Distintivo representado por:</p> <ul style="list-style-type: none"> ❖ La HÉLICE, mecanismo compuesto por varias palas o aspas ladeadas que giran con fuerza alrededor de un eje. Sirven como elemento propulsor. </td> </tr> <tr> <td>MOTORES (MO)</td> </tr> <tr> <td>SISTEMA DE CONTROL (SC)</td> </tr> <tr> <td>TURBINAS (TB)</td> </tr> </table>	CONTROL AVERÍAS (CA)	<p>Distintivo representado por:</p> <ul style="list-style-type: none"> ❖ La HÉLICE, mecanismo compuesto por varias palas o aspas ladeadas que giran con fuerza alrededor de un eje. Sirven como elemento propulsor. 	MOTORES (MO)	SISTEMA DE CONTROL (SC)	TURBINAS (TB)
CONTROL AVERÍAS (CA)	<p>Distintivo representado por:</p> <ul style="list-style-type: none"> ❖ La HÉLICE, mecanismo compuesto por varias palas o aspas ladeadas que giran con fuerza alrededor de un eje. Sirven como elemento propulsor. 					
MOTORES (MO)						
SISTEMA DE CONTROL (SC)						
TURBINAS (TB)						
MAR (MA)						
	<p>Distintivo representado por:</p> <ul style="list-style-type: none"> ❖ Un TIMÓN, permite conducir o controlar la dirección de un buque o embarcación. Personifica todos los trabajos de marinería que realizan a los nucleados bajo esta orientación. 					
MECÁNICOS DE SISTEMAS (MW)						
	<p>Distintivo representado por:</p> <ul style="list-style-type: none"> ❖ Un ENGRANAJE en el centro, simboliza a los MECÁNICOS en SISTEMAS. ❖ Una GRANADA en la parte superior, personifica a los EXPLOSIVOS y 					

	RADAR (RD)	<p>MUNICIÓN.</p> <ul style="list-style-type: none"> ❖ Dos CAÑONES cruzados, representa a los Sistemas de ARTILLERÍA. ❖ Los RAYOS, aluden a las emisiones electromagnéticas que detectan los contactos por los Sistemas de Control Remoto. ❖ La PANTALLA RADAR: permite la detección de blancos o contactos.
	RADIOCOMUNICACIONES (RC)	
	SONAR (SR)	
MÚSICOS (MU)		
	Distintivo representado por:	<ul style="list-style-type: none"> ❖ LA LIRA, instrumento de cuerda punteada antiguo, que talló Orfeo y que a su vez porta Apolo dios de la música.
APOYO GENERAL (AG)		
	CAMAREROS (CM) COCINEROS (CC) CONDUCTORES (CD) PELUQUEROS (PE)	Distintivo representado por: <ul style="list-style-type: none"> ❖ Una letra "S" en mayúscula. Se nuclea a todas las orientaciones de las especialidades de Servicios.
SERVICIOS HIDROGRÁFICOS (SH)		
	BALIZAMIENTO (BA) HIDROGRAFÍA (HI) METEOROLOGÍA (ME) OCEANOGRAFÍA (OC)	Distintivo representado por: <ul style="list-style-type: none"> ❖ La ROSA de los VIENTOS o rosa náutica es un círculo que tiene marcados alrededor los rumbos en que se divide la vuelta del horizonte que serían sur, este, norte y oeste. (Meteorólogos) ❖ Las ONDAS o CRESTAS sobre la superficie del agua. (Oceanógrafos) ❖ El FLOR de LIZ, símbolo de poder, soberanía, honor, lealtad y también de pureza de cuerpo y alma. (Hidrógrafos).
OPERACIONES (OP)		
	GENERALES (GN) SONARITAS (SO)	Distintivo representado por: <ul style="list-style-type: none"> ❖ La PANTALLA RADAR, permite la detección de blancos o contactos. ❖ Los TRES RAYOS, simbolizan las emisiones electromagnéticas que permiten la detección de contactos desde la superficie del agua hacia arriba o hacia abajo.

ANEXO 5

Organizagrama ARMADA ARGENTINA.

Fuente: Armada Argentina



ANEXO 6

Fotografía de las paredes exteriores del ingreso de la “Casa Amarilla”, réplica de la casa del Almirante Guillermo Brown, héroe de la tradición naval argentina con zoom en las inscripciones.

Fuente: Ohanian, 2018

